

En este sorprendente libro, el reconocido periodista Jim Marrs analiza detalladamente los secretos mejor guardados de la historia, y expone qué conspiraciones clandestinas han marcado el devenir de la humanidad y los poderes que se esconden tras ellas.

De forma desafiante, Marrs descubre pruebas que demuestran quiénes fueron los verdaderos instigadores e impulsores que se confabularon secretamente para iniciar y terminar guerras, manipular la Bolsa y los tipos de interés, mantener las distinciones de clase y censurar la información. Y todo ello bajo los auspicios de instituciones como el Consejo de Relaciones Exteriores, la Comisión Trilateral, el Club Bilderberg, la CIA e incluso el Vaticano. Basándose en hechos históricos y en una labor de investigación impecable, Marrs analiza los misterios que conectan estas conspiraciones contemporáneas con la historia de la humanidad. El revelador resultado es una síntesis extraordinaria de las personas y las organizaciones que realmente dirigen nuestras vidas.

Escrito en un lenguaje claro y directo, *Las sociedades secretas* es un libro extremadamente entretenido, inquietante y provocador. Estamos ante una completa enciclopedia de la historia secreta del mundo.

LAS SOCIEDADES SECRETAS

El poder en la sombra

Las sociedades



SECRETAS

JIM MARRS

2^A

EDICIÓN

bronze



Índice **JIM MARRS**

Las sociedades SECRETAS

Traducción de Marta Rebón

La Comisión Interna	32
El CFR, Council on Foreign Relations (Comité de Relaciones Exteriores)	34
El Club Bilderberg	36
Los Rockefeller	38
Los Morgan	40
Los Rothschild	42
Los secretos del Banco y el Sistema de la Reserva	44
El Royal Institute of International Affairs y los Menckelberg	46
Wallas y Wallis	48
Los Sells and Sons	50
Los bancos más ricos del mundo y otros datos curiosos para conocerlos	52
Governance	54

bronce



JIM MARRS

Las sociedades secretas

SECRETAS

Título original: Rule by secrecy

© Jim Marrs, 2000

Publicado de acuerdo con Perennial, un sello de HarperCollins Publishers

© por la traducción, Marta Rebón Rodríguez, 2006

© Editorial Planeta, S. A., 2006 Barcelona (España)

Primera edición: marzo de 2006

Segunda impresión: mayo de 2006

Composición: Foinsa-Edifilm, S. L.

Impresión y encuadernación: Brosmac, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

Índice

<i>Introducción</i>	9
Algunas palabras en torno a la conspiración	12
Gobernados por unos pocos	19
Una perspectiva de esos «pocos»	23
Primera parte. LAS SOCIEDADES SECRETAS MODERNAS	31
La Comisión Trilateral	32
El CFR, Council on Foreign Relations (Comisión de Relaciones Exteriores)	44
El Club Bilderberg	54
Los Rockefeller	61
Los Morgan	74
Los Rothschild	78
Los secretos del dinero y el Sistema de la Reserva Federal	86
La construcción del imperio	105
El Royal Institut of International Affairs y las Mesas Redondas	110
Rhodes y Ruskin	112
Los Skull and Bones	118
Fundaciones sin ánimo de lucro y agencias «alfabéticas»	127
Hay noticias para nosotros	134
Comentario	141

Segunda parte. LAS HUELLAS DE LA CONSPIRACIÓN 145

El informe Iron Mountain	146
El golfo Pérsico	151
¿Quién paga los platos rotos?	155
Vietnam	160
JFK contra los globalistas	163
Hasta el final con LBJ	169
Comerciendo con el enemigo	177
Corea	180
El nacimiento del culto nazi	187
La Sociedad Teosófica, la Sociedad Thule y otros grupos esotéricos	196
La llegada del líder	202
El grupo de apoyo a Hitler	209
La suerte de Hitler cambia	217
Japón contra la pared	220
La segunda guerra mundial	226
Aquí no ha pasado nada	227
La primera guerra mundial	234
Un estímulo para la guerra	239
La Revolución Rusa	246
El ascenso del comunismo	251
Comentario	255

Tercera parte. REBELIÓN Y REVOLUCIÓN 259

La guerra entre estados	261
La agitación de la sociedad secreta	264
Ataques preventivos	270
El movimiento antimasónico	274
La Revolución Francesa	280
Jacobinos y jacobitas	281
Sir Francis Bacon y la Nueva Atlántida	287
La Revolución Americana	293

Los Illuminati	297
La francmasonería	306
El conde de Saint-Germain y otros magos	316
La conjura masónica	321
Francmasonería versus cristianismo	327
Los rosacruces	333
Comentario	337

Cuarta parte. LAS SOCIEDADES SECRETAS ANTIGUAS 341

Los caballeros templarios	343
Los Asesinos	351
Los banqueros y constructores templarios	357
Los cátaros	364
La Cruzada Albigense	373
La desaparición de los templarios	378
El Priorato de Sión	392
Los merovingios	406
Una red de amplio alcance	414
Comentario	420

Quinta parte. LOS ANTIGUOS MISTERIOS 425

El camino a Roma	427
La Cábala	438
Los Secretos y Misterios Antiguos	444
¿Algo más para Moisés?	452
Todos los caminos conducen a Sumer	461
Los anunnaki	466
Inundaciones y guerras	481
Comentario	497

Notas	507
-------	-----

Introducción

El mundo está gobernado por personajes muy distintos a aquellos que se imaginan quienes no están detrás del telón.

BENJAMIN DISRAELI

Una advertencia.

Si usted se siente completamente a gusto y satisfecho con su visión del género humano, de la religión, de la historia y del mundo, no continúe leyendo.

Si en verdad cree que la humanidad ha alcanzado poco más o menos la cima de sus logros científicos y espirituales y que los medios de comunicación, propiedad de los magnates de las corporaciones, lo mantienen lo suficientemente informado, deténgase aquí.

Pero si usted es uno de esos millones de personas que leen las noticias cada día minuciosamente y se rompen la cabeza preguntándose y reflexionando sobre «¿qué está pasando en el mundo?», o se entretiene con preguntas del tipo ¿quiénes somos?, ¿de dónde venimos? y, ¿adónde vamos?, está leyendo el libro adecuado.

Este libro trata de los secretos del gobierno, de la historia oculta y de la religión clandestina; de los secretos de la riqueza, del poder y del control; de los secretos que raramente quedan registrados en los libros de historia y que nunca se mencionan en los medios de comunicación. Estos datos pueden resultar inquietantes y perturbadores para algunas personas, pero nunca nadie ha adquirido sabiduría con informaciones que sólo vienen a reforzar sus propias ideas predeterminadas.

En estas páginas se abordarán cuestiones que muchos nos han hecho creer que sólo son secundarias. Pero ¿cuántas veces asuntos marginales de repente se han convertido en cuestiones de máxima prioridad? Seguro que los lectores de más edad se acordarán de un alemán radical —que, aunque resultaba irritante, no parecía tener trascendencia alguna— y que llegó al poder en la Europa de los años treinta. O también de un pequeño conflicto que se cocinaba —muy lejos de tener alcance mundial— en un remoto lugar del planeta llamado Vietnam. O bien podríamos recordar un robo «de poca monta» llevado a cabo en el cuartel general electoral del Partido Demócrata de los EE.UU. en 1972, y que se convertiría en el mayor escándalo político estadounidense y se daría a conocer con el nombre de Watergate.

Asimismo este libro aborda la cuestión de la conspiración, una actividad silenciada en los medios de comunicación más importantes, pese a que el sistema judicial norteamericano dicta sentencias por conspiración criminal con regularidad.

¿Existen de verdad las sociedades secretas? ¿Hay realmente un gobierno en la sombra? ¿Se está orquestando una conspiración mundial con el fin de subvertir la libertad y la democracia? ¿O, por el contrario, se trata de pura palabrería vertida por los «teóricos de la conspiración»?

La respuesta dependerá por completo de a quién se decida escuchar. Y demasiada gente que escribe en torno a la conspiración —tanto detractores como defensores— tiene sus propios intereses. Es hora de que nos distanciamos un poco para poder tener una visión más amplia de nuestro mundo y su historia.

Con la entrada de un nuevo milenio, la opinión pública estadounidense está tomando mayor conciencia de una no tan secreta conspiración: que la mitad del año trabajan para el gobierno. Alrededor de los primeros seis meses de cada año la gente gana dinero que se le va en impuestos antes incluso de que el trabajador perciba su salario. La retención de estos impuestos —invisibles para los contribuyentes— es el motivo por el cual la mayoría de los ciudadanos olviden la cantidad real de impuestos que soportan. Y eso sin mencionar los impuestos sobre las compras diarias, las propiedades inmobiliarias, las tasas municipales

y tantos otros mediante los que se roba sin tapujos. El impuesto británico sobre el té, que según se cree precipitó la Revolución americana, es una miseria en comparación.

Aunque los medios de comunicación y los políticos, basándose en estadísticas falseadas, hablen de una economía próspera, los sondeos indican que la población siente un creciente desasosiego por el rumbo que está tomando Estados Unidos.

Tal vez por eso cada día más personas sensatas investigan en torno a las conspiraciones y a los grupos secretos que las maquinan. En Internet abundan las páginas web y los grupos de discusión con la conspiración como tema estrella. Se publica un número ingente de libros y revistas cuyo contenido principal son las conspiraciones, que abarcan desde los secretos de los miembros de las cruzadas hasta el asesinato de JFK.

Pese a la longitud y la amplitud de las autopistas de la información, la gran mayoría de la población norteamericana por desgracia continúa viviendo en la más completa ignorancia. Esto no implica que sean estúpidos o que tengan poca capacidad intelectual. Sencillamente no han tenido acceso a la información de la que hoy en día se dispone. Muchas personas serias y con formación en múltiples campos —físicos, abogados, expertos en ordenadores, corredores de bolsa, economistas, banqueros, comerciantes, científicos, profesores, etc.— tienen un desconocimiento absoluto de gran variedad de cuestiones y la relación entre éstas y quien gobierna *verdaderamente* en Estados Unidos.

Las causas primordiales de esta ignorancia son la falta de tiempo para su formación personal y su confianza excesiva en unos medios de comunicación, feudos de las corporaciones, que transmiten la información sin tener en cuenta sus implicaciones más amplias. Parafraseando a A. J. Liebling, un ácido crítico de los media del *New Yorker*, la libertad de prensa está garantizada sólo para los dueños de diarios... o emisoras de radio o canales de televisión.

Entonces, ¿cómo podemos saber lo que es cierto y lo que no? ¿Qué es importante y qué es trivial? ¿Quién está realmente al frente del poder? ¿Están en marcha conspiraciones que nos afectan a todos? ¿Es posible seguir la historia de la humanidad a tra-

vés de incontables conjuras? ¿Quiénes son ellos y cuál es su propósito?

Este libro intentará resolver estas cuestiones. Pero antes de aventurar las respuestas, debemos abordar el tema de la conspiración.

Algunas palabras en torno a la conspiración

El concepto de conspiración ha sido durante mucho tiempo anatemático para la mayoría de los norteamericanos, condicionados por los medios de comunicación para creer que la conspiración contra los ciudadanos de un país sólo es posible en repúblicas bananeras o en naciones comunistas.

Esta visión simplista, alentada por los media consagrados a mantener una imagen impoluta del status quo, impide conocer la verdadera historia de la humanidad y los diferentes sentidos de la palabra conspiración.

«Conspiración» deriva del latín *conspirare*, que significa literalmente «respirar conjuntamente», es decir actuar o pensar en armonía. En los tiempos modernos, a dicho concepto se le ha añadido una siniestra connotación. En la actualidad, la mayoría de los diccionarios ofrecen dos acepciones de la palabra. 1. Ponerse de acuerdo varias personas conjuntamente y en secreto, especialmente para cometer un acto ilegal o malvado, o 2. Planear o maquinarse en secreto. Una definición es vil; la otra, bastante menos.

El secretismo es el hilo conductor que hilvana la historia desde los orígenes. Ha habido, hay y habrá secretos compartidos por individuos y grupos; secretos preservados a un mismo tiempo por la Iglesia y las autoridades gubernamentales; secretos políticos, e incluso secretos fiscales y comerciales.

Es evidente que una conspiración entre compañeros de trabajo con el fin de comprarle un regalo al jefe no puede considerarse al mismo nivel que el de unos ladrones de banco planificando su próximo golpe. Asimismo, el pequeño comerciante que mantiene en secreto su plan comercial con respecto a la competencia no está llevando a cabo una conspiración que se pueda

equiparar a la de los líderes de las corporaciones cuando pactan para fijar los precios.

Lo que distingue a una conspiración malévolas es su intención.

Mientras que algunos secretos pueden ser inocuos —¿para qué estropear la sorpresa de una fiesta de cumpleaños revelándolo antes de tiempo?—, otros secretos, como los posibles remedios contra el cáncer o contra el SIDA o el fomento de la guerra, serían considerados despreciables por cualquier persona consciente. La mayoría de nosotros se negaría a tolerar secretos que cuestan o destrozan vidas, que impiden que las personas convivan en armonía o que controlan y obtienen beneficios ilícitos. Por tanto, todo aquel que se preocupe por las libertades individuales debería escrutar concienzudamente a los que conspiran para mantener en silencio secretos como éstos.

El columnista Stewart Alsop escribió una vez que el conocimiento es poder y el poder es la materia prima más valiosa del gobierno. Así, quien conoce los secretos controla el conocimiento y, por lo tanto, ostenta el poder. Muchas personas perciben que sólo un puñado de gente y de organizaciones controla la mayor parte del conocimiento global. Dicho conocimiento se custodia celosamente en el más absoluto hermetismo. Una vuelta de tuerca al viejo refrán «ojos que no ven corazón que no siente». ¡Lo que no sabes *puede* hacerte daño!

El elemento conspirativo también resulta esencial para la interpretación de la historia. Sólo caben en ella dos formas: la accidental o la conspirativa.

La primera perspectiva, la accidental, considera que la historia no es más que una concatenación de hechos o actos divinos que los líderes mundiales nada o poco pueden hacer para alterar o impedir. Un exponente de esta postura fue Zbigniew Brzezinski, consejero Nacional de Seguridad del presidente Jimmy Carter. En 1981, Brzezinski, hoy miembro del comité ejecutivo de la impenetrable Comisión Trilateral, afirmó: «La historia es mucho más producto del caos que de la conspiración... Los políticos están cada vez más desbordados por el curso de los acontecimientos y el flujo de información».

Otro partidario de la interpretación accidental de la historia

era el periodista George Johnson, quien solía definirse a sí mismo como «un humanista secular». En una ocasión escribió que la idea de conspiraciones había sido «fomentada por los extremistas de la derecha desde principios de siglo», y subrayó «que el estilo paranoico de los políticos norteamericanos no había muerto con el senador Joseph McCarthy».

Por otro lado, la interpretación conspirativa de la historia, que podría ser denominada con mayor precisión la «visión causa y efecto». Es obvio que los accidentes ocurren. Los aviones, los trenes y los automóviles se estrellan. Los barcos se hunden. Pero en la historia está claro que, las más de las veces, es la planificación humana la que más a menudo desencadena los acontecimientos.

Pero entonces, ¿por qué no se sabe más acerca de estos planes secretos?

De acuerdo con los investigadores de la conspiración Jonathan Vankin y John Whalen, las actitudes de los ciudadanos norteamericanos están en gran parte determinadas por la edulcorada visión Disney que tienen de la historia y de los acontecimientos de plena actualidad. Dicha versión Disney «también puede fácilmente ser llamadas “versión del *The New York Times*”, o “versión de los telediaros” o “versión de los libros de texto”. La mayor resistencia hacia las teorías de la conspiración no procede de la gente de la calle sino de los medios de comunicación, del mundo académico y del gobierno —gente que maneja la economía de la información global y nacional».

Anthony C. Sutton, un profesor de economía nacido en Londres y que fue miembro del equipo de investigación del Instituto Hoover de la Universidad de Stanford, está de acuerdo con que la historia difundida por el establishment es la que predomina en los libros del texto, el mundo editorial, los medios de comunicación y las estanterías de las bibliotecas. «Durante el pasado siglo se ha atacado o rechazado cualquier teoría de la historia o prueba histórica que no se haya ceñido al patrón establecido por la American Historical Association y por importantes fundaciones con gran poder para conceder cuantiosas becas. Y el rechazo no ha sido en función de las pruebas presentadas, sino dependiendo de si el contenido de los argumentos estaba o no de acuerdo

con el así llamado Eastern Liberal Establishment* y su línea historicista. Pobre del libro o autor que se sitúe fuera de las directrices oficiales. Las fundaciones no le brindarán ningún tipo de apoyo. Los editores se echarán atrás. La distribución de los libros se resentirá, fallará o simplemente no existirá.»

A esa penosa situación se refirió el doctor Carroll Quigley, mentor de estudios del presidente Bill Clinton. Su libro de 1996, *Tragedy and Hope: A History of the World in Our Time*, sacó a la luz información privilegiada, a la que Quigley tuvo acceso, relativa a las sociedades secretas modernas. Quigley explicó que el libro había sido rechazado por un importante editor de Nueva York. «Ahora estoy bastante seguro de que *Tragedy and Hope* fue vetado...» —escribió Quigley a mediados de la década de 1970.

Durante mucho tiempo un buen número de investigadores y escritores —como el difunto Gary Allen, A. Ralph Epperson, G. Edward Griffin, el doctor John Coleman, Jonathan Vankin, Anthony C. Sutton y Eustace Mullins por citar sólo a algunos— han escrito sobre conspiraciones. Pero por lo general han sido pequeñas editoriales, de distribución limitada, las que han llevado a cabo la publicación de esos títulos. Esta corriente de autores sostiene que las corporaciones de Estados Unidos controlan los medios de comunicación y que ésa es la razón de que se haya puesto trabas a una amplia difusión de sus trabajos.

Esta preocupación existe incluso más allá de los Estados Unidos. Un editor francés afirmó en una ocasión que «resulta imposible seguir la pista a los verdaderos propietarios de las corporaciones y a los que copan las más altas cotas del poder dentro de los Estados Unidos. “Ellos” no lo permitirían. “Ellos” encontrarían un modo para acosar y hacerle la vida imposible a cualquiera que lo intentase. “Ellos” son al parecer un grupo bastante reducido que se conocen entre sí, pero que pasa inadvertido para el público en general. “Ellos” entran y salen de cargos gubernamentales, pero por lo visto el servicio público no sirve más que

* Con la expresión Eastern Establishment se designa al entramado plutocrático que domina la vida económica, política y social de los Estados Unidos. (*N. de la t.*)

para su promoción personal. A ese gobierno, al que prácticamente todo el mundo alude, no se le puede seguir el rastro a través de la tenencia de acciones, agencias reguladoras o decisiones públicas. Da la impresión que funciona a través de un laberinto de contactos personales y de acuerdos tácitos». Para conseguirlo, nada mejor que integrarse en una sociedad secreta.

Diversos autores de la conspiración han escrito sobre oscuros complots para imponer un Nuevo Orden Mundial desde el seno de algunas sociedades secretas modernas como la Comisión Trilateral, el Council on Foreign Relations, los Illuminati, el Comité de los 300 y otros. Investigadores objetivos apuntan a la ausencia de pleitos por difamación contra estos escritores como un indicio de la veracidad de las hipótesis vertidas en sus trabajos.

No obstante, con la entrada en el nuevo milenio, la conspiración se ha convertido en un tema de interés en la vida cotidiana de los Estados Unidos —ya sea por su presencia en libros, espacios televisivos o en el tratamiento cinematográfico del mundo de la política—. Ni siquiera el presidente de los Estados Unidos se salva de que se le relacione con teorías conspirativas.

En 1991, el recién electo presidente Bill Clinton nombró a Webster Hubbell, su amigo de confianza y colega de golf, como fiscal general adjunto del Departamento de Justicia de Estados Unidos. En una reciente autobiografía, *Friends in High Places*, Hubbell relata una anécdota según la cual Clinton le dijo: «Webb... si te meto en Justicia, quiero que encuentres respuesta a dos preguntas. En primer lugar, ¿quién mató a JFK? Y en segundo, ¿existen los ovnis?» Hablaba completamente en serio, añadía. Investigué sobre las dos cuestiones pero no se quedó satisfecho con las respuestas que le di».

¿Tampoco el presidente y un alto cargo del Departamento de Justicia pueden obtener una respuesta convincente? ¿Quién controla?

Tras la revelación de Hubbell, el doctor Steven Greer, director del Center for the Study of Extraterrestrial Intelligence*

* Centro para el Estudio de la Inteligencia Extraterrestre, el CSETI, es una organización internacional de investigación y educación sin ánimo de lucro dedicada al campo de la inteligencia extraterrestre. (N. de la t.)

(CSETI) hizo público que en 1993 hizo una disertación de tres horas sobre la existencia de los OVNI para el entonces director de la CIA, el almirante James Woolsey. Greer comentó que a Woolsey le pusieron obstáculos infranqueables en sus intentos para contrastar la información proporcionada por él y que no pudo obtener documentos relevantes en los archivos de la CIA.

Cuando se llega a los secretos más profundos y oscuros de la nación norteamericana, se hace evidente que hay poderes por encima de la presidencia de los Estados Unidos o de la dirección de la Agencia Central de Inteligencia.

Los escritores de la conspiración y los funcionarios del Estado no son los únicos en albergar sospechas conspirativas.

Una encuesta del Scripps-Howard News Service (el Servicio de Noticias Scripps-Howard) de 1997, elaborada conjuntamente con la Universidad de Ohio dio como resultado estas extraordinarias estadísticas:

— El 51 % de los encuestados cree probable que algunos funcionarios del Estado fueran directamente responsables del asesinato del presidente John F. Kennedy.

— Más de un tercio sospecha que la Marina estadounidense permitió intencionadamente que traficantes de droga de Centroamérica vendieran cocaína a niños negros de los barrios céntricos pobres.

— El 60 % comparte la sensación de que el gobierno está ocultando información en relación con el Agente Naranja y las causas del Síndrome de la Guerra del Golfo.

— Casi la mitad sospecha que los agentes del FBI fueron los responsables del incendio que acabó con la vida de 81 miembros de la secta Branch Davidians (o davidianos) cerca de Waco, Texas, en 1993. (Sin duda esa cifra creció mucho más en 1999, a hilo de las revelaciones sobre el engaño del gobierno con relación a los dispositivos pirotécnicos que se utilizaron antes de que se produjera el fuego).

— A tenor de un informe de 1947 publicado por el Ejército de Aire estadounidense que concluía que los extraterrestres de Roswell, Nueva México, eran en realidad resultados fallidos de pruebas que se iniciaron en 1954, muchas personas creen ahora

más que antes que el gobierno oculta información y tecnología respecto a los extraterrestres.

Como reacción a esa encuesta, Curtis Gans, el director ejecutivo del Comité de Washington para el Estudio del Electorado Americano, lamentó que «la paranoia estuviera apoderándose del país».

Pero ¿en verdad se trata de paranoia? ¿Acaso no hay nadie conspirando para obtener riqueza y poder? Un viejo chiste nos lo recuerda «que seas un paranoico, ¡no significa que no estén allí fuera para cogerte!».

Cada vez es mayor la creencia de que ciertos individuos con una fortuna y poder inmensos, por lo general desconocidos para el conjunto de la sociedad, son los verdaderos amos de los Estados Unidos y del mundo. «El poder es una realidad cotidiana en los Estados Unidos, pero la mayoría de los norteamericanos dista mucho de tenerlo. El secretismo es el instrumento más eficaz del poder. El gobierno aparece como distante, y de algún modo, autoritario. Paulatinamente, nos vamos aislando los unos de los otros, enfrascados frente al ordenador y la televisión, prisioneros detrás de los parabrisas. Hay un sentimiento de frustrante dispersión en la vida moderna norteamericana... Las teorías de la conspiración intentan encajar las piezas de nuevo», escribió Jonathan Vankin, un periodista que se ha dedicado a estudiar una amplia variedad de teorías de la conspiración que implicaban al gobierno de los Estados Unidos.

Las teorías de la conspiración son una tentativa de obtener una visión panorámica de la historia. «Creemos que un buen número de los acontecimientos mundiales más importantes, que han determinado el destino de la humanidad, ocurren porque alguien o unos cuantos los han planeado así, reflexiona el autor conservador Gary Allen. Si nos atuviéramos simplemente a estadísticas, la mitad de los acontecimientos que afectan al bienestar de la nación norteamericana deberían ser buenos para ella. Si se tratara de simple incompetencia, nuestros líderes deberían de cometer un error a nuestro favor de vez en cuando... Pero en realidad, no nos las estamos viendo con coincidencias o estupidez, sino que más se trata de planificación y genialidad.»

Menos reflexivo en su análisis pero acertado con el tono, estuvo el autor Johnson, en los años de la era Reagan con la publicación de su libro *Architects of Fear: Conspiracy Theories and Paranoia in American Politics* (1983), una extensa serie de artículos que escribió para el *Minneapolis Star*. Johnson sostiene que un número considerable de norteamericanos sencillamente no puede aceptar la idea de que «hay diferentes maneras de interpretar los acontecimientos», para añadir que sin embargo «no existe un único sistema que lo abarque todo». Johnson dice que los paranoicos norteamericanos «construyen elaborados sistemas para explicar todos los problemas mundiales como parte de una conspiración» en un intento de racionalizar así su miedo y su odio antes de aceptar lo que él describe como una visión «pluralista» de la historia, la economía y la política.

«Hay una diferencia entre aquellos que ocasionalmente sucumben a la atracción de las explicaciones conspirativas y los teóricos de la conspiración... que creen que todo lo malo que ha ocurrido se debe a una maquinación secular y ocultas», dice.

Una vez dicho esto, Johnson se vio obligado a admitir que «ni el análisis histórico ni el sociológico explica por qué sorprendentemente tantos teóricos de la conspiración construyen unas aproximaciones tan similares. Por otra parte, tampoco pareció darse cuenta de que la negación de la existencia de conspiraciones sólo beneficia a los posibles conspiradores.

Gobernados por unos pocos

«Las élites, no las masas, gobiernan los Estados Unidos», concluyen los académicos Thomas R. Dye y L. Harmon Zeigler en su libro *The Irony of Democracy*. «En plena era industrial, científica y nuclear, la vida en un sistema democrático, al igual que en una sociedad totalitaria, está determinada por un puñado de hombres. Los expertos, tanto los analistas políticos como los sociólogos, pese a las diferencias en sus enfoques del estudio del poder en los Estados Unidos, están de acuerdo en que las decisiones clave políticas, económicas y sociales son tomadas por una selecta minoría.»

La idea de que un reducido grupo de ricos en el gobierno —una oligarquía— controla los Estados Unidos parece ser confirmada por los acontecimientos. Una cantidad desorbitada de recursos en los Estados Unidos está controlada por un exclusivo grupo minoritario de entre sus 265 millones de población. Según un estudio de 1983 de la junta de gobierno de la Reserva Federal, apenas un 2 % de familias norteamericanas acapara el 54 % de la riqueza de la nación y sólo el 10 % controla ya el 86 % de todos los bienes financieros. La mayoría de las familias norteamericanas —el 55 %— tiene activos netos negativos o carecen de ellos. Este estudio excluye los activos netos de las instituciones, la mayoría de las cuales pertenecen o están bajo control del ya mencionado 2 %.

Desde la década de 1960, esa dinámica de ricos haciéndose más ricos mientras los pobres son cada vez más pobres se ha acelerado tanto con gobiernos republicanos como demócratas. Según la Oficina del Censo de los Estados Unidos, alcanzó el punto más álgido en la década de 1990. Desde 1992 hasta 1994, el segmento de potentados dentro de la renta nacional que antes era de un 5 % se incrementó hasta alcanzar el 14 %, casi el doble respecto a los veinticinco años anteriores.

Las estadísticas actuales son incluso más alarmantes. El promedio de los sueldos de un trabajador medio en 1998 —descontando la inflación— bajó un dólar entero en la tarificación por horas. Durante los últimos veinte años, la diferencia entre los ingresos percibidos por varones con educación universitaria y por los que no poseían esa formación creció del 42 % hasta el 89 %. Los sindicatos han sufrido las consecuencias. En 1970, los sindicatos de la industria siderúrgica y de la automovilística contaban con casi tres millones de afiliados. Hoy, los afiliados no suman el millón.

«Hemos evolucionado hacia una sociedad que se divide entre los que prosperan en las industrias del conocimiento, y los que carecen de formación universitaria o conocimientos técnicos y se quedan en el camino», apunta Mortimer B. Zuckerman, editor jefe de *U.S. News & World Report*. Muchas personas se cuestionan ahora si el progreso de la clase media norteamericana es en

verdad una evolución natural o, por el contrario, es el resultado de una planificación concienzuda para lograr un «Nuevo Orden Mundial».

Se ha informado ampliamente que los Estados Unidos utilizan muchos más recursos naturales de lo que le correspondería según su porcentaje demográfico, en comparación con el resto del planeta. Es asimismo un hecho irrefutable que, con la entrada en el nuevo milenio, los Estados Unidos son el poder predominante en todo el mundo.

Entonces, ¿quién controla en realidad los Estados Unidos y, por lo tanto, el mundo?

Se oye que «ellos» poseen la inmensa mayoría de los recursos, manipulan mercancías, controlan precios y defraudan al fisco. De la misma manera, «ellos» ostentan el monopolio de la energía, de la industria farmacéutica y armamentística y de la manufactura, mediante la aplicación de nuevas tecnologías.

Y «ellos» ejercen una influencia abrumadora sobre los medios de comunicación y los gobiernos mundiales gracias a su control de las multinacionales así como de organizaciones privadas como el Royal Institut of Internacional Affairs de Inglaterra, el Council on Foreign Relations y la Comisión Trilateral.

Asimismo, «ellos» pertenecen a sociedades secretas como los Illuminati, los Skull and Bones [Tibias y Calavera], los Caballeros de Malta y los círculos dirigentes de la francmasonería.

Pero ¿quiénes son «ellos» exactamente? ¿Quiénes son los hombres (por lo visto escasea la presencia de mujeres) que pueden controlar a su aire el destino del planeta Tierra? ¿Por qué actúan en secreto y por qué se sienten atraídos por las organizaciones secretas? ¿Qué ocultan que les permite asumir el rol de élite gobernante? Y sobre todo, ¿cuáles son sus objetivos y sus planes para conseguirlos?

Muchas personas han oído hablar de las sociedades secretas modernas antes mencionadas. No obstante, pocos han tenido la oportunidad de conocer en detalle sus orígenes, intenciones y conexiones. Por tanto, es natural preguntarse qué cuota de influencia o control han tenido esos grupos sobre el devenir de los acontecimientos.

Este libro es un estudio de las sociedades secretas —tanto de las modernas como de las antiguas— y de su influencia en la historia mundial. Un intento de destapar sus secretos, para buscar el verdadero significado de sus misterios.

Lo que resulta evidente, incluso para el investigador más fortuito, es que las sociedades secretas no sólo existen sino que han desempeñado un papel crucial en los asuntos internacionales en el transcurso de los siglos. Lo que no está tan claro es quiénes son exactamente y cuántas personas están involucradas. Y, ¿cuáles son las conexiones entre esos grupos? Después de todo, son sociedades *secretas*.

En 1909, Walter Rathenau, presidente de la Sociedad General de la Electricidad de Alemania, dijo: «Trescientos hombres, todos ellos conocidos entre sí, dirigen el destino económico de Europa y eligen a sus sucesores entre ellos mismos». La afirmación de Rathenau pudo haberle servido de base al doctor Coleman, un escritor de la conspiración, para decir que un «Comité de 300 personas» controla «un gobierno paralelo secreto y de alto nivel que dirige Gran Bretaña y los Estados Unidos».

Joseph P. Kennedy, el patriarca de la renombrada familia Kennedy, hizo esta observación en una ocasión: «Cincuenta hombres han hecho funcionar Norteamérica y ésta es ya una cifra muy alta».

David Wallechinsky e Irving Wallace, autores del *Almanaque popular*¹ al hablar de quién gobierna los Estados Unidos en la actualidad, dicen que el presidente, las dos cámaras legislativas y los nueve miembros del Tribunal Supremo. Y también mencionan los gobiernos estatales, de los condados y municipales pero apuntan correctamente que «la mayoría de sus leyes pueden ser derogadas por el gobierno federal».

Pero ¿y qué hay al respecto del poder y del control secreto? En una sección titulada «¿Quién gobierna EN REALIDAD?, estos autores afirman: «hay muchas fuerzas actuando en la sociedad norteamericana, pero las más poderosas, con diferencia, son las direcciones coordinadas de los principales bancos, corporaciones y compañías aseguradoras, que cuentan con el apoyo de los líderes militares, lo que el ex presidente Dwight Eisenhower lla-

maba «el complejo militar-industrial». De acuerdo. Pero ¿quién controla ese «complejo militar-industrial»?

Una perspectiva de esos «pocos»

No sólo los teóricos de la conspiración han denunciado el control secreto del mundo.

Ya en 1856, el primer ministro inglés Benjamin Disraeli dijo en la Cámara de los Comunes, «es inútil negar, puesto que es imposible disimularlo, que una gran parte de Europa —Italia y Francia en su totalidad y una gran parte de [la entonces fragmentada] Alemania, por no mencionar a otros países— está dominada por una red de sociedades secretas... Y ¿cuáles son sus objetivos? No tratan de ocultarlos. No quieren un gobierno constitucional... Quieren cambiar la posesión de la tierra, echar a los actuales propietarios y acabar con las instituciones eclesiásticas [Iglesias]».

El presidente Woodrow Wilson que, como veremos más adelante, estaba estrechamente relacionado con el poder conspirativo, escribió: «Algunos de los hombres más importantes de los Estados Unidos, en el campo del comercio y de la industria, temen a alguien y a algo. Saben que en algún lugar hay un poder tan organizado, tan sutil, tan vigilante, tan interconectado, tan completo y tan penetrante que es mejor no decir nada en su contra».

En una ocasión, el juez del Tribunal Supremo de los Estados Unidos Felix Frankfurter dijo que «los verdaderos gobernantes de Washington son invisibles y ejercen el poder entre bastidores».

En una carta con fecha del 23 de noviembre de 1933, el recién elegido presidente Franklin D. Roosevelt escribió al coronel Edward House, asesor del presidente Woodrow Wilson: «Como usted y yo sabemos, la única verdad del asunto es que, desde los días de Andrew Jackson, un sector financiero ha tomado las riendas del poder en los centros más importantes».

Elliot, el hijo de Roosevelt, afirmó: «Dentro de nuestro mundo tal vez sólo una docena de organizaciones son las que determi-

nan el rumbo de nuestros destinos tanto o más que los gobiernos legalmente constituidos».

Al cabo de los años, son muchas las personas que han lanzado advertencias respecto a la existencia de un gobierno en la sombra en los Estados Unidos.

John F. Hylan, ex alcalde de Nueva York, afirmó en 1922 que «la verdadera amenaza de nuestra república es el gobierno invisible que, cual pulpo gigante extiende sus viscosos tentáculos sobre nuestra ciudad, Estado y nación... Al mando de este pulpo están los intereses de la Rockefeller-Standard Oil y un reducido grupo de poderosos bancos por lo general relacionados con banqueros internacionales que, en la práctica, hacen funcionar el gobierno de los Estados Unidos para sus egoístas propósitos».

El coronel L. Fletcher Prouty (ya retirado) trabajó como agente de enlace entre el Pentágono y la CIA desde 1955 hasta 1963. Desde su lugar estratégico, Prouty fue testigo de los mecanismos de control existentes tanto en los servicios de inteligencia como en el ejército.

En 1973, Prouty escribía que los Estados Unidos funcionaban gracias a un «equipo secreto», el «sanctasantórum de una nueva orden religiosa» que respondía sólo ante sí misma. «El poder del grupo deriva de su vasta infraestructura clandestina y de su relación directa con las grandes industrias privadas, los fondos de inversión inmobiliaria, los bancos, las universidades y los medios de comunicación, incluyendo las editoriales nacionales y extranjeras.

«... Todos los principales miembros de este grupo están en el centro del poder, bien sea en las oficinas de la Administración, bien sea fuera de ellas, trabajando en el núcleo del grupo. Simplemente van cambiando sus puestos oficiales por otros cargos en el ámbito empresarial o en el placentero refugio del mundo académico.»

Prouty prosigue: «Esta gran maquinaria ha sido construida por hombres tan preparados como "Wild Bill" Donovan, Clark Clifford, Walter Bedell Smith, Allen Dulles, Maxwell Taylor, McGeorge Bundy y tantos otros, que la han guiado y la han con-

vertido en el aplastante gigante que es hoy. Es la gran industria, el gran gobierno, el gran capital, la gran presión... todos operando de manera centrípeta y para sus propios intereses en medio de un secretismo y una seguridad totales».

Los escépticos deberían tomar nota de cómo esos mismos nombres van asomando incesablemente en relación con las sociedades secretas modernas.

El innovador y gran pensador R. Buckminster Fuller también comprendió que es un grupo de hombres poderosos entre bastidores el que gobierna los Estados Unidos. En 1983, poco antes de su muerte, escribió: «Los Estados Unidos no están dirigidos por lo que llamamos su gobierno "democrático". Nada puede ser más patético que el papel que debe desempeñar el presidente de los Estados Unidos, cuyo poder es aproximadamente cero. Sin embargo, los medios de comunicación y la mayoría de los ciudadanos de mediana edad de los Estados Unidos creen que el presidente ostenta el poder supremo».

En una ocasión, el presidente Franklin D. Roosevelt, íntimamente relacionado con muchos de los más destacados miembros de las sociedades secretas, observó: «En política nada pasa por accidente. Si algo sucede, puede darse por seguro que ha sido planeado para que ocurra de ese modo».

Otro funcionario que habló de complot en los Estados Unidos fue el primer secretario de Defensa, James Forrestal, a quien su honestidad pudo haberle costado la vida. A principios de 1947, Forrestal expresó su preocupación porque los líderes del gobierno hicieran sistemáticamente concesiones a los soviéticos. Recopiló más de trescientas páginas de notas que, según le dijo a un amigo, convertiría en un libro para exponer los verdaderos motivos de sus superiores.

«Esos hombres no son incompetentes ni estúpidos. Son astutos y brillantes. La coherencia nunca ha sido un signo de estupidez. Si fueran simplemente estúpidos, de vez en cuando se equivocarían a nuestro favor», escribía.

Forrestal, que estaba al corriente de muchos secretos —fue incluido en una comisión altamente confidencial encargada de investigar el descubrimiento de un OVNI, que dio pie a los controvertidos documentos MJ-12— dimitió de su cargo a petición

del presidente Truman el 2 de marzo de 1949. Dos meses más tarde, de nuevo a petición de Truman, Forrestal ingresó en el Hospital Militar de la Marina de Bethesda para un reconocimiento rutinario. Uno de los médicos le aseguró al hermano de Forrestal que éste estaba bien, pero se le denegó el permiso para que tanto él como el sacerdote de la familia pudieran visitarlo. El día en que su hermano fue a recogerlo al hospital, el cuerpo de Forrestal apareció sin vida en un sótano del hospital con una soga alrededor de su cuello. Los oficiales médicos declararon que Forrestal se había suicidado, pero son muchos —tanto entonces como ahora— los que no creen en esa versión. Sus notas y diarios fueron confiscados y retenidos por el gobierno durante más de un año antes de que una versión saneada se pusiera en circulación para el público.

Varios oficiales afirmaron que Forrestal padecía un trastorno durante ese período; desequilibrio que, al parecer, provocó en él la capacidad de ver el futuro. Justo antes de partir hacia Bethesda, Forrestal le confió a un amigo que soldados norteamericanos morirían pronto en Corea. Esa afirmación fue hecha quince meses antes de que los norcoreanos lanzaran un ataque «sorpresa» en el sur.

Otro hombre loco que expresó una visión profética de la guerra fue el senador Joseph McCarthy quien malinterpretó la evidencia de una conspiración mundial para sustentar sus propios prejuicios contra el comunismo.

No obstante, McCarthy, responsable de tanto sufrimiento con su entusiasta y equivocado ataque contra el comunismo, no iba desencaminado cuando denunció una conspiración que buscaba promover la guerra como medio de lucro. Denunció que los acuerdos de Yalta de 1945 entre Roosevelt, Churchill y Stalin estaban detrás de los conflictos del mundo de la posguerra. Los acuerdos secretos pactados entre esos líderes mundiales —entre ellos, la cesión de Europa del Este a Stalin, el Oriente Medio a Gran Bretaña y el Pacífico y la región del sudeste asiático a los EE.UU.— se confirmaron a mediados de la década de 1970, con la publicación de algunos de los documentos y la correspondencia de Churchill.

El 23 de septiembre de 1950, McCarthy afirmó: «Aquí [en Yalta] se firmó la sentencia de muerte de los jóvenes que están muriendo hoy en las montañas y valles de Corea. Aquí se firmó la sentencia de muerte de los jóvenes que perecerán mañana en las junglas de Indochina [más tarde llamado Vietnam].»

»¿Cómo podemos explicar nuestra situación presente a menos que creamos que los hombres que ocupan los más altos cargos en el gobierno están concertando [sic] lanzarnos al desastre? Tiene que ser producto de una gran conspiración, una conspiración a una escala tan inmensa que empequeñece cualquier aventura previa de la historia de la humanidad», advertía McCarthy. Y proseguía: «¿Qué se puede decir de esa serie ininterrumpida de decisiones y actos que están contribuyendo a la estrategia del fracaso? No se pueden atribuir a la incompetencia».

McCarthy acabó teniendo un final poco glorioso porque no pudo —o no quiso— librarse del fantasma de la conspiración mundial orquestada por el comunismo. Afortunadamente, con el paso del tiempo se han podido revisar algunas de sus temerarias y exageradas acusaciones. Por desgracia, la desaparición del mcarthysmo dejó también secretos intactos.

¿Acaso todas estas personas eran ilusos teóricos de la conspiración? ¿O bien todos ellos intentaron, a su modo incompleto y limitado, revelar los objetivos secretos que había detrás de la superficial historia vendida al gran público?

Personas como Noam Chomsky y Gore Vidal han denunciado «el estado de la seguridad nacional» desde la izquierda. El difunto senador Barry Goldwater y el evangelista Pat Robertson han hecho lo mismo desde la derecha. Incluso la mayoría de los centristas como el comentarista Bill Moyers y el abogado Gerry Spence han advertido sobre un «gobierno en la sombra». Ya que todo el espectro político, desde extremos opuestos, dicen lo mismo, es momento de empezar a prestar una atención mayor a lo que está sucediendo hoy en día.

A principios de la década de 1970, los autores David Wise y Thomas B. Ross escribieron un libro sobre esta cuestión, *The Invisible Government*, que la CIA intentó suprimir. En él, advertían de que las agencias de los gobiernos secretos tenían relacio-

nes financieras con fundaciones y universidades y que utilizaban las empresas norteamericanas como tapadera para sus operaciones, violando sus estatutos. En una fecha más reciente, estos autores escribieron: «Nada ha ocurrido... para persuadirnos de que el peligro de un gobierno invisible en una sociedad abierta se haya de ninguna manera desvanecido».

En este libro, *El gobierno en la sombra*, pueden encontrarse nuevos datos y nuevas maneras de acercarse a la historia. Se va a intentar atar los cabos sueltos de nuestro conocimiento colectivo y dar sentido a un largo reguero de pistas y pruebas de conspiración.

No hay garantía de que toda la información presentada en estas páginas sea absolutamente cierta, pero comprender la verdad requiere tantos datos como sea posible. Nada debe ser descartado sin más. Toda información, por extravagante o ilógica que pueda parecer, debería ser considerada y evaluada.

Aunque en este momento hay un gran número de sociedades secretas, tanto políticas como religiosas, operando en el mundo, en este libro sólo se abordarán las que tienen mayor impacto sobre la sociedad. La inclusión en estas páginas de sectas disidentes o cultos extraños, como los Vengadores, los Beati Paoli, la orden del Ángel del Pavo Real, la Puerta del Cielo, etc. —sólo conseguiría distraernos de la investigación de organizaciones mucho más eficaces.

Llegados a este punto, permítaseme dejar clara una cosa: nada de lo que aquí se presenta tiene intención de cuestionar las creencias religiosas de nadie. La libertad de culto es uno de los mejores logros de la vida norteamericana. Todo el mundo tiene el derecho a profesar libremente sus propias creencias, siempre que éstas no perjudiquen a otras personas.

Pero al adentrarnos en la investigación de las sociedades secretas, se ve cómo religión y política, especialmente en el pasado, han estado inextricablemente relacionadas. Si hubiera prescindido aquí de las cuestiones religiosas, sólo podría haber contado la mitad de la historia, si bien esta información debe ser considerada intelectualmente. Como encaje en la visión del mundo de cada uno, debe ser tarea del lector averiguarlo, dependiendo de

sus propias creencias religiosas o de su nivel de complejidad intelectual.

La mayor parte de la información sobre sociedades secretas, en general escrita hace tiempo, está repleta de nombres, fechas y acontecimientos que carecen de sentido para el lector moderno. Por tanto, una edición sensata y las limitaciones de espacio hacen que este estudio sea, por necesidad, un tanto somero. Sólo espero haber seleccionado los suficientes detalles como para argumentar convincentemente sobre las actividades de las sociedades secretas y ofrecer al mismo tiempo una lectura amena sobre un tema muy complejo y controvertido.

La naturaleza hermética de estos grupos obstaculiza cualquier intento de demostrar fehacientemente sus métodos y sus objetivos últimos. Así, como hacen los organismos de seguridad del Estado cuando investigan el crimen organizado, a menudo hemos debido basarnos en patrones de comportamiento y conexiones personales entre los individuos y las organizaciones. Y, aunque, por lo general, las pruebas hablan por sí mismas, culpabilizar simplemente por asociación es algo en lo que hay que tener cautela y evitar a toda costa. No todos los miembros de las sociedades secretas son conspiradores. Tanto el tema en su conjunto como sus diferentes matices debe ser minuciosamente examinado, siempre alerta para no caer en subterfugios o dar por buenos datos fraudulentos. A los cronistas convencionales a menudo les ha convenido presentar una visión de la historia incompleta o distorsionada.

¿Cuáles son pues los secretos que conectan la Comisión Trilateral, la francmasonería y las Grandes Pirámides de Egipto?

Dejemos a un lado las ideas preconcebidas y embarquémonos en el intento de descubrir la historia y los objetivos de los que gobiernan en la sombra.

PRIMERA PARTE

Las sociedades secretas modernas

El secretismo es la libertad con que sueñan los fanáticos: ningún vigilante para controlar la puerta, ningún contable para controlar las cuentas, ningún juez para controlar la ley. Los gobiernos secretos no tienen constitución. Las reglas que siguen son las reglas que inventan.

BILL MOYERS

Las sociedades secretas no sólo existen sino que han desempeñado un importante papel en el curso de los acontecimientos nacionales e internacionales hasta el día de hoy.

Al considerar la trascendencia de las sociedades secretas modernas, resulta instructivo, en primer lugar, echar un vistazo a los presidentes del pasado reciente de los EE. UU. y a las personas y los acontecimientos que los han rodeado.

Aunque el ex presidente Bill Clinton goza de la simpatía de un buen número de norteamericanos, en virtud de su juvenil imagen de saxofonista, con cierta debilidad por las mujeres, la mayoría ignora por completo su relación con tres de las sociedades secretas más relevantes: la Comisión Trilateral, el Council on Foreign Relations o «Comisión de Relaciones Exteriores» (hay que prestar especial atención a las iniciales CFR, puesto que aparecen incesantemente al examinar las decisiones políticas de los Estados Unidos y los conflictos mundiales) y el Club Bilderberg.

La Comisión Trilateral hace pública la relación de sus miembros así como la documentación relativa a sus posturas públicas, pero sus trabajos internos se guardan en secreto. El CFR también publica una lista de miembros, aunque éstos se comprometen a mantener silencio absoluto en relación con sus objetivos y opera-

ciones. El Club Bilderberg mantiene en secreto tanto su orden del día como el elenco de sus miembros.

Entre los miembros destacados de la administración Clinton que pertenecieron a la Comisión figuran el ex presidente del CFR Peter Tarnoff, Anthony Lake, Al Gore, Warren Christopher, Colin Powell, Les Aspin, James Woolsey, William Cohen, Samuel Lewis, Joan Edelman Spero, Timothy Wirth, Winston Lord, Lloyd Bentsen, Laura Tyson y George Stephenopoulos. Entre los ex miembros de la Comisión Trilateral, cabe citar a Bruce Babbitt, Stephen W. Bosworth, William Cohen, Thomas Foley, Alan Greenspan, Donna Shalala y Strobe Talbott.

En otoño de 1998, cuando un proceso de destitución amenazaba a Clinton, el editor John F. McManus mencionaba cómo éste había corrido hacia Nueva York en busca de apoyo entre sus amigos del CFR. «Bill Clinton sabe de sobra que obtuvo el cargo de presidente porque los miembros de la "sociedad secreta" a la que pertenecía le eligieron y esperaban que llevara adelante sus planes», escribió McManus.

Clinton no es el único presidente reciente que mantiene relaciones con estos grupos.

El presidente George Bush ha sido miembro de la Comisión Trilateral, del CFR y hermano de la misteriosa orden de los Skull and Bones. El presidente Ronald Reagan, en su día ex portavoz de la Sociedad Eléctrica, no perteneció oficialmente a ninguno de esos grupos, pero en sus administraciones dio cabida a antiguos y actuales miembros, tal como detallaremos más adelante.

La presencia de miembros de la Comisión Trilateral en la administración del presidente Jimmy Carter fue tan numerosa que los investigadores de la conspiración hicieron su agosto. Incluso dio que hablar a los medios de comunicación vinculados al establishment.

La Comisión Trilateral

A principios de la década de 1970, gracias al auge de las tecnologías de la comunicación, un número considerable de nortea-

americanos se enteraron de la existencia de organizaciones secretas como la Comisión de Relaciones Exteriores o CFR. David Rockefeller, ex presidente de dicha Comisión, al parecer, en un esfuerzo por desviar la opinión pública de las actividades de la misma, instigó la creación de una rama más pública de la organización: la Comisión Trilateral.

Tanto esta Comisión Trilateral como la organización que la precede, el CFR, son para los investigadores de la conspiración, el epítome de organizaciones encubiertas que pueden estar guiando la política en direcciones opuestas a las deseadas o que, en general, más convendrían al ciudadano.

En un principio, el concepto de la Comisión Trilateral fue presentado a Rockefeller por Zbigniew Brzezinski, director del Departamento de Estudios Rusos en la Universidad de Columbia. Durante el tiempo que Brzezinski pasó en el Instituto Brookings, había estado investigando acerca de la necesidad de una cooperación trilateral entre Europa, Estados Unidos y Asia.

En 1970, Brzezinski escribió en *Foreign Affairs*, una publicación del CFR: «Se necesita una aproximación nueva y más amplia, la creación de una comunidad entre las naciones desarrolladas que pueda abordar con eficacia los asuntos más importantes a los que se enfrenta la humanidad... Para ello, sería un buen comienzo la creación de un consejo que representase a los Estados Unidos, a Europa occidental y Japón que celebrase encuentros regulares entre los líderes de sus gobiernos, y algunos miembros permanentes.

Más tarde, ese mismo año, publicó un libro titulado *Between Two Ages: America's Role in the Technetronic Era*. En esas páginas, Brzezinski explicaba con detalle su visión del futuro.

Proféticamente previó una sociedad «...determinada cultural, psicológica, social y económicamente por el impacto de la tecnología y la electrónica, en especial en el área de la informática y de las comunicaciones».

Las posiciones de Brzezinski levantaron las suspicacias de quienes se oponían a la consolidación de un poder político y económico mundial. Al argumentar que «la soberanía nacional ya no es un concepto viable», predijo un «movimiento hacia una comu-

nidad más grande mediante el desarrollo de las naciones..., a través de una variedad de relaciones indirectas y de las limitaciones ya vigentes de la soberanía nacional». Y predijo que esa comunidad más grande se financiaría mediante un sistema tributario global.

En sus explicaciones sobre cómo un eje cooperativo, como la Comisión Trilateral, podría consolidarse dijo: «el objetivo de conformar una comunidad de naciones desarrolladas es menos ambicioso que el de instaurar un gobierno mundial, es más asequible».

De la idea de Brzezinski de una sociedad global no estaban excluidas naciones por aquel entonces bajo el gobierno del marxismo. Describió esa sociedad como «un escenario más vital y creativo en el proceso de maduración de una interpretación de la humanidad universal» y «una victoria de la razón sobre la fe».

El plan de Brzezinski para la creación de una comisión de naciones trilateral fue presentado por primera vez durante un encuentro del ultrasecreto Grupo Bilderberg en abril de 1972, que tuvo lugar en la pequeña ciudad belga de Knokke-Heist. Por lo visto, la acogida de la propuesta de Brzezinski fue entusiasta. En ese momento, los financieros de todo el mundo estaban preocupados por la devaluación del dólar que se había producido bajo el mandato de Nixon, por las sobretasas a la importación y por la distensión en ciernes con China, que estaba causando que las relaciones con Japón estuvieran deteriorándose. Además, los problemas energéticos iban en aumento como consecuencia del incremento de los precios de la Organización de los Países Exportadores de Petróleo [OPEP].

Con la bendición de los del Bilderberg y del CFR, la Comisión Trilateral comenzó a organizarse entre el 23 y el 24 de julio de 1972, en una reunión que tuvo lugar en Pocantico Hills (residencia familiar de casi dos hectáreas de los Rockefeller), distrito de Tarrytown, Nueva York. Algunos de los asistentes a ese encuentro fueron Rockefeller; Brzezinski; el director de Estudios de Política Exterior del Instituto Brookings, Henry Owen; McGeorge Bundy; Robert Bowie; C. Fred Bergsten; Bayless Manning; Karl Carstens; Guido Colonna di Paliano; François

Duchene; Rene Foch; Max Kohnstamm; Kiichi Miyazawa; Saburo Ikita y Tadashi Yamamoto. Al parecer, Rockefeller y Brzezinski seleccionaron quiénes serían los fundadores.

La Comisión Trilateral se constituyó oficialmente el 1 de julio de 1973, con David Rockefeller en la presidencia. Brzezinski fue nombrado director fundador de la delegación norteamericana. Entre los miembros norteamericanos figuraban el gobernador de Georgia Jimmy Carter, el congresista John B. Anderson (otro candidato presidencial) y Hedley Donovan, el redactor jefe de *Time, S.A.* En la lista de miembros fundadores extranjeros aparecen el difunto Reginald Maudling; lord Eric Roll; el editor de *The Economist*, Alistar Burnet; el presidente de la FIAT, Giovanni Agnelli y el vicepresidente francés de la Comisión Europea, Raymond Barre. La suma total de los exclusivos miembros ronda las trescientas personas.

Según la publicación anual oficial de la Comisión, *Dialogue*, «la Comisión Trilateral fue fundada en 1973 por ciudadanos particulares de Europa occidental, Japón y Estados Unidos para fomentar una cooperación más estrecha entre esas tres regiones, hostigadas por problemas comunes». Los escépticos investigadores de la conspiración interpretaron esa «cooperación más estrecha» más bien como una «confabulación» orquestada por la banca multinacional y la élite empresarial con miras a un Único Gobierno Mundial.

La Comisión Trilateral tiene sedes en Nueva York, París y Tokio. Un comité ejecutivo de treinta y cinco miembros administra la comisión que, cada nueve meses aproximadamente, organiza un encuentro rotativo entre las tres regiones.

No es de extrañar que aparezca la pregunta de quién financia este grupo. El portavoz de la Comisión sostiene que el grupo no recibe ninguna ayuda gubernamental. Un informe de 1978 reveló que la financiación recibida por la Comisión desde mediados de 1976 hasta mediados de 1979 ascendía a 1.180.000 dólares. Buena parte de esa cantidad provenía de fundaciones libres de impuestos, como la Rockefeller Brothers Fund, que sólo en 1977 aportó 120.000 dólares. Había también donaciones de la Fundación Ford, la Lilly Endowment, la Fundación Marshall

alemana y de corporaciones como Time, Bechtel, Exxon, General Motors, Wells-Fargo y Texas Instruments.

Además de su boletín informativo, *Triologue*, la Comisión publica con regularidad «Task Force Reports» o «Triangle Papers». «Durante años, las publicaciones de los grupos que estudian las teorías conspirativas tanto de la derecha como de la izquierda, han difundido los “secretos” de la Comisión Trilateral [obteniéndolos directamente de la Comisión!], se burla el periodista e investigador de la Comisión Trilateral, Robert Eringer. Para la mayoría de investigadores resulta obvio que, como esos documentos son de difusión pública, no contienen ninguno de sus verdaderos «secretos» internos.

Uno de esos documentos, titulado *The Crisis of Democracy*, fue publicado por la Comisión en 1975. Uno de sus autores, el politólogo de Harvard Samuel P. Huntington afirmaba que los Estados Unidos necesitaban «un mayor grado de moderación en democracia» y sostenía que las instituciones democráticas eran incapaces de responder a crisis como el accidente nuclear de Three Mile Island o la avalancha de balseiros de los refugiados cubanos. El documento decía que se necesitan líderes con «experiencia, veteranía, práctica, y talento especial» para «neutralizar las reivindicaciones de la democracia».

He aquí unos pocos ejemplos que demuestran que la adopción de esas políticas por parte de los trilateralistas a menudo conlleva la implementación de dichas políticas en el gobierno. Tres años más tarde de la publicación de ese artículo, Huntington fue nombrado coordinador del Plan de Seguridad del Consejo de Seguridad Nacional. En virtud de ese cargo, Huntington preparó el Presidential Review Memorandum 32, del que derivó la orden presidencial de 1979, mediante la cual se creó la Federal Emergency Management Agency (o Agencia Federal de Emergencias, FEMA), una organización civil con poder de asumir el control totalitario de las funciones del gobierno en el caso de una «emergencia» nacional.

El economista de la Universidad de Yale, Richard Cooper, se hizo cargo de la política monetaria de la Comisión, y recomendó la venta de las reservas de oro oficiales a mercados privados.

Cooper llegó a subsecretario de Estado en materia económica y presidía el Fondo Monetario Internacional cuando éste vendió una parte de su oro.

El trilateralista John Sawhill escribió uno de los primeros informes de la Comisión, *Energy: Managing the Transition*, donde hacía recomendaciones sobre cómo conseguir una energía de mayor coste. Carter nombró a Sawhill vicesecretario del Departamento de Energía. C. Fred Bergsten colaboró en la preparación de un informe de la Comisión titulado *The Reform of International Institutions* y, a continuación, se convirtió en subsecretario del Tesoro para Asuntos Exteriores.

«En la actualidad, muchos de los miembros primeros de la Comisión Trilateral ostentan cargos desde los cuales pueden poner en práctica las recomendaciones políticas de la Comisión, recomendaciones que ellos mismos prepararon en nombre de ésta», señala el periodista Eringer. «Ése es el motivo de que la Comisión haya adquirido la reputación de ser el gobierno en la sombra de Occidente.»

«Los tentáculos de la Comisión Trilateral han llegado tan lejos en el ámbito político y económico que muchos la describen como una camarilla de hombres poderosos que buscan el control del mundo mediante la creación de una comunidad supranacional dominada por las multinacionales», escribió la investigadora Laurie K. Strand en un artículo titulado «Who's in charge. Six Possible Contenders» para el *People's Almanac* #3.

Incluso *U.S. News & World Report* destacaba las prioridades globalizadoras de la Comisión, al informar: «Los trilateralistas no vacilan en un punto: sólo reclutan a personas interesadas en ascender en el ámbito de la cooperación internacional...».

Los investigadores Anthony C. Sutton y Patrick M. Wood en su libro *Trilaterals Over Washington* hablaron de sus sospechas sobre el grupo y ofrecieron esta interpretación de sus comienzos: «La Comisión Trilateral se fundó a partir de las persistentes maniobras de David Rockefeller y Zbigniew Brzezinski. Rockefeller, presidente [entonces] del superpoderoso Chase Manhattan Bank y director de un buen número de las multinacionales más importantes, ha sido durante mucho tiempo una figura central del

misterioso CFR. Brzezinski, un brillante profeta de la utopía de un-solo-mundo, ha sido profesor de la Universidad de Columbia y es autor de varios libros que han servido para trazar "las directrices políticas" del CFR. Brzezinski trabajó como director ejecutivo de la Comisión (Trilateral) desde su creación en 1973 hasta finales de 1976, cuando el presidente Carter lo nombró consejero de Seguridad Nacional.»

Brzezinski fue quien reclutó a Carter para formar parte de la Comisión Trilateral en 1973. De hecho, durante la administración del presidente Jimmy Carter, fue tal la cantidad de datos de la Trilateral que salieron a la luz, que se produjo un considerable debate sobre ella en los medios de comunicación.

Incluso en el *Washington Post*, de orientación conservadora, apareció esta reflexión a principios de 1977: «Pero hay algo perturbador en la Comisión Trilateral. El electo presidente (Carter) es uno de sus miembros. También lo es el vicepresidente Walter F. Mondale. También lo son los nuevos secretarios de Asuntos Exteriores, de Defensa y del Tesoro, Cyrus R. Vance, Harold Brown y W. Michael Blumenthal, respectivamente. Por otra parte, Zbigniew Brzezinski, que fue director de la Trilateral, es ahora consejero de Seguridad Nacional de Carter, así como otro buen puñado de personas que trabajarán en el ámbito de la política exterior de los Estados Unidos en los próximos cuatro años».

Sutton y Wood escribían: «No se molesten en calcular las posibilidades que tienen tres hombres prácticamente desconocidos (Carter, Mondale y Brzezinski) de entre los más de 60 miembros de la delegación norteamericana de la Comisión (Trilateral), de acceder a los tres cargos más poderosos de la Tierra. Sus cálculos carecerán de sentido».

Entre los trilateralistas de la administración Carter también estaban los embajadores Andrew Young, Gerard Smith, Richard Gardner y Elliot Richardson; el responsable financiero de la Casa Blanca Henry Owen; el vicesecretario de Estado Warren Christopher; el director de la Agencia para el Control de Armas y el Desarme Paul Warnke; el subsecretario de Estado en materia económica Richard Cooper; Lucy Benson, responsable de Seguridad; el subsecretario del Tesoro Anthony Solomon;

Robert Bowie de la CIA y el subsecretario de Estado Richard Holbrooke.

Para que nadie pensara que la Comisión Trilateral era un organismo del Partido Demócrata, en 1978 apareció en *U.S. News & World Report* una lista de destacados republicanos que pertenecían a la misma. En la lista estaban el ex secretario de Estado Henry Kissinger; William Coleman, de Transporte; Carla Hills, de Urbanización y Desarrollo Urbanístico; Peter Peterson, de Comercio y Casper Weinberger, de Salud, Educación y Bienestar.

En la lista también figuraban el ex vicesecretario de Energía John Sawhill; el ex director de la CIA y futuro presidente de los Estados Unidos George Bush; los ex diputados y secretarios de Estado, Robert Ingersoll y Charles Robinson; el ex diputado y secretario de Defensa David Packard; el ex administrador de la Agencia de Protección del Medioambiente Russell E. Train; los embajadores William Scanton, en las Naciones Unidas y Anne Armstrong, en Gran Bretaña; los miembros del Congreso John Anderson, William Brock, William Cohen, Barber Conable, John Danforth y Robert Taft, hijo; y Marina Whitman, ex miembro del Consejo de Asesores Económicos.

La elección del presidente Carter del banquero Paul Volcker para capitanear el Banco de la Reserva Federal, el poderoso banco central estadounidense, suscitó más preocupación entre los investigadores de la conspiración. Nombrado por Carter para ocupar ese cargo cumpliendo instrucciones de David Rockefeller, Volcker había sido presidente de la delegación norteamericana de la Comisión Trilateral así como miembro de otros grupos secretos, el CFR y el Club Bilderberg. Durante la administración Reagan, fue sustituido como presidente del Banco de la Reserva Federal por Alan Greenspan*, también miembro de la Comisión Trilateral, el CFR, y el Club Bilderberg.

Resulta fácil ver por qué tantas personas creen que las organizaciones dominadas por Rockefeller son las que dirigen la política del gobierno de los Estados Unidos.

* Alan Greenspan dejó el cargo en octubre de 2005, siendo sustituido por Ben Bernanke. (N. de la r.)

A pesar de que se escribieron hace casi veinte años, las palabras de Sutton y Wood suenan a ciertas todavía hoy para los norteamericanos preocupados por el estado de la nación y con sospechas de que una superélite intenta hacerse con el control del mundo. «Según los valores morales de la Biblia, los Estados Unidos merecen con toda seguridad ser juzgados: la perversión se desboca, prolifera el abuso infantil, la codicia y la avaricia son las claves para el éxito, y la moralidad se ha corrompido. Si estamos a punto de ser arrojados al abismo de una época tenebrosa, el más lógico catalizador, o motivador, en el horizonte es la Comisión Trilateral».

El ex senador y candidato presidencial Barry Goldwater se hizo eco del miedo de muchas personas cuando escribió: «Lo que los trilateralistas pretenden en realidad es llevar a cabo la creación de un poder económico mundial superior al de los estados nación. Como directores y creadores del sistema, ellos gobernarán el mundo».

Tal aluvión de críticas, empujó a David Rockefeller a defender la Comisión en una edición de 1980 del *Wall Street Journal*. «La Comisión Trilateral, lejos de ser una camarilla de conspiradores internacionales que proyectan encubiertamente dirigir el mundo, es un grupo interesado en fomentar una mayor comprensión y cooperación entre aliados internacionales...».

Pero algunas de las críticas procedían de la propia administración Carter. El secretario de Estado (o ministro de Asuntos Exteriores) Edmund Muskie denunció que Brzezinski se estaba dedicando más a hacer política exterior que a coordinarla. William Sullivan, que había sido embajador de los Estados Unidos en Irán, acusó a Brzezinski de sabotear los esfuerzos estadounidenses para facilitar las relaciones con Irán tras el derrocamiento del sha. «En noviembre de 1978, Brzezinski empezó a hacer su propia política y a establecer su propia embajada en Irán», se quejaba Sullivan.

Acusaciones como éstas dieron pie a una repentina inquietud en Washington respecto a todo lo que tuviera que ver con organizaciones secretas o semisecretas. El columnista Nicholas von Hoffman observó: «Durante mucho tiempo Brzezinski ha sido

la pesadilla de los que se preocupan por la Comisión Trilateral, el grupo internacional de peces gordos procedentes de los principales poderes industriales inspirado por Rockefeller. Infinidad de norteamericanos, tanto de derechas como de izquierdas, creen que la Comisión, que intentó influir sobre la industria estatal y las políticas diplomáticas, es una conspiración inquietante».

Esa misma preocupación encontró eco en las organizaciones de veteranos. En 1980, la convención nacional de la American Legion aprobó la Resolución 773, que exigía al Congreso que se investigara la Comisión Trilateral y a su organismo predecesor, el CFR. Al año siguiente, los Veterans of Foreign Wars (VFW) aprobaron una resolución similar.

El congresista Larry McDonald presentó esas resoluciones en la Cámara de Representantes sin ningún resultado. McDonald, que como presidente de la John Birch Society, era un crítico feroz de las sociedades secretas, murió el 1 de septiembre de 1983 en el todavía controvertido accidente aéreo en el que se estrelló un 007 de la Korean Airlines.

Durante la campaña presidencial de 1980, el candidato republicano Ronald Reagan se refirió a los diecinueve trilateralistas de la administración Carter —incluido el mismo Carter, quien afirmó que su asociación con la Comisión era «una espléndida oportunidad de aprender»— y se comprometió a investigar al grupo si salía electo. Mientras competía con George Bush por su nombramiento como candidato a la presidencia, Reagan arremetió contra este último por pertenecer a la Comisión Trilateral y al CFR y prometió no asignarle ningún cargo si salía elegido.

Con todo, durante la convención nacional del Partido Republicano se produjeron una serie de extraños acontecimientos.

Mientras que Reagan era el claro candidato a la presidencia, la vicepresidencia era objeto de una lucha cruenta. De repente, a mediados de semana, los comentaristas de los medios de comunicación norteamericanos comenzaron a hablar de «una candidatura ideal» que consistiría en el binomio compuesto por el presidente Reagan y el vicepresidente (y ex presidente) Gerald Ford. Se empezó a presionar en ese sentido, el de una presidencia compartida y, por lo tanto, un poder dividido. Incluso llegó

a proponerse que, dado que Ford había sido presidente, debería elegir la mitad del gabinete de Reagan.

Ante la perspectiva de presidir la mitad de un gobierno, Reagan se presentó en el lugar de la convención ya entrada la noche y anunció: «Sé que estoy rompiendo la tradición viniendo aquí de noche y les aseguro que no voy a pronunciar mi discurso de aceptación esta noche... Pero viendo la televisión en el hotel y oyendo los rumores que están circulando y el chismorreo que está teniendo lugar aquí... déjenme, de la manera más sencilla que puedo, resolver esto y llegar a una conclusión. Sé que varios líderes republicanos... creían que el candidato ideal debería haber propuesto al ex presidente de los Estados Unidos, Gerald Ford, para el segundo lugar de la candidatura... Entonces he considerado, por todas las conversaciones y por cómo podría ir desarrollándose todo esto en el transcurso de la noche, que era el momento de avanzar un poco el programa... Pido y recomiendo a esta convención que mañana, cuando la sesión prosiga, George Bush sea nombrado vicepresidente».

Reagan nunca más pronunció una palabra en contra de la Comisión Trilateral o del CFR. Después de la elección de Reagan, de los 59 miembros de su equipo de transición, 28 pertenecían al CFR, 10 al exclusivo Club Bilderberg y al menos 10 más a la Comisión Trilateral. Incluso nombró a miembros destacados del CFR para tres de los cargos más importantes de los Estados Unidos: Alexander Haig, como secretario de Estado; Casper Weinberger, como secretario de Defensa, y Donald Reagan como secretario del Tesoro. Además, nombró al que había sido director de la campaña de Bush, James A. Baker III —que entonces pasó a ser presidente del comité de la campaña Reagan-Bush— como Jefe del Estado Mayor. Baker pertenecía a la cuarta generación de una familia relacionada desde hacía mucho tiempo con los intereses petrolíferos de los Rockefeller.

Poco más de dos meses después de tomar posesión del cargo, el presidente Reagan sobrevivió a un atentado con arma de fuego que, por unos milímetros, no llevó a Bush al Despacho Oval siete años antes de cuando sucedió en realidad. Por extrañía que parezca, John W. Hinckley, el hermano del que estuvo a punto de

convertirse en asesino, se había citado para cenar con el hijo de Bush, Neil, la misma noche del atentado. El padre de Hinckley, empleado de una compañía petrolera de Texas, y George Bush eran viejos amigos. Se debe hacer hincapié en que el nombre de Bush —incluido su apodo poco conocido por entonces «Poppy»— junto con su dirección y número de teléfono se encontraron en la agenda personal del geólogo petrolero George DeMohrenschildt, el último amigo íntimo conocido de Lee Harvey Oswald. La existencia de un informe del FBI de 1963 que menciona a un «George Bush de la CIA», en relación con las reacciones de la comunidad cubana de los Estados Unidos al asesinato de JFK, atrajo el interés de los medios de comunicación durante las elecciones de 1992. Muchos investigadores interpretaron estos detalles, aparentemente insignificantes, inconexos y poco difundidos, como rozando el punto de máxima tensión tolerable en la noción de coincidencia.

Los innegables vínculos que relacionan al liderazgo de los Estados Unidos con el CFR y la Comisión Trilateral —sumado al hecho de que el banquero globalizador David Rockefeller ha sido el principal cerebro de ambos grupos— ha provocado mucha ansiedad entre los escritores de la conspiración de ambos bandos, tanto de la derecha como de la izquierda.

Texe Marrs (que no tiene ningún parentesco con el autor de este libro), presidente de los Living Truth Publishers de Austin, Texas, advirtió: «La Comisión Trilateral es un grupo que tiene como objetivo precipitar la era del Gobierno Único Mundial y promover una economía internacional controlada entre bastidores por la Hermandad Secreta (los Illuminati)». El ya desaparecido senador Barry Goldwater lo previó. En su libro de 1979, *With No Apologies*, Goldwater advertía: «La nueva camarilla internacional de David Rockefeller [la Comisión Trilateral]... está intentando convertirse en el vehículo para la consolidación multinacional de los intereses comerciales y financieros mediante la toma del poder del gobierno político de los EE. UU.».

Todas estas teorías fueron comentadas en 1981 por el *Washington Post*, por lo general indiferente a cualquier idea conspiratoria. Al menos reconocieron la presencia de la Trilateral en un

texto que decía sarcásticamente: «¿Recuerdan a aquellos pavorosos trilateralistas a tres bandas, a los conspiradores internacionales capitaneados por David Rockefeller que iban a tomar el poder del mundo? Jimmy Carter era uno de ellos. George Bush lo era también y le costó caro en su campaña contra Ronald Reagan el año pasado. (...) Ahora bien, adivinen quién va a ir a la Casa Blanca. Adivinen quién los invitó. Adivinen quién dirigirá la delegación. Correcto. Los trilateralistas están llegando. El presidente Reagan les ha pedido que vayan. Vendrán capitaneados por David Rockefeller. Los trilateralistas han aterrizado y los teóricos de la conspiración los seguirán sin duda bien de cerca».

Pese a los desmentidos públicos la Comisión Trilateral, es una sociedad secreta, puesto que sus encuentros no están abiertos al escrutinio del público. Y, con toda seguridad, es una prolongación del todavía más hermético CFR, desde el momento en que los ocho representantes norteamericanos en la reunión fundacional de la Comisión Trilateral eran miembros del CFR.

El CFR, *Council on Foreign Relations* (Comisión de Relaciones Exteriores)

La idea global no comenzó con la Comisión Trilateral. El concepto de una única comunidad mundial se remonta mucho más allá del siglo XX, pero se concentró en la «madre» de las sociedades secretas modernas norteamericanas: la Comisión de Relaciones Exteriores (CFR).

El CFR inició su andadura con una serie de reuniones que tuvieron lugar durante la primera guerra mundial. En 1917, en la ciudad de Nueva York, el coronel Edward Mandell House, asesor de confianza del presidente Woodrow Wilson, congregó cerca de un centenar de hombres relevantes para discutir sobre el mundo de la posguerra. Éstos, que se apodaron a sí mismos «la Comisión Investigadora», hicieron planes para el establecimiento de la paz, que plasmaron en los famosos «catorce puntos» de Wilson, que se presentarían por primera vez ante el Congreso el 8 de enero de 1918. El grupo, por su propia naturaleza, era globa-

lizador, puesto que exigía la supresión de «todas las barreras económicas» entre las naciones, «igualdad de condiciones comerciales» y la creación de «una Asociación General de las Naciones».

El coronel House, que en una ocasión se definió como socialista marxista pero cuyas acciones reflejaban más bien un socialismo fabiano, fue el autor de un libro, publicado en 1912 y titulado *Philip Dru: Administrator*. En su obra, House describía una «conspiración» en el seno de los EE. UU. con varios objetivos: establecer un banco central, un impuesto escalonado sobre la renta y el control sobre ambos partidos políticos. Dos años después de la publicación del libro, dos de esos objetivos, si no los tres, se hicieron realidad.

A finales de 1918, el punto muerto que se había alcanzado en el frente occidental y la entrada de los Estados Unidos en la guerra, obligaron a Alemania y a los Poderes Centrales a aceptar las condiciones de Wilson para la paz. La posterior Conferencia de Paz de París de 1919 desembocó en el exigente Tratado de Versalles, que obligó a Alemania a pagar cuantiosas indemnizaciones a los Aliados. Como resultado, la economía alemana se arruinó, lo que condujo a la crisis económica y al ascenso final de Adolf Hitler y los nazis.

Entre los asistentes a la Conferencia de Paz de París estaban el presidente Woodrow Wilson y sus asesores de mayor confianza, el coronel House, los banqueros Paul Warburg y Bernard Baruch, y casi dos docenas de miembros de «la Comisión Investigadora». Los participantes en la conferencia adoptaron el plan de paz de Wilson, que incluía la formación de una Liga de las Naciones. Sin embargo, conforme a las leyes norteamericanas, el pacto tenía que ser ratificado por el Senado de los Estados Unidos, que se negó a ello, desconfiando por lo visto de cualquier organización supranacional.

Impertérrito, el coronel House, junto con los delegados británicos y estadounidenses de la conferencia de paz, se reunieron en el Hotel Majestic de París el 30 de mayo de 1919 y decidieron formar un «Instituto de Asuntos Exteriores», con una sede en EE. UU. y otra en Inglaterra. La sección inglesa se convirtió en el Royal Institute of International Affairs. Este organismo se

creó para guiar a la opinión pública hacia la aceptación de un gobierno único mundial o globalismo.

La sección norteamericana se incorporó el 21 de julio de 1921 bajo el nombre de Council on Foreign Relations (CFR) (Comisión de Relaciones Exteriores). Se constituyó a partir de un club, existente aunque deslucido, de Nueva York que banqueros y abogados destacados habían creado en 1918 para discutir sobre comercio y finanzas internacionales. El artículo II del nuevo reglamento del CFR decía que cualquier persona que revelara detalles de las reuniones del CFR, contraviniendo así las normas del mismo, podría ser expulsado, lo que lo calificaban por consiguiente como sociedad secreta.

Ese secretismo ha sido protegido diligentemente por los medios de comunicación más importantes de los Estados Unidos. «Los analistas de la prensa soviética hablan con mayor asiduidad en *Pravda e Izvestia* del Council que el *New York Times*», observó el periodista J. Anthony Lucas en 1971.

Desde 1945, el CFR tiene su cuartel general en la elegante Harold Pratt House de la ciudad de Nueva York. El edificio fue donado por la familia Pratt, de la Standard Oil Rockefeller. La mansión, con sus ornamentadas puertas francesas, sus refinados tapices y chimeneas, tiene una atmósfera de club.

La caracterización del CFR como un «club de viejos chicos» se ve realzado por el hecho de que muchos de sus miembros pertenecen asimismo a otros exclusivos grupos sociales como la Century Association, el Links Club, el University Club y el Washington's Metropolitan Club.

En el informe anual de 1997 del CFR, el presidente de la junta directiva Peter G. Peterson reconoció que había un «ápice de verdad» en la acusación de que el CFR era una organización de la «élite liberal de Nueva York», pero añadió que en la actualidad el CFR estaba «penetrando más en profundidad en los Estados Unidos», con un número creciente de miembros que viven fuera de Nueva York y Washington.

El número de miembros del CFR, que en un principio estaba limitado a 1.600 hoy alcanza una cifra superior a los 3.300, entre los que están los líderes más influyentes en el campo de las fi-

nanzas, del comercio, de las comunicaciones y del mundo académico. Para ser admitido, hay que someterse a un dificultoso y selectivo proceso: los candidatos deben ser propuestos por un miembro, secundado por otro, aprobado por un comité de miembros, investigado por profesionales y finalmente aprobado por la junta directiva.

En un esfuerzo por ajustarse al mundo moderno, el CFR amplió sus requisitos de pertenencia a principios de la década de 1970 para incluir a unos cuantos hombres de color y a más de una docena de mujeres. Para aumentar su influencia más allá de la Costa Este, el CFR creó comités de Relaciones Exteriores compuestos por líderes locales a lo largo y ancho de los Estados Unidos. A principios de 1980 existían más de 37 comités, que comprendían alrededor de 4.000 miembros.

Entre los miembros fundadores del CFR figuran el coronel House; el ex senador de Nueva York y secretario de Estado Elihu Root; el columnista Walter Lippmann; John Foster Dulles y Christian Herter, que más tarde ocuparon el cargo de secretarios de Estado, así como el hermano de Dulles, Allen, que más tarde fue nombrado director de la CIA.

El presidente fundador del CFR, el millonario John W. Davis, fue el abogado personal del financiero J. P. Morgan, mientras que el vicepresidente, Paul Cravath, representaba asimismo las propiedades de Morgan. El primer presidente del CFR fue Russell Leffingwell, uno de los socios de Morgan. Puesto que la mayoría de los miembros más antiguos del CFR tenían conexiones con Morgan de una forma u otra, puede afirmarse que aquél estaba muy influenciado por los intereses de Morgan.

La financiación del CFR provino de las arcas de banqueros y financieros como Morgan, John D. Rockefeller, Bernard Baruch, Jacob Schiff, Otto Kahn y Paul Warburg. Hoy, la financiación procede de las más importantes corporaciones como Xerox, General Motors, Bristol-Meyers Squibb, Texaco y otras, así como la German Marshall Fund, la McKnight Foundation, la Dillion Fund, la Fundación Ford, la Andrew W. Mellon Foundation, la Rockefeller Brothers Fund, la Starr Foundation, y el Pew Charitable Trusts.

Según la *Guide to Nonprofit Advocacy and Policy Groups*, del Centro de Investigación del Capital (Capital Research Center), el CFR está asociado con organizaciones influyentes, como el Committee for Economic Development, el Institute for International Economics, el Committee for a Responsible Federal Budget, el Business Enterprise Trust, el Urban Institute, el Business Roundtable, el Council of Competitiveness, la Cámara de Comercio de los EE. UU., la National Alliance for Business, el Instituto Brookings, el Business-Higher Education Forum, el Washington Institute for Near East Policy, el Ethics and Public Policy Center, el Instituto Hoover, el Center for Strategic and International Studies, la Wilderness Society y el American Council for Capital Formation.

Durante la segunda guerra mundial, el CFR desempeñó un papel fundamental en la política norteamericana. En relación con esta cuestión el periodista J. Anthony Lucas apunta lo siguiente: «Desde 1945 hasta bien entrada la década de 1960, los miembros del CFR estuvieron en la vanguardia de todo el activismo mundial de los Estados Unidos».

En una declaración de intenciones que se hizo pública en 1997, los integrantes del CFR, cuyas filas engrosan a «casi todos los funcionarios del gobierno de los Estados Unidos, tanto pasados como presentes, que han tenido que ver con asuntos internacionales», se exponía que el CFR no era más que «una organización de afiliados exclusivos y un gabinete de estrategia, que instruye a sus miembros y a su personal para servir a la nación norteamericana en la construcción de un mundo mejor y más seguro».

Los críticos dudan de sus intenciones, alegando que el CFR ha tomado parte en todos los conflictos relevantes del siglo XX. Muchos escritores ven el CFR como un grupo de hombres que ha impuesto su dominio en el mundo mediante los negocios multinacionales, los tratados internacionales y el gobierno mundial.

Incluso desde dentro, parece que se ha necesitado mucho tiempo para convencer a sus miembros de que no se trata de un control conspirativo. El almirante Chester Ward, auditor de guerra jubilado de la Marina de los Estados Unidos y miembro ve-

terano del CFR decía: «El CFR, como tal, no establece el programa de los partidos políticos, ni selecciona a sus candidatos presidenciales, ni controla la defensa, ni las políticas exteriores de los Estados Unidos. No obstante, los miembros del CFR, en tanto que individuos, actuando de común acuerdo con otros miembros del CFR, sí lo hacen».

El periodista Lucas comparte esta opinión y comenta que, incluso si se rechaza una «simplista» interpretación dictatorial del CFR, «se debe reconocer que la influencia discurre a través de los más intrincados canales: los vínculos personales se forjan entre hombres cuyos caminos se han cruzado repetidas veces en vestuarios, en encuentros de oficiales, clubes de facultades, salas de conferencias de embajadas, recepciones al aire libre, canchas de *squash* y en reuniones de juntas directivas. Si el CFR tiene influencia —y las pruebas indican que así es— entonces se trata de la influencia que sus miembros ejercen por esos canales».

El almirante Ward continuaba explicando que el único objetivo común de los miembros del CFR es «provocar la rendición de la soberanía y la independencia nacional de los Estados Unidos... Ante todo, quieren hacerse con el monopolio bancario mundial, lo que les conducirá al control del gobierno mundial».

Ward describió con detalle los métodos del CFR en un libro aparecido en 1975, del que fue coautor junto con Phyllis Schlafly, y que se titulaba *Kissinger on the Couch*. «Una vez los miembros dirigentes del CFR han decidido que el gobierno de los Estados Unidos debe adoptar una política determinada, los más importantes servicios de investigación del CFR se ponen a trabajar para desarrollar argumentos, tanto intelectuales como emocionales, que sustenten las nuevas políticas, y confundan y desacrediten, tanto intelectual como políticamente, cualquier oposición.»

La manifestación pública del CFR es su publicación, *Foreign Affairs*, definida como «la voz informal del establishment de la política exterior de los Estados Unidos». Aunque los partidarios del CFR sostienen que «los artículos del *Foreign Affairs* no reflejan ningún consenso de creencias...», los críticos responden que es precisamente mediante sus artículos, como los insignes

miembros del CFR presentan las políticas que aspiran a poner en práctica.

Incluso la sobria *Encyclopaedia Británica* admite: «A menudo, en esta revista, se presenta una serie de ideas de tanteo, si son bien acogidas por la comunidad que lee el *Foreign Affairs*, aparecerán más tarde en la política gubernamental o legislación de los Estados Unidos; las posibles políticas que suspenden este test normalmente desaparecen».

Alvin Moscow, un biógrafo favorable a la familia Rockefeller, añadió algo más a este respecto: «Tan respetables han sido los miembros del CFR que han sido considerados en algunos círculos como el corazón del establishment occidental. Todo lo que tiene que ver con política internacional, *tiene que ver* con el establishment occidental. De hecho, es difícil señalar una política predominante en los asuntos exteriores de los Estados Unidos, desde que [el presidente] Wilson se mostró diametralmente opuesto al pensamiento actual del CFR». (Cursivas en el original).

El CFR tiene dos métodos para comunicar las ideas y ambiciones de su círculo de dirigentes: mediante unos almuerzos o cenas regulares en las que destacados pensadores y líderes de todo el mundo pronuncian discursos ante los miembros de la Comisión, y mediante los grupos de estudio de la misma que periódicamente presentan informes acerca de sus posturas sobre temas de interés.

El CFR ofrece también un Servicio Corporativo para las compañías suscriptoras, que dos veces al año de sesiones tienen acceso a los discursos pronunciados en cenas por funcionarios del gobierno como el secretario de Hacienda o el director de la CIA. El renombrado economista John Kenneth Galbraith, quien en 1970 dimitió del CFR «por aburrimiento», mencionó en conversaciones extraoficiales de «escándalo»: «¿Por qué hombres del mundo de los negocios tienen que reunirse con funcionarios del gobierno para proporcionarles información no accesible al público, especialmente la que puede ser ventajosa desde el punto de vista financiero?»

G. Edward Griffin sostiene que, en un primer momento, el CFR, como uno de los frentes del grupo británico de la Mesa

Redonda, estaba dominado por la familia de J. P. Morgan. «Gradualmente, el grupo Morgan ha ido siendo reemplazado por el consorcio de los Rockefeller, y la lista de las empresas actualmente participantes, están en la lista de las 500 más poderosas, que publica la revista *Fortune*», afirmó en 1994.

Un ejemplo clarificador de la dominación de los Rockefeller sobre el CFR lo proporcionó a principios de la década de 1970 David Rockefeller, cuando, pasando por encima del comité de selección ofreció la dirección del *Foreign Affairs* a William Bundy, un ex funcionario de la CIA sometido a juicio tras la guerra de Vietnam.

El periodista conservador e investigador del CFR James Perloff ha demostrado cómo todas las administraciones del gobierno de los Estados Unidos desde la creación del CFR se han nutrido de miembros del mismo. «La relación histórica habla por sí misma... Hasta 1988, 14 secretarios de Estado, 14 secretarios de Hacienda, 11 secretarios de Defensa y un montón de líderes de otros departamentos federales han sido miembros del CFR.

Desde Allan Dulles, casi todos los directores de la CIA han pertenecido al CFR, entre ellos cabe citar a Richard Helms, William Colby, George Bush, William Webster, James Woolsey, John Deutsch y William Casey. «Muchos de los miembros del CFR tienen intereses financieros personales que dependen de las relaciones exteriores», destaca la investigadora Laurie Strand, «y son sus propiedades e inversiones las que protege la Secretaría de Asuntos Exteriores y los militares [y la CIA]».

Muchos investigadores sostienen que, de hecho, la CIA trabaja como fuerza de seguridad no sólo para las empresas de los Estados Unidos sino también para amigos, parientes y hermanos de la fraternidad del CFR, lo que puede ser una vía de doble dirección. Según Victor Marchetti, ex ayudante ejecutivo del vicedirector de la CIA, y John D. Marks, ex analista del Departamento de Asuntos Exteriores: «Este consejo, muy influyente pese a su carácter privado, compuesto por varios centenares de personas que ocupan puestos de gran responsabilidad en las esferas política, militar, económica y académica de los Estados Unidos ha sido durante largo tiempo la principal "reserva" de la CIA. Cuando la agencia ha necesitado personalidades de relieve para

ponerlas al frente de las compañías de su propiedad o para cualquier otro tipo de colaboración, ha recurrido con frecuencia a los miembros del CFR.»¹

Los miembros del CFR que asumen cargos en el gobierno tienden a introducir también a sus compañeros. Cuando en 1940 Henry Stimson, miembro del CFR, llegó a Washington para ocupar el cargo de secretario de Guerra le acompañó un compañero del CFR, John J. McCloy, en calidad de ayudante personal. McCloy a su vez hizo lo propio años más tarde introduciendo a otros miembros del CFR en el gobierno. «Cada vez que necesitábamos un nuevo hombre [para un cargo gubernamental], nos limitábamos a hojear la lista de los miembros del CFR y hacer una llamada a Nueva York», comentó una vez McCloy, ex director del CFR, presidente del Chase Manhattan Bank, mentor de David Rockefeller y asesor en política exterior de seis presidentes de los Estados Unidos.

Otro ejemplo de la influencia del CFR puede verse en el ascenso meteórico de Henry Kissinger. En 1955, Kissinger era simplemente un académico desconocido más que asistió a una reunión en la Escuela de la Infantería de la Marina en Quantico, Virginia, invitado por el entonces asesor del secretario de Estado Nelson Rockefeller. Ese encuentro fue el comienzo de una larga relación de amistad entre ambos que culminó en el regalo de 50.000 dólares que Rockefeller le entregó a Kissinger. Pronto tuvo la oportunidad de conocer a David Rockefeller y a otros miembros del CFR. A través del CFR, Kissinger obtuvo financiación y entrada en la Comisión de la Energía Atómica, a los tres cuerpos del ejército, a la CIA y al Departamento de Asuntos Exteriores. Utilizó este acceso para escribir un libro que fue un éxito de ventas titulado *Armas nucleares y política exterior*, en el que sostenía que una guerra nuclear podía ser «beneficiosa». Durante la administración Nixon, Kissinger fue secretario de Estado y posteriormente siguió teniendo una influencia extraordinaria en materia de asuntos exteriores.

Según las hemerotecas, la administración Clinton fue la que más componentes del CFR albergó, con un centenar de ellos ayudándole en la tarea de poner en marcha su presidencia. Varios

miembros del CFR fueron nombrados embajadores en España, Gran Bretaña, Australia, Chile, Siria, Sudáfrica, Rusia, Rumania, Japón, Corea, México, Italia, India, Francia, República Checa, Polonia, Nigeria y Filipinas. En la actualidad, más de una docena de altos cargos, tanto de la Casa Blanca como del Senado, forman parte del CFR.

El escritor Robert Anton Wilson comenta: «Si el CFR contara con millones de miembros, como la Iglesia presbiteriana, esta lista podría no significar demasiado. Pero el CFR sólo consta de 3.200 miembros».

Por sus orígenes bancarios, su relación con Wall Street y su secretismo inherente, el CFR fue objeto de demoleedores ataques por parte de los escritores conservadores. Esa atención pública lo condujo a la creación de la menos hermética Comisión Trilateral.

El dominio público de la presencia casi hegemónica del CFR en el gobierno se extendió tanto que el desaparecido Gary Allen, cuyo libro sobre organizaciones globalizadoras, *None Dare Call It Conspiracy* [Nadie se atreve a llamarlo conspiración], vendió más de cinco millones de ejemplares a pesar de que los medios de comunicación del establishment lo ignoraron, comentó justo antes de las elecciones nacionales de 1972: «Realmente, no había un ápice de diferencia [entre los candidatos presidenciales]. A los electores se les daba a elegir entre el gobierno mundial del CFR partidario de Nixon y el gobierno mundial del CFR partidario de Humphrey. Sólo se cambió la retórica para engañar al mundo».²

En un llamamiento a la acción, Allen se hizo eco de los reproches de muchos investigadores que sospechan de las motivaciones del CFR: «Los demócratas y los republicanos deben romper el control de estos infiltrados en sus respectivos partidos. Los CFR y sus incondicionales, y quienes apoyan a los oportunistas que buscan escalar posiciones sociales, deben ser invitados a retirarse; o si no, deberán hacerlo los patriotas».³ Muchos investigadores de la conspiración ven paralelismo en las elecciones de 2000, perfiladas para ser una contienda entre el demócrata Al Gore y el republicano George W. Bush, ambos con antiguas relaciones de negocios y vínculos familiares con Wall Street y miembros del CFR.

Desde una perspectiva cristiana, Perloff advierte de que se está librando una batalla cruenta entre el Reino de Cristo y «un demoníaco gobierno mundial: el reino del Anticristo... Muchas personas destacadas del establishment estadounidense están en uno de los bandos de este conflicto, y no es precisamente el aconsejado por las Sagradas Escrituras... Tanto si son conspiradores como si no, si son o no conscientes de las consecuencias últimas de sus acciones, su poderosa influencia ha ayudado a que el mundo se mueva hacia acontecimientos apocalípticos».

Está claro que el CFR ha tenido una intensa influencia, cuando no un control estricto, sobre las políticas estadounidenses durante casi la totalidad del siglo pasado. Pero durante casi cincuenta años, esta influencia la han compartido con otro grupo secreto con el que está íntimamente relacionado: el Club Bilderberg.

El Club Bilderberg

Los así llamados «bilderberger» son un grupo de hombres y mujeres poderosos —muchos de ellos pertenecientes a la monarquía europea— que se reúnen anualmente en secreto para discutir temas de actualidad. Un sinfín de investigadores escépticos afirma que conspiran para crear y gobernar los acontecimientos mundiales.

Poco o nada se informa sobre dicho grupo o sus actividades, a pesar de que un buen número de miembros de los medios de comunicación con mayores índices de audiencia se reúnen con el Club Bilderberg, dejando que los escritores clamen contra la censura y la manipulación de la información.

Como sucede con la Comisión Trilateral y el CFR, entre los bilderberger a menudo, sus miembros pertenecen también a los otros dos grupos.

El autor inglés David Icke dio a conocer la historia del doctor Kitty Little, lo que proporcionó una fascinante perspectiva sobre los planes a largo plazo de un grupo secreto. El doctor Little, que había trabajado para el Ministerio de Industria Aeronáutica de Gran Bretaña en el transcurso de la segunda guerra mundial

y posteriormente en el Comité de Investigación de la Energía Atómica habló de su asistencia a una reunión de un «grupo de trabajo» del Partido Laborista en la Universidad de Oxford en 1940.

Aquella tarde, el ponente fue un joven que afirmó formar parte de un complot «de carácter marxista» que buscaba hacerse con el poder. Dijo que el grupo al que pertenecía no tenía nombre (para dificultar su identificación) y que pretendía establecer un poder marxista en Gran Bretaña, Europa y algunas zonas de África. Asimismo explicó que, puesto que los británicos desconfían de los extremistas, los miembros del grupo debían mostrarse moderados, lo que les permitiría evitar las críticas del ala derecha. El ponente añadió que había sido elegido para capitanear la sección política del grupo y que sus expectativas eran ser nombrado algún día el primer ministro del Reino Unido.

El ponente era Harold Wilson quien, efectivamente, se convirtió en primer ministro durante las décadas de 1960 y 1970.

Wilson se estaba refiriendo al grupo que más tarde se conocería como el Club Bilderberg. Todavía no tenía un nombre oficial, pero se lo identificó con el Hotel Bilderberg, en Oosterbeek, Holanda, donde fue descubierto por primera vez por la opinión pública, en 1954. Su encuentro de febrero de 1957 en las islas de Saint Simons, cerca de la isla de Jekyll, en Georgia, fue el primero en celebrarse en suelo americano.

Wilson no fue el único jefe de Estado que tuvo que ver con los bilderberger. En 1991, el gobernador de Arkansas Bill Clinton fue invitado de honor del Club Bilderberg. Un año más tarde, se presentó a las elecciones y ganó la presidencia de los Estados Unidos. Tras su elección, Clinton no dijo una palabra acerca de sus encuentros con el Grupo Bilderberg, pero, según *The Spotlight* (un tabloide de Washington que había cubierto las conferencias del Club durante años), Hillary Clinton asistió a uno en 1997, convirtiéndose en la primera dama norteamericana en hacerlo. A partir de entonces, los rumores respecto a su futuro papel en el ámbito político crecieron a un ritmo constante.

La creación oficial de esta altamente secreta organización tuvo lugar a principios de 1950, a partir de unos encuentros informales que se produjeron en 1940 entre miembros de la élite europea.

Entre ellos, ministros de Asuntos Exteriores europeos, el príncipe Bernardo de Holanda y el socialista polaco doctor Joseph Hieronim Retinger, fundador del Movimiento Europeo tras la segunda guerra mundial. Retinger pasó a ser conocido como el «padre de los bilderberger».

Retinger fue llevado a los Estados Unidos por Averell Harriman (CFR), entonces embajador de los Estados Unidos en Inglaterra; allí visitó a ciudadanos destacados, como David y Nelson Rockefeller, John Foster Dulles, y el entonces director de la CIA Walter Bedell Smith. Previamente, Retinger había formado el Comité Americano por una Europa Unida, junto con el futuro director de la CIA y miembro del CFR Allen Dulles, el entonces director del CFR George Franklin, el funcionario de la CIA Thomas Braden y William Donovan, ex jefe de la Office of Strategic Services (OSS), precursora de la CIA. Donovan comenzó su carrera en la inteligencia como un agente de J. P. Morgan hijo, y se lo consideraba anglófilo, puesto que era partidario de unas estrechas relaciones entre los Estados Unidos y Gran Bretaña. Retinger continuó participando en los encuentros del Club Bilderberg hasta su muerte en 1960. Otra persona relacionada con la CIA que colaboró en la creación de dicho grupo fue el editor de la revista *Life*, C. D. Jackson, que trabajó para el presidente Eisenhower como «consultor especial de la guerra psicológica».

De esas personas surgió la idea de mantener encuentros regulares entre destacados hombres de negocios, políticos, banqueros, educadores, propietarios de medios de comunicación, administradores y líderes militares de todas partes del mundo. Los bilderberger también están profundamente vinculados a la nobleza europea, incluida la familia real británica. Según diversas fuentes, a las reuniones asisten con regularidad miembros de la monarquía de Suecia, Holanda y España.

El primer impulso para celebrar las reuniones del Club Bilderberg provino del príncipe holandés Bernardo, cuyo nombre completo y título era Bernhard Julius Coert Karel Godfried Pieter, príncipe de los Países Bajos y príncipe de Lippe-Biesterfeld.

Bernardo perteneció a la rama paramilitar nazi de las SS (*Schutzstaffel* o Escuadrones de Defensa) y fue miembro de la

I.G. Farben de Alemania en París. En 1937 se casó con la princesa Juliana, de los Países Bajos, y se convirtió en accionista y empleado en la Shell Oil holandesa, junto con el lord inglés Victor Rothschild.

Tras la invasión alemana de Holanda, la pareja real se trasladó a Londres. Fue allí, después de la guerra, cuando Rothschild y Retinger animaron al príncipe Bernardo a crear el Grupo Bilderberg. El príncipe en persona presidió el grupo hasta 1976, cuando dimitió a raíz de que se hiciera público que se había embolsado generosos pagos de la Lockheed por promocionar la venta de su avión en Holanda.

Desde 1991 la presidencia del Club Bilderberg fue asumida por el lord inglés Peter Carrington, ex ministro del Gabinete, secretario general de la OTAN y presidente del Royal Institute of International Affairs, como se ha dicho, una organización hermana del CFR. Carrington tenía vínculos con el imperio bancario de los Rothschild por sus conexiones empresariales y por su matrimonio.

Entre la lista de nombres famosos norteamericanos que han asistido a las reuniones del Club Bilderberg figuran los miembros del CFR George Ball, Dean Acheson, Dean Rusk, McGeorge Bundy, Christian Herter, Zbigniew Brzezinski, Douglas Dillon, J. Robert Oppenheimer, Walter Reuther, Jacob Javits, Robert McNamara, Walter Bedell Smith y el general Lyman Lemnitzer. Otros asistentes que cabe citar son J. William Fulbright, Henry Ford II, Georges-Jean Pompidou, Giscard d'Estaing, Helmut Schmidt y el barón Edmond de Rothschild.

«A la práctica, el Club Bilderberg es una especie de CFR no oficial, de envergadura internacional», afirma Neal Wilgus.

El doctor John Coleman, escritor y ex funcionario de la CIA, sostiene: «La Conferencia Bilderberg es una creación del MI6 británico, bajo la dirección del Royal Institute of International Affairs». Teniendo en cuenta las relaciones de la inteligencia de los Estados Unidos, también puede afirmarse legítimamente que las Conferencias Bilderberg han sido, al menos parcialmente, organizadas y esponsorizadas por la CIA.

Según las actas «estrictamente confidenciales» de la primera conferencia Bilderberg: «Hasta ahora se ha prestado escasa aten-

ción a la planificación a largo plazo, de cara a evolucionar hacia un orden internacional que mire más allá de la actual crisis [la Guerra Fría]. Cuando el momento sea el propicio nuestros conceptos del presente sobre los asuntos mundiales se extenderán a todo el mundo».

El periodista de investigación James P. Tucker, que ha seguido tenazmente la pista de los bilderberger durante años, escribe: «Las prioridades de los bilderberger son prácticamente las mismas que las de su grupo hermano, la Comisión Trilateral... Ambas organizaciones tienen un liderazgo entrelazado y una visión común del mundo. David Rockefeller fundó la Comisión Trilateral pero comparte el poder en el Grupo Bilderberg, de mayor antigüedad, con los Rothschild de Gran Bretaña y Europa».

Por lo general, los bilderberger se encuentran una vez al año en complejos hoteleros muy lujosos de todo el mundo, y sus actividades están rodeadas de un absoluto secretismo a pesar de la asistencia de miembros de los medios de comunicación estadounidenses del más alto nivel. Aunque el grupo afirma que se limitan a mantener discusiones informales sobre temas de ámbito internacional, existen pruebas de que sus recomendaciones se traducen a menudo en políticas oficiales.

El concepto de una Europa unificada bajo un control centralizado —un objetivo anhelado ya por los caballeros templarios medievales— parece que ha encontrado la manera de hacerse realidad gracias a los bilderberger. George McGhee, miembro del Club Bilderberg y ex embajador de los Estados Unidos en Alemania Occidental, reconoció que «el Tratado de Roma, a partir del cual se estableció el Mercado Común europeo, fue gestado en las reuniones Bilderberg».

Jack Sheinkman, presidente del Amalgamated Bank y miembro del Club Bilderberg, declaró en 1996: «En algunos casos, las discusiones han tenido consecuencias y han dado lugar a políticas concretas. La idea de una moneda común europea fue discutida durante varios años antes de convertirse en una realidad política. También hablamos acerca del establecimiento de relaciones oficiales entre los Estados Unidos y China antes de que Nixon lo llevara a cabo».

Tal vez Sheinkman sea uno de los miembros del Club Bilderberg que no comprende cuáles son los verdaderos objetivos de la dirección de este grupo de élite. Según Icke, «la élite de los bilderberger, como Carrington y los miembros del comité de dirección, coordinan quiénes serán los asistentes regulares de los encuentros del Club —quienes conocen el verdadero plan del juego— y aquellos que serán invitados esporádicamente o una sola vez —quienes ignoran la verdadera agenda de la organización, aunque su presencia puede resultar beneficiosa para la línea del grupo, que defiende que las instituciones mundiales son el camino para alcanzar la paz y la prosperidad».

Y ¿cuál es esa «verdadera agenda»? Quizá puede adivinarse por unas declaraciones del príncipe Bernardo: «Es difícil reeducar a las personas que han crecido con el nacionalismo y pedirles que renuncien a parte de su soberanía en favor de un cuerpo supranacional...».

La reunión del Club Bilderberg de 1998 tuvo lugar entre el 14 y el 18 de mayo en el palaciego Hotel Turnberry, cerca de la ciudad de Glasgow, en Escocia. Como de costumbre, los principales medios de comunicación de los Estados Unidos apenas informaron del evento o incluso no lo hicieron en absoluto.

A diferencia de sus colegas americanos, algunos de los medios de comunicación escoceses sí se hicieron eco de la noticia. Con el titular: «El mundo entero en sus manos», Jim McBeth, del *The Scotsman*, describió la estrecha vigilancia que había rodeado el encuentro: «A cualquiera que se acercara al hotel y no tuviera una porción del pastel del control del planeta se le obligaba a dar media vuelta».

McBeth describió la lista de invitados al encuentro del Club Bilderberg como un «quién es quién internacional de la riqueza, la influencia y el poder... Una vez al año, los 120 hombres y mujeres que lograron colocar a Bill Clinton en el Despacho Oval y expulsar a lady (Margaret) Thatcher del n.º 10 de Downing Street, se encuentran para discutir acontecimientos de orden mundial y, según afirman algunos, para manipularlos». Al menos un reportero, Campbell Thomas del *Scottish Daily Mail*, fue arrestado por agentes de seguridad, esposado y retenido durante ocho horas por atreverse a acercarse al lugar del encuentro.

Se informó de que, una de las decisiones de la reunión del Club Bilderberg de 1998, había sido alentar al primer ministro británico Tony Blair a ejercer una presión mayor para el ingreso de Gran Bretaña en la ampliada Unión Europea, un paso visto con recelo por su antecesora Margaret Thatcher. Blair podía haber ido más lejos en su plan de recortar la independencia de Gran Bretaña, desde el momento en que su proyecto de disolución de la Cámara de los Lores obtuvo éxito luego, con posterioridad a 1998. Mientras algunos veían a los lores como holgazanes poco ilustrados, otros, en cambio, consideraban a estos mismos ricos, pero patrióticos, lores como baluartes contra la erosión de la soberanía inglesa ocasionada por los defensores de un «Nuevo Orden Mundial».

A diferencia de sus hermanos norteamericanos, los medios de comunicación canadienses ofrecieron información sobre el encuentro Bilderberg de 1996, cerca de la ciudad de Toronto, con titulares como «[El primer ministro canadiense Jean] Chretien asiste a un Encuentro Mundial Secreto», «[El editor canadiense Conrad] Black actúa como anfitrión para líderes mundiales», y «¿Dominación del mundo o una partida de golf?».

Cuando el periodista William F. Buckley —que asistió a esa reunión del Club Bilderberg en Canadá— pidió que se comentara la falta de información sobre el encuentro, un secretario dijo: «No creo que ofrecer información sea la naturaleza del encuentro, ¿no?». Paul Gigot, del *Wall Street Journal*, otro asistente, explicó: «Las normas de la conferencia, que todos aceptamos, son que no podemos hablar sobre lo que se diga. Todo es confidencial. El hecho de que haya asistido no es un secreto».

Quizá estos periodistas no hablan acerca de lo que han oído en estos encuentros secretos, pero es evidente de que su asociación determina la postura de sus editoriales. Las voces críticas de los medios de comunicación han denunciado muchas veces que apenas existen diferencias entre los editoriales de las principales agencias de noticias.

«Si el Grupo Bilderberg no es ningún tipo de conspiración, se comporta como si fuera una buena imitación de una de ellas», escribió el periodista C. Gordon Tether, del *Financial Times* de

Londres en 1975. Aproximadamente un año más tarde, por razones que no se hicieron públicas, Tether fue despedido por el editor del *Financial Times*, Max Henry «Fredy» Fisher, un miembro de la Comisión Trilateral.

Una conexión evidente entre el CFR, la Comisión Trilateral y los bilderberger es la familia Rockefeller, en particular el hijo menor, David.

Varios hombres de negocios ricos y célebres constituyen lo que equivaldría a «una monarquía norteamericana» a principios del siglo XX: el magnate del acero Andrew Carnegie, el banquero Andrew Mellon y los importantes empresarios del transporte Cornelius Vanderbilt y Edward Harriman.

Pero ninguno ha alcanzado el poder duradero o los vínculos internacionales de los Rockefeller y los Morgan.

Los Rockefeller

John Davison Rockefeller continúa siendo el más reconocido —y tal vez el más despreciable— hombre rico del mundo, incluso tras su desaparición en 1937. Durante el siglo pasado, ninguna familia en los Estados Unidos ha amasado tal cantidad de poder e influencia como los Rockefeller gracias a su fortuna, y a sus estrechos vínculos con Inglaterra.

Hace años que el nombre de Rockefeller aparece en cualquier discusión sobre sociedades secretas, pero hoy en día, en los medios de comunicación raramente se habla del papel de los Rockefeller en los acontecimientos mundiales. Sin embargo, en cierto momento, el nombre de John D. Rockefeller estaba en boca de todos y sus negocios eran ampliamente conocidos.

Una edición de 1897 de un periódico de Texas informaba: «John D. Rockefeller duerme ocho horas y media al día, se retira a las 10.30 y se levanta a las 7.00. Cada mañana al levantarse es 17.705 dólares más rico de lo que era cuando se fue a dormir. Se sienta a desayunar a las 8.00 y se levanta de la mesa a las 8.30, y en esa escasa media hora, su fortuna ha crecido 1.041,50 dólares. Los domingos va a misa y durante las dos horas que está

fuera de casa su riqueza ha aumentado 4.166 dólares. Su distracción nocturna es tocar el violín. Cada noche, cuando coge el instrumento, es 50.000 dólares más rico de lo que era cuando lo dejó la noche pasada. Estos datos dan una idea cierta del incesante incremento de la fortuna de este hombre».

Podemos percibir la filosofía empresarial de John D. a partir de una anécdota relatada por Nelson Rockefeller. Parece que cuando John era sólo un niño su padre, William «Big Bill» Rockefeller, que vendía «remedios» para combatir el cáncer con una farmacia ambulante, le enseñó a saltar a sus brazos desde una silla. En una ocasión, su padre ofreció los brazos para cogerlo pero los apartó cuando el pequeño John saltó. Después de la caída del hijo, el padre le dijo con severidad: «Recuerda, no te fíes completamente de nadie, ni siquiera de mí».

Al inicio de la guerra civil norteamericana, Rockefeller era un joven comerciante de artículos de consumo en Cleveland, Ohio. Rápidamente reconoció el potencial de la industria petrolera allí en ciernes y en 1863 él y algunos socios construyeron una refinería. En 1870 constituyó la Standard Oil Company de Ohio.

«El National City Bank of Cleveland, que fue identificado en audiencias del Congreso como uno de los tres bancos de los Rothschild —la familia de banqueros europea más relevante— en los Estados Unidos, proporcionó a John D. Rockefeller el dinero necesario para comenzar con el monopolio del negocio de la refinería petrolífera, dando como resultado la Standard Oil», se destaca en un reciente vídeo de investigación titulado *The Money Masters*.

Rockefeller, a quien se le atribuye haber dicho que «la competencia es pecado», eliminó sin escrúpulos a sus competidores, bien fusionándose con ellos, bien comprándolos. De no ser posible, recortaba los precios hasta obligar a sus rivales a vender. Asimismo consiguió contratos ventajosos en el transporte ferroviario, lo que le garantizó casi el monopolio completo en el transporte del petróleo. La Standard Oil —directa antecesora de la Exxon— prosperó enormemente, y en 1880 Rockefeller poseía o controlaba el 95 % de toda la producción de petróleo de los Estados Unidos.

Los problemas para Rockefeller comenzaron en 1902, con la publicación de una serie de artículos escritos por Ida Tarbell,

la hija de un productor petrolero de Pennsylvania que se quedó fuera del negocio por culpa de las artimañas de Rockefeller. Su serie de artículos, publicados en *McClure's Magazine* con el título «La historia de la Standard Oil Company», se basaba en cinco años de investigación. Un reseñista dijo que su trabajo era un «valiente desenmascaramiento de una criminalidad moral que se ocultaba bajo la apariencia de la respetabilidad y el cristianismo».

Los hechos expuestos por Tarbell tuvieron como resultado que se emprendieran acciones gubernamentales y judiciales que parecía que iban a acabar con el monopolio petrolero de la Standard Oil. Sin embargo, ya en 1882 Rockefeller había comenzado a enmascarar sus negocios con la creación de la primera gran corporación norteamericana: el Standard Oil Trust. «El trust abarcaba un laberinto de estructuras legales, mediante las cuales lograba que sus estrategias fueran prácticamente impermeables a las investigaciones públicas y a la comprensión», explica *The New Encyclopaedia Britannica*.

Dichas maniobras prosiguieron en 1892, cuando el Tribunal Supremo de Ohio ordenó la disolución del trust. En ese momento, Rockefeller simplemente trasladó las sedes de la Standard a la ciudad de Nueva York. En 1899 todos los activos e intereses se transfirieron a una nueva organización, la Standard Oil Company de Nueva Jersey.

En 1906, el gobierno de los Estados Unidos acusó a la Standard Oil de violar la Ley Sherman Anti-trust. Aunque los defensores alegaron que la Standard simplemente había sido presa de un maremoto de descontento generalizado por los excesos de la gran empresa, el Tribunal Supremo de los Estados Unidos, el 15 de mayo de 1911, expresó claramente su decisión en los siguientes términos: «Siete hombres y una máquina corporativa han conspirado contra sus conciudadanos. En aras de la seguridad de la república decretamos desde ahora que esa peligrosa conspiración debe acabar, a más tardar, el 15 de noviembre».

Ocho de las compañías formadas tras la disolución retuvieron la denominación «Standard Oil» en sus nuevos nombres, pero éstos pronto se cambiaron para presentar una imagen de diversidad. La Standard Oil Company de Nueva York se fusionó pri-

mero con el trust Vacuum Oil para formar la Socony-Vacuum, que en 1966 se convirtió en la Mobil Oil Corporation. La Standard Oil de Indiana se unió a la Standard Oil de Nebraska y la Standard Oil de Kansas, que en 1985 se convirtieron en la Amoco Corporation. En 1984, la combinación de la Standard Oil de California y la Standard Oil de Kentucky dio lugar a la Chevron Corporation, mientras que la antigua Standard Oil de Nueva Jersey se convertía en 1972 en la Exxon Corporation. Otras de las antiguas compañías de la Standard son Atlantic Richfield, Buckeye Pipe Line, Pennzoil y Union Tank Car Company.

Irónicamente, la disolución de la Standard no hizo más que aumentar la riqueza de Rockefeller, que ahora poseía una cuarta parte de las treinta y tres diferentes compañías petroleras creadas tras la disolución de la Standard. Poco después del cambio de siglo (del XIX al XX), Rockefeller se convertía en el primer millonario de los Estados Unidos.

La continuidad del control de Rockefeller era confirmado a finales de 1930 por el único estudio existente sobre los verdaderos propietarios de las corporaciones más grandes de los Estados Unidos. El estudio, *The Distribution of Ownership in the 200 Largest Nonfinancial Corporations*, se publicó en 1940. Éste concluía que los holdings de Rockefeller, aunque aparentemente pequeños —la mayoría tenían menos de un 20 % de stocks— cuando se compararon con el resto de propiedades ampliamente dispersas se consideraron suficientes «para dar a la familia Rockefeller el control sobre las corporaciones».

Una vez más, la dirección vinculada permitió a los Rockefeller y a otros mantener el control sobre la industria petrolera. «Las ocho industrias petroleras más grandes estaban relacionadas en 1972 a través de grandes bancos comerciales con al menos otro de los miembros del grupo principal», escribió el doctor John M. Blair, ex ayudante del director financiero de la Federal Trade Comisión. «Exxon tiene cuatro de dichos vínculos: con Mobil, Standard of Indiana, Texaco y ARCO; Mobil tiene tres: con Exxon, Shell y Texaco; la Standard de Indiana: con Exxon, Texaco y ARCO; la Texaco: con Exxon, Mobil y la Standard of Indiana; y la Shell con Mobil. Cada vez que los seis principales bancos comerciales —sin

incluir el Bank of America y el Western Bancorporation— celebran sus reuniones de junta directiva, los directores de los ocho mejores —excepto Gulf y SoCal— se encuentran con directores que, como promedio, tienen el 3,2 % de la competencia más fuerte.

Irónicamente, con la entrada del siglo XX, el monopolio de la antigua Standard fue reforzado con la fusión prevista entre dos de los gigantes mundiales del petróleo: Exxon y Mobil. A su «megaacuerdo» de 75 mil millones de dólares no tardó en llamársele «la venganza de Rockefeller». En el momento de escribir esto, la consolidación de las compañías petroleras ha continuado con el anuncio de los planes de la British Petroleum PLC de adquirir Amoco.

Cuando murió en 1937, Rockefeller y su único hijo, John D. Rockefeller hijo, no sólo habían construido un sorprendente imperio petrolero sino que habían creado instituciones como el Rockefeller Institute for Medical Research (inaugurado en 1901), la General Education Board (1903), la Universidad de Chicago (1889), la Rockefeller Foundation (1913), la Lincoln School (1917), donde los hijos de los Rockefeller iniciaban sus estudios, y la Universidad Rockefeller, en la ciudad de Nueva York.

Los Rockefeller también estaban muy interesados en los avances de la eugenesia; en concreto en los programas de selección genética científicamente aplicada para conservar y mejorar características humanas «ideales», que incluía el control de natalidad y demográfico. La idea surgió de los escritos de un científico victoriano, sir Francis Galton, que después de varias investigaciones, llegó a la conclusión de que los miembros destacados de la sociedad británica lo eran porque tenían padres «eminentes», combinando de esta forma los conceptos darwinistas de «la ley del más fuerte» con la importante cuestión clasista «¿quién es tu papá?».

Esto suena a experimento nazi, considerando que a finales del siglo XIX, los Estados Unidos, junto con otras catorce naciones, aprobaron algún tipo de legislación eugenésica. Treinta estados tenían leyes que estipulaban la esterilización de pacientes con problemas mentales e imbéciles. Al menos, sesenta mil de estos «anormales» fueron esterilizados legalmente.

Por supuesto, determinar quién estaba contaminando la reserva genética requería una estadística demográfica amplia. Así, en 1910, la Eugenics Records Office fue creada como una rama del Galton National Laboratory de Londres, financiado por la señora E. H. Harriman, la esposa del magnate del ferrocarril Edward Harriman y madre del diplomático Averell Harriman. La Señora Harriman vendió en 1912 sus sustanciosas acciones del Guaranty Trust Bank de Nueva York a J. P. Morgan, asegurándole así el control sobre esta institución.

Después de 1900, los Harriman —la familia que había apoyado los comienzos de la familia de Prescott Bush— junto con los Rockefeller, donaron más de once millones de dólares para crear un laboratorio de investigación eugenésica en Cold Spring Harbor, Nueva York, así como la financiación de estudios de eugenesia en Harvard, Columbia y Cornell. El primer Congreso Internacional de Eugenesia se celebró en Londres, en 1912, con Winston Churchill como director. Obviamente, el concepto de «línea de sangre» tenía gran importancia para esa gente.

En 1932, cuando un congreso similar se celebró en Nueva York, la Hamburg America Shipping Line, controlada por los socios de Harriman, George Walker y Prescott Bush, llevó a destacados alemanes al encuentro. Uno de ellos era el doctor Ernst Rudin, del Kaiser Wilhelm Institute for Genealogy and Demography de Berlín. Por unanimidad, fue elegido presidente de la International Federation of Eugenics Societies por su trabajo en la fundación de la German Society for Race Hygiene, un precursor de los institutos raciales de Hitler.

Las investigaciones eugenésicas, bajo nombres más políticamente correctos, continúa hasta el día de hoy. El general William H. Draper hijo fue un «miembro colaborador» del International Eugenics Congress en 1932 y, a pesar o gracias a vínculos con las familias Harriman y Bush, fue nombrado líder de la división económica de la Comisión de Control de los Estados Unidos en Alemania al final de las hostilidades. Según los autores Tarpley y Chaikin, «el general Draper fundó en sus últimos años el "Population Crisis Committee" y la "Draper Fund", uniéndose a los Rockefeller y las familias Du Pont para promover la eugene-

sia como sistema de "control demográfico". El presidente Lyndon Johnson, aconsejado por el general Draper sobre el tema, comenzó a financiar programas para el control de la natalidad en los países tropicales, mediante la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID).

»El general Draper fue el gurú de George Bush en cuestiones demográficas... El hijo de Draper y su heredero, William H. Draper III, fue administrador financiero —jefe de recaudación de fondos— en la campaña nacional de las presidenciales de Bush en 1980». El Draper más joven continuó trabajando en actividades de control demográfico en las Naciones Unidas.

Las investigaciones eugenésicas de Rudin fueron en gran parte financiadas por las arcas de Rockefeller. «Estas adineradas familias norteamericanas, como sus pares en Gran Bretaña, creían pertenecer a una raza superior, y deseaban proteger su superioridad racial», comenta el autor Icke.

El nepotismo estaba a la orden día en esas cadenas familiares. Según su biógrafo, Alvin Moscow: «Desde el año 1917 y en los sucesivos cinco años, el viejo Rockefeller traspasó su fortuna a su único hijo y heredero sin compromisos».

El hijo, mientras tanto, se dedicaba principalmente a los negocios y las actividades filantrópicas; no obstante siguió la pauta de su padre en las prácticas bursátiles y particularmente en su oposición a los sindicatos. Esa postura se suavizó, al menos públicamente, tras la masacre de Ludlow de 1914, cuando los miembros del ejército de Colorado dispararon contra los huelguistas en la Colorado Fuel and Iron Company, propiedad de los Rockefeller, causando la muerte de cuarenta personas.

Rockefeller hijo ayudó a crear la United Service Organization (USO) para los soldados durante la segunda guerra mundial y supervisó la construcción del Rockefeller Center en Manhattan. Después de la guerra, fue Rockefeller quien donó suelo en Manhattan para la sede de las Naciones Unidas.

Rockefeller hijo fue padre de una niña, Abby, que moriría de cáncer en 1976, a la edad de setenta y dos años, y de cinco hijos: John III, Nelson, Laurance, Winthrop y David.

El mayor, John III, se convirtió en presidente de la Funda-

ción Rockefeller y destinó millones de dólares a agencias internacionales como el India International Center y la International House of Japan. Su dinero personal fue a parar a su fabulosa colección de arte oriental y la creación del Population Council, un organismo dedicado a los problemas de la superpoblación y la planificación familiar. Murió en 1978, pero su hijo, John «Jay» Davidson Rockefeller siguió adelante con los intereses políticos de la familia, trabajando como gobernador de Virginia occidental.

Nelson Aldrich Rockefeller también hizo carrera en política. Antes de la segunda guerra mundial, viajó a Venezuela, donde descubrió la cultura de Sudamérica, así como el lucrativo negocio del petróleo de ese país. Gracias a sus conocimientos en esa área, su conciudadano neoyorquino y presidente Franklin D. Roosevelt, lo reclutó para su gobierno, y lo nombró coordinador para Asuntos Interamericanos. Rockefeller también fue gobernador del Estado de Nueva York durante cuatro mandatos además de ostentar varios cargos en los negocios bancarios y petroleros familiares.

En 1953 se creó el Departamento de Salud, Educación y Bienestar (HEW) y Rockefeller fue nombrado subsecretario por recomendación del secretario Oveta Culp Hobby. Aquí Rockefeller llevó adelante muchos programas sociales como detalla el autor Alvin Moscow: «Oveta Culp Hobby estaba al frente como secretario; Nelson trabajaba entre bastidores, encontrando al personal clave para encabezar varios programas, promocionando la investigación y los estudios, preparando nuevos programas e intentando que se aprobaran nuevos programas por parte de la administración Eisenhower y un Congreso a veces escéptico». Eisenhower nombró a Rockefeller ayudante especial en Asuntos Exteriores, el mismo cargo que su amigo de confianza Henry Kissinger ostentó con el presidente Nixon.

Fue continuamente tras la nominación a la candidatura presidencial por los republicanos, pero sus planes fueron frustrados por Nixon, en 1960 y en 1968, y por el senador Barry Goldwater en 1964. Finalmente Rockefeller fue nombrado vicepresidente de los Estados Unidos en 1974 por el presidente Gerald R. Ford, él mismo una persona nombrada por el presidente Richard Nixon, a quien forzaron a dimitir a raíz del escándalo Wa-

tergate. Rockefeller murió a la edad de setenta años, en 1979, bajo circunstancias extrañas en las que estuvo involucrada una joven ayudante.

Laurence Spelman Rockefeller se convirtió en el más orientado hacia los negocios de los hermanos y disfrutó de una carrera exitosa como capitalista arriesgado. Tras desarrollar un temprano interés por la aviación, invirtió en Eastern Airlines en 1938 junto con el famoso aviador, el capitán Eddie Rickenbacker, y convirtió la compañía aérea en una de las más grandes del mundo. Rockefeller también invirtió en los sueños de un joven escocés llamado James McDonnell hijo, que lanzó lo que se convirtió en la McDonnell-Douglas Aircraft Corp. Entró en el reino del medio ambiente y se convirtió en presidente de Citizens Advisory Committee on Environmental Quality, presidente de la American Conservation Association, y presidente de la New York Zoological Society.

Winthrop Rockefeller era el inconformista del clan Rockefeller. Tras abandonar la universidad de Yale en 1934, se fue a Texas, donde trabajó como peón de un campo petrolífero. Durante la segunda guerra mundial, sirvió como soldado de infantería de combate en el Pacífico ganando un Corazón Púrpura y una Estrella de Bronce con dos hojas de roble. De vuelta a casa, se aficionó a la bebida, las mujeres y la gente de moda neoyorquina. Pero en 1953, cansado de ese estilo de vida, se trasladó repentinamente a Arkansas, donde fue elegido «Hombre del Año de Arkansas» en 1956. Su famoso apellido le permitió acceder al cargo de gobernador en 1967. Fue entonces cuando un joven demócrata de Arkansas llamado Bill Clinton debió de captar la atención de Rockefeller. Winthrop, murió también de cáncer, en 1973; justo dos meses antes de cumplir los sesenta y un años.

David Rockefeller era el más joven de los cinco hermanos Rockefeller y fue el primero en convertirse en el más poderoso, además de en el más destacado. Después de obtener una licenciatura en ciencias en Harvard, ingresó en la London School of Economics, una facultad ampliamente financiada por la Fundación Rockefeller, la Carnegie United Kingdom Trust Fund, y la viuda de J. P. Morgan, pareja de William Straight. Ahí entró en

contacto con las enseñanzas de Ruskin y otros socialistas, incluido Harold Laski. Laski, educado en Oxford, abogó primero por el pluralismo político pero más tarde viró al marxismo y se convirtió en la cabeza pensante del Partido Socialista de Gran Bretaña. Una vez escribió que el Estado es «el instrumento fundamental de la sociedad».

De regreso a los Estados Unidos, David Rockefeller demostró sus profundos sentimientos por Inglaterra en una carta al *New York Times* en abril de 1941 en la que afirmaba: «Deberíamos apoyar al Imperio británico hasta el límite y a toda costa...». Justo antes del estallido de la guerra, se doctoró en la Universidad de Chicago. Su tesis doctoral se tituló «Nuevos recursos y pérdidas económicas». Quizá articulando el motor impulsor de los hermanos Rockefeller, escribió: «De todos los tipos de derroche, el más aborrecible es sin embargo la pereza. Hay un estigma moral que tiene que ver con la ociosidad innecesaria e involuntaria y que tenemos profundamente arraigado en nuestra conciencia».

Durante la guerra, se alistó en el ejército americano como soldado pero pronto pasó a trabajar en África del Norte y Francia, en la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS), precursora de la CIA. Su experiencia, junto con sus estudios en Inglaterra, lo vincularon siempre con temas de política exterior. Con toda certeza fue en este tiempo cuando Rockefeller desarrolló sus contactos de alto nivel con la inteligencia que más tarde le procuraron su conocimiento interno de muchas de las operaciones secretas.

En 1948, David Rockefeller era presidente del consejo de administración del Instituto Rockefeller. El presidente del instituto era el doctor Detlev Wolf Bronk, un biofísico especializado en el sistema nervioso humano. Según los controvertidos documentos MJ-12, Bronk no sólo era un miembro del MJ-12 —al parecer un grupo supersecreto al cargo del asunto de los ovnis— sino el jefe del equipo que practicó las autopsias de las «entidades biológicas extraterrestres» recuperadas de una nave estrellada cerca de Roswell, Nuevo México en julio de 1947.

Después de la guerra, Rockefeller entró en el Chase National Bank de Nueva York, donde su tío, Winthrop Aldrich, era presidente del consejo y director general. Los vínculos del Chase

con la Bank of Manhattan Company empiezan en 1799, con el primer secretario del Tesoro Alexander Hamilton, y en 1921 las dos entidades se fusionaron convirtiéndose en el segundo banco más grande de los Estados Unidos. En 1955 Rockefeller desempeñó un papel fundamental en la fusión del Chase con el Bank of Manhattan Company, que dio como resultado el Chase Manhattan Bank. En 1969, el banco se convirtió en parte de la Chase Manhattan Corporation en línea con la tendencia de establecer holdings para evitar leyes bancarias que prohibían ciertas actividades como, por ejemplo, la adquisición de compañías financieras. Ese mismo año, David Rockefeller se convirtió en el presidente de la junta directiva de la compañía y en vicepresidente ejecutivo, gracias ante todo a su preeminencia en el ámbito bancario internacional.

Sus conexiones con el mundo de la política internacional así como con los servicios de inteligencia se intensificaron cuando su tío Aldrich abandonó el cargo de presidente del banco en 1953 para convertirse en el embajador de Estados Unidos ante la Corte de San Jaime (Inglaterra). Aldrich fue sucedido por John J. McCloy, ex presidente del CFR y a quien llamaban «el arquitecto de la inteligencia norteamericana de la posguerra», trabajó como ayudante del secretario de la Guerra desde abril de 1941 hasta noviembre de 1945, fue presidente del Banco Mundial desde 1947 hasta 1949, y gobernador de los Estados Unidos y Alto Comisionado para Alemania desde 1949 hasta 1952. McCloy también trabajó en la Comisión Warren, ayudando a mediar entre los miembros molestos por la controvertida teoría de «una única bala», en el asesinato de JFK. Según el autor Alvin Moscow, David Rockefeller pronto se convirtió en «el protegido indiscutible de McCloy».

David Rockefeller ya se había unido al CFR en 1941, antes del inicio de la guerra, y en 1950 había sido elegido vicepresidente.

Su interés por la política exterior podría no haber sido completamente altruista, dado que se calcula que los bancos multinacionales, con el Chase a la cabeza, prestó más de 50 mil millones de dólares para desarrollo de las naciones entre 1957 y 1977. Incluso el favorable biógrafo Moscow admitía, «la fascina-

ción de David por las relaciones internacionales, que requerían un conocimiento profundo de las intrincadas políticas gubernamentales, sociales y económicas de las naciones de todo el mundo, a ambos lados del Telón de Acero, encajaba a la perfección con su interés y preocupación por expandir el negocio del Chase Manhattan en el mercado bancario internacional».

Afirmar que David Rockefeller es uno de los más importantes hombres de los Estados Unidos sería quedarse corto. Según Gary Allen, sólo en el año 1973: «David Rockefeller se encontró con veintisiete jefes de Estado, incluidos los mandatarios de Rusia y de la China comunista». En 1976, cuando el presidente australiano Malcolm Fraser visitó los Estados Unidos, estuvo charlando con David Rockefeller antes de encontrarse con el presidente Gerald Ford. «Esto es absolutamente increíble», escribía Ralph Epperson, «porque David Rockefeller no había sido nunca elegido ni nombrado para ningún cargo del gobierno desde el cual pudiera representar oficialmente a los Estados Unidos».

Pero la influencia de Rockefeller —por no hablar del control— se extiende más allá de sus intereses petroleros y bancarios. The Rockefeller Brothers Fund, en 1997 contaba por ejemplo, casi 500 millones en activos. Esta fundación fue creada por los cinco hermanos en 1940. Desde ese momento, la Rockefeller Fund ha repartido más de 461 millones de dólares en becas, para una amplia variedad de actividades e instituciones, incluidas varias universidades, un sinnúmero de programas artísticos, el Instituto Smithsonian, el Buddhist Zen Center, el Instituto Aspen, el Asian Cultural Council, el Instituto Brookings, la Sociedad Nacional Audubon, la National Park Foundation, Planificación Familiar del ayuntamiento de Nueva York, la Asociación Nacional para el Desarrollo Internacional (NAACP), la German Marshall Fund de los Estados Unidos, la Universidad de Yale, el Center for Strategic and International Studies, la Academia Nacional de las Ciencias (EE. UU.) y la Society for International Development.

En 1977 la Fundación Rockefeller donó un millón de dólares al CFR. Tal vez debido a la publicidad adversa de los escritores de la conspiración, esta suma fue de apenas 45.000 dólares en 1997, 25.000 de los cuales fueron a parar al estudio de «las im-

plicaciones económicas y políticas de la unificación de Corea». La Comisión Trilateral, que recibió 120.000 dólares de la fundación en 1977, no lo mencionó en su informe anual de 1997.

En 1997 la fundación también gastó más de 1,2 millones en becas para varios proyectos en la ciudad de Nueva York, una zona de intereses especiales y a largo plazo para la fundación.

Ésta está especialmente implicada en temas medioambientales, como puso de relieve con sus donaciones al National Environmental Trust, Greenpeace Environmental Trust, National Wildlife Federation, American Conservation Association y Environmental Defense Fund, entre otras. Los autores de la conspiración han observado que si alguien posee intereses en compañías que pueden estar afectando de manera adversa al medio ambiente, ¿qué mejor manera de tener algún tipo de control sobre los activistas que con grandes contribuciones?

En 1998 Abby M. O'Neill, sobrina de los cinco hermanos Rockefeller, acabó su mandato como presidenta de la Fundación. El cargo fue asumido entonces por el hijo de Nelson, Steven C. Rockefeller. La perspectiva de un-solo-mundo de los Rockefeller se mencionaba todavía en el informe anual de 1997. O'Neill escribió que la fundación tenía «una estrategia mundial con una explícita perspectiva global y el énfasis puesto en la convergencia de los acuerdos nacionales e internacionales».

El presidente de la fundación y miembro del CFR Colin G. Campbell escribió que el dinero de los Rockefeller estaba siendo empleado para crear «un número de asociaciones de corte transversal... en las que figuran, a veces indistintamente, socios tanto de entidades lucrativas como sin ánimo de lucro, agencias gubernamentales, y organizaciones no gubernamentales, universidades de investigación y grupos activistas de base».

«De hecho la implicación de los gobiernos de los Estados Unidos en salud, educación y bienestar en la última mitad del siglo XX parece haber sido una iniciativa de la Fundación Rockefeller de la primera mitad del siglo XX», comenta Moscow.

Las actividades de los Rockefeller siempre parecen incluir o crear líderes mundiales. Henry Kissinger ha sido ya mencionado. Antes de la segunda guerra mundial, una división de in-

vestigación económica de la Fundación Rockefeller fue encabezada por el canadiense W. L. Mackenzie King, mentor de John D. hijo. Mackenzie se convertiría más tarde en primer ministro de Canadá.

Un hecho que contribuyó al poder del apellido de la familia fue que los proyectos de los Rockefeller casi siempre tenían éxito. Según su biógrafo, Alvin Moscow, los hermanos «eran cautelosos antes de prestar el apellido Rockefeller o su financiación a cualquier nuevo proyecto o empresa. Pero una vez lo hacían, se comprometían hasta el final, entregando generosamente su dinero, su tiempo y sus esfuerzos. En los círculos sociales y civiles se sabía que si un Rockefeller estaba involucrado en un proyecto, con toda seguridad era algo que valía la pena y tenía expectativas de ser un éxito».

A pesar de sus estrechos vínculos y obligaciones con Gran Bretaña, los Rockefeller eran un fenómeno puramente norteamericano. De hecho, otro imperio bancario estadounidense tuvo sus orígenes en Gran Bretaña.

Los Morgan

Si John D. Rockefeller tuvo un igual en los días felices de los magnates desaprensivos, ese fue John Pierpont Morgan, un hombre cuyas conexiones con la «red anglófila» estaban de sobra demostradas.

El imperio bancario de los Morgan continúa teniendo control sobre decisiones políticas y empresariales que se toman hoy en día, y muchos empleados y agentes de Morgan se cuentan entre los miembros de las sociedades secretas.

La madre de Morgan fue Juliet Pierpont Morgan, cuyo padre, el reverendo John Pierpont, era un activo pro británico e hijo del fundador de la Universidad de Yale. El padre de J. P. Morgan, Junius Spencer Morgan, era un financiero estadounidense que viajó en la década de 1850 a Inglaterra, donde entabló amistad con otro expatriado estadounidense llamado George Peabody, un hombre que ya hacía negocios con los ingleses Rothschild.

Asociándose con Peabody bajo el nombre de Peabody, Morgan & Company, la riqueza de Junius creció de resultados de la obtención de préstamos para el Norte durante la guerra civil norteamericana. Su hijo, John Pierpont Morgan, nació en 1837.

Junius e hijo se pusieron al frente del negocio tras la jubilación de Peabody en 1864 y rápidamente cambiaron el nombre a Morgan and Company.

Los Morgan, también, llegaron a estar estrechamente vinculados con los ingleses Rothschild, e incluso se alojaban en su casa de vez en cuando. Muchos autores tienen la teoría de que los Morgan finalmente se convirtieron en agentes secretos de los Rothschild. «La venta de bonos en Europa, durante 1895-1896 por parte de los Morgan fue llevada a cabo por éstos en virtud de su alianza con la Casa de los Rothschild», apunta el autor Gabriel Kolko.

La idea de que los Morgan eran la tapadera norteamericana de los intereses del magnate Nathan Mayer Rothschild también fue anticipada por Eustace Mullins, el autor que en 1952 reveló por primera vez las maniobras que dieron lugar a la creación del sistema de la Reserva Federal. En cuanto a los Rothschild, Mullins escribió: «Aunque tuvieran un delegado oficial en los Estados Unidos... para ellos era extremadamente ventajoso tener un representante norteamericano que no fuera conocido como un agente Rothschild. Éstos preferían operar anónimamente en los Estados Unidos detrás de la fachada de J. P. Morgan and Company».

«Un aspecto de la realidad de entonces era el abominable resurgir del antisemitismo», escribía George Wheeler, autor de *Pierpont Morgan and Friends: Anatomy of a Myth*. «Se necesitaba a alguien como tapadera. ¿Quién mejor que J. Pierpont Morgan, un protestante capitalista modélico y sólido, cuyos orígenes se remontaban hasta los tiempos prerrevolucionarios?»

«Es obvio que una porción fundamental de la riqueza y poder de la empresa Morgan era, y siempre había sido, sencillamente la riqueza de los Rothschild que los habían alzado al principio y que los mantuvieron a lo largo de toda su existencia», afirma Griffin.

Aunque J. P. Morgan nació en Estados Unidos y estudió en Boston, en 1856 viajó a Alemania para estudiar en la Universidad

de Gotinga, fundada por Jorge II de Inglaterra en 1737, entonces elector de Hannover. Célebre por la expulsión en 1837, de siete profesores que defendían ideas liberales y conocidos como «los siete de Gotinga» —entre los cuales estaban los hermanos Grimm y otros partidarios de las ideas de Georg Wilhem Friedrich Hegel, como Karl Marx—, la universidad continuó siendo un hervidero anti-sistema y de actividades de sociedades secretas.

De vuelta a los Estados Unidos, Morgan se incorporó a la empresa bancaria Duncan, Sherman and Company de la ciudad de Nueva York, los representantes norteamericanos de su compañía de Londres. «A partir de entonces, Morgan parece haber trabajado como agente financiero de los Rothschild, y se esforzó mucho para parecer totalmente norteamericano», dice Griffin.

Al estallar la guerra civil estadounidense, el joven Morgan demostró que la legalidad y la honestidad tenían poco papel en sus prácticas empresariales. En mayo de 1861, Morgan que contaba entonces veinticuatro años ofreció cinco mil rifles militares al comandante del ejército federal acampado en St. Louis a veintidós dólares cada uno. El comandante, desesperado por obtener rifles, aceptó, pero cuando los rifles llegaron se negó a pagarlos alegando que las armas estaban obsoletas y eran defectuosas. Morgan demandó al ejército y ganó el pleito, siendo indemnizado con 109.912 dólares.

Un comité de investigación del Congreso en 1862 llegó sin embargo a la conclusión de que Morgan había estafado al gobierno. El comité descubrió que los rifles, considerados «totalmente inservibles, obsoletos y peligrosos», habían sido comprados a 3,50 dólares la unidad en un arsenal de Nueva York por Simon Stevens, empleado de Morgan. Cuando el comandante de St. Louis accedió a la compra de las armas y firmó el acuerdo sin haberlas visto, Morgan utilizó este documento como garantía para pedir prestado el dinero que le serviría para pagar las armas. Así, el mismo ejército estadounidense había comprado rifles defectuosos a través de Morgan, que, sin riesgo financiero, obtuvo un beneficio del 500 % por cada arma.

En 1871 J. P. Morgan se convirtió en socio de una de las empresas de su padre, Drexel, Morgan and Company, que más

tarde se convirtió simplemente en J. P. Morgan and Company. Esta empresa pronto llegó a ser la fuente predominante de financiación para el gobierno estadounidense.

«Gracias a sus conexiones con la empresa Peabody, Morgan tenía estrechas y muy útiles relaciones con el mundo financiero de Londres, y, de ese modo, durante la década de 1870 pudo financiar el rápido crecimiento de las corporaciones industriales de los Estados Unidos, tan necesitadas de capital de los bancos británicos», apunta *The New Encyclopaedia Britannica*.

La Morgan Company, tan cercana a la familia europea de los Rothschild, se convirtió en uno de los bancos más poderosos del mundo. Pero eso no fue suficiente para John P. Morgan, heredero de los intereses familiares en 1880, tras el fallecimiento de su padre en un accidente de coche en la Riviera francesa. Cinco años antes comenzó la reorganización de las vías férreas de largo recorrido de los Estados Unidos, y en 1902 era el magnate ferroviario más poderoso del mundo, controlando cerca de ocho mil kilómetros de vía.

Morgan incluso le echó una mano al gobierno norteamericano con fondos tras el pánico financiero de 1893. Mediante la creación de una corporación, Morgan sostuvo las mermadas reservas del gobierno con 62 millones de dólares en oro de los Rothschild. En la década de 1890 supervisó la fusión de Edison general Electric y Thomson-Houston Electric Company para formar la general Electric, que rápidamente dominó la fabricación de equipos eléctricos. Posteriormente, Morgan fusionó varias empresas del acero para formar la United States Steel Corporation, y en 1902 creó la International Harvester Company a partir de varios fabricantes competidores de equipo agrícola.

El diversificado imperio de los Morgan no ha sido nunca igualado y continúa dominando la industria financiera estadounidense hasta el día de hoy. «A través de un sistema de vínculos entre las juntas directivas de compañías que ha reorganizado o influido, Morgan y su entidad bancaria lograron un enorme control sobre algunas de las corporaciones principales de la nación e instituciones financieras», explica *The New Encyclopaedia Britannica*. Ese imperio se extendió hasta incluir fundaciones sin ánimo de

lucro y por tanto libres de impuestos, trusts, fondos de pensiones e incluso cargos gubernamentales. Tal manipulación puede explicar cómo el control sobre la vida económica y comercial de los Estados Unidos fue conseguido y mantenido por los que tenían el conocimiento, la fuerza de voluntad y la riqueza.

Aunque J. P. Morgan y John D. Rockefeller competían entre ellos en muchos ámbitos, «al final, trabajaron juntos para crear un cártel bancario nacional llamado el Sistema de Reserva Federal», escribe Griffin.

La idea inicial del Sistema de Reserva Federal se concibió en un encuentro secreto celebrado en 1910 en una propiedad privada de Morgan en Jekyll Island, frente a la costa de Georgia.

Morgan, relacionado con los Rockefeller a través de su inversor asociado Nelson Aldrich, continuó siendo un capitalista dominante hasta su muerte, en 1913, el mismo año de la creación del Sistema de la Reserva Federal.

El hijo de Morgan, John Pierpont, conocido como Jack, continuó haciendo crecer la fortuna de la familia tras la muerte de su padre. Preparándose para liderar el imperio de los Morgan, el joven Morgan pasó ocho años trabajando en la oficina londinense de la empresa y desarrollando estrechos vínculos con los círculos bancarios de la élite de Gran Bretaña. Durante la primera guerra mundial, Morgan organizó más de dos mil bancos para suscribir bonos aliados por un valor superior a los mil millones de dólares. Se convirtió en el único banquero que adquirió suministros militares y de otro tipo tanto para el gobierno británico como para el francés durante la guerra. Esto muestra la considerable influencia y peso que tenían los Morgan en esos gobiernos, otro indicio que deja entrever la implicación de los Rothschild.

Los Rothschild

Aunque el apellido Rothschild en la actualidad resulta bastante desconocido para los norteamericanos, este nombre es sinónimo de banca internacional, y figura en la mayor parte de los acontecimientos mundiales más importantes.

Esta hermética dinastía bancaria comenzó con Mayer Amschel Bauer, un judío alemán nacido el 23 de febrero de 1744 en Frankfurt, por aquel entonces un hervidero antisemita gracias a las ideas filosóficas, ampliamente divulgadas, de Immanuel Kant y Johann Fichte. Su padre comerciaba con ropa de seda a pesar de que las ordenanzas prohibían que los judíos se dedicaran a esta práctica.

El joven Mayer estudió para convertirse en rabino. Había sido especialmente instruido en Haskalá, una mezcla de religión, ley hebrea y pensamiento que se había popularizado durante la Ilustración. La muerte de sus padres obligó a Mayer a abandonar la escuela rabínica y se puso a trabajar como aprendiz en una banca.

Aprendió el negocio con celeridad y se convirtió en agente financiero de la corte de Guillermo IX, administrador real de la región de Hesse-Kassel y un destacado francmasón. Se congració con Guillermo, que sólo era un año mayor que él, adhiriéndose a su interés por la francmasonería y las antigüedades. Mayer intentaba encontrar monedas antiguas y se las vendía a su benefactor a un precio muy bajo. Su instrucción rabínica, junto a su tenaz búsqueda de antigüedades, probablemente lo ayudaron a desarrollar una profunda comprensión de los misterios de la Antigüedad, en concreto los de la Cábala judía. Durante ese mismo período, la metafísica de la Cábala comenzó a fusionarse con las tradiciones de la francmasonería, como explicaremos más adelante.

El joven Mayer también añadió a su lista de clientes a la familia real alemana Thurn und Taxis, uno de cuyos descendientes sería ejecutado por formar parte de la sociedad secreta creada por Adolf Hitler. La importante familia de los Thurn und Taxis tenía la concesión del único sistema postal oficial del Sacro Imperio romano. «Su prosperidad se basaba en que recibían información sobre las tendencias del mercado, los precios de las mercancías y los principales acontecimientos políticos antes que sus rivales⁴», apunta el biógrafo de los Rothschild, Derek Wilson. Mayer tenía acceso a esa información de primera mano, obtenida además con especial rapidez, lo que a menudo le suponía un aumen-

to de su riqueza. Hoy en día, el axioma se ha convertido en «el tiempo es dinero». Para evitar que los fisgones leyeran su correo, la familia escribía toda su correspondencia en *Judendeutsch*, alemán escrito en caracteres hebreos. Ese código ha impedido a muchos investigadores entender claramente sus métodos e intenciones.

Durante esta época, según *The New Encyclopaedia Britannica*, «Mayer estableció las pautas que su familia habría de seguir, con tanto éxito: hacer negocios preferentemente con las familias reinantes y engendrar tantos hijos como fuera posible para que pudieran atender los numerosos negocios familiares en el extranjero».

Según varios autores, la fortuna familiar se construyó a partir de dinero procedente de Guillermo IX, a quien el gobierno británico pagó una enorme suma de dinero para que les proporcionara soldados alemanes para la lucha contra los colonos americanos durante la guerra revolucionaria. Guillermo entregó ese dinero a Mayer para que lo invirtiera en su lugar, según se dice, él lo utilizó para colocar a su hijo Nathan al frente de la sede londinense de la banca familiar. Mayer devolvió ese dinero pero mientras, «Nathan lo utilizó de tal manera que ése fue el origen de la enorme fortuna de los Rothschild», escribe Icke.

El biógrafo Derek Wilson también lo reconoce: «Fue la desviación temporal de ingentes sumas de dinero originarias de Hesse-Kassel la que permitió a N.M. [como a Nathan le gustaba que lo llamaran] lanzar su operación bancaria, al proporcionarle al mismo tiempo liquidez y prestigio».⁵

«Desde el principio, los Rothschild apreciaron la importancia de la proximidad a los políticos, los hombres que determinan no sólo el alcance de los déficit presupuestarios sino también las políticas nacionales e internacionales...», escribe el biógrafo Niall Ferguson. «La influencia de Rothschild se extendió también a la realeza. Nathan entró en contacto en primer lugar con la realeza británica, gracias a la adquisición por parte de su padre de deudas pendientes de cobro por parte de Jorge, el príncipe regente —más tarde el rey Jorge IV— y sus hermanos.»

Ferguson sigue la influencia de los Rothschild a través de la

monarquía británica hasta el príncipe consorte de la reina Victoria, Albert, y su hijo. Los Rothschild ingleses también estaban muy relacionados con los más destacados políticos victorianos como lord John Russell, lord William Gladstone, Benjamin Disraeli, Arthur Balfour, Joseph Chamberlain y lord Randolph Churchill, el padre de Winston.

Fue también durante la época de la llegada de Nathan a Londres cuando Mayer Bauer cambió su apellido por el de Rothschild (literalmente «escudo rojo») tomado del emblema de un escudo rojo de la casa de sus antepasados. Ese cambio de nombre fue sin duda un intento de preservar a su familia del enfervorizado antisemitismo que prevalecía en Alemania durante aquella época. Para proteger aún más a su familia del racismo, los Rothschild trabajaban mediante una serie de agentes estables registrados y algunos hombres en primera línea para llevar a cabo su gran volumen de operaciones.

Ésta puede ser razón más que suficiente para rechazar las acusaciones vertidas acerca de que las sociedades secretas modernas, a sabiendas o no, fomentan los objetivos de una conspiración judía internacional. A pesar de que, sin lugar a dudas, es cierto que muchas de las élites más adineradas del mundo tienen una herencia judía, no hay que dejarse llevar por cuestiones de raza o religión. No hay nada que demuestre que los judíos o los hebreos —o cualquier otro grupo racial o religioso— sean más codiciosos o ambiciosos que cualquier otro.

Además, cualquier discusión sobre antisemitismo se pierde con frecuencia en malentendidos acerca de la distinción entre hebreos, judíos y sionistas.

The American Heritage of the English Language define al «hebreo» como un miembro del pueblo semítico, una raza que desciende del Abraham del Antiguo Testamento que, irónicamente, también incluye a la mayoría de los árabes. Por otra parte, un «judío» es un partidario del judaísmo, una religión transmitida por los israelitas. Un «sionista» es un miembro de un movimiento político dedicado a la preservación y el fomento del Estado de Israel. Estas acepciones hacen referencia a tres cuestiones separadas: la raza, la religión y la política.

Reunir todos estos aspectos singulares en una única conspiración es desatinado y se contradice con las pruebas históricas. En la actualidad, la mayoría de norteamericanos se ha dado cuenta de que es un error juzgar a nadie por la raza, un atributo sobre el que la persona no tiene ningún control. Asimismo, la mayoría considera de mala educación atacar públicamente la religión de otra persona. Sólo la tendencia política se considera blanco legítimo para la disensión y la discusión.

Es aquí, en el reino de la política, donde se ha sembrado gran confusión. Durante años, los partidarios del sionismo han atacado con destreza a sus oponentes tachándolos de «antisemitas» hasta el punto de que muchos estadounidenses, judíos y gentiles, y especialmente los medios de comunicación, no quieren ni siquiera cuestionar las políticas de Israel, sin importar lo odiosas que sean.

Por otra parte, el calificativo de antisemita con frecuencia se ha utilizado para mancillar a cualquiera que ofreciera una perspectiva conspirativa de la historia.

Aunque es verdad que las organizaciones secretas se construyeron en el pasado alrededor tanto del componente racial como del religioso, intentar incluir los conceptos de raza o religión en la discusión en torno a las modernas sociedades secretas y las conspiraciones sirve sólo para crear confusión sobre el tema y para desmentir a investigadores rigurosos. Y si bien es verdad que muchos financieros internacionales son de ascendencia judía, no es justo acusar a la raza hebrea de una conspiración internacional, lo que equivaldría a echarle la culpa a todos los caucásicos de los actos de Hitler.

W. Cleon Skousen, un ex agente de la CIA que trabajó como jefe de la policía de Salt Lake City a finales de la década de 1950, escribió sobre conspiraciones internacionales en varios libros, entre ellos *The Naked Communist*. Él también entendía que la identificación racial era «una explicación demasiado simplificada para la consolidación de la estructura de poder global a que está sometida la humanidad. (...) Cuando se estudia la conspiración mundial es preciso tener en cuenta que no fue ninguna raza en particular o religión, sino la pasión por el dinero y el poder lo que

atrajo a los magnates de las finanzas internacionales a unirse en sociedades donde pudieran socorrerse mutuamente».

Pero esta interpretación sopesada y razonable del antisemitismo no estaba en boga durante los tiempos de Mayer Rothschild. Así que construyó su imperio financiero a la vez que intentaba evitar cautelosamente el racismo que imperaba en aquellos días.

Esto no implica que los Rothschild no estuvieran orgullosos de su ascendencia judía. Por lo que se cuenta, los líderes de la familia habían sido de lo más devotos en su observancia de las tradiciones y costumbres judías. Con los años, los Rothschild han efectuado generosas donaciones para las causas judías e incluso pueden haber desempeñado un papel esencial en el establecimiento del Estado de Israel, aunque algunos escritores de la conspiración sostienen que los intereses de los Rothschild en Israel se deben más al control del petróleo que al amor a la patria.

Un método utilizado para evitar el racismo fue la contratación de trabajadores no judíos para dirigir las organizaciones Rothschild. Durante la guerra civil norteamericana, J. P. Morgan realizó públicamente comentarios antisemitas, pero promovía los objetivos de los Rothschild. «Cuánto del aparente antisemitismo de Morgan era real y cuánto podía ser un pretexto pragmático es un detalle, a fin de cuentas, de poca importancia... Sin pararse a interpretar la verdadera naturaleza de la relación existente entre los Morgan y los Rothschild, lo que está claro es que era una relación estrecha, fluida y beneficiosa para ambas partes. Si en verdad Morgan albergaba sentimientos antisemitas, ni él ni los Rothschild hubieran permitido que éstos entorpecieran en sus negocios», apunta Griffin.

Según Icke, Morgan y Rockefeller eran privilegiados «recaderos» que se aprovecharon de la financiación de los Rothschild para «construir vastos imperios que controlaban la banca, las empresas, el petróleo, el acero, etc., y para dirigir la economía estadounidense de la misma manera que lo hicieron los Oppenheimer en Sudáfrica».

Otra táctica fue emplear a los hijos de los Rothschild, conocidos como los «cinco de Frankfurt», que habían sido educados

con esmero y preparados para fomentar con lealtad los negocios bancarios de la familia.

Mientras Mayer y el mayor de sus hijos, Amschel Mayer, lo supervisaban todo desde su banco de Frankfurt, otro de los hijos, Nathan Mayer, establecía una sucursal en Londres en 1804. Entretanto, el benjamín, Jacob (que prefería que lo llamasen James), se unió a los círculos bancarios de París en 1811, Salomon Mayer comenzó a operar en Viena y Karl Mayer en Nápoles.

Mayer también colaboró con gente ajena a la familia. «Los Warburg comenzaron a ejercer presión sobre los negocios de los Rothschild en Hamburgo ya en 1814, aunque los tratos regulares no se establecieron hasta 1830...», escribe el biógrafo Niall Ferguson.

En 1785 los Rothschild compartieron oficinas con una familia de nombre Schiff. Uno de los nietos, Jacob Henry Schiff, emigró a Estados Unidos en 1865 tras un encuentro con Abraham Kuhn, quien le ofreció trabajo en su empresa de inversiones de Nueva York. En 1875 el joven Schiff se casó con la hija de Solomon Loeb, entonces jefe de la poderosa empresa financiera Kuhn, Loeb & Company, de la ciudad de Nueva York. Schiff pasó a dirigir la firma en 1885, a la muerte de Loeb. Fue él quien financió la adquisición de la Union Pacific para el magnate del ferrocarril Edward H. Harriman, padre del difunto estadista, W. Averell Harriman. Ambos, Schiff y Averell, iban a desempeñar papeles importantes en el ascenso del comunismo en Rusia.

El mayor de los dos hermanos Harriman estudió en Yale y fue captado por la orden de los Skull and Bones [Tibias y Calavera] —William Averell en 1913 y Edward Roland Noel en 1917. Durante la década de 1930 la entidad bancaria de W. Averell de W. A. Harriman & Company se fusionó con la banca privada internacional de Brown Brothers, creando la Brown Brothers, Harriman & Company, uno de cuyos socios veteranos era Prescott Bush (Skull & Bones en 1917), padre de George Bush (Skull & Bones, en 1949).

Los matrimonios entre miembros de relevantes familias judías de inmigrantes fueron comunes a finales del siglo XIX. «De cara a proteger sus vastas propiedades, las dinastías judías recurrieron

a los casamientos endogámicos, tanto en los Estados Unidos como en Europa occidental», afirma el profesor de historia Howard M. Sachar. «Solomon Loeb y Abraham Kuhn se casaron cada uno de ellos con la hermana del otro, y Jacob Schiff se convirtió en socio cuando se casó con la hermana de Loeb. A su vez, Felix Warburg, vástago de una distinguida familia de banqueros de Hamburgo, se aseguró un cargo como socio veterano en Kuhn & Loeb, al casarse con la hija de Schiff, Frieda. El hermano de Felix, Paul, se casó con la hija de Solomon Loeb, Nina (fruto del matrimonio de Loeb con su segunda mujer) con lo que se convirtió en tío de su hermano. Otro socio, Otto Kahn, se casó con Adelaide Wolff, hija de uno de los socios fundadores de la empresa. En Goldman, Sacks & Co., dos hijos de Sach se casaron con hijas Goldman.»

Otro ejemplo más reciente de esas relaciones de alto nivel fue el asunto amoroso ampliamente difundido en la década de 1950, entre Elie de Rothschild y la ex nuera de Winston Churchill, Pamela Churchill. Cuando la aventura sentimental llegó a su fin, Pamela se trasladó a la ciudad de Nueva York donde, tras un matrimonio efímero con un productor de Broadway, se desposó con el financiero y miembro del CFR, Averell Harriman. En 1993, Pamela Harriman fue nombrada embajadora de los Estados Unidos en Francia por el presidente Bill Clinton.

La feroz dedicación a los negocios, junto con los matrimonios endogámicos y el empleo de trabajadores tapadera, construyeron el gigantesco y hermético imperio bancario de los Rothschild. Ese imperio ejerció una influencia considerable sobre la economía y, por lo tanto, la historia política de Europa, así como en la de los Estados Unidos, aunque ahí de una manera encubierta e indirecta.

En 1806, Nathan obtuvo la nacionalidad inglesa y se desposó con Hannah Cohen, la hija mayor de Levi Barent Cohen, por aquel entonces el financiero más importante de Londres. Ese matrimonio le abrió las puertas a su aceptación por parte del establishment bancario británico.

«Nathan Rothschild presumiría más tarde de que, durante los 17 años que había estado en Inglaterra, había multiplicado su capital inicial de 20.000 libras, que le había dado su padre, por 2.500

veces, es decir, había obtenido 50.000.000 de libras —una suma verdaderamente desorbitada para aquella época, comparable a un poder adquisitivo de miles de millones de dólares americanos en la actualidad», escribe un investigador sobre los Rothschild.

Derek Wilson, un biógrafo favorable a los Rothschild, señala que en 1810 Nathan era un empresario más de Londres, pero en 1815 se había convertido en el principal financiero del gobierno británico y del Banco de Inglaterra. «Semejante golpe sólo pudo haberse dado gracias a la concurrencia de una compleja serie de negocios, muchos de los cuales estaban envueltos en tal secreto que ni siquiera hoy es posible penetrar en él», observa Wilson⁶.

El autor Icke vio esa conexión como una prueba del control conspirativo de los Rothschild. «Todos los monarcas europeos estaban en deuda con ellos y eso incluía a la Dinastía Negra, los Habsburgo, que gobernaron el Sacro Imperio romano germánico durante 600 años», escribe. «Los Rothschild también se hicieron con el control del Banco de Inglaterra. Si había una guerra, los Rothschild estaban detrás de ella, fomentando el conflicto y financiando a ambos bandos.»

«Podían haber obtenido la ciudadanía de su país de residencia, pero el patriotismo estaba más allá de su comprensión. (...) También eran muy brillantes y astutos, y la combinación de esos rasgos los convirtieron en el modelo a imitar por parte de los fríos pragmáticos que dominan el mundo político y financiero hoy en día», escribe Griffin.

El imperio financiero de los Rothschild se amplió a raíz de los préstamos concedidos a los gobernantes de Europa y del exitoso empleo de la banca fraccionaria por parte de la familia. Para entender la banca fraccionaria, debemos repasar brevemente la nomenclatura y la historia del dinero; y para ello, debemos analizar una de las instituciones más poderosas del planeta.

Los secretos del dinero y el Sistema de la Reserva Federal

El dinero —bien sea un trozo de papel o bien una cifra en la pantalla de un ordenador—no posee ningún valor intrínseco, aunque

hace girar el mundo moderno. Los entresijos del dinero y de la banca han sido comparados con una religión en la que sólo los que obtienen cuantiosos beneficios entienden los mecanismos internos de su culto [del dinero]. Y se esfuerzan para que siga siendo así.

En Estados Unidos el control último del dinero lo tienen los directivos del Sistema de la Reserva Federal (el Fed). Una institución que, en palabras de William Greider, ex redactor jefe adjunto del *Washington Post*, pone de manifiesto «una anomalía notoria en el mismo núcleo de la democracia representativa, una contradicción incómoda en la mitología cívica del autogobierno». En su libro *Secrets of the Temple: How the Federal Reserve Runs the Country* (1987), afirma con menosprecio que «unas novedosas teorías de la conspiración» han comenzado a presentar polémicos datos que pretenden demostrar el control conspirativo del Fed.

El primer hombre no tuvo necesidad del dinero. Cazaba cuando estaba hambriento y cultivaba para almacenar comida para el invierno. Si necesitaba un producto que su vecino poseía, lo conseguía mediante el trueque o intercambio directo de un bien por otro.

Sin embargo, con la especialización del trabajo, los límites del trueque se hicieron evidentes: el pastor no podía transportar todo su rebaño al mercado. Por tanto, los humanos tuvieron que recurrir a las monedas como medida de valor. Los metales preciosos, en especial el oro, eran un bien escaso y limitado, siempre deseable y fácil de transportar en pequeñas piezas que solían llevar impresas palabras o imágenes para garantizar su autenticidad y pureza. Además, desde la Antigüedad, esos metales eran objeto de una veneración casi sagrada. Pero las sacas repletas de monedas de oro resultaban muy pesadas e incómodas, eso sin mencionar que eran un objetivo tentador para ladrones y salteadores de caminos.

Así nació el papel moneda: un billete de papel que era un simple pagaré. Como tal, se otorgaba a dicho papel el mismo valor que a los bienes y a servicios reales. Este procedimiento funcionó bien por un tiempo. Pero entonces algunos individuos se percataron de que el préstamo de dinero con intereses podía emplearse para generar más dinero.

En las primeras forjas se acumulaban monedas de oro, y se utilizaba esta riqueza almacenada como base para emitir papel moneda. Los herreros acabaron por convertirse en banqueros puesto que era poco probable que toda la clientela exigiera que se le devolviera su oro al mismo tiempo. Así prestaban una parte de sus reservas a cambio de intereses o beneficios. Esa práctica —prestar la mayor parte de la riqueza mientras se retiene sólo una pequeña fracción para emergencias— se conoció como sistema de reserva fraccionaria. El sistema funcionaba sin problemas siempre que la clientela no quisiera recuperar sus fondos repentinamente y se produjera entonces una demanda excesiva en los bancos.

Junto al sistema de reserva fraccionaria estaba el concepto de dinero «fiat» (del latín *fiat*, «hágase», «sea hecho»), es decir, efectivo, papel moneda intrínsecamente sin valor, que lo adquiría por ley o por decreto gubernamental. Marco Polo registró un temprano ejemplo de este sistema durante su visita a China en 1275. Polo señaló que el emperador obligaba a sus gentes a aceptar trozos de papel negro con un sello oficial estampado como dinero legal bajo pena de prisión o muerte. Por aquel entonces, el emperador utilizaba ese dinero «fiat» para pagar todas sus deudas.

«Nos quedamos pasmados ante la audaz medida [del emperador] y la sumisión de sus súbditos, que soportaban tal agravio», escribe Griffin. «Pero nuestro engreimiento se desvanece cuando consideramos su similitud con nuestros billetes de la Reserva Federal. Se les imprimen firmas y sellos; los falsificadores del mismo son castigados severamente; el gobierno lo emplea para pagar sus gastos; la población está obligada a aceptarlos; esos billetes —y los “invisibles” talones convertibles en dinero— se fabrican en tal número que deben de sumar ya un valor similar al de todos los tesoros del mundo. Por otra parte, hacerlos no cuesta nada. En realidad, nuestro sistema monetario actual es casi una réplica exacta de lo que imponían los soberanos hace siete siglos.»

Pero hoy en día son los banqueros y no los soberanos, quienes obtienen beneficios del dinero y los que han creado un mecanismo increíble para ello: el Sistema de la Reserva Federal.

Cualquiera que quiera demostrar la existencia de conspiraciones en los Estados Unidos sólo tiene que pararse a pensar en el origen de nuestro banco central actual. He aquí una conspiración bien documentada que revela la implicación directa de nombres y apellidos en las sociedades secretas modernas.

Los primeros colonos norteamericanos imprimieron pequeñas cantidades de papel moneda y prosperaron. Benjamin Franklin explicaba: «En las colonias emitimos nuestro propio dinero. Se llama Colonial Script. Lo emitimos en una proporción adecuada a las demandas del negocio y de la industria para hacer que los productos pasen rápidamente de los productores a los consumidores... De esta manera, fabricando nuestro propio dinero, controlamos el poder adquisitivo y cuando compramos no tenemos que pagar intereses».

El Parlamento británico, presionado por el Banco de Inglaterra, puso fin a esa prosperidad colonial con la aprobación de la Currency Act de 1764, que prohibía la impresión de dinero. Se obligó a los colonos a aceptar billetes del Banco de Inglaterra. Franklin y otros denunciaron que esa ilegalización del dinero libre de impuestos fue la causa de la crisis económica y el desempleo generalizado que precipitarían la Revolución americana.

El concepto de un banco central dirigido por banqueros profesionales ha sido un tema muy discutido desde la fundación de los Estados Unidos. Los argumentos a favor y en contra de un banco central se pueden encontrar en los debates de los padres fundadores, Thomas Jefferson y Alexander Hamilton.

Hamilton creía en un gobierno central fuerte y en un banco central supervisado por una élite adinerada: «Ninguna sociedad podría prosperar sin unir los intereses y el crédito de los particulares ricos con los del Estado». Los partidarios de los ideales elitistas de Hamilton fundaron el primer partido político de los Estados Unidos: el Partido Federalista. Hamilton, descrito en cierta ocasión como «una herramienta de los banqueros internacionales», sostenía que «una deuda nacional, si no es excesiva, es un beneficio nacional».

El Banco de Norteamérica fue creado en 1781 —antes incluso de que se escribiese el borrador de la Constitución— por el

congresista europeo Robert Morris, que intentó diseñar un banco central a imitación del Banco de Inglaterra. Ese proyecto se abandonó al cabo de casi tres años, a causa de un fraude de grandes proporciones y a la inflación que se disparó con la creación de moneda «fiat» no respaldada con reservas.

Alexander Hamilton, ex ayudante de Morris, se convirtió en secretario del Tesoro y en 1791 llevó a cabo un nuevo intento de establecer un banco central mediante la creación del *First Bank* [Primer Banco] de los Estados Unidos, una medida a la que Jefferson y sus seguidores se opusieron terminantemente.

Por sus conocimientos de historia europea, Jefferson sabía que un banco central podía adueñarse rápidamente de la nación. Señaló la experiencia británica e indicó que: «Las otras naciones de Europa han intentado y transitado todos por sendas de esfuerzo o de locura en su búsqueda infructuosa del mismo objetivo: descubrir, con trucos malabares y sueños bancarios, que el dinero puede crearse de la nada».

«Sinceramente, creo... que la banca es más peligrosa que los ejércitos permanentes; y que el principio de gastar dinero que será pagado con posteridad, bajo el nombre de financiación, no es más que estafar al futuro a gran escala», afirma John Taylor en 1816. Y añade: «Levantaron una aristocracia del dinero. Sin embargo, el poder emisor debería ser arrebatado a los bancos y devuelto a la gente, a quien en realidad pertenece».

Jefferson creyó más adelante que un banco central era inconstitucional. «Considero que la Constitución se basa en este principio: que “todos los poderes no delegados a los Estados Unidos por la Constitución, ni prohibidos por ella, están reservados a los Estados o a los ciudadanos”. Dar un paso más allá de los límites específicamente impuestos a los poderes del Congreso, es atribuirse un poder ilimitado, que escapa a cualquier definición. La institución de un banco, y los poderes asumidos para ese proyecto, en mi opinión, no han sido otorgados a los Estados Unidos por la Constitución.»

Irónicamente, los partidarios de Jefferson, considerados liberales en su época, formaron lo que hoy se ha convertido en el Partido Republicano.

Jefferson no fue el único entre los Padres Fundadores en expresar su desacuerdo con los beneficios de la banca. «He abominado todo nuestro sistema bancario, continúo abominando, y moriré abominando de él...», escribió John Adams en 1811. «Todo banco de descuento, todo banco en el que se deban pagar intereses o mediante el cual el prestador obtenga beneficio de algún tipo, es una corrupción categórica. Son tasas impuestas a los ciudadanos para beneficiar a otros individuos...»

El *First Bank* de los Estados Unidos de América se instituyó tomando como modelo el Banco de Inglaterra y creado mediante una alianza entre el gobierno y los intereses bancarios. El 20 por ciento del capital bancario se obtuvo a través del gobierno federal y el 80 por ciento restante fue donado por inversores privados, incluidos extranjeros, como los Rothschild. «Los registros legales muestran que los Rothschild eran un poder dentro del antiguo banco de los Estados Unidos», escribe Gustavus Myers. Está claro que los banqueros conspiradores europeos y sus socios del Nuevo Mundo trataban de controlar el abastecimiento de dinero a los Estados Unidos.

Este banco también disparó la inflación con la emisión de billetes de reserva fraccionaria. Los mercaderes del dinero prosperaron pero el ciudadano medio padeció. En 1811, cuando el banco llevaba operando veinte años y necesitaba una renovación de la autorización (*charter renewal*), le fue denegada por un voto, tanto en el Senado como en el Congreso.

Sin embargo, los costes de la guerra de 1812, junto con las caóticas condiciones financieras, empujaron al Congreso en 1816 a conceder una nueva autorización para un período de veinte años para el establecimiento del *Second Bank of the United States*. El Segundo Banco dejó de existir en 1836, después de que el presidente Andrew Jackson vetara un proyecto de ley del Congreso para renovar el estatuto de la entidad en 1832, provocando lo que se conocería como la Guerra de los Bancos. Andrew Jackson, el primer presidente electo nacido en los territorios enclavados al oeste de los Apalaches y héroe de la Batalla de Nueva Orleans, denunció que el banco central era inconstitucional y lo definió como «una maldición para una república, puesto que un acceso de la

aristocracia del dinero a los puestos de la administración resultaría peligrosa para las libertades del país».

Probablemente no fue una mera coincidencia el hecho de que Andrew Jackson fuera el primero en la historia de los Estados Unidos en sufrir un atentado, en 1835, a manos de un hombre llamado Richard Lawrence, que afirmaba estar «en contacto con los poderes europeos». Las pistolas de Lawrence fallaron y el ileso pero enfurecido Jackson retiró la financiación «de ese nido de víboras»; el presidente del Segundo Banco, Nicholas Biddle tomó represalias reduciendo el crédito en todo el país, y provocando con ello un pánico económico generalizado. Según Eustace Mullins, Biddle había sido agente de Jacob Rothschild en París.

Posteriormente, los amigos de Biddle en el Senado se opusieron a Jackson mediante una votación de 26 a 20, lo cual hizo que no prosperara la autorización del Congreso para retirar la financiación. La motivación política que había detrás de esta acción se confirmó en 1837, cuando el Senado anuló la censura contra Jackson mediante una votación de 24 a 19. Biddle desapareció de la escena y al final de sus dos mandatos *Old Hickory* («el viejo nogal americano», sobrenombre con el que se conocía a Andrew Jackson) consiguió eliminar totalmente la deuda nacional.

Jackson vio en las maniobras de Biddle un intento encubierto de chantajear al gobierno para conseguir la renovación de la autorización del banco. Advirtió: «El gran esfuerzo que ha hecho el presente banco para controlar el gobierno, el dolor que ha infligido gratuitamente... no son sino premoniciones del destino que aguardaría al pueblo estadounidense si consiguieran perpetuar dicha institución o establecer otra similar».

Hubo otros intentos de resucitar un banco central pero ninguno obtuvo éxito hasta el momento de la creación del Sistema de la Reserva Federal en 1913.

De hecho el esfuerzo para resucitar un banco central comenzó tres años antes. «A finales de 1910, yo era tan reservado, incluso tan receloso, como cualquier conspirador... Creo no exagerar ni un ápice al hablar de nuestra expedición secreta a Jekyll Island para la concepción de lo que finalmente se convertiría en el Sis-

tema de la Reserva Federal...», escribe Frank A. Vanderlip, uno de los hombres que creó el Fed. Más tarde se convirtió en presidente del National City Bank de Nueva York.

Vanderlip se refería al viaje secreto que siete hombres, que representaban un cuarto de la riqueza mundial, emprendieron la noche del 22 de noviembre de 1910 con destino a Jekyll Island, la isla donde tenía su refugio J. P. Morgan, frente a la costa de Georgia. Esa misión era tan secreta que sólo se utilizaron los nombres de pila y los trabajadores habituales de la isla fueron reemplazados por nuevos empleados que no conocían a ninguno de los participantes.

Las siete identidades secretas eran Vanderlip, en representación de William Rockefeller y de la firma de inversiones Kuhn, Loeb & Company, de Jacob Schiff; el subsecretario del Tesoro de los Estados Unidos Abraham Piatt Andrew; el socio fundador de la compañía J. P. Morgan, Henry P. Davison; el presidente del First National Bank de Nueva York (una institución dominada por Morgan), Charles D. Norton; el lugarteniente de Morgan, Benjamin Strong; un socio de Kuhn, Loeb & Company, Paul Mortiz Warburg; y el «whip» [diputado encargado de la disciplina de partido en el Senado] del Senado republicano de Rhode Island, Nelson W. Aldrich, presidente de la Comisión Monetaria Nacional, el único que no era banquero del grupo. Pero Aldrich era un asociado del banquero J. P. Morgan y suegro de John D. Rockefeller Warburg, un representante de los Rothschild europeos, hermano de Max Warburg, jefe del consorcio bancario M. M. Warburg Company en Alemania y en los Países Bajos.

El grupo se retiró durante toda una semana en Jekyll Island y allí preparó los planes para llevar a cabo una reforma bancaria que el gobierno consideraba necesaria a causa de una serie de pánicos financieros. Actualmente, muchos investigadores creen que el pánico fue creado de una manera artificial con la perspectiva de forzar a los ciudadanos a aceptar con agrado las «reformas».

Ralph Epperson explica que cuando Morgan volvió a Estados Unidos tras visitar Europa a principios de 1907, se difundió el rumor de que el Knickerbocker Bank of New York era insolvente. Un aluvión de asustados depositantes acudió al banco a re-

tirar sus fondos; el miedo se contagió a los usuarios de otros bancos y de ese modo comenzó el Pánico financiero de 1907. «Un estudio de los pánicos financieros de 1873, 1893 y 1907 concluye que estos pánicos están provocados por operaciones bancarias internacionales desde Londres», dice Eustace Mullins, el biógrafo autorizado del poeta Ezra Pound, quien animó a Mullins a investigar sobre el Fed en 1948.

El presidente de la Universidad de Princeton, Woodrow Wilson (que pronto sería elegido presidente de los Estados Unidos) proclamó cuál era su receta para remediar los pánicos financieros: «Este problema puede prevenirse si nombramos un comité de seis o siete hombres conscientes del bien público como J. P. Morgan para manejar los asuntos de nuestro país».

El clamor exigiendo un sistema bancario nacional estable se intensificó.

«Así, el pueblo norteamericano, que había sufrido la Revolución, la guerra de 1812, las batallas entre Andrew Jackson y el Segundo Banco de los Estados Unidos, la guerra civil, los pánicos financieros de 1873 y 1893 y ahora el pánico de 1907, estaban finalmente a punto para aceptar la solución ofrecida por aquellos que habían estado en el origen de todos esos acontecimientos: los banqueros internacionales. Esa solución era un banco central», escribe Epperson.

Bajo la presión de sus miembros, el Congreso aprobó la Aldrich-Vreeland Act de 1908, que autorizaba a los bancos nacionales a emitir moneda de emergencia, llamada «Script», y creó la Comisión Monetaria Nacional, presidida por el senador Aldrich, que recomendaba maneras de estabilizar el sistema monetario de los Estados Unidos.

«Desde el principio fue obvio que la Comisión era una farsa», escribe Griffin. «El así llamado grupo de investigación mantuvo encuentros no oficiales durante casi dos años mientras Aldrich viajaba por Europa reuniéndose con los más importantes banqueros centrales de Inglaterra, Francia y Alemania. Trescientos mil dólares a expensas del erario público se gastaron para este cometido, y el único resultado tangible del trabajo de la Comisión fueron 38 grandes volúmenes de la historia de la banca europea.»

Estos volúmenes se centraban en el Reichsbank alemán cuyos principales accionistas eran los Rothschild y la empresa de la familia Warburg, M. M. Warburg Company.

El informe final de la Comisión fue preparado por los siete destacados hombres que viajaron en secreto al club de caza de Morgan en Jeckyll Island, en teoría para cazar patos. Esos hombres llegaron a la conclusión de que no había que implantar un banco central en los Estados Unidos, sino varios y estuvieron de acuerdo en que nadie tenía que pronunciar las palabras «central» o «banco». Lo más importante es que decidieron que esa creación debía tener la aparición de una agencia oficial del gobierno de los Estados Unidos.

Hablando ante una audiencia favorable de la Asociación de Banqueros de los Estados Unidos, Aldrich afirmó: «La organización propuesta no es un banco sino una unión cooperativa de todos los bancos del país para unos propósitos definidos». Warburg defendía la idea de que esa unión cooperativa fuera aceptable tanto para los banqueros como para los ciudadanos. Cualquier restricción para los banqueros podría ser —y lo fue— eliminada posteriormente.

No obstante, esa propuesta que después se conocería como el Plan Aldrich en honor a su promotor ante el Senado, fue desafortunada desde el principio. Mucha gente vio que era un intento evidente de crear un sistema de banqueros, auspiciado por los banqueros y para los banqueros. «El Plan Aldrich es el plan de Wall Street», advirtió el congresista Charles A. Lindbergh, padre del famoso aviador. Cuando Aldrich presentó ese plan como proyecto de ley, nunca prosperó.

Greider había dicho que: «Las mentes preocupadas por las conspiraciones exageraron la importancia del encuentro en Jeckyll Island», pero concedió que «sus sospechas eran poéticamente precisas», puesto que los banqueros sabían que «cualquier propuesta identificada como un proyecto de Wall Street, sería condenada en el Congreso».

Se necesitaba una nueva táctica, y ésta vino de manos de la banca y el presidente del Comité Monetario, el congresista Carter Glass de Virginia, que atacó el Plan Aldrich al afirmar abier-

tamente que la falta de control gubernamental favorecía el monopolio bancario. Glass esbozó una alternativa, la Federal Reserve Act, y expresó sus sentimientos en contra de Wall Street.

Los planificadores de Jekyll Island, Vanderlip y Aldrich, hablaron viperinamente contra el proyecto de Glass, incluso a pesar de que secciones enteras eran idénticas al Plan Aldrich. Fue claramente un esfuerzo para obtener el apoyo de los ciudadanos para barrer el proyecto de Glass ante la aparición de la oposición de los banqueros.

Esos esfuerzos fueron apoyados por una organización de la reforma bancaria llamada la Liga Nacional de los Ciudadanos, según Griffin «enteramente financiada y controlada por los bancos bajo la dirección de Paul Warburg».

«La función de la organización era repartir cientos de miles de panfletos “educativos” de cara a organizar campañas de envío de cartas a los congresistas, consiguiendo así material para los medios de comunicación, y otras cosas que crearan la ilusión de apoyo hacia el plan de Jekyll Island.»

Encabezando la Liga estaba el profesor de economía J. Laurence Laughlin, de la Universidad de Chicago, una escuela que había recibido cuantiosas donaciones de John D. Rockefeller.

Mientras se obtenía apoyo popular para la creación de un nuevo sistema bancario, otra táctica usada con frecuencia se llevaba a cabo en la arena política. El presidente William Howard Taft estaba ya elaborando un recurso contra cualquier legislación para la creación de un banco central. Los banqueros necesitaban un líder más sumiso.

Ese líder fue Woodrow Wilson, el académico que había sido elegido como presidente de la Universidad de Princeton por sus ex compañeros de clase, Cleveland H. Dodge y Cyrus McCormick, ambos directores del National City Bank de Nueva York de Rockefeller. «Durante casi veinte años antes de su nombramiento, Woodrow Wilson se había movido a la sombra de Wall Street», escribe Ferdinand Lundberg. Wilson, que había elogiado a J. P. Morgan en 1907, había sido nombrado gobernador de Nueva Jersey. Y ahora se convertía en el candidato elegido de

los banqueros para la presidencia. El nombramiento de Wilson fue garantizado por el hombre que sería desde entonces su compañero constante y su consejero, el coronel Edward Mandell House, un socio cercano a Warburg y Morgan. «Los Schiff, los Warburg, los Kahn, los Rockefeller y los Morgan [todos] tenían fe en la Casa Blanca», señala el profesor Charles Seymour, quien editaba los documentos de la Casa Blanca.

Pero había un problema. Las primeras encuestas indicaban que el demócrata Wilson no podía derrotar al republicano Taft. En una maniobra que ha sido usada en varias ocasiones desde entonces, al ex presidente Theodore «Teddy» Roosevelt, también republicano, se le animó para presentarse a la presidencia como candidato por un tercer partido, con cuantiosas sumas de dinero donadas a su Partido Progresista procedentes de dos contribuyentes fundamentales conectados estrechamente con Morgan. El plan funcionó. Roosevelt arrancó votos a Taft de manera que Wilson, quien había prometido ya auspiciar la Federal Reserve Act, fue elegido por un estrecho margen.

La aparición de oposición por parte de Wall Street era necesaria. William McAdoo, el yerno de Wilson nombrado secretario del Tesoro, reveló más tarde: «Los banqueros se opusieron a... la Federal Reserve Act con la energía incansable de unos hombres luchando contra un fuego forestal. Dijeron que era populista, socialista, mal concebida, destructiva, infantil, sin perfilar y no viable». Sin embargo, McAdoo declaró en entrevistas con estos banqueros: «Percibo gradualmente, a través de la neblina y el humo de la controversia, que el mundo de la banca no estaba en realidad tan en contra del proyecto como fingía estarlo...».

Wilson firmó la Federal Reserva Act el 23 de diciembre de 1913, justo dos días antes de Navidad, cuando algunos congresistas ya estaban de vacaciones en sus casas y la mayoría de los ciudadanos tenía la atención claramente puesta en otras cuestiones.

«El Congreso había sido burlado, superado y aventajado por un ataque psicopolítico engañoso pero brillante», comenta Griffin.

El Sistema de la Reserva Federal se compone hoy de doce bancos de la Reserva Federal, cada uno trabajando en un distrito del país, pero controlados todos ellos por el Banco de la Reserva Fe-

deral de Nueva York. Estos bancos son administrados por una junta de gobernadores nombrados por el presidente y ratificados por el Senado, por lo general un procedimiento de trámite.

El Fed es una fuerza tan fundamental en la economía mundial que los expertos en finanzas de todo el mundo prestan mucha atención a cualquier decisión que toma. «La atención está asegurada», escribió Kim Clark, del *U.S. News & World Report* «puesto que incluso la más mínima oscilación de la tasa de interés puede agitar los mercados y crear o destruir millones de puestos de trabajos».

Pero el verdadero trasfondo del Fed es quién lo controla y por qué. «El uso de un banco central para crear períodos alternativos de inflación y deflación, y por consiguiente privar al ciudadano de a pie de la posibilidad de obtener ingentes beneficios, es algo practicado por los banqueros de ámbito internacional como si se tratara de una ciencia exacta», indica Allen.

El congresista Lindbergh afirmó en 1913 que el Sistema de la Reserva Federal «constituye el más gigantesco trust de la Tierra... Cuando el presidente firme esta acta, el gobierno invisible del poder económico... será legitimado. La nueva ley creará inflación siempre que el trust desee inflación. De ahora en adelante, las depresiones serán creadas de modo científico», advirtió.

El Fed fue rápidamente equipado con la gente que había planeado su creación. El banquero de Morgan, Benjamin Strong se convirtió en el primer gobernador del New York Federal Reserve Bank mientras que el primer gobernador de la junta de gobernadores del Fed no era otro si no Paul Warburg, el hombre a quien se debía la planificación detallada del sistema, y que más tarde sería nombrado presidente del Sistema de la Reserva Federal.

A pesar de la palabra «Federal» en su nombre, el Fed no forma parte del gobierno de los Estados Unidos. Es una organización privada que pertenece a sus bancos miembros que, a su vez, pertenecen a accionistas privados. Y, ¿quiénes son estos accionistas?

«Un repaso de los principales accionistas de los bancos de la ciudad de Nueva York muestra claramente que unas pocas familias, relacionadas por sangre, matrimonio o intereses empresariales, todavía controlan los bancos de la ciudad de Nueva York; es-

tos bancos, a su vez, sostienen las determinantes reservas del Banco de la Reserva Federal de Nueva York», informa el investigador Eustace Mullins en su libro *The Secrets of Federal Reserve* (1983). En él muestra gráficos que conectan el Fed y sus bancos integrantes con las familias de los Rothschild, Morgan, Rockefeller, Warburg y otros.

Este control privado del Fed continúa vigente en la actualidad. «El Banco de la Reserva Federal de Nueva York —que domina por completo a las otras once sucursales a través de la propiedad de las reservas, el control y la influencia; siendo el único con derecho a voto permanente en el Federal Open Market Committee y manejando todo el mercado de transacciones de bonos— tiene 19.752.655 acciones en circulación y pertenece mayoritariamente a dos bancos: el Chase Manhattan Bank (ahora fusionado con el Chemical Bank) con 6.389.445 acciones, es decir, el 32,35 %; y el Citibank, NA, con 4.051.810 acciones, o sea el 20,51 %. Juntos, esos dos bancos poseen 10.441.295 de acciones o el 52,86 %, lo que supone el control mayoritario», detallaba en un informe de 1997 el investigador Eric Samuelson.

Al parecer, las advertencias de Jefferson y Lindberg acerca del control privado de un banco central han demostrado ser correctas.

Griffin señalaba que, con la creación de la Reserva Federal, los banqueros más importantes finalmente habían alcanzado un antiguo objetivo: la socialización de las pérdidas de los bancos privados. Griffin atribuye a Paul Warburg las siguientes palabras: «Mientras técnica y legalmente el billete de la Reserva Federal es una obligación del gobierno de los Estados Unidos, la verdadera responsabilidad recae sobre los bancos de reserva... El gobierno sólo puede intervenir en caso de que esos bancos fallaran».

«El hombre que concibió el Sistema de la Reserva Federal nos dice que *los billetes de la Reserva Federal constituyen una emisión privada de dinero a partir de los impuestos de los contribuyentes para cubrir las potenciales pérdidas de los bancos emisores*», explica Griffin (énfasis en el original).

El dinero para cubrir el gasto excesivo del gobierno viene de un mecanismo ideado por esos mismos hombres en ese mismo

período: un impuesto nacional sobre la renta y los medios para recaudarlo.

De hecho, los banqueros globalizadores, con Wilson hicieron su agosto. Con una similitud sorprendente con los políticos de hoy en día, Wilson proclamaba que su gobierno estaba «más preocupado por los derechos humanos que por los derechos sobre la propiedad», mientras, enmascarado bajo esta retórica, hacía aprobar una legislación más «progresiva» que ninguna administración americana previa, decretando, en aplicación de lo propuesto por el Sistema de la Reserva Federal, un impuesto escalonado (con el Servicio Fiscal del Departamento del Tesoro para recaudarlo), el Federal Farm Loan Act (que creó doce bancos para los agricultores), la Federal Trade Commission para regular el comercio, entre otros proyectos.

A mucha gente en ese momento, toda esa legislación le parecía necesaria. Algunos argumentaban incluso que quizá era mejor que fueran banqueros entendidos quienes se encargaran de los asuntos monetarios de la nación. Por otra parte, una publicación de la Reserva Federal afirmaba en 1963: «La función de la Reserva Federal es favorecer un flujo de dinero y de crédito que facilitará un crecimiento económico ordenado, un dólar estable, y el equilibrio a la larga en nuestra balanza de pagos».

Pero ¿ha cumplido el Fed sus objetivos? Toda persona con más de cuarenta años ha vivido períodos alternativos de inflación y recesión. En 1972, el presidente Nixon devaluó el dólar después de que los europeos se negaran a aceptarlo. «Desde 1976, los Estados Unidos han tenido una balanza de pagos negativa y, en 1985, por primera vez desde 1914, la deuda externa de los Estados Unidos superaba los ingresos», dice *The New Encyclopaedia Britannica*.

Si las verdaderas funciones del Fed son las que se afirman, entonces ha fracasado totalmente. «Parecería que un sistema con tan desalentador resultado... se aboliría sin demora», reflexiona Epperson, quien sugiere a continuación que tal vez «el sistema fuera creado para hacer exactamente lo opuesto a lo que se les ha dicho a los estadounidenses».

Otro aspecto secreto del juego del dinero son los depósitos

corrientes, el dinero ingresado en un banco que puede ser retirado en cualquier momento que se desee. Conocemos ese sistema con el nombre de cuentas corrientes. Hoy están siendo rápidamente sustituidas con tarjetas de «débito» de plástico. Los clientes pagan hoy cada vez más cargos por «servicios», por el privilegio de permitir que su dinero sea utilizado para provecho de sus bancos.

Hay que tener en cuenta que cuando una persona deposita 50 dólares en un banco, ese dinero es en realidad un préstamo que le hace al banco, que le será devuelto en cuanto lo pida. Por lo tanto, en teoría, esos 50 dólares son algo que no pertenece al banco, un pasivo. Sin embargo, el banco entonces presta los 50 dólares a alguien, que debe devolverlos con intereses. Ahora los 50 dólares han pasado a ser un activo. Los mismos 50 dólares son tanto un activo como un pasivo, de modo que uno contrarresta al otro, lo que demuestra que el dinero en sí mismo no tiene valor.

Pero entonces está la cuestión del interés. Cuando los 50 dólares se ingresan en una cuenta de ahorro, produce una pequeña cantidad de intereses, a menudo con la condición de que el dinero no sea retirado en seguida. Cuando los 50 dólares se ingresan en una cuenta corriente, el depositante no cobra ningún interés en absoluto. Sin embargo cuando el banco presta 50 dólares, cobra un sustancioso interés determinado por las tarifas en curso, produciendo beneficios. Está claro entonces que en banca de débito es sinónimo de beneficio.

Éste es un secreto primordial del dinero.

No es difícil ver que es mucho más provechoso abrir un banco que una cuenta corriente. Eso también puede explicar por qué los una vez poderosos Estados Unidos se han convertido en una nación deudora.

La usura es un término que ha desaparecido de nuestro lenguaje. La gente joven hoy en día no conoce ese concepto. Una vez la usura fue definida como «cualquier interés cobrado por un préstamo», pero los diccionarios modernos lo suavizan al definirla sencillamente como un interés «excesivo». En algún momento, la Constitución de Texas definió la usura como cualquier interés que excediera el 6 %. Ese límite se ha incrementado con el trans-

curso de los años hasta que la totalidad del concepto ha sido borrado. Los críticos de la banca han señalado que incluso en la Biblia sólo se requiere el 10 % para Dios (el diezmo).

«El cobro de intereses sobre fingidos préstamos es usura y se ha institucionalizado con el Sistema de la Reserva Federal», argumenta Griffin. Se ha llevado a cabo mediante operaciones enmascaradas del Fed realizadas en secreto y en términos económicos arcanos. «El... mecanismo mediante el cual el Fed convierte la deuda en dinero puede parecer complicado al principio, pero es sencillo si se recuerda que el proceso no tiene la intención de ser lógico sino de confundir y engañar», añade Griffin.

Greider se muestra de acuerdo: «Los pormenores de las acciones (del Fed) suelen ser demasiado esotéricos como para que los ciudadanos de a pie los entiendan». Hay quien cree que su ignorancia es una bendición. A Henry Ford se le atribuye haber dicho: «Está bastante bien que la gente de la nación no entienda nuestro sistema bancario y monetario porque, si lo entendieran, creo que antes de que mañana amaneciera habría una revolución».

«La mayoría de los norteamericanos no tiene realmente conciencia de las operaciones de los prestamistas internacionales», coincidía el difunto senador Barry Goldwater. «Los banqueros lo quieren así. Reconocemos en una suerte de nebulosa que los Rothschild y los Warburg de Europa y las casas de J. P. Morgan y, Kuhn, Loeb & Company, Schiff, Lehman y Rockefeller poseen y controlan una vasta riqueza. Cómo adquieren este inmenso poder financiero y lo emplean es un misterio para la mayoría de nosotros.»

«Los banqueros internacionales hacen dinero concediendo créditos a los gobiernos. Cuanto mayor sea la deuda del Estado, más cuantiosos serán los intereses que se deba devolver a los prestamistas.» Esos mismos intereses privados poseen y controlan el Sistema de la Reserva Federal.

Según Greider, los poseedores del dinero han diseñado tantos detalles complejos y esotéricos alrededor de sus transacciones económicas que el Fed ha alcanzado las proporciones de culto.

«Para las mentes modernas, parecería extraño pensar en la Re-

serva Federal como una institución religiosa», escribe. «Pero los teóricos de la conspiración, a su demencial manera, están en la pista de algo real y significativo... [El Fed] cumple también su función en el reino de la religión. Sus misteriosos poderes para crear dinero, heredados de sus antepasados eclesiásticos, esconden un complejo conglomerado de significados sociales y psicológicos. Con sus propios sortilegios secretos, la Reserva Federal preside un impresionante ritual social, transacciones tan poderosas y aterradoras que parecen estar más allá de la común comprensión...»

«Sobre todo, el dinero es una cuestión de fe. Requiere un consentimiento social universal e implícito, en efecto misterioso. Para crear dinero y usarlo, todos los individuos tanto por separado como en conjunto tienen que creer en ello. Sólo entonces estos trozos de papel sin valor adquieren valor.»

Muchos investigadores y escritores han visto en el beneficio que se obtiene de la deuda, escudado en una antigua y mística jerga, y junto con la documentada intervención de los banqueros en las decisiones gubernamentales, como la causa de una deuda cada vez mayor, tanto en el ámbito privado como el público.

«Gracias a la decisión de la Reserva Federal de tolerar un increíble aumento de la masa monetaria y el desbordamiento de capital extranjero que busca la seguridad que de los Estados Unidos, tanto los consumidores como las empresas norteamericanas tienen un soberbio crédito disponible», escriben Phillip J. Langman y Jack Egan en la publicación económica *U. S. News & World Report* de enero de 1999. También señalaron que: «la economía continúa creando nuevos puestos de trabajo, pero los norteamericanos están construyendo rápidamente una deuda mayor a la del crecimiento de sus ingresos».

Antes de la década de 1930, el papel moneda podía ser cambiado por oro, puesto que en la Sección 10 de la Constitución se especificaba que el oro y la plata eran la única moneda de curso legal. Los antiguos billetes de la Reserva Federal llevaban la inscripción: «Reembolsable en cualquier moneda de curso legal del Tesoro de los Estados Unidos o en cualquier banco de la Reserva Federal». Pero nada más.

«Una nueva dimensión de confianza se añadió a la ilusión [de valor real]», explica Greider. «Finalmente, el último sostén de la ilusión del dinero fue apartado de una patada de este siglo: el patrón oro se abandonó.» Los propósitos originarios del dinero —representar bienes tangibles y servicios— cayeron en el olvido.

Los sencillos secretos del dinero han sido cuidadosamente escamoteados por el sacerdocio del culto al dinero. «Los ciudadanos norteamericanos, a diferencia de sus líderes políticos, dependen de clichés familiares para su limitada comprensión del dinero», comenta Greider. «El ciudadano medio, sencillamente no puede entender el lenguaje y la mayoría de los economistas no hacen ningún esfuerzo para hacerlo más asequible.»

Cada vez más, el dinero no es más que simples señales electrónicas en un ordenador al que se accede por tarjetas de plástico en los cajeros automáticos. Nada lo respalda. Este dinero ilusorio es prestado a elevados intereses por las grandes instituciones. A medida que la cantidad total de dinero aumenta, su valor decrece. Esto recibe el nombre de inflación. Y la inflación puede ser manipulada, tanto para que crezca como para que decrezca, por quienes controlan el flujo de papel moneda o las señales electrónicas.

«El resultado de este sistema global, es una deuda masiva en cada ámbito de la sociedad, hoy en día», escribe William Bramley. «Los bancos están en deuda con los impositores, y el dinero de éstos es prestado a otros y generan deudas de los que reciben el préstamo con los bancos. Lo que convierte este sistema en lo más parecido al delirio de un maníaco es el hecho de que los bancos, como cualquier otro prestamista, tienen el derecho de embargar propiedades físicas si el papel moneda no se devuelve.»

En la Gran Depresión de la década de 1930, el dinero mantuvo su valor. Era realmente difícil de adquirir y los precios bajaron en picado para reflejar su escasez. Hoy, Estados Unidos está experimentando una depresión inflacionaria: los precios continúan al alza debido a su masa monetaria inflada. Cuanto mayor es el volumen de dinero en circulación, menor es su valor.

La construcción del imperio

Banqueros como los Rothschild rápidamente se dieron cuenta de que podían manipular el valor del dinero controlando la cantidad del mismo en circulación. La banca fraccionaria les permitía emitir o retener dinero a discreción.

Multiplicaron por mucho sus beneficios y su poder al conceder préstamos a naciones enteras más que a meros individuos. «A medida que maduraron y comprendieron la mágica conversión de la deuda en dinero, sus movimientos se extendieron más allá de los confines de Frankfurt», señala Griffin. Tal como documentan varios autores, los Rothschild también sumaron a ello una red de contactos inteligente y eficaz y un contrabando casi oficial para aumentar su imperio.

Por ejemplo, al rechazar aceptar préstamos de los Rothschild y en su lugar crear su propio Banco de Francia, Napoleón se granjeó un buen número de vengativos enemigos. Tras regresar de su exilio en 1815, las circunstancias obligaron a Napoleón a pedir prestado mucho dinero para defender Francia ante el británico duque de Wellington y el ejército europeo que éste reclutó apresuradamente. Nathan Rothschild, en Londres, concedió a Napoleón un préstamo de cinco millones de libras. Al mismo tiempo, Nathan, con la ayuda de otros miembros de la familia Rothschild, pasaron de contrabando una enorme cantidad de oro a través de Francia para Wellington. De nuevo, los Rothschild jugaban a dos bandas en su beneficio.

Cuando el ejército revitalizado de Wellington derrotó a Napoleón en Waterloo en junio de 1815, la noticia de la victoria le llegó rápidamente a Nathan Rothschild en Inglaterra gracias a su propio correo, cuyos mensajeros se distinguían por sus famosas e intocables carteras rojas. El mensajero de Rothschild llegó con todo un día de anticipación respecto al de Wellington. A sabiendas de su capacidad de previsión, todas las miradas de la Bolsa de Londres se volvieron hacia los agentes de Nathan Rothschild, quien, aparentemente abatido, ordenó la venta de sus acciones.

Si, como esa actitud daba a entender, era cierto que Wellington había sido derrotado había que vender rápidamente: un frenesí vendedor comenzó en la Bolsa, con el resultado final de que los agentes de Nathan Rothschild acapararon una gran cantidad de deuda mayoritaria de Gran Bretaña por sólo una pequeña porción de su verdadero valor.

Mucho después, Nathan Rothschild comentaba así esta jugada: «Fue el mejor negocio que hice en mi vida».

A principios del siglo XIX, los Rothschild se las arreglaron para adquirir títulos nobiliarios. La línea francesa añadió el «de» precediendo a sus apellidos en 1816 mientras que los miembros de la rama austríaca se convirtieron en barones en 1882. En 1885 una reacia Reina Victoria acabó otorgando el título de barón a Nathaniel Rothschild, el nieto de Nathan.

«A lo largo de la primera mitad del siglo XIX, los hermanos llevaron a cabo importantes transacciones en representación de los gobiernos de Inglaterra, Francia, Prusia, Austria, Bélgica, España, Nápoles, Portugal, Brasil, varios estados alemanes y otros países menores. Eran los banqueros personales de muchas de las cabezas coronadas europeas. Realizaron grandes inversiones, mediante agentes, en mercados tan distantes como los Estados Unidos, India, Cuba y Australia», señala Griffin.

Por supuesto, para proteger estas inversiones a gran escala, los Rothschild necesitaban controlar hasta cierto punto las actividades de las naciones donde operaban. Como también financiaban a varios países, procuraban enemistarlos entre sí como medio de lograr una situación que favoreciera sus deseos. Esa estratagema se conoció como el juego de «equilibrio de poderes» y requería un gran secretismo.

«Moviendo los hilos desde la sombra, podían evitar la mayor parte de la ira de la gente, que se dirigía, en su lugar, hacia las figuras políticas que ellos controlaban en gran medida», explica Griffin, y añade: «Ésta es una técnica que ha sido empleada por los manipuladores financieros desde ese momento y es plenamente utilizada por los que hoy dirigen el Sistema de la Reserva Federal».

Los Rothschild han conservado sus fuertes vínculos de clan a lo largo del siglo XX como pone de manifiesto la descripción

del biógrafo de Wilson de cómo Lionel de Rothschild «en una ocasión repasó conmigo una lista de cada miembro vivo de la familia, docenas de ellos. Y pudo trazar un rápido esbozo verbal de cada uno».

A finales de la década de 1990, los patriarcas del imperio de los Rothschild eran los barones Guy y Elie de Rothschild en Francia y lord Jacob Rothschild y sir Evelyn de Rothschild en Gran Bretaña.

A pesar de la apertura de hoy en los medios de comunicación, los Rothschild todavía mantienen sus secretos. En 1988, al profesor de Oxford y tutor de Historia Niall Ferguson se le permitió publicar una biografía detallada de los Rothschild —pero con la condición de cubrir solamente los años posteriores a 1848. Ferguson se refirió a los escritores de la conspiración como «marginales y lunáticos» que veían el control mundial en las actividades de los Rothschild y pretendió presentar una «historia ejemplar» de la familia.

Sin embargo, las declaraciones de Ferguson sobre la inocencia de los Rothschild, quedaron en entredicho cuando admitió que, a pesar de ser el biógrafo oficial, su investigación había sido coartada. «Desde el principio, quedó formalmente acordado que podría citar con libertad cualquier material del archivo Rothschild en Londres con fecha anterior a marzo de 1915... y... de cualquier otro archivo y recopilaciones privadas de documentos, si los conservadores de los mismos me daban permiso para hacerlo.»

Incluso así, Ferguson descubrió vacíos y omisiones significativas en los archivos, concretamente con respecto a los años precedentes a la guerra civil norteamericana. Como declarado «ateo educado en las creencias calvinistas», no prestó atención a ninguno de los aspectos metafísicos de la formación de los Rothschild, sus conocimientos de la tradición cabalística o sus conexiones con la francmasonería y otras sociedades secretas.

No obstante, los Rothschild no pueden escapar al escrutinio de los medios de comunicación y de vez en cuando hay una breve noticia propiciada por la actualidad, como el «misterioso suicidio», el 8 de julio de 1996, de Amshel Rothschild, de 41 años, presidente del imperio financiero de la familia.

Amshel, como primogénito, se convirtió en el director general de Rothschild Asset Management en 1990, y ascendió a la presidencia en 1993. Se decía que se sentía «incómodo» con su rol en el imperio bancario y que había sido coaccionado a asumirlo por su padre, lord Victor Rothschild. Circularon rumores de que los miembros de la familia estaban descontentos con su política empresarial. Según la periodista Rally Bedell Smith, la empresa Rothschild había tenido cerca de nueve millones de dólares en pérdidas el año que precedió a la muerte de Amshel. Esto ocurría justo cuando Evelyn Rothschild acababa de cerrar un acuerdo de colaboración con el segundo mayor banco de China. En un esfuerzo por absorber las pérdidas, Amshel planeó consolidar las extensas operaciones de la familia en una sola, que ascendía a un total a los 28 mil millones de dólares.

Amshel Rothschild fue hallado muerto en el cuarto de baño de mármol de su habitación en un hotel de París. Colgaba del toallero, que medía sólo 1,65 metros de altura, detalle en el que reparó un reportero: «No le debe de haber sido fácil ahorcarse, dado que es un hombre que mide 1,85 m». Sólo llevaba puesto un albornoz y un extremo del cinturón del mismo estaba atado alrededor de su cuello. El otro extremo estaba ligado al toallero que, accidentalmente, fue arrancado de la pared por uno de los investigadores.

Inicialmente, se dijo que la causa de la muerte había sido un ataque al corazón para luego cambiar a un aparente suicidio por estrangulación. No había constancia de ninguna nota de suicidio ni de indicios de crimen alguno, por lo que el informe de la policía fue enviado directamente al Ministerio del Interior francés, saltándose los canales usuales. Esta maniobra fue hecha supuestamente a petición de su familia, reacia a la publicidad, una prueba de su poder sobre el gobierno.

Sin problemas personales evidentes y sin nota, el suicidio era la menos satisfactoria de las teorías sobre la muerte de Amshel.

A pesar de las curiosas circunstancias de su muerte y de su posición en el mundo de la banca, no se dijo apenas unas palabras sobre la desaparición de Amshel en las noticias, y la conclusión de que se había ahorcado fue difundido sin cuestionamientos ni comentarios al respecto. En el *Britannica Book of the Year 1997*

se menciona su muerte con una sola frase enterrada en una sección titulada «Asuntos económicos: Banca» y decía: «el sector bancario británico quedó profundamente impresionado en julio debido al supuesto suicidio de Amshel Rothschild, director de la gestión de los activos e inversiones de la rama londinense de la dinastía Rothschild y heredero de las operaciones bancarias globales de la familia». La falta de cobertura por parte de los medios de comunicación de la discutible muerte de una persona tan destacada da considerables argumentos a los que creen que hay un control oculto sobre los medios de comunicación.

Wilson, biógrafo de los Rothschild, estaba muy impactado con la fortaleza de la familia. «La genética, la mitología, la deliberada disciplina, las oportunidades que proporcionan la riqueza y las conexiones —todo eso ha contribuido a producir una de las familias más notables, tal vez *la más* notable— de la historia reciente. Pocas dinastías, con excepción de las monarquías hereditarias preservadas del olvido por el derecho de primogenitura, han mantenido su influencia en el mundo a lo largo de siete generaciones», concluye con admiración Wilson.

Con la primogenitura se refiere a la condición primera del testamento de Mayer Amschel en el que se especifica que sólo el hijo mayor de cada generación puede controlar la riqueza familiar. Mediante este método, no sólo consiguió mantener la cohesión de la extensa red familiar sino que además, como en las sociedades secretas, aquellos miembros de la familia que no estaban en los núcleos de poder poco sabían de las transacciones financieras de la familia. Antiguos cargos ejecutivos de los negocios de los Rothschild se quejaban de que a menudo los dejan al margen de las decisiones importantes.

Esta cohesión y hermetismo, conjugados con el increíble poder de su riqueza podría explicar lo que solía repetir el patriarca Mayer Rothschild: «Permítanme controlar el dinero de la nación y poco me importará quién haga las leyes».

La influencia de los Rothschild se extendió por todo el mundo. Su influjo sobre el banco más importante de Japón, el Nomura, llegó a través de la amistad de Edmund Rothschild con Tsunao Okumura, el responsable de crear este gigante financiero.

Fue un Rothschild quien ayudó a crear el Estado de Israel. En 1917, después de ser miembro del Parlamento Británico, el sionista lord Lionel Walter Rothschild —el hijo mayor, que heredó el dinero y el título de Nathan después de su muerte en 1915— recibió una carta de Arthur Balfour, ministro de asuntos exteriores de Gran Bretaña en la que expresaba su aprobación para el establecimiento de un hogar nacional judío en Palestina. Esta carta se conocerá más tarde como la Declaración Balfour. En 1922, la Sociedad de Naciones aprobó el mandato Balfour en Palestina, que preparaba el camino para la posterior creación de Israel. El barón Edmond de Rothschild, que construyó el primer oleoducto desde el mar Rojo hasta el Mediterráneo, para transportar petróleo iraní hasta Israel, y fundador del Israel general Bank, es llamado «el Padre del Israel moderno.⁷»

En los Estados Unidos, el periodista William T. Still dijo que la edificación de la fortuna familiar en Norteamérica había sido «profunda». «Trabajando mediante las firmas de Wall Street Kuhn, Loeb & Co. y J. P. Morgan Co., los Rothschild financiaron a John D. Rockefeller, y así pudieron crear el imperio de la Standard Oil.» Y añade: «También financiaron las actividades de Edward Harriman (ferrocarriles) y Andrew Carnegie (acero)».

Sea o no cierto el control o influencia de los Rothschild sobre la economía de los Estados Unidos, los estrechos vínculos entre las familias adineradas y las sociedades secretas de los Estados Unidos con las de Gran Bretaña demuestran la existencia de una sólida y demostrable conexión con Europa.

Uno de estos lazos es una organización hermana de la Comisión Trilateral, el CFR y el Club Bilderberg: el Royal Institute of International Affairs.

El Royal Institute of International Affairs y las Mesas Redondas

Los objetivos y métodos de las sociedades secretas modernas de Estados Unidos no tienen su origen en dicho país sino que fue-

ron importadas de las sociedades secretas que habían dominado Europa durante siglos.

Retrocediendo hasta la reunión de 1919 en París que condujo a la creación del Council Foreign Relations, se debe destacar que dicho consejo (council) no era más que la sección norteamericana del propuesto «Institute of International Affairs». La sección inglesa mantuvo el nombre original y se dio a conocer como el Royal Institute of International Affairs (RIIA).

De la misma forma que ocurrió con el CFR, fueron el coronel House, consejero de Woodrow Wilson, los banqueros Warburg y Baruch y otros miembros del grupo de internacionalistas cercanos a House, los que fundaron el instituto. El RIIA se constituyó a partir de una sociedad secreta existente, los Grupos de la Mesa Redonda, establecida alrededor del año 1910 por el trust del magnate de los diamantes inglés Cecil Rhodes.

Donald Gibson explica dichas fundaciones de la siguiente manera: «El Royal Institute of International Affairs se creó en 1919 para perpetuar el poder británico en el mundo y ayudó a crear el Council on Foreign Relations (CFR) como parte de un esfuerzo de la clase alta británica de vincular sus intereses políticos exteriores a los de los Estados Unidos».

Esta perspectiva fue expresada también por Icke: «La supuesta “relación especial” entre Gran Bretaña y Estados Unidos es, de hecho, la relación entre el RIIA y el CFR».

El RIIA tenía su sede en Chatham House, situado en la plaza Saint James de Londres, justo enfrente de la casa de la adinerada familia Astor. Se dice a menudo que la política exterior británica emana de la Chatham House.

A la cabeza de la creación del RIIA estaba Lionel Curtis, un veterano de la guerra bóer en Sudáfrica, que se convirtió en el secretario de sir Alfred Milner, alto comisionado británico en Sudáfrica. Curtis fue uno de los jóvenes brillantes protegidos de Milner, lo que se conocía como «el jardín de infancia de Milner». Ha sido descrito como un «administrador público británico y autor, abogado del federalismo imperialista británico y de un estado mundial, con considerable influencia en el desarrollo de la Commonwealth of Nations... Él fue el principal responsable de

la sustitución del término [británico] "imperio" por el de "Commonwealth".

Milner, un «ardiente imperialista» educado en Oxford y en New College, provocó la guerra bóer de 1899-1902, con sus rígidas actitudes y, como recompensa, obtuvo el control británico sobre las minas de diamantes de Sudáfrica y una porción de sus reservas de oro. No es una mera coincidencia que Milner se convirtiera en el principal administrador de las propiedades de Cecil Rhodes, el magnate de diamantes de Sudáfrica.

Cecil Rhodes, más que ninguna otra persona, dio el impulso para formar varias sociedades secretas, incluidos el RIIA y el CFR, al iniciar sus Grupos de la Mesa Redonda.

El profesor Carroll Quigley, un destacado historiador y profesor de historia en el Foreign Service School de la Universidad de Georgetown y mentor académico del presidente Clinton, explica: «Las becas Rhodes [Clinton recibió una]... son conocidas en todo el mundo. Lo que no es tan sabido es que Rhodes, mediante cinco de sus voluntades previas, legó su fortuna para crear una sociedad secreta, consagrada a la preservación y expansión del Imperio británico. Y, lo que parece que nadie sabe, es que esta sociedad secreta... continúa existiendo hoy en día».

Puesto que Quigley y muchos otros identifican los Grupos de la Mesa Redonda como los antecesores de las sociedades secretas modernas, sería pertinente examinar con más detenimiento a Cecil Rhodes, a su administrador lord Milner y sus puntos de vista.

Rhodes y Ruskin

Cecil Rhodes, el padre de las sociedades secretas modernas, y su mentor académico, John Ruskin, siguen la estela de una tradición filosófica que se remonta hasta los antiguos griegos e incluso más allá. Entre otros que siguieron esa tradición figuran los pioneros socialistas Karl Marx y Friedrich Engels.

Rhodes, nacido en 1853, hijo del vicario del obispo de Stortford, fue imbuido de conceptos religiosos desde una edad temprana.

En 1879 fue a vivir con su hermano, que dirigía una plantación de algodón en Sudáfrica. Pronto ambos hermanos sucumbieron al encanto de las minas de diamante.

Tras algún éxito inicial en la búsqueda de diamantes, Rhodes formó la Beers Consolidated Mines, Ltd, bautizada con ese nombre debido a la familia minera Nicolaas de Beers, a quien se la compró.

Durante ocho años, Rhodes dividió su tiempo entre la explotación de yacimientos en Sudáfrica y sus estudios en Oxford, donde quedó fascinado por su profesor de Arte John Ruskin.

Hijo de un próspero comerciante de vino, Ruskin se había alejado de las corrientes de pensamientos convencionales para llevar lo que un biógrafo definiría como «una vida solitaria e introspectiva, muy a menudo perseguida y atacada por la locura». A pesar de sus frecuentes masturbaciones y ninfolepsia (la frenética afición por las chicas menores de edad), Ruskin nunca pudo consumar su matrimonio con Effie Gray, que en 1848 tenía 19 años. Seis años más tarde, aún virgen, ella obtuvo la anulación del matrimonio, un hecho muy chocante por aquel tiempo.

Ruskin era un ardiente lector de la Biblia según la versión del rey Jaime pero finalmente abandonó su fe en Dios. «John Ruskin, el hombre que inspiró a Cecil Rhodes, Alfred Milner y a todos aquellos que formaban la sociedad secreta de la Tabla Redonda, estaba influido por los escritos esotéricos del filósofo griego Platón y de madame Blavatsky [fundadora de la oculta Sociedad Teosófica], los libros de lord Edward Bulwer-Lytton y las sociedades secretas del tipo de la Orden de la Aurora Dorada», afirma Icke.

Ruskin, que decía que leía *La República* de Platón cada día, adoptó el concepto platónico de sociedad perfecta cuya estructura consistía en un liderazgo centralizado, la clase dirigente y, de ahí, hacia abajo. Marx y Engels, los fundadores del comunismo moderno, también fueron lectores de Platón y se hicieron eco de la visión de Ruskin. Abogando por un control estricto sobre el Estado, ejercido bien por un dictador bien por una clase dirigente especial, Ruskin proclamó: «Mi objetivo constante ha sido mostrar la superioridad eterna de algunos hombres sobre los otros, a veces de un hombre sobre el resto».

Según Quigley, Rhodes estaba tan imbuido de la filosofía de Ruskin, que copió una de sus disertaciones en Oxford a mano y no se desprendió de ella en treinta años.

Michael Baigent y Richard Leigh, autores de *Masones y templarios*, demostraron que Rhodes era un miembro activo en la francmasonería británica, junto con otras personalidades del siglo XIX, como Jorge IV y Guillermo IV así como lord Randolph Churchill (el padre de Winston), el marqués de Salisbury, Arthur Conan Doyle, Rudyard Kipling y Oscar Wilde. Las filosofías de Platón, Ruskin y la teosófica madame Blavatsky seguidas por este grupo, coincidían con los ideales de la francmasonería.

Con la ayuda de un amigo íntimo, el comerciante de diamantes alemán Alfred Beit, Rhodes expandió su compañía de diamantes hasta que, en 1891, la compañía Beers poseía el 90 por ciento de la producción de diamantes del mundo. A mediados de la década de 1890, Rhodes fundó el Diamond Syndicate, precursor del actual Central Selling Organization, que controla el 80 por ciento del comercio mundial de diamantes.

Consiguió un amplio control sobre las explotaciones mineras del oro que se estaban desarrollando rápidamente en Transvaal. Con una riqueza sin límites, los sueños de Rhodes concibieron un ferrocarril que uniera Sudáfrica con El Cairo y la expansión del Imperio Británico, incluido el ansiado sueño de aquel siglo: la reclamación de las colonias americanas.

Al igual que con los Morgan y los Rockefeller, detrás de Rhodes encontramos el vasto poder de la familia Rothschild.

«Fueron los financieros de Cecil Rhodes y le posibilitaron establecer un monopolio sobre las explotaciones de diamantes en Sudáfrica», ha escrito Griffin. «Aún están conectados con la compañía Beers.» En noviembre de 1997, cuando el barón Edmond Adolphe Maurice Jules Jacques de Rothschild murió, a los 71 años, de un enfisema en Génova, se vio que había dejado importantes holdings en Beers Consolidated Mines, Ltd de Sudáfrica.

El ex agente del servicio de inteligencia británica, el doctor John Coleman confirma la existencia de una relación entre Rhodes y los Rothschild cuando escribe: «Rhodes era el agente principal de los Rothschild... [quienes] arrebataron a los bóers suda-

fricanos sus derechos naturales, el oro y los diamantes que estaban bajo su suelo». Según Coleman, el primer grupo de la Mesa Redonda de Rhodes se estableció en Sudáfrica con fondos de la familia Rothschild británica, para adiestrar a los grandes empresarios en la lealtad a Gran Bretaña de cara a mantener el control sobre la riqueza del país. La idea de que los fondos de los Rothschild estaban detrás de Rhodes, también la sostiene Frank Aydelotte, quien en *American Rhodes Scholarships*, escribió: «En 1888 Rhodes hizo redactar su tercer testamento... se lo dejaba todo a lord Rothschild...».

Las Mesas Redondas se originaron a partir de una serie de grupos semisecretos como los Illuminati y la francmasonería de círculos «internos» y «externos», de jerarquía piramidal. Al círculo «interno» se le llamaba Círculo de los Iniciados (o los electos) mientras que el círculo «externo» recibía el apelativo de Asociación de los Ayudantes. Dos miembros del Círculo de los Iniciados de Rhodes fueron los financieros británicos, lord Victor Rothschild y lord Milner. Rhodes bautizó a su sociedad secreta como la Mesa Redonda en honor a la legendaria mesa en torno a la cual se reunían el rey Arturo y los caballeros por él elegidos. Cabe destacar que la leyenda artúrica del Santo Grial está íntimamente relacionada con la controvertida noción de una continuada línea de sangre de Jesús —el *Sangreal* o «sangre real», como trataremos más adelante.

Coleman escribió que, con la inmensa riqueza obtenida del control del oro, los diamantes y el narcotráfico, «los miembros de la Mesa Redonda avanzaban en abanico por el mundo para hacerse con el control de las políticas fiscales y monetarias y el liderazgo político en todos los países donde operaban».

Como ejemplo de la entrelazada dirección corporativa y las fundaciones exentas de impuestos, Coleman dice: «La Mesa Redonda, por sí misma, consiste en un laberinto de compañías, instituciones, bancos y sistema educativo que necesitaría del trabajo de cualificados actuarios durante todo un año para dilucidar su estructura».

Aunque algunos no acepten que Coleman era un teórico de la conspiración, no podrían decir lo mismo del doctor Quigley.

«Existe y ha existido durante toda una generación, una red internacional anglófila, que opera, hasta cierto punto, como los radicales de la derecha creen que actúan los comunistas», afirma Quigley. «Conozco las operaciones de esta red porque la he estudiado durante veinte años y tuve permiso para examinar sus documentos y actas secretos durante veinte años, a principios de la década de 1960. No siento especial aversión hacia ella o hacia la mayoría de sus objetivos y, durante la mayor parte de mi vida, he estado cercano a ella y a sus mecanismos... En general, difiero principalmente de ellos en que, mientras ellos desean permanecer ocultos, yo considero que su papel en la historia es suficientemente significativo como para que se conozca.»

Wallechinsky y Wallace se hicieron eco de las palabras de Quigley, al citar el testamento de Rhodes. Éste exige el «establecimiento, promoción y desarrollo de una Sociedad Secreta cuyo verdadero fin y objetivo sea la prolongación del gobierno británico en el mundo... para recuperar finalmente los Estados Unidos de América».

En 1890, la reina Victoria, impresionada por sus ideas imperialistas, nombró a Rhodes primer ministro del gobierno provincial de El Cabo, en África. A raíz de su muerte en 1902, a causa de una enfermedad cardíaca, la reputación de Rhodes como hombre de negocios y político inflexible se vio suavizada gracias a su generoso programa de becas destinadas a que jóvenes prometedores estudiaran en Oxford. Aunque Rhodes fue elogiado por prohibir la selección de los aspirantes por motivos de raza, resulta obvio que su figura ha permanecido en la historia como un producto de su tiempo, ya que en una ocasión expresó su deseo de «que se equipararan los derechos de todos los hombres blancos».

Se cree que el propio Rhodes perteneció a un grupo secreto conocido como los «Olímpicos», que habían tomado su nombre de los antiguos dioses griegos. Según Coleman, éste sólo era otro nombre más para designar a los globalistas a los que él aludió como «el Comité de los 300». Además, se creía que Rhodes estaba relacionado con los herméticos y misteriosos Illuminati a través de sus conexiones con masonería.

Quigley identificó la sociedad secreta de Rhodes en conjunto como los Grupos de la Mesa Redonda, que se ramificó por siete naciones en 1915. Aunque los fundadores de la sociedad fueron Curtis y algunos otros, los miembros de la misma eran principalmente seguidores de Rhodes y lord Milner. «Desde 1925, ha recibido contribuciones sustanciosas procedentes de fortunas individuales y de fundaciones y empresas asociadas a la fraternidad bancaria internacional, en especial del Carnegie United Kingdom Trust, y otras organizaciones vinculadas con J. P. Morgan, las familias Rockefeller y Whitney...», informa Quigley, sin mencionar a los Rothschild por su nombre.

Con la muerte de Rhodes, Milner, Rothschild y sus socios banqueros internacionales tomaron el control absoluto de las Mesas Redondas que empezaron a expandirse más allá del Imperio británico. El profesor Quigley explica: «Al final de la guerra de 1914, se hizo evidente que la organización de este sistema (la Mesa Redonda) se debía extender ampliamente». Para lograr este cometido, pidieron la ayuda de Lionel Curtis para que el Royal Institute of International Affairs se convirtiera en una organización paraguas de los Grupos de la Mesa Redonda.

Quigley dice que los auténticos propósitos de estos grupos eran «verdaderamente encomiables», el principal de los cuales era agrupar las naciones del mundo en una entidad de habla inglesa que mantuviera la paz y llevara la estabilidad y la prosperidad a las zonas subdesarrolladas.

Aunque es una gran ironía, la organización de la Mesa Redonda —que proclamaba la paz mundial como su primer objetivo— pudo haber impulsado directamente el desarrollo de la bomba atómica. Durante su período de expansión, las Mesas Redondas tuvieron numerosas organizaciones «disidentes», entre las que cabe citar el Instituto de Estudios Avanzados (IAS) de Princeton, Nueva Jersey. «La copia norteamericana del All Souls College de Oxford», según Quigley. El IAS fue fundado gracias a la generosidad del Rockefeller General Education Board y fueron miembros del IAS, como Robert Oppenheimer, Niels Bohr y Albert Einstein, los que ayudaron a los científicos que fabricaron la primera bomba atómica.

A pesar de todo esto, Quigley escribía con admiración: «Eran caballeros refinados y cultos con una experiencia social limitada, muy preocupados con la libertad de expresión de las minorías y el funcionamiento global de las leyes...».

Otros escritores no les dedicaron tantos elogios. El periodista William T. Still, en su libro *New World Order: The Ancient Plan of Secret Societies* escribe sobre «los planes multiseculares de las sociedades secretas para erradicar la Constitución de los Estados Unidos».

«Rhodes cometió el mismo error que muchos humanitaristas antes que él», escribe William Bramley. «Pensó que podría alcanzar sus objetivos a través de las redes de hermandades corruptas. Así que, Rhodes creó instituciones que rápidamente cayeron en manos de aquellos que, a la práctica, las utilizaron para oprimir a la raza humana.»

Pero no fueron sólo las organizaciones de la Mesa Redonda las que permitieron a la riqueza y al poder de los Estados Unidos mezclarse y conversar entre sí. En ciertos círculos, existían relaciones fraternales a través de grupos mucho más secretos, como la inquietante orden de los Skull and Bones.

Los Skull and Bones

Los Skull and Bones [Tibias y calavera], una hermandad secreta aparentemente radicada sólo en la Universidad de Yale, según los investigadores ha sido la suministradora de un número sin precedentes de funcionarios gubernamentales que, según los investigadores, han fomentado los objetivos globalistas de sus hermanos de otros grupos encubiertos.

«Cuando los miembros del CFR fueron acusados de estar involucrados en una conspiración ellos lo negaron. Por lo general, decían la verdad», escribe el investigador de la conspiración Anthony C. Sutton. «La mayoría de los miembros del CFR no están involucrados ni tienen conocimiento de ninguna conspiración... sin embargo, hay un grupo DENTRO del CFR que pertenece a una sociedad secreta y que, en mayor o menor medida, controla el CFR.» (Énfasis en el original.)

Entre sus miembros figuran personas extremadamente poderosas, como Henry Stimson, secretario de la Guerra del presidente Franklin D. Roosevelt y descrito como «un hombre en el corazón del corazón de la clase dirigente de los Estados Unidos»; Averell Harriman, embajador norteamericano en Rusia; el editor Henry Luce, y J. Richardson Dilworth, durante mucho tiempo administrador de la fortuna de los Rockefeller.

Según Sutton y otros investigadores, esta sociedad secreta es la división norteamericana de una organización secreta alemana más antigua. Conocido con múltiples nombres, como la Logia 322, la Hermandad de la muerte o La Orden, este grupo es conocido popularmente como Skull and Bones o simplemente Bones.

La rama norteamericana de La Orden fue fundada en 1832 en la Universidad de Yale por el general William Huntington Russell y por Alphonso Taft.

Taft, que se convertiría en secretario de la Guerra en 1876, en fiscal general del Estado y embajador en Rusia, fue el padre de William Howard Taft, la única persona que ha trabajado a la vez para el presidente de los Estados Unidos y el presidente del Tribunal Supremo.

Russell llegaría a ser miembro de la Asamblea Legislativa de Connecticut. Su familia estaba al frente de la Russell and Company, una firma controlada por algunas de las familias de «sangre azul» más refinadas de Boston, que se enriquecieron con el tráfico de esclavos y el contrabando de opio a principios del siglo XIX. Algunos investigadores creen que estos reprobables antecedentes explicarían el símbolo pirata de la calavera y las tibias cruzadas adoptado como insignia de La Orden, un emblema originalmente utilizado en la bandera de los antiguos caballeros templarios.

Según Sutton, La Orden fue llevada de Alemania a Yale por Russell, cuyo primo, Samuel Russell participó en las Guerras del Opio en China, de inspiración británica. Un folleto de una sociedad secreta rival de los Skull and Bones con sede en Yale (y conocidos como Tumba) que daba cuenta de una investigación de 1876 señalaba que «su fundador [Russell] estuvo en Alemania antes de licenciarse y allí entabló una estrecha amistad con el

líder de una sociedad alemana. Regresó a la universidad con la autoridad de fundar una división allí. Así se crearon los Bones».

La sociedad secreta alemana no puede ser otra que la de los misteriosos e infames Illuminati. Ron Rosenbaum —uno de los pocos periodistas que se tomó en serio a los Skull and Bones— cayó en la cuenta de que el emblema oficial de la calavera y las tibias cruzadas de La Orden era también el emblema de los Illuminati. En un artículo de investigación para la revista *Esquire*, Rosenbaum escribió: «Creo haber hallado que las calaveras son el enlace entre los orígenes de los rituales de los Bones y de los Iluminados de Baviera... [quienes] existieron realmente... desde 1776 a 1785 fueron una sociedad secreta esotérica con las logias liberales más místicas de la francmasonería alemana».

Ecke estuvo de acuerdo y escribió que La Orden eran simplemente los «Illuminati disfrazados... El simbolismo de [su] ceremonia de iniciación parece indicar por lo menos vínculos estrechos con la francmasonería». Los emblemas masónicos, los símbolos y el lema en alemán, incluso el diseño de su sala de iniciación, añade, son todas idénticas a las que se encuentran en las logias masónicas de Alemania asociadas con los Illuminati.

Teniendo en cuenta los nefastos antecedentes de sus fundadores y de sus familias, los autores Webster Griffin Tarpley y Anton Chaitkin advirtieron: «El pasado de los Skull and Bones es una historia de opio y de imperialismo, y una lucha amarga por el control político de la nueva república de los Estados Unidos».

Cualesquiera que fuesen sus comienzos, los Skull and Bones se incorporaron oficialmente al Russell Trust en 1856. La Orden dirige unos encuentros anuales en un club situado en el Saint Lawrence River de Nueva York llamado Deer Island (sic). El error de ortografía fue a petición de George D. Miller, miembro patrocinador de Bones.

Aunque el Skull and Bones era la sociedad secreta más importante, no era la única. Según Tarpley y Chaitkin, «Princeton tienen sus "clubes gastronómicos", especialmente el Club Ivy y el Club Cottage, cuya tradición oligárquica va desde Jonathan Edwards y Aaron Burr hasta los hermanos Dulles. En Harvard tienen el selecto club de sangre azul Porcelain (conocido tam-

bién como Porc o Club Pig); Theodore Roosevelt presumió ante el káiser alemán de haber pertenecido a él; Franklin Delano Roosevelt fue miembro del Club Fly, ligeramente inferior al Porcelain.

Existen otros grupos secretos en Yale —Wolf's Head y Scroll & Key por citar dos ejemplos— y, como ha demostrado Rosenbaum, todas y cada una de las personas que integran el establishment occidental, o bien pertenecen a Skull and Bones o bien, casi con toda probabilidad, a uno de esos otros grupos. Pero ningún otro grupo tiene las conexiones demostrables de sangre y riqueza de los Skull and Bones.

Cada año, sólo quince alumnos de Yale son seleccionados para formar parte de los Skull and Bones durante su último año académico.

Además de su extraordinario hermetismo —a los miembros de Bones se les requiere que abandonen la habitación si alguien menciona al grupo—, la orden tiene sus propios nombres para llamarse dentro del mismo. A los miembros neófitos se les llama Caballeros, en honor a las tempranas sociedades secretas como los Caballeros Templarios, los Caballeros de Malta o los Caballeros de San Juan. Una vez se alcanza el grado de miembro de pleno derecho, reciben el apelativo de Patriarca, como se llama a los padres fundadores.

Despectivamente se refieren a los intrusos como «gentiles» o «vándalos».

Sutton observó que los miembros activos de Skull and Bones proceden de un «núcleo de 20 o 30 familias... En primer lugar se encuentran los remotos linajes de familias norteamericanas que llegaron a la Costa Este en el siglo XVII, por ejemplo Whitney, Lord, Phelps, Wadsworth, Allen, Bundy, Adams y demás. En segundo lugar, encontramos las familias que han hecho su fortuna en los últimos cien años, enviaron a sus hijos a Yale y casi al momento se convirtieron en familias de viejo linaje, por ejemplo Harriman, Rockefeller, Payne, Davison».

Ecke escribió que esas familias tienen la preocupación del Viejo Mundo por la herencia y el linaje. Acuerdan matrimonios «para proteger o hacer avanzar las líneas genéticas de sangre seu-

doazul, que debe su heredada riqueza e influencia al narcotráfico, la esclavitud y a la elección cuidadosa de sus cónyuges. Estas familias interconectadas se ayudan y apoyan unas a otras en su búsqueda de dominación política, financiera y genética».

«... Se tiene la sensación de que se contraen muchos matrimonios entre las familias Bones», afirma Rosenbaum. «Año tras año habrá tantos Whitney Townsend Phelps en la misma clase Bone como Phelps Townsend Whitney... De hecho, se puede argumentar, medio de broma y medio de veras, que, a la práctica, los Bones son una especie de proyecto informal de eugenesia del establishment para aportar nuevos y vigorosos genes a los linajes de la élite stimsoniana.»

El nepotismo está profundamente arraigado en La Orden como pone de manifiesto el hecho de que las modernas finanzas del Russell Trust estuvieran dirigidas por John B. Madden hijo, un socio de Brown Brothers Harriman, formada por la fusión de Brown Bros. & Company y W. A. Harriman & Company en 1933. Madden comenzó a trabajar allí en la década de 1940 a las órdenes del socio veterano Prescott Bush, padre del ex presidente George Bush, todos ellos miembros de Skull and Bones.

Un ejemplo más reciente de la inquebrantable lealtad de los miembros lo encontramos, en la década de 1980, en relación con el escándalo de la conexión del presidente Bush con las actividades delictivas del Bank of Credit and Commerce International (BCCI). Cuando las actividades ilegales del banco salieron a la luz —involucrando a muchos apellidos relevantes— la administración Bush intentó impedir o mitigar cualquier investigación significativa. Finalmente, el subcomité del Senado para Relaciones Externas, Terrorismo, Narcóticos y Operaciones Internacionales, encabezado por el senador de Massachussets John Kerry, inició una investigación formal sobre la BCCI. Kerry era presidente del Comité de la Campaña para el Senado Demócrata, que había recibido contribuciones significativas de la BCCI, y era miembro también de los Skull and Bones. La investigación liderada por Kerry fracasó. Jack Blum, un asesor especial del subcomité de Kerry, afirmó: «Propuse una investigación a fondo del BCCI y me marginaron... Se llevó a cabo un encubrimiento de

alto nivel de todo lo concerniente al BCCI, después de que en la Aduana tropezaran con la operación de blanqueo de dinero en Miami, que todavía está vigente».

Los intereses tanto de los Morgan como de los Rockefeller han estado bien representados en La Orden. El miembro Percy Rockefeller vinculaba La Orden a las propiedades de la Standard Oil, mientras que un buen número de los hombres de Morgan aparecían en la lista de los Skull and Bones.

Aunque J. P. Morgan no era un Bone, Harold Stanley (La Orden, 1908) se incorporó a la empresa bancaria Guaranty Trust en 1915, y llegó a ser socio de Morgan y presidente del conglomerado Morgan, Stanley & Company. W. Averell Harriman (La Orden, 1913) fue miembro del bufete de Guaranty Trust. H. P. Whitney (La Orden 1894) y su padre, W. C. Whitney (La Orden, 1863). Fueron ambos directores de la Guaranty Trust.

La corriente del poder financiero no siempre estuvo canalizada a través de miembros directos de Skull and Bones. «La Orden controla el grueso de la fortuna de Andrew Carnegie, pero ningún Carnegie ha sido nunca miembro de la orden», escribe el investigador Sutton. «La Orden utilizó la riqueza de los Ford de una manera tan flagrante contra los propios deseos de la familia que dos de sus miembros dimitieron de la junta directiva de la Fundación Ford. Ningún Ford ha sido miembro de la orden. El apellido Morgan nunca ha aparecido en la lista de miembros, aunque algunos de los socios forman parte del núcleo más poderoso. Por ejemplo, (el socio Harold) Stanley (de Morgan, Stanley & Co.), (el hijo de Henry P.) Davidson y (John) Perkins.»

McGeorge Bundy (La Orden, 1940) fue presidente de la Fundación Ford entre 1966 y 1979. Desde principios hasta la mitad de la década de 1960, Bundy trabajó como asesor del Consejo Nacional de Seguridad para los presidentes John F. Kennedy y Lyndon Johnson. Al mismo tiempo, su hermano William Bundy (La Orden, 1939), que había colaborado con la CIA, trabajó como ayudante del secretario de Estado para Asuntos del Este asiático y del Pacífico.

Muchos otros apellidos ilustres, como Low, Forbes, Coolidge, Delano, Taft, Stimson y otros pueden relacionarse con los

Skull and Bones. Entre algunos recientes Bones destacados cabe citar al presidente George Bush (La Orden, 1949), William Bissell (La Orden, 1925), cuyo hermano Richard Bissell se convirtió en director adjunto de Planificación de la CIA; Amory Howe Bradford (La Orden, 1943), casado con Carol Warburg Rothschild en 1941 y que pronto llegó a ser director general del *New York Times*; Henry Luce (La Orden, 1919), que se convirtió en jefe del poderoso e influyente imperio editorial Luce, que incluye las revistas *Time* y *Life*; y William F. Buckley (La Orden, 1950), un columnista conservador de una agencia nacional de prensa.

Los autores Tarpley y Chaitkin no la consideran una hermandad universitaria inofensiva. «El presente siglo debe mucho de su cómputo de horrores a las influyentes familias norteamericanas anglófilas que dominaron y emplearon la sociedad de los Skull and Bones como una agencia de reclutamiento político, en particular a los Harriman, Withney, Vanderbilt, Rockefeller y a sus abogados, los lord, Taft y Bundy».

Otros investigadores ven a los Skull and Bones como el epicentro del control del Nuevo Orden Mundial. La Orden ha sido considerada como «el trampolín» hacia el CFR, el Club Bilderberg y la Comisión Trilateral.

Tras examinar el control y la influencia de La Orden en los ámbitos de la política exterior, las finanzas, la educación y la religión, Texe Marrs dijo: «La orden de los Skull and Bones debe ser desenmascarada como lo que es: un gran y vigente peligro que amenaza nuestras libertades y derechos constitucionales».

Rosenbaum, como posible explicación de los siniestros ornamentos de La Orden, escribió que se debía simplemente a que un «impresionable joven Russell [que] había tropezado con la misma matriz origen de las representaciones tanto de los seudomasones como de los Illuminati». Aunque, tal vez con algo de sarcasmo, también expresó la posibilidad de que «el establishment occidental sea la creación demoníaca de una élite clandestina que manipula la historia, y los Skull and Bones sean uno de sus centros de reclutamiento».

Rosenbaum escribe asimismo que los Skull and Bones están «en claro declive» y que en los últimos años se han convertido en

«un grupo informal, hedonista, cómodo e incluso, según dicen algunos, decadente».

La controversia en lo que respecta a La Orden salió a la superficie durante las presidenciales de 1980. El ex presidente del Partido Laborista Nacional Lyndon H. LaRouche presentó una candidatura independiente a las presidenciales. En las elecciones primarias de New Hampshire, LaRouche atacó al candidato republicano George Bush por su afiliación a La Orden afirmando que «Skull and Bones no era simplemente una hermandad ni una asociación especial de alumnos. Es algo muy serio, están completamente dedicados al culto de la conspiración contra la constitución de los Estados Unidos. Al igual que los Apóstoles de Cambridge, el iniciado de Skull and Bones es un agente totalmente entregado al servicio de inteligencia secreto británico». Muchos analistas consideran que las relevaciones de la relación de Bush con Skull and Bones, el CFR y la Comisión Trilateral le costaron las primarias en New Hampshire y finalmente las presidenciales en 1980.

«La Orden se ha establecido o infiltrado en cada una de las investigaciones, las políticas y plataformas de creación de opinión significativas de los Estados Unidos», afirmaba Sutton.

Hay indicios de que estaba en lo cierto. Una de las investigaciones más rigurosas sobre los accionistas institucionales que jamás se haya hecho fue llevada a cabo en 1980 por la Comisión del Senado sobre Asuntos Gubernamentales que lleva por nombre *Structure of Corporate Concentration*. Su conclusión, como recoge Donald Gibson, dio en el clavo: «Las instituciones financieras —las cuales o bien formaban parte del complejo Morgan-Rockefeller o bien estaban ampliamente relacionadas con él— son la fuerza dominante en la economía».

Tras estudiar dicho informe, Gibson escribió: «Entre el estamento directivo de Morgan hay personas que participan en las juntas de 31 de las 100 empresas más importantes. Citicorp está relacionado con 49 de las compañías más relevantes y Chase Manhattan, Chemical Bank y Metropolitan Life tienen representación de 24 de las compañías más destacadas. Éstos y un buen número de otros solapamientos entre las 100 compañías más importan-

tes constituyen una densa red de relaciones reforzadas a menudo por lazos forjados en clubes privados, educación académica, matrimonios y pertenencia a organizaciones como el CFR, Skull and Bones, Comisión Trilateral y el Business Council».

Gibson también señaló que, al menos dos instituciones de Morgan-Rockefeller se encontraban entre los seis accionistas más relevantes de AT&T, General Motors, Du Pont, Exxon, General Electric, IBM, United Technologies y Union Pacific.

Como con otras sociedades secretas, se aprecian muchas conexiones reveladoras entre los Skull and Bones y la CIA. Además de los ya mencionados Bush, Bundy y Bissell, otros Bones que se convirtieron en funcionarios de CIA son el director de personal F. Trubee Davison (La Orden, 1918); el jefe del Departamento de la CIA en Beirut, James Buckley (La Orden, 1944); el becario de Rhodes y director adjunto de Planificación Hugh Cunningham (La Orden, 1934); y el poeta Archibald MacLeish (La Orden, 1915) que ayudó a la Oficina de Servicios Estratégicos (la OSS) a formar a William Donovan para la CIA a finales de la década de 1940.

«Yale ha influido más sobre la Agencia Central de Inteligencia que ninguna otra universidad, confiriendo a la Agencia la atmósfera de una reunión de clase», afirmaba el profesor de Historia de Yale Gaddis Smith. Rosenbaum también aludió a este hecho al señalar que en la jerga de Yale se usa el término *spook* [«espía», «agente secreto»] para referirse a los miembros de una sociedad secreta; el mismo que se emplea en la CIA para designar a un agente secreto.

Pero la CIA es sólo una de las numerosas agencias gubernamentales de los Estados Unidos cuyos miembros son utilizados como agentes de transformación y control mediante docenas y docenas de organizaciones tapadera, fundaciones, gabinetes de estrategia y grupos de estudio creados y/o financiados por las sociedades secretas. Muchos investigadores sostienen que dichas organizaciones privadas, en realidad están creadas por miembros principales de las sociedades secretas.

Fundaciones sin ánimo de lucro y agencias «alfabéticas»

Hoy en día, sólo en Estados Unidos están en activo más de cuarenta mil fundaciones sin ánimo de lucro. La inmensa mayoría profesan las intenciones más loables, aunque muchas se ve que comparten los objetivos prioritarios de las sociedades secretas, a saber, el globalismo y los gobiernos centralizados.

En 1952, Norman Dodd, director de investigación de la House Select Committee to Investigate Foundations and Comparable Organizations, informó que el presidente de la Fundación Ford le había dicho abiertamente que «actuando bajo las directivas de la Casa Blanca» su fundación iba a «usar nuestro potencial para alterar nuestra vida en los Estados Unidos de modo que pudiéramos relacionarnos cómodamente con la Unión Soviética». Con el hundimiento del comunismo, el advenimiento de las Naciones Unidas y la OTAN, además de la firma de varios tratados económicos, parecería que este objetivo estuviera cerca de hacerse realidad.

Si echamos un vistazo a las pesquisas de varios autores sobre algunas organizaciones del pasado y actuales y sobre fundaciones relacionadas con los Skull and Bones, el CFR, la Comisión Trilateral, los Illuminati y otras sociedades secretas nos llevaremos algunas sorpresas. Por citar tan sólo algunas, nombraremos la Agency of International Development, American Civil Liberties Union, American Council of Race Relations, American Press Institute, Anti-Defamation League, Arab Bureau, Aspen Institute, Association of Humanistic Psychology, Battelle Memorial Institute, Center for Advance Studies in the Behavioral Sciences, Center for Constitutional Rights, Center for Cuban Studies, Center for Democratic Institutions, Christian Socialist League, Communist League, Environmental Fund, Fabian Society, Fundación Ford, Foundation for National Progress, German Marshall Fund, Hudson Institute, Institute for Pacific Relations, Institute on Drugs, Crime and Justice, International Institute for Strategic Studies, Mellon Institute, Metaphysical Society, Milner Group, Mont Pelerin

Society, National Association for the Advancement of Colored People, National Council of Churches, New World Foundation, Rand Institute, Stanford Research Institute, Tavistock Institute of Human Relations, Union of Concerned Scientists, International Red Cross y la YMCA (Young Men's Christian Association).

Por ejemplo, el Instituto Aspen, un «organismo global con influencia diplomática considerable», con casi 60 millones en activos netos, «actúa con regularidad como anfitrión de presidentes, primeros ministros, filósofos, hombres de Estado, consejeros, educadores, periodistas, artistas, activistas y un elenco de representantes de corporaciones que rivaliza con la lista de los 500 de la revista *Fortune*», escribe Paul Anderson en el *Aspen Times Weekly*. «Pese a su importancia nacional —incluso, internacional—, el Instituto sigue siendo un enigma para la mayoría de residentes locales y visitantes.»

Fue fundado en la década de 1940 como el Aspen Institut for Humanistic Studies, la referencia al humanismo se quitó en la década de 1970. Entre los fundadores estaban Walter Paepcke, un industrial de Chicago; Robert Maynard Hutchins, presidente de la Universidad de Chicago, controlada por los Rockefeller; Mortimer Adler, un filósofo; y un miembro del CFR y de Skull and Bones Henry Luce, el poderoso jefe de las publicaciones *Time* y *Life*. Todos esos hombres estaban relacionados estrechamente a la Universidad de Chicago, afiliada a la *Encyclopaedia Britannica*, Inc.

Después de una serie de acérrimas disputas con la población de Aspen sobre la expansión y el uso de la tierra, el Instituto continúa utilizando la tranquilidad de la atmósfera de Rocky Mountain para calmar a los asistentes a sus muchos seminarios influyentes y conferencias.

El Institute for Policy Studies (IPS), una organización paraguas que cobija a cientos de diversos grupos que representan tanto a la izquierda como a la derecha dentro del espectro político, está todavía activa en Washington. Es otro ejemplo de una organización vinculada a las sociedades secretas. El autor Coleman escribió: «el ISP ha modelado y remodelado las políticas de los Estados Unidos, nacionales e internacionales, desde que fue fundado por James P. Warburg y la rama Rothschild de los Estados

Unidos, apoyado por Bertrand Russell y los socialistas británicos a través de sus redes en América... Los objetivos del ISP proceden de un programa puesto sobre el tapete por la Mesa Redonda británica... siendo uno de los más destacados la creación de la "Nueva Izquierda" como un movimiento de bases en los Estados Unidos. El ISP tenía que engendrar conflictos y malestar y extender el caos como incendio incontrolado, hacer proliferar los "ideales" del socialismo nihilista del ala izquierda, apoyar el uso ilimitado de drogas de todos tipos y ser el "gran bate" con el cual golpear al sistema político de los Estados Unidos».

Según Coleman, los fundadores del ISP, Richard Barnett y Marcus Raskin controlaban elementos tan diversos como los Panteras Negras, Daniel Ellsberg, el directivo del Consejo de Seguridad Nacional Morton Halperin, los Weathermen, los Venceremos y el personal de la campaña del candidato George McGovern.

El autor S. Steven Powell afirmaba que un objetivo declarado del ISP era el «desmantelamiento de todas las instituciones políticas, económicas, sociales y culturales de los Estados Unidos». Tras una investigación extensiva justo antes de la caída del comunismo, concluyó: «Un metódico informe [de las actividades del ISP] revela que mucho de lo que el instituto hace, todos sus intentos y objetivos, sirven también a los intereses de la Unión Soviética... [El] ISP ha obtenido un éxito notable al promover un programa radical bajo la fachada de un centro de investigación erudito y liberal».

Según los investigadores, muchos de los fondos del ISP proceden de organizaciones relacionadas con el CFR, entre las cuales está la Rubin Foundation representada por el gabinete jurídico de Nueva York Lord, Day & Lord. La familia Lord cuenta con numerosos miembros en la lista de los Skull and Bones desde 1898. Winston Lord (La Orden, 1959), el antiguo secretario adjunto de Henry Kissinger, en 1893 fue presidente del CFR y más tarde embajador en China con el presidente Reagan.

El ubicuo y presidente durante mucho tiempo de la Fundación Ford McGeorge Bundy (miembro del CFR, de Skull and Bones, y consejero de Seguridad Nacional) fue quien presidió el incidente del Golfo de Tonkin que precipitó la guerra de Vietnam.

A mediados de la década de 1980, un movimiento a favor de reescribir la Constitución de Estados Unidos ganó fuerza en parte debido a la labor del Center of the Study of Democratic Institutions, que se creó gracias al dinero de la Fundación Ford. La iniciativa fracasó en medio de una gran oposición.

La visión de mundo que tenían los ricos fue transmitida a muchos estudiantes a través de grandes centros educativos como el London School of Economics and Political Science. Los fondos para la creación de esa escuela procedían de la Rockefeller Foundation, el Carnegie United Kingdom Trust Fund y otras instituciones relacionadas con J. P. Morgan & Company. Sydney James Webb, un miembro fundador de la Sociedad Fabiana, fundó esta prestigiosa escuela.

Creada en Londres en 1883, la Sociedad Fabiana era un grupo de socialistas evolucionistas que tomaron su nombre del general romano Fabio Cunctator, quien derrotó al gran ejército de Aníbal mediante una serie de ataques relámpago. Al evitar enfrentamientos frontales, Fabio pudo conquistar el poder a largo plazo. Los socialistas fabianos, cuyo objetivo era «la reorganización de la sociedad a partir de la emancipación de la tierra y el capital industrial de la propiedad individual y de clase», tomaron nota de las tácticas de Fabio.

De hecho, la cuestión de la táctica era la única diferencia entre los socialistas fabianos y los comunistas. Donde los comunistas deseaban establecer gobiernos socialistas a través de la revolución, los fabianos se contentaban con dirigirse lentamente hacia el socialismo a través de la propaganda y la legislación.

Una vez los fabianos fueron recriminados por sus métodos por parte de uno de sus miembros más relevantes, el autor H. G. Wells. En 1906 Wells dijo: «Encuentro en nuestra sociedad... un curioso concepto de astucia, algo como una creencia de que el mundo debe ser embaucado por el socialismo sin que lo sepa». Más que aceptar esa llamada a una mayor claridad, los fabianos ignoraron a Wells y continuaron con sus tácticas del sigilo y subterfugio.

Otros importantes fabianos fueron George Bernard Shaw y el economista inglés John Maynard Keynes, cuya «nueva econo-

mía» de un mayor endeudamiento y un control económico más ajustado por parte del gobierno era el sostén principal de la economía norteamericana hasta la llegada de los «Reaganomics» y una «Contrarreforma» instigadas por el economista Milton Friedman, de la Universidad de Chicago y sus teorías monetarias.

Después del fracaso en conseguir los ideales socialistas dentro de los partidos conservadores y liberales de Gran Bretaña, los fabianos formaron en 1906 el poderoso Partido Laborista británico.

A principios del siglo XX, el fundador de la Sociedad Fabiana, Webb reorganizó la Universidad de Londres en una federación de instituciones de enseñanza, redactando la Britain's Education Acts de 1902 y 1903, y fundó la London School of Economics.

Entre los estudiantes famosos de la London School of Economics cabe destacar a David Rockefeller, Joseph Kennedy hijo y su hermano más joven, el futuro presidente John F. Kennedy, Robert Kennedy hijo, el futuro senador Daniel Moynihan, el autor Zecharia Sitchin y el locutor Eric Sevareid.

Las agencias «alfabéticas» gubernamentales susceptibles de ser controladas por sociedades secretas no sólo incluyen a la Agencia Central de Inteligencia (CIA) sino también al Consejo de Seguridad Nacional (NCS), el Federal Bureau of Investigation (FBI), la National Security Agency (NSA), Defense Intelligence Agency (DIA), National Reconnaissance Office (NRO), Drug Enforcement Agency (DEA), Bureau of Alcohol, Tobacco and Firearms (BAFT), Internal Revenue Service (IRS), la Agencia Federal de Emergencias (FEMA), y muchas otras. Esas agencias son ellas mismas secretas, por razones de seguridad nacional, privilegio ejecutivo o la necesidad de proteger a informantes o documentación de casos criminales.

Un ejemplo importante del estrecho control del gobierno interior por parte de los miembros de las sociedades secretas pueda encontrarse en el Consejo de la Seguridad Nacional que, desde su creación mediante la National Security Act de 1947, ha dominado las decisiones políticas norteamericanas incluidas aquellas que han conllevado el uso de la fuerza armada. La mayoría de los norteamericanos no tienen ni idea de quiénes forman parte

de la poderosa NSC. Probablemente les sorprendería saber que los miembros principales del consejo, como son el presidente, el vicepresidente y los secretarios de Estado y de Defensa, son puestos predominantemente ocupados por miembros del CFR o de la Comisión Trilateral a lo largo del siglo XX.

Si los más altos cargos del gobierno y los negocios están controlados por las sociedades secretas, como sostiene la mayoría de los escritores que han investigado sobre este tema, entonces las actividades de las sumisas agencias y divisiones deben de ser de poca monta. Los burócratas del gobierno —trabajadores honestos y bienintencionados para la mayoría de la gente— simplemente siguen órdenes y políticas impuestas por sus superiores. Muchos empleados gubernamentales han perdido o renunciado a sus puestos de trabajo al enfrentarse a directivas que desconcertaron y dejaron perplejos a aquellos que no están al tanto de los secretos internos.

Hoy en día muchas personas creen que un mismo grupo reducido de hombres y mujeres junto con sus amigos y asociados, no sólo manipulan muchas de las cuestiones más importantes del mundo sino que también controlan las fundaciones sin ánimo de lucro. Esas personas se relacionan unas con otras a través de una gran variedad de medios —negocios y políticas internacionales, conferencias, reuniones sociales, fundaciones, etc.— y constituyen un grupo cohesionado. Ese grupo ha sido llamado de muchas maneras: el Nuevo Orden Mundial, el Comité de los 300, los Illuminati, la Hermandad Secreta o, a menudo, simplemente «ellos». Más de un autor ha sugerido incluso que esas personas son guiadas o controladas por inteligencias no humanas, descritas como «guardianes de prisiones» o los «custodios».

«Hasta comienzos del siglo XX, ese plan para un Nuevo Orden Planetario radicaba en la masonería, entonces la masonería de los Illuminati, pero con el advenimiento de los grupos de la Mesa Redonda —que todavía existe hoy— y sus hermanos norteamericanos, el CFR, el fuego de la antorcha ha sido transmitido de siglo a siglo», escribió el periodista William T. Still.

Representando «el conservadurismo compasivo», George W. Bush, el hijo mayor del ex presidente y director de la CIA que

pertenecía a todas las sociedades secretas mencionadas, fue el candidato republicano a las elecciones de 2000. El vicepresidente de Clinton y miembro del CFR, Al Gore, lideraba un conflictivo grupo de demócratas. Antes de presentarse, Gore había solicitado consejo de las figuras principales de Wall Street.

Una vez más, el electorado estadounidense tenía que elegir entre un Bush apoyado por los globalistas o un Gore apoyado por los globalistas. Obviamente, los globalistas serían los vencedores fueran cuales fuesen los resultados electorales.

A finales de 1999, el globalismo sufrió un ligero revés cuando más de sesenta mil manifestantes, una extraña mezcla de unionistas, ecologistas y constitucionalistas estrictos, protestaron contra la pérdida de soberanía de los Estados Unidos y de puestos de trabajo durante un encuentro de la Organización del Comercio Mundial (en inglés *World Trade Organization*, WTO), en Seattle. Como era de esperar, los medios de comunicación controlados por las corporaciones dieron noticia como la protesta de un grupo de rebeldes, aunque otras informaciones afirmaban que el problema había comenzado sólo después de que la policía fuertemente armada, arremetiera contra los participantes y les arrojara gases.

El controvertido Acuerdo general sobre Aranceles y Comercio (en inglés, *General Agreement on Tariffs and Trade*, GATT), promulgado en 1995, era visto ampliamente como nada más que un vehículo para fomentar el objetivo de los bilderberger de eliminar todas las barreras comerciales. Argumentando que el comercio libre «disuelve las viejas nacionalidades» y «acelera la revolución social», Karl Marx proclamó en 1948: «estoy a favor del comercio libre».

A medida que el objetivo de un Nuevo Orden Mundial está cada vez más cerca de convertirse en una realidad, autores e investigadores que sospechan del papel de las sociedades secretas y de sus patrocinadores financieros en el gobierno, los negocios y fundaciones, se encuentran frente a un desalentador laberinto de obstáculos al intentar hacer llegar la historia a la opinión pública. La mayoría de los editores no publican sus textos y las agencias de noticias no aceptan o difunden las historias, y a menudo

ridiculizan a estos escritores tildándolos de «alarmistas» y de «teóricos de la conspiración». De vez en cuando, se dan incluso amenazas contra los investigadores que ahondan sobre la cuestión.

Hay noticias para nosotros

Pese a que los medios de comunicación no actúan en secreto, su estructura interna y sus operaciones siguen siendo un misterio para la mayoría de los ciudadanos. Y su influencia no puede ser subestimada.

Durante todo 1998, nadie pudo informarse a fondo sobre la transferencia de la administración Clinton de tecnología nuclear a China, o sobre la aprobación presidencial de cuestionables órdenes ejecutivas tales como la ampliación de la zona internacional a lo largo de la frontera del sur de los Estados Unidos a más de 240 km. Los medios de comunicación mantenían la atención del público desviada hacia los escarceos sexuales de Clinton.

«Los medios de comunicación no siempre son capaces de decirnos qué tenemos que pensar, pero son extraordinariamente hábiles para decirnos sobre qué tenemos que pensar», afirma el crítico de la prensa Michael Parenti.

Mucha gente se queja de que los principales medios de comunicación son superficiales, conformistas y subjetivos en su selección de noticias. Una encuesta reciente del Pew Research Center decía que el 60 por ciento de los encuestados creía que las noticias que difundían los medios eran inexactas e imprecisas. Un estudio llevado a cabo por la publicación del sector *Editor & Publisher*, mostraba que los propios periodistas estaban de acuerdo con esa conclusión. Casi la mitad de sus miembros expresaron su creencia de que la cobertura informativa es superficial e inadecuada.

El propósito de los medios de comunicación, según los críticos de los mismos, no es decir las cosas como son, sino más bien explicarlas como sus propietarios quieren que sean. Parenti escribió que la función principal de la prensa es «recrear continuamente una visión de la realidad que justifique la existencia de una

clase de poder económica y social». Esta perspectiva desviada queda claramente de relieve en los términos empleados en noticias que tienen que ver con «conflictos laborales» —nunca son «conflictos empresariales»—. Señaló Parenti que la empresa siempre hace «ofertas» mientras que los sectores laborales sólo plantean «demandas».

«Mucho de lo que se difunde como noticia» es poco más que una transmisión acrítica de opiniones oficiales a un público confiado», escribe Parenti. «Lo que [los periodistas] hacen pasar como objetividad, es sólo un tipo de neutralidad sin sentido», dice por su parte el periodista Britt Hume, que añade que los periodistas «no deberían intentar ser objetivos, sino intentar ser honestos».

Por otra parte, el poder de los medios combinados es abrumador. Un estudio de 1994 realizado por Veronis, Suhler & Associates revelaba que el norteamericano medio pasa más de cuatro horas al día viendo televisión, tres horas escuchando la radio, cuarenta y ocho minutos escuchando música grabada, veintiocho minutos leyendo periódicos, diecisiete minutos leyendo libros y catorce minutos leyendo revistas.

La consolidación del poder de los media que producen esos productos de consumo se ha acelerado tremendamente en la década de 1990, convirtiendo medios informativos antes prestigiosos en poco más que sistemas de distribución de publicidad. E incluso éstos están menguando en número. Ben Bagdikian, ex decano de la Facultad de Periodismo de la Universidad de California, en Berkeley, informaba de que, en 1982, cincuenta corporaciones controlaban la mayoría de los medios de comunicación de los Estados Unidos. En enero de 1990, esa cifra se había reducido a veintitrés. A finales de 1997, ese número había descendido hasta diez.

Según la Standard and Poor's Industry Surveys —que publica los *top ten* de los media— (desde la más poderosa a la menos) el orden sería Time-Warner (revistas, radio/TV, cable); Walt Disney Co. (periódicos, revistas, radio/TV, cable); Tele-Communications Inc. (cable); News Corp. (periódicos, radio/TV, cable); CBS Corp. (radio/TV, cable, otros); General Electric (radio/TV, cable); Gannett Co. (periódicos, radio/TV, cable); Advance Publications (pe-

riódicos, revistas); Cox Enterprises (periódicos, radio/TV, cable) y New York Times Co. (periódicos, revistas, radio/TV).

Esas diez compañías obtienen unos ingresos brutos anuales mayores que los de las siguientes quince más grandes compañías sumados.

Durante la década de 1990, «las empresas de telecomunicaciones se vieron obligadas a asociarse de la manera más dramática y visible para crear alianzas corporativas y así consolidarse», escribía el autor Greider en *One World, Ready or Not*. «AT&T, Time Warner, TCI, MCI, Ameritech and Nynex, CBS, ABC, Disney y muchas otras; las ventas superpuestas fueron sorprendentes cuando las firmas norteamericanas se dedicaron a cohesionar el poder del mercado y los activos tecnológicos en cable y sistemas tecnológicos, emisiones, cinematografía, editoriales y otros medios, mientras simultáneamente se agenciaban socios del mundo de la telecomunicación en el extranjero. Los consumidores norteamericanos aportarían el capital necesario para sostener esos nuevos enormes conglomerados mediante las desproporcionadas (y no regularizadas) tarifas que pagaban a las empresas de cable y a las compañías telefónicas. Los vencedores, estaba claro, serían un puñado de poderosos medios de comunicación combinados y de cable, tan dominantes como lo fueron los ferrocarriles y los trusts del petróleo en la década de 1890».

Los veteranos de la segunda guerra mundial debieron estremecerse al saber que, con la adquisición en julio de 1998 de la editorial Random House, la empresa alemana Bertelmann A. G. se convertía en la mayor editorial de habla inglesa del mundo. En la actualidad, esta compañía controla más de veinte editoriales de las más importantes, entre las que se encuentran: Ballantine, Bantam, Crown, Del Ray, Delacorte Press, Broadway Books, Dell, Dial, Doubleday, Fawcett, Harmony, Laurel, Pantheon, Princeton Review y Time Books. Además de esta presencia editorial, en octubre de 1998, Bertelmann, cuya sede principal se halla en la casa natal de Mayer Rothschild, en Frankfurt, compró un 50 por ciento de barnesandnoble.com, un sitio de Internet donde se venden libros.

Junto a la consolidación de propiedades, es decir, la agrupa-

ción de las mismas en grandes grupos centralizados, hay un número decreciente de compañías distribuidoras, que son críticas respecto a la diseminación de información. Los editores de *Standard & Poor* afirmaban que, en 1996, los problemas de distribución causados por la consolidación de antiguos distribuidores independientes en grupos centralizados, «interrumpieron las entregas y las relaciones con los comerciantes al por menor... cancelar, perder o entregar con demora los pedidos eran hechos cotidianos». Los escritores se han estado quejando durante años de que los libros sobre temas controvertidos siempre parecen encontrar problemas de distribución o de publicidad. Con unas ochocientas nuevas revistas cada año sumadas a las 18.000 más o menos ya existentes (la mayoría fracasan el primer año), es fácil de entender la importancia de la distribución.

Los principales bancos tienen cada vez menos participación en los activos financieros del constantemente decreciente número de corporaciones de medios, las cuales están en cambio cada vez más controladas por miembros de sociedades secretas. «A través de los grupos que marcan las políticas a seguir, como el CFR y las Mesas Redondas, ellos manejan el barco del Estado en la dirección para ellos financieramente ventajosa», escribieron Martin A. Lee y Norman Solomon en 1990. «Todos, tanto GE, CapCities, CBS, como el *New York Times* y el *Washington Post* tienen miembros de sus estamentos directivos en el CFR.» Poco ha cambiado hoy en día. Si echamos un somero vistazo a la edición de 1998 de *Standard & Poor's Corporation Records*, vemos que varios miembros del CFR y la Comisión Trilateral ocupaban cargos directivos en las mayores empresas de comunicación.

Los propietarios de estas corporaciones están estrechamente vinculados a miembros de las sociedades secretas —muchos de los cuales están empleados en los medios de comunicación— lo que puede ser la razón de que no se informe de los encuentros del Club Bilderberg, la Comisión Trilateral y de CFR, actuando los media como «perros guardianes» de los mismos. De hecho, las listas de miembros de esas sociedades secretas se lee como un «quién es quién» de los medios de comunicación.

Algunos de los componentes de esa lista, tanto del pasado

como del presente, serían Laurence A. Tisch y William Paley de CBS; John F. Welch hijo de NBC; Thomas S. Murphy de ABC; Robert McNeil; Jim Lehrer; Hodding Carter III y Daniel Schorr de Public Broadcast Service; Katherine Graham, Harold Anderson y Stanley Swinton de Associated Press; Michael Posner de Reuters; John Ganz-Cooney de Children's TV Workshop (*Barrio Sésamo*); W. Thomas Johnson de la CNN; David Gergen de *U.S. News & World Report*; Richard Gelb, William Scranton, Cyrus Vance, A. M. Rosenthal y Harrison Salisbury del *New York Times*; Ralph Davidson, Henry Grunwald, Sol Linowitz y Strobe Talbott de *Time*; Robert Christopher y Phillip Geyelin de *Newsweek*; Katherine Graham, Leonard Downie hijo y Stephen S. Rosenfeld del *Washington Post*; Arnaud de Borchgrave del *Washington Times*; Richard Wood, Robert Bartley y Karen House del *Wall Street Journal*; William F. Buckley hijo de *National Review*; y George V. Grune y William G. Bowen de *Reader's Digest*.

Entre algunos de los periodistas y columnistas famosos que son miembros del CFR y/o de la Comisión Trilateral están Dan Rather, Bill Moyers, C. C. Collinwood, Diana Sawyer, David Brinkley, Ted Koppel, Barbara Walters, John Chancellor, Marvin Kalb, Daniel Schorr, Joseph Kraft, James Reston, Max Frankel, David Halberstram, Harrison Salisbury, A. Ochs Sulzberger, Sol Linowitz, Nicholas Katzenbach, George Will, Tom Brokaw, Robert McNeil, David Gergen, Mortimer Zuckerman, Georgie Ann Geyer, Ben J. Wattenberg y muchos otros. No es extraño que muchos investigadores vean una conspiración de silencio en ese grupo de informadores.

También hay organismos que protegen a los consumidores de los medios de comunicación, como Accuracy in Media (AIM). Muchas personas suponen que estos grupos velan por los intereses de los ciudadanos.

No el escritor Michel Collins Piper, quien, en 1990, publicó que el fundador de AIM, Reed Irving, habían cobrado 37.000 dólares al año como «asesor para la división de finanzas internacionales» del Sistema de la Reserva Federal. Señalaba asimismo que muchos miembros del Fed también pertenecen a las socie-

dades secretas; Piper escribía: «hasta el día de hoy, Irving y AIM nunca tocan ningún tema sensible para los intereses del establishment internacional: ya sea el Club Bilderberg, la Comisión Trilateral, el CFR a quien pertenece verdaderamente la propiedad privada de la Reserva Federal».

También hay puntos de atasco dentro del flujo de información, como por ejemplo la sección internacional de Associated Press de Nueva York, donde una persona decide qué noticias de fuera de los Estados Unidos se incluyen en la agencia de noticias. Es importante entender que el verdadero control de los medios de comunicación no se ejerce directamente sobre los miles de redactores que trabajan duro cada día, los periodistas y los directores de prensa a lo largo de los Estados Unidos, sino que se trata más bien de un control sobre la distribución de la información.

Existe una tremenda presión creada por el miedo a la seguridad del trabajo y la pérdida de fuentes. Muchos columnistas norteamericanos deben confiar en fuentes internas para proporcionar información. Mucha de esa información la obtienen de fuentes gubernamentales, que se secarían si publicaran la historia equivocada. Incluso los periodistas más duros deben andarse con cuidado si quieren mantener sus fuentes internas.

La propiedad cada vez más concentrada de los medios de comunicación ha supuesto que la objetividad de las noticias, durante mucho tiempo vista como un servicio público, se esfume en favor de los beneficios basados en la audiencia. En la época del asesinato de JFK, los departamentos de noticias de las tres cadenas más importantes de televisión (ABC, CBS y NBC), estaban subvencionados con fondos públicos. Hoy, esos mismos departamentos están financiados por patrocinadores en función de la audiencia. Las noticias hoy son «una especie de artículo de consumo o de mercado, ya no una profesión sagrada», comenta el ex corresponsal de la CBS Daniel Schorr. «Hoy ya no importa. Se trata de hacer dinero y puedes mandar al infierno el servicio público».

El veterano periodista Walter Cronkite está de acuerdo. En una entrevista, dijo que el estado actual del periodismo televi-

sivo era «desastroso y peligroso» y deploró «la exigencia de desproporcionados beneficios por parte de los accionistas. Pedirnos un beneficio similar al del área de entretenimiento, ha hecho que todos estemos pagando las consecuencias».

«Reto a cualquier telespectador a que distinga entre [el presentador de talk show] Jerry Springer, los tres nuevos presentadores de los informativos de la tarde y la CNN», comentó el corresponsal del programa *60 minutes* Morley Safer.

Los perros guardianes de los medios de comunicación de los Estados Unidos, como les gusta denominarse, se parecen más a perros falderos de los propietarios de las corporaciones. Esa otra función podría explicar por qué seis de los diez «reportajes censurados» más notorios de 1995, según dijo la agencia de noticias Altnet, eran sobre asuntos tales como el monopolio de las telecomunicaciones, el empeoramiento de la situación laboral de los niños, el incremento en el gasto estatal en armas nucleares, el fraude de las farmacéuticas, las batallas de las industrias químicas por subvertir las leyes sobre medio ambiente y las promesas rotas del Acuerdo de Libre Comercio.

Estas noticias no consiguieron llegar al público general porque, según apunta Greider, «cualquier persona que ose cuestionar el mantra de la ortodoxia económica será severamente castigado por la prensa y los intereses multinacionales».

Resulta especialmente intrigante que ninguno de los «perros guardianes» de los media más importantes de los Estados Unidos muestre interés en determinar quién controla los medios y la nación. Una explicación para esa falta de celo investigador se puede encontrar en la siguiente anécdota. En 1990, un periodista de la NBC-TV entrevistó a Todd Putnam, editor del *National Boycott News*. El entrevistador le preguntó por «el mayor boicot que haya en curso en este momento». Putnam replicó: «El mayor boicot del país es contra la General Electric». A lo que el periodista de la NBC objetó inmediatamente: «No podemos emitir eso... Bueno, podríamos hacerlo, pero no lo haremos». En 1986, General Electric había comprado la NBC.

Comentario

Llegados a este punto, pocas objeciones pueden hacerse a la realidad de las sociedades secretas en nuestros días. La existencia de grupos como la Comisión Trilateral, el CFR y el Club Bilderberg está suficientemente documentada. La única duda que podemos albergar es el alcance de su dominio y la manipulación que pueden ejercer sobre los acontecimientos mundiales más relevantes.

Asimismo, no hay atisbo de duda sobre que miembros de estas sociedades ejercen un control desmedido sobre las corporaciones y los bancos más importantes del mundo. Estas corporaciones, a su vez, controlan las materias primas, la energía, el transporte, los fármacos, la agricultura, las telecomunicaciones y el ocio; en otras palabras, los puntales del mundo moderno.

También alimentan sin cesar el núcleo central de funcionarios del gobierno. Estos funcionarios con frecuencia ponen en práctica las políticas exactas que las sociedades han urdido y deseado.

Estas sociedades mantienen una influencia considerable sobre las elecciones nacionales y la política, sin embargo parecen extrañamente inmunes a cualquier investigación, ya sea por iniciativa del gobierno o de los medios de comunicación. Desde sus orígenes, en 1913, nunca se ha realizado una auditoría externa y objetiva del Sistema de la Reserva Federal, a pesar de los periódicos llamamientos para emprenderla. Lo mismo se puede decir de las poderosas fundaciones privadas, que dirigen en gran parte la ciencia y la cultura moderna.

Si tenemos todo esto en cuenta, los hechos nos sugieren que el propósito último de estas sociedades secretas es hacer realidad un gobierno mundial con el control social centralizado correspondiente y la pérdida de soberanía nacional. Estos objetivos se están convirtiendo en una realidad palpable próxima a su consecución, en gran parte a través del control corporativo y financiero creciente sobre los gobiernos y la economía.

Samuel Berger, asesor de seguridad nacional de Clinton y asistente habitual a los encuentros del Club Bilderberg, reveló las previsiones del Club en una reunión reciente que se desarrolló en la Brookings Institution cuando dijo: «La globalización —el proceso acelerado de integración económica, tecnológica, cultural y política— no es una opción. Es un hecho real y en aumento. Una transformación cuyo advenimiento es inexorable, con o sin nuestra aprobación. Algo de lo que desconocemos los peligros».

Nadie desdeña esta realidad. Más bien todo lo contrario. Los investigadores sobre la conspiración buscan un diálogo más abierto acerca de esta materia. Son los medios de comunicación más influyentes los que rehúyen este tema.

Puede ser que el gobierno global sea deseable y, desde luego, parece inevitable. Lo que no es nada nuevo. La dominación mundial ha estado en el punto de mira del hombre desde antes de Alejandro Magno. Entonces ¿por qué tanto silencio rodea hoy este tema?

La pregunta sobre si el plan para un gobierno mundial es o no una conspiración siniestra para subyugar a la población o simplemente un intento de facilitar un paso evolutivo natural, está aún por contestar; por lo que se ve con poca o ninguna ayuda de los medios de comunicación.

Pero una cosa está absolutamente clara. Es evidente que el globalismo o el gobierno mundial único o el Nuevo Orden Mundial no es simplemente fruto de la imaginación de los teóricos de la conspiración o de paranoicos sino, más bien, el objetivo de las hermandades secretas, organizaciones y grupos que, todos ellos, conservan la huella de las viejas órdenes de la francmasonería, las Mesas Redondas y los Illuminati, que serán abordados con mayor detenimiento más adelante.

El reconocimiento de que existe una élite dirigente dominante, por parte de expertos eruditos como Quigley y todos los demás citados en este libro, unido a las sospechas de tantos otros sobre la existencia de un control secreto, ha creado un clima en el que el ciudadano siente que controla cada vez menos el destino de la nación y el suyo propio.

No es necesario creer en este tipo de conspiraciones generalizadas. Basta con saber que otros sí lo creen y actúan en consecuencia. Para comprender el mundo que nos rodea, y descartar la paranoia destructiva o la fe ingenua debemos estudiar la gran variedad de indicios existente.

Las pruebas apuntan con claridad a unos propósitos comunes por parte de los miembros de las sociedades secretas y a que esos miembros, sus parientes, asociados y mercenarios están estrechamente interrelacionados.

Está fuera de toda duda que esas lumbreras de las sociedades secretas modernas —gente relacionada por sangre, mediante matrimonios o asociaciones de carácter social y de negocios— están al mando de las corporaciones internacionales que dominan la mayor parte de la vida moderna mediante su poder sobre los negocios, la publicidad, el gobierno y los medios de comunicación. Han controlado la escena desde los días de Mayer y Nathan Rothschild, Cecil Rhodes y Alfred Milner, J. P. Morgan y John D. Rockefeller.

Y a sus sociedades se les puede seguir la pista hasta las tempranas organizaciones secretas, lo que permite reconstruir una cadena conspirativa a través de la historia. Parecen seguir un plan elaborado y articulado muchos años atrás. Este plan, una extensión de los objetivos de los Illuminati y la francmasonería, tuvo su expresión en las Mesas Redondas del masón Cecil Rhodes. Los miembros «iluminados» del Royal Institute of International Affairs, el Council of Foreign Relations, la Comisión Trilateral y sus numerosas fundaciones y trusts han proseguido su labor. Estas hermandades incestuosas han hecho también un amplio uso de las agencias secretas de inteligencia británica y norteamericana para promover sus planes.

Todo esto nos lleva a formularnos varias preguntas. Si el CFR, la Comisión Trilateral y el Club Bilderberg son simplemente gente inocente y bien intencionada que trabaja para conseguir un mundo pacífico y próspero, como ellos reivindican, entonces ¿para qué tanto secretismo? ¿Por qué todas esas organizaciones tapadera, algunas de las cuales son antítesis unas de las otras? ¿Por qué recelan de la atención pública?

Lo que nos lleva a una única pregunta más importante: Si ellos crean realmente un gobierno mundial único centralizado, ¿qué evitará que un tirano, como Hitler, tome el control?

El secretismo es la clave. Cualquier actividad honorable y justificada debería ser capaz de resistir la luz del escrutinio público. Si los secretos de estas sociedades se ponen al descubierto el mundo será capaz de juzgar por sí mismo el mérito de sus objetivos y propósitos.

Hasta ese momento, el investigador diligente debe examinar cuidadosamente los documentos históricos en busca de las claves que probarán o refutarán la implicación de las sociedades secretas en los acontecimientos mundiales, y de las huellas reveladoras de la conspiración.

SEGUNDA PARTE

Las huellas de la conspiración

La guerra es una estafa... La guerra es en gran medida una cuestión de dinero. Los banqueros prestan dinero a los países extranjeros y, cuando éstos no pueden devolverlo, el presidente manda a los marines para que lo invadan.

El marine general de división
Smedley D. Butler (1881-1940)

Los autores que escriben sobre la conspiración, han acusado a los miembros de las sociedades secretas de utilizar su antorcha de poder e influencia para encender el fuego de la guerra. Han sido acusados de fomentar la Guerra Fría, dos guerras mundiales, las revoluciones americana, francesa y rusa y muchos otros innumerables conflictos y revueltas. También afirman que esos manejos ocultos se remontan hasta las organizaciones secretas del pasado.

Un estudio minucioso de la historia revela las huellas de las sociedades secretas a través de la historia de la guerra.

De todas las actividades humanas, la guerra, por sí sola, ofrece el mayor potencial para la obtención de beneficios —ya sea por los materiales utilizados en la misma o por los créditos que se conceden para producirlos—. Y aún hay más razones de peso, como sería la necesidad de distraer a la opinión pública de los quehaceres domésticos o los programas ocultos de sus gobernantes.

«El capitalismo norteamericano necesita de la rivalidad internacional —y las guerras periódicas— para crear una comunidad artificial de intereses entre ricos y pobres suplantando de esta manera la comunidad genuina de intereses entre los pobres,

que se va manifestando periódicamente a lo largo de la historia», ha escrito el profesor de historia Howard Zinn.

Este punto de vista ha sido formulado en detalle en el controvertido estudio de 1966 sobre la paz y la guerra llamado «Iron Mountain».

El Informe Iron Mountain

El estudio que dio lugar al Informe Iron Mountain se inició en 1961 con funcionarios de la administración Kennedy tales como McGeorge Bundy (CFR, Bilderberg y Skull and Bones), Robert McNamara (Trilateralista, CFR y Bilderberg) y Dean Rusk (CFR y Bilderberg). Habida cuenta del objetivo de Kennedy de acabar con la Guerra Fría, estos funcionarios se mostraron preocupados por la inexistencia de alguna planificación de paz a largo plazo.

A principios de 1963 se conformó un grupo especial de investigación, como una suerte de gabinete de expertos gubernamental, algo así como los análisis de los Rand and Hudson Institutes sobre la guerra, para estudiar los hipotéticos problemas de la paz.

Los quince miembros del grupo no han sido nunca identificados públicamente pero se dice que eran prestigiosos historiadores, economistas, sociólogos, psicólogos, científicos e incluso un astrónomo y un industrial. El grupo se reunía una vez al mes en diversas localidades del territorio de los Estados Unidos.

Pero los encuentros más importantes se llevaron a cabo en Iron Mountain, un enorme «refugio nuclear» corporativo subterráneo cerca de Hudson (Nueva York), sede de la Hudson Institution, conocida ampliamente como un gabinete consultivo del CFR. En este lugar, para un caso de ataque nuclear, tenían oficinas la Standard Oil de Nueva Jersey, controlada por Rockefeller, el banco de los Morgan, el Manufacturers Hanover Trust y la Dutch Shell Oil, entonces presidida por el fundador del Club Bilderberg, príncipe Bernhard de Holanda.

Una copia del Informe Iron Mountain fue filtrada a la prensa por una persona identificada solamente como «John Doe», un

profesor universitario del Medio Oeste que afirmaba haber formado parte del grupo. Fue publicado en el *Dial Press* en 1967. John Doe le dijo al editor, que a pesar de que coincidía con las conclusiones del estudio, estaba en desacuerdo con la decisión del grupo de ocultar su trabajo a un público «ajeno a las exigentes responsabilidades en materia política y militar». Él creía que la opinión pública norteamericana, cuyos impuestos pagaban ese informe, tenía derecho a conocer sus inquietantes conclusiones, mientras que sus colegas de la comisión temían que «con la publicación prematura del mismo cabía esperar la posibilidad de un claro y predecible peligro de crisis de confianza».

A lo largo de los años, el Informe Iron Mountain ha tenido muy poca o ninguna publicidad, y ciertos miembros del gobierno y los medios de comunicación han hecho caso omiso de él como si de una broma o una sátira se tratara. Pero el *Dial Press*, que publicó este trabajo, no recibió ningún tipo de desmentido, y el tono serio y erudito del estudio, junto con su enfoque global y macro-analítico descartó que se tratara de una falsificación.

Se trata de un asombroso documento, escrito a comienzos de nuestra experiencia nacional en Vietnam, y casi con toda seguridad refleja el elitista punto de vista de aquellos que encargaron el estudio.

John Doe dijo que los «chicos de Iron Mountain», como se llamaban a sí mismos, llevaron a cabo un estudio informal y destinado sólo a uso interno, por lo que no sufrió las restricciones habituales por parte del gobierno. Presentaron su informe en marzo de 1966.

Según el informe, «la guerra en sí misma es la base del sistema social. A partir de ahí, se construyen otros modos secundarios de organización social, están en conflicto o conspiran. Es el sistema que ha gobernado la mayoría de sociedades humanas a lo largo de la historia, como sigue haciéndolo». Los autores del informe consideraban la guerra igualmente necesaria y deseable por ser la «principal fuerza estructuradora» así como «el estabilizador económico esencial de las sociedades modernas».

Expresaron su preocupación de que, a causa de un «liderazgo ambiguo», la «clase administrativa dirigente» pudiera perder su

capacidad para «llevar a cabo una guerra deseable», provocando en consecuencia «el desmantelamiento de las instituciones militares», una eventualidad que sería «catastrófica», según los autores.

Y los autores del informe concluyen: «Ante eso, debemos afirmar con todas nuestras fuerzas, que de la guerra como sistema no se puede prescindir tan fácilmente hasta que 1) decidamos, con total precisión, con qué sistemas de control social planeamos sustituirla y que 2) estemos convencidos, más allá de cualquier duda razonable, de que esas instituciones suplentes cumplirán sus propósitos...».

Es aún más significativa la siguiente declaración del informe: «La supresión de la guerra implica la inevitable eliminación de la soberanía nacional y la tradicional nación-estado» y añade: «La posibilidad de guerra proporciona el sentido de necesidad externa sin el cual ningún gobierno puede mantenerse en el poder mucho tiempo... La autoridad básica de un Estado moderno sobre sus ciudadanos reside en su potencial bélico.»

El informe sigue diciendo que la guerra «ha servido como última gran salvaguarda contra la eliminación de las necesarias clases sociales... leñadores e ingenieros» y que el conflicto armado permite controlar las «esenciales relaciones entre clases».

Sus autores atribúan a las instituciones militares la capacidad de incorporar «elementos antisociales y darles un papel aceptable en la estructura social (...). No es difícil visualizar, por el ejemplo, el grado de ruptura social que se hubiera producido en los Estados Unidos durante las dos últimas décadas si el problema de la disgregación social del período subsiguiente a la segunda guerra mundial no hubiera sido previsto y afrontado con eficacia». El informe también concluye sobre esta materia que «los más jóvenes y los más peligrosos de los grupos sociales hostiles han sido mantenidos bajo control gracias al Sistema de Servicio Selectivo». En el pasado, a los delincuentes juveniles se les solía dar la opción de ir a la prisión o al ejército.

El informe sugiere qué se puede hacer con los «económica y culturalmente necesitados». «Un posible sustituto para el control ejercido gracias a los enemigos potenciales de la sociedad, es la reintroducción de la esclavitud mediante la moderna tecnolo-

gía y la política (...). El desarrollo de esta forma sofisticada de esclavitud es un prerrequisito ineludible para el control social en un mundo en paz.» Tal vez se estuvieran refiriendo a la creciente práctica de trabajos forzados que practican las empresas privadas o tal vez a los «asalariados», personas atrapadas en créditos que no tienen más opción que seguir trabajando por un sueldo en empleos insatisfactorios.

Resulta muy interesante comparar las recomendaciones del Informe con la vida actual en los Estados Unidos. Los chicos de Iron Mountain propugnaron estos posibles sustitutos de las «funciones de la guerra».

— Un programa de asistencia social completa (seguridad social).

— Un programa de investigación espacial enorme e indefinido dirigido hacia objetivos inalcanzables (misiones a Júpiter, etc.).

— Un sistema permanente, ritualizado y elaborado al detalle de inspección de desarme (como los de Irak y Bosnia).

— Una fuerza policial internacional omnipresente y, prácticamente, omnipotente (unas fuerzas de paz de Naciones Unidas como las instaladas en el golfo Pérsico o en los Balcanes).

— Una asentada y reconocida amenaza exterior (extraterrestres y abducciones alienígenas).

— Una contaminación masiva del planeta.

— Unos enemigos ficticios que se suceden en el tiempo (Saddam Hussein, Muammar Quaddafi, Slobodan Milosevic y cualquier otro que les siga).

— Unos programas por lo general derivados del modelo de los Cuerpos de Paz (los Batallones de Trabajo, la Volunteers in Service to America).

— Una moderna y sofisticada forma de esclavitud (mencionada anteriormente).

— Nuevas religiones u otras mitologías (teologías New Age, cultos, etc.).

— Juegos violentos dirigidos a las masas (la Liga Nacional de Fútbol, el Campeonato de Lucha Libre).

— Un programa completo de eugenesia (aborto y control de natalidad).

Los autores admitieron que los «enemigos alternativos» podrían parecer inverosímiles, pero subrayaron que «se *debían* encontrar» (énfasis en el original) o, más probablemente que, «una amenaza de este tipo no quedará más remedio que inventarla».

Finalmente, el Grupo Especial de Estudio Iron Mountain propuso el establecimiento por mandato presidencial de una «Agencia de investigaciones de paz y guerra» permanente y totalmente secreta, organizada «según las directrices del Consejo de Seguridad Nacional (fuera de la esfera del Congreso, los medios de comunicación y la población)», a la que se suministrarían «fondos ilimitados» y «responsable sólo ante el presidente». El propósito de esta agencia sería la «investigación de la paz» e incluiría la creación de los sustitutos a las funciones de la guerra antes mencionados y el «derecho ilimitado a ocultar toda información sobre sus actividades a todo el mundo excepto al presidente, a pesar de que esta información secreta sea juzgada de interés público».

Nadie parece saber —o desea contar— si esta sociedad secreta ha sido tomada en consideración o creada. Independientemente que lo fuera o no, el tono de la propuesta es decididamente conspirativo y fue elaborada por hombres conectados con las sociedades secretas cuyos objetivos de clase están suficientemente reflejados en el informe. Estos mismos hombres fueron responsables de la implicación de los Estados Unidos en Vietnam en la década de 1960 y 1970 y su espíritu estuvo detrás del intento de fomentar la guerra en Nicaragua en la década de 1980, así como de los conflictos en Oriente Medio y en los Balcanes en la década de 1990.

«En términos humanos, es un documento ultrajante», comentó Leonard C. Lewin, quien publicó el informe. «Y explica, o desde luego, parece explicar aspectos de la política de los Estados Unidos de otra forma incomprensibles para los estándares ordinarios de sentido común.»

A pesar de este estudio sobre la «paz», a medida que la Guerra Fría se iba desvaneciendo, a principios de 1990, se aproximaba

una guerra moderna a mayor escala, a priori «incomprensible», que favorecería los propósitos de aquellos miembros de las sociedades secretas que buscan un provecho de las hostilidades: la guerra del golfo Pérsico.

El golfo Pérsico

La victoria de la Coalición en la guerra del golfo Pérsico de 1991 fue ampliamente pregonada por los medios de comunicación norteamericanos, pero las acciones que condujeron al conflicto fueron escasamente explicadas durante toda la cobertura. Éstas implicaban a gente de sociedades secretas e indicaban unas razones muy diferentes para la guerra que las que se presentaban al gran público.

Nadie puede discutir que el ejército de los Estados Unidos, con alguna ayuda de británicos, franceses y fuerzas árabes, cumplió su objetivo extraordinariamente bien en este breve conflicto. La Coalición de la Operación Tormenta del Desierto sólo necesitó del 17 de enero al 28 de febrero de 1991 para derrotar a las fuerzas iraquíes de Saddam Hussein, que por aquel entonces era la quinta potencia militar del mundo. Este pasmoso éxito militar fue debido, ante todo, a la superioridad de las fuerzas aliadas en armamento y preparación, todo lo contrario a los reclutas de Hussein que, aunque veteranos de los combates contra Irán, tenían un entrenamiento limitado y la moral por los suelos.

Esta disparidad dio lugar a una guerra desequilibrada, que se saldó con más de 300.000 bajas iraquíes —militares y civiles— y 65.000 prisioneros, frente al extraordinariamente pequeño número de bajas en las filas de los Aliados: 234 muertos, 470 heridos y 57 desaparecidos.

El principal líder de la guerra fue el presidente de los Estados Unidos, George Bush, ex miembro del CFR, de la Comisión Trilateral y de los Skull and Bones.

Como en muchos de los conflictos de Oriente Medio, la cuestión principal era el petróleo. Bush y el secretario de Estado, James Baker, estaban ambos implicados de lleno en los negocios

petrolíferos. Cualquier política de Bush que incrementara el precio del petróleo significaba un beneficio para sus compañías, los petroleros cercanos al presidente y, por supuesto, el cártel del petróleo dominado por Rockefeller.

Un elemento adicional al respecto era que cualquier conflicto que dividiera al mundo árabe sólo podía reforzar el poder de los Estados Unidos, Gran Bretaña e Israel. Una coalición de países luchando en nombre de las Naciones Unidas, sólo podía hacer avanzar el plan globalista de una fuerza militar única mundial.

Esta «batalla del Nuevo Orden Mundial era una crisis elaborada por un programa secreto», escribieron los investigadores de la conspiración Jonathan Vankin y John Whalen después de estudiar detenidamente los acontecimientos que llevaron al conflicto.

Bush y Saddam Hussein habían tenido una estrecha relación durante bastantes años. En su papel como director de la CIA, y después vicepresidente, George Bush había apoyado a Saddam en la guerra de ocho años contra Irán, que sobrevino tras la caída del Shah en 1979.

En 1990, el Irak de Saddam era una amenaza de primera magnitud para el equilibrio de poder entre Israel y sus vecinos árabes, pero tras la guerra contra Irán, Saddam andaba escaso de dinero y no podía pagar sus deudas. Bajo la presión de los bancos internacionales ante el lento pago de las deudas, y de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), que no permitió una subida del precio del petróleo iraquí, Saddam volvió la mirada a Kuwait como fuente de ingresos. Para entonces era el tercer productor de petróleo después de Irak y Arabia Saudí.

Kuwait había sido segregada de Irak por los británicos cuando, en 1899, tomaron el control su política exterior, con el beneplácito de la familia dictadora Sabah. Los Sabah habían ido produciendo toda una serie de gobernantes desde que asumieron el control del territorio de las tribus nómadas en 1756. Kuwait devino protectorado británico en 1914, cuando el súbito interés alemán por la zona le confirió un importante papel estratégico. La dominación británica se consolidó con el envío de tropas británicas al territorio en 1961, después de que Irak lo reclamara para sí.

El Pentágono sabía que las tropas iraquíes se concentraban a lo largo de la frontera con Kuwait desde mediados de julio de 1990. El 25 de julio, Saddam pidió consejo a los Estados Unidos acerca de sus intenciones de reclamar Kuwait. Se reunió con el embajador norteamericano April Glaspie, que le dijo: «Tengo instrucciones directas del presidente Bush de mejorar nuestras relaciones con Irak. Somos favorables a su solicitud de aumentar los precios del petróleo, la causa inmediata de su confrontación con Kuwait. (...) He recibido instrucciones de preguntarle, con espíritu amistoso y no de enfrentamiento, respecto a sus intenciones: ¿Por qué están sus tropas concentradas tan cerca de la frontera con Kuwait?».

Según las transcripciones entregadas mucho después de la guerra, Hussein explicó que su proyecto era «recuperar la unidad de Irak tal como nosotros creemos que debe ser», aunque estaba dispuesto a negociar su disputa fronteriza con Kuwait. Esa unidad incluía, por supuesto, la anexión de un Kuwait, que Saddam consideraba todavía una parte de Irak. «¿Cuál es la opinión de los Estados Unidos al respecto?», preguntó a su vez.

«Nosotros no tenemos ninguna opinión sobre los conflictos entre árabes, como por ejemplo su reclamación de Kuwait», respondió Glaspie. «El secretario Baker me manda a reiterar la declaración, hecha por primera vez a Irak en la década de 1960 de que la cuestión de Kuwait no tiene que ver con los Estados Unidos.»

«Pocos después de esto, April Glaspie abandonó Kuwait para irse de vacaciones estivales, otro signo del manifiesto desinterés norteamericano por la crisis entre Irak y Kuwait», apuntan los autores Tarpley y Chaitkin en *George Bush: The Unauthorized Biography*. El 31 de julio, George Bush se reunió con los líderes del congreso del Partido Republicano pero no dijo nada referente a la situación en el Golfo.

La crisis se intensificó el 2 de agosto, cuando las tropas iraquíes penetraron en Kuwait. Bush congeló todos los bienes iraquíes en los Estados Unidos empeorando la ya difícil situación económica de Saddam, ya muy mala desde 1990, cuando los bancos internacionales le denegaron más préstamos. El Departamento de Estado prohibió a Glaspie hacer declaraciones por

lo que la opinión pública no pudo enterarse de la duplicidad de Bush.

En un testimonio posterior ante la Comisión de Política Exterior del Senado, Glaspie señaló que la reunión del 25 de julio fue la primera y la única que tuvo con Saddam, el cual no se había reunido con ningún otro embajador desde 1984, en el ecuador de la guerra con Irán.

Pero si bien Saddam no se había reunido con diplomáticos de los Estados Unidos, no se puede decir lo mismo de los hombres de negocios norteamericanos. El economista Paul Adler apuntaba: «Es sabido que David Rockefeller se reunió con el líder iraquí, en al menos tres ocasiones, después de que el consorcio Chase Manhattan se convirtiera en el banco con mayor número de créditos sindicados de Irak». También se supo que Alan Stoga, un vicepresidente de (Henry) Kissinger Associates tuvo reuniones periódicas con los líderes iraquíes durante los dos años precedentes al conflicto del Golfo.

«Saddam empezó a darse cuenta que no podía conseguir lo que quería del grupo de los trajes a rayas. Empezó a establecer acuerdos con la gente que le importaba —hombres de negocios extranjeros, contratistas tecnológicos y científicos—, de vez en cuando incluso periodistas», informaba el periódico de Washington *The Spotlight*.

Siguiendo la estela del dinero de este tipo de contactos no diplomáticos que precedieron a la guerra del Golfo, el congresista Henry Gonzalez, presidente de la Comisión de Asuntos Bancarios, de Vivienda y Urbanismo del Senado, descubrió que casi cinco mil millones de dólares en créditos le habían sido concedidos a Saddam Hussein en la década de 1980 a través de la sucursal en Atlanta, Georgia, del banco nacional italiano Banca Nazionale del Lavoro (BNL). El director de la sucursal, Christopher Drogoul, fue finalmente llevado ante la Corte Federal, donde fue acusado de haber aprobado las transacciones sin la aprobación de la oficina central del BNL, en Italia. Sin embargo, el curso de la investigación se suspendió durante la guerra del Golfo.

La mayoría de observadores no creyeron que Drogoul pudiera aprobar semejante cantidad de dinero en créditos sin el conoci-

miento de sus superiores. Bobby Lee Cook, uno de los abogados defensores de Drogoul, argumentó que su cliente había hecho el primo en un «plan orquestado al más alto nivel del gobierno de los Estados Unidos».

En el tribunal, el funcionario del BNL Franz von Wedel testificó que su jefe, Drogoul, había actuado según los consejos de la consultoría del banco, la Kissinger Associates.

En 1989 y 1990 el Departamento de Justicia de Bush anuló las acusaciones de la oficina del procurador general de Atlanta contra el BNL, realizadas a partir de la inspección llevada a cabo por el FBI el 4 de agosto de 1989. La demanda contra los directivos del banco se mantuvo durante más de un año. Las acusaciones fueron finalmente retiradas, un día después de que Bush declarara el alto el fuego en la guerra del Golfo.

Este escándalo —apodado «Irakgate»— provocó que Gonzalez presentara una resolución al Senado pidiendo la destitución de Bush al Fiscal general del Estado, William Barr, por «obstrucción a la justicia en el escándalo de la BNL». El presidente de la Comisión de Asuntos Jurídicos, Jack Brooks, se reunió con Barr para nombrar un fiscal especial en este caso. En un típico ejemplo de «¿quién vigila a los que vigilan?», Barr dijo que él no encontraba ningún indicio de delito por parte de Bush y rechazó nombrar un fiscal especial. Era la primera y única vez que a un fiscal general del Estado no ha nombrado un fiscal especial cuando así se lo ha pedido el Congreso.

¿Quién paga los platos rotos?

Para rematar esta sórdida historia de conspiraciones financieras y encubrimientos oficiales, no sólo la mayor parte de los cinco mil millones fueron utilizados por Saddam para comprar armamento que luego fue empleado contra militares estadounidenses, sino que, además, ¡los contribuyentes de los Estados Unidos pagaron la cuenta!

Gonzalez dijo que 500 millones de dólares de los créditos concedidos a Saddam provenían de la Commodity Credit Corpora-

tion (CCC), respaldada por el gobierno, y que Saddam había estado intentando adquirir cereales de los granjeros norteamericanos con ese dinero. No obstante, el cereal que zarpó del puerto de Houston se fue a parar a naciones que por aquel entonces pertenecían al bloque soviético, a cambio de armas, y el remanente de cereal adquirido liberó las reservas limitadas de dinero en efectivo de Saddam para comprar más material bélico. La administración Bush había dado a los contribuyentes garantías de que se cobrarían las deudas contraídas por Saddam en calidad de préstamos tras el envío de tropas a Kuwait. Según al menos una fuente pública, más de 360 millones de dólares en dinero procedente de los impuestos norteamericanos fueron pagados al Gulf International Bank en Bahrein, propiedad de siete naciones del Golfo, entre ellas Irak. Esta cantidad sólo era la primera de un total estimado de mil millones de dólares pagados a diez bancos por el CCC para cubrir los cinco mil millones de dólares de deuda impagada de Saddam.

«El compromiso de mil millones de dólares, en forma de préstamos garantizados para la compra de productos agrícolas norteamericanos, posibilitó la adquisición a crédito de la comida que Saddam necesitaba e imposibilitó que dedicara el dinero a incrementar el arsenal que utilizó en la guerra del golfo Pérsico», escribió Russell S. Bowen.

Incluso después de que la invasión de Kuwait por Irak comenzara, el 2 de agosto, Bush apareció en público extrañamente no comprometido. Cuando los periodistas le preguntaban si se llevaría a cabo algún tipo de intervención en la crisis del Golfo, Bush contestó: «No contemplo una acción de este tipo...».

Su actitud cambió aparentemente ese mismo día, después de reunirse con la primera ministra británica Margaret Thatcher, una asistente asidua a las reuniones del Club Bilderberg e implicada con Bush en los escándalos del Irán-Contra y varios otros.

Después de reunirse con Thatcher, Bush empezó a describir a Saddam como un «nuevo Hitler» y dijo que «el status quo es inaceptable y una mayor expansión [de Irak] aún más inaceptable».

A pesar de las garantías de Saddam de que Kuwait era su único objetivo y sin ninguna prueba que desmintiera que así era, Bush,

sin embargo telefoneó personalmente a los líderes de Arabia Saudí para avisarles de que iban a ser el próximo blanco del «nuevo Hitler». Asustados, los saudíes entregaron unos cuatro mil millones de dólares a Bush y a otros líderes mundiales como pagos secretos para proteger su reinado, a través de un miembro de la familia Sabah, el sheik Fahd Mohammed al-Sabah, presidente de la Kuwait Investment Office.

Mucho después de la guerra del Golfo, cuando las auditorías de la empresa descubrieron que ese dinero había sido desviado a Londres para sobornos, elementos anti-Sabah en Arabia Saudí criticaron el pago. Al-Sabah les dijo que «el dinero había sido utilizado para comprar la liberación de Kuwait. Pagó el apoyo político a Occidente y entre los líderes árabes; en otras palabras, pagó la Tormenta del Desierto, la fuerza internacional que tan urgentemente necesitábamos».

Tanto si ese dinero jugó algún papel o no, lo cierto es que Bush trazó pronto una «línea en la arena» para bloquear cualquier posible intrusión de Irak. Es interesante señalar que esa línea estaba situada entre las fuerzas iraquíes y los intereses petroleros de su hijo, el que pronto sería gobernador de Texas, George W. Bush.

Bush, el hijo mayor del presidente, cobraba 50.000 dólares al año como «consultor» miembro de la Harken Energy Corp. of Grand Prairie, Texas, cerca del estadio de béisbol de los Texas Rangers, del cual el joven Bush era presidente.

En enero de 1991, pocos días antes de que se lanzara la operación Tormenta del Desierto, Harken dejó perplejo el mundo de los negocios al anunciar un acuerdo de producción petrolífera con la pequeña isla nación de Bahrein, un antiguo protectorado de Gran Bretaña y refugio de banqueros internacionales, justo enfrente de la costa de Arabia Saudí, en el golfo Pérsico. Bahrein estaba incluida en la lista mundial de los cuarenta países con mayor PIB per cápita en 1996.

Petroleros veteranos se preguntaban en voz alta cómo un desconocido como Harken, sin ninguna experiencia anterior en perforación, había conseguido un negocio potencialmente tan lucrativo. Además, se informó, «las inversiones de Harken en la zona serían protegidas por un acuerdo de 1990 que Bahrein había fir-

mado con los Estados Unidos y que permitía a este país y las fuerzas "multinacionales" establecer bases en el país».

El joven Bush, dijo en octubre de 1990 al periodista del *Houston Post*, Peter Brewton, que las acusaciones de que su padre había enviado las tropas para proteger los derechos de perforación de Harken eran «poco inverosímiles». Aún fue más lejos al declarar que había vendido sus acciones de Harken antes de la invasión iraquí, pero Brewton no pudo encontrar ningún documento que confirmara la venta en los archivos de la Comisión de Seguridad y Valores (SEC).

Finalmente, esos documentos aparecieron el 10 de julio de 1990, la fecha límite puesta por la SEC para presentar la información. Una semana después de que las tropas de Saddam entraran en Kuwait, las acciones de Harken bajaron a 3,03 dólares por acción. Los datos tardíos de la SEC revelaron que, gracias a la buena fortuna, Bush había vendido el 66 % de sus acciones de Harken el 22 de junio de 1990 —justo unas semanas antes de la invasión de Irak— al buen precio de cuatro dólares por acción, consiguiendo un total de 848.560 dólares. Pese a estar perforando pozos productivos en Sudamérica, la bajada en los precios del petróleo a principios de 1999 hizo que las acciones de Harken continuaran aproximadamente en los cuatro dólares por acción.

La compra de acciones, los negocios de petróleo y cereales, la venta de armas, los créditos y garantías, el debilitamiento de los árabes en beneficio de Israel, la tendencia hacia un ejército y gobierno global, levantaron importantes sospechas. «Es dudoso que las razones "reales" por las que los Estados Unidos fueron a la guerra en el golfo Pérsico salgan nunca a la luz», escribieron Vankin y Whaley. «A diferencia de Vietnam, donde los ambiguos resultados suscitaron las lógicas suspicacias, el carácter incontestable de la victoria en el Golfo ha enterrado la realidad a mayor profundidad que el cuerpo de cualquier soldado iraquí o americano que fuera a parar al fondo de una tumba de arena».

La duplicidad no acabó con la lucha. Durante toda la administración Clinton se han llevado a cabo incursiones aéreas en cielo iraquí, aparentemente para castigar a Saddam por impedir las inspecciones de la ONU a sus centros de desarrollo de armas

biológicas y nucleares. Sin embargo esta vez existía una gran diferencia: tanto la opinión pública más suspicaz como los miembros menos timoratos de los medios de comunicación, plantearon preguntas.

Siguiendo los ataques con misiles y los bombardeos de finales de 1998, un corresponsal de una revista nacional de noticias se preguntaba: «Utilizando armas de destrucción masiva para evitar que Irak deje de fabricar armas de destrucción masiva, ¿no estarán haciendo, los Estados Unidos, precisamente aquello que está advirtiéndolo a Irak que no haga?». Otros plantearon la pregunta de por qué se atacaba a Irak tras rechazar éste las inspecciones de la ONU a sus instalaciones militares confidenciales cuando el presidente Clinton también se había negado a inspecciones del mismo tipo en los Estados Unidos; una negativa recibida con la aprobación general del público.

Scott Ritter, un miembro de la Comisión Especial de las Naciones Unidas (UNSCOM) creada para localizar y eliminar los escondrijos secretos de armas de Saddam Hussein, dimitió en agosto de 1998 y acusó al gobierno de los Estados Unidos de utilizar la comisión para justificar el ataque a Irak. Ritter dijo que antes de su dimisión, no había creído al ministro de Defensa de Bagdad cuando éste había dicho que el equipo de la UNSCOM estaba siendo utilizado para «provocar una crisis», pero que, paulatinamente, acabó estando de acuerdo con la acusación. El superior de Ritter despreció la alegación diciendo que el conocimiento de la situación por parte de Ritter era «limitado».

Sin embargo, a principios de 1999 se supo que Washington había utilizado la UNSCOM para colocar micrófonos electrónicos en el Ministerio de Defensa (el Pentágono de Irak) y otros funcionarios de los Estados Unidos confirmaron muchas de las acusaciones de Ritter.

«Las relaciones entre los Estados Unidos y la comisión de inspección... ha sido durante mucho tiempo materia de debate», escribió Bruce B. Auster, periodista del *U.S. News*. «El asunto es delicado, porque la UNSCOM es una rama del Consejo de Seguridad de la ONU, no una agencia de los Estados Unidos, aunque dependa de éstos a nivel de personal e inteligencia.»

El 15 de diciembre de 1998, después de estacionar misiles de crucero en el golfo Pérsico durante todo el otoño, los Estados Unidos lanzaron un ataque aéreo contra Bagdad que se había demorado durante demasiado tiempo.

Pero con las Navidades cerca, la mayoría de norteamericanos no consiguieron emocionarse con las víctimas de la otra mitad del mundo. Y cualquier duda sobre la implicación de los Estados Unidos en el golfo Pérsico —excepto entre aquellos infortunados que tienen que habérselas con el síndrome de la guerra del Golfo causado por una combinación letal de los incendios de las plantas petrolíferas, agentes biológicos, artillería de uranio empobrecido y tanques de artillería— han sido descartadas mientras con los lazos amarillos, que los desinformados hacen orgullosamente, hacen público su apoyo a esa guerra.

Vietnam

Mientras que la connivencia humana para crear realmente una guerra parece del todo increíble para aquellos que ignoran los métodos de las sociedades secretas, hay muchas pruebas que indican que la guerra de Vietnam fue ideada en gran medida por el espíritu de los hombres de «Iron Mountain».

Muchos escritores de la conspiración vieron en la guerra de Vietnam un ejemplo clásico de la dialéctica hegeliana en acción: crear un problema (el Viet Cong apoyado por Vietnam del Norte), ofrecer una solución (la ayuda creciente y el envío de tropas a Vietnam del Sur) y dar lugar a una síntesis (la hegemonía de los Estados Unidos en el Sudeste asiático).

La implicación de los Estados Unidos en Vietnam empezó con los acuerdos secretos de Yalta durante la segunda guerra mundial. La «esfera de influencia» norteamericana en la posguerra se centraría en el Pacífico —aún tenemos presencia en Filipinas y las islas del Pacífico Sur—. Sin embargo, después que las hostilidades cesaran en Europa, Francia recuperó rápidamente su control militar en la Indochina francesa y los planes de los Estados Unidos para la zona tuvieron que ser temporalmente suspendidos.

La historia de la guerra de Vietnam puede personificarse en Nguyen That Thanh, el hijo de un humilde profesor rural vietnamita. Este hombre cambió más tarde su nombre por el de Ho Chi Minh (el que ilumina) y se convirtió en el conductor del nacionalismo indochino del país durante tres décadas. También estaba relacionado con las fuerzas impulsoras del movimiento comunista durante el siglo XX.

Cuando era joven, durante la primera guerra mundial, Ho vivió en Francia, donde contactó con los socialistas franceses y las filosofías derivadas de los Illuminati y los francmasones. En 1919 habló ante los hermanos Warburg y otros asistentes a la Conferencia de Paz de Versalles exigiendo la extensión de los derechos en Indochina.

En 1930, Ho fundó el Partido Comunista Vietnamita, nombre que más tarde se cambió, por recomendación de los líderes soviéticos, por Partido Comunista de Indochina, para evitar que se percibiera como un simple movimiento nacional. No obstante, el nacionalismo del partido de Ho fue reafirmado en 1941, cuando él y otros entraron en Vietnam y crearon la Liga para la Independencia de Vietnam o el Viet Minh.

Cuando los japoneses invadieron Indochina, en 1945, Ho y el general Vo Nguyen Giap empezaron a trabajar con la Oficina Norteamericana de Servicios Extranjeros para expulsar a las fuerzas de ocupación.

Ho continuó recibiendo ayuda norteamericana tras la retirada de los japoneses de Vietnam, después de su rendición, el 14 de agosto de 1945. «Teníamos un agente de confianza a quien regularmente abastecíamos de armas, equipamiento de radio, operarios y medicinas. Todo esto servía para reforzar su posición y estatus», escribía el periodista Lloyd Shearer.

La Francia de Charles De Gaulle se dio cuenta de que Ho tenía la intención de crear un Vietnam independiente que daría entrada en el área a los norteamericanos, que eran quienes manejaban al líder vietnamita. Así, en octubre de 1945, De Gaulle ordenó a las tropas francesas que entraran en Saigón. Con la esperanza de reclamar Vietnam como posesión francesa, De Gaulle prometió incluso devolver el poder al emperador vietnamita Bao

Dai, pero Ho no se conformaría con nada que no fuera la independencia.

Tras años de lucha, el Viet Minh de Ho, liderado por el capaz general Giap obtuvo el control de la mayor parte del territorio y, en mayo de 1954, el ejército francés fue derrotado en Dien Bien Phu y obligado a abandonar el país.

En la subsiguiente conferencia de julio en Ginebra para determinar el futuro de Vietnam, la delegación de Ho se encontró con una delegación rival que representaba al emperador Bao Dai respaldado por los franceses.

El conflicto planteado fue resuelto con la división de Vietnam en dos partes a lo largo del paralelo 17 y la concesión del control del norte a Ho. Éste aceptó la decisión, principalmente porque los acuerdos de Ginebra se comprometieron a trabajar para la reunificación de ambas partes, y Ho estaba seguro de que volverían a reunirse bajo su mandato. Los acuerdos no fueron firmados por los Estados Unidos.

Vietnam del Sur, que contenía la mayor parte de los recursos y riqueza de Vietnam, terminaron en manos de Ngo Dinh Diem, un católico en una tierra donde el 95 % de la población era budista. Diem había vivido en los Estados Unidos tras la derrota de Francia y allí se había reunido con oficiales de alto rango y miembros del CFR. Diem, que era un veterano, con un servicio civil de veinte años, recibió el apoyo del coronel Edward Lansdale, máximo responsable del recién llegado Grupo Consultivo y de Ayuda Militar de los Estados Unidos. El grupo de Lansdale, creado y financiado por los Estados Unidos, estaba allí para ayudar al ejército nacional vietnamita con una dotación de 234.000 hombres.

El gobierno de Diem, con el acuerdo de los Estados Unidos, fue posponiendo indefinidamente las elecciones para la reunificación. «Todo esto sugiere que los Estados Unidos conspiraron contra los acuerdos de Ginebra...», escribió el periodista Michael McClear. Lo que garantizó prácticamente la guerra civil en Vietnam.

Los nacionalistas vietnamitas, en gran parte budistas anticatólicos y veteranos del Viet Minh, ayudados por un creciente número de expatriados que habían vuelto del norte, empezaron

a reclamar áreas del sur bajo el nombre de Viet Cong San o simplemente Viet Cong.

La creciente violencia precipitó la llegada de «asesores» militares norteamericanos a Vietnam del Sur, un movimiento no apoyado totalmente por el Congreso. «Ninguna clase de ayuda militar norteamericana en Indochina puede vencer a un enemigo que está en todas partes y al mismo en ningún lugar, un "enemigo surgido del pueblo" que cuenta con la simpatía y el apoyo encubierto de la población», advirtió el senador John F. Kennedy en 1954.

La ayuda para el comunista Vietnam del Norte llegó desde Rusia y China, mientras que Vietnam del Sur se hacía más y más dependiente del apoyo norteamericano. El equilibrio de poder se igualó. El escenario estaba dispuesto para la guerra.

JFK contra los globalistas

En 1963, el mayor obstáculo para una guerra más amplia en el Sudeste asiático era el presidente John F. Kennedy, quien ya había mostrado sus reservas a la intervención de los Estados Unidos.

El demócrata John F. Kennedy desbancó al vicepresidente de Eisenhower, Richard Nixon, en las elecciones de 1960 y sus asesores más allegados procedían de las sociedades secretas. Su consejero John Kenneth Galbraith, escribió: «a aquellos de nosotros que habíamos trabajado para la elección de Kennedy se nos toleraba en el gobierno por esa razón, pero los únicos que aún tenían voz y voto en temas de política internacional era la gente del CFR». La sobreabundancia de miembros del CFR en el gobierno llamó la atención incluso del propio presidente Kennedy, quien comentó: «Desearía tener algunas caras nuevas aquí pero lo que tengo son las mismas de siempre».

Inmediatamente después de su elección, Kennedy tuvo que hacer frente a una confrontación en Laos. En un anticipo de Vietnam, este conflicto enfrentó a los comunistas de Pathet Lao contra el general Phoumi Nosavan respaldado por la CIA. Por su parte todas las instancias, desde el saliente presidente Eisenhower hasta

el Jefe del Estado Mayor, a Kennedy se le aconsejó que enviara tropas para apoyar al Nosavan. Los miembros de la CFR, el secretario de Defensa Robert Strange McNamara y el jefe del Departamento de Estado de Planificación, Walt Rostow, apoyaron firmemente el uso de tropas. Kennedy desoyó los consejos.

El CFR ha estado interesado en el Vietnam desde sus orígenes. En 1951, junto con el Royal Institute for International Affairs, creó un grupo de estudio financiado por la Fundación Rockefeller para estudiar el Sudeste asiático entre otras materias. El grupo recomendaba cohesionar el dominio británico-estadounidense de la región siguiendo los acuerdos de Yalta. Durante el gobierno de Eisenhower, John Foster Dulles, fundador del CFR y secretario de Estado, junto con su hermano, también fundador del CFR y además director de la CIA, Allen Dulles, supervisaron la puesta en práctica de esta política, que se amplió hasta incluir la llegada de consejeros militares de los Estados Unidos tras la derrota de los franceses.

En septiembre de 1954, cuatro meses después de la caída de Dien Bien Phu, el secretario de Estado John Foster Dulles, convocó la Conferencia de Manila, que dio como resultado la Organización del Tratado del Sudeste Asiático (OTASE). Esta acción vinculó a los Estados Unidos, Gran Bretaña (incluidas Australia y Nueva Zelanda), Francia y las Filipinas en un pacto de defensa mutua en Indochina.

En 1966, C. L. Sulzberger del *New York Times* dijo: «Dulles impulsó la OTASE con el propósito deliberado, como me explicó personalmente, de investir al presidente de los Estados Unidos de la autoridad legal para intervenir en Indochina. Cuando el congreso aprobó la OTASE, firmó el primero de una serie de cheques en blanco en favor de la política sobre Vietnam».

Pronto quedó claro que Kennedy, a diferencia de sus predecesores, no estaba dispuesto a ser manipulado por el establishment occidental. «De hecho, el rechazo de Kennedy al establishment, fue creciendo en intensidad a lo largo de su mandato», escribió Donald Gibson, profesor de la Universidad de Pittsburg, en su bien documentado libro de 1994, *Battling Wall Street: The Kennedy Presidency*.

Cada vez más, los investigadores del asesinato de Kennedy empiezan a creer que su oposición a la agenda de los globalistas pudo haber sido un factor significativo en su muerte aún no resuelta.

Descrito por el economista Seymour Harris como «de lejos, el presidente más erudito en el terreno económico», Kennedy lanzó rápidamente un amplio paquete de iniciativas para desarrollar a la vez el potencial humano y tecnológico de la nación. «Lo que él [intentó] hacer con todo, desde las pautas de inversión mundial a las amnistías fiscales individuales, fue reformar las leyes y las políticas para que el poder de la propiedad y la búsqueda de beneficios no condujera a la destrucción económica del país y sí a su prosperidad», explica Gibson.

Kennedy puso de relieve su animosidad hacia los titanes de la economía la primavera de 1962, cuando obligó a las mayores empresas del acero de los Estados Unidos a anular la subida de precios. El acuerdo de no incrementar precios a cambio de concesiones laborales, invirtió su marcha cuando se congelaron temporalmente los salarios. Enfadado por esta traición, Kennedy ordenó a su hermano, el fiscal general Robert Kennedy, que abriera una investigación sobre el establecimiento de precios, amenazando con la cancelación de los contratos del acero por parte del Departamento de Defensa, y le dijo a la población norteamericana que las acciones emprendidas por las empresas del acero eran injustificables e irresponsables. Estas empresas, encabezadas por la United States Steel, claudicaron.

Kennedy dijo a los periodistas, al considerar las acciones de los ejecutivos del acero como un ataque a la totalidad de su programa económico, que: «En mi opinión, permitir que la subida de precios siguiera vigente, hubiera hecho extremadamente difícil el cumplimiento de la legislatura». Hay que aclarar que, entre los consejeros de la U.S. Steel, controlada por los intereses de Morgan, había varios miembros de la CFR y otras poderosas instituciones.

James J. Saxon, interventor económico de la administración Kennedy, fue incrementando su oposición al poderoso Banco de la Reserva Federal, alentando inversiones más amplias y habili-

tando bancos no federales. Saxon también decidió que este tipo de bancos podían suscribir obligaciones de bonos estatales y locales, fomentando así el debilitamiento de los dominantes bancos de la Reserva Federal.

En junio de 1963 Kennedy dio el paso final contra el Fed al autorizar la emisión de más de cuatro mil millones de dólares en «billetes de los Estados Unidos» a través de Tesorería de los Estados Unidos y no de la Reserva Federal. «Kennedy, por lo visto, arguyó que la elevada deuda nacional podría ser reducida al no pagar intereses a los banqueros del Sistema de la Reserva Federal —quienes emitían el papel moneda para luego prestárselo al gobierno con intereses—, si, como la Constitución especifica, sólo el Congreso acuñaba moneda y regulaba el dinero», señala un investigador de la conspiración.

En su intento de igualar las fuerzas económicas, Kennedy tomó una amplia serie de medidas; todas ellas intensificaron la animosidad de Wall Street. Incluían, según documenta Gibson:

- Propuestas fiscales para redirigir las inversiones extranjeras de las compañías norteamericanas.
- Distinguir en las reformas fiscales las inversiones productivas y las no productivas.
- Eliminar los privilegios fiscales en las compañías de inversión mundial con base en los Estados Unidos.
- Tomar medidas enérgicas contra los paraísos fiscales.
- Aprobar propuestas para eliminar los privilegios fiscales de los ricos.
- Propuesta de incremento de impuestos para las grandes compañías petroleras y mineras.
- Revisar los impuestos de los créditos de inversión.
- Hacer una propuesta para ampliar los poderes del presidente para tratar de superar la recesión.

Las políticas económicas y las propuestas de Kennedy fueron públicamente atacadas por el editor de la revista *Fortune*, Charles J. V. Murphy, el gobernador de Nueva York, Nelson Rockefeller, y los editores del *Wall Street Journal*. El propio secretario del Tesoro de Kennedy y miembro de la CFR, Douglas Dillon, expresó su acuerdo con David Rockefeller en su oposición a la

política del presidente en 1962 y, en 1965, se había unido a Rockefeller en la creación de un grupo para promover formalmente la guerra en Vietnam.

En política exterior, Kennedy demostró una fuerte animadversión contra el colonialismo (el control abierto sobre la política y la vida económica de un país) así como contra el neocolonialismo (el control encubierto). Gibson escribió: «El apoyo de Kennedy al desarrollo económico y el nacionalismo del Tercer Mundo y su tolerancia hacia los programas económicos gubernamentales de éstos, incluso cuando eso significaba la expropiación de tierras cuyos propietarios tenían intereses en los Estados Unidos, condujo a conflictos entre Kennedy y las élites dentro del país y en otras naciones extranjeras».

En Vietnam, ya desde un principio, Kennedy apaciguó a sus consejeros de línea dura al incrementar el número de consejeros militares, hasta que, a finales de 1963, el número de los mismos había aumentado hasta los quince mil. Pero empezaba a tener serias dudas acerca de los informes militares y de la CIA, sobre todo después del funesto desembarco en Bahía de Cochinos en 1961. El 11 de octubre de 1963, Kennedy firmó el Memorando de Seguridad Nacional 263 que aprobaba una retirada de Vietnam para finales de 1965, e incluso ordenaba el retorno discreto de parte del personal militar para finales de año.

De forma sistemática rechazó las recomendaciones de introducir tropas terrestres estadounidenses como había hecho ya antes en Laos. «Al rechazar una implicación militar dilatada, Kennedy fue en contra del Jefe del Estado Mayor y una multitud de personal del más alto nivel en su gobierno, incluidos los miembros del CFR Dean Rusk, Robert McNamara y McGeorge y William Bundy», escribe Gibson.

Otro personaje clave era Averell Harriman, cuyas conexiones con las sociedades secretas se remontan a la primera guerra mundial y la fundación del comunismo soviético. En el otoño de 1963 fue Harriman, del círculo de personas más allegadas a JFK, quien abogó por el derrocamiento del presidente vietnamita Diem y quien envió lo que sería conocido más tarde como el cable de «luz verde» a Saigón. Este cable hablaba de un movimiento

en contra del gobierno corrupto de Diem. «No trataba de advertir sobre un golpe de estado y, por lo tanto, parecía apoyar uno», señala el autor Michael McClear. El 2 de noviembre, Diem fue asesinado en un golpe de estado por sus propios generales que, muchos creen, fue inspirado por la CIA, y poco después la guerra de Vietnam se intensificó.

«El eje Lodge (CFR) Harriman (CFR) era demasiado fuerte como para que el presidente lo desbaratara o lo dominara», observó el ex embajador de los Estados Unidos en Saigón, Frederick E. Nolting.

Kennedy sabía que tenía que ser precavido en su oposición a apoyar la guerra ante todos esos intereses poderosos. Le confió al senador Mike Mansfield que se había decidido por «una completa retirada de Vietnam», pero que eso no podía llevarlo a cabo hasta renovar su mandato en las elecciones de 1964. La Norteamérica corporativa podría haber visto en Kennedy el «líder ambiguo» que tanto preocupaba a los «chicos de Iron Mountain».

Aunque cada indicio apunta a que Kennedy planeaba finalizar la implicación militar de los Estados Unidos en Vietnam, nadie lo sabrá ya a ciencia cierta. Los disparos en Dallas, Texas, el 22 de noviembre de 1963 pusieron fin a su presidencia. Las circunstancias del asesinato de JFK continúan siendo, en el mejor de los casos, controvertidas.

Se debe señalar que la mujer del acusado del magnicidio, Lee Harvey Oswald, dijo en 1994 al autor A. J. Weberman: «La respuesta al asesinato de Kennedy está en el Banco de la Reserva Federal. No lo subestimen. Es un error echarle la culpa solamente a [el funcionario de la CIA James] Angleton y a la CIA per se. Sólo son dedos de una misma mano. La gente que contaba el dinero está por encima de la CIA.»

Dos cosas más deben tenerse en cuenta. Una es que el doctor Martin Luther King fue asesinado en 1968, después de que dirigiera su dinámica oratoria y organizara protestas contra la guerra de Vietnam. La otra, la abrumadora evidencia de la obstrucción a una investigación a fondo de la muerte de Kennedy, lo que indicaba el uso de una fuerza tremenda y duradera manejada desde las más altas instancias de la estructura de poder nor-

teamericana —el nivel controlado por las sociedades secretas y sus miembros de Wall Street.

Hasta el final con LBJ

El sucesor de Kennedy, el tejano Lyndon B. Johnson, el poderoso líder de la mayoría en el Senado, que había sido miembro de la Comisión de las Fuerzas Armadas del Congreso, prestó más atención que aquél a la Junta de Jefes del Estado Mayor y al numeroso grupo del CFR.

El 2 de diciembre de 1963, pocos días después de convertirse en presidente, un memorando de la Casa Blanca de Johnson al general Maxwell Taylor (CFR) sólo hecho público en 1998, decía que: «Cuanto más lo pienso, más claro me parece que Vietnam del Sur es nuestra zona militar más crítica en estos momentos. Espero que usted y sus colegas de la Junta de Jefes del Estado Mayor se encarguen de que los mejores oficiales disponibles se destinen al mando del general (Paul) Harkins en cualquier área y con cualquier fin. Deberíamos emplear para este cometido a nuestros hombres de galones azules de todos los niveles».

Incluso con este cambio de actitud hacia Vietnam en Washington, la guerra necesitaba una provocación para conseguir el apoyo popular y de las autoridades del Congreso. «Con la esperanza de provocar un ataque norvietnamita (Johnson) autorizó la reanudación de las actividades de patrullas de combate en el golfo de Tonkín», escribió el historiador de West Point, mayor H. R. McMaster. Esta táctica demostró su eficacia con el llamado incidente del golfo de Tonkín.

El 4 de agosto de 1964, los destructores de los Estados Unidos *Maddox* y *Turner Joy*, que patrullaban el golfo de Tonkín, en Vietnam recibieron un mensaje de que la Agencia Nacional de Seguridad había detectado preparativos para un ataque de los cañoneros norvietnamitas. El secretario de Defensa McNamara telefoneó al presidente Johnson y confirmó un ataque «anticipado».

Esto sucedía sólo dos días después de que tres pequeños torpederos norvietnamitas hubieran llevado a cabo un infructuoso

ataque contra el *Maddox* en represalia por las incursiones en la costa norvietnamita de pequeños barcos manejados conjuntamente por la Marina de los Estados Unidos y los sudvietnamitas, en una acción llamada Operación Plan (OPLAN) 34-A, un plan provocador respaldado entusiastamente por McNamara. Las tripulaciones de los destructores no sabían nada de los ataques del OPLAN 34-A.

Los hombres ocuparon sus puestos de defensa y durante dos horas los cañones de la Marina estuvieron disparando. Cuando el humo se disipó, no se dio parte de daños ni de ninguna baja ni tampoco se vieron lanchas torpederas. El comandante Wesley MacDonald, cuyo escuadrón aéreo A-4 estaba dando vueltas sobre el golfo, informó más tarde: «[La tripulación de los destructores] nos indicaban gritando dónde pensaban que estaban las lanchas torpederas pero nunca pude encontrar ninguna de esas malditas lanchas».

Sin embargo, sobre la base de este ataque «fantasma», Johnson convocó a los líderes del Congreso y solicitó poder responder militarmente. Les dijo: «Queremos hacerles saber [a los nordvietnamitas] que no vamos a aguantar esto», y que «algunos de nuestros chicos están por ahí flotando en el agua».

Influidos por el ambiente de esos tensos días de la Guerra Fría, la Cámara votó 416 a 0 dejar vía libre a Johnson, como Comandante en Jefe, para «tomar todas las medidas necesarias, incluido el uso de la fuerza armada, para ayudar a cualquier miembro o Estado firmante del Tratado de Defensa Colectiva (la SEATO inspirada por el CFR) que solicite ayuda en la defensa de sus libertades».

La Resolución para el Mantenimiento de la Paz y la Seguridad Internacional en el Sudeste asiático, más conocida como la «Resolución del Golfo de Tonkín», se aprobó por 88 votos a 2 en el Senado. Uno de los disidentes, el senador por Alaska, Ernest Gruening, dijo que la resolución no era más que «una declaración anticipada de guerra». El otro, el senador por Oregón, Wayne Morse, advirtió: «Creo que en el próximo siglo, las generaciones futuras mirarán con desagrado y gran decepción a un Congreso que está a punto de cometer un error histórico semejante».

La Resolución esquivó cuidadosamente el requisito constitucional de que sólo el Congreso tiene el poder de declarar la guerra. A finales de enero de 1965, McNamara y el asesor de Seguridad Nacional, McGeorge Bundy, le dijeron al presidente Johnson que había llegado la hora de acabar con quince años de implicación limitada de los Estados Unidos en Vietnam. Añadieron que era hora de, o bien dirigir una intervención militar, o bien negociar un final del conflicto. «Bob y yo tendimos a favorecer la primera medida», escribió más tarde Bundy. Johnson estuvo de acuerdo y un mes más tarde empezó una campaña de bombardeos sobre el Vietnam del Norte llamada «Trueno Retumbante». En julio se enviaron 100.000 efectivos de combate: la guerra de Vietnam ya iba en serio.

Para reforzar esta escalada militar, el embajador de los Estados Unidos en Saigón, el miembro de la CFR Henry Cabot Lodge, fue reemplazado por el miembro de la CFR y ex jefe de la Junta de Jefes de Estado Mayor, el general Maxwell Taylor.

Desde la perspectiva de 1984, los editores del *U.S. News & World Report* dijeron con acierto que «habían sido sembradas las semillas para el presente conflicto entre el presidente Reagan y el Congreso, sobre el uso del poder militar de los Estados Unidos —desde Centroamérica al Líbano y el golfo Pérsico—. En 1999, mientras el presidente Clinton se enfrentaba a un proceso de inhabilitación o destitución (el *impeachment*) por ocultar una relación sexual, nadie en el Congreso parecía preocupado de que Clinton prosiguiera esa inconstitucional herencia al atacar Irak y Kosovo en nombre de las Naciones Unidas.

Un vistazo a los miembros del CFR —esa creación de los hombres de Rockefeller-Morgan influidos por la mentalidad de la sociedad secreta de Rhodes-Milner— parece un quién es quién del período de la guerra del Vietnam: McNamara, Cyrus Vance, Walt Rostow, William y MacGeorge Bundy, Dean Acheson, Dean Rusk y Averell Harriman. Y los embajadores de los Estados Unidos en Saigón durante la guerra —Henry Cabot Lodge, Maxwell Taylor y Ellsworth Bunker—, todos ellos miembros del CFR y con un papel destacado en la política de los Estados Unidos. «De hecho, muchos de los principales partidarios de la implica-

ción en Vietnam, tanto dentro como fuera del gobierno, eran miembros de la junta directiva del CFR», apunta el autor Donald Gibson. Esto incluiría a Allen Dulles, David Rockefeller, John J. McCloy y Henry M. Wriston (un socio de Morgan).

Teniendo en cuenta que William «Wild Bill» Donovan, jefe de la Oficina de Servicios Estratégicos, la precursora de la CIA, en su juventud fue un agente privado de J. P. Morgan hijo, el autor Gibson observó: «A principios de la década de 1960, el CFR, los intereses de los Morgan y Rockefeller, y la Inteligencia estaban tan imbrincados que casi parecían una única entidad».

Según el investigador de la CFR, James Perloff, Walt Rostow, que fue asesor de Seguridad Nacional del presidente Johnson en 1966, no sólo era un miembro del CFR sino que además había sido rechazado tres veces para un empleo en la administración Eisenhower por no reunir las condiciones necesarias. En su libro de 1960, *Los Estados Unidos en la palestra mundial*, Rostow reveló su visión globalista en la línea del CFR al pedir una fuerza policial internacional. «Es un legítimo objetivo nacional norteamericano eliminar de todas las naciones —incluidos los Estados Unidos— el derecho a la utilización de una considerable fuerza militar para la persecución de los propios intereses. Puesto que este derecho residual constituye la raíz de la soberanía nacional... es, por tanto, un interés norteamericano ver el fin de la nacionalidad tal como ha sido definido históricamente.»

El miembro del CFR MacNamara reforzó los Servicios de Inteligencia de los Estados Unidos con la creación de la Agencia de Inteligencia de la Defensa (DIA) el 1 de agosto de 1961. En septiembre de ese año, él y Taylor presionaron para un incremento de la implicación en Vietnam, recomendando el envío de 16.000 efectivos más. La oposición vino del subsecretario de Estado, George Ball, quien se opuso firmemente, advirtiendo que un movimiento así conduciría al despliegue de al menos 300.000 efectivos norteamericanos al cabo de dos años. Kennedy siguió entonces el consejo de MacNamara.

Más tarde, fue MacNamara quien, en su cargo de secretario de Defensa que ocupó hasta 1968, recortó las competencias del ejército de los Estados Unidos y elaboró las políticas que prohibían

los ataques aéreos sobre Vietnam del Norte. En 1978, después de que la guerra del Vietnam, acabara con la toma del poder en el sur por parte de los comunistas, McNamara se convirtió en presidente del Banco Mundial (una organización sin ánimo de lucro de las Naciones Unidas y proyecto mimado del CFR) e hizo posible la concesión de un crédito de 60 millones de dólares para los vencedores.

William Bundy (La Orden, 1939), que ingresó en la CIA en 1951, se convirtió en director de CFR en 1964, el mismo año que fue nombrado subsecretario de Estado para asuntos del Extremo Oriente. Bundy elaboró la Resolución del golfo de Tonkín, según los *Documentos del Pentágono*. Fue Bundy también quien estuvo involucrado en el OPLAN 34-A, las agresivas incursiones de la CIA contra la costa de Vietnam del Norte (posiblemente violando leyes internacionales) que dieron lugar a los ataques contra la Sexta Flota de los Estados Unidos y llevando al incidente del golfo de Tonkín. Bundy se convirtió más tarde en editor de la publicación de la CFR, *Foreign Affairs*.

El hermano de Bundy, miembro asimismo de la CFR, McGeorge Bundy (La Orden, 1940) según se dice fue uno de los instigadores del Informe Iron Mountain y asesor especial de Seguridad Nacional tanto de Kennedy como de Johnson; un cargo que podía ser utilizado para filtrar información a su jefe.

Bundy se alistó en el ejército de los Estados Unidos como soldado al comienzo de la segunda guerra mundial, y de repente ya estaba ayudando a planificar las invasiones de Sicilia y Normandía. Se convirtió después en subsecretario de Guerra, a la edad de 27 años. Más tarde, fue presidente de la Fundación Ford entre 1966 y 1979.

«Trabajando conjuntamente, los hermanos Bundy pudieron haber controlado completamente el flujo de información relacionada con Vietnam procedente de Inteligencia y de los Departamentos de Estado y de Defensa», sugiere el autor Anthony C. Sutton.

El secretario de Estado Dean Rusk, otro de quien se dice que fue instigador del Informe de Iron Mountain, había sido subjefe del Estado Mayor del Mando Aliado en Asia durante la se-

gunda guerra mundial. Becario de Rhodes, miembro del CFR, y presidente de la Fundación Rockefeller, Rusk dirigió la política de Kennedy y también de su íntimo amigo, Lyndon Johnson, quien dijo a su biógrafa Doris Kearns que «había construido su gabinete consultivo alrededor de Rusk». Los miembros del CFR Dean Acheson y Robert Lovett recomendaron «con entusiasmo» a Rusk al presidente Kennedy.

Como documentan los autores Walter Isaacson y Evan Thomas, el presidente Lyndon Johnson se reunía diariamente con un selecto grupo de catorce asesores. Doce de estos asesores eran miembros del CFR, todos eran banqueros o abogados y todos aconsejaron una mayor implicación en Vietnam. Sus seis asesores clave eran el secretario de Defensa de Truman Robert Lovett, McCloy, Harriman, Acheson, el asesor del Departamento de Estado Charles Bohlen y el ex embajador de los Estados Unidos en Rusia George Kennan —todos miembros del CFR—. Johnson llamaba a estos amigos íntimos sus «Sabios». En 1968, estos mismos asesores se pusieron de repente en contra de la guerra.

Johnson estaba tan conmocionado y desanimado por esta traición del establishment de la política internacional que apareció en televisión para anunciar que no se presentaría a la reelección. Preguntado sobre este cambio de actitud de los asesores de Johnson, el general Maxwell Taylor sólo pudo responder «Mis amigos del CFR vivían en la nube del *New York Times*». En otras palabras, estos hombres se habían despertado de sus autoengaños y se dieron cuenta que los Estados Unidos se estaba haciendo pedazos gracias a Vietnam. Aún así, la guerra continuó siete años más.

Con el recién instalado presidente Richard Nixon liderando el esfuerzo bélico, el miembro del CFR y trilateralista, Henry Kissinger, entró como asesor de Seguridad Nacional a principios de 1969. A finales de ese año, Kissinger estaba ya controlando la política de los Estados Unidos en Vietnam. Algunos afirman que Kissinger fue colocado en ese puesto por ese motivo. El secretario de Defensa de Nixon, Melvin Laird, admitía: «Yo diría que la visión conceptual del mundo que tenía Nixon estaba influenciada en gran medida por Kissinger, aunque no

hubieran sido amigos y no se conocieran ya desde antes de diciembre de 1968».

En 1970, Kissinger se encerró a debatir con Winston Lord. Según este último, su jefe «quería compartir y debatir con sus ayudantes más próximos las principales decisiones políticas, así que la imagen popular de Kissinger como un hombre al que no le gustaba escuchar opiniones contrarias [se demostraba que] no era cierta». Lord y los demás ayudantes debían de estar de acuerdo con los planes de Kissinger de extender la guerra, dado que la lucha pronto se propagó a Camboya.

A pesar de ello, la guerra se estancó y empezó su intensidad a decrecer.

Kissinger, considerado el líder de la diplomacia de los Estados Unidos, incluso en la década de 1990, provocó que Eugene McCarthy comentara: «Henry Kissinger obtuvo el Premio Nobel [de la Paz] por tutelar el fin de una guerra por la que él había abogado; eso sí es alta diplomacia».

En 1971, el congresista de Louisiana John R. Rarick fue muy claro al denunciar al CFR como instigador de la guerra de Vietnam. En una circular, Rarick escribió: «La masacre de My Lai, la sentencia del teniente (William) Calley a cadena perpetua, la «Venta del Pentágono» y los así llamados *Documentos del Pentágono*, son los principales ejemplos de los intentos de cargar toda la culpa sobre los militares ante los ojos de la gente».

«Pero nadie habla del CFR, un grupo de aproximadamente 1.400 norteamericanos, del que son miembros casi todos los que detentaban el más alto nivel de decisión respecto a la guerra de Vietnam.

«La CBS le dice a la gente lo que se quiere que sepan y a quienes tienen que culpar. ¿Por qué la CBS no le habla a la gente del CFR y deja que decida por sí misma a quién echar la culpa del fiasco de Vietnam? ¿A los planificadores y las personas que toman las decisiones últimas, miembros de una aristocracia financiera, industrial e intelectual, o a jefes militares que están bajo el control civil y que tienen poca o ninguna voz en el conjunto de políticas y operaciones y que tienen prohibido por ley hablarles a los estadounidenses de cuál es su postura? ¿Quién le va a con-

tar a la gente la verdad si aquellos que controlan "la maquinaria del derecho a saber" también controlan el gobierno?».

Desde que los miembros del CFR se dieron cuenta de la necesidad económica de la guerra pero también que la guerra nuclear era impensable, se decidió que los futuros conflictos tendrían que estar limitados en su alcance. «Tenemos que estar preparados para luchar en acciones limitadas», escribía en 1957 un colaborador de *Foreign Affairs*, publicación del CFR. «Por otra parte, dado que no deberíamos ir más allá de las "represalias masivas" en conflictos en los que no nos jugamos la supervivencia estaríamos atados de pies y manos, y deberíamos estar preparados pues para perder en acciones limitadas».

Qué fácil es perder los conflictos cuando los militares están atados de pies y manos. En 1985 el *Boletín del Congreso* publicó las recién desclasificadas «reglas del compromiso» bajo las que el ejército de los Estados Unidos luchó en Vietnam. Estas reglas llenaban veintiséis páginas e incluían restricciones como las repetidas negativas a permitir que la Air Force bombardeara los objetivos más estratégicos determinados por la Junta de Jefes del Estado Mayor; una orden general a las tropas de los Estados Unidos de no disparar a los Viet Cong a menos que ellos disparasen primero; los vehículos que estuvieran a más de doscientos metros de Sendero Ho Chi Minh, no debían ser bombardeados; los cazas norvietnamitas no podían ser atacados a no ser que estuvieran en el aire y fueran claramente hostiles; las bases de los misiles SAM en construcción no eran objetivo y las fuerzas enemigas no podían ser perseguidas si cruzaban las fronteras con Laos o Camboya.

Los Estados Unidos aseguraron públicamente a Vietnam del Norte que no bombardearía ciertas áreas, lo que permitía que éstos situaran sus baterías antiaéreas en las zonas que sí podían ser bombardeadas, incrementando de este modo enormemente las bajas norteamericanas.

Además de restricciones de este tipo, que eran totalmente incomprensibles para oficiales militares entrenados, se dejó circular libremente materiales vitales y provisiones a través del puerto de Haiphong en Vietnam del Norte, un 80 % de los cuales pro-

venían de enemigos declarados de los Estados Unidos, como Rusia y China.

Comerciendo con el enemigo

En el punto álgido de la guerra se incrementó el comercio con las naciones comunistas que abastecían a Vietnam del Norte, otro objetivo del CFR.

Ya en 1961, el fundador de la Comisión Trilateral, Zbigniew Brzezinski, publicó en *Foreign Affairs* que los Estados Unidos debían proporcionar ayuda económica a Europa del Este. David Rockefeller manifestó su aprobación a este comercio con el viaje que realizó a Moscú a mediados de 1964.

«David Rockefeller, presidente del Chase Manhattan Bank, ha informado hoy al presidente Johnson de su reciente encuentro con el premier de Rusia, Nikita S. Khrushchev. Rockefeller le ha dicho a Johnson que durante la conversación, que duró dos horas, el líder rojo comentó que los Estados Unidos y la Unión Soviética "deberían tener más tratos". Khrushchev, según Rockefeller, le dijo que le gustaría que los Estados Unidos concedieran créditos a largo plazo a los rusos», informaba el *Chicago Tribune* el 12 de septiembre. Los Rockefeller tienen una dilatada historia comercial con Rusia, que se remonta a la década de 1920, cuando el Chase Bank ayudó a crear la Cámara de Comercio ruso-americana.

El 13 de octubre de 1966, el *New York Times* decía: «Los Estados Unidos ponen hoy en vigor una de las propuestas del presidente Johnson para estimular el comercio Este-Oeste, levantar las restricciones de exportación a más de 400 artículos de la Unión Soviética y la Europa del Este». El 27 de octubre, menos de un mes más tarde, el *Times* informaba: «La Unión Soviética y sus aliados durante la conferencia de sus líderes en Moscú, la semana pasada, acordaron conceder a Vietnam del Norte una ayuda material y financiera de alrededor de mil millones de dólares».

En 1967, los Rockefeller se unieron a Cyrus Eaton, a quien la revista *Parade* llamaba «el mejor amigo capitalista de los co-

munistas», para financiar plantas de aluminio y caucho en la Unión Soviética. El joven Eaton había sido disuadido de convertirse en predicador por John D. Rockefeller, en lugar de eso, llegó a convertirse en fundador de la Republic Steel Corporation. En la década de 1970, Rusia obtuvo tecnología y financiación estadounidense, sobre todo a través del Chase Manhattan Bank de Rockefeller, de cinco mil millones de dólares para la construcción de la fábrica Kama River. La fábrica producía camiones pesados, muchos de los cuales fueron destinados a uso militar.

Entre los firmantes de los acuerdos que autorizaban la financiación estadounidense a la empresa Kama River, estaba George Pratt Shultz, que más tarde sustituyó al miembro del CFR Alexander Haig como secretario de Estado del presidente Reagan. Shultz era un miembro dirigente del CFR y pariente de la esposa de Harold Pratt, que fue quien donó Pratt House como sede del consejo.

Así pues, las tropas de los Estados Unidos estaban luchando en Vietnam del Norte mientras Estados Unidos proporcionaba bienes y fondos a Rusia y Europa del Este, países que, a su vez, proveían a Vietnam del Norte. Se comprende que los universitarios, muchos de los cuales eran conscientes de lo absurdo de la situación, y todos ellos susceptibles de ser llamados a filas, empezaran a demostrar su oposición a la guerra.

Incluso en el movimiento anti-guerra se puede encontrar la mano de las sociedades secretas. En 1968 James Simon Kunen, autor de una autobiografía sobre sus días de activista estudiantil titulado *The Strawberry Statement: Notes of a College Revolutionary*, escribió: «También en la convención Estudiantes por una Sociedad Democrática, organizada por la Primera Internacional Estudiantil, personas de Business Internacional Mesas Redondas —los encuentros estaban patrocinados por Business International para su grupo de clientes y jefes de Estado— intentaron hacerse con unos pocos radicales. Estos hombres son los principales industriales del mundo y ellos se reúnen para decidir cómo van a ir nuestras vidas. Éstos son los tipos que redactaron la Alianza para el Progreso (un programa de Kennedy de 1961 con el que esperaban conceder unos 20.000 millones de dólares

en créditos a 22 naciones latinoamericanas para reformas económicas y sociales, y que desapareció poco después de que él lo hiciera). Son el ala izquierda de la clase dirigente (...). Se brindaron a financiar nuestro encuentro en Chicago. También se nos ofreció dinero de Esso —Rockefeller—. Querían que provocáramos mucho alboroto, lo que les haría parecer más en el centro mientras en realidad viraban hacia la izquierda».

Kunen plasmó la perplejidad de los jóvenes manifestantes anti-guerra en la introducción de su libro, cuando escribió: «¿No es extraño que nadie vaya nunca a la cárcel por hacer la guerra o por propugnarlas? Sin embargo, las cárceles están llenas de gente que quiere la paz. No matar te convierte en un criminal. Te llevan derecho a la cárcel si lo que pides es que te dejen vivir en paz. Este hecho me parece absolutamente impresionante».

Para los estadounidenses que lo vivieron —tanto si estuvieron en contra como a favor— el coste de la guerra de Vietnam debe de permanecer fresco en sus conciencias: alrededor de 50.000 soldados muertos, más de 300.000 heridos (muchos más con problemas psíquicos y emocionales) y la promesa del presidente Johnson de construir una «gran sociedad» desembocando en un pueblo dividido y hostil abrumado por una economía en quiebra. El coste para Vietnam fue mucho peor, 250.000 survietnamitas muertos y 600.000 heridos, y, en el lado de los norvietnamitas y el Viet Cong, 900.000 muertos y dos millones de heridos. Además de cientos de miles de bajas civiles, tanto en el norte como en el sur, muchos de ellos a causa de los bombardeos estadounidenses, y el país devastado por las bombas, la artillería, las minas terrestres y las defoliaciones químicas. El coste financiero de la guerra ha sido estimado en más de 200.000 millones de dólares.

Todo esto para luego retirarse. Hoy en día es inconcebible que alguien no vea la experiencia de los Estados Unidos en Vietnam como una derrota total; una derrota incomprensible tanto para los valientes hombres y mujeres que lucharon allí, así como para la mayoría de los estadounidenses.

«La guerra de Vietnam es un misterio sólo si se mira a través de los mitos que se han acumulado a su alrededor, tales como los que resultaron de las meteduras de pata o de la excesiva con-

fianza patrioter», dice el autor Perloff. «Sin embargo, vista como un ejercicio de deliberada mala administración deja de desconcertar, puesto que el resultado satisface con creces los objetivos tradicionales de la CFR.»

Corea

En ninguna otra parte han sido más evidentes las manipulaciones de las sociedades secretas en ambos bandos de un conflicto como en Corea, a principios de la década de 1950. Como en el golfo Pérsico y en Vietnam, la semántica oficial calificó ese conflicto, que se cobró la vida de 34.000 norteamericanos, de mera «acción de castigo» y no como una guerra.

Existe mucha documentación que muestra que el conflicto de Corea fue fruto de una cuidadosa planificación por parte de hombres cuyo control se extendía tanto por los Estados Unidos como por la Unión Soviética.

Este conflicto empezó con la creación de las Naciones Unidas tras finalizar la segunda guerra mundial. El nombre de «Naciones Unidas» se imprimió en la mente de los ciudadanos norteamericanos durante la guerra para referirse a los países aliados en contra de Alemania, Italia y Japón.

La organización de las Naciones Unidas fue simplemente una prolongación de la vieja Liga de las Naciones, que había fracasado en su intento de un gobierno mundial en ciernes instigado por Woodrow Wilson y los miembros de las sociedades secretas Milner-Rhodes. El concepto resucitó mientras la atención de la gente estaba desviada hacia la guerra mundial y los representantes de los Estados Unidos, de la Unión Soviética, del Reino Unido y de la China de Chiang Kai-shek se reunían en Dumbarton Oaks, un estado cercano a Washington DC entre el 21 de agosto y el 7 de octubre de 1944.

Un promotor primordial de esta y las subsiguientes acciones para el establecimiento de las Naciones Unidas fue John Foster Dulles, quien ayudó a fundar el CFR. Dulles, que participó en la Conferencia de Paz de Versalles de 1917, también creó la Or-

ganización del Tratado del Sureste Asiático, que proporcionó el marco legal para la guerra en Vietnam.

Durante la Conferencia de Yalta, en febrero de 1945, se discutieron otros detalles sobre las operaciones de las Naciones Unidas. Fueron los pactos secretos acordados en Yalta los que permitieron la partición de Corea a lo largo del Paralelo 38 y los que permitieron el control de Corea del Norte por parte de la Unión Soviética y China.

Tales acciones se habían contemplado ya un año antes. En abril de 1944 un artículo en *Foreign Affairs* exigía «una administración fiduciaria en Corea (...) asumida por ningún país en particular, sino por un grupo de poderes, es decir, los Estados Unidos, el Reino Unido, China y Rusia». La dirección de la CFR se dio cuenta de que la opinión pública estadounidense podía no estar de acuerdo con una guerra sólo para establecer una «administración fiduciaria», y comenzó a desarrollar los fundamentos para una intervención.

Un memorando interno de 1944 de la CFR afirmaba que se debía hacer frente a la «obsesión de la soberanía» y las «dificultades (...) surgidas de la disposición constitucional de que sólo el Congreso puede declarar la guerra», debía tenerse en cuenta que «un tratado mundial invalidaría esa barrera, y nuestra participación en esa acción, recomendada por una organización internacional de seguridad, necesariamente no debería ser interpretada como una guerra».

«No es descabellado afirmar que nunca habría existido un régimen comunista en Corea del Norte, ni una guerra en Corea, si las negociaciones de los Estados Unidos [lideradas por miembros de la CFR] y los barcos fabricados con préstamos estadounidenses no hubieran llevado a la Unión Soviética al escenario del Pacífico», afirma Perloff.

La construcción formal de las Naciones Unidas comenzó dos meses después de Yalta, en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Organización Internacional que tuvo lugar en San Francisco. Allí se firmaron unos estatutos en junio que entraron en vigor el 24 de octubre de 1945, algo más de dos meses después de que la segunda guerra mundial tocara a su fin. Las Na-

ciones Unidas fue creada «sobre todo por el CFR», escribió Ralph Epperson. «Había 47 miembros de esa organización en la delegación de los Estados Unidos en la conferencia de las Naciones Unidas en San Francisco.»

Uno de sus «asesores veteranos» era John Foster Dulles. «Envalentonado por sus formidables logros, Dulles vio en su nombramiento como secretario de Estado por el presidente Eisenhower, en enero de 1953, el mandato para elaborar una política exterior, cuando eso es algo tradicionalmente considerado como competencia del presidente», dice *The New Encyclopaedia Britannica*.

Al considerar que Dulles y otros miembros del CFR estaban detrás de la creación de las Naciones Unidas, no es una sorpresa descubrir a esta organización supervisando actualmente el Banco Internacional de Reconstrucción y Desarrollo (más conocido como el Banco Mundial) y el Fondo Monetario Internacional (FMI). Naciones Unidas cuenta también con una serie de agencias de carácter social que incluyen la Organización Internacional del Trabajo (OIT), la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO), Organización Mundial de la Salud (OMS), Organización de Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) y la Fundación de Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF).

En 1947, después del fracaso de las negociaciones para la reunificación, la cuestión de Corea volvió a las Naciones Unidas. En 1949, tanto los Estados Unidos como la Unión Soviética habían efectuado una amplia retirada de las tropas de ocupación de la península de Corea. La retirada estadounidense dejó tan sólo a 16.000 surcoreanos armados, la mayoría con armas ligeras, frente al ejército comunista de Corea del Norte, con una dotación de 150.000 soldados armados con modernos tanques, aviones y artillería rusa. Cuando el general Albert C. Wedemeyer, enviado por el presidente Truman para evaluar la situación, informó que los comunistas representaban una amenaza directa para el Sur, fue ignorado, y su informe ocultado a la opinión pública.

En enero de 1950 el primer ministro norcoreano, Kim Il-sung, proclamó el «año de la unificación» y empezó a concentrar masivamente sus tropas a lo largo del Paralelo 38. Como en la

futura guerra del Golfo, el Departamento de Estado de los Estados Unidos, colmado de miembros del CFR, no hizo nada. El secretario de Estado de Truman, el miembro del CFR Dean Acheson, declaró públicamente que Corea estaba fuera del perímetro defensivo de los Estados Unidos. «Esto supuso una clara señal para Kim, quien invadió el Sur ese junio bajo el auspicio de los soviéticos», escribió Perloff.

Los líderes estadounidenses manifestaron su sorpresa y enfado en relación con el ataque de Corea del Norte y pidieron que se convocara una reunión de emergencia del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, compuesto por los Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, la Unión Soviética y la China Nacionalista.

El Consejo, con la ausencia de la Unión Soviética y China representada solamente por el anticomunista Chiang Kai-shek, votaron a favor de la intervención de las Naciones Unidas en Corea. Los investigadores de la conspiración han apuntado que esta decisión pudo haberse evitado con el veto ruso. Pero extrañamente, los delegados soviéticos se habían retirado en protesta porque la China comunista no era reconocida por las Naciones Unidas. Poco después de este voto para que las Naciones Unidas intervinieran en el conflicto, los delegados soviéticos volvieron a la asamblea aunque no se había reconocido a la República Popular de China.

El 27 de junio, con la autorización de la ONU, el presidente Truman ordenó al ejército de los Estados Unidos apoyar la acción de la ONU para proteger Corea del Sur. A lo largo de julio y agosto, el ejército de Corea del Sur, con menos efectivos y peor armado que el del Norte y junto con las cuatro mal equipadas divisiones norteamericanas enviadas por Truman, fueron barridos hacia el extremo de la península de Corea. La situación pintaba mal hasta mediados de septiembre, cuando el general Douglas MacArthur lanzó un brillante y atrevido ataque sobre el puerto de Inch'on, situado en la mitad norte, que rompió el frente de batalla norcoreano y cortó sus rutas de abastecimiento.

Con sus fuerzas mermadas, los norcoreanos se retiraron, con las tropas de las Naciones Unidas —el 90 % de las cuales eran

estadounidenses— siguiéndolos muy de cerca. Cuando la batalla llegó al Paralelo 38, la China de Mao Tse-tung advirtió que cualquier movimiento de las fuerzas de las Naciones Unidas hacia el río Yalu, fronterizo con China, sería considerado inaceptable. MacArthur informó al Departamento de Estado que las tropas chinas estaban concentrándose al norte de Yalu, pero su advertencia no fue escuchada. El 25 de noviembre cerca de 200.000 «voluntarios» chinos atravesaron el Yalu arremetiendo contra las tropas desprevenidas de la ONU. Otros 500.000 los siguieron en diciembre.

De nuevo los norteamericanos y sus aliados se vieron obligados a retroceder, pero se las arreglaron para reagruparse y posteriormente contraatacar el Paralelo 38. La guerra prosiguió con una serie de acciones hacia atrás y delante del disputado paralelo.

Al igual que en Vietnam, el ejército de los Estados Unidos fue paralizado con decisiones políticas que les impidieron llevar adelante por completo el conflicto coreano. Pero, a diferencia de Vietnam, un líder militar de considerable rango plantó cara ante esas restricciones y apeló directamente a la opinión pública norteamericana pidiendo su apoyo.

El general MacArthur, el héroe de la segunda guerra mundial, ordenó a las Fuerzas Aéreas bombardear los puentes del río Yalu, lo que cortarían las líneas de comunicación y abastecimiento de China. Hizo un llamamiento a los congresistas para que apoyaran sus acciones militares y para que permitieran a los nacionalistas chinos ubicados en Taiwán constituir un segundo frente contra China para aliviar la presión sobre Corea.

La respuesta oficial a MacArthur no se hizo esperar. Sus órdenes de bombardeo fueron canceladas por el general George Marshall (padre del Plan Marshall para la reconstrucción de Europa tras la segunda guerra mundial y miembro del CFR, quien, ya retirado, fue llamado sin embargo por el presidente Truman para trabajar como secretario de Defensa). Fue asimismo Marshall quien, como miembro de la Junta de Jefes del Estado Mayor, se dice que fue informado del ataque sobre Pearl Harbor antes de que éste se produjera.

A MacArthur se le ordenó no bombardear las bases de abastecimiento claves de China y ordenar a los pilotos que no persiguieran a los aviones enemigos que se dieran a la fuga. El comandante en jefe chino Lin Piao dijo más tarde: «Nunca hubiera atacado y puesto en peligro a mis hombres y mi reputación militar si no se me hubiera asegurado que Washington disuadiría al general MacArthur de tomar medidas de represalia contra mis líneas de abastecimiento y comunicación».

El llamamiento de MacArthur a la opinión pública tuvo como resultado su destitución por parte del presidente Truman el 10 de abril de 1951. Fue sustituido por el general Matthew B. Ridgeway quien, más tarde, se convertiría en miembro del CFR.

El plan de MacArthur de un ataque de distracción por parte de Taiwán nunca se llevó a cabo. Ese plan había sido bloqueado por una orden de Truman sólo dos días después del ataque de los norcoreanos. Según documentos gubernamentales, Truman dijo: «He ordenado a la Séptima Flota prevenir cualquier ataque sobre Formosa [hoy Taiwán]. Como corolario de esa acción, he pedido ayuda al gobierno chino de Formosa para que cesen todas las operaciones por aire y marítimas contra tierra firme. La Séptima Flota vigilará que esto se cumpla». El general Marshall declinó también una oferta de Chiang Kai-shek de enviar chinos nacionalistas a ayudar a los norteamericanos en Corea.

Además de esas incomprensibles órdenes que restringían las opciones militares, se dio la sorprendente situación de que los comandantes rusos estuvieran dirigiendo el conflicto a ambos lados. Bajo los acuerdos de Yalta, y debido a sus suministros a Corea del Norte de armamento y tecnología militar, los oficiales militares soviéticos controlaban en gran medida la guerra. Epperson cita un comunicado de prensa del Pentágono en el que se decía que dos agentes soviéticos se encargaban de los movimientos a través del Paralelo 38. A uno de ellos, el general Vasilev, incluso se le oyó dar la orden de atacar el 25 de junio de 1951.

La cadena de mando del general Vasilev iba de Corea, hasta Moscú y de allí hasta el subsecretario General de Asuntos Políticos y del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. A su vez, la cadena de mando del general MacArthur iba desde el presidente

Truman hasta, asimismo, el subsecretario General de Asuntos Políticos y del Consejo de Seguridad, puesto ocupado en esas fechas por el ruso Constantine Zinchenko. Eso significaba que los oficiales soviéticos supervisaban la estrategia de guerra de Corea del Norte mientras, por otro lado, informaban a un colega oficial soviético que coordinaba el esfuerzo de guerra de los aliados.

«En efecto, los comunistas estaban dirigiendo ambos bandos de la guerra», escribió Griffin. Lo que los anteriores autores de la conspiración no tuvieron en cuenta fue que la Rusia comunista había sido financiada y controlada, desde el principio, por el núcleo principal de las modernas sociedades secretas de los Estados Unidos.

Finalmente, la guerra llegó a un punto muerto que acabó con un armisticio firmado el 27 de julio de 1953, seis meses después de que el general Dwight Eisenhower se convirtiera en presidente de los Estados Unidos.

Hablando de que por primera vez en su historia militar, los Estados Unidos no habían conseguido la victoria, MacArthur afirmó más adelante que «nunca antes esta nación había entablado un combate mortal con un poder hostil sin un objetivo militar, sin otra política que las restricciones gubernamentales de las operaciones, o incluso sin reconocer formalmente el estado de guerra». Esto sentó un precedente en los Estados Unidos que continúa obsesionándonos hoy en día.

Pero ¿había allí de nuevo un propósito oculto en ese aparentemente conflicto inmotivado, uno que afectara a los círculos más elevados de las sociedades secretas? Un artículo de *Foreign Affairs* de 1952 decía: «El sentido de nuestra experiencia en Corea, tal como yo lo veo, es que hemos hecho un progreso histórico hacia el establecimiento de un sistema viable de seguridad colectiva». Así pues, Corea era otro paso adelante en el logro de los objetivos de la CFR, de consecución de un Gobierno Mundial respaldado por un mando militar unificado como la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). El miembro del CFR Dean Acheson admitió más tarde: «La única razón que le di al presidente para combatir en Corea fue validar la OTAN».

Tanto la OTAN como los Estados Unidos fueron resultado del acontecimiento más trascendental del siglo XX, la segunda

guerra mundial, y una vez más el investigador diligente encuentra la inconfundible huella de las sociedades secretas.

El nacimiento del culto nazi

Con todo lo difícil de creer que pueda resultar para norteamericanos criados con películas de propaganda de guerra y publicaciones meramente dedicadas a la tecnología de guerra y batallas, la segunda guerra mundial fue casi en su totalidad resultado de luchas internas entre sociedades secretas ocultas compuestas de ricos hombres de negocios que en un momento determinado condujeron a tensiones internacionales que desembocaron en una guerra abierta.

Al igual que en otros conflictos, la manipulación e influencia de estas sociedades se encuentra en los orígenes y las razones económicas de la guerra y no en los campos de batalla. Actualmente existen abundantes pruebas que indican que la segunda guerra mundial fue propiciada por agentes y miembros de sociedades secretas conectadas a los Illuminati y a la francmasonería, tanto en Alemania como en Gran Bretaña. Fue en esta «guerra buena», donde las sociedades místicas más antiguas, que buscaban la libertad, tanto de la iglesia como del estado, se convirtieron en modernas sociedades secretas preocupadas principalmente por la riqueza, el control y el poder.

«El mismo sir Winston Churchill (...) insistía en que el ocultismo del Partido Nazi no debía ser revelado al grueso de la población bajo ninguna circunstancia», escribió el autor Trevor Ravenscroft, quien afirmaba haber trabajado estrechamente con el doctor Walter Johannes Stein, un consejero confidencial de Churchill. «El fracaso de los Juicios de Nuremberg para identificar la naturaleza del mal subyacente tras la fachada de nacional-socialismo lo convencieron de que debían pasar tres décadas más antes de que la gran parte de los lectores pudieran comprender los ritos de iniciación y las prácticas de magia negra del núcleo duro del mando nazi.»

Esta destacable declaración fue corroborada por Airey Neave,

uno de los fiscales de Nuremberg, que dijo que los aspectos ocultos de las actividades nazis se consideraron inadmisibles porque el tribunal temía tanto las implicaciones psicológicas como espirituales de las naciones occidentales. Asimismo pensaban que estas creencias, tan alejadas del racionalismo común, podían ser utilizadas para montar una defensa basada en la locura de los líderes nazis¹.

La historia identifica a Adolf Hitler como una figura dominante en la guerra, así que, para entender la implicación de las sociedades secretas, hay que entender en primer lugar a Hitler y los orígenes de las sociedades secretas. Existen muchos libros, artículos e incluso reportajes televisivos que documentan los vínculos de los nazis de Hitler con las sociedades ocultas, pero pocos han puesto de manifiesto que Hitler era una creación suya.

Para comprender perfectamente cómo y por qué Hitler fue creado se deben estudiar a fondo las sociedades secretas que operaban en torno a él, así como las conexiones de éstas con los servicios de Inteligencia militares.

Los nazis de Adolf Hitler eran mucho más que un simple movimiento político. Se veían a sí mismos liderando un movimiento cuasi-religioso nacido al margen de las sociedades secretas cuyos objetivos eran los mismos que los de los Illuminati y la francmasonería. «Ellos eran un culto (...) [y] como sucede con cualquier culto, sus mayores enemigos eran otros cultos», apunta Peter Levenda en un bien documentado libro que trata de los nazis y lo oculto.

El mismo Hitler lo reconoció así al afirmar: «Todos los que creen que el Nacionalsocialismo es simplemente un movimiento político, saben muy poco acerca de él. Es más que una religión, es la determinación de crear un hombre nuevo».

Este culto nazi se desarrolló a partir de una diversidad de organizaciones, teologías y creencias presentes en Alemania a finales de la primera guerra mundial —todas derivadas de los misterios de grupos más antiguos, como los Illuminati bávaros, la *Germanenorden*, la francmasonería y los Caballeros Teutones.

Un prerrequisito para comprender sus antecedentes es prestar la debida atención a *Los protocolos de los eruditos ancianos de Sión*, también conocido como *Los Protocolos de Sión*, una lista de procedimientos para dominar el mundo. Es posible que este do-

cumento haya causado más estragos que casi ninguna otra obra literaria en la historia reciente.

Una primera versión de los *Protocolos* apareció en la Francia de 1864, en un libro titulado *Diálogo en el infierno entre Maquiavelo y Montesquieu o las políticas de Maquiavelo en el siglo XIX por un contemporáneo*. Fue publicado anónimamente por un abogado francés llamado Maurice Joly y se interpretó como una sátira política en contra de las maquinaciones de Napoleón III inspiradas en Maquiavelo. Según se dice, Joly era amigo de Victor Hugo, y ambos eran miembros de la Orden de los Rosacruces, una sociedad secreta que puede haber influido en su escritura. Al descubrirse su identidad, Joly fue sentenciado a quince meses de prisión por su impertinencia y su libro fue prácticamente olvidado.

A mediados de la década de 1890, el oscuro libro de Joly fue reescrito y ampliado con material antisemita por orden de la Oj-rana rusa, la policía secreta del zar. Se añadió el trabajo de un escritor religioso de nombre Serguéi Nilus y se publicó para hacerlo coincidir con la fundación del primer movimiento sionista (que pretendía el regreso a Palestina) en el Congreso Mundial de Judaísmo en 1897, que tuvo lugar en Basilea, Suiza. Los *Protocolos* se incluyeron como un apéndice en el libro de Nilus, tendenciosamente titulado *El anticristo está cerca*.

El objetivo era aliviar la presión pública sobre el zar mediante el retrato de los revolucionarios rusos como instrumentos de la conspiración judía internacional. El documento sostenía que una camarilla de judíos y francmasones unirían sus fuerzas para crear un Gobierno Mundial liberal y socialista, una teoría conspirativa todavía activa en algunas partes.

Los *Protocolos* todavía hoy en día dejan helados a sus lectores con su profética descripción de los métodos de la tiranía de unos pocos. Su mensaje encaja bastante bien con los elitistas puntos de vista de hombres como Cecil Rhodes y los Rothschild. «Nosotros somos los elegidos, sólo nosotros somos los hombres verdaderos. Nuestras mentes proclaman el verdadero poder del espíritu; la inteligencia del resto del mundo es meramente instintiva, animal. Ellos ven, pero no prevén ni inventan nada más que cosas materiales.

¿No está muy claro que la propia naturaleza nos ha predestinado para dirigir y gobernar el mundo?»,² se lee en los *Protocolos*.

«Cuando lleguemos a eso que llaman “el comportamiento oficial” adoptaremos una táctica opuesta al engaño y el artificio aparentando ser sumamente honrados y conciliadores. Las palabras de un estadista no tienen por qué concordar con sus actos. De este modo, los gobiernos de los gentiles, a los que hemos enseñado a ver solamente los asuntos por el lado más deslumbrador de los negocios, que es el que siempre les presentamos, nos considerarán todavía como los bienhechores y salvadores de la humanidad. Si cualquier Estado se nos resiste, si sus vecinos, a su vez, hicieran causa común con ellos contra nosotros, desencadenaríamos una guerra mundial.»³

Los *Protocolos* continúan explicando que el objetivo de la dominación mundial se conseguirá mediante el control de lo que el público piensa, lo que escucha, con la creación de nuevos conflictos o la restauración de viejas órdenes, extendiendo el hambre, la miseria y las plagas, con la seducción y la destrucción de la juventud. «Por todos estos medios oprimiremos de tal modo a las naciones, que se verán obligadas a ofrecernos el dominio del mundo»,⁴ proclaman.

Algunos de los veinticuatro *Protocolos* llevan un pequeño resumen. De creer lo que dicen, establecen una clara conexión entre la francmasonería y los Antiguos Misterios, así como un sorprendente mapa de la conquista del mundo. Puesto que los *Protocolos* fueron reescritos y atribuidos a los judíos antes de la primera guerra mundial con la finalidad de azuzar los sentimientos antisemitas, su uso del término *goyim*,⁵ una palabra infamante para referirse a los no judíos, aquí ha sido sustituida por el término «masas». Algunos puntos pertinentes son:

— El plan del protocolo «será invisible hasta el momento en que haya ganado tanta fuerza que ninguna astucia pueda socavarlo». (Protocolo 1)

— «Para nuestros proyectos las guerras no deberían reportarnos ninguna ganancia territorial» (Protocolo 2).⁶

— «Para no llamar la atención de las masas respecto a nuestra política, es esencial distraerlos y desviar su atención hacia el

comercio y la industria, de forma que las naciones luchen por sus intereses particulares y no reparen en su enemigo común» (Protocolo 4).⁷

— «Queremos formar un gobierno centralizado y fuerte» (Protocolo 5)⁸ «... Debemos emplear todos los medios de que dispongamos para que la idea del supergobierno adquiera rápidamente gran popularidad, presentándolo como el protector y el recompensador de todos aquellos que voluntariamente se nos sometan⁹... Pronto estableceremos grandes monopolios¹⁰...» (Protocolo 6).

— «El incremento de las armas y el aumento de las fuerzas de policía son esenciales... [para que] en todos los Estados del mundo, incluido el nuestro, [existan] sólo las masas proletarias, unos pocos millonarios dedicados a nuestros intereses, policía y soldados» (Protocolo 7).

— «Confiamos [el gobierno] a personas cuyos antecedentes y reputación sean tan malos que se establezca una gran separación entre ellos y la nación; a hombres de tal calaña que, en el caso de que quebrantaran nuestras órdenes, estén completamente seguros de que serán juzgados y condenados...»¹¹ (Protocolo 8).

— «Hemos embrutecido y corrompido a los jóvenes enseñándoles principios y teorías que sabemos de antemano que son enteramente falsos»¹² (Protocolo 9). «Destruiremos la importancia de la familia y sus valores educativos [entre las masas]»¹³ (Protocolo 10).

— ¿Para qué creéis que hemos inventado e inspirado a las masas toda esta política, sin darles medios de comprenderla?, ¿para qué si no para conseguir secretamente lo que no podíamos alcanzar luchando abiertamente? Ésta ha sido la base de la organización de la francmasonería secreta, cuyos designios no son ni siquiera sospechados por los ignorantes, atraídos por nosotros al ejército visible de las logias para desviar de nosotros las miradas de sus hermanos»¹⁴ (Protocolo 11).

— «¿Qué papel representa actualmente la prensa?... Sirve para encender las pasiones y para fomentar los egoísmos de los partidos. Es vana, injusta, mentirosa; la mayoría de los hombres no comprende para qué sirve. Nosotros la ensillaremos y embri-

daremos...¹⁵ Ni un simple anuncio llegará al público sin nuestro control...» (Protocolo 12).

— «La necesidad del pan cotidiano mantendrá [a las masas] en silencio y convertidas en nuestros humildes siervos... Con el fin de que no piensen por sí mismos, distraeremos su pensamiento con juegos, diversiones, casas públicas [en esa época no había TV], etc. A través de la prensa organizaremos concursos de arte, de deportes de todas clases» (Protocolo 13).¹⁶

— «Sería indeseable para nosotros que existiera otra religión que no fuera la nuestra... Por lo tanto debemos eliminar todo tipo de creencias»¹⁷ (Protocolo 14). «La libertad de conciencia ha sido declarada en todas partes, así que ahora sólo años nos separan del momento del naufragio del Cristianismo, en cuanto a las otras religiones, tendremos todavía menos dificultades en ocuparnos de ellas»¹⁸ (Protocolo 17).

— «Cuando alcancemos definitivamente nuestro reino con ayuda de golpes de Estado preparados por todas partes para un mismo día (...) nuestra tarea será evitar que haya complots contra nosotros. Para conseguirlo condenaremos a muerte a todos los que acojan nuestro advenimiento con las armas en la mano. Cualquier cosa parecida a una sociedad secreta, será también castigada con la muerte»¹⁹ (Protocolo 15).

— «En nuestro programa, un tercio (de las masas) se dedicará a vigilar a los otros por un sentido del deber, para servir voluntariamente al Estado. No será entonces vergonzoso ser un espía o delator; al contrario, será digno de alabanza»²⁰ (Protocolo 17). «Los partidos políticos no son más que el ladrido de un perro contra un elefante... Para destruir el prestigio del heroísmo, sentaremos a los autores de crímenes políticos en el banquillo de los acusados como si fueran ladrones, asesinos y demás criminales de delitos comunes y abominables. La opinión pública entonces... los tratará con el mismo desprecio»²¹ (Protocolo 19). «Hasta que los disidentes cometan actos manifiestos, nosotros no les molestaremos; nos limitaremos a introducir entre ellos elementos de vigilancia»²² (Protocolo 18).

Los últimos Protocolos se ocupan de las finanzas. El protocolo 20 exige un sistema tributario general, «la confiscación legal de todas las cantidades de dinero que juzgue necesarias para

regular la circulación del dinero del Estado». Eso debería ir seguido por «un impuesto progresivo sobre la propiedad» y, finalmente, un impuesto sobre la renta escalonado, «un impuesto cada vez mayor en proporción al capital», así como impuestos sobre las ventas, herencia y transferencias de la propiedad.²³ Estaba en discusión «la sustitución de intereses sobre el papel moneda, dado que las crisis económicas serían producidas por nosotros con el único objeto de retirar dinero de la circulación».²⁴

Los *Protocolos* también discuten ampliamente la cuestión de los préstamos, que afirma «que, como la espada de Damocles están suspendidos sobre las cabezas de los gobernantes, los cuales, en lugar de tomar lo que necesitan de sus súbditos por medio de impuestos temporales, acuden con las manos tendidas a pedir limosna a nuestros banqueros».²⁵

Quien redactó los *Protocolos* conocía a la perfección los engranajes de la banca. En el Protocolo 20, en un pasaje que tranquilamente podría haberse titulado «La deuda nacional de los Estados Unidos», se dice: «El crédito es la emisión de valores del Estado que trae consigo la obligación de pagar intereses según la suma percibida a un tipo determinado. Si el crédito está emitido a un 5 %, a pagar en 20 años, al cabo de este tiempo el Estado habrá pagado inútilmente en intereses una cantidad igual al crédito. En 40 años habrá pagado el doble, en 60 años el triple; y la deuda quedará siempre sin pagar».²⁶

El autor también determinó que nadie se imaginaría lo que estaba sucediendo. «Controlaremos de tal modo nuestro sistema financiero que ni un gobernante ni el más insignificante servidor público podrá desviar la más pequeña suma de dinero sin que sea detectado o dirigido en otra dirección...»

Los *Protocolos* también demuestran una conexión con los Antiguos Misterios, al referirse a las líneas de parentesco por consanguinidad como «la semilla de David», «misterios secretos» e incluso «la serpiente simbólica», un icono de los cultos más tempranos.

El mismo Nilus estaba absolutamente cautivado por los *Protocolos*. Con un tono bastante similar al de los telepredicadores de hoy en día, escribió, en 1905, que esperaba «poner en guardia a

aquellos que todavía tienen oídos para escuchar y ojos para ver los acontecimientos que se precipitan en el mundo a una velocidad terrible: conflictos, guerras, rumores, hambrunas, epidemias, terremotos; todo lo que incluso ayer era imposible, hoy es un hecho consumado... Los agravios seculares y los cismas deben ser todos olvidados ante la inminente necesidad de prepararse para la llegada del Anticristo».

A pesar de su dudoso origen, los *Protocolos* fueron tomados en serio por mucha gente poderosa, incluido el káiser alemán Guillermo II, el zar de Rusia Nicolás II y el industrial norteamericano Henry Ford, quien los utilizó para ayudar a persuadir al Senado estadounidense de no sumarse a la Liga de las Naciones del presidente Wilson.

Por su parte, el plan de la Ojranka ayudó enormemente a este cometido. Hubo una contrarrevolución, y los progromos contra los rusos judíos fueron instituidos por vigilantes llamados «Guardia Negra», encolerizados por la propaganda zarista. La continua inestabilidad y violencia desencadenaron finalmente en la revolución rusa de 1905, durante la cual los elementos pro zaristas sacaron a relucir de nuevo los *Protocolos* para exaltar a la población.

Hitler vio los *Protocolos* como una proclamación real a pesar de las pruebas de su falsedad. En *Mi lucha* escribió: «Los *protocolos de Sión* están falsificados», gime como siempre el *Frankfurter Zeitung*, lo que constituye una prueba más de que todo es verdad. Lo que muchos judíos tal vez hagan inconscientemente, se encuentra aquí al descubierto. Pero el punto capital es que no importa en absoluto saber de qué cerebro judío provienen tales revelaciones. Lo decisivo es la manera cómo esas revelaciones se hacen realidad, con una seguridad impresionante. La mejor comprobación de esos escritos la proporciona la propia realidad. Quien examine la evolución histórica del último siglo, desde el prisma de este libro [los *Protocolos*], comprenderá los ataques de la prensa judía, pues el día en que ese documento sea conocido por todo el mundo, se habrá neutralizado el peligro del judaísmo».

Konrad Heiden, un antinazi contemporáneo de Hitler, a la vez que negaba la autenticidad de los *Protocolos*, también veía algo

verosímil en ellos. «Hoy en día la falsificación se puede demostrar de manera incontrovertible, aunque algo infinitamente significativo permanece: un texto sobre la dominación del mundo (...) el gran principio de luchas sin precedente para preservar el poder; la filosofía de la clase dirigente de una jerarquía natural, o de las diferencias innatas entre los hombres. A la que ese principio se manifiesta en forma de acontecimientos históricos, asume inmediatamente el aspecto de la conspiración (...) Por lo tanto, el espíritu de los *Protocolos* contiene una verdad histórica, aunque todos los hechos presentados en ellos sean una falsificación».

Es esa posibilidad de una «verdad histórica» la que ha mantenido en circulación los *Protocolos* desde el principio. Hoy, los escritores modernos de la conspiración lo consideran como un programa real, precedente del nazismo y el comunismo. Algunos afirman que el francés Joly simplemente incorporó en su libro conceptos que obtuvo como miembro de una sociedad secreta. David Icke advirtió una «notable semejanza» entre los *Protocolos* y documentos secretos confiscados de los misteriosos Illuminati bávaros de finales del siglo XVIII. «Yo los llamo los *Protocolos* de los Illuminati», escribió Icke no sin argumentos teniendo en cuenta las numerosas referencias masónicas incluidas en ellos.

Los autores de *El enigma de lo sagrado* apuntan algo incluso más intrigante respecto a los *Protocolos*. Señalan que la edición original de Nilus contenía referencias a un rey así como a un «reino masónico», conceptos claramente ajenos a la tradición judía. Además, ese texto concluía con la frase: «firmado por representantes de Sión del Grado 33».²⁷

Esos autores afirman que Nilus produjo «un texto radicalmente alterado» a partir de un original legítimo redactado por «algunas organizaciones masónicas o sociedades secretas orientadas hacia la masonería, que incorporaron la palabra "Sión" y que podían incluso haber sido un anteproyecto para infiltrar la francmasonería y obtener el dominio global. Identifican una sociedad secreta como principal sospechosa: el misterioso Priorato de Sión, del que hablaremos en más profundidad más adelante.

Los *Protocolos* pueden incluso reflejar una conspiración más profunda que la destinada a alentar el antisemitismo, una inten-

ción oculta entre los secretos de mayor rango de los Illuminati y la francmasonería.

En el verano de 1917 un joven estonio judío llamado Alfred Rosenberg era estudiante en Moscú y allí un desconocido le dio un ejemplar de los *Protocolos*. Tras la revolución rusa del siguiente año, el antibolchevique Rosenberg voló a Alemania, donde utilizó el libro para conseguir entrar en una sociedad secreta de Munich, un movimiento que iba a tener consecuencias de largo alcance para el mundo.

A finales de 1918 Rosenberg presentó los *Protocolos* al editor de un antiguo periódico de Munich llamado Dietrich Eckart. A Eckart, un *bon vivant* al que le gustaba empinar el codo y uno de los poetas más famosos de la época, le embelesó la idea de un plan para dominar el mundo. Presentó a Rosenberg a sus compañeros de la *Thule Gesellschaft* o Sociedad Thule, un grupo de «tertulias literarias» creado por el barón Rudolf Freiherr von Sebottendorff. Esta sociedad era simplemente una filial de otra sociedad más secreta, la *Germanenorden* u Orden de los Germanos. Ambas eran organizaciones nacionalistas antisemíticas aderezadas con creencias en lo sobrenatural. Eckart afirmaba ser un «místico cristiano» que, según un artículo escrito por Rosenberg tras el fallecimiento de Eckart, era muy entendido en el saber popular de los antiguos hindúes sobre la Conciencia Cósmica (*Atman*) y la idea de que la realidad es en última instancia una ilusión (*Maya*).²⁸

Sebottendorff, Eckart y otros integrantes de la Sociedad Thule estaban muy influidos por las creencias de uno de los grupos secretos más importantes del siglo XX: la Sociedad Teosófica.

La Sociedad Teosófica, la Sociedad Thule y otros grupos esotéricos

El término «teosofía» deriva de las palabras griegas *theos* (Dios) y *sophia* (sabiduría) y significa «sabiduría divina».

La teosofía se popularizó en 1875, cuando la mística rusa Helena Petrovna Blavatsky fundó la Sociedad Teosófica en Nueva

York. Blavatsky había emigrado a los Estados Unidos en 1873 tras varios años de viajar e investigar por Europa y el Oriente Medio.

Entre 1877 y 1888 Blavatsky publicó material misterioso que se incluía en sus dos obras principales, *Isis sin velo* y *La doctrina secreta*. Ambas pretendían ser un apuntalamiento pseudocientífico para la religión, entonces muy debilitada debido a los descubrimientos científicos y las teorías de Charles Darwin.

En 1878 Blavatski junto con su ardiente seguidor el coronel Henry Steel Olcott, del ejército norteamericano, trasladó la sede principal de la sociedad a Madrás, India, donde todavía permanece hoy en día. Las sociedades teosóficas se extendieron a lo largo y lo ancho de Oriente así como por Europa y Estados Unidos, prestando especial atención a las filosofías orientales. Esa promoción del budismo y el hinduismo influyeron en gran medida a varios movimientos de orientación religiosa como «Yo soy», la Iglesia Católica liberal, los Rosacruces, la Iglesia de la Unidad y, más recientemente, varios grupos *New Age*.

La teosofía extrae su pensamiento desde los mismos filósofos tempranos venerados por las sociedades secretas de la francmasonería, los Illuminati y de la Mesa Redonda: Platón y Pitágoras así como las Escuelas del Misterio de Egipto. Según Nesta Webster, era evidente que Blavatsky también extrajo muchas ideas de la Cábala hebrea y el Talmud, cimentando la conexión con los Antiguos Misterios.

En un texto de 1924 Webster advertía: «La Sociedad Teosófica no es un grupo de estudio sino, esencialmente, una sociedad propagandística cuyo objetivo es el de sustituir la enseñanza pura y sencilla del cristianismo por un sorprendente compuesto de supersticiones orientales, cabalismo y charlatanería del siglo XVIII...».

La sociedad de Blavatsky enseñaba que había un único creador, que existía una unidad subyacente en el universo que incluía a todos los seres humanos, que los significados secretos se hallan en todas las religiones y, lo más controvertido, que los «Grandes Maestros» o «Adeptos», a veces llamada la «Gran Hermandad Blanca», estaban dirigiendo la evolución de la humanidad en secreto.

Al formar la rama alemana de la Sociedad Teosófica, en 1884, Blavatsky transmitió sus creencias sobre reencarnación, superioridad racial y la visita de extraterrestres, a la gente que más tarde constituirían las bases teológicas del nazismo.

«Los ocultistas alemanes como Lanz von Liebenfels, Guido von List y Rudolf von Sebottendorff tomaron muchas ideas prestadas [de Blavatsky]. Intentaban demostrar que los antiguos alemanes habían sido los conservadores de una ciencia secreta que se había originado en el Edén/Atlántida», escribió el autor William Henry.

«El racionalismo que hay detrás de un buen número de proyectos nazis deriva (...) de las ideas popularizadas por primera vez por Blavatski», concuerda Levenda, quien especifica conexiones con otras organizaciones secretas europeas. «Tenemos la Sociedad Teosófica, la OTO (*Ordo Templi Orientis* o la Orden del Templo de Oriente, la Sociedad Antroposófica [de Rudolf Steiner] y la Orden de la Aurora Dorada, todas ellas entrelazadas en un abrazo incestuoso.»

Después de la primera guerra mundial, las sociedades ocultistas empezaron a mezclarse con el activismo político, especialmente en el sur de Alemania.

Munich se inundó de refugiados rusos anticomunistas y Dietrich Eckart estaba complacido de encontrar en los *Protocolos* lo que él vio como la prueba final de la durante mucho tiempo teórica conspiración mundial judeo-masónica-bolchevique. Se ocupó de su publicación inmediata y el libro se extendió con rapidez por Alemania y Europa, e incluso llegó hasta Estados Unidos. «El modo en que circularon *Los protocolos de los sabios de Sión*, parecería indicar la existencia de una red internacional de conexiones secretas y fuerzas cooperantes (...) descritas de manera suficientemente diáfana en los propios *Protocolos*», comentó el autor Heiden.

Los *Protocolos* fueron especialmente bien recibidos en Alemania, donde una población afligida y empobrecida se preguntaba por qué habían perdido la guerra [la primera guerra mundial]. Sin negros, hispanos o asiáticos a mano, el papel de cabezas de turco recayó en los judíos del este de Europa. La circulación

de los *Protocolos* prendió en un antisemitismo latente durante mucho tiempo y dio como resultado una candente hoguera de odio y división.

Las facciones políticas lucharon a lo largo y ancho de la nación, con la recién llegada filosofía comunista realizando grandes avances y calando entre una población desilusionada y dependiente.

Para hacer frente a la amenaza comunista y el creciente caos, más de dos docenas de organizaciones nacionalistas de derechas brotaron sólo en Munich. Entre ellas estaba la Sociedad Thule, bautizada así a partir de la mítica tierra natal de los alemanes, Última Thule. El logo de la sociedad era una esvástica sobrepuesta a una espada.

Thule, en el imaginario de los ocultistas alemanes, era una Atlántida teutónica, una isla prehistórica mítica de las regiones nórdicas que se creía que era el hogar de una civilización hace tiempo extinguida de extraterrestres que habían perdido la conciencia de sus orígenes al cruzarse con seres humanos. Eckart, Sebottendorff y sus epígonos creían que la avanzada ciencia de Thule había sobrevivido a través de los siglos, y preservada por unos pocos selectos iniciados en su sabiduría secreta y esotérica. Los de la Sociedad Thule estaban continuamente buscando esa sabiduría mediante rituales destinados a contactar con seres superiores.

«Todo el núcleo duro del Grupo de Thule eran satánicos que practicaban magia negra», escribió Trevor Ravenscroft. «Es decir, sólo estaban preocupados por elevar su consciencia por medio de rituales hacia un conocimiento del Diablo y de inteligencias no humanas del Universo, y por conseguir un medio de comunicación con esas Inteligencias. Y el Maestro-Adepto de ese círculo era Dietrich Eckart.»

Es bien sabido que en Munich, durante esos turbulentos años de posguerra, hubo varios centenares de asesinatos «políticos» y secuestros sin resolver. «Es entre esas personas desaparecidas, la mayoría de las cuales eran judíos o comunistas, donde debemos buscar las “víctimas propiciatorias”, asesinadas en ritos de “magia astrológica” oficiados por Dietrich Eckart y el círculo más ín-

timo de la Sociedad Thule», denunció Ravenscroft, quien afirmaba que era un «hecho de sobra conocido» que los thulistas eran una «sociedad de asesinos».

Asesinos o no, lo cierto es que, el 7 de abril de 1919, cuando los comunistas revolucionarios dominaron Munich durante un corto período de tiempo proclamando una República bávara soviética, las únicas personas a las que persiguieron y ejecutaron como subversivos peligrosos fue a los miembros de la Sociedad Thule, incluido su joven secretario el príncipe Von Thurn und Taxis. El 3 de mayo, veteranos del ejército entre los que estaban los *Frei Korps* con sus cascos adornados con la esvástica de la Sociedad de Thule, liberaron Munich de los bolcheviques. Fue la última amenaza seria del comunismo para Alemania hasta después de la segunda guerra mundial.

Los monárquicos y empresarios de Thule sabían que tenían que ganarse el apoyo de los trabajadores de base si querían derrotar a los sindicatos abarrotados de socialistas. Para acabar con ellos, adoptaron una doble estrategia. Mientras los líderes empresariales, militares e intelectuales conspiraban en los encuentros de la Sociedad de Thule que se celebraban en el Four Seasons Hotel, se formó una segunda organización de trabajadores manuales, el Partido de los Trabajadores alemanes, dirigido por el comentarista de deporte Karl Harrer y el ferroviario Anton Drexler. Según los editores del *Time-Life*, «la Sociedad [Thule] había contactado con Drexler porque esperaba fomentar una revolución de trabajadores pero no sabían nada sobre trabajadores».

El partido se creó en enero de 1919, con la fusión del Comité de Trabajadores Independientes de Drexler y el Círculo de Trabajadores políticos liderados por Harrer. El Círculo había sido fundado por el teosofista Sebottendorff, quien contribuyó también a la creación de la secreta Orden de los Germanos.

La *Germanenorden* era una sociedad que seguía el modelo de los francmasones, pero eran decididamente antimasones y antisemitas, con complejas ceremonias y ritos de iniciación que ensalzaban las glorias de la mitología germánica y de los medievales Caballeros Teutones, formados a partir de los Caballeros Templarios.

El renombrado biógrafo de Hitler, John Toland, describió a Sebottendorff sólo como «un hombre misterioso» y un devoto de Platón. Como se supo más tarde, Sebottendorff se llamaba en realidad Rudolf Glauer, el hijo de un ingeniero de ferrocarriles de Dresde. El conde decía haber sido adoptado legalmente por el conde Heinrich von Sebottendorff y con derecho a heredar el título. Eckart y otros declinaron exponer su verdadera identidad por temor a que desacreditara su causa.

Ampliamente percibida como subversiva, la *Germanenorden* de Sebottendorff propició la creación de la Sociedad Thule para que les sirviera como organización tapadera. «La concepción primigenia de los modernos thulistas era extremadamente simple e ingenua», escribió Ravenscroft. «Las versiones más sofisticadas de la leyenda de Thule fueron siendo gradualmente desarrolladas por Dietrich Eckart y el general Karl Haushofer, y más tarde refinadas y extendidas bajo la dirección del *Reichsführer* SS Heinrich Himmler, quien aterrorizó a gran parte del mundo académico alemán para que lo ayudaran a sustentar profesionalmente, y por tanto a perpetuar, el mito de la superioridad racial alemana.»

Según William Bramley, Haushofer era miembro de «Vril», otra sociedad secreta basada en un libro del británico rosacruz lord Bulward Litton, sobre la visita de una «super-raza» aria a la Tierra en un pasado remoto. Haushofer fue mentor tanto de Hitler como de su ministro Rudolf Hess. Himmler era otro miembro destacado de la Sociedad del Vril.

Haushofer había viajado mucho por el Extremo Oriente antes de convertirse en general del ejército del káiser. «Sus tempranas asociaciones con influyentes hombres de negocios japoneses y estadistas fueron cruciales para la formación de la alianza germano-japonesa en la segunda guerra mundial», escribió Levenda. «Fue también el primer nazi de alto rango en entablar importantes relaciones con los gobiernos sudamericanos en anticipación de acciones políticas y militares contra los Estados Unidos; relaciones que posteriormente servirían a los criminales de guerra —y ocultistas nazis— que escaparon a los procesos de Nuremberg». Haushofer, siendo profesor de la Universidad de Munich, elaboró

la política de Hitler de *Lebensraum*, el «espacio vital» para una Alemania castigada duramente en el Tratado de Versalles.

Respaldo por los violentos matones camisas pardas de las SA de Ernst Röhm, e incitado por diatribas antisemitas y antibolcheviques, el joven Partido Obrero Alemán se unió a la creciente oposición al inestable gobierno de Weimar.

Eckart, que era miembro tanto del incipiente partido como de la Sociedad Thule, se dio cuenta de que el Partido Obrero Alemán necesitaba un líder. «Necesitamos a alguien al mando, capaz de soportar el sonido de una ametralladora. Que sepa meter miedo a la chusma. No podemos nombrar a un oficial porque el pueblo ya no los respeta. Lo mejor sería un trabajador que supiera cómo hablar... no necesitaría mucho seso... Debe ser soltero, después ya le buscaremos mujeres»,²⁹ comentó a los miembros durante un encuentro en 1919.

La llegada del líder

Eckart encontró a ese líder en la persona de un agente de la Inteligencia militar enviado para infiltrarse en el partido: un pintor fracasado nacido en Austria llamado Adolf Hitler, descrito en una ocasión como «un hijo del Iluminismo».

Se ha documentado con profusión cómo Hitler compartía los intereses de Eckart por lo sobrenatural y lo oculto. Siendo niño, en Austria, creció con los heroicos relatos populares de los Caballeros Teutones alemanes.

Como artista en la más absoluta miseria en la Viena anterior a la primera guerra mundial, Hitler frecuentaba las bibliotecas y las librerías de viejo poblando su mente con tradiciones esotéricas y propaganda antijudía. Admirador de Hegel y de su filosofía, también estudió historia antigua, religiones orientales, yoga, ocultismo, hipnosis, teosofía y astrología.

Según Ravenscroft, buscó incluso la iluminación al estilo de la década de 1960 mediante la ingesta de drogas alucinógenas. «Fue en la pequeña oficina trasera de la librería del viejo barrio de la ciudad donde Ernst Pretzsche [el propietario de la tienda] des-

veló a Hitler los secretos ocultos tras la astrología y el simbolismo alquímico de la búsqueda del Grial», escribió. «Fue allí también donde el siniestro jorobado le dio a su monstruoso alumno la droga con la que evocó la clarividente visión de los aztecas, el mágico peyote venerado como una deidad.»

Ravenscroft, un ex oficial británico, explica cómo Hitler, estando aún en Viena, se obsesionó con la supuesta «Lanza del Destino», según se dice la lanza de un soldado romano llamado Gaius Cassius conocido como Longinus. Según la leyenda, Longinus atravesó con esa lanza el costado de Jesús cuando éste estaba en la cruz; no a modo de castigo sino para acortar por compasión su agonía. La que se afirma que es la misma lanza, se exhibe todavía hoy en el Hofburg Museum de Viena.

Y fue ahí, según Ravenscroft, donde el joven Hitler se enteró de la leyenda que dice que quien posea la *Heilige Lance*, o Lanza Sagrada, controlará el destino del mundo. En su libro, *The Spear of Destiny*, Ravenscroft teje un rico tapiz de historia y folklore germánico, en el que incluye a Hitler y la lanza junto a un detallado estudio sobre magia, ocultismo y sociedades secretas.

Ravenscroft atribuye su información tanto sobre la lanza como sobre Hitler a su mentor, el doctor Walter Johannes Stein, un científico y filósofo vienés que conoció a Hitler y más tarde se trasladó a vivir a Inglaterra. Stein le explicó cómo Hitler entró en trance «canalizando» una entidad no humana estando junto a la lanza. «La vida espiritual de Hitler no era lo suficientemente madura en ese momento como para mantener la conciencia de sí mismo y de su entorno cuando esa entidad ajena penetró en él», le explicó Stein a Ravenscroft.

Esa especie de trance fue mencionado por un miembro del auditorio durante uno de los discursos de Hitler. «No hacía más que hablar y hablar, como si se hubiera metido en una rueda sin fin, durante una hora y media, hasta quedar absolutamente exhausto (...), entonces cuando estaba rendido y jadeante, se sentó y fue de nuevo hombre sencillo y afable (...) Era como si hubiera pasado de repente a otro estado sin transición».

El propio Hitler aludió a un control metafísico. Mencionó ante varios colegas que su «voz interior» le guiaba, y una vez dijo

«sigo mi rumbo con la precisión y la seguridad de un sonámbulo». ³⁰

Asimismo, durante su estancia en Viena, Hitler se encontró con Jorg Lanz von Liebenfels, el editor de *Ostara*, una revista de temas ocultos y eróticos. Un monje cisterciense que fundó la antisemítica y secreta Orden de los Nuevos Templarios, Liebenfels y su mentor, Guido von List, buscaban revivir la hermandad medieval de los Caballeros Teutones, que tenían la esvástica como emblema.

List era un respetado autor de misticismo pangermánico hasta que fue desterrado de Viena tras descubrirse que su hermandad secreta tenía que ver con perversiones sexuales y la «magia negra medieval». Fueron las filosofías de Liebenfels y List, ensalzando la gloria del ocultismo pagano y la superioridad de la raza aria, las que propiciaron la fundación de la Sociedad Thule. «Los nombres de List y Liebenfels pronto se convirtieron en sinónimos del movimiento pangermánico *volkisch*, que finalmente desembocó en el Partido Nazi», dice el autor Levenda.

Fuera lo que fuese lo que Hitler aprendió en Viena lo cambió de una manera drástica. El antes monaguillo y devoto chico cantor católico, que hasta había considerado hacerse sacerdote, se convirtió en un ateo declarado e incluso fue acusado de practicar el satanismo. Epperson reflexionó sobre estas conexiones: «Así, la esvástica era un símbolo de la Sociedad Thule; un símbolo del Partido Nazi; algo relacionado de alguna manera con el símbolo del Sol dorado, y el sol dorado era un símbolo de Lucifer».

Algo que sustenta esa acusación de satanismo, además de mostrar la fascinación de Hitler por lo sobrenatural, es un poema que escribió en 1915 mientras servía en el ejército alemán en el frente occidental. John Toland lo reprodujo en su libro *Adolf Hitler*. ³¹

*A menudo en las noches amargas,
Voy al roble de Wotan rodeado de silencioso fulgor
Para forjar una alianza con los poderes oscuros.
La luna dibuja letras rúnicas con su mágico hechizo
¡Y todos los que durante el día están llenos de impudicia
Se vuelven pequeños ante la fórmula mágica!*

La relación de Hitler con lo sobrenatural se convirtió en algo más personal tras quedar ciego por los efectos del gas mostaza en un ataque británico la noche del 13 al 14 de octubre de 1918.

Enviado a un hospital en Pasewalk, Pomerania, la vista de Hitler fue mejorando a pesar de las noticias de la derrota de Alemania y de la firma del armisticio relatadas por un pastor que lo visitaba.

Cuando estaba consumiéndose de dolor y desesperación, Hitler experimentó una visión sobrenatural. «Como san Juan, oyó voces que lo llamaban a salvar Alemania», escribió Toland. «Y de repente, “sucedió un milagro”: las tinieblas que rodeaban a Hitler se evaporaron. ¡Nuevamente podía ver! Entonces juró solemnemente, prometió, que se haría “político y dedicaría todas sus fuerzas a cumplir la orden recibida”».

Peter Levenda vio la experiencia de Hitler como «una especie de visión mística, parecida a la que experimentó Guido von List muchos años antes, durante su ceguera temporal —o como la de Saúl, que se quedó ciego en su camino hacia Damasco—, con motivo de la cual Adolf Hitler cambió desde ese momento».

A su llegada a Munich, tras la guerra, al cabo Hitler se le asignó un trabajo de baja categoría, el de guardia de prisioneros, hasta el golpe de estado comunista en la primavera de 1919. Cuando el *Reichswehr* fue evacuado, Hitler se quedó allí para espiar a los revolucionarios. Posteriormente, cuando el ejército y los *Freikorps* retomaron Munich, era Hitler quien recorría las filas de los prisioneros comunistas señalando a los cabecillas para que fueran ejecutados.

Como recompensa a su trabajo clandestino, Hitler fue destinado al Departamento de Prensa y la Agencia de Noticias del ejército alemán. En otoño de 1919 se le encomendó espiar a varios grupos revolucionarios que estaban brotando en la tumultuosa escena política de Baviera. El comandante de Hitler, capitán Karl Mayr recuerda que Hitler parecía «un cansado perro callejero en busca de un dueño (...) dispuesto a unirse a la suerte de cualquiera que le mostrara amabilidad» y «totalmente desinteresado del pueblo alemán y su destino».

Hitler recordaba: «Un día recibí órdenes de mis superiores de averiguar qué había tras una presunta sociedad política que, con el nombre de Partido Obrero Alemán, tenía la intención de convocar un mitin (...). Tenía que ir allí, investigar sobre esa sociedad e informar al respecto». Una vez llegado a la cervecería Sterneckbrau, no se quedó demasiado impresionado. «Encontré allí entre 20 y 25 personas, la mayoría gente de los estratos más bajos de la sociedad», escribía Hitler. El joven agente militar dejó atónita a la pequeña concurrencia argumentando en contra de una propuesta de que Baviera rompiera sus vínculos con Prusia.

Para su sorpresa, unos pocos días más tarde una tarjeta llegó a su barracón informando a Hitler de que había sido aceptado como miembro del Partido Obrero Alemán. «No sabía si enojarme o echarme a reír», escribió. «No tenía intención alguna de unirme a un partido ya hecho, sino que deseaba crear un partido propio.» Sin embargo, por indicación de sus superiores, Hitler volvió.

Uno de los primeros miembros del Partido Obrero Alemán fue Eckart, de quien se ha dicho a menudo que fue el fundador espiritual del Nacionalsocialismo. Eckart vio en Hitler el líder maleable que estaba buscando y que muy pronto presentó en los círculos sociales de la derecha de Munich y a sus amigos intelectuales de la Sociedad Thule.

A pesar de que muchos historiadores han restado importancia al papel de Eckart tanto en las prácticas metafísicas como en la fundación del Partido Nazi, es significativo que Hitler comprendiera claramente la importancia de Eckart. Acaba su infame libro *Mi lucha* con estas palabras: «Y quiero recordar también [entre los héroes nazis] al hombre que, como uno de los mejores, mediante sus palabras, su pensamiento y, finalmente, sus hechos, consagró su vida al resurgir de nuestro pueblo: Dietrich Eckart».

Cuando Eckart yacía agonizante en su lecho, en 1923, dijo: «¡Seguid a Hitler! Él bailará, pero soy yo quien le ha marcado el tono. Lo inicié en la "Secreta Doctrina", abrí su mente y le di los medios para comunicarse con los Poderes. No lloréis mi muerte: influiré en la historia más que ningún otro alemán».

La «Secreta Doctrina», impartida a Hitler por Eckart y el profesor Haushofer de la Universidad de Munich, era una amalgama

de conceptos y filosofías sacados en gran parte de la obra de Madame Blavatsky y su Sociedad Teosófica.

Mezcla de misticismo oriental, ocultismo e historia oculta, la doctrina era un intento de comprender el origen del hombre. Según Ravenscroft: «Cuando el Tercer Ojo [que muchos creen que es la glándula pineal entre los ojos] se abre a una visión total del Archivo Akashico [la mística memoria oculta de la humanidad], el iniciado [a la Doctrina Secreta] se convertía en un testimonio viviente de toda la evolución del mundo y de la humanidad. Viajando a través de tremendas visiones del tiempo, el verdadero espíritu originario de la Tierra y el hombre era revelado, y se podía asistir al destino revelado de la humanidad a través de las siempre cambiantes condiciones de la vida y los ciclos de desarrollo».

En esa doctrina, los visitantes no humanos de la Tierra producidos mucho tiempo atrás por manipulación genética de «híbridos humanos y divinos, una especie de dioses humanos» divididos en varias sub-razas —los rmoahal, los tlavatli, los tolteca, los turania, los arios, los acadios y los mongoles—. Durante ese proceso se produjeron muchos errores, que produjeron los «gigantes» de la Biblia y la mitología nórdica. Esas razas vivieron a través de ciclos progresivos de vida en tiempos de la fabulosa Atlántida.

Con la destrucción de la Atlántida, se dispersaron por el mundo y sus atributos mentales y físicos comenzaron a degenerar. Su tiempo de vida disminuyó considerablemente. Mientras, sus procesos mentales en el mundo material se hicieron más nítidos, «esas facultades de pensamiento y percepción sensorial se ganaron a costa de una pérdida total de los poderes mágicos sobre la naturaleza y sobre las fuerzas de la vida en los organismos humanos», escribió Ravenscroft. «Con esa pérdida de poderes intuitivos, los creadores enseñaron a esos primeros humanos que todo en la Tierra estaba dirigido por "divinidades" invisibles y que debían servir a esos dioses sin reservas. Sobre todo, les enseñaron a respetar y proteger la pureza de su sangre», añadía.

Hitler expresó esos conceptos en *Mi lucha*, al escribir: «Tribus arias (...) dominan pueblos extranjeros (...) y desarrollan la capa-

cidad intelectual y organizadora latente en ellos. A menudo, a lo largo de unos pocos milenios o incluso siglos, logran crear civilizaciones que llevan primordialmente el sello característico de sus inspiradores. (...) A la postre, empero, los conquistadores pecan contra el principio de la conservación de la pureza de su raza que habían respetado en un comienzo. Empiezan a mezclarse con los autóctonos y acaban con ello con su propia existencia. La caída del hombre en el Paraíso tuvo como consecuencia la expulsión».

Llegados a este punto, huelga plantearnos si debemos tomarnos nada de esto como algo cabal. Basta con entender que, en esos tiempos, mucha gente inteligente y con estudios se tomaba tales conceptos en serio. Y, en el caso de Hitler, esas ideas tuvieron graves consecuencias para millones de personas.

Es interesante apuntar que el término «ario» (una palabra de origen sánscrito que significa «noble») hasta la llegada de Hitler se solía utilizar sólo para referirse a individuos que hablaban lenguas indoeuropeas más que para aludir al concepto de raza. No obstante, tanto en los estudios eruditos como en los ocultistas, el término se usa también para referirse a una estirpe que hablaba lenguas indoeuropeas y que procede de tiempos prehistóricos. El origen de esos individuos era desconocido, pero debido a características comunes de lenguaje muchos estudiosos creen que procedían del norte de Europa. Una rama de esos «arios» se sitúa en la actualidad en Irak y se relaciona con antiguas historias de divinidades que vinieron del cielo.

Una segunda ramificación llegó a la India y se mezcló con la población existente. Se les menciona en los Vedas hindúes, también en conexión con unas divinidades que se trasladaban en aparatos voladores llamados *vimanas*. Todo comienza a sonar sorprendentemente similar a la creencia teosófica de visitantes extraterrestres.

Hitler, apoyado por fondos de la unidad de Inteligencia del ejército del capitán Mayr y los fanáticos anticomunistas de Thule a través de Eckart, se hizo rápidamente con el control del Partido Obrero Alemán, que pronto contó con tres mil miembros. Levenda dice que Mayr informaba a industriales adinerados y oficiales militares que operaban fuera del Four Seasons Hotel, lo

que indicaría una conexión entre Inteligencia Militar y la Sociedad Thule.

En abril de 1920, Hitler cambió el nombre del partido por el de *Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei*, el Partido Nacionalsocialista Alemán del Trabajo, conocido popularmente por el nombre abreviado de Partido Nazi. Al año siguiente, el partido adquirió un periódico, el *Voelkischer Beobachter* (el Observador Racial) con financiación secreta del ejército y colocó a Eckart al frente. «A principios de 1923, el *Voelkischer Beobachter* se convirtió en un diario y, por tanto, dio a Hitler lo que todo partido político alemán necesitaba, un periódico de publicación diaria en el que pregonar el evangelio del partido»³² —escribió William Shirer. A partir de ese momento, la maquinaria nazi empezó a avanzar inexorablemente.

Es evidente que los nazis nunca hubieran existido sin la ayuda y el apoyo del *Reichswehr* alemán y la secreta Sociedad Thule.

Un estudio acerca de los veinticinco puntos formulados en 1920 por Hitler, Drexler y Eckart como los puntos básicos del Partido Nazi, revela que muchos de ellos son casi idénticos a los ideales señalados por el marxismo, lo que muestra un origen común. También incluían directrices sobre la banca y el comercio internacional, denunciando especialmente la «esclavitud del interés».

El grupo de apoyo a Hitler

Pese a sus claras intenciones de nacionalizar y recortar el poder de las empresas internacionales y las finanzas, Hitler tuvo pocas dificultades para conseguir patrocinio de las corporaciones que vieron en el nacionalsocialismo una alternativa bienvenida ante el comunismo.

Fueron, de hecho, empresarios acaudalados de los círculos de la industria y la banca occidentales quienes garantizaron la victoria de Hitler. Después de que Hitler fuera derrotado en los comicios de 1932 en favor del anciano héroe de guerra mariscal de campo Paul von Hindenburg, treinta y nueve cabezas

visibles de los negocios, con nombres como Krupp, Siemens, Thyssen y Bosch, firmaron una petición dirigida a Hindenburg en la que pedían el nombramiento de Hitler como canciller de Alemania.

Este consenso, que facilitaba el acceso de Hitler al gobierno alemán, fue truncado en casa del banquero barón Kurt von Schroeder el 4 de enero de 1933. Según Eustace Mullins, que participó en el encuentro junto con John Foster y Allen Dules del bufete de abogados neoyorquino Sullivan and Cromwell en representación del Schroeder Bank. Al año siguiente, cuando Rosenberg fue a Inglaterra en representación de Hitler, se reunió con T. C. Tiarks, por entonces director gerente del Schroeder Bank de Londres y uno de los directores del Bank of England. Durante toda la segunda guerra mundial, el Schoreder Bank actuó como agente financiero para Alemania en territorio británico y estadounidense.

Durante mucho tiempo, Schroeder, el poderoso director de J. H. Stein & Company —banca afincada en Colonia—, dio apoyo financiero a la causa nazi con la esperanza de que contrarrestaran la propagación del comunismo. Hitler había dado su palabra a Von Schroeder de que «el nacionalsocialismo no se metería con experimentos económicos sensatos». En otras palabras, no atacaría las prácticas bancarias excepto retóricamente.

Con estas garantías y la bendición de Schroeder, Hitler fue nombrado canciller alemán por el senil presidente Hindenburg, el 30 de enero de 1933. Una semana más tarde, se declaró un incendio en el edificio del *Reichstag*, el Parlamento alemán, del que se acusó a los comunistas. Al cabo de otros pocos días, a Hitler se le concedió poder dictatorial con la aprobación de un decreto de emergencia llamado Acta Permisiva, y de forma eufemística «Decreto de protección de la nación y el estado», y se hizo cargo del control del gobierno.

El poder acumulado por Hitler empezó a alarmar al ejército y a los altos funcionarios, en especial con los tres millones de *Sturmabteilung* (SA) o Sección de Asalto de las Camisas Pardas, bajo el mando del jefe de la SA, Ernst Röhm. El ejército propuso un trato: si el poder de la SA era desmantelado, los militares jurarían lealtad a Hitler. Éste accedió, y el 30 de junio de 1934 acusó

de un complot para una revolución a Röhm y a cientos de camisas pardas, que fueron fatalmente purgados y la SA acallada.

Con la muerte de Hindenburg, a los ochenta y siete años, el 2 de agosto de 1934, Hitler fusionó la presidencia y la cancillería y se declaró comandante en jefe de las fuerzas armadas, el líder absoluto —führer— de toda Alemania.

Hitler, con el gobierno y el ejército firmemente controlados, supo que era el momento de negociar con los bancos y empresas internacionales. Lo que resultó una tarea fácil teniendo en cuenta su naturaleza multinacional.

En la década de 1930, mucha gente veía favorablemente la ideología nazi en Gran Bretaña y en los Estados Unidos. En 1934, agentes de Morgan y Du Pont llevaron a cabo un fracasado intento de instaurar una dictadura fascista en los Estados Unidos, como detallo en mi libro *Alien Agenda*.

El fabricante de automóviles Henry Ford se convirtió en un faro para Hitler, especialmente en la esfera del antisemitismo. En 1920 Ford había publicado un libro antijudío titulado *El judío internacional*. En su libro *Mi lucha*, escrito en 1924, Hitler copió libremente pasajes de Ford e incluso se refiere a él como «un gran hombre».

Ford llegó a ser un admirador de Hitler, proporcionó fondos a los nazis y en 1938 se convirtió en el primer norteamericano que recibió el más alto honor nazi para un ciudadano no alemán: la Gran Cruz de la Orden Suprema del Águila alemana.

Al igual que Hitler, las suspicacias iniciales de Ford se centraban en los financieros internacionales. «Al principio Ford hablaba solamente de los “peces gordos” y decía que él no tenía nada contra los judíos que llevaban un vida normal», recuerda Edwin Pipp, editor del periódico antisemita propiedad de Ford, el *Dearborn Independent*. «Pero más tarde declaró: “Todos son iguales”. (...) Decía que estaba convencido de que conspiraban para prolongar la guerra en beneficio propio.»³³

Ford dijo que se había enterado de eso en 1915, cuando fletó un barco hacia Europa en un intento fallido para negociar el final de guerra in situ. Ford dijo después que los propios pasajeros judíos de a bordo le habían dicho que habían sido los banqueros

internacionales judíos quienes habían planificado la guerra para sacar beneficios y que su esfuerzo por la paz sería en balde si antes no contactaba con ciertos judíos de Francia y Gran Bretaña, sin duda refiriéndose a los Rothschild.

Hitler también limitó inicialmente sus ataques verbales a los banqueros internacionales, particularmente los Rothschild. En sus discursos de principios de la década de 1920, Hitler elogió a empresarios como Alfred Krupp mientras condenaba «la rapacidad de los Rothschild, que han financiado guerras y revoluciones y empujado a la gente hacia la servidumbre del interés por medio de préstamos».

Pese a estos ataques, el poder nazi emergente siguió encontrando apoyos en Gran Bretaña, incluso del Banco de Inglaterra, controlado por los Rothschild. «El día de Año Nuevo de 1924, el destino financiero de Alemania se resolvió en Londres en una reunión entre Hjalmar Schacht, el nuevo comisario del Reich para asuntos financieros y Montagu Norman, gobernador del Banco de Inglaterra», señala John Toland. «Schacht, que ya había abolido el dinero de emergencia, empezó con una franca revelación sobre la desesperada situación financiera de Alemania.» A continuación propuso abrir un banco alemán de crédito adjunto al *Reichsbank*, pero con la potestad de emitir billetes en libras esterlinas. Schacht solicitó a Norman la mitad del capital para este nuevo banco y declaró: «Lo que busca una medida de este tipo es propiciar la colaboración económica entre el imperio mundial de la Gran Bretaña y Alemania...».

«Al cabo de 48 horas», prosigue Toland, «Norman no sólo aprobó formalmente la concesión del crédito a un interés excepcionalmente bajo del 5 % sino que además convenció a un grupo de banqueros londinenses para que aceptaran facturas que excedían sobremanera el crédito».

William Bramley habló asimismo de esas conexiones de la banca internacional: Max Warburg, un importante banquero alemán y su hermano, Paul Warburg, quien contribuyó de forma decisiva en la creación del Sistema de la Reserva Federal en los Estados Unidos, eran directores del *Interssen Gemeinschaft Farben* o I.G. Farben, el gigante químico alemán que produjo el

gas Zyklon B utilizado en los campos de exterminio nazi. H. A. Metz de I.G. Farben era director del Warburg Bank de Manhattan, más tarde absorbido por el Rockefeller Chase Manhattan Bank. La Standard Oil de Nueva Jersey había pertenecido a I. G. Farben antes de la guerra. Un director norteamericano del I. G. Farben fue C. E. Mitchell, que también era director del Banco de la Reserva Federal de Nueva York y del Warburg's National City Bank. El presidente del I.G. Farben en Alemania, Hermann Schmitz, había formado parte de las directivas del Deutsche Bank y del Bank for International Settlements. En 1929, Schmitz fue elegido presidente del comité del National City Bank, actualmente Citibank.

Paul Manning, corresponsal de los servicios informativos de la CBS en Europa durante la segunda guerra mundial, escribió que tiempo atrás, Schmitz había tenido «tantas acciones de la Standard Oil de Nueva Jersey como los Rockefeller». Schmitz también controlaba once compañías de la I. G. Farben en Japón. Después de la guerra, veinticuatro ejecutivos de la I. G. Farben fueron procesados en Nuremberg por crímenes contra la humanidad, incluida la construcción y el mantenimiento de los campos de concentración y la utilización de mano de obra esclava.

La American I. G. Chemical Corporation, subsidiaria norteamericana de la I. G. Farben, demostró ser una fuente continua de información relevante para los nazis a lo largo de la guerra, como reveló el ministro de Economía alemán doctor Max Illner, quien escribió que «mucho de la información que recibimos continuamente [de la Chemical Corporation] es indispensable para nuestras observaciones de las circunstancias de los Estados Unidos... [y] es, desde el principio de la guerra, una importante fuente de información para los departamentos gubernamentales, económicos y militares».

Financiar el rearme de Alemania, pese a estar violando con ello el Tratado de Versalles, demostró ser tan provechoso como peligroso para la paz en Europa.

Otro seguidor norteamericano de Hitler era Joseph P. Kennedy, padre del futuro presidente. El 3 de mayo de 1941, el presidente Roosevelt fue informado por el director del FBI J. Edgar

Hoover de que «Joseph P. Kennedy, el ex embajador en Gran Bretaña, y Ben Smith, un operador de Wall Street, en algún momento del pasado tuvieron un encuentro con [el comandante en jefe de las fuerzas aéreas nazis] Hermann Goering en Vichy, Francia, y que después de ello, Kennedy y Smith donaron una suma considerable de dinero a la causa alemana. A ambos se les conoce su postura muy antibritánica y proalemana».

El apoyo a Hitler continuó creciendo en Gran Bretaña. Según Howard S. Katz, «En la primavera de 1934, un selecto grupo de financieros de la ciudad en torno a Montagu Norman... [director] del Banco de Inglaterra... Hitler había defraudado a sus críticos. Su régimen no era una pesadilla pasajera sino un sistema con un buen futuro y Mr. Norman aconsejó a sus directores que incluyeran a Hitler en sus planes. No hubo oposición y se decidió que Hitler recibiera ayuda secreta del sector financiero londinense hasta que Mr. Norman hubiera presionado al Gobierno lo suficiente para hacerle abandonar su política profrancesa para una más prometedora orientación proalemana». Una considerable ayuda financiera les llegó también de sir Henri Deterding, el poderoso director de la Royal Dutch-Shell Oil, que vivía en Londres. Sus motivos tenían que ver con la esperanza de que Hitler, tras dejar claro en *Mi lucha* que pensaba someter a Rusia, haría posible que Deterding recuperara sus propiedades en los campos petrolíferos de Baku, Grozni y Maikop.

¿Por qué estos poderosos hombres de negocios, todos con vínculos financieros con el gran imperio Rothschild, apoyarían a un reconocido antijudío como Hitler? Parte de la respuesta puede estar en la asombrosa afirmación de que ¡Hitler era pariente co-sanguíneo de los Rothschild!

El doctor Walter C. Langer, un psicólogo que esbozó un psicoanálisis de Hitler durante la guerra para la OSS norteamericana, dio a conocer que, un informe secreto de la policía austríaca previo al conflicto, revelaba que el padre de Hitler era hijo ilegítimo de una campesina cocinera llamada Maria Anna Schicklgruber quien «estaba empleada como sirvienta en casa del barón de Rothschild»³⁴ en Viena, en la época en que concibió a su hijo. Al saber de su embarazo en 1837, dejó Viena y dio a luz

al padre de Hitler, Alois. Al parecer, cinco años más tarde se casó con un molinero itinerante llamado Johann Georg Hiedler. Alois llevó el nombre de su madre hasta casi los catorce años, cuando el hermano de Hiedler, Johann Nepomuk Hiedler, le ofreció legitimarlo. Debido a la letra ilegible del párroco al cambiar el registro del nacimiento, el nombre Hiedler se convirtió en Hitler, ya fuera por equivocación o para confundir a las autoridades.

Alois Hitler vivió una vida triste y malhumorada, principalmente como burócrata del gobierno, y se casó con una prima segunda, Klara Poelzl en 1885, tras obtener una dispensa episcopal especial. Adolf nació en Braunau, Austria, en 1889, cuando Alois tenía cincuenta y dos años.

Esta increíble historia pudo haber sido escrita como una imaginativa propaganda en tiempos de guerra excepto por el hecho de que la OSS nunca la hizo pública, lo que indicaría que esta historia pudo haber sido considerada demasiado delicada como para divulgarla.

La cuestión asomó a finales de la década de 1930, cuando el sobrino inglés de Hitler, William Patrick Hitler, insinuó los orígenes familiares judíos del líder alemán. Hans Frank, abogado personal de Hitler, confirmó esta escandalosa información pero el nombre Frankenberger sustituyó al de Rothschild. Cuando no se pudo encontrar ningún documento sobre los Frankenberger en Viena, la cuestión se fue apaciguando para todos menos para Hitler. Los historiadores han apuntado que el asunto de la posible ascendencia judía persiguió a Hitler durante toda su vida.

En caso de que alguien se preguntara si un Rothschild podría plantearse tontear con las sirvientas, le será instructivo saber que Ferguson, biógrafo de los Rothschild, afirma que el hijo de uno de los empleados de Salomon «recordó que hacia la década de 1840, [el Rothschild vienés] había desarrollado un entusiasmo un tanto temerario por las chicas jóvenes».

El difunto Philippe Rothschild, descendiente de Nathan, publicó en 1984 sus memorias y reveló su «escandalosa vida amorosa». Escribió: «Tuve un enorme éxito... saltando de cama en cama como una cabra montesa (...) Siempre estuve convencido de que

[mi padre] había perdido su virginidad montando a las camareras de mi abuela».

«Es posible que Hitler descubriera su ascendencia judía y su relación con los Rothschild y, consciente de su enorme poder para hacer y deshacer gobiernos en Europa, reestableciera el contacto con la familia», escribe Epperson. «Esto explicaría parcialmente el enorme apoyo que recibió del círculo de la banca internacional, íntimamente relacionado con la familia Rothschild, cuando consiguió el poder.»

Es obvio por qué ni Hitler, ni sus seguidores, ni los neonazis de hoy, ni los Rothschild, ni aquellos que desean sacar provecho de su poder internacional querrían que se hiciera pública la conexión Hitler-Rothschild.

Desde luego, sí parece que, con toda su riqueza y poder, los Rothschild sufrieron muy poco durante el holocausto de Hitler. *The New Encyclopaedia Britannica* dice con mucho tacto: «Los Rothschild, particularmente los miembros de Viena y París, durante el período nazi, preservaron el tipo de unidad familiar necesaria para soportar las desgracias».

Según el biógrafo Derek Wilson, varios miembros de la familia huyeron de milagro y de forma traumática de Europa después de las victorias alemanas de 1940, pero sigue siendo evidente que la mayor parte se reunieron a salvo en Nueva York.

Lejos de ser esos refugiados indigentes que a veces se ha retratado, algunos Rothschild jugaron un papel crucial en los esfuerzos de guerra. En mayo de 1940 fue el francés Maurice de Rothschild quien organizó un encuentro secreto en el Hotel Ritz de París entre el primer ministro francés, Paul Reynaud, su ministro de la Guerra Georges Mandel [cuyo nombre real era Rothschild aunque la realidad es que no tenía ninguna relación con la familia de banqueros] y el primer ministro británico Churchill, junto con Anthony Eden, para determinar el futuro de Francia. También estaba presente el general francés Charles De Gaulle, quien al cabo de un mes formó el gobierno francés en el exilio en Londres.

Otro miembro de la familia, lord Victor Rothschild, se ocupó de la seguridad personal de Churchill durante la guerra. Poste-

riormente fue nombrado director del poderoso Central Bankers Policy Review Staff británico. «Lord Rothschild tenía acceso a toda clase de líderes y expertos. (...) Sólo era responsable ante el primer ministro y no tenía que rendir cuentas ni ante el electorado ni ante ningún mando de la administración pública», dice Wilson.

Una excepción puede ser la de Robert Rothschild, quien durante la segunda guerra mundial rechazó vender sus propiedades francesas a Alfred Krupp, nieto del gran magnate alemán del armamento Alfred Krupp. Según la *New Encyclopaedia Britannica*, Krupp, indignado, envió a Rothschild al infame campo de la muerte en Auschwitz, donde fue gaseado. Este incidente, junto con los cargos por explotación de mano de obra esclava, llevó al nieto de Krupp ante los jueces del proceso de Nuremberg por crímenes de guerra.

Con o sin la influencia de los Rothschild, no cabe la menor duda de que la subida de Hitler al poder se debió, en gran medida, al apoyo de los más importantes bancos alemanes —la firma bancaria de Schroeder en Colonia, el Deutsche Bank, el Deutsche Kredit Gesellschaft y la enorme aseguradora Allianz.

Un ejecutivo del Deutsche Bank resumió algunos de los créditos bancarios que se concedieron durante la guerra: 150 millones de marcos a la industria aeronáutica; 22 millones a la Bavarian Motor Works (BMW); 10 millones a Daimler-Benz (Mercedes) sólo en 1943. Cifras similares fueron otra vez prestadas en 1944.

La suerte de Hitler cambia

En el cenit de su poder, dos aspectos importantes de la postura mantenida por Hitler dan un vuelco. Después del extraño viaje de su lugarteniente Rudolf Hess a Gran Bretaña, Hitler se puso en contra del ocultismo y las órdenes internacionales se volvieron contra él.

Uno de los primeros camaradas de Hitler fue Rudolf Hess, quien se convirtió en presidente del Partido Nazi. Hess también se había entregado en profundidad a los estudios metafísicos, en

especial a la astrología. Escuchaba con avidez las explicaciones del profesor Haushofer acerca de la «Doctrina Secreta» y fue alumno de la escuela antroposófica del doctor Rudolf Steiner, que utilizaba los estados más elevados de la conciencia para contactar con el mundo espiritual. Hess también fue de los primeros miembros de la Sociedad Thule.

El 10 de mayo de 1941, después de secretos pero meticulosos preparativos, Hess voló en un Messerschmitt 110 especialmente preparado hacia Gran Bretaña, donde se lanzó en paracaídas sobre la propiedad del duque de Hamilton. Por lo visto esperaba discutir una paz negociada entre Gran Bretaña y Alemania. «Veinticinco años después, en la prisión de Spandau, Hess me aseguró con toda seriedad que la idea le fue inspirada por fuerzas sobrenaturales durante un sueño», escribió el ministro nazi de Armamento Albert Speer. Otros creyeron que el vuelo de Hess fue un esfuerzo bajo mano de Hitler para acabar las contiendas en el oeste y así preparar su próximo ataque a Rusia.

Cualquiera que fuera el propósito, nada llegó a buen puerto en ese viaje. Hess fue encarcelado rápidamente en la Torre de Londres y Hitler le repudió como a un chiflado solitario. Según Speer, Hitler echó las culpas de ese viaje a la «influencia corruptora del profesor Haushofer». El general Walter Schellenberg, jefe nazi del servicio de Inteligencia extranjero, quien creía que los agentes de la Inteligencia británica podrían haber influenciado a Hess a través de Haushofer, dijo que Hess le dejó asombrado con sus creencias en «viejas profecías y revelaciones visionarias (...) Podía recitar pasajes enteros de libros de profecías, como las de Nostradamus, y otros que no puedo recordar, y también se refería a viejos horóscopos que tenían que ver con su propio destino así como el de su familia y el de Alemania».

Temeroso de que Hess revelara sus planes de ataque a la Unión Soviética, Hitler le declaró enfermo mental y prometió poner coto a «esos astrónomos». Hitler ilegalizó la práctica pública de la astrología, la lectura de manos y posos de té, las sesiones de espiritismo así como toda «organización de tipo logia francmasónica» incluida la Sociedad Teosófica, los Templarios de Oriente, la Orden de la Aurora Dorada y la Sociedad Antroposófica del doctor

Steiner. Diversos historiadores han visto en estas medidas la prueba de que Hitler no tenía ese tipo de creencias.

Levenda sostiene sin embargo que era un simple caso de peleas sobre cultos. «En general, los ocultistas no tienen ninguna dificultad en distanciarse —con las apropiadas invectivas y maldiciones astrales— de otros ocultistas con los que mantienen desavenencias filosóficas. Y prácticamente cualquier «ocultista serio» (...) no siente más que desprecio por los que leen los posos de té, los quirománticos y los astrólogos de tres al cuarto. De modo que... [yo] no encuentro ninguna contradicción en la fascinación de Hitler por el ocultismo por un lado y sus órdenes contra las prácticas ocultistas “populares” por otro».

La duplicidad en su aproximación a las ciencias ocultas no era nada nuevo en Hitler. «El Führer ridiculizaba constantemente los grupos ocultistas populares en sus discursos oficiales mientras solicitaba secretamente su asesoramiento y sus consejos lejos de los ojos fisgones de la prensa y de la supersticiosa comunidad cristiana», señaló Levenda, quien describe con sumo detalle, basándose en documentos nazis requisados, diversas expediciones de reconocimiento al Tíbet realizadas por el *Ahnenerbe-SS*, que, en 1940, entró a formar parte del mando de Himmler.

Después de anexionarse Danzig, los Sudetes y Austria, Hitler dividió Checoslovaquia con el consentimiento de Francia y Gran Bretaña en una reunión en Munich. A mediados de 1939 estaba listo para avanzar hacia Polonia, que tenía suscritos pactos de defensa mutua con las potencias occidentales.

Otra vez se necesitaba un pretexto público para la guerra. Después de semanas de creciente tensión, prisioneros muertos fueron vestidos con uniformes del ejército polaco y dejados cerca de una estación de radio fronteriza, que Hitler denunció que había sido atacada por Polonia. Como represalia, el 1 de septiembre de 1939, un millón y medio de soldados alemanes de la Wehrmacht, incluidas 55 divisiones blindadas y motorizadas entraron en Polonia al amparo de la mayor flota aérea jamás movilizada. Dispuestos en formación ante esta nueva guerra relámpago estaba el ejército polaco, que aún contaba con unidades de caballería armadas con lanzas.

Gran Bretaña y Francia cumplieron sus acuerdos de seguridad colectiva con Polonia pero no pudieron plantar cara al ataque alemán debido al tiempo y la distancia. La guerra abierta estalló el 9 de abril de 1940, cuando Hitler llevó a cabo sus incursiones contra Bélgica y Holanda. El 10 de junio, con las fuerzas Aliadas sucumbiendo en todos los frentes, el dictador italiano Mussolini, enardecido, se unió a Hitler contra Francia y Gran Bretaña. Francia cayó en cuestión de semanas y dejó sola en la lucha a la desesperada Gran Bretaña. El equilibrio de fuerzas había cambiado peligrosamente y la banca internacional debía empezar a reconsiderar su apoyo a Hitler.

Japón contra la pared

En la otra parte del mundo, las cosas estaban llegando a un punto crítico en el Imperio Japonés. Al igual que Gran Bretaña, esta nación-isla era totalmente dependiente de las importaciones para su supervivencia y con la depresión económica de finales de 1930, el país se encontraba en graves apuros. Alimentado por su propia historia, rica en sociedades que incluían caballeros combatientes (*samurai*) con un estricto código de honor (*Bushido*), Japón buscó en 1931 su propia *Lebensraum* atacando la Manchuria china. Durante los siguientes años, las fuerzas japonesas fueron apoderándose cada vez de porciones mayores de una China debilitada por la guerra civil entre los nacionalistas de Chiang Kai-shek y los comunistas.

En 1940, con Inglaterra ocupada en la guerra contra Hitler parecía claro que Estados Unidos era la única potencia capaz de frenar la expansión japonesa en el Pacífico. La animosidad entre las dos naciones se intensificó cuando Japón se vio forzado a apoderarse de más recursos en China debido al férreo embargo norteamericano que privó a la isla de materiales de primera necesidad.

En septiembre de 1940, Japón se alió con Alemania e Italia mediante el Pacto Tripartito, por el que se comprometían a la asistencia mutua en caso de que Estados Unidos entrara en la guerra.

El presidente Franklin D. Roosevelt reaccionó interrumpiendo toda exportación de petróleo norteamericano a Japón, lo que cubría el 90 % de las necesidades de carburante de ese país. El 2 de julio de 1941, Japón entró en Indochina, la más cercana alternativa de fuentes de fuel. El presidente Roosevelt respondió congelando todos los activos japoneses en los Estados Unidos. Estaba claro en los más altos niveles que la guerra entre Japón y los Estados Unidos era inevitable.

Roosevelt no olvidaba este hecho; en 1940 se encontraba enfrascado en la campaña para su tercer mandato y una de sus promesas electorales era la de mantener a los Estados Unidos lejos de la guerra en Europa. Sin embargo, la preparación para la guerra estaba ya en marcha, al menos en el hermético CFR.

El periodista Lucas dice que «en septiembre de 1939, el Council se ofreció a echar una mano en planificación a largo plazo al apurado Departamento de Estado. El Departamento aceptó y se establecieron cinco grupos de estudio: seguridad y armamento, economía y finanzas, política, territorio y acuerdos de paz. En los seis años siguientes, financiados por la Fundación Rockefeller, inundaron el Departamento de Estado con 682 memorando (...) En 1942, los grupos del Council fueron prácticamente integrados en el Departamento de Estado».

Las conclusiones de estas tareas del CFR —conocidas como el Proyecto sobre la Guerra y la Paz— fueron hechas públicas en 1940, cuando un grupo de miembros del CFR puso anuncios en la prensa diciendo que «los Estados Unidos deberían declarar inmediatamente que existe un estado de guerra entre este país y Alemania».

«Los miembros del CFR estaban interesados en aprovechar la segunda guerra mundial —como hicieron con la primera— como justificación para el Gobierno Mundial», afirma Perloff. «Los globalistas esperaban utilizar la amenaza del Eje para forzar a los Estados Unidos y a Gran Bretaña a mantener una alianza atlántica permanente como paso intermedio hacia el gobierno mundial.»

Pero durante todo el año 1941, incluso después de que Hitler invadiera Rusia ese verano, el público norteamericano man-

tuvo obstinadamente una postura de no intervención en la guerra. Una encuesta de 1940 mostraba que el 83 % de la ciudadanía estaba en contra de la intervención. Se necesitaba un buen pretexto para conseguir el apoyo de una población intransigente.

Durante años se ha discutido si Roosevelt conocía de antemano el ataque del 7 de diciembre de 1941 a Pearl Harbor. Mientras las pruebas incontestables siguen siendo escurridizas, la acumulación de información disponible ha llevado en la actualidad a una amplia aceptación de la idea de que el devastador ataque fue alentado y tolerado en un esfuerzo por lograr el apoyo del pueblo norteamericano a la participación de los Estados Unidos en la guerra.

No se puede negar que la Depresión y las políticas económicas y sociales de Roosevelt al respecto acapararon la atención del gobierno federal. Por otra parte, se inició entonces una labor de ingeniería social que continúa en nuestros días. Roosevelt no abandonó en ningún momento su lealtad con Gran Bretaña. Mientras proclamaba la neutralidad, el presidente envió barcos de guerra y munición a Gran Bretaña, como había propuesto el Century Group, compuesto por miembros del CFR. Ordenó la ocupación de Islandia, dejándola así fuera del alcance de Alemania y autorizó los ataques contra los submarinos alemanes. Aprobó públicamente créditos al enemigo de Japón, la China nacionalista, y discretamente dio luz verde al reclutamiento de «voluntarios» norteamericanos bien remunerados para los famosos «Tigres voladores» de Chiang Kai-shek. Muchas de estas acciones violaban las reglas internacionales de guerra y garantizaban que el Eje se sintiera provocado.

«Roosevelt era el prototipo del hombre de Wall Street», escribía Perloff. «Su familia ha estado vinculada a la banca neoyorquina desde el siglo XVIII. Su abuelo, Frederic Delano, formaba parte de la primera Junta de la Reserva Federal.» El yerno de Roosevelt, Curtis B. Dall, escribió: «Muchas de las ideas [de Roosevelt], su “munición” política, como él decía, había sido cuidadosamente fabricada para él previamente por el CFR o “grupo por una moneda única mundial”».

Aquellos que creen que Roosevelt y unos pocos empleados sa-

bían que Pearl Harbor iba a ser atacada lo hacen basándose en los siguientes hechos sospechosos:

- Durante las maniobras navales de 1932 y 1938 y con el ejército japonés pisándoles los talones, los oficiales de la Armada estadounidense desmantelaron la flota del Pacífico en Pearl Harbor dos veces.
- Roosevelt ordenó a la flota del Pacífico que ocupara la vulnerable posición de Pearl Harbor a pesar de las objeciones planteadas por el almirante James O. Richardson, que fue reemplazado por negarse a cumplir las órdenes.
- Roosevelt, el secretario de Estado Cordell Hull y otros oficiales de alto rango sabían que la guerra era inevitable y que las negociaciones con el japonés Kichisaburo Nomura eran en vano, desde el momento en que habían descifrado el código japonés y pudieron ver que Nomura había recibido instrucciones de no ceder a las intransigentes demandas de Hull.
- También sabían que una gran fuerza japonesa, incluidos seis portaaviones, había sido avistada dirigiéndose en dirección a América.
- Esto provocó que el Jefe del Estado Mayor estadounidense, George C. Marshall, un estrecho colaborador de varios miembros del CFR, enviara un extraño mensaje a los comandantes en Pearl Harbor el 27 de noviembre de 1941: «Posible acción hostil en cualquier momento. Si las hostilidades no pueden, repito NO PUEDEN, ser frenadas, los Estados Unidos desean que Japón lleve a cabo el primer ataque abierto. Esta táctica no debe, repito, NO debe ser interpretada como restrictiva en cuanto a las medidas necesarias para reforzar sus defensas». A pesar de este claro aviso, con la recomendación clara de no atacar a los atacantes, la flota del Pacífico permaneció anclada y los aviones fueron agrupados en series de «blancos fáciles» como «medida de seguridad» contra los saboteadores.
- Durante la primera semana de diciembre, los norteamericanos interceptaron el código diplomático «Púrpura» japonés en el que se ordenaba a su embajada en Washington destruir

- todos los documentos secretos y prepararse para la evacuación.
- En diciembre, cuatro agentes de la Inteligencia australiana informaron de que una fuerza expedicionaria japonesa había sido vista en dirección a Pearl Harbor, pero Roosevelt hizo caso omiso diciendo que se trataba de un rumor de los partidarios de la guerra republicanos.
 - Un agente británico llamado Dusko Popov se enteró de los planes japoneses a través de fuentes alemanas, pero sus advertencias fueron ignoradas en Washington.
 - Según John Toland, diferentes avisos de un ataque inminente sobre Pearl Harbor provinieron del embajador norteamericano en Japón, Joseph Grew; del director del FBI, J. Edgar Hoover; del senador Guy Gillette; del congresista Martin Dies; del brigada general Elliot Thorpe, destinado en Java, y del coronel F. G. L. Weijerman, el agregado militar holandés en Washington. Más tarde, el oficial naval holandés, capitán Johan Ranneft, dijo que fuentes de la Inteligencia norteamericana le habían dicho el 6 de diciembre que los portaaviones estaban a tan sólo 640 kilómetros al noroeste de Hawai.
 - Durante las investigaciones después del ataque, Marshall y el secretario Naval Frank Knox testificaron ambos que no podían recordar qué hicieron la noche del 6 de diciembre. Más tarde se supo que los dos estaban en la Casa Blanca con Roosevelt.

Luego está también al asunto de los portaaviones. En 1941, el pueblo norteamericano, así como unos pocos oficiales militares aferrados a la tradición, aún creían que los acorazados eran el arma definitiva. Pero cualquiera que hubiera prestado atención sabía que el general Billy Mitchell había demostrado a mediados de la década de 1920 que un solo avión cargado con bombas podía destruir un acorazado. Los acorazados eran obsoletos. La victoria en cualquier guerra en el Pacífico se decantaría del lado del poder aéreo más fuerte, y eso daba un papel preponderante a los portaaviones.

No había ningún portaaviones en Pearl Harbor cuando se produjo el ataque.

El 25 de noviembre de 1941, el secretario de guerra Henry Stimson mantuvo una conversación con Roosevelt tras la que escribió en su diario: «La cuestión es cómo podemos hacer que ataquen primero sin ponernos en un peligro excesivo... Hay que asegurarse de que los japoneses son los primeros en hacerlo para que luego no haya ninguna duda sobre quiénes han sido los agresores».

La respuesta al dilema llegó veinticuatro horas más tarde. La prueba irrefutable más importante hasta ahora de que Roosevelt sabía de antemano que iba a producirse un ataque, proviene del interrogatorio al jefe de la Gestapo alemana, Heinrich Mueller. En un libro de 1995, Gregory Douglas, basándose en documentos hasta entonces clasificados, explica que Mueller afirmó que el 26 de noviembre de 1941 los alemanes habían interceptado en Holanda una conversación telefónica transoceánica entre Roosevelt y el primer ministro británico Churchill.

Churchill informaba a Roosevelt de los movimientos de la flota japonesa y dijo: «Le puedo asegurar que su objetivo es la [conversación interrumpida] flota en Hawai, en Pearl Harbor».

«Esto es terrible», exclamó Roosevelt. «¿Puede decirme... indicarme... la naturaleza de sus informaciones?» «Fidedigna», respondió Churchill, que mencionó a agentes dentro del ejército japonés y los servicios extranjeros así como a códigos descifrados.»

«La deducción más obvia es que los japoneses van a hacernos un Port Arthur a nosotros en Pearl Harbor, ¿está usted de acuerdo?» preguntó Roosevelt. Churchill contestó: «Lo estoy, en efecto, a no ser que añadan un ataque al canal de Panamá en este vil negocio». Port Arthur, hoy llamado Pinyun Lu-shun, era un puerto estratégico ruso en la península china de Liaodong. Los japoneses lanzaron un ataque de torpedos por sorpresa contra el puerto, lo que inició la guerra ruso-japonesa de 1904-1905.

Roosevelt dijo a continuación: «Tendré que considerar todo esto... Un ataque japonés contra Estados Unidos podría suponer la guerra entre ellos y nosotros —y contra ustedes por consiguiente— lo que satisfaría dos de los requerimientos más importantes de nuestra política». Roosevelt habló de ausentarse de

la Casa Blanca con algún pretexto, añadiendo: «Lo que no sé no me puede herir, y yo no puedo entender mensajes a distancia».

Refiriéndose al hecho poco probable de que los oficiales del ejército de los Estados Unidos hubieran permitido a sabiendas que sus unidades fueran atacadas, Douglas explicó: «El aviso no le llegó a Roosevelt desde abajo sino de un mismo nivel paralelo y de fuentes de un servicio de Inteligencia extranjero muy bien equipado para descifrar y traducir las transmisiones japonesas».

La segunda guerra mundial

El conocimiento previo del ataque del 7 de diciembre dota de un significado nuevo a las palabras de Roosevelt, que se refiere a «una fecha que será considerada infame». Ese día, la población estadounidense se quedó conmocionada al saber que su ejército en Hawai había tenido 2.400 muertos y 1.200 heridos, que cuatro acorazados se habían hundido y otros tres habían sido dañados gravemente, así como otros pequeños buques y cientos de aviones fueron destruidos.

Al día siguiente, Roosevelt se dirigió al Congreso y pidió la declaración de guerra. Fue rápidamente aprobada, con la excepción de un voto discrepante, la diputada por Montana Jeannette Rankin, la primera mujer en ocupar un asiento en el Congreso. Rankin también había estado entre los cuarenta y nueve miembros del Congreso que votaron contra la declaración de guerra de Wilson en 1917, y en 1968, a la edad de ochenta y siete años, encabezó la marcha de cinco mil mujeres de la «Brigada Jeannette Rankin» hasta el Capitolio para protestar contra la guerra de Vietnam. Despreciada por todos como «pacifista», tal vez Rankin entendió las maquinaciones encubiertas que había detrás de estas guerras mejor que cualquiera de sus conciudadanos.

Roosevelt nombró una comisión especial para determinar las responsabilidades en el ataque a Pearl Harbor. Estaba encabezada por su amigo Owen Roberts, juez del Tribunal Supremo, junto con dos miembros del CFR en un comité de cinco personas. La Comisión Roberts acusó de negligencia a los comandan-

tes de Pearl Harbor, el almirante Husband Kimmel y el general Walter C. Short, responsabilizándolos de la tragedia.

Furiosos, los dos oficiales solicitaron una corte marcial para lavar sus nombres, que fue finalmente autorizada por el Congreso en 1944. Durante el proceso, las investigaciones internas realizadas por el ejército y la Armada acusaban del ataque sorpresa a Marshall y a otros jefes de Washington. Kimmel fue exonerado y a Short le fue aplicada una sentencia muy leve. Al igual que con la futura Comisión Warren, la Comisión Roberts había actuado sobre la presunción de culpabilidad, y había seleccionado las pruebas con esa perspectiva. Por otra parte, los investigadores concluyeron que si los mensajes descifrados hubieran sido remitidos a Kimmel en Hawai, le habrían proporcionado «probablemente la hora y la fecha exacta del ataque».

«Los hallazgos del consejo de guerra fueron sepultados en un informe gubernamental de cuarenta volúmenes sobre Pearl Harbor y los norteamericanos jamás supieron la verdad», señala Perloff.

Con todo el mundo en guerra y casi toda Europa bajo el control de Hitler, los financiadores internacionales de la contienda asumieron finalmente que habían creado un monstruo, una criatura fuera de control. Su aversión al comunismo así como una ofensiva contra el Imperio Japonés fueron colocadas en segundo plano, mientras se movilizaban para parar al hombre que había jurado eliminar a los que especulan en tiempos de guerra, a los francmasones, los judíos y los banqueros internacionales.

Aquí no ha pasado nada

Antes incluso de que dos docenas de naciones formaran una alianza para combatir a Hitler y a los militaristas japoneses, hubo algunos hombres de negocios —la mayoría conectados con las sociedades secretas— que no pudieron resistir la tentación de sacar tajada de la miseria en el mundo.

Un buen ejemplo fue Walter C. Teagle, presidente del Standard Oil de Nueva Jersey, propiedad del Rockefeller Chase Bank.

Teagle también fue director de la I.G. Chemical Corp. norteamericana, una subsidiaria del conglomerado gigante I. G. Farben.

El autor Charles Higham describió cómo Teagle, a través de la banca Rockefeller de intereses petrolíferos, consiguió a sus empleadores cuantiosos beneficios antes de la guerra. «[Teagle] estaba asociado a Farben en el negocio del tetraetileno de plomo, un aditivo utilizado en el carburante para aviones», escribió Higham en su libro *Trading with the Enemy: An Expose of the Nazi-American Money Plot 1933-1949*.

«Las fuerzas aéreas alemanas [la Luftwaffe comandada por Hermann] Goering no podían volar sin combustible. Sólo la Standard, Du Pont y la General Motor tenían derechos sobre el mismo. Teagle ayudó a organizar la venta de la preciosa sustancia a Schmitz [presidente de la Farben], quien, en 1938, viajó a Londres y “pidió prestadas” 500 toneladas a Ethyl, la subsidiaria de la Standard en Gran Bretaña. Al año siguiente, Schmitz y sus socios volvieron a Londres y obtuvieron más combustible por el equivalente a 15 millones de dólares. El resultado fue que las fuerzas aéreas de Hitler pudieron bombardear Londres, la ciudad que les había proporcionado los suministros. De la misma manera, abasteciendo a Japón de tetraetileno, Teagle ayudó a los japoneses a hacer la segunda guerra mundial.»

Curiosamente, fue el mismo Walter Teagle quien ayudó a crear el Instituto de Recuperación Nacional, uno de los organismos diseñados durante el New Deal de Roosevelt para regular los negocios norteamericanos. Ésta fue una elección extraña si los magnates de la industria estaban tan en contra de las políticas sociales de Roosevelt como aseguraban. Algunos investigadores ven en esta actividad una prueba de que había programas secretos que subyacían tras estos escenarios aparentemente inocuos.

A medida que la guerra se aproximaba, las conexiones empresariales y bancarias se hicieron más estrechas. En 1936, las familias Schroeder y Rockefeller formaron la Schroeder, Rockefeller and Company que la revista *Time* describió como «el refuerzo económico del eje Roma-Berlín». Los socios de esta compañía eran el sobrino de John D. Rockefeller, Avery, el barón Bruno von Schroeder

en Londres y Kurt von Schroeder en Colonia. Sus abogados eran el bufete de John Foster y Allen Dulles. El joven Dulles junto con Edsel Ford formaba parte de la junta directiva de la firma.

I. G. Farben y la Standard Oil de Rockefeller estaban tan imbricadas que en 1942 Thurman Arnold, jefe la división anti-trust del Departamento de Justicia de los Estados Unidos, redactó unos documentos para la comisión de defensa del senador Harry S. Truman que decían que «la Standard y la Farben en Alemania se habían literalmente repartido los mercados mundiales con monopolios petrolíferos y químicos distribuidos por todo el mapa».

Incluso después de que los Estados Unidos entraran en la guerra, esta relación personal continuó. Por medio de complicadas transacciones económicas, los Rockefeller siguieron vendiendo productos petrolíferos a Alemania a través de terceras naciones. «Mientras que los civiles estadounidenses y las fuerzas armadas sufrían por igual las restricciones, hubo más gasolina que fue a España [desde donde era transferida a Alemania] que a los clientes del propio país», escribió el autor Higham.

Higham denominó a esa camarilla internacional de empresarios y banqueros «La Fraternidad», unidos por «la ideología del aquí no ha pasado nada...», con las mismas ideas reaccionarias, los miembros querían un futuro común bajo dominación fascista, daba igual qué líder mundial representara esta ambición», explica. «De ese modo, los directores de las multinacionales, como las llamamos hoy en día, sacaban siempre un seis en todas las caras del dado. Cualquiera que fuese el bando que ganara la guerra, los poderes que realmente dirigían el mundo no se verían perjudicados negativamente.

«Cuando estuvo claro que Alemania iba a perder la guerra, los empresarios se volvieron notablemente más “leales”. Y cuando la guerra llegó a su fin, los supervivientes entraron en Alemania, recuperaron sus activos, colocaron en altos cargos a sus amigos nazis, ayudaron a provocar la Guerra Fría y aseguraron el permanente futuro de La Fraternidad.»

Está exhaustivamente documentado cómo la Standard Oil de Nueva Jersey envió combustible a Alemania a través de Suiza en 1942; cómo el Chase Bank hizo negocios en la Francia ocupada

con el total conocimiento de la sede de Nueva York; cómo los camiones de la Ford eran producidos para el ejército alemán con el consentimiento de su sede central en Estados Unidos; cómo el coronel Sosthenes Behn, el director de la Internacional Telephone and Telegraph Corp. y del National City Bank, trabajó para mejorar las comunicaciones telefónicas nazis y para producir los aviones que debían llevar las V-1 o bombas volantes.

Todo eso se realizó de forma legal gracias al presidente Roosevelt. Sólo seis días después de Pearl Harbor, el 13 de diciembre de 1941, Roosevelt ordenó, «Por la presente se concede una licencia general, autorizando cualquier transacción o acto proscrito por la sección 3(a) del Acta del Comercio con el Enemigo, como enmienda si esa transacción es autorizada por el secretario del Tesoro... conforme a la orden ejecutiva Número 8389, como aquí se especifica».

Eso significaba que cualquier transacción comercial podía hacerse legalmente con la aprobación del secretario del Tesoro de Roosevelt, Henry Morgenthau, cuyo padre fue uno de los fundadores del CFR.

Una parte considerable de los fondos destinados a proseguir la guerra se recibieron a través del Bank for International Settlements (BIS), propiedad del First National Bank de Nueva York —filial de Morgan—, el Banco de Inglaterra, el Reichsbank alemán, el Banco de Italia, el Banco de Francia y otros importantes bancos centrales. Creado en Basilea (Suiza) en 1930, aparentemente para reparaciones de guerra alemana, el BIS era en realidad una criatura de los manipuladores de las sociedades secretas. Según el historiador Quigley, formaba parte de un plan para «crear un sistema mundial de control financiero en manos privadas capaz de dominar el sistema político de cada país y la economía del mundo como un todo... para ser controlado como si de un feudo se tratara por los bancos centrales del mundo actuando de manera concertada mediante pactos secretos urdidos en frecuentes encuentros y reuniones».

El BIS quedó rápidamente bajo el control de los cómplices de Hitler, Kurt von Schroeder, el presidente del Reichbank Hjalmar Horace Greeley Schacht y el vicepresidente Emil Puhl. Se-

gún el autor Higham, el banco se convirtió en «un canal para el dinero de los fondos estadounidenses y británicos que fluía hasta las arcas de Hitler, para ayudarle a construir su máquina de guerra». El primer presidente del BIS fue el banquero de Rockefeller Gates W. McGarrah, ex directivo del Chase National Bank y del Banco de la Reserva Federal así como abuelo del futuro director de la CIA Richard Helms. Según varios investigadores de la conspiración, el BIS continúa siendo el eje del blanqueo de dinero procedente de la droga e interconectado con los organismos del control bancario.

Muchas de las complejas transacciones financieras durante la guerra tuvieron lugar en la neutral Suiza, que en 1939 tenía registradas 2.278 corporaciones internacionales, 2.026 holdings cuyos dueños no eran suizos, y era la sede de 214 bancos internacionales.

La conexión entre las industrias del acero alemanas y estadounidenses fueron esbozadas en 1944 por un *SS Obergruppenführer* que explicó a los industriales y a los funcionarios del gobierno que «la patente del acero inoxidable pertenecía a la Chemical Foundation Inc., de Nueva York, y la Krupp Company de Alemania, conjuntamente, con lo que la United States Steel Company, Carnegie, Illinois, American Steel & Wire, National Tube, etc., estaban obligadas a trabajar en favor de Krupp.» Fritz Thyssen, uno de los primeros nazis y magnate alemán del acero, fue quien avaló a Hitler y lo introdujo en los círculos empresariales más importantes.

En un acuerdo de 1942 en el que participaron Karl Lindemann, representante de la Standard Oil en Berlín; el jefe de la contrainteligencia de la SS Schellenberg; el banquero Kurt von Schroeder y el director de la ITT Behn, el gobierno de Hitler se asoció con la ITT. Gracias a estos vínculos comerciales interconectados, «después de Pearl Harbor, el ejército, la armada y la aviación alemanas contrató a la ITT la fabricación de centralitas, teléfonos, alarmas acústicas, boyas, dispositivos de alarmas aéreas, equipamientos de radar, y 30.000 fusibles al mes para proteger la artillería destinada a matar a las tropas británicas y estadounidenses», denuncia Higham. Esa producción se incrementó

a 50.000 al mes en 1944. Además, la ITT suministró los componentes para fabricar las bombas que se lanzaron sobre Londres, pilas de selenio para rectificadores secos, equipos de radio de alta frecuencia y equipos de comunicación de campo.

La General Motors invirtió antes de 1939 más de 30 millones de dólares en las plantas de la empresa alemana I.G. Farben aunque los directivos sabían muy bien que la mitad de la suma de las pagas y las nóminas se donaba a los nazis. Por otra parte, el mayor fabricante de vehículos bélicos blindados era la Opel, una subsidiaria que pertenecía totalmente a la General Motors, controlada por los intereses de Morgan y la subsidiaria alemana de la Ford Motor Company. Reuters News Service informó que el ministro de Armamento nazi, Albert Speer, dijo que Hitler nunca hubiera considerado invadir Polonia sin la tecnología del combustible sintético que General Motors había proporcionado a Alemania.

Gracias a las influencias políticas y sociales de los miembros de las sociedades secretas a ambos lados del Atlántico «los Procesos de Nuremberg enterraron con éxito la verdad de las conexiones de La Fraternidad».

Esta «Fraternidad» de hombres relacionados unos con otros por la clandestinidad y las intrigas comerciales, prosiguió después de que el fuego cesara. Un abogado del Departamento de Justicia de los Estados Unidos llamado James Stewart Martin llegó con un equipo de investigación a Alemania después de la guerra para intentar desenmarañar la complicada red de operaciones comerciales. Se vio frenado por continuos obstáculos y finalmente abandonó frustrado su objetivo.

En su libro de 1950 titulado *All Honorable Men*, Martin escribió: «En Alemania no nos paró la empresa alemana. Fuimos frenados por la empresa norteamericana. Las fuerzas que nos paralizaron operaban desde los Estados Unidos pero no abiertamente. No fue una ley del Congreso, ni una orden ejecutiva del presidente ni un cambio de política aprobada por él mismo la que nos inmovilizó... resumiendo, lo que nos frenó no fue "el gobierno"; pero claramente controlaba los canales mediante los cuales el gobierno opera normalmente. La relativa impotencia de los gobiernos... no es, por supuesto, nueva... los gobiernos naciona-

les permanecen al margen mientras grandes empresas organizan los asuntos del mundo».

Ninguna de la información que se presenta aquí debería ser interpretada como si la lucha contra los belicistas alemanes y japoneses hubiera sido innecesaria. Sea como sea el mundo que tenemos en nuestros días, es mucho mejor que la existencia de una serie de campos de concentración intercontinentales llenos de personas no arias señoreados por la férula de las tropas de la SS y los guardias japoneses.

Pero es importante entender la manipulación de la opinión pública ejercida por las sociedades secretas para prevenir futuras repeticiones. Y debe destacarse que los hombres de las sociedades secretas que propagaron y financiaron la guerra continuaron sacando provecho durante todas las hostilidades. Sin la más mínima lealtad hacia los países en donde habían prosperado, estos hombres y sus empresas continuaron dando apoyo a mortíferos enemigos durante el período más peligroso para los Estados Unidos y la Gran Bretaña.

Para que nadie piense que todo esto es árida historia antigua sin ninguna conexión con el mundo de hoy, hay que tener en cuenta que, a finales de 1998, había todavía un gran número de pleitos pendientes contra la Ford Motor Co., el Chase Manhattan Bank, J. P. Morgan & Co, diversos bancos suizos y otras firmas por los tratos que mantuvieron con la Alemania nazi en tiempos de guerra.

El gigante asegurador alemán Allianz AG, que en 1990 cerró la compra de la America's Fireman's Fund Insurance Co. por 3,3 mil millones, fue demandada por no pagar sus seguros de vida a sus clientes judíos. Se descubrió también que la firma había asegurado edificios y a trabajadores civiles de los infames campos de concentración de Auschwitz contra «descuido o daños intencionados por parte de los prisioneros».

A principios de 1999, los funcionarios del Deutsche Bank alemán estaban preocupados porque la admisión de que el banco había prestado el dinero para construir Auschwitz pudiera poner en peligro la compra de la totalidad de las acciones por valor de 9,8 mil millones de dólares del Bankers Trust Corp. de Nueva

York. ¿Por qué esta confesión tardía? El Doctor Hermann Josef Abs, el fundador del Banco Central y el principal banquero de Hitler y los nazis, ha seguido siendo director honorario del banco hasta su muerte en 1994.

La primera guerra mundial

La mano de las sociedades secretas junto con sus manipulaciones bancarias y empresariales sobre la guerra pueden verse aún más claramente en la «guerra para acabar con todas las guerras», como se conoce a la primera guerra mundial.

En contra de la explicación que dan los libros de texto de que la guerra se inició con el asesinato del archiduque Francisco Fernando, del Imperio austro-húngaro, por un ciudadano serbio en 1914, los investigadores han descubierto que la planificación de esta conflagración se había iniciado unos años antes y, de nuevo, involucraba a miembros de sociedades secretas.

«A partir de la segunda mitad del siglo XVIII, la fórmula Rothschild [azuzar a nación contra nación mientras se concede créditos a ambas] controló el clima político de Europa», escribe Griffin. «Hacía años que existía una carrera armamentística... El asesinato del archiduque Fernando no fue la causa sino el disparo de salida.»

Como ha ocurrido recientemente, los estados balcánicos estaban inmersos en un ciclo de guerras, revoluciones y conflictos étnicos. Después de las guerras de 1912-1913, el coronel Dragutin Dimitrijevic, jefe de la Inteligencia militar serbia, conspiró para asesinar al archiduque Fernando como parte de un plan para liberar a los serbios del Imperio austro-húngaro del sur. Operaba bajo el seudónimo «Apis» en una sociedad secreta conocida como «La mano negra».

Según una publicación masónica de 1952, el asesino del archiduque Fernando, el serbo-bosnio Gavrilo Princep y otros implicados, era francmasones alentados por Apis y encolerizados por el descubrimiento de un tratado secreto entre el Vaticano y Serbia. La muerte del archiduque Fernando provocó una cadena de

ultimátums y movilizaciones que finalmente desembocó en una guerra que se propagó desde los Balcanes a toda Europa.

Antes que esto sucediera, los fideicomisarios de la Fundación Andrew Carnegie, tutelada por la Fundación para la Paz Internacional, se reunieron en 1909 para hablar de los cambios en el modo de vida estadounidense. El Bones (Skull and Bones) Daniel Coit Gilman era ex presidente de la Institución Carnegie, y otros compañeros miembros de La Orden acudieron como impulsores de ese estudio. Según un investigador del Congreso, los participantes llegaron a la misma conclusión que el Informe Iron Mountain, «No existe medio más eficaz que la guerra, si lo que se quiere es alterar la vida de toda la gente del planeta... ¿Cómo involucramos a los Estados Unidos en una guerra?».

Era una buena pregunta para una población con una mayoría aplastante de aislacionistas que suscribían la idea del presidente George Washington de «evitar cualquier alianza permanente con las naciones extranjeras».

El autor Gary Allen en su clásico del underground *Nadie se atreve a llamarlo conspiración*, publicado en 1971, también vio un designio diabólico en esa guerra. Escribía: «Woodrow Wilson fue reelegido por un pelo. Había basado su campaña en el lema: «¡Él nos mantuvo fuera de la guerra!» (...) Sólo seis meses más tarde estábamos en ella. El mismo grupo que manipulaba el proyecto del impuesto fiscal y el Sistema de la Reserva Federal, quería a América en la guerra. J. P. Morgan, John D. Rockefeller, el coronel House, Jacob Schiff, Paul Warburg y el resto de los conspiradores de la Isla Jekyll, estaban todos profundamente implicados».³⁵

«Incluso antes del enfrentamiento armado, Freres —la firma francesa de Rothschild— mandó un cable a la Morgan and Company en Nueva York en el que se sugería emitir una deuda de 100 millones de dólares, una parte sustancial de la cual se quedaría en los Estados Unidos para pagar la compra francesa de productos estadounidenses», escribe el autor Charles Callan Transill en *America Goes to War*.

En este crédito estaba involucrado el banquero J. P. Morgan hijo, quien había tomado las riendas del imperio financiero Morgan después de la muerte de su padre en 1913. Morgan, así como

el representante de los Rothschild en los Estados Unidos —algunos dicen que socio—, eran los personajes centrales del baño de sangre inminente.

El presidente Woodrow Wilson, que ocupó su cargo gracias a la generosidad de los banqueros Morgan, Bernard Baruch, Jacob Schiff y Cleveland Dodge, escogió al joven Morgan como agente de compras jefe de los Estados Unidos incluso aunque estaba desempeñando esa misma función en solitario para Gran Bretaña, Francia, Rusia, Italia y Canadá. En su calidad de agente de compras jefe, Morgan supervisó la transferencia de enormes cantidades de dinero en el transcurso de la guerra. Compró más de 3.000 millones de dólares en material militar estadounidense para los Aliados mientras organizaba la suscripción de 1.500 millones de dólares en bonos de los Aliados a través de más de dos mil bancos norteamericanos. Después de la guerra, la firma Morgan tramitó créditos por valor de diez mil millones de dólares para la reconstrucción de las naciones europeas.

El banquero Bernard Baruch, quien más tarde fue uno de los fundadores del CFR, fue nombrado por el presidente Wilson director del Comité de Industrias Bélicas, desde donde controló todos los contratos domésticos de material de guerra. «Era rumor muy extendido en Wall Street que Baruch, aparte de conseguir beneficios para los banqueros internacionales, había logrado 200 millones de dólares para sí mismo», escribió Allen.

Morgan y Baruch no fueron los únicos en sacar provecho de la guerra. Según estadísticas publicadas, el beneficio anual de los Du Pont, fabricantes de pólvora, pasó de seis millones de dólares en 1914 a 58 millones en 1918, lo que supone un crecimiento del 950 %. En los cinco años precedentes a la contienda, los beneficios anuales de la U.S. Steel fueron de un promedio de 105 millones de dólares por año. Esas cifras aumentaron hasta los 240 millones de dólares durante los años de guerra, de 1914 a 1918. Las ganancias de la International Nickel Company se ampliaron de los 4 millones de dólares al año a los 73,5 millones de dólares en 1918, un incremento de más del 1.700 %.

¿Fue toda esa ingente cantidad de dinero bien gastada? No, según el general de división de la Armada Smedley D. Butler. En

su libro de 1935, *War is a Racket*, Butler comenta: «Tomemos el ejemplo del calzado de los soldados... Se vendieron 35 millones de pares de zapatos reglamentarios con clavos al Tío Sam. Había 4 millones de soldados [de los Estados Unidos] es decir, ocho pares, o más, para cada soldado. Durante toda la guerra, en mi regimiento sólo hubo un par por soldado. Algunos de los zapatos aún deben de estar en un almacén... Había aún gran cantidad de piel. Así pues, el sector de la piel vendió a tu Tío Sam cientos de miles de sillas de montar McClellan para la caballería. Pero ¡no había caballería estadounidense en el extranjero!... Le vendieron a tu Tío Sam 20 millones de mosquiteras para los soldados destinados en ultramar... Bien, ¡pues ninguna de estas mosquiteras llegó nunca a Francia!... ¡Unas 6.000 calesas fueron vendidas al Tío Sam para uso de los coroneles! Ni una de ellas fue usada. Pero los fabricantes de calesas obtuvieron su beneficio».

Pero los problemas pronto aparecieron para esas gigantes transacciones de dinero; Alemania parecía que iba a ganar la guerra y las arcas de Gran Bretaña y Francia estaban vacías. Los banqueros británicos y franceses se enfrentaban a la ruina total si Alemania resultaba victoriosa, así que pidieron ayuda a los Estados Unidos. El embajador de los Estados Unidos, Walter Hines Page, que también era miembro directivo de la Junta General Education de Rockefeller y recibía una asignación de 25.000 dólares al año del National City Bank de Rockefeller, resumió el problema al Departamento de Estado el 15 marzo de 1917 con el siguiente telegrama: «Creo que la presión de esta crisis que se avecina está más allá de la capacidad de la Agencia Financiera Morgan para los gobiernos británico y francés... A no ser que entremos en guerra con Alemania, nuestro gobierno no puede por supuesto conceder una gran cantidad de crédito».

Los líderes querían que los Estados Unidos entraran en guerra pero el presidente Wilson había prometido no involucrar al país. Aunque discretamente había hecho otros planes. El 9 de marzo de 1916, ocho meses antes de las elecciones presidenciales, Wilson autorizó un acuerdo secreto organizado por su mano derecha, el coronel House, para entrar en la guerra en el bando de los Aliados. «Después de la guerra, el texto del acuerdo se fil-

tró», escribe el pro-alemán George Viereck. «[El británico sir Edward] Gray fue el primero en parlotear de ello. Page habló del asunto en extenso. El coronel House contó su propia versión... Pero por alguna razón incomprensible, el enorme significado de esta revelación nunca penetró la conciencia de los norteamericanos.»

Los estadounidenses estaban en contra de participar en la guerra. Sin duda, esa actitud debía ser cambiada.

Las posturas se van perfilando con ayuda de los medios de comunicación, e incluso durante la primera guerra mundial, muchos de los medios de comunicación más importantes estaban controlados por los intereses de Rockefeller y Morgan. Como está registrado en el *Congressional Record* de 1917, «En marzo de 1917, la gente de J. P. Morgan... reunió a doce de los hombres más relevantes del mundo periodístico y se les hizo seleccionar los periódicos más influyentes de los Estados Unidos y determinar la cantidad necesaria de ellos para controlar la política general de la prensa diaria... Llegaron a la conclusión que sólo era necesario hacerse con el control de veinticinco de los periódicos más importantes».

«Se llegó a un acuerdo; se compró la línea editorial de los periódicos, a los que se pagaba mensualmente; se colocó a un editor en cada periódico que se encargaba de supervisar y corregir apropiadamente la información sobre preparación, militarismo, políticas financieras y otros temas de naturaleza nacional e internacional considerados vitales por los intereses de los compradores».

Cualquier otra publicación que no estuviera controlada directamente era intimidada mediante los dólares en publicidad de Rockefeller-Morgan. Griffin apunta: «Después del bloque J. P. Morgan, los Rockefeller disponían de más espacio de publicidad que ningún otro grupo. Y cuando no bastaba con la publicidad para asegurarse la lealtad del periódico, las compañías de Rockefeller recibieron la consigna de hacer pagos directos a cambio de actitudes editoriales amistosas».

Pero incluso esa campaña en los medios orquestada a base de dinero, unido a la retórica anti-alemana de las fundaciones de los Rockefeller-Morgan y las universidades, fueron insuficientes

para convencer al pueblo americano para entrar en la guerra. Las encuestas públicas mostraban la oposición popular a la hipotética entrada en la guerra europea en una proporción de diez a uno.

Un estímulo para la guerra

Como en muchos otros momentos de la historia, se necesitaba una provocación para dar un último empujón a la aceptación de la guerra entre la obstinada opinión pública. Esa provocación fue el hundimiento del transatlántico *Lusitania*. La manera como esta acción cruel se llevó a cabo es una interesante investigación del transcurso de las manipulaciones.

El británico Winston Churchill, nombrado ministro de Marina (lord del Almirantazgo) en 1911, estaba desesperado por que los Estados Unidos se unieran como aliados a Gran Bretaña. En un libro posterior, *The World Crisis*, Churchill escribía: «La maniobra que lleva a un aliado a la guerra es tan provechosa como la que se utiliza para ganar una gran batalla».

Los barcos británicos, al igual que los alemanes, siguiendo el código de guerra existente, daban a la tripulación de un barco enemigo la oportunidad de abandonar el barco antes de hundirlo. Para los submarinos, eso significaba salir a la superficie y desafiar al enemigo. En 1914, Churchill ordenó a los barcos británicos mercantes que hicieran caso omiso de cualquier desafío, pero que contraatacaran si iban armados. Esa orden forzó a los submarinos alemanes a lanzar sus torpedos a la vez que se sumergían para protegerse. Churchill también ordenó a los barcos británicos que eliminaran el nombre del casco e izaran la bandera de alguna nación neutral cuando se encontraran atracados en puerto.

Churchill admitió abiertamente que sus órdenes formaban parte de una estratagema para extender la guerra a otras naciones. «Los submarinos alemanes sumergidos tenían que limitarse cada vez más a ataques bajo el agua y corrían así el gran riesgo de equivocarse y alcanzar un barco neutral en lugar de uno británico, y hacer que se ahogaran tripulaciones no combatientes y, de este modo, enfrentar Alemania con otras grandes potencias.»

Precisamente ese «error» se produjo el 7 de mayo de 1915, cuando el comandante de un submarino alemán torpedeó el transatlántico británico *Lusitania*, que cubría la ruta de Nueva York a Liverpool.

Unas dos mil personas se hundieron con el barco, incluidos 128 norteamericanos. Esta acción desencadenó una tormenta de sentimientos antialemanes por todo Estados Unidos avivada por los medios de comunicación controlados por los Rockefeller-Morgan.

Hasta años más tarde no se hicieron públicos los datos referentes al hundimiento del *Lusitania*. En contra de las afirmaciones de su neutralidad por parte de los Estados Unidos, el barco llevaba 600 toneladas de explosivos de algodón pólvora, unos seis millones de munición, 1.248 cajas de granadas de metralla y otros materiales de guerra. «Cuando el *Lusitania* dejó el puerto de Nueva York en su último viaje, era prácticamente un polvorín flotante», comentó Griffin. Según el autor Colin Simpson, Wilson ordenó esconder el inventariado original del barco, en el que aparecía todo ese armamento, en los archivos del Tesoro.

Griffin también señala que el Almirantazgo británico registró el *Lusitania* como un crucero auxiliar armado propiedad de la Cunard Company, el más cercano competidor del trust naval internacional de J. P. Morgan, que incluía las dos mayores líneas alemanas junto con la línea británica White Star. «En 1902, Morgan había intentado adquirir la... Cunard Company, pero se lo impidió el Almirantazgo británico que quería dejar la Cunard lejos de manos extranjeras y, de esta manera, tener la potestad de convertir los buques en barcos de guerra a su antojo en tiempos de conflicto», apunta Griffin.

La embajada de la Alemania Imperial en Washington, perfectamente informada de que toneladas de material de guerra serían transportados a la zona de guerra, cerca de Gran Bretaña, aparte de protestar en vano al gobierno de los Estados Unidos, hizo un esfuerzo para prevenir la tragedia. Funcionarios de la embajada intentaron insertar avisos en cincuenta periódicos de la Costa Este.

El aviso decía así: «¡Atención! A LOS VIAJEROS que inten-

ten embarcar en viajes transatlánticos se les recuerda que existe un estado de guerra entre Alemania y sus aliados y Gran Bretaña y sus aliados; que la zona de guerra incluye las aguas adyacentes a las islas Británicas; que según una advertencia oficial del gobierno de la Alemania Imperial, los buques bajo la bandera de Gran Bretaña o de cualquiera de sus aliados son objetivo militar en esas aguas y que los viajeros que viajen en la zona de guerra en barcos británicos o de sus aliados deben hacerlo por su cuenta y riesgo».

De los cincuenta periódicos a los que se pidió que insertaran este aviso, sólo el *Des Moines Register* lo publicó en la fecha requerida. El resto de periódicos desestimaron publicar el aviso debido a la intervención del Departamento de Estado de los Estados Unidos. Funcionarios del gobierno intimidaron a los editores que, ante la posibilidad de que se les abriera un pleito por difamación, primero debían obtener la aprobación de los abogados del Departamento de Estado.

El presidente Wilson fue alertado de la situación. Años después, Simpson escribió: «No hay ninguna duda de que al presidente Wilson se le informó del tipo de cargamento que llevaba el *Lusitania*. No hizo nada, pero tuvo que admitir el día que recibió la noticia del hundimiento, que su conocimiento previo del mismo le había dado muchas noches en blanco».

El comandante británico Joseph Kenworthy, en activo cuando el barco se hundió, dando la razón a quienes creen que el *Lusitania* fue enviado conscientemente a su destino, reveló más tarde que la escolta militar del mismo se retiró en el último minuto y que su capitán ordenó penetrar y reducir la velocidad en el área donde se sabía que un submarino alemán estaba operando. Está claro por qué Alemania atacó a ese barco, y Gran Bretaña hubiera hecho lo mismo si la munición estadounidense se hubiera enviado a Alemania. «Los alemanes cuyo torpedo alcanzó el transatlántico, fueron cómplices involuntarios, o víctimas, de un plan tramado por Winston Churchill», concluye Simpson.

Los supervivientes e investigaciones posteriores revelaron que el torpedo alemán no hundió al *Lusitania*. Su destrucción fue causada, en cambio, por una explosión secundaria interna,

seguramente por las toneladas de explosivos y munición almacenada.

Si el hundimiento del *Lusitania* fue deliberado o no, el incidente aún no bastó para impulsar a la opinión pública en favor de la guerra. «El torpedeo de barcos mercantes y la pérdida de vidas civiles, incluidos norteamericanos, convencieron a la opinión pública estadounidense del horror alemán pero no de que los alemanes representaran un peligro para ellos», escribió Barbara W. Tuchman.

El alto mando alemán suspendió en septiembre de 1915 las guerras submarinas incontroladas en un calculado esfuerzo para no contrariar a los Estados Unidos tras haber hundido a varios mercantes, entre ellos el *Lusitania*.

A pesar de todas las maniobras por parte de Wilson y Churchill, fueron los alemanes quienes, por sí solos finalmente empujaron a los Estados Unidos a la guerra. Este acontecimiento involucró a México y, más específicamente, al hombre que más hizo por desencadenar la primera guerra mundial. Ese hombre era Arthur Zimmermann quien, como secretario de Asuntos Exteriores alemán, en 1914 ayudó a empezar la guerra al enviar un telegrama que anunciaba el apoyo de Alemania al Imperio austro-húngaro contra Serbia tras el asesinato del archiduque Fernando. Esa acción enojó a Rusia y precipitó el conflicto.

En enero de 1917, Zimmermann fue nombrado ministro de Asuntos Exteriores y fue un ferviente partidario de las guerras submarinas. El 16 de enero envió un telegrama codificado al embajador germano en México por medio del embajador en Washington en el que se autorizaba la propuesta de una alianza con México y Japón. Esas dos naciones mantenían una relación tensa con los Estados Unidos en aquel momento. Por aquel entonces, el general de brigada John «Blackjack» Pershing, que más tarde sería el comandante de las fuerzas expedicionarias norteamericanas, se encontraba persiguiendo al revolucionario mexicano Pancho Villa; mientras tanto, el crucero japonés *Asama* intranquilizaba a California con sus maniobras frente la costa occidental de México.

Zimmermann avisó al presidente mexicano Venustiano Carranza que Alemania estaba a punto de reanudar las guerras subma-

rinas a discreción. En caso de que Estados Unidos entrara en la guerra, Alemania prometió ayudar a México a «recuperar, por la vía de la conquista, los territorios perdidos de Texas, Arizona y Nuevo México».

Esta promesa, que con toda probabilidad fue meramente la típica maniobra diplomática en tiempos de guerra, actuó precisamente como el detonante necesario para colocar a los Estados Unidos en el mapa bélico. Los criptógrafos británicos interceptaron el sensacional telegrama y tardaron varios días en descifrar el documento antes de dárselo al embajador norteamericano el 25 de febrero. Se hizo público el 1 de marzo e inicialmente fue acogido con gran escepticismo.

El ex senador Elihu Root —que más tarde sería presidente honorario del CFR— y otros elitistas neoyorquinos que se reunían en el Round Table Dining Club, precursor del CFR, no podía creer ese golpe de buena suerte. El ex embajador de los Estados Unidos en Gran Bretaña, Joseph H. Choate, «afable y anglófilo como nadie en los Estados Unidos... dijo abiertamente que la misiva de Zimmermann era una falsificación y prácticamente todo el grupo estuvo de acuerdo con él», dice Tuchman.

Pero las preguntas acerca de la autenticidad del telegrama fueron enterradas el 3 de marzo en una rueda de prensa en Berlín. Allí, un corresponsal de Hearst, que más tarde resultó ser un agente alemán, dio a Zimmermann todas las oportunidades para negar el telegrama. «Por supuesto su excelencia negará la historia», facilitó el corresponsal. Entonces Zimmermann, inexplicablemente, contestó: «No puedo negarlo. Es verdad».

Esta simple confesión produjo el efecto deseado en los Estados Unidos. Los editoriales de los periódicos clamaban contra el «huno» y la presión pública a favor de la guerra contra el káiser alemán creció irresistiblemente. Wilson se vio forzado a declarar la guerra el 6 de abril de 1917, después de haber luchado durante mucho tiempo a favor de una paz negociada con él a la cabeza de una «liga» de naciones. Ocho días más tarde, el dinero empezó a fluir con la aprobación del Acta de Créditos de Guerra mediante la cual 1.000 millones de dólares en créditos fueron a parar a las vacías arcas de los Aliados.

Aunque el telegrama redactado por Zimmermann era al parecer auténtico, lo que nadie podrá saber nunca es por qué se pudo producir algo tan osado o por qué fue aceptado una vez hecho público.

La primera guerra mundial ocasionó la muerte de 323.000 estadounidenses, una bagatela comparado con los 9 millones de rusos, los 6 millones de franceses y los 3 millones de británicos. La guerra también acabó de hecho con cualquier patrón oro para la moneda, aunque algunas naciones intentaron volver a utilizarlo en la década de 1920.

No sólo el gasto total de Estados Unidos en concepto de guerra creció hasta los 35 mil millones de dólares, una cifra sin precedentes hasta entonces, sino que también lo hizo la masa monetaria autorizada, que casi pasó de 20.600 millones de dólares a 39.800 millones, lo que ocasionó la caída del poder adquisitivo del dólar en casi un 50 %. Se contrajeron cantidades tremendas de deudas, mientras que sólo aquellos que recaudaron los intereses se beneficiaron. Como suele suceder, fue el pueblo estadounidense el que sufrió las pérdidas reales con la muerte de sus familiares, la devaluación de la moneda y las obligaciones con el extranjero a largo plazo.

La entrada en la guerra de los Estados Unidos y la retirada de Rusia envuelta en su revolución, garantizó la victoria de los Aliados en la primera guerra mundial. Se puso fin a las hostilidades con el Tratado de Versalles, que firmaron las naciones beligerantes el 28 de junio de 1919. Entre los asistentes estaba Paul Warburg, que como presidente del Sistema de la Reserva Federal representaba los intereses de la banca norteamericana, y su hermano Max Warburg en representación del banco central alemán y de la compañía de su propiedad M. M. Warburg and Company, y del que se decía que estuvo implicado con la Inteligencia alemana durante la guerra.

El presidente Wilson, que se había criado en el sur, en la época de las duras políticas de reconstrucción republicanas, conocía de primera mano la miseria y la devastación que a largo plazo asolaría a los países implicados. Parece claro que sus intentos de dejar a los Estados Unidos fuera de la guerra en Europa provenían

de una sincera convicción personal. Está igualmente claro que su noble impulso fue subvertido por los intrigantes británicos y por sus propios asesores.

El más trágico aspecto de la «guerra que acabaría con todas las guerras» tal vez sea que apenas resolvió nada. Los duros términos de Versalles sólo provocaron resentimiento entre los alemanes y prepararon el camino a Hitler. En todas partes se empezó enseguida la reconstrucción y el rearme, lo que enriqueció cada vez más a los prestamistas.

El secretario de Exteriores británico, lord George Nathaniel Curzon, otro de los delegados de Versalles, dijo que el tratado sólo creaba el marco idóneo para una nueva guerra, e incluso se atrevió a vaticinar la fecha. «Esto no es paz; tan sólo una tregua de veinte años», dijo en 1919, en la conferencia de Versalles. Su comentario —¿o su profecía bien fundamentada?— ha dado pie a mucho debate entre los investigadores de la conspiración, ya que la segunda guerra mundial empezó en 1939, exactamente veinte años después.

Curzon debía de saber exactamente de lo que estaba hablando, pues estudió en Oxford y en All Souls College, la cuna de Cecil Rhodes y John Ruskin. Tras casarse con la hija de un millonario de Chicago, llegó a ser presidente de la Cámara de los Lores en 1915 y fue miembro del gabinete que dictó la política de la primera guerra mundial.

El matrimonio, al parecer, jugaba un importante papel en la interconexión de los miembros de esas sociedades secretas tempranas. «Los barones del dinero, como los Rockefeller del National City Bank y del Chase Bank; J. P. Morgan de Morgan and Company; Jacob Schiff de Kuhn, Loeb & Company y, los más importantes, los hermanos Warburg... afianzaron los vínculos con un nudo ingenioso mediante la boda de Paul con la hija de Schiff, Felix Warburg con la hija de Loeb, mientras Max se quedaba en Alemania, desde donde podía influir sobre el káiser y ayudar a financiar la Revolución Rusa», dice Neal Wilgus en su libro de no ficción *The Illuminoids*.

La Revolución Rusa

Existe abundante documentación que indica que la Revolución Rusa —y de hecho la propia creación del comunismo— surgió de conspiraciones occidentales, antes incluso de la primera guerra mundial.

«Uno de los grandes mitos de la historia contemporánea es que la revolución bolchevique en Rusia fue un alzamiento popular de las masas oprimidas contra la odiada clase dirigente de los zares», escribe el autor Griffin, quien afirma que sin embargo, tanto la planificación como la financiación de la revolución se urdió en los círculos financieros de Alemania, Gran Bretaña y los Estados Unidos.

En enero de 1917, Leon Trotsky vivía en la ciudad de Nueva York y trabajaba como reportero para el periódico comunista *The New World*. Trotsky había escapado de un primer amago de revolución en Rusia y huido a Francia, de donde fue expulsado por su comportamiento revolucionario. «Pronto descubrió que había banqueros acaudalados en Wall Street dispuestos a financiar una revolución en Rusia», escribió el periodista Still.

Uno de esos banqueros era Jacob Schiff cuya familia había vivido con los Rothschild en Frankfurt. Otro era Elihu Root, abogado de la firma Khun, Loeb & Company, de Paul Warburg. Según el *New York Journal-American*, «El nieto de Jacob, John Schiff, estima que su abuelo gastó 20 millones de dólares por el triunfo final del bolchevismo en Rusia». ³⁶ Root, miembro del CFR, todavía contribuyó con otros 20 millones de dólares, según consta en el Boletín del Congreso del 2 de septiembre de 1919.

Schiff y Root no estaban solos. Arsene de Goulevitch, presente durante los primeros días del movimiento bolchevique escribió, más tarde: «En entrevistas privadas, he sabido que más de 21 millones de rublos fueron gastados por lord Milner para la financiación de la Revolución Rusa». ³⁷ Recuerda que Alfred Milner era el motor de las Mesas Redondas de Rhodes, el gran precedente de las sociedades secretas modernas.

«En 1915, se creó la American International Corporation, para financiar la Revolución Rusa», ha escrito Icke. «Su director representaba los intereses de los Rockefeller, Rothschild, Du Pont, Kuhn, Loeb, Harriman y la Reserva Federal. También incluía a Frank Vanderlip (uno de los miembros del grupo de la Jekyll Island que creó la Reserva Federal) y George Herbert Walter, el abuelo del presidente George Bush.»

Gary Allen dijo: «En la Revolución Bolchevique tenemos a algunos de los hombres más ricos y poderosos del mundo financiando un movimiento cuya razón de ser es despojar de sus fortunas a hombres como los Rothschild, Rockefeller, Schiff, Warburg, Morgan, Harriman y Milner. Pero, obviamente, estos hombres no temen al comunismo internacional. Es lógico suponer que si ellos lo financian y no le temen, debe de ser porque lo controlan. ¿Puede haber otra explicación que tenga sentido?». ³⁸

Winston Churchill hizo eco de este punto de vista cuando en 1920 escribió: «Desde los tiempos de Espartaco-Weishaupt [jefe de los misteriosos Illuminati] a los de Karl Marx, Leon Trotsky, Béla Kun, Rosa Luxemburgo y Emma Goldman, esta conspiración a escala mundial para un cambio de civilización... ha ido creciendo sin parar».

«Tuvo un papel decisivo en la tragedia de la Revolución Francesa. Ha sido el principal resorte de cualquier movimiento subversivo del siglo XIX y, ahora, finalmente, esta banda de extraordinarias personalidades del subsuelo de las grandes ciudades de Europa y los Estados Unidos han agarrado al pueblo ruso por la cabellera y se han convertido en los señores indiscutibles de ese enorme imperio.»

Si detrás del horror y la tragedia vividos en el siglo XX podemos identificar un solo factor que los motivara, éste sería el anticomunismo. La animosidad entre las así llamadas democracias occidentales y el comunismo del Este produjeron una continua confusión desde 1918 hasta el final del siglo.

La huida de la clase privilegiada de Rusia en 1918 y de China en 1949 envió ondas de choque a todas las capitales de Europa y Estados Unidos y provocó una reacción en contra que duró décadas. El grito de «¡Trabajadores del mundo uníos!» infundió

miedo a los capitalistas de la industria, la banca y el comercio occidentales. Ese miedo se fue contagiando a sus representantes políticos, empleados y prácticamente a todos los hogares.

Los desconcertados investigadores de la conspiración se quedaban perplejos al ver como esos capitalistas del más alto nivel como los Morgan, Warburg, Schiff y Rockefeller podían consentir, y muchos menos apoyar, una ideología que amenazaba abiertamente su posición y su fortuna.

Para entender esta aparente dicotomía, incluso cómo operan los miembros de las sociedades secretas, se debe estudiar al filósofo que influenció a esos hombres a través de Rhodes y Ruskin, Georg Wilhelm Friedrich Hegel.

A rebufo de la Era de la Razón —la revuelta intelectual contra las autoridades eclesiásticas— filósofos alemanes como Hegel, Johann Gottlieb Fichte e Immanuel Kant inspiraron a las generaciones futuras la idea de que el hombre moderno necesita romper las cadenas de los dogmas religiosos y la tradición. Estos iconoclastas diferían únicamente en que Kant creía que las cosas que no se pueden experimentar en el mundo material no pueden ser aprendidas por el hombre, mientras que los metafísicos Fichte y Hegel creían que la razón humana es «la luz del Señor», esa intuición y el amor crean un unidad con lo divino que conduce al entendimiento y la igualdad.

Hegel reivindica la interpretación racional de la esencia humana a la luz de la razón, lo que sería el sistema hegeliano, y fue un intento de reconciliar los opuestos, de comprender el universo como un todo sistemático. Representó un esfuerzo increíble que aún no ha llegado a su fin. Partidarios y detractores de Hegel continuarán filosofando en el nuevo milenio. Es fácil entender por qué este pensamiento abstracto ha sido interpretado de maneras tan dispares por los seguidores de Hegel, incluidos Karl Marx y Hitler.

El colega idealista de Hegel y quien más influyó en su trabajo, Fichte, era miembro de una sociedad secreta. «Es interesante ver como Fichte, que desarrolló esas ideas antes que Hegel, era un francmasón, casi con toda seguridad un Illuminati, y seguro que fue promocionado por los Illuminati», escribió el autor Sutton. Siempre se ha dicho que el propio Hegel debió de formar parte

de la logia de los revolucionarios Illuminati germanos, ilegalizados por el gobierno en 1784, aunque no hay pruebas concluyentes al respecto. Lo que sí es seguro es que abrazó la teología francmasona del nacionalismo.

Marx aplicó la filosofía teórica de Hegel al mundo material y desarrolló una herramienta excepcional para manipular a la gente y los acontecimientos. Esa herramienta es conocida como la dialéctica hegeliana, el proceso por el cual los opuestos —tesis y antítesis— se reconcilian en compromiso o síntesis.

La aplicación relevante aquí es la idea que el capitalismo occidental creó, por un lado, el comunismo (tesis), que por otro lado, se percibía como un enemigo para las naciones democráticas (antítesis). El consiguiente conflicto produjo grandes mercados para las finanzas y la industria armamentística y con el tiempo una nivelación entre las dos partes (síntesis). Durante los últimos cincuenta años, a menudo se ha dicho que los Estados Unidos cada vez se asemejan más a Rusia y que ésta se asemeja cada vez más a los Estados Unidos.

Los miembros de las sociedades secretas, herederas de las Mesas Redondas de Rhodes, entendieron a la perfección la dialéctica hegeliana. Sus predecesores la emplearon durante siglos antes de Hegel. Esos tempranos maquiavelos descubrieron que no era sino un pequeño paso hacia la comprensión de que no hay que esperar a una crisis o al caos. La agitación social se puede crear y controlar en propio beneficio. De ahí vinieron los ciclos de los *booms* y las quiebras financieras, crisis y revoluciones, guerras y amenazas de guerra, todo esto mantenía equilibrada la balanza de poder.

Los activistas sociales y los burócratas aprendieron igual de bien esa estratagema de los extremos contra el centro, ya fuera por experiencia, intuición o estudio. Pide más de lo que realmente necesitas (tesis) a tu oponente (antítesis) y, después del acuerdo, seguramente hayas conseguido lo que querías en primera instancia (síntesis).

«Este método revolucionario —el trabajo sistemático de la tesis versus la antítesis igual a síntesis— es la clave para entender la historia del mundo», dice el autor de la conspiración Texe Marrs.

Volviendo a Trotsky, vemos que dejó los Estados Unidos el 27 de marzo de 1917 por mar —justo unos días antes de que los Estados Unidos entraran en guerra— acompañado de casi trescientos revolucionarios y fondos que Wall Street les había proporcionado. Agentes británicos siguieron la pista de Trotsky, cuyo nombre real era Lev Davidovich Bronstein, porque pensaban que colaboraba con la Inteligencia alemana debido a su estancia en Viena antes de la guerra. En un mitin antes de su partida de Nueva York, Trotsky dijo: «Vuelvo a Rusia para derrocar el gobierno provisional y parar la guerra con Alemania».

Cuando el barco que transportaba a Trotsky y sus acompañantes atracó en Halifax, Nueva Escocia, fueron retenidos y sus fondos requisados por las autoridades canadienses, que temían, con fundamento, que una revolución en Rusia dejaría libres a las tropas alemanas para luchar contra los Aliados en el frente occidental.

Pero esa preocupación bien fundada fue vencida por el alter ego de Wilson, el coronel House, quien dijo al jefe de los Servicios Secretos británicos, sir William Wiseman, que el presidente Wilson quería a Trotsky en libertad. El 21 de abril de 1917, menos de un mes después de que los Estados Unidos entraran en la guerra, el Almirantazgo británico ordenó la liberación de Trotsky quien, con un pasaporte estadounidense autorizado por Wilson, continuó su viaje hacia Rusia y la historia.

Después de una revolución frustrada de 1905, miles de activistas rusos se exiliaron, incluido Trotsky y Vladímir Illich Lenin, un revolucionario intelectual que adaptó las teorías de Hegel, Fichte, Ruskin y Marx al dilema político y económico de Rusia. Tras años de tentativas de reforma, se obligó al zar a abdicar el 15 de marzo de 1917, a lo que siguieron los disturbios en San Petersburgo (entonces Petrogrado) que muchos creen que fueron instigados por agentes británicos.

Mientras Trotsky viajaba a Rusia con un pasaporte estadounidense y fondos de Wall Street, Lenin también abandonaba su exilio. Ayudado por los alemanes y acompañado por unos ciento cincuenta revolucionarios adiestrados, «(Lenin) tomó el infame “tren sellado” en Suiza junto con al menos cinco millones de dóla-

res», escribió Still. El tren atravesó Alemania libremente, tal como habían dispuesto Max Warburg y el Alto Mando alemán. Lenin, como Trotsky, era considerado como agente alemán por el gobierno de Alexandr Kerensky, el segundo de los gobiernos provisionales creados después de la abdicación del zar. En noviembre de 1917, Lenin y Trotsky, respaldados con los fondos occidentales, instigaron una revuelta exitosa y los bolcheviques tomaron el poder.

Los conflictos internos entre los «rojos» y los «blancos» duraron hasta 1922 y costaron unos 28 millones de vidas rusas, muchas veces más que las pérdidas en la guerra. Lenin murió en 1924, después de diversos ataques de apoplejía y después de ayudar a organizar la Tercera Internacional o Komintern, una organización para exportar el comunismo a todo el mundo. Trotsky huyó de Rusia cuando Stalin estableció su dictadura y en 1940 fue asesinado en México por un agente estalinista.

El autor Icke vió un aspecto «multidimensional» en la financiación de los bolcheviques. «Los “revolucionarios” rusos como Lenin o Trotsky fueron utilizados para mantener a Rusia lejos de la guerra, en beneficio de Alemania. Pero a nivel de la élite, el coco llamado comunismo estaba siendo creado para estimular la división del miedo y la alternativa versus capitalismo versus fascismo».

Lenin llegó a vislumbrar al parecer que estaba siendo manipulado por otras fuerzas más poderosas. «El estado no funciona como deseamos», escribió. «Un hombre está al volante y parece manejarlo, pero el coche no se dirige en la dirección deseada. Se mueve por el deseo de otras fuerzas.»

Estas otras «fuerzas» eran los miembros de las sociedades secretas que estaban detrás del nacimiento del propio comunismo, «capitalistas financieros monopolistas», como Lenin los describió.

El ascenso del comunismo

Muchas sociedades secretas distintas estuvieron involucradas en el movimiento que luego desembocaría en el comunismo. Una de los más tempranos pudo haber sido el movimiento *Carbonari*, o carboneros, de la Italia de la Edad Media. Según el autor

Arkon Daraul, los Carbonari afirmaban provenir de Escocia, donde vivían una vida libre y comunal en los bosques salvajes, quemando madera para hacer carbón. Crearon una organización de gobierno que consistía en tres *vendite*, o logias, para administración, legislación y justicia. Las logias estaban dirigidas por la Logia Suprema que, a su vez, estaba liderada por un Gran Maestro, quien encabezaba una suerte de francmasonería primitiva.

«Se introducían en los pueblos bajo el pretexto de estar transportando su carbón para venderlo y, conservando el nombre real de Carbonari, encontraban sus partidarios y se transmitían sus planes», escribió Daraul. «Se daban a conocer mediante signos, gestos y palabras característicos. La doctrina anticlerical de los Carbonari, que fue conocida como la "francmasonería del bosque" se extendió ampliamente después del inicio del reinado de Francisco I de Francia. En Italia fueron tan numerosos que casi controlaron el país.

»A principios de la década de 1820, eran más que un simple poder rural», escribió Daraul. «[Ellos] alardeaban de tener ramas y subsociedades en países tan distantes como Polonia, Francia y Alemania.» Y añade: «Los bolcheviques y sus teóricos de la ideología comunista podrían ser identificados como descendientes de los carboneros...».

Grupos de socialismo antiautoritario como los Carbonari, francmasones illuminati y otros racionalistas y organizaciones humanistas que crecieron durante la Ilustración, se unieron a principios del siglo XIX, lo que molestó enormemente a la Iglesia Católica Romana.

«En nuestros días, si bien la francmasonería no financia a los jacobitas o a otros grupos similares, promueve y acoge a movimientos por lo menos tan satánicos o peligrosos. El comunismo, como el carbonismo, no es más que una forma de la francmasonería iluminada de [el fundador de los Illuminati] Weishaupt», advirtió monseñor George Dillon en 1885.

Uno de esos movimientos fue la Asociación Internacional de Trabajadores —más conocida como la Primera Internacional— precursora directa del comunismo, que se reunió en Londres en 1864 y muy pronto fue dirigida por Karl Marx.

Marx nació en 1818 en Trier, Alemania, hijo de Heinrich y Henrietta Marx, los dos descendientes de un antiguo linaje de rabinos judíos, de ahí que el joven Karl se familiarizara con las tradiciones místicas del Torá y la Cábala. Para esquivar el antisemitismo, tanto Karl como su padre se bautizaron en la Iglesia Evangélica oficial. Ambos estaban muy influidos por la Ilustración.

Después de su graduación en la Universidad de Bonn, Marx se inscribió en la Universidad de Berlín, en 1836, donde se unió a la sociedad secreta llamada Doctor Club formada sobre todo por seguidores de Hegel y su filosofía. Aunque había expresado una devoción temprana por los ideales cristianos, Marx, al unirse a estos hegelianos, pasó de la creencia de que los evangelios cristianos eran «fantasías humanas que dimanaban de las necesidades emocionales» al más completo ateísmo.

Algunos escritores de la conspiración dicen incluso que Marx, con el tiempo, se convirtió en un satanista. Para afirmarlo, señalan su crítica final a Hegel sobre la base de que no había suficiente materialismo en su pensamiento filosófico; los medios antisociales por los que se movía, y un trabajo del Marx estudiante en el que se dice: «Si hay Algo que me absorba, me lanzaré a ello aunque lleve al mundo a la ruina... eso sí que valdría la pena». De nuevo, el punto de vista metafísico de Marx y sus detractores no debe pasarse por alto.

En 1843, Marx se casó y se mudó a París, una de las cunas del socialismo y de los grupos extremistas conocidos con el nombre de comunistas. Fue en París donde Marx entabló amistad con Friedrich Engels, vástago de un acomodado propietario inglés de telares. Marx y Engels eran los dos comunistas empedernidos y colaboraron en la redacción de numerosos textos revolucionarios en forma de panfletos y libros, el más famoso, compuesto de tres volúmenes, en los que se discute sobre el capital, *Das Kapital*. Irónicamente, fue Engels —hijo de un capitalista— quien subvencionó financieramente a Marx —el campeón de la clase obrera— durante buena parte de su vida.

Engels, también un devoto hegeliano, se convirtió al humanismo socialista de la mano de Moses Hess, al que se conocía como

el «rabino comunista», y de Robert Owen, un socialista utópico y abiertamente hostil a la religión tradicional.

Marx y Engels se mudaron temporalmente a Bruselas y luego a Londres, donde en 1847 se unieron a otra sociedad secreta: la Liga de los Justos, compuesta primordialmente por emigrantes alemanes, muchos de los cuales se creía que eran miembros fugitivos de la orden proscrita de los Illuminati.

El grupo pronto cambió su nombre por el de Liga comunista y Marx, junto con Engels, produjo su famosa proclama, *El manifiesto comunista*.

El manifiesto de Marx expone los diez pasos necesarios para crear un estado comunista ideal. Recuerda notablemente a *Los Protocolos de los sabios de Sión*, sugiriendo un origen común. Estos pasos son:

- La abolición de la propiedad privada.
- La progresiva o gradual implantación de un impuesto sobre la renta.
- La abolición de la herencia.
- La confiscación de todas las propiedades de los disidentes y emigrantes.
- La creación de un banco central monopolista con capital estatal para controlar el crédito.
- La centralización de las comunicaciones y el transporte.
- El control estatal sobre la industria y la producción agrícola.
- La propiedad estatal de todo capital y el desarrollo de una fuerza laboral extensa.
- La combinación de la agricultura con la industria manufacturera y la distribución gradual de la población para ir eliminando la distinción entre campo y ciudad.
- Educación pública y gratuita para todos los niños.

Esta lista era increíblemente similar a los pasos para la creación de una sociedad ideal que propusieron los Illuminati bávaros, la cual cosa indica la conexión estrecha entre los dos. «De hecho, la Internacional no puede ser vista más que como una francmasonería illuminati con un nuevo disfraz», comentó el autor Still.

En 1848, Marx fracasó al intentar incitar a una revolución socialista en Prusia y después de librarse de la prisión, retornó a Londres. Conflictos personales, discusiones mezquinas y peleas irritantes sobre ideología impidieron que la Liga Comunista fuera una fuerza eficaz. Facciones militantes reprendieron a Marx por estar más preocupado por sus discursos que por la revolución y éste fue aislándose gradualmente, marginación que sólo acabó con su asistencia a la Primera Internacional de 1864.

Marx, cuya vida fue de lucha y pobreza, tuvo una tremenda influencia en la historia del mundo al suministrar una plataforma filosófica para las sociedades secretas modernas basada en antiguos principios. Murió al parecer de abscesos pulmonares el 14 de marzo de 1883, sumido en la depresión por el suicidio de sus dos hijas y justo dos meses después de la muerte de su esposa.

Es evidente que el comunismo no nació espontáneamente de los pobres, de la masa oprimida de trabajadores, sino que fue resultado de planes a largo plazo y de intrigas que las sociedades secretas urdieron. «No existe movimiento proletario, ni tan siquiera el comunista, que no haya operado en función del dinero... y sin que los idealistas de entre sus líderes tuvieran la más mínima sospecha de esta realidad», escribió el filósofo alemán Oswald Spengler, autor de *La decadencia de Occidente*.

Comentario

Se puede detectar la huella de las sociedades secretas en todo conflicto y en todas las guerras del siglo XX.

Los documentos históricos son inequívocos. Las mismas sociedades secretas aparecen en todos los casos —pasando de padres a hijos, de socios a colegas de negocios, de hermano a hermano de fraternidad—. Parecería, basándonos en la antipatía pública demostrada hacia la guerra, que, ocasionalmente, debían de producirse limpiezas en el gobierno, completos cambios de líder y de funcionarios. Sin embargo, las mismas sociedades secretas siguen teniendo el poder, como señaló el presidente Kennedy. Los medios

de comunicación se muestran indiferentes y a la opinión pública se le pide que crea que todo es pura coincidencia.

El Informe Iron Mountain, ya sea un hecho histórico probable o no, refleja con detalle el pensamiento de los miembros de la sociedad secreta. Por ejemplo, en una entrevista en 1981 que abordaba la superpoblación, Maxwell Taylor —miembro del CFR— afirmó alegremente: «Yo he tachado ya a miles de millones de personas. Gente que está en sitios de África, Asia y Latinoamérica. No podemos salvarlos. La crisis de población y la escasez de alimentos nos dice que ni siquiera lo deberíamos intentar. Es una pérdida de tiempo».

Mientras que algunos conflictos fueron necesarios —como la segunda guerra mundial— otros, como Vietnam o la guerra del Golfo no lo parecen tanto. Pero todos fueron inmensamente provechosos para los miembros de las sociedades secretas, y también todos hicieron más factible su objetivo de crear un gobierno único mundial.

El Royal Institute of International Affairs y el CFR planearon el conflicto en el Sudeste asiático ya en 1951. La creación de la Organización del Tratado del Sudeste Asiático en 1954 era un plan calculado para aportar las bases legales para que el gobierno norteamericano pudiera intervenir en Vietnam. El presidente Kennedy, asesinado antes de poder retirar las tropas, se había ido enfrentando cada vez más con los miembros de las sociedades secretas de Wall Street, algunos de los cuales intervinieron en el dictamen de las causas de su muerte como miembros de la Comisión Warren.

El presidente Johnson y sus asesores del CFR maniobraron con mentiras para conseguir inconstitucionales poderes bélicos del Congreso tras el ilusorio incidente en el «golfo de Tonkín» en 1964. Esos mismos asesores continuaron apoyando esa guerra hasta que fue apreciable que los costes —en vidas, dinero y unidad nacional— eran mayores que los beneficios y, en ese preciso momento, se volvieron contra Johnson.

Corea fue un conflicto prototipo para juzgar cómo la opinión pública estadounidense reaccionaría ante el hecho de que las Naciones Unidas actuaran como fuerza de vigilancia. También

sentó el precedente para que soldados norteamericanos lucharan fuera de los Estados Unidos bajo mando extranjero, algo que continúa hoy. Irónicamente, había mandos superiores rusos comandando a los norcoreanos en un bando y de las Naciones Unidas en el otro.

Se luchó en la segunda guerra mundial para frenar el fascismo en Alemania, Italia y Japón, quienes habían sido creados y financiados por miembros de las sociedades secretas en Occidente. Pese a la naturaleza mortífera de esa guerra, los miembros británicos y norteamericanos de las sociedades secretas continuaron haciendo negocios con el enemigo y después dirigieron la reconstrucción de los países destruidos. Nunca hubo una duplicidad más evidente que en las alertas fallidas del presidente Roosevelt a las tropas norteamericanas en Pearl Harbor sobre el inminente ataque japonés favorecido por sus propias políticas de contención.

Hitler, ese gran azote del siglo XX, era claramente una creación, tanto de las sociedades secretas como de los financieros occidentales. Las explicaciones para estas circunstancias extraordinarias van desde el deseo de crear un equilibrio de poder frente al comunismo a la asombrosa posibilidad de que Hitler estuviera relacionado directamente con los Rothschild vieneses. Sus nazis eran más un culto que un partido político y reflejaban por igual los conocimientos esotéricos y las obsesiones de sociedades secretas europeas que se remontaban hasta los Misterios Antiguos.

Estas sociedades siguieron actuando durante la primera guerra mundial y la Revolución Rusa, las dos financiadas y animadas por miembros de las sociedades secretas británicas y norteamericanas. Los objetivos de los comunistas rusos y de Karl Marx, eran en gran parte, los mismos que los de los Illuminati y la francmasonería continental. Una ideología llevada a la realidad a partir de las teorías de Hegel, quien veía que una parte de un conflicto (tesis) enfrentada a la otra parte (antítesis) originaba un compromiso (síntesis). Esta fórmula —con el elemento añadido ahora de que el conflicto se crea— ha sido aplicada con éxito por los seguidores de Hegel, incluidos los Illuminati, Cecil Rhodes, Hitler y los miembros de las modernas sociedades secretas.

Es evidente que, en el grado que sea, personas relacionadas por la sangre, los títulos, los enlaces matrimoniales o su pertenencia a sociedades secretas, han manipulado y controlado los destinos de naciones enteras a través del fomento y la financiación de la guerra. Esta gente se considera por encima de la moralidad y la ética del ciudadano medio. Ellos obviamente tienen objetivos más elevados —ya sea el puro enriquecimiento y poder o algún programa oculto relacionado con el origen, destino y espiritualidad de la humanidad.

Incluso cuando Marx, Engels y sus seguidores estaban creando el comunismo en Londres, a mediados del siglo XIX, los planes a largo plazo de los Illuminati y sus sociedades derivadas destinadas a fomentar conflictos internos dentro de los Estados Unidos, estaban enfocados hacia una gran rebelión.

TERCERA PARTE

Rebelión y revolución

No era mi intención poner en duda que las doctrinas de los Illuminati y los principios del jacobinismo se han extendido por los Estados Unidos. Por el contrario, nadie se siente más satisfecho de este hecho que yo.

El presidente George Washington
en una carta de 1782

A principios del siglo XIX, la estabilidad de los norteamericanos y sus finanzas debió ser una fuente de gran irritación para los adinerados intrigantes de las sociedades secretas de Europa. Incluso en pleno proceso de cambio de su centro de atención, del control eclesiástico, vigente hasta ese momento, al de la manipulación de la deuda.

Rusia estaba bajo la tiranía del zar, que había rechazado firmemente la creación de un banco central. Europa occidental estaba consumida económicamente tras la Revolución Francesa y las guerras napoleónicas. Y, puesto que si no hay préstamos no hay beneficios, los banqueros europeos habían dirigido su mirada hacia los Estados Unidos para obtener nuevos ingresos.

Tras la guerra de 1812, también conocida como la segunda guerra de independencia de los Estados Unidos, este país se encontraba en unas circunstancias extremadamente envidiables: había derrotado al Imperio británico y sus fronteras con países poco poblados como México y Canadá eran seguras.

Como se ha mencionado con anterioridad, el presidente Andrew Jackson había puesto fin a repetidos intentos de crear un banco central y en 1835 incluso había amortizado la deuda na-

cional. Al año siguiente detuvo la inflación derivada de la especulación de la tierra ordenando que las tierras públicas se vendieran sólo por oro o plata.

El atractivo de Estados Unidos debía de ser irresistible. Pero el presidente James Madison desaconsejó, en 1823, toda intervención y explotación europea en Estados Unidos, mediante la doctrina Monroe. Para desbaratar esa política, se necesitaba un proceso de infiltración lento y sigiloso por parte de los extranjeros, que debió de comenzar ya en 1837, el año en que Jackson se retiró. Ese mismo año, un representante alemán del imperio bancario de los Rothschild llegó a Estados Unidos y cambió su nombre de August Schoenberg por el de August Belmont. Según una biografía favorable a los Rothschild, Belmont en realidad había sido enviado a Cuba por Amshel Rothschild y su hijo, pero en vez de eso, se fue por su cuenta a Nueva York. Se rumoreaba incluso que era un Rothschild ilegítimo. Fuera cual fuese la razón, Belmont se comunicaba a diario con los Rothschild y se convirtió en su representante más conocido en los Estados Unidos.

Belmont, en apariencia sin capital propio, pronto acaparó todas las existencias de bonos del estado, y en pocos años creó una de las mayores empresas bancarias de Estados Unidos, August Belmont & Company. Debido a sus conocidos vínculos con la familia, los investigadores de la conspiración siempre han considerado la empresa como una iniciativa de la familia Rothschild.

Cuando estalló la guerra mexicana, en 1846, fue Belmont quien compró la mayor parte de los bonos del gobierno de Estados Unidos. Gracias a esa táctica comercial agresiva, los Rothschild tuvieron pronto inversiones en la industria, la banca, los ferrocarriles, los bonos estatales y federales, tabaco, algodón y, por supuesto, oro de Estados Unidos. Más tarde, Belmont contribuyó decisivamente a financiar tanto el norte como al sur durante la revolución que comenzó en 1861.

Desde 1853 a 1857, debido en parte a sus sustanciales donaciones al Partido Demócrata, Belmont representó al gobierno de Estados Unidos en La Haya, en los Países Bajos. También se introdujo en la sociedad norteamericana al casarse con la hija del famoso comodoro de la Marina de los Estados Unidos, Mat-

thew Perry, héroe de la guerra mexicana y de la bahía de Tokio. Belmont, un gran jinete, introdujo el caballo de pura sangre de competición en Estados Unidos y fue nombrado presidente del Club de Hípica de Estados Unidos.

En 1849 Alphonse Rothschild viajó a Nueva York para determinar si la familia debía colocar a su agente Belmont en una empresa bancaria permanente. Rothschild se quedó impresionado con las oportunidades obvias que ofrecía Estados Unidos y escribió a sus hermanos diciéndoles que debían establecer un banco y añadió «sin la más mínima duda, ésta es la cuna de una nueva civilización».

Con todo, a pesar de las muchas oportunidades, los Rothschild cometieron al parecer el error de no realizar una mayor inversión en los Estados Unidos; al menos no de una manera abierta.

«De haber establecido un banco en Nueva York en esta etapa temprana del crecimiento de la nación, es casi indudable que las ganancias que de él habrían derivado, en una sola generación hubieran dejado pequeñas todo lo que los Rothschild habían amasado en Europa hasta entonces. Es difícil comprender por qué James y Lionel [Rothschild] ignoraron la entusiasta opinión de Adolphe.»¹

Resultaba difícil comprenderlo incluso desde un punto de vista meramente empresarial, pero su decisión debía de ser buena desde un punto de vista conspirativo.

En primer lugar, se dice que los Rothschild, debido tanto a su antisemitismo como al recelo de los europeos hacia los norteamericanos, decidieron ejercer su poder mediante intermediarios, como Belmont, los Rockefeller, los Morgan, y otros. Y, por otra parte, existen hoy en día abundantes pruebas de que los banqueros de Europa estaban ya conspirando para destruir la Unión estadounidense, económicamente fuerte pero políticamente frágil.

La guerra entre estados

Epperson contaba que, en una biografía autorizada de los Rothschild, se mencionaba una reunión en Londres en la que el «Sin-

dicato bancario internacional» decidió poner el norte de los Estados Unidos contra el sur, en un movimiento estratégico de «divide y vencerás». Un plan de estas características proporcionaría al solvente gobierno federal de Estados Unidos un enemigo que requeriría un desembolso masivo en gastos de guerra y la consiguiente deuda.

Y en caso de independencia sureña, «cada estado podría retirarse de la confederación, proclamar su naturaleza soberana y establecer su propio banco central. En los estados del sur se podrían abrir entonces una serie de bancos controlados por Europa, el Banco de Georgia, el Banco de Carolina del Sur, etc.; y a continuación, cualquiera de los estados podría tener una serie de guerras con sus vecinos, como las de Europa durante siglos, en el perpetuo juego de la balanza de poder. Sería un buen método para asegurarse grandes beneficios a través de los préstamos de dinero a los estados involucrados», explicaba Epperson.

Griffin reproduce una cita textual del canciller Otto von Bismarck: «La división de los Estados Unidos en federaciones de igual fuerza fue decidida antes de la guerra civil por los mayores poderes financieros de Europa. Esos banqueros temían que si Estados Unidos seguía siendo una única nación, lograría una independencia económica y financiera que podría mermar su dominio económico sobre el mundo. La voz de los Rothschild prevaleció... Por tanto, enviaron a sus emisarios a fomentar sobre el terreno la cuestión de la esclavitud y abrir un abismo entre las dos partes de la Unión.»

Es un hecho probado históricamente que, durante algunos años, los Rothschild financiaron los proyectos más importantes de Estados Unidos a ambos lados de la línea Maxsson-Dixon. Nathan Rothschild, que poseía una gran planta textil en Manchester, compraba su algodón en empresas sureñas y financiaba la importación del algodón sureño antes de la guerra. Al mismo tiempo, escribió Wilson, el biógrafo de Rothschild: «concedió préstamos a varios estados de la Unión; ha sido durante mucho tiempo el banquero europeo oficial del gobierno de Estados Unidos, y apoyó con donaciones el Bank of the United States».

«Las aristocracias europeas nunca habían estado contentas con el prodigioso éxito de la sociedad yanqui. Si la nación se partía

en pedazos, demostrando que la democracia no suponía la supervivencia, los gobernantes de Europa se mostrarían muy complacidos», escribía el historiador Bruce Catton. Otro biógrafo de los Rothschild, Niall Ferguson, confirmó la idea de la existencia de una manipulación europea en la situación estadounidense al indicar que había un «vacío sustancial e incomprensible» en la correspondencia de los Rothschild entre 1854 y 1860, y que casi todas las copias de las cartas enviadas por los Rothschild de Londres «fueron destruidas por indicaciones de los sucesivos socios veteranos».

Si ésa fue la táctica, el aspirante a la presidencia, Abraham Lincoln, lo vio claramente. Explicó a menudo que su objetivo era salvar la unión estadounidense, no liberar a los esclavos. En 1858, durante sus famosos debates con Stephen Douglas, Lincoln dejó muy clara su postura: «Diré, pues, que no estoy, ni he estado nunca a favor de establecer de ninguna manera la igualdad política y social de las razas blancas y negras... Yo, como muchos otros hombres, estoy a favor de que la raza blanca tenga asignada una posición superior».

Pero igualmente clara era la determinación de Lincoln a preservar la unión federal. A finales de 1862 proclamó: «Mi objetivo primordial en esta batalla es salvar a la unión... Si pudiera salvar la unión sin liberar a ningún esclavo, lo haría; si pudiera salvarla poniendo en libertad a algunos y dejando otros, también lo haría».

Lincoln entendió que la verdadera razón de las fricciones en los Estados Unidos no era la esclavitud sino la economía. El sur deseaba comprar productos más baratos importados de Europa, pero las poderosas manufacturas del norte imponían sus rígidas tarifas. Esas tarifas subieron rápidamente después de que los congresistas sureños abandonaran Washington en 1861. El norte industrial, llenándose rápidamente de inmigrantes ávidos de trabajar por una miseria, no tenían necesidad de esclavos, mientras que la mayor parte de los plantadores del sur agrícola dependían por completo del trabajo humano. Aunque los líderes sureños habían demostrado una buena disposición respecto a buscar una salida al tema de la esclavitud, sentían que no podían abandonar de repente su «peculiar institución».

Los abogados antiesclavistas, tanto en el norte como en el sur, se dieron cuenta de que los avances tecnológicos suponían que la desaparición de la esclavitud era sólo cuestión de tiempo. Pero los extremistas de ambos lados, animados por agentes de financieros europeos, atizaban continuamente las llamas del descontento.

La punta de lanza de esta agitación llegó en forma de otra sociedad secreta: los Knights of the Golden Circle, la KGG (los Caballeros del Círculo de Oro).

La agitación de la sociedad secreta

La hermética organización de los Caballeros fue creación de un cirujano y escritor, el doctor George W. L. Bickley, que en 1854 fundó su primer «castillo» caballeresco en Cincinnati, Ohio, inspirándose en gran medida en los francmasones locales. Esa sociedad «mantenía estrechos vínculos con una sociedad secreta de Francia llamada Las Estaciones, que era una rama de los Illuminati», dice G. Edward Griffin.

Al igual que las logias masónicas, los Caballeros tenían contraseñas, apretones de manos, «templos» y consejos supremos. A los iniciados se les hacía jurar preservar el secreto con una serpiente viva sobre sus cabezas, junto con una imponente encina.

*Quien se atreva a revelar nuestra causa
Probará la fuerza del acero caballeresco.
Y cuando la tortura se vuelva monótona,
Extraeremos los sesos de su cerebro
Y pondremos una vela dentro de su cáscara
Para alumbrar su alma desde aquí hasta el infierno.²*

El nombre de Caballeros del Círculo Dorado* derivaba del grandioso plan de Bickley de crear un enorme imperio circular de 3.840 km de diámetro tomando Cuba como punto central y

* Caballeros del Círculo Dorado, asociación extremista de corte secesionista. Intentaron, sin éxito, asesinar a Lincoln en 1861. (N. del t.)

que sería sostenido por esclavos. Esa nueva nación incluiría a los Estados Unidos, México, parte de la América central y las Antillas, para hacerse con el dominio del abastecimiento mundial de tabaco, azúcar, arroz y café.

Mientras que los historiadores modernos o bien ignoran o bien quitan importancia a los KGC, resulta evidente, a partir de escritos contemporáneos y de la cobertura de la prensa, que la organización se consideró una amenaza extremadamente verosímil en su día. Lo que sí es cierto, es que Bickley era un misterioso individuo, siempre pidiendo dinero y siempre viajando y divirtiéndose con dignatarios. El «núcleo financiero» de esa orden era la American Colonization y la Steamship Company, organizadas en Veracruz, México, que contaban con un capital de cinco millones de dólares. Alguien que no era Bickley estaba pagando las facturas.

Asimismo Bickley tenía vínculos evidentes con Gran Bretaña y afirmaba que se había licenciado por la Universidad de Londres en 1842. Al inicio de la guerra civil se encontraba en Montgomery, capital confederada del estado de Alabama, trabajando como corresponsal para el *Times* de Londres, y después de la guerra impartió clases en Inglaterra durante largo tiempo.

Al parecer, Bickley tenía lealtades y filosofías variables. Previamente había fundado una sociedad llamada Wayne Circle of the Brotherhood of the Union que buscaba la unidad constitucional. Justo antes del estallido de la guerra, Bickley escribió un artículo para el periódico de Cincinnati, *Scientific Artisan*, en que predecía el final de la esclavitud, «esa institución inviable por completo, como todo hombre sensato de Estados Unidos admitirá sin duda».

A pesar de las ideas defendidas en ese artículo, el primer paso en los planes de Bickley para Caballeros del Círculo Dorado era crear una parcela esclavista separada de la nación sureña y trasladarse hacia el sur, en dirección a México. Como a los nazis mucho más tarde, a los KGC les preocupaba la pureza de la sangre, como demuestra su reivindicación de «una sangre anglosajona» para «americanizar» a la población mexicana.

En 1860, más de cincuenta mil caballeros, la gran mayoría en Texas, aguardaban órdenes para marchar sobre México. Con su

cuartel general en San Antonio, Bickley ganó popularidad con su concesión de préstamos para «matar a banqueros de Wall Street», que en su opinión estaban intrigando contra el sur. También decía que si Lincoln era elegido presidente, «Washington, y no México, se convertiría en el objetivo» de los Caballeros.

De hecho, se produjeron dos tentativas de invasión de México en la primavera de 1860, pero ambas fueron frustradas al fracasar Bickley en proveer a sus hombres de los refuerzos y los abastecimientos prometidos.

Según se dice, el héroe y gobernador de Texas, Sam Houston, era por esa época miembro de los Caballeros, pero se desvinculó del grupo cuando el grupo dejó de tener en su punto de mira la invasión de México para apoyar el movimiento secesionista.

Fue en la causa de la secesión sudista donde Bickey obtuvo más éxito, puesto que los KGC formaban el núcleo del ejército del sur. Según el escritor Ollingen Crenshaw, «la prensa sureña recibió los planes de la orden con entusiasmo y muchos periódicos se convirtieron en sus partidarios... El *Sun* de Viscksburg dijo que los Caballeros del Círculo Dorado habían dotado al sur de una organización militar capaz de defender sus derechos tanto dentro como fuera de su territorio».

Los KGC se distribuían en tres secciones o «grados» —la «Foreign and Home Guard Militia», la «Foreign and Home Guard Corps», de apoyo civil, y la «American Legion», que era el brazo político y gobernante. Según se dice, en 1860 los KGC tenían más de sesenta y cinco mil miembros y eran los «cerebros» del sur. Bickley dejó claros sus objetivos cuando declaró: «El hecho es que queremos una guerra, pero el dilema es cómo conseguirla».

A través de la constante agitación, los Caballeros fomentaron el odio y el miedo tanto en el norte como en el sur. «Después de que Abraham Lincoln fuera elegido en 1860, esa minoría de la minoría del sur conspiró para ganar una última apuesta. En 1861, para asombro de los extremistas, la desunión triunfó», escribió el historiador William W. Freehling.

La actividad de los KGC en los estados del norte implicaba un plan para crear una «Confederación noroeste» compuesta por los pro-sureños de varios estados, incluidos Ohio, Indiana,

Minnesota y Michigan. Al parecer, Illinois ya sólo contaba con alrededor de veinte mil miembros. El plan consistía en incautarse de los arsenales federales, después tomar el control de los estados y liberar a todos los prisioneros confederados. Un oficial del norte, Edmund Wright, intentó oponer resistencia a los Caballeros, pero sólo consiguió que envenenaran a su mujer y quemaran su casa. En agosto de 1862, sesenta miembros de los KGC —de los supuestos quince mil miembros de Indiana— fueron acusados de conspiración y traición pero más tarde fueron puestos en libertad. Los fiscales federales temían crear mártires y los pleitos por conspiración eran débiles.

Las acciones de los Caballeros causaban estragos en el gobierno nacional, y el propio presidente Lincoln lamentaba que «el enemigo que hay detrás de nosotros es más peligroso para el país que el enemigo que tenemos delante».

La administración Lincoln se vio obligada a encarcelar a más de trece mil personas con el cargo de «deslealtad», que no significaba otra cosa que hablar en contra del gobierno desanimando el alistamiento en el ejército. «A los que antes de la guerra se llamaba “leal oposición” se encontraron con que después de 1861 se referían a ellos comúnmente como a los “traidores”», escribió el autor Larry Starkey.

Tal represión encolerizó a los demócratas y a los antirrepublicanos, que acusaron a los oficiales federales de exagerar la amenaza de los KGC para suprimir las críticas a la administración. El número de miembros de la organización de los Caballeros y sus derivados, la Orden de los Caballeros Americanos y los Hijos de la Libertad, creció hasta alcanzar cientos de miles. Según Griffin, los Caballeros pasaron a la clandestinidad tras la guerra, emergiendo más adelante como el Ku Klux Klan.

En 1863 Bickley fue arrestado por espía en Indiana y fue retenido sin que se le sometiera a juicio hasta su liberación en 1865. Bickley, un hombre acabado, murió en Baltimore el 10 de agosto de 1867.

Con la atención de la nación norteamericana centrada en la rebelión del sur y la desunión del norte, las medidas financieras de gran alcance seguían tomándose en Washington.

A mediados de 1861, cuando la guerra justo estaba comenzando, el secretario de Estado de Estados Unidos, Salmon Chase (homónimo del Chase Manhattan Bank) solicitó y recibió del Congreso la aprobación del primer impuesto sobre la renta en Estados Unidos. Comenzó con un escaso 3 % de los ingresos totales, pero sólo un año más tarde el impuesto subió hasta el 5 % de todos los ingresos por encima de 10.000 dólares. «Era un impuesto sobre la renta gradual, tal como había propuesto trece años antes Karl Marx», apunta Epperson, dando a entender que las prioridades secretas eran las que presionaban por detrás de las contingencias de la guerra.

En 1862, con la guerra avanzada, Lincoln necesitó desesperadamente más dinero. En lugar de pedirlo prestado a los bancos europeos, como era de esperar, mandó emitir 450 millones de dólares en papel moneda impreso con una tinta verde, a los que llamó «greenbacks». Este papel moneda fue legalizado mediante una acta del Congreso sin nada que lo garantizara. Lincoln, dando entidad a ese dinero, proclamó: «El gobierno, que tiene poder para crear y emitir moneda... no necesita ni debería pedir prestado capital con intereses... El privilegio de crear y emitir moneda no es sólo la prerrogativa suprema del gobierno sino que es la oportunidad creativa más grande del gobierno».

Es fascinante observar que los dos presidentes estadounidenses que emitieron dinero libre de deuda —Lincoln en 1862 y John F. Kennedy en 1963— fueron asesinados. El asesino de Lincoln, un simpatizante del sur llamado John Wilkes Booth, se demostró que pertenecía a los Caballeros del Círculo Dorado (junto con el famoso forajido Jesse James). Varios investigadores de la conspiración han relacionado a Booth con los ya mencionados Illuminati, los Carbonari italianos y, a través del secretario de Estado del Sur, Judah Benjamin, con la casa de los Rothschild. Tras la guerra, Benjamin, conocido como el «siniestro poder a la sombra del trono» del presidente del sur, Jefferson David, se trasladó a Inglaterra, donde se convirtió en un abogado de éxito.

Como en el asesinato de Kennedy, la muerte de Lincoln provocó que se dispararan acusaciones de conspiración, que todavía resuenan hoy en día. La conspiración para asesinar a Lincoln in-

volucró a varias personas, cuatro de ellas fueron ahorcadas, entre ellas Mary Surratt, la primera mujer ejecutada en ese país por un delito capital. Es ya un hecho histórico que el asesinato de Lincoln fue un complejo complot que incluía planes de contrabando y secuestro en el que estaban implicados miembros de los Caballeros del Círculo Dorado. «El hecho es el motivo por el que Abraham Lincoln fue asesinado sólo puede completarse dentro de los confines de la camarilla confederada en Canadá (que incluye miembros de los KGC así como agentes británicos)», apuntó el autor Starkey. El complot también implicaba a algunos de los oficiales de más alto rango de Washington, entre los cuales estaba el secretario de Guerra, Edwin Stanton. La historia completa de esta conjura es ya de sobra conocida.

A pesar del uso generalizado del término, el conflicto entre 1861-1865 nunca fue verdaderamente una guerra civil, sino que se definió como un conflicto entre facciones o secciones dentro de una nación. La mayoría de los ciudadanos de cada estado del sur eligieron libremente abandonar la Unión. Jefferson Davis, el primer y único presidente de la Conferación sudista, ex senador y secretario de Guerra en el gabinete del presidente Franklin Pierce, en su discurso inaugural del 18 de febrero de 1861, dijo «es una idea norteamericana que los gobiernos se apoyan en el consentimiento de los gobernados y que es un derecho de éstos alterarlos o abolirlos a voluntad siempre que hayan llegado a ser destructivos para los fines para los que fueron establecidos... En consecuencia, los estados soberanos aquí representados han procedido a formar esta Confederación; y es abuso del lenguaje que sus actos hayan sido denominados como revolución».

«Secesión —o rebelión, como los jacobinos preferían llamarlo— puede ser traición, pero ningún tribunal lo ha llamado así —o nunca lo llamaría así—, no importa cuál sea la opinión que los radicales tengan sobre la cuestión», observó el historiador Shelby Foote.

Pero Lincoln y los republicanos radicales proclamaron que la secesión era traición, y prepararon enormes ejércitos y un bloqueo naval para obligar a los estados sudistas a volver a la Unión. Y mientras veintidós millones de nordistas luchaban encarniza-

damente contra nueve millones de sudistas, Francia e Inglaterra se preparaban para sitiar la nación en conflicto.

Mientras las orquestas del ejército tocaban «Dixie», Inglaterra enviaba once mil efectivos al Canadá, que se había convertido en un refugio para los agentes confederados. La Francia de Napoleón III instaló al archiduque de Austria, Maximiliano, como emperador de México, quien inmediatamente abrió negociaciones con los Estados Confederados y permitió el transporte de abastecimientos a Texas, rompiendo así el bloqueo de la Unión. Las tropas francesas merodeaban por la frontera de Texas. Tanto Francia como Inglaterra estaban preparadas para intervenir tan pronto como el norte y el sur acabaran el uno con el otro.

Dos acontecimientos impidieron la completa disolución de los Estados Unidos: la proclamación de Lincoln de la abolición de la esclavitud en los Estados Confederados y la callada intervención de Rusia.

Ataques preventivos

El 22 de septiembre de 1862, pocos días después de que ejército federal frenara el avance confederado en la batalla de Antietam, Lincoln anunció sus planes de decretar la liberación de los esclavos del sur a menos que los Estados sureños volvieran a formar parte de la Unión. Este decreto quedó suspendido durante nueve meses a la espera de la victoria de la Unión en el campo de batalla.

Al no obtener respuesta del sur, el 1 de enero de 1863, Lincoln decretó la Proclamación de la Emancipación de los esclavos. Ordenó la abolición de la esclavitud de todos los esclavos en territorio bajo control de los rebeldes. Fue un acto puramente político, dado que, obviamente, no tenía autoridad sobre esas áreas. Pero de ese modo trasladó la cuestión de la esclavitud al primer plano del conflicto. Con posterioridad, Lincoln explicó ese gesto pragmático con estas palabras: «Las cosas han ido de mal en peor hasta que sentí que habíamos agotado todas nuestras fuerzas en el plan de operaciones que habíamos perseguido; que habíamos

jugado nuestra última carta y que debíamos cambiar nuestra táctica o perder la partida. Opté por adoptar la política de emancipación». En otras palabras, fue en esa guerra fratricida cuando la esclavitud se convirtió en un asunto central.

La Proclamación fue una brillante maniobra estratégica, puesto que ni los ciudadanos de Gran Bretaña ni los de Francia habrían aceptado que su nación prestara apoyo a la esclavitud, y fortaleció el poder de Lincoln en su país.

Cuando en 1863 Lincoln decretó la primera leva militar, se produjeron sublevaciones en varias de las ciudades más importantes, entre ellas Nueva York. Entre el 13 y el 16 de julio más de un millar de personas fueron asesinadas o heridas cuando las tropas del ejército restauraron la paz a punta de pistola. «Con el transcurso de los años, resulta fácil olvidar que Lincoln tuvo que afrontar una insurrección tanto en el norte como en el sur», afirma Griffin tajantemente. «Para controlar la insurrección (del norte), Lincoln hizo caso omiso de la Constitución una vez más y suspendió el derecho al habeas corpus, lo cual dio rienda suelta al gobierno para encarcelar a sus detractores sin cargos formales y sin juicio. De este modo, bajo la bandera del antiesclavismo, los ciudadanos norteamericanos del norte, no sólo fueron asesinados en las calles de sus propias ciudades sino que fueron reclutados contra su voluntad y encarcelados sin el correspondiente procesamiento jurídico. En otras palabras, hombres libres fueron esclavizados para que los esclavos pudieran ser libres. Incluso si la pretendida cruzada había sido genuina, fue un mal intercambio».

En otoño de 1863, Lincoln se había ido inquietando cada vez más con la presencia militar extranjera en Canadá y en México. Su preocupación por la presencia de Francia en México le llevó a lanzar un apresurado ataque en el paso Sabine, en el nacimiento del río Sabine, que separa Texas de Louisiana. El 8 de septiembre de 1863, apenas cuarenta y siete milicianos de Texas con seis cañones ahuyentaron a una flotilla de barcos compuesta por veintidós barcos que transportaba cinco mil efectivos yanquis escoltados por cuatro lanchas cañoneras.

Mientras que Francia y Gran Bretaña estaban peligrosamente cerca de reconocer y prestar ayuda al sur, fue el zar ruso Alejan-

dro II, partidario de los nordistas, quien inclinó la balanza del otro lado. Tras recibir información de que Gran Bretaña y Francia estaban maquinando la guerra para dividir el Imperio ruso, Alejandro mandó dos flotas rusas a los Estados Unidos en otoño de 1863. Una de ellas ancló frente a la costa de Virginia mientras que la otra se quedó en San Francisco. Ambas estaban colocadas en una situación perfecta para atacar las líneas marítimas comerciales de Francia y Gran Bretaña. No hubo amenazas ni ultimátums, pero estaba claro que, si Francia e Inglaterra intervenían en la guerra, la armada rusa estaba en situación de causar estragos. «De no haber sido de los efectos inhibidores que provoca la armada rusa, el curso de la guerra podría haber sido sumamente diferente», comenta Griffin.

Debido sobre todo a la presencia de estas flotas, junto con los efectos de la Proclamación de Emancipación sobre los ciudadanos de sus propios países, Gran Bretaña y Francia descartaron intervenir a favor del sur, tal como habían planeado.

A principios de 1865, el sur estaba desangrado tanto por lo que se refiere a bienes materiales como a hombres. El río Mississippi estaba bajo control federal y el general unionista William T. Sherman escindió en dos partes la Confederación con su infame «marcha hacia el mar» avanzando hacia Georgia. «La nación (Confederada) fue capaz de mantener su ejército sobre el campo de batalla gracias a la resistencia y la determinación incomparable de sus soldados supervivientes», escribe Catton. «Enfrente tenía una nación cuyas fuerzas la guerra había fortalecido en lugar de debilitar —una nación que había sido más fuerte al comenzar la guerra y que en ese momento se había convertido en una de las potencias más poderosas sobre la faz de la tierra. La guerra sólo podía finalizar como lo hizo. La Confederación murió porque la guerra la había consumido.»

La cantidad de sangre derramada en la guerra fue espantosa. La suma de 365.000 muertes de yanquis y de 258.000 de confederados representaba una cifra total superior a la de todas las guerras juntas de los Estados Unidos.

Y el coste económico fue astronómico. A finales de 1861, el gasto del gobierno era de 67 millones de dólares. En 1865 ese nú-

mero creció hasta más de mil millones. La deuda nacional, que en 1861 apenas ascendía a 2,80 dólares per cápita para una población de 33 millones, en 1865 se elevó hasta los 75 dólares per cápita. En 1910 se estimó que el coste total de la guerra, incluyendo las pensiones y la sepultura de los combatientes, sumó casi los 12 mil millones de dólares, una suma inaudita en aquella época.

En medio de ese inmenso flujo de dinero se encontraba el agente de los Rothschild, Belmont, financiando a ambos bandos. Influyó decisivamente en los banqueros de Gran Bretaña y Francia para apoyar el esfuerzo de guerra de la Unión mediante la adquisición de bonos del gobierno. Al mismo tiempo, acaparó los bonos bancarios sin ningún valor del sur a precios que contaban con grandes descuentos, con la previsión de que el sur se vería obligado a pagarlos íntegramente tras la guerra. En 1863, el *Chicago Tribune* denunciaba: «Belmont, los Rothschild y toda la tribu de los judíos han estado comprando bonos confederados». Mucho más adelante, las personas incapaces de entender la duplicidad de Belmont y sus empleados, que habían proclamado públicamente sus sentimientos a favor del norte, consideraron esa acusación como «libelo».

Uno de los Rothschild más jóvenes visitó Estados Unidos al comienzo de la guerra y se declaró tan a favor de los Confederados como su agente Belmont a favor de la Unión. Por lo que respecta a Lincoln, Salomon Rothschild dijo de él: «Rechaza todo tipo de negociación y sólo piensa en la represión por la fuerza de las armas. Tiene la apariencia de un campesino y únicamente sabe explicar historias de taberna».

Los Rothschild jugaban a dos bandas y al parecer sentían poca compasión por la tragedia norteamericana. El barón Jacob Rothschild racionalizaba mediante estos términos aquella carnicería: «Cuando un paciente está gravemente enfermo, se busca con desesperación sanarlo, aunque sea con una sangría».

«La huella de la Fórmula Rothschild sobre las tumbas de los soldados norteamericanos de ambos lados es inequívoca», concluye Griffin.

Si efectivamente la guerra entre Estados [la guerra civil esta-

dounidense] fue producto de un complot auspiciado por las sociedades secretas para dividir los Estados Unidos —como reivindicaba un panfleto de los Caballeros del Círculo Dorado publicado en 1861—, apoyado por los Rothschild europeos, lo cierto es que estuvieron cerca de triunfar. Las estrictas políticas de Reconstrucción del gobierno republicano, que, mediante punitivas medidas económicas, acarrearón enormes sufrimientos para el sur hasta bien entrada la década de 1960, alimentaron un odio y un rencor que pervivieron durante el siglo XX, así como la fundación de sociedades secretas, como la del Ku Klux Klan.

El historiador Foote empleó el término «jacobino» para describir a los secesionistas de la época —perturbadores del orden social, religioso y político establecido— que habían estado operando en los Estados Unidos desde finales del siglo XVIII. Los jacobinos, una especie de masones «iluminados», fueron el lazo que unió las sociedades secretas del Viejo Mundo con las manipulaciones ocultas en el Nuevo Mundo.

Cruzaron el Atlántico, tras destruir con éxito el «Orden del Viejo Mundo» en Francia, y a la búsqueda de nuevos mundos que conquistar. Esos fugitivos eran antiguos miembros o sucesores de componentes de las sociedades secretas más antiguas, como los Iluminados de Baviera, cuyos orígenes se remontaban a los albores de la humanidad.

Los hombres que crearon sociedades como los Caballeros del Círculo Dorado, la Sociedad Thule, y los grupos Mesas Redondas de Cecil Rhodes, procedían de una larga tradición de organizaciones clandestinas europeas.

Sin embargo, ya en el tiempo de la guerra civil estadounidense, muchas de las maquinaciones de esas sociedades secretas habían sido olvidadas por el público estadounidense gracias al movimiento antimasónico de principios del siglo XIX.

El movimiento antimasónico

La francmasonería, una de las sociedades secretas más antiguas y más poderosas de la historia mundial, echó sólidas raíces en Es-

tados Unidos desde los días de la fundación de este país e incluso desempeñó un papel crucial en la guerra de la independencia estadounidense. Asimismo tuvo un papel incluso más decisivo en la subsiguiente Revolución Francesa, que en principio fue recibida con gran entusiasmo y aprobación en Estados Unidos. El número de logias masónicas creció al tiempo que la cifra de miembros iba en aumento. Se estima que, en 1826, la cantidad de masones en los Estados Unidos alcanzaba aproximadamente los 50.000, la mayoría de ellos hombres cultos y profesionales.

Pero en ese año, un masón rompió filas. Se supo que el capitán William Morgan de Batavia, Nueva York, estaba planeando publicar un libro que revelaría los símbolos secretos, las contraseñas de saludo, juramentos y propósitos de los masones. Morgan, un miembro de la orden de treinta años, escribió: «La plaga que azota nuestras instituciones civiles se encuentra en la poderosa masonería, cuyo poder cada día va en aumento. Le debo a mi país una exposición de sus peligros».

Antes de que el libro fuera impreso, Morgan y su editor fueron secuestrados en Batavia. Furiosos amigos y vecinos persiguieron a los secuestradores y consiguieron rescatar al editor. Morgan no tuvo tanta suerte y nunca más se lo volvió a ver.

Años más tarde, un masón llamado Henry L. Valance confesó a su médico mientras agonizaba en su lecho de muerte, que él, junto con otros dos masones, habían ahogado a Morgan en el río Niágara. Valance dijo que desde esa noche había sufrido remordimientos de conciencia —«la marca de Caín»— y buscaba la absolución por su pecado.

En la época del secuestro, nadie pudo aclarar nada respecto a la suerte de Morgan. Según unos escritos del reverendo Charles G. Finney que datan de 1869, los masones estaban reduciendo la velocidad de las ruedas de la justicia en los tribunales de justicia y en las aplicaciones de la ley, y entre los testigos y los jurados. Los rumores de que Morgan había sido raptado y asesinado por los masones se propagaron rápidamente por Nueva York y luego por Nueva Inglaterra y los estados del Atlántico medio y el escándalo se convirtió en mayúsculo.

Debido a las reacciones de los ciudadanos contra el herme-

tismo y exclusividad de la masonería, Finney afirma que, aproximadamente cuarenta y cinco mil abandonaron la orden y más de dos mil logias cerraron. «Miles de masones quemaron sus delantales. En pocos años, el número de miembros en las logias de Nueva York pasó de 30.000 a 300 como consecuencia directa del episodio de Morgan», escribe William J. Whaley.

En 1827, el libro de Morgan, *Illustrations of Masonry by one of the Fraternity Who Has Devoted Thirty Years to the Subject*, se publicó con carácter póstumo. Por primera vez, los no masones podían acceder a las interioridades de la orden.

Los escalofrantes «juramentos de sangre» y los castigos por revelar los secretos masónicos renovaron la creencia generalizada de que Morgan había sido asesinado por sus compañeros de sociedad. Morgan revelaba que los iniciados de la orden, o Primer Grado de la Logia Azul, se comprometían «a no revelar bajo ninguna circunstancia ningún tipo de información, aunque ello significara que les rebanaran el cuello, les arrancaran la lengua de cuajo o bien enterraran su cuerpo bajo la áspera arena de bajamar, donde la marea baja y sube dos veces en veinticuatro horas...». Los castigos iban siendo cada vez más espantosos a medida que se subía de grado.

En 1829, a instancias de la presión pública, el Senado del Estado de Nueva York investigó la francmasonería y concluyó que los adinerados y poderosos masones se encontraban en todos los niveles del gobierno. El Senado también criticó el «silencio sepulcral» de los medios de comunicación: «Esos que se proclamaban a sí mismos centinelas de libertad, han sentido también la fuerza de la influencia masónica...».

Adversarios del presidente Andrew Jackson —asimismo francmasón— aprovecharon el escándalo para formar el Partido Antimasónico. Era la primera vez que se creaba un tercer partido en Estados Unidos. Los candidatos antimasónicos tuvieron éxito en las elecciones estatales y locales pero fracasaron en su intento de hacer perder su escaño a Jackson en 1832. A finales de la década de 1830, el Partido Antimasónico se dedicó a la agitación contra la esclavitud, y los miembros estrictamente contrarios a Jackson se unieron al recién formado Partido Liberal. No obs-

tante, los masones habían recibido un duro golpe del que no se recuperaron durante décadas.

Las sospechas y los sentimientos en contra de la masonería habían ido creciendo en los años previos al secuestro de Morgan, a medida que, buen número de norteamericanos, fueron enterándose del papel que había desempeñado la organización en las dos primeras insurrecciones de la nación.

A principios de 1787, cerca de un millar de granjeros de Massachussets, a las órdenes del veterano de la Revolución, Daniel Shays, atacaron el arsenal de Springfield y se apoderaron del armamento. La sublevación fue resultado de la furia por la subida de impuestos, la emisión del papel moneda y la existencia de leyes conforme a las cuales sólo la gente adinerada podía ocupar cargos gubernamentales.

Los granjeros, enfurecidos y sobrecargados de tasas, se manifestaron en varias ciudades. Samuel Adams, que denunció que «emisarios» europeos estaban agitando a la población en la sombra, ayudó a redactar una resolución en Massachussets suspendiendo el habeas corpus y la famosa Acta Antidisturbios lo que no impresionó demasiado a los sublevados granjeros.

Hombres que apenas diez años antes se habían levantado contra las leyes inglesas, exigían ahora la pena de muerte para los rebeldes de Shays. Sólo Thomas Jefferson, lejos del escenario como embajador de los Estados Unidos en Francia, se mostró favorable. «Soy de la opinión de que una pequeña rebelión de vez en cuando es algo beneficioso», escribió a un amigo. «Dios nos libre de estar veinte años sin una sublevación... El árbol de la libertad debe regarse de vez en cuando con la sangre de los patriotas y los tiranos.» Por fin, el pequeño ejército de Shays marchó sobre Boston, pero se dieron la vuelta, más a causa de una tormenta de invierno que de la milicia, compuesta por comerciantes de Boston, que se había formado a toda prisa.

La unión norteamericana estaba lejos de ser estable, especialmente en las áreas de la zona oeste. En 1791 el secretario del Tesoro, Alexander Hamilton —masón— presionó mediante el Congreso para que se aceptara una serie de leyes fiscales instando a apoyar el recién creado Bank of the United States [Banco de los

Estados Unidos] y obligando a que se reembolsaran íntegramente los bonos del gobierno en poder de sus amigos. Fue asimismo un ejercicio para reafirmar el poder incipiente del gobierno federal. Sus actuaciones acabaron desembocando en la Rebelión del Whisky de 1794.

Uno de los grupos más afectados por los impuestos de Hamilton fue el de los granjeros escoceses e irlandeses del oeste de Pennsylvania, que estaban particularmente indignados con el impuesto sobre el whisky. Aparte de para beberlo, muchos granjeros convertían su grano en whisky para facilitar su transporte a los mercados del Este. Vieron en el impuesto sobre el whisky un ataque directo a su modo de vida y los recaudadores de impuestos fueron recibidos armas en ristre. Algunos de ellos fueron embreados y emplumados.

Según algunos investigadores de ese período, la implicación de sociedades secretas influenciadas por extranjeros es demostrable. Por ejemplo, el levantamiento de los airados granjeros fue azuzado por la agitación del embajador francés en los Estados Unidos, Edmond Genet.

Genet, expulsado de Rusia por incitar a la revolución, llegó a los Estados Unidos en la primavera de 1793, y comenzó a organizar sociedades secretas con el nombre de «Clubes democráticos». Eran réplicas directas de los clubes de los Illuminati que trabajaron a favor de una revolución en Francia. John Quincy Adams apuntó que los Clubes democráticos «están tan perfectamente de acuerdo con los jacobinos parisinos, que no dejan lugar a dudas sobre su origen común».

El presidente George Washington también expresó su preocupación en estos términos: «Desde mi punto de vista... si esas sociedades secretas no son contrarrestadas... pueden sacudir los cimientos del gobierno».

En julio de 1794 Washington se atavió con su viejo uniforme militar y pasó revista a una fuerza de 13.000 hombres, capitaneados por el padre de Robert E. Lee, el general Henry «Light-Horse Harry» Lee. La milicia armada, congregada desde varios estados vecinos, se trasladó a Pennsylvania, y los pocos centenares de granjeros que se les enfrentaron fueron rápidamente dis-

persados. Dos granjeros fueron condenados por traición, pero más tarde fueron indultados por Washington, después de que los republicanos de Jefferson expresaran su preocupación por lo que ellos veían como una reacción exagerada por parte del gobierno. Los federalistas consideraron el incidente como una victoria, puesto que fue la primera oportunidad en que se estableció la autoridad federal por medios militares dentro de las fronteras del Estado.

Pero los críticos lo vieron como otra imposición de la autoridad elitista bajo un nombre diferente. «¿Por qué los señores Hamilton y Washington se molestaron en participar en la Revolución Americana?», se pregunta el autor Bramley. «Si luego usaron su influencia para crear las mismas instituciones en Estados Unidos que los colonos habían encontrado tan odiosas bajo mandato británico.»

Con una revolución a gran escala en Francia, criticados por los republicanos de Jefferson, y temerosos de la influencia de los Illuminati en las logias masónicas de la nación y los Clubes democráticos, en 1798, los federalistas aprobaron cuatro actas relacionadas con los extranjeros y la sedición [Four Alien and Sedition Acts] en el Congreso. Esas leyes impopulares, «concebidas para proteger a los Estados Unidos de la amplia conspiración jacobina francesa, que tiene agentes incluso en altos cargos del gobierno», dio poder al presidente para expulsar o encarcelar a extranjeros, restringir la inmigración y castigar a cualquiera que escribiera o hablara «con intención de difamar» al gobierno.

Muchos consideraron que esas leyes eran un mal disimulado intento de consolidar un ilimitado poder federal, y las resoluciones no fueron aprobadas en las asambleas legislativas de Kentucky y Virginia. Esos Estados declararon que, puesto que el gobierno federal era el resultado de un pacto entre Estados, si el gobierno federal asumía poderes no específicamente otorgados por la Constitución, los Estados tenían derecho de declarar tales poderes inconstitucionales. Ése fue el inicio del argumento constitucional que apoyó la secesión a mediados del siglo XIX.

La naturaleza religiosa de los primeros norteamericanos del nordeste, en su gran mayoría Padres Peregrinos y Puritanos, de-

mostró su resistencia a las ideas anarquistas importadas por la Francmasonería «iluminada», pero no fue ese el caso en Francia.

La Revolución Francesa

Si queremos señalar el mayor acontecimiento mundial inspirado por las maquinaciones de las sociedades secretas, ése no es otro que la Revolución Francesa, que arrasó la nación francesa entre 1787 y 1799. Los líderes revolucionarios, intentando derrocar la monarquía decadente del rey Luis XVI, llevaron a cabo la primera revolución nacional de los tiempos modernos.

Aunque comúnmente se cree que empezó a causa del sublevamiento público por la falta de alimentos y representación gubernamental, todo indica que la revolución fue instigada por células de masones franceses y de Illuminati alemanes.

The New Encyclopaedia Británica apunta a que en Francia «surgió un sistema político y un punto de vista filosófico que ya no tomaba el cristianismo como base, sino que de hecho se oponía explícitamente a él... La hermandad, aleccionada por grupos como los francmasones, miembros de sociedades fraternales secretas, y los Illuminati, una sociedad secreta racionalista, rivalizaba con el sentido de comunidad católico».

El investigador de organizaciones secretas, Nesta H. Webster, va incluso más lejos y en su libro masónico *A Ritual and Illustrations of Freemasonry* (1924) llega a afirmar: «Los masones... originaron la Revolución con el infame duque de Orleans a la cabeza».

El autor Bramley escribe: «Durante la primera Revolución Francesa, un líder clave de los rebeldes fue el duque de Orleans, que fue Gran Maestro de la masonería francesa antes de su renuncia en el momento álgido de la Revolución. El marqués de Lafayette, el hombre que fue iniciado en la fraternidad masónica por George Washington, también desempeñó un papel crucial en la causa revolucionaria francesa. El Club Jacobino, que era el núcleo radical del movimiento revolucionario francés, fue fundado por masones.

Fue el duque de Orleans, Gran Maestro de la logia masónica Gran Oriente, quien por lo visto compró todas las existencias de grano en 1789 para, o bien venderlas en el extranjero o bien esconderlas, causando casi la hambruna entre los plebeyos. Un coetáneo llamado Galart de Monjoie echó la culpa de la revolución casi exclusivamente al duque de Orleans en estos términos: «Era movido por esa mano invisible que parecía haber creado todos los acontecimientos de nuestra revolución para conducirnos a un objetivo que no vislumbramos en el presente...».

Webster, basándose en un sinfín de escritos de la época, afirma: «Si, como se dice, la Revolución [francesa] se preparó en la logias de los francmasones —y muchos masones franceses se jactan del hecho— se debería añadir que fue la *francmasonería "iluminada"* [de los Illuminati] la que la promovió y que los masones que la saludaron eran masones "iluminados", herederos de la misma tradición introducida en las logias de Francia en 1787 por los discípulos de Weishaupt, "patriarca de los jacobinos"». (las cursivas de énfasis son del original).

Giuseppe Balsamo, estudiante de la Cábala judía, francmason y rosacruz, llegó a ser conocido como el mago Cagliostro en la corte de Luis XIV de Francia. Éste escribió cómo los Illuminati alemanes se habían ido infiltrando en las logias de la masonería francesas durante años. «En marzo de 1789, las 266 logias controladas por el Gran Oriente eran todas "iluminadas" sin siquiera saberlo los francmasones en general; el nombre de la secta que los había introducido en esos misterios no se mencionaba, y sólo un pequeño número estaba realmente iniciado en el secreto».

Jacobinos y jacobitas

Miembros pro revolucionarios de la Asamblea Constituyente Nacional Francesa formaron un grupo que se dio a conocer como Sociedad de los Amigos de la Constitución. Después de que la Asamblea se trasladara a París, ese grupo siguió reuniéndose allí en un salón cedido por los jacobinos del convento de los frailes dominicos. Esos revolucionarios, que habían jurado proteger la

revolución de los aristócratas, pronto fueron conocidos como Club Jacobino. Desde entonces, a todos los revolucionarios se los ha llamado jacobinos.

Al menos, ésa es la historia oficial de los jacobinos. A éstos siempre, se los ha relacionado con las primeras sociedades secretas, en este caso con un movimiento que buscaba la restauración monárquica en Inglaterra.

En 1688, el impopular y católico rey Estuardo, Jacobo II, fue depuesto por su yerno holandés el protestante Guillermo III de Orange. Jacobo —cuyo nombre en latín era Jacobus, de ahí «jacobitas», huyó a Francia. Desde allí continuó recibiendo apoyo de los francmasones de Escocia y Gales que ambicionaban su restauración en el trono inglés. Éstos fueron acusados por los francmasones franceses de convertir los rituales y títulos masónicos en apoyo político para ese fin.

Según algunas versiones de la historia de la masonería, el rey francés Luis XIV dispuso todo para que su amigo Jacobo se instalara en el castillo de Saint-Germain donde, con ayuda de los jesuitas, estableció un sistema de masonería que se convirtió en el fundamento de las tradiciones masónicas del Rito escocés.

«La teoría que conecta la casa real de los Estuardo con la francmasonería... como una intriga política para conseguir la restauración en el trono de una familia exiliada... resulta tan repugnante... que apenas puede creerse que una teoría así se haya tomado en serio, sin suficientes pruebas concluyentes del hecho», ésa fue la enrevesada admisión de esos hechos políticos ofrecida por el escritor masónico del siglo XIX, Albert Mackley.

Tras una serie de fallidas sublevaciones, finalmente, en Escocia los jacobitas fueron aplastados en la Batalla de Culloden Moor cerca de Inverness en 1746. Su líder, Carlos Eduardo Estuardo, el «príncipe Bonnie Charlie», joven pretendiente al trono, huyó a Francia acompañado de otros jacobitas imbuidos de sus mismos ideales francmasónicos. Un año más tarde, en Arras, Francia, Carlos aprobó los estatutos de la Soberanía Masónica Primordial de Rosa Cruz, conocida como «jacobitas escoceses».

«La organización de ese capítulo tenía como única intención poner en marcha un plan para reclutar a otros masones... para

crear una sección en cualquier ciudad que consideraran adecuada, y así lo hicieron... entre ellas, una en París, en 1780, que en 1801 se unió a la Logia del Gran Oriente de Francia», explica Mackey.

Webster añade que «el carácter jacobino de la logia de París no dejaba lugar a dudas. Los fundadores de la Gran Logia de París no derivaban de la Gran Logia de Londres, de los que no habían obtenido ningún permiso, de hecho trasladaron su francmasonería a Francia antes de que la Gran Logia de Londres fuera instituida; por lo tanto, era imposible que pudiera regirse por sus regulaciones». Probablemente éste es el momento en que la francmasonería inglesa y continental comienza a bifurcarse.

Según Mackey, con el intento de relacionar las tradiciones masónicas con las reivindicaciones al trono inglés de los Estuardo ha sido la primera vez en que la política ha sido introducida en la «filosofía especulativa» de la francmasonería. Sin duda alguna no fue la última vez.

Por su parte, los masones franceses estaban activamente implicados en los acontecimientos políticos del día a día. «Todos los revolucionarios de la Asamblea Constituyente eran iniciados de tercer grado» de la masonería «iluminada», incluidos líderes revolucionarios como el duque de Orléans, Valance, Lafayette, Mirabeau, Garat, Rabaud, Marat, Robespierre, Danton y Desmoullins.

Honoré-Gabriel Riquetti, conde de Mirabeau y político revolucionario, incluso abrazó los mismos ideales que Adam Weishaupt, el fundador de los Illuminati o Iluminados de Baviera. En documentos personales, Weishaupt exigía el derrocamiento de todo orden, de todas las leyes y todo el poder para «dejar al pueblo en la anarquía». Decía que, públicamente, había que prometer «el poder para el pueblo», e impuestos más bajos, pero nunca dar el poder real «a la gente, ya que como legisladores serían muy peligrosos [puesto que] sólo establecerían leyes que coincidieran con sus pasiones». Afirmaba que la clerecía debía ser destruida «ridiculizando la religión».

Mirabeau finalizaba su diatriba proclamando «¿qué importa los medios que se empleen mientras se alcance el fin?», la misma filosofía de «el fin justifica los medios» predicada por Weishaupt, Lenin o Hitler.

Como a menudo sucede en los acontecimientos mundiales, los aspectos que provocaron la revolución en un principio tenían que ver con las finanzas. Francia había gastado una cantidad considerable de dinero apoyando la guerra de independencia norteamericana. En febrero de 1787, los nobles franceses fueron convocados a una asamblea por el interventor general de Finanzas, quien propuso incrementar los impuestos para los ricos para reducir la deuda nacional. Huelga decir que los ricos nobles rechazaron esa idea y en su lugar exigieron la convocatoria de los Estados Generales, asamblea nacional francesa formada por representantes de los tres estados: el clero, la nobleza y los plebeyos. Dicha asamblea no se había reunido desde hacía dos siglos.

La agitación para que los Estados Generales consideraran llevar a cabo reformas políticas continuó a lo largo de 1788, con disturbios en las principales ciudades francesas, entre ellas París. Durante ese período, se eligieron representantes de los tres estados.

Los Estados Generales se reunieron en Versalles el 5 de mayo de 1789 y desde el primer momento se enfrentaron por cómo debía ser ponderado el voto. El voto por individuo, favorecería a la mayoría, principalmente a los plebeyos, mientras que el voto por Estado favorecería a los nobles y la clerecía.

Los plebeyos, el tercer estado, con el apoyo de algunos sacerdotes, se impusieron en la votación y el rey Luis XVI exigió a regañadientes una Asamblea Nacional Constituyente para elaborar una nueva constitución francesa, mientras en secreto congregaba a las tropas para atacarlos.

Se propagó la noticia de los movimientos de las tropas y, en el consiguiente período de «Gran Miedo» de julio de 1789, las masas de París asaltaron el baluarte del absolutismo francés, la prisión de la Bastilla, de donde liberaron sólo a siete prisioneros —la mayoría de ellos enfermos mentales— pero se apoderaron de las muy necesarias pistolas y pólvora.

Contrariamente a lo que cuenta la historia popular, ese ataque estuvo lejos de ser una acción espontánea por parte de una muchedumbre oprimida. «Que los bandidos del sur fueron específicamente para eso a París en 1789, empleados y pagados

por los líderes revolucionarios, es un hecho confirmado por autoridades demasiado numerosas para citarlas... En otras palabras, la importación de un contingente de bandidos a sueldo refuta de manera concluyente la teoría de que la revolución fue una irreprimible rebelión del pueblo», escribe Webster.

Entretanto, mensajeros a caballo enviados por sociedades secretas iban de ciudad en ciudad advirtiendo a los temerosos campesinos de que los conspiradores contra la nación se escondían en los castillos y las fincas del pueblo. Y diciéndoles que el rey había ordenado que los atacaran. El caos y la violencia pronto se extendieron, desembocando en una revolución.

«La Revolución Francesa fue la primera vez en que las reivindicaciones fueron sistemáticamente creadas para utilizarlas», escribió el autor Still.

Esa utilización comenzó con los francmasones ya en 1772, con la logia del Gran Oriente firmemente establecida, en Francia, donde contaba con 104 logias. Ese número creció hasta 2.000 logias en el momento de la revolución, con 447 miembros de logias participando en los Estados Generales, compuestos de 605 miembros. Según varios investigadores, las logias de Gran Oriente fueron la punta de lanza de los Illuminati en la francmasonería.

Esa penetración comenzó en los primeros años del siglo XVIII cuando los jacobitas y los templarios que quedaban, luchaban por el control de las logias de la francmasonería francesa. Webster cree que la «masonería escocesa» fue meramente un velo para el templarismo y que la Gran Logia de Francia estaba «invadida de intrigantes» (refiriéndose a los jacobitas).

La masonería francesa pronto se dividió en dos facciones: la Gran Logia de Francia, con su tradición templaria influida por el Iluminismo, y la expulsada Gran Logia Lacorne, que en 1772 se convirtió en la Logia del Gran Oriente con el futuro duque de Orléans al frente.

«La Gran Oriente invitó a la Gran Logia de Francia a revocar el decreto de expulsión y a unirse a ellos, cuando esa oferta fue aceptada, el partido revolucionario arrasó con todo y el duque de Chartes [que pronto sería duque de Orléans] fue proclamado Gran Maestro de todos los Consejos, capítulos y logias escocesas

de Francia. En 1782, el "Consejo de Emperadores" y los "Caballeros del Oriente" se juntaron para formar el "Gran Capítulo General de Francia" que en 1786 se fusionó con el Gran Oriente. La victoria del partido revolucionario fue entonces completa», explicó Webster.

Alarmado por la caótica situación, en 1789 la Asamblea Nacional promulgó a toda prisa la «Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano», proclamando libertad, igualdad, la inviolabilidad de la propiedad y el derecho a resistir la opresión: todos objetivos básicos durante mucho tiempo de la masonería.

Cuando el rey se negó a aprobar la Declaración, una muchedumbre marchó hasta Versalles y se llevó al rey hasta París, donde la asamblea continuaba forjando, no sin esfuerzos, leyes y políticas. Una de ellas era la nacionalización de la propiedad de la Iglesia Católica romana para amortizar la deuda nacional. Esa acción abrió una brecha entre los plebeyos y sus partidarios dentro de la clerecía, desatando la hostilidad en ambos bandos. La asamblea propuso entonces crear una monarquía constitucional similar a la inglesa, pero el endeble y temeroso Luis intentó huir del país en junio de 1791. Fue detenido en Varennes y devuelto a París bajo vigilancia.

Entretanto, los clubes revolucionarios de base masónica, fortalecidos por la situación en Francia, se fueron extendiendo por otros países, incluidos Inglaterra, Irlanda, los estados germánicos, Austria, Bélgica, Italia y Suiza. Las tensiones entre las otras naciones y Francia fueron en aumento, hasta que en 1792 Francia declaró la guerra a Austria y Prusia.

Confrontada a una guerra y a una revolución, Francia degeneró en el Reino del Terror, durante el cual el rey Luis XVI, María Antonieta de Austria y millares de personas, en gran parte aristócratas, fueron ejecutados.

En un movimiento similar a la acción de Hitler ciento cincuenta años más tarde, los jacobinos clausuraron todas las logias masónicas en 1791, temerosos irónicamente de que el poder organizador de la francmasonería pudiera volverse en contra de ellos.

«Detrás de la Convención, detrás de los clubes, detrás del Tribunal Revolucionario... la convención más secreta lo dirigía

todo... un poder terrible y oculto del cual la otra Convención se convirtió en esclava y que estaba compuesto por los iniciados primordiales del Iluminismo», escribía Webster.

Epperson, tras un estudio exhaustivo del tema, se mostró de acuerdo. «La mano invisible que guió toda la Revolución Francesa fue la de los Illuminati; con sólo trece años de existencia, y ya eran lo bastante poderosos como para hacer estallar una revolución en uno de los Estados más importantes del mundo.»

Guerras, sublevaciones y disturbios se sucedieron en Francia hasta que un joven general, Napoleón Bonaparte, tomó finalmente el poder en 1799. Aunque él mismo imprimió su propio terror en Europa durante años, Napoleón significó el fin de la revolución. Francia estaba devastada. Cientos de miles de personas habían perecido a causa de la inanición, la guerra, la violencia y la guillotina. El poder tanto de la monarquía como de la monolítica Iglesia había sido ampliamente destruido.

«Así en el "gran naufragio de la humanidad", en palabras de un contemporáneo, los proyectos de los cabalistas, los gnósticos y las sociedades secretas que durante casi dieciocho siglos habían minado los cimientos del cristianismo, encontraron su realización», comentó Webster.

Mientras la confianza para iniciar una revuelta más importante, como la Revolución Francesa, iba ganando terreno en Estados Unidos. Aunque la guerra de la independencia estadounidense no fue solamente producto de las sociedades secretas, como en el caso de Francia, hubo sin embargo una corriente subterránea de conexiones entre sociedades secretas distintas, tanto religiosa como filosóficamente.

Sir Francis Bacon y la Nueva Atlántida

A principios del siglo XVII, dos grupos distintos de ingleses se abrieron camino hacia la nueva tierra americana: los Iluminados, que fundaron la malograda colonia Jamestown y los religiosos Peregrinos, a quienes les fue mejor en Plymouth. Resulta útil considerar grosso modo ambos grupos.

Jamestown recibió ese apelativo por el rey de Inglaterra, Jacobo I, que encargó la primera versión «autorizada» de la Biblia. Jamestown se convirtió en el primer asentamiento inglés permanente en Norteamérica, y fue fundado por el capitán John Smith, en 1607. La colonia era estrictamente una empresa comercial de la Virginia Company of London, una firma constituida en 1606 por miembros de una sociedad secreta entre los cuales se hallaba sir Francis Bacon, que, por derecho, merece ser considerado el fundador de la América moderna.

Bacon, el culto hijo del canciller del Sello Real británico llegó a ser abogado y miembro del Parlamento. A pesar de una disputa con la reina Isabel I, monarca de Inglaterra, se le concedió el título de sir en 1603. Fue nombrado gran canciller por el rey Jacobo I y fue descrito por Marie Bauer Hall como «el fundador de la francmasonería (inglesa)... faro de la Orden de la Rosa Cruz, cuyos miembros custodiaban la antorcha del verdadero conocimiento universal, la Doctrina secreta, mantenida viva durante la larga noche de la Edad Media». El autor británico Icke dice que Bacon era un «Gran Comandante de la Orden llamada los Rosacruces, muy implicada en las operaciones clandestinas de las tradiciones de los Caballeros templarios».

Bacon fue realmente una figura fascinante, muy ignorado por la historia, salvo por su obra científica.

A pesar de sus ataques a la ortodoxia escolástica, Bacon ganó renombre como científico y filósofo. Veinte años después de su fallecimiento, en 1626, el «Colegio Invisible» de sus discípulos formó una sociedad de hombres eruditos que en 1660 se convirtió en la Royal Society of London for the Promotion of Natural Knowledge. Según el historiador masónico Albert Mackey, muchos miembros de la sociedad original también eran miembros de la Compañía de Masones.

«Ésa era la razón de que celebraran sus reuniones [de la Sociedad] en la Sala de los Masones, en Masons' Alley, Basinghall Street», escribió Mackey. «Ingresaron en la Compañía y asumieron el nombre de Masones Libres y Aceptados... de donde nació su nombre de francmasones.»

«En la Inglaterra de los Estuardo, los primeros masones que

existieron en tiempos de Carlos I y Carlos II eran filósofos, astrónomos, físicos, arquitectos, químicos y, por lo general, hombres con conocimientos avanzados. Muchos eran miembros de la Royal Society, la academia científica más importante del país, a la que se llamaba «Colegio Invisible» después de que se la obligara a existir en clandestinidad durante el Protectorado de Cromwell... Entre los primeros miembros hay que citar a Robert Boyle, Isaac Newton, Robert Hooke, Christopher Wren y Samuel Pepys», escribe Laurence Gardner, quien dice de los hombres de la Royal Society que, «como los primeros templarios, estaban dotados de un conocimiento muy especial».

Según Michael Baigent y Richard Prince, durante casi tres décadas, «el rosacrucismo, la francmasonería y la Royal Society no sólo se superpondrían, sino que se volverían prácticamente indistinguibles unos de otros». De acuerdo con algunos escritores masónicos, la única diferencia significativa entre los francmasones y la Royal Society era que esta última celebraba reuniones abiertas.

La primera iniciación masónica de la que tenemos noticia en Inglaterra fue la de sir Robert Moray en 1641. Moray fue también uno de los fundadores de la Royal Society y se dice que fue su «alma» y «guía espiritual». Asimismo era al parecer químico y uno de los líderes de los rosacruces, un ejemplo más de la penetración de la francmasonería en esta secta.

Durante mucho tiempo, Bacon ha sido considerado por algunos como el verdadero autor de la obra de William Shakespeare, una creencia no tan absurda como pueda sonar en un principio. Hay muchos indicios que lo respaldan y entre los que lo sostienen figuran Mark Twain, Walt Whitman, Henry James, Sigmund Freud y Ralph Waldo Emerson.

Se dice que William Shakespeare fue simplemente un mozo de cuadra analfabeto y actor, cuyo nombre se utilizó para enmascarar los escritos políticos radicales de una sociedad secreta isabelina entre cuyos miembros estaban Bacon, sir Walter Raleigh y Edmund Spenser. Se rumoreó incluso que, de hecho, Bacon era hijo ilegítimo de la reina Isabel.

Añadido a las sospechas respecto a la verdadera identidad de Shakespeare, está el hecho de que no se escribió ninguna biografía

ffa del Bardo hasta pasados más de cien años de su muerte, en 1616. Por lo demás, no ha perdurado ningún manuscrito original de Shakespeare —ni siquiera correspondencia con productores, patronos o compañeros actores— y, en realidad, no hay nada en su biografía oficial que pruebe que fuera actor o dramaturgo, salvo el hecho de que un cierto Shakespeare existió. En sus últimas voluntades, ese Shakespeare no mencionó sus obras literarias, y legó a su mujer simplemente su «segunda mejor cama y muebles», y firmó el testamento como «William Shackespeare».

Otro argumento válido en contra de la autoría de Shakespeare es que los dramas y comedias demuestran un conocimiento de la historia, la política, la geografía y el protocolo de la corte poco probable en un plebeyo. Al parecer, en *Trabajos de amor perdidos* se encontró un anagrama en latín que, traducido, diría «Estas obras, nacidas de F. Bacon, están preservadas para el mundo». Reconocido como un «maestro de la prosa inglesa», el elegante Bacon podría ser considerado ciertamente como el primer candidato a autor del material de Shakespeare.

Las creencias masónicas de Bacon se recogieron en dos libros: *De Sapientia Veterum* (La sabiduría de los antiguos) y *Nova Atlantida* (la nueva Atlántida). Según el investigador del ocultismo Andre Nataf, en este último título «Bacon describe una utopía que subyace tras muchas sociedades secretas, incluida la moderna francmasonería».

El escritor masónico Manly P. Hall sostiene que el motivo por el que *Nova Atlantida* no se publicó hasta después de la muerte de Bacon fue que «explicaba demasiado»... [y revelaba] las pautas de las sociedades secretas que durante miles de años habían intentado alcanzar la mancomunidad ideal del mundo político.

Esa «mancomunidad ideal», resultó ser Norteamérica aclamada como la tierra de las oportunidades sin límite y el lugar para llevar a cabo el «gran plan» masónico de construir una «Nueva Atlántida».

«Con el tiempo se sabrá que el continente que ahora conocemos como Estados Unidos fue de hecho descubierto y hasta cierto punto explorado más de mil años antes del principio de la era cristiana», escribe Hall. «La verdadera noticia está en el man-

tenimiento de las Escuelas de Misterio y su transmisión a las sociedades secretas del mundo medieval. Las órdenes esotéricas de Europa, Asia y el Próximo Oriente estuvieron en comunicación irregular con los sacerdotes de las naciones amerindias más avanzadas.

«Los planes para el desarrollo del Hemisferio Occidental se formularon en Alejandría, La Meca, Delhi y Lhasa (Tíbet) mucho antes de que la mayoría de los estadistas europeos fueran conscientes del gran programa utópico.»

Siguiendo ese antiguo plan de las sociedades secretas, sir Walter Raleigh y otros miembros del «Círculo baconiano» emprendieron una desafortunada expedición a Estados Unidos y desembarcaron en la isla Roanoke, en la actual Carolina del Norte, en 1584. Allí Raleigh, que posteriormente, en 1618 fue ejecutado por traición por orden del rey Jacobo I, fue acusado por los jesuitas de dirigir una «Escuela de ateísmo» a causa de sus conexiones con la francmasonería y la filosofía.

Ante el fracaso de la colonia fundada por Raleigh, en Inglaterra menguó el interés por Norteamérica hasta el momento de la publicación póstuma de *Nova Atlantis* de Bacon.

Muchos de los posteriores colonos de Jamestown, al mando del capitán de John Smith, eran francmasones rosacruces y al parecer algunos incluso parientes de Bacon. Lo que sí eran la mayor parte de ellos desde luego eran aristócratas ingleses, con más confianza en sus ideales utópicos que en trabajar duro para obtener éxito. La colonia padeció serias privaciones y se habría extinguido de no ser por la ayuda de algunos amables indios y de la llegada en 1610 de Thomas West, lord De la Warr y refuerzos.

Entretanto, más hacia el norte, dos grupos de disidentes religiosos estaban colonizando Norteamérica.

En 1534 el rey Enrique VIII rompió con el catolicismo y creó la Iglesia Anglicana. A los que buscaban purificar la nueva iglesia de cualquier mancha de catolicismo fueron llamados Puritanos y a una facción disidente que no querían tener nada que ver con la Iglesia se les conoció como Separatistas. Colectivamente, cuando esos disidentes viajaron a Estados Unidos llegaron a ser conocidos como Peregrinos o Padres Peregrinos.

Los Peregrinos fundaron colonias en Plymouth, Massachusetts y en otras partes de Nueva Inglaterra. El líder de Plymouth, William Bradford, decidió rápidamente que el estilo comunal de vida propugnado por los comerciantes londinenses que financiaban la colonia no funcionaba.

«Todos se alimentaban con provisiones comunes», escribió Still. «La ausencia de incentivos amenazaba con convertir Plymouth en otro Jamestown... Por lo tanto Bradford instituyó un sistema de incentivos. Asignó una parcela de tierra para que fuera trabajada por cada familia. A partir de entonces, la pequeña comunidad nunca volvió a tener carencia de comida...»

«Las primeras dos colonias de Estados Unidos fueron ejemplos excelentes de dos sistemas opuestos», continúa diciendo Still. «Uno basado en el concepto de propiedad mantenida individualmente y guiada por incentivos, el otro basado en las teorías comunales de Platón y Francis Bacon».

La francmasonería inglesa crecía a medida que el país también lo hacía. El 24 de junio de 1717 se fundó un centro francmasónico en Londres cuando cuatro logias se unieron para formar la Gran Logia de Inglaterra, también llamada la Gran Logia Madre del Mundo. «Animadas por la Gran Logia Madre de Londres, las logias francmasónicas de las colonias americanas comenzaron a maquinarse y a hacer campaña en contra del gobierno inglés», escribió Icke.

Según con el periodista Still, fue un descendiente de sir Francis, Nathaniel Bacon, quien dirigió una de las primeras revueltas. En 1676, Bacon organizó una milicia supuestamente para combatir a los indios, pero en vez de eso tomó el control de Jamestown, dando inicio de esa manera a la primera revolución norteamericana. Su rebelión se desintegró tras su repentina muerte a la edad de veintinueve años.

Conforme diversas fuentes, entre los masones norteamericanos figuran George Washington, Thomas Jefferson, Alexander Hamilton, James Madison, Ethan Allen, Henry Knox, Patrick Henry, John Hancock, Paul Revere y John Marshall. Benjamin Franklin se convirtió en Gran Maestro de la logia de Filadelfia en 1734.

El coronel LaVon P. Linn, un cronista de la masonería, escribió que de los 14.000 oficiales que se estimaba que había en el

ejército continental, aproximadamente 2.018 eran francmasones distribuidos en 218 logias, muchas de ellas «logias de campaña», que se trasladaban junto con el ejército de territorio en territorio. Los francmasones británicos reclutaron a miembros de las tropas norteamericanas que ellos habían entrenado antes de la revolución, por consiguiente «la mayoría del personal militar involucrado, comandantes y hombres de ambos bandos, o bien practicaban la masonería o bien estaban impregnados de sus valores y actitudes», apuntan Baigent y Leigh.

Según cierta teoría, fue Washington, masón desde los veinte años, quien contribuyó al inicio de la revolución en las colonias británicas. En 1754, Washington capitaneó una incursión militar al valle del río Ohio, donde sus tropas dispararon sobre soldados franceses. Éstos dijeron más tarde que eran embajadores que gozaban de inmunidad diplomática, una circunstancia de la que Washington había hecho caso omiso. Las acciones de represalia francesas obligaron a las fuerzas de Washington a rendirse en Fort Necessity, Pennsylvania. El incidente, que en un principio sólo eran antiguas tensiones fronterizas, desembocó en la guerra francesa e india, que se extendió a Europa, donde se la conoce como la guerra de los siete años. Esa guerra agotó la economía británica, lo que obligó al Parlamento a gravar a las colonias norteamericanas con impuestos más altos, un tema clave en la revolución.

La Revolución Americana

Según *A New Encyclopedia of Freemasonry*, «en los tiempos tensos que precedieron a la Revolución Americana, el hermetismo de las logias masónicas dio la oportunidad a los patriotas colonos de reunirse y planear su estrategia. La Fiesta del Té de Boston* fue completamente masónica y se llevó a cabo por miem-

* Fiesta del Té de Boston, nombre por el que se conoce la acción llevada a cabo el 16 de diciembre de 1773 por un grupo de ciudadanos de Boston, en protesta contra los impuestos británicos sobre el té importado por las colonias. (N. de la t.)

bros de la logia de St. John, mientras que otros sostienen que fue la logia de Saint Andrew.

De los cincuenta y seis firmantes de la Declaración de Independencia, sólo uno se sabe que no era francmasón, según afirmó el escritor masón Manly P. Hall, que en *The Secret Teachings of All Ages* habla también del incidente más misterioso que se produjo en el momento de la firma de este documento histórico. Cuando el debate sobre su futuro alcanzaba un punto álgido y muchos dudaban de si firmar la declaración o no, dándose cuenta de que con ello ponían su vida en peligro, de repente un extranjero de alta estatura y cara pálida se levantó y habló. Nadie sabía quién era o de dónde venía, pero la fuerza de sus palabras era impresionante. Sus conmovedoras palabras acabaron con el grito: «¡Dios nos ha dado América para ser libres!» En medio de la ovación que siguió, rebosante de emoción, todos los hombres se abalanzaron para firmar la declaración salvo el extranjero. «Desapareció», escribió Hall, «nadie volvió a verlo ni se desveló su identidad.» Hall afirma que ese episodio tiene su paralelo en incidentes de la historia mundial, cuando hombres desconocidos aparecen de repente justo cuando va a crearse una nueva nación. «¿Son coincidencias?», se pregunta, o, ¿la demostración de que la sabiduría divina de los Antiguos Misterios todavía está presente en el mundo, sirviendo a la humanidad como lo hizo en tiempos precedentes?

Recordemos que en 1764 en Inglaterra se suspendió la emisión de vales coloniales. Eso obligó a los colonos a vender bonos de deuda al Banco de Inglaterra y a utilizar sus billetes de banco. «Las colonias habrían soportado de buena gana el pequeño impuesto sobre el té y otras materias siempre que Inglaterra no hubiera eliminado el dinero de las colonias, lo que creó desempleo e insatisfacción», escribió Benjamin Franklin.

Epperson comenta: «Franklin reconoció que la causa de la revolución fue la resistencia de las colonias a la idea de pedir dinero prestado, lo que significaba deuda e inflación, así como pagos de intereses, y no «tasas íntimas» como se suele creer». Éste es un tema que aún en la actualidad, en los Estados Unidos no se está dispuesto a considerar y mucho menos a entender.

«En cuanto al gasto deficitario», explica el autor Griffin, «... los colonos descubrieron que cada edificio gubernamental, obras públicas o cañón de guerra se paga con el trabajo y los ingresos cotidianos. Esas cosas deben ser construidas *hoy* con trabajo de *hoy*, y el hombre que realiza ese trabajo también debe ser pagado *hoy*. Es cierto que el pago de *intereses* en parte recae sobre futuras generaciones, pero el *coste inicial* se paga por los que están en el presente. Se paga con la pérdida de valor de la unidad monetaria y la pérdida del poder adquisitivo de los salarios». (Curativas de énfasis en el original)

Ante los asombrosos costes de la revolución americana, los colonos vieron que la emisión de dinero sin restricciones no suponía una solución a largo plazo. En un intento de evitar los intereses sobre los préstamos de dinero, los nuevos Estados comenzaron a imprimir su propio dinero, que recibió el nombre de «Continental». La masa monetaria total creció de doce millones de dólares en 1775 hasta 425 millones de dólares a finales de 1779. Ese año, el dólar continental tenía un valor inferior a un penique, de ahí el viejo eslogan *no worth a Continental* («no vale un continental», que equivaldría a la expresión de «no vale un centavo»).

Las sociedades secretas intentaban agitar a partir de esos problemas financieros hasta convertirlos en una revolución abierta. Los francmasones formaban parte de los Comités de correspondencia de Samuel Adams y de los Hijos de la Libertad, los cuales organizaron boicots contra los productos británicos. Planificados actos de violencia, como la Fiesta del Té de Boston,³ fueron instigados por el núcleo interno de las logias francmasónicas, aunque en ocasiones incluso las manifestaciones pacíficas se desmandaron.

En verano de 1765, los comerciantes adinerados de Boston, muchos de ellos masones, formaron un grupo contra la Stamp Act (Acta del Timbre) británica llamado Loyal Nine. Ese grupo organizó una marcha con más de dos mil manifestantes que fueron hasta la casa del timbrador local y quemaron su efigie. Después de que los instigadores iniciales se fueran, las masas excitadas empezaron a destruir la propiedad. Se organizaron patrullas de ciudadanos armados y muchos de los comerciantes que for-

maban la Loyal Nine se opusieron a la violencia de la muchedumbre.

Thomas Paine abogaba claramente por los ideales masónicos cuando atacó en su libro *Common Sense* el derecho divino de la monarquía. Refiriéndose a la invasión normanda de Inglaterra bajo el mandato de Guillermo I el Conquistador en 1066, Paine escribió: «Un bastardo francés que se rodea de bandidos armados y se proclama a sí mismo rey de Inglaterra sin el consentimiento de los nativos, es, dicho en términos sencillos, un verdadero miserable y un granuja. Definitivamente no hay nada de divino en esto».

El autor A. Ralph Epperson concluye que los masones controlaron la Revolución Americana, mientras que William Bradley apunta: «Evidentemente había algo más profundo en la causa revolucionaria: los rebeldes intentaban establecer un nuevo orden social... Un "Quién es quién" de la Revolución americana es casi un "Quién es quién" de la francmasonería colonial americana».

La mayoría de los patriotas nunca se dieron cuenta de estas manipulaciones ocultas. «Pocos de esos hombres, si es que había alguno, tenían conocimiento del "plan", del que sólo los líderes masones estaban al corriente», apunta Still. «Muchos creían que lo que estaban haciendo era simplemente luchar por la causa de ganar la independencia frente a un tirano. La masonería era para la mayoría de ellos, como lo sigue siendo para la mayoría de sus miembros hoy en día, meramente una organización fraternal que fomenta el bien social y el compañerismo de sus miembros».

Una prueba más de la influencia de la francmasonería en la Revolución Americana se puede hallar en un examen minucioso del billete de dólar estadounidense, donde el masón George Washington aparece en la parte delantera del mismo y símbolos masónicos en el reverso. Una pirámide truncada coronada por un «Ojo que Todo lo Ve», ambos antiguos y significativos símbolos masónicos. Hay también unas frases en latín *Annuit Coeptis* (Él hace prosperar nuestras empresas) y *Novus Ordo Seclorum* (Nuevo Orden Mundial).

Charles Thompson, diseñador del Gran Escudo de Estados Unidos, era francmasón y miembro de la Sociedad Filosófica Ame-

ricana de Benjamin Franklin, un equivalente americano del «Colegio Invisible» británico. Según el escritor Laurence Gardner: «La imaginería del Escudo está directamente relacionada con la tradición alquímica, procedente de la alegoría de la Antigua Terapéutica egipcia. El águila, la rama de olivo, las flechas y los pentagramas son todos símbolos ocultos de los opuestos: el bien y el mal, masculino y femenino, guerra y paz, oscuridad y luz. En el reverso —como en el billete de dólar— hay la pirámide truncada, que indica la pérdida de Antigua Sabiduría, la clandestinidad estricta y obligada por el estamento eclesiástico. Pero sobre esto, los rayos de una siempre esperanzadora luz, incorporando el «Ojo que Todo lo Ve», empleado como símbolo durante la Revolución Francesa.

Bramly dice que el escudo oficial de Estados Unidos, que lleva las palabras *E pluribus Unum* (Uno entre muchos), originariamente representaba una ave fénix resurgiendo de sus cenizas, un símbolo masónico que se remonta al antiguo Egipto. Pero mucha gente confundió el fénix de largo cuello con un pavo, que fue sustituido por el águila de cabeza blanca en 1841.

Con esos innegables símbolos masónicos abiertamente exhibidos en el dinero y teniendo en cuenta la copiosa información de la que disponen los estudiosos, Washington tenía toda la razón cuando en 1782 reconoció el importante papel que habían desempeñado los francmasones Iluminados en los primeros momentos de la historia de los Estados Unidos.

Muchos escritores de la conspiración ven a una sociedad secreta en particular —los Illuminati— manejando los hilos del poder desde la sombra desde muy pronto; un grupo poderoso que se dedicó a infiltrarse y controlar a los francmasones. Para comprender a los misteriosos y esquivos Illuminati o Iluminados, debemos dirigir nuestra mirada a la Alemania del siglo XVIII.

Los Illuminati

Aunque las ideas de los Illuminati se remontan en la historia hasta la época de las primeras sectas que reivindicaban el conocimiento

esotérico, la orden fue públicamente identificada por primera vez en 1776. El primero de mayo de ese año —un día muy importante para los comunistas que, según algunos, construyeron su filosofía sobre la doctrina de los Illuminati—, Adam Weishaupt, profesor de Derecho canónico en la Universidad de Ingolstadt de Baviera, Alemania, creó los Iluminados de Baviera.

Uno de sus cofundadores fue al parecer William de Hesse, empleado de Mayer Rothschild. Lo que sí es cierto es que los Rothschild y la monarquía alemana estaban conectados a través de la francmasonería: el biógrafo de los Rothschild, Niall Ferguson, escribió que el hijo de Mayer, Salomón, era miembro de la misma logia masónica que el contable de Mayer, Seligmann Geisenheimer.

Cuando Weishaupt, estudiaba para convertirse en sacerdote jesuita, tuvo sin duda que sentirse muy enojado con la prohibición de la orden dictada por el papa Clemente XIV en 1773. Aunque este hecho condujo a Weishaupt a romper finalmente con la Iglesia, continuó sin embargo fascinado por la teología jesuita. Asimismo estaba enormemente influenciado por un comerciante conocido simplemente como Kolmer, calificado por Webster como «el más misterioso entre los hombres misteriosos».

Kolmer, que algunos investigadores sospechan que es el mismo hombre de nombre Altotas que el mago de la corte francesa y revolucionario Cagliostro mencionó en alguna ocasión y a quien éste admiraba, aprendió el conocimiento esotérico de Egipto y Persia en los años que vivió en el Próximo Oriente. Kolmer predicó una doctrina secreta basada en una antigua forma de gnosticismo llamada maniqueísmo que utilizaba la palabra «Iluminado» antes del siglo III d. C.

Según se dice, Kolmer se reunió con Cagliostro en la isla de Malta, la vieja fortaleza de los Caballeros Templarios, en su camino hacia Francia y Alemania a principios de 1770. Cagliostro, el futuro revolucionario francés, estaba entonces involucrado en actividades masónicas con el famoso amante veneciano Giovanni Giacomo Casanova, así como con el misterioso conde de Saint-Germain.

En Alemania, Kolmer transmitió sus secretos a Weishaupt,

que pasó varios años determinando cómo consolidar todos los sistemas ocultos en su nueva orden de los Illuminati. La devoción de Weishaupt por los antiguos misterios de Mesopotamia se demuestra en el hecho de que hizo adoptar el calendario persa a los Illuminati.

Considerando su profundo conocimiento de los jesuitas, Weishaupt podría haber tomado el nombre de Illuminati de un grupo disidente secreto de España llamado «Alumbrados», creado por el fundador de los jesuitas, Ignacio de Loyola. Los Alumbrados enseñaban una forma de gnosticismo, creían que el espíritu humano podía alcanzar un conocimiento directo de Dios y que los ornamentos de la religión formal eran innecesarios para aquellos que buscaban la «luz». No es de extrañar que la Santa Inquisición española decretara edictos contra ese grupo en 1568, 1574 y 1623. Weishaupt escribió que con su creación de los Illuminati, él sufría también «la implacable enemistad de los jesuitas, a cuyas intrigas estaba expuesto incesantemente».

A pesar de esa enemistad, Weishaupt creó una estructura piramidal de grados para sus iniciados basada en la estructura francmasónica y jesuita, con una contraseña personal dentro de cada uno de los nueve grados superiores. Para sus compañeros Illuminati, Weishaupt era conocido como «Espartaco» en honor del esclavo que lideró una sangrienta revuelta contra los romanos en el año 73 a. C.

Según un artículo de una revista de 1969, los Illuminati surgieron de la secta musulmana Ismaili, un grupo estrechamente relacionado con los venerados Caballeros Templarios que podrían haber llevado los ideales de los Illuminati a Europa siglos antes de la existencia de Weishaupt. Ese artículo afirmaba que Weishaupt estudió las enseñanzas del líder de los infames Asesinos musulmanes, que se distinguían por su consumo de hachís, y que él mismo conseguía «iluminación» mediante la ingesta de marihuana de su propia cosecha. El lema de los Illuminati, precursor de la psicodelia de los años sesenta, era *Ewige Blumenkraft*, que significa «eterno poder de las flores, es decir, el *flower power*».

Los Illuminati eran adoctrinados con conocimientos esotéricos antiguos y se oponían a lo que ellos veían como tiranía de la

Iglesia Católica y de los gobiernos nacionales que la apoyaban. «El hombre no es malvado salvo cuando lo vuelve así una moral arbitraria. Es malvado a causa de la religión, el Estado y los malos ejemplos que lo pervierten. Cuando finalmente la razón se convierta en la religión de los hombres, entonces el problema se resolverá».

Asimismo Weishaupt proclamó una filosofía utilizada con terribles resultados a lo largo de la historia tanto por Hitler como por otros tiranos. «He aquí nuestro secreto. Recordad que el fin justifica los medios y que el sabio debería emplear todos los medios que estén a su alcance para hacer el bien, lo mismo que el malvado los emplea para hacer el mal.» Es decir, para los Iluminados, cualquier medio para alcanzar su fin es aceptable; aunque esos medios sean la mentira, el fraude, el robo, el asesinato o la guerra.

La clave del control de los Illuminati era el secretismo. El profesor de la Universidad de Edimburgo John Robison fue un masón al que los Illuminati invitaron a que se les uniera a finales del siglo XVIII. Tras investigar la orden, Robison publicó un libro con sus conclusiones con el título, *Proofs of a Conspiracy Against All the Religions and Governments of Europe Carried on in the Secret Meetings of the Free Masons, Illuminati, and Reading Societies* (Pruebas sobre la conspiración contra todas las religiones y gobiernos de Europa obtenidas en las reuniones secretas de los francmasones, los Illuminati y las Sociedades de lectura).

Robison citaba directamente de las cartas de Weishaupt a sus colegas Illuminati. En un escrito de 1794, *Die neuesten Arbeiten des Spartacus und Philo in dem Illuminaten Orden*, este último decía:

«La gran fuerza de nuestra orden reside en su ocultamiento. No dejéis que nunca aparezca vuestro nombre en ningún lugar a no ser que os enmascaréis bajo otro nombre y otra ocupación. Nada más adecuado que los tres grados más bajos de la francmasonería; la gente está acostumbrada a ellos; esperan poco de ellos y por lo tanto le prestan poca atención. Según eso, la forma de una sociedad culta o literaria [la Sociedad Thule] se ajustaría a nuestro propósito... Al establecer sociedades de lectura y bibliotecas de suscripción... podemos dirigir la mente de la gente

de la manera que queramos. De la misma manera debemos intentar tener influencia en... todas las ocupaciones con repercusión, bien formando, controlando o incluso dirigiendo la mente humana».

Weishaupt no sólo se propuso engañar a la gente sino que recordó a sus máximos líderes que deberían ocultar sus verdaderas intenciones a sus iniciados, «diciendo unas veces unas cosas, otras veces otras, para que el verdadero propósito resulte impenetrable para sus inferiores».

«Los seguidores de Weishaupt eran reclutados con los métodos más sutiles y guiados hacia una meta totalmente ignota para ellos», apunta Webster. «Eso es lo que... constituye la diferencia entre las sociedades secretas honestas y las que no lo son.»

A diferencia de los anarquistas, que intentaban el aniquilamiento de toda forma de gobierno, Weishaupt y los Illuminati buscaban un gobierno mundial basado en su filosofía racionalista, de la que el hombre constituye el centro. Ese gobierno mundial, por supuesto sería administrado por ellos mismos. «Los discípulos [de los Illuminati] están convencidos de que la orden gobernará el mundo. Por lo que cada miembro llegará a ser un gobernante», proclamaba Weishaupt.

En 1777 Weishaupt se situaría a medio camino entre la francmasonería y el Iluminismo, tras unirse a la logia masónica de Munich, Teodoro del Buen Consejo. El líder revolucionario francés y miembro de los Illuminati, Mirabeau, escribió en sus memorias: «La logia Teodoro del Buen Consejo de Munich, donde había unos pocos hombres con cerebro y corazón... resolvió acoger a otra sociedad secreta a la cual dieron el nombre de Orden de los Iluminados. Tomaron como modelo de organización la Compañía de Jesús [jesuitas], pero con objetivos diametralmente opuestos». En ellos, el mensaje anticlerical de la francmasonería se combinaba con otro en contra del gobierno establecido. En esa logia francmasónica Mirabeau y los Illuminati elaboraron la agenda política que se propondría la Asamblea Constituyente de Francia veinte años más tarde.

La filosofía de los Illuminati se propagó —aunque de forma no premeditada— gracias al gobierno bávaro, que tomó medi-

das enérgicas contra la orden en 1783. Las autoridades vieron a los Illuminati como una amenaza directa para el orden establecido e ilegalizaron la organización. Esa acción empujó a muchos miembros a huir a Alemania, lo que ayudó a que divulgaran su filosofía por todas partes. Las órdenes secretas de los Illuminati brotaron en Francia, Italia, Inglaterra e incluso en las nuevas tierras de Norteamérica.

Thomas Jefferson, el que fuera presidente, Padre Fundador y masón de Estados Unidos, escribió con admiración: «Weishaupt es al parecer un filántropo entusiasta. Cree que fomentar la perfección del carácter humano era el objetivo de Jesucristo. Los preceptos [de Weishaupt] son el amor a Dios y el amor a su prójimo». O bien a Jefferson le faltaba conocimiento acerca de las enseñanzas de los Illuminati o, como se dijo en su tiempo, él mismo era miembro de la sociedad secreta.

Las advertencias en contra de los Illuminati llegaron desde diferentes bandos. El profesor Robison, basándose en documentos internos de la propia orden, dejó perfectamente claro que la organización se había creado con «... el expreso propósito de acabar con todos los sistemas religiosos y derribar a todos los gobiernos existentes en Europa.»

Pero Weishaupt le dio todavía otra dimensión a su objetivo de una agitación política y religiosa, una que podría ser la motivación básica de todas las sociedades secretas hasta el día de hoy: el deseo de poder. Escribió: «¿Os dais la suficiente cuenta de lo que significa gobernar, hacerlo desde una sociedad secreta? No sólo a hombres con menor o mayor importancia, sino a los mejores hombres, a los hombres de todas las categorías, naciones y religiones, gobernarlos sin fuerza externa, unirlos indisolublemente, insuflarles espíritu y alma, hombres distribuidos por todas las partes del mundo».

Weishaupt lo logró creando una cadena piramidal de mando tan segura que nadie supo quién era el cabeza de los Illuminati hasta que las autoridades bávaras confiscaron los documentos internos del grupo. En esos documentos, Weishaupt describía su organización: «Hay dos personas inmediatamente por debajo de mí a los que transmito mi espíritu, y esos dos a la vez tienen

otros dos y etcétera. De esa manera puedo tener a un millar de hombres dispuestos y en marcha de la manera más sencilla; así es como se deben impartir órdenes y operar en política».

En 1790 parecía que los Illuminati se habían disuelto, pero por el contrario muchos miembros habían huido a otros países al mismo tiempo que conservaban su lealtad a los ideales del grupo. El gobierno bávaro intentó alertar a los líderes de otras naciones sobre lo que ellos veían como el peligro de los Illuminati. Compilaron documentos de los Illuminati en una publicación titulada *Original Writings of the Order of the Illuminati* y la distribuyeron a otros gobiernos europeos. Pero sus advertencias cayeron en saco roto.

Webster escribió: «La extravagancia del proyecto [de los Illuminati]... lo convertía en algo difícil de creer, y los gobernantes de Europa, rechazando tomarse en serio a los Illuminati, los dejaron en paz...». Muchos investigadores que comparten esa misma incrédula actitud han ayudado a proteger incluso hoy en día a los descendientes de los Illuminati.

Resultó bastante fácil pues para los Illuminati eludir a las autoridades bávaras a finales de la década de 1780. Simplemente adoptaron la clandestinidad y se fusionaron con éxito con la francmasonería europea a principios de esa década.

El historiador masónico Waite intentó distanciar a la francmasonería de los Illuminati al escribir: «La conexión de los Illuminati con la más antigua institución se limita a que éstos adoptaron algunos de sus grados en su propia organización».

A pesar del intento de Waite de distinguirlos, hay constancia de que el grupo de Weishaupt formó una alianza temprana con la «Orden de la Estricta Observancia» integrada por francmasones de Frankfurt, Alemania. Esa orden se basaba en un inicial grupo rosacruciano llamado La Orden de la Cruz Rosa y Oro.

Un prestigioso miembro de la Orden de la Estricta Observancia fue el barón Adolf Franz Friedrich Ludwig von Knigge de Hannover. Tras mucho tiempo de proponer reformas en el seno de la masonería, en cuanto descubrió la fuerza de los Illuminati de Weishaupt, se unió a ellos y abrazó su causa.

Si bien Weishaupt no asistió, Knigge representó a los Illumi-

nati en la Convención masónica de Wilhelmsbad, en Hesse, convocada el 16 de julio de 1782, bajo la presidencia del duque de Brunswick y a la que asistieron representantes masones de todos los rincones de Europa. A la cabeza del contingente de los Illuminati estaba «Philo», el nombre Illuminati de Knigge, «representando una especie de maridaje entre los grados avanzados de los masones y de los Illuminati», escribió Waite. A pesar de que posteriormente Knigge y Weishaupt se enemistaron y cada cual tomó su camino, el barón fue un decisivo artífice de la fusión de los Illuminati con los más altos grados de la francmasonería.

Según Webster, Knigge, «que había estado viajando por Alemania proclamándose el reformador de la francmasonería, se presentó en Wilhelmsbad, investido de la total autoridad que le había conferido Weishaupt, y consiguió alistar a un buen número de magistrados, estudiosos, eclesiásticos y ministros de Estado a las filas de los Illuminati... El Iluminismo se había apoderado del territorio».

El mismo año del congreso de Wilhelmsbad, según el autor Still, «el cuartel general de los Illuminati se trasladó a Frankfurt, el baluarte de las finanzas alemanas, y pasó a ser controlado por los Rothschild». Y añade: «Por primera vez, los judíos fueron admitidos en la orden. Previamente, los judíos sólo habían sido aceptados como una pequeña división de la misma llamada «el pequeño Sanedrín permanente de Europa».

Jacob Katz, en su libro *Jews and Freemasonry in Europe*, escribió que entre los fundadores de la logia masónica de Frankfurt figuraba el rabino Zvi Hirsch, el principal secretario de los Rothschild, Sigismund Geisenheimer y todos los principales banqueros de Frankfurt, incluidos los Rothschild, que más tarde financiarían Cecil Rhodes y sus sociedades.

Aunque la Orden de la Estricta Observancia desapareció oficialmente tras la convención de Wilhelmsbad, los autores Lynn Picknett y Clive Prince sostienen que el Rito Escocés Rectificado y Aceptado es la Estricta Observancia con un nombre diferente. La idea de que la Estricta Observancia, cuyo linaje, a través de los Caballeros Templarios, se remonta hasta los Antiguos Misterios, cambió su nombre para camuflarse parece ser

ratificado por el hecho de que el presidente de Wilhelmsbad, el duque de Brunswick, «uno de los más activos e influyentes masones de la época», era miembro de la Estricta Observancia. Por otra parte, según el autor masón Waite: «Parece que podemos vincular [con la Orden de la Estricta Observancia] —prácticamente sin excepción— a toda personalidad importante de la francmasonería francesa, por no hablar de Alemania». Waite admite que, tras la convención de Wilhelmsbad, la Estricta Observancia se «transformó» en otros ritos y en «categorías escondidas».

Con las divisiones resueltas y los Illuminati ocultos dentro de los francmasones, la convención de Wilhelmsbad demostró ser un punto de inflexión para la orden. A pesar de que los asistentes juraron guardar secreto, el conde de Virieu escribió más tarde en una biografía: «La conspiración que se está tejiendo está tan bien pensada que será... imposible para la monarquía y la Iglesia escapar a ella».

«Desde la logia de Frankfurt, el plan gigantesco de la revolución mundial estaba en marcha», dice Still. «Los hechos muestran que los Illuminati, y su cámara baja, la masonería, era una sociedad secreta dentro de una sociedad secreta.»

El Iluminismo de Weishaupt era la manifestación pública de una lucha secular entre el dogma religioso organizado y un humanismo basado en el conocimiento antiguo esotérico tanto teológico como seglar. Ese conocimiento requería un gran secretismo a causa de los implacables ataques tanto por parte de la Iglesia como de la monarquía. Pero mientras muchas de las sectas gnósticas más antiguas, entre ellas los Carbonari, fomentaban creencias y valores honestos, Weishaupt, por su parte, tenía un programa cínico y perjudicial.

«Weishaupt... sabía cómo tomar de cada asociación, pasada o presente, lo que él necesitaba, e incorporarlo en un sistema de trabajo de terrible eficacia», escribió el crítico Webster. «Ya fueran disgregantes doctrinas de los gnósticos y de los maniqueos, de los filósofos modernos y los enciclopedistas, los métodos de los Ismailíes y los Asesinos, la disciplina de jesuitas y templarios, la organización y el hermetismo de los francmasones, la filosofía de Maquiavelo o el misterio de los rosacruces, sabía bien cómo

recoger los elementos correctos de cada asociación existente así como aislar individualidades y utilizarlas para sus propósitos».

Teniendo en cuenta lo que este profesor alemán consiguió en el siglo XVIII, está claro por qué los actuales escritores de la conspiración están preocupados por lo que los Illuminati de hoy en día, armados con la tecnología y su influencia sobre los medios de comunicación, podrían conseguir.

En la actualidad, muchos investigadores creen que los Illuminati todavía existen y que los objetivos de la orden no son ni más ni menos que la abolición de todo gobierno, propiedad privada, herencia, nacionalismo, unidad familiar y religión organizada. En parte esa creencia proviene de la interesante idea de que *Los Protocolos de los sabios de Sión*, largamente denunciados —utilizados ampliamente desde su publicación en 1864 para justificar el antisemitismo— eran en realidad un documento de los Illuminati con elementos judíos añadidos con el propósito de desinformar.

«Aunque los Illuminati se desvanecieron de la luz pública, el aparato monolítico puesto en marcha por Weishaupt todavía existe hoy en día», comenta Still. «Con toda certeza, los objetivos y los métodos de actuación aún existen. Si el nombre es Illuminati o no, en realidad es irrelevante.»

La francmasonería

El hilo conductor entre las sociedades secretas antiguas y modernas ha sido la francmasonería, que existió como una fuerza formidable desde mucho antes de que ciertas logias se «iluminaran».

Durante la Baja Edad Media, cuando cualquier oposición a la sagrada Iglesia Romana Universal (Católica) debía ser clandestina, los únicos grupos organizados capaces de moverse libremente por toda Europa eran los gremios de canteros, que tenían lugares de encuentro o «logias» en todas las ciudades importantes.

Albañiles y canteros, cuyo conocimiento secreto de la arquitectura y de la construcción se remonta más allá de Egipto, fueron esenciales en la construcción de las iglesias y catedrales euro-

peas. Eran los descendientes directos de los primeros gremios de ese oficio que existieron tanto en Egipto como en Grecia y que usaban técnicas de construcción esotéricas. Esas técnicas han pasado de generación en generación a través de las sectas y las escuelas de misterio, y muchas continúan confundiendo a los modernos constructores.

Según *The New Encyclopaedia Britannica*, la francmasonería es la sociedad secreta más grande de todo el mundo y se extendió ampliamente con el avance del Imperio británico en el siglo XIX. Había logias masónicas incluso en China, establecidas bajo los auspicios de la Gran Logia de Inglaterra, que data de 1788. La infame Tríada china comenzó como una orden masónica, junto con otra llamada La Orden de la Esvástica, según el autor de *A New Encyclopaedia of Freemasonry*. Esos chinos masones celebraban idénticos ritos, llevaban similares joyas simbólicas y delantales de piel. Se referían a la deidad como el «Primer Constructor».

Hay varias organizaciones que, aunque no son oficialmente masónicas, derivan de los masones. Entre ellas, organizaciones sociales o «curiosas», como la Ancient Arabic Order of the Nobles of the Mystic Shrine (Shriners) y la Orden de la Estrella de Oriente, DeMolay, Constructores, y Arco Iris. Esos grupos son predominantemente norteamericanos, dado que los masones ingleses tienen explícitamente prohibido afiliarse a ellos.

Según el periodista George Johnson: «En los primeros tiempos, la masonería desarrolló una aura de misticismo. Sus miembros poseían un poder que no se basaba en la autoridad real o eclesiástica sino en el conocimiento, no sólo de cómo cortar la piedra y (la fabricación) del mortero, sino de los misterios de los antiguos geómetras griegos». Ya en posesión de cierto conocimiento esotérico o secreto, los masones eran un vehículo ideal para encubrir la difusión de enseñanzas anticlericales.

De hecho el más famoso de los símbolos masones —la letra G dentro de una escuadra y un compás— significa geometría, según el historiador masón Albert Mackey, que añadió que los masones enseñaban que «masonería y geometría eran términos sinónimos» y «los símbolos geométricos que se hallan en el ritual de la francmasonería moderna pueden ser considerados restos

de los secretos geométricos de la masonería medieval, que ahora se cree perdida». La geometría oculta, a veces llamada «geometría sagrada», ha utilizado durante mucho tiempo figuras geométricas como el círculo, el triángulo, el pentagrama, etc., como símbolos de conceptos metafísicos y filosóficos.

Autores como Christopher Knight y Robert Lomas tienen una teoría interesante respecto al famoso símbolo masónico de la escuadra y el compás. Afirman que se originó como una forma estilizada de la antigua representación del poder del rey —una pirámide asentada en el suelo representando el poder terrenal— superpuesta a una pirámide del revés en representación del poder celestial del sacerdote. Juntas, esas dos pirámides de poder originan lo que ha acabado conociéndose como la estrella de David. «En primer lugar, su uso se generalizó en las iglesias cristianas en la Edad Media», escriben «y los primeros ejemplos se encuentran en los monumentos erigidos por los Caballeros Templarios. Su inclusión en las sinagogas vino mucho más tarde».

Una tradición masónica afirma que Abraham, el patriarca de los hebreos, enseñó a los egipcios un conocimiento especial anterior al Gran Diluvio. Posteriormente, ese conocimiento —presentado como la obra del legendario Hermes Trimegisto— fue recopilado por el filósofo griego Euclides que estudió dichos trabajos con el nombre de geometría. Los griegos y más tarde los romanos llamaron a esa disciplina arquitectura.

Estudiosos de la francmasonería sostienen que la *G* mayúscula significa gnosticismo, la filosofía de sectas masónicas como los Alumbrados, que fueron proscritos por la primera iglesia.

Las autoridades están en desacuerdo con el origen actual de la francmasonería, pero todos coinciden en que es anterior al antiguo Egipto. El saber masónico se remonta hasta la construcción de la bíblica Torre de Babel y el templo del rey Salomón de Jerusalén.

En el siglo XIX, Mackey afirmó que el conocimiento de los masones de la Edad Media derivaba de las obras así como de la organización de los «arquitectos de Lombardía». Ese gremio del norte de Italia, fue el primero en adoptar el nombre de «francmasones», que había sido un nombre abreviado de la Orden de

los Masones Libres y Aceptados. El término «aceptado» se aplicó a los miembros posteriores, que no estaban conectados con los primeros canteros. Un documento sobre alquimia que menciona específicamente la palabra «francmasón», data de la década de 1450.

Otros estudiosos de la masonería sostienen que la orden puede ser datada históricamente en el *Collegium Fabrorum* o Colegio de trabajadores de Roma, un grupo de constructores y arquitectos que serían el prototipo de los gremios posteriores. La mayoría de escritores derivan los secretos masónicos a través de los guerreros-sacerdotes de las cruzadas, es decir, los Caballeros Templarios. Un escritor del siglo XVIII afirmaba que la francmasonería moderna fue fundada por Godofredo de Bouillon, líder de la Primera Cruzada, que tomó la ciudad de Jerusalén y, según se dice, el también fundador del Priorato de Sión.

Los secretos de los orígenes de la francmasonería se guardan celosamente, a pesar de la publicación de numerosos libros y literatura sobre el tema. Walter Leslie Wilmshurst, un masón de grado superior y autor de *The Meaning of Masonry*, dice: «La verdadera historia interna de la masonería nunca se ha conocido, ni siquiera por los propios masones. Muchos investigadores creen incluso que muchos masones han perdido de vista el verdadero origen y propósito de su organización. «La impresión general es que se trata de una organización que ha olvidado su sentido original», escribieron los autores de *La revelación templaria*.

De esa alegación se hicieron eco los autores masones de *La clave masónica*⁴, Knight y Lomas, que escribieron: «No sólo los orígenes de la francmasonería son desconocidos sino que se admite que los «verdaderos secretos» de la Orden se han perdido, empleándose «secretos suplentes» en su lugar en las ceremonias masónicas».

Y, tras un estudio exhaustivo de los Caballeros Templarios, concluyen: «Ahora podemos afirmar, sin ninguna sombra de duda, que el primer trabajo de la francmasonería fue la construcción de la capilla Rosslyn a mediados del siglo XV». Rosslyn, cerca de Edimburgo, Escocia, fue edificada por la familia Saint-Clair. «Los Saint-Clair estaban estrechamente vinculados con los primeros

Caballeros Templarios y William Saint-Clair de Rossly se convirtió en el primer Gran Maestro de la francmasonería escocesa. Catherine de Saint-Clair se casó con el primer Gran Maestro de los Caballeros Templarios.

Mucha de la confusión acerca de los orígenes de la francmasonería y su desarrollo data de la ruptura de la Iglesia Romana Católica y la Iglesia Protestante de Inglaterra, cuando muchos documentos de los masones se perdieron. Las guerras y las revoluciones se cobraron su número de víctimas entre las bibliotecas masónicas de todas las naciones.

El rey Enrique VIII, al romper con Roma, no sólo interrumpió los proyectos de construcción de la Iglesia en Inglaterra, causando un desempleo generalizado, sino que saqueó los bienes de los masones con el pretexto de impuestos y tributos. Para sobrevivir, las logias comenzaron a abrir su afiliación a no-masones. Esos ajenos comerciantes, terratenientes, y otros —muchos con antecedentes templarios— llegaron a ser conocidos como masones «especulativos». Éstos abrazaron una doctrina mística y esotérica basada en las tradiciones anteriores a la francmasonería, llevadas a la orden por los Caballeros Templarios que huían de la persecución de la Iglesia.

Por aquel tiempo, cuatro logias de Londres se unieron formando una Gran Logia Unida en 1717. La francmasonería especulativa dominaba por completo el gremio originario de los canteros o de los masones «operativos». Es sobre todo de la masonería especulativa de donde la orden obtuvo su conocimiento esotérico.

Webster afirma que la francmasonería no proviene de una sola fuente, sino que es resultado de una combinación de tradiciones que evolucionan y se fusionan durante un período de tiempo. «Es decir, la masonería operativa puede proceder de los Collegia romanos y de los masones operativos de la Edad Media, mientras que la masonería especulativa podría derivar de los patriarcas [hebreos] y de los misterios de los paganos. Pero la fuente de inspiración que no admite negación es la Cábala judía... Cuando el ritual y las constituciones de la masonería se redactaron, en 1717, aunque se incorporaron ciertos fragmentos de las doctrinas pita-

góricas y del antiguo Egipto, la versión judaica de la tradición secreta fue la única seleccionada por los fundadores de la Gran Logia para edificar su sistema».

La francmasonería continuó extendiéndose. En 1720 varias logias masónicas se establecieron en Francia auspiciadas por la Gran Logia Unida de Inglaterra, y formaron una Gran Logia en París en 1735. No eran las mismas logias escocesas que habían sido fundadas después de que Carlos I Estuardo huyera de Inglaterra. Las tensiones entre las dos ramas de la masonería fueron en aumento en 1746, con el exilio de Carlos Eduardo «Príncipe Bonnie Charlie», «el joven pretendiente» y sus seguidores, que alentaban el uso político de la orden.

Fue durante esa época cuando el verdadero linaje de la francmasonería fue conocido públicamente. En 1737, el tutor de los hijos del príncipe Carlos Eduardo y miembro de la Royal Society, Andrew Michael Ramsey, pronunció un discurso ante los francmasones de París. Lo que llegó a ser conocido como la «Oración de Ramsey», declaraba abiertamente que «nuestra orden estaba íntimamente vinculada con los Caballeros de San Juan de Jerusalén», una orden íntimamente asociada con los Caballeros Templarios. Asimismo, Ramsey dijo que la francmasonería estaba relacionada con las antiguas escuelas de misterio de la diosa griega Diana y la diosa egipcia Isis.

El barón masón alemán Karl Gottlieb von Hund se unió a la logia de Frankfurt y en 1751 fundó una prolongación del Rito Escocés llamada la Orden de la Estricta Observancia, tras prestar juramento de obediencia incuestionable a sus misteriosos y nunca vistos «superiores». Como se ha dicho más arriba, esa orden desembocó en la fusión de los Illuminati y la francmasonería alemana durante la Convención de Wilhelmsbad.

Von Hund se declaró seguidor de las tradiciones de los Caballeros Templarios forzados al exilio en Escocia, a principios de la década de 1300 —los miembros de la orden se llamaban a sí mismos «Caballeros del Temple», y aseguró estar cumpliendo las órdenes de «superiores desconocidos» que nunca había identificado ni visto. Mientras algunos sostenían que esos «superiores» no eran humanos, muchos investigadores creen que proba-

blemente fueran partidarios jacobitas de los Estuardo que murieron o perdieron la fe tras la derrota del «joven pretendiente».

Esos superiores proporcionaron a Von Hund una lista de nombres que supuestamente habían sido Grandes Maestres de los Caballeros Templarios, pese a que éstos se habían extinguido a mediados de la década de 1300. Una lista casi idéntica a ésta ha sido encontrada recientemente, relacionada con el misterioso Priorato de Sión, con sede en Rennes-le-Château, en el sur de Francia, por un historiador austríaco llamado Leo Schidlof, según parece el autor de las listas genealógicas tituladas *Dossiers secrets* o Informes secretos. «Salvo por la ortografía de un solo apellido, la lista que redactó Hund concuerda exactamente con la de los *Dossiers secrets*. En suma, de alguna manera, Hund había obtenido una lista de los Grandes Maestres Templarios más exacta que ninguna otra conocida hasta entonces», escriben los autores de *El enigma sagrado*. Ellos opinan que esto proporciona un fuerte apoyo a la creencia de que, tanto el Priorato como el francmasón Hund estaban directamente relacionados con los Caballeros Templarios.

Después de años de conflictos con la Iglesia Católica y Romana, los francmasones de Gran Bretaña —ahora bajo la Iglesia Anglicana— en 1723 anunciaron que la organización aceptaría a personas de todas las religiones. Hoy se estima que hay seis millones de francmasones en activo en todo el mundo con un total de cien mil logias.

La francmasonería se agrupa en tres logias básicas: la Logia Azul, el primer paso que está, a su vez, dividido en tres estadios o grados; el Rito de York, que se compone de diez grados más y el Rito Escocés con sus 32 grados de iniciación en total. El grado 33, al que sólo se accede por invitación, representa la cabeza humana sobre las 33 vértebras de la espalda. Este es el grado más alto que se conoce públicamente.

La gran mayoría de miembros consideran su afiliación a la francmasonería no muy distinta de si se asociaran al Lion's Club, los Optimistas o a la cámara de comercio. Y desde su punto de vista, esto es así. Incluso la literatura masónica deja claro que sólo aquellos iniciados que progresan más allá del grado 33 son educados en los verdaderos secretos y objetivos.

Los autores masónicos admiten de buena gana esta jerarquía. «Ha existido siempre una doctrina externa, elemental y popular que ha servido para instruir a las masas que no están suficientemente preparadas para las enseñanzas más profundas», escribía el masón Wilmshurst. «Y una doctrina interna más avanzada, un conocimiento más secreto que se ha reservado para las mentes más maduras, y en el que sólo los candidatos, que desean participar de forma voluntaria, mejor preparados y más competentes son iniciados».

El masón de grado 33 Manly P. Hall escribió: «La francmasonería es una fraternidad dentro de una fraternidad; una organización externa que encubre a otra invisible. La sociedad visible es una organización con un espléndido compañerismo entre hombres "libres y aceptados" que se reúnen para dedicarse a cuestiones éticas, educativas, fraternales, patrióticas y humanitarias. La sociedad invisible es una fraternidad secreta y más augusta cuyos miembros están totalmente entregados al servicio de un... *arcantum arcandrum* [secreto sagrado]».

Un destacado masón del siglo XIX, Albert Pike, admitió que la francmasonería tiene «dos doctrinas, una oculta y reservada para los Maestres..., la otra pública...». El anterior Gran Secretario Provincial Wilmshurst, confirmó que el «primer estadio» o grado inicial de la masonería está «preocupado por los valores más superficiales de la doctrina» y que «más allá de este grado, la gran mayoría de masones, sienten temor, y nunca lo pasan».

Incluso muchos masones de grado superior nunca han penetrado en el círculo del conocimiento. En sus memorias, el famoso masón Casanova escribió: «Incluso alguien que haya ocupado el puesto de Maestro durante cincuenta años puede desconocer los Misterios».

El autor Epperson hizo la interesante observación de que todo masón negará que existe un círculo interno y uno externo en la orden, porque el «masón medio» verdaderamente lo desconoce mientras que el «masón Iluminado» promete no revelarlo. «Este segundo estamento está protegido por un juramento de secreto, lo que significa que, si supieras de su existencia, estarías obligado por juramento a no decir nada a nadie».

La estructura de poder de la orden causó no poca preocupación entre los investigadores. «La francmasonería internacional es una gran pirámide de manipulación», escribió el autor de la conspiración Icke. «La estructura piramidal permite a la élite, unos pocos en la cima de la francmasonería, controlar a la mayoría engañándoles y manteniéndoles a ciegas.»

Este engaño se lleva a cabo proporcionando a los masones iniciados y al público en general una cantidad ingente de información, tradiciones e historias contradictorias y tan confusas, que incluso los expertos en masonería no se ponen de acuerdo en algunos puntos. El autor Mackey reconoce que los documentos masonónicos están «repletos de inexactitudes históricas, anacronismos e incluso de absurdidades».

Había una razón para esta confusión. «El crecimiento [de la francmasonería] sincronizado con la correspondiente pérdida de interés por la religión ortodoxa y el culto», apunta Wilmshurst. «El sencillo principio de fe y los ideales humanitarios de la masonería, ocupan el lugar que estuvo ocupado por la teología ofrecida por las diversas Iglesias.»

Aunque sus líderes niegan que sea una religión, la francmasonería, no obstante, es un sustitutivo de la religión. No es raro que se haya mostrado prudente en sus enseñanzas. Todos sabemos que, cualquiera que hable de conceptos que la mayoría tenga por sacrílegos o blasfemos corre el peligro de que su comunidad le censure, le hiera o que incluso le mate.

Wilmshurst dice que alguien que busque la iluminación «en forma de una nueva conciencia mejorada y unas facultades perceptivas aumentadas... debe estar dispuesto a despojarse de todos los prejuicios anteriores y de los pensamientos ordinarios y, con la docilidad y mansedumbre de un niño, entregar su mente a la recepción de una, tal vez, verdad nueva e inesperada...»

Refiriéndose a las enseñanzas de la masonería como «encubiertas» y «crípticas», escribió, «el significado de la masonería... es un tema normalmente aplazado y nunca acometido por sus miembros, salvo por aquellos pocos que lo convierten en su estudio privado».

A pesar de todo, Wilmshurst dio algunas pistas sobre la his-

toria secreta de la francmasonería cuando escribió acerca de una «Edad Dorada» en la que «los hombres mantenían conversaciones conscientes con el mundo invisible y fueron enseñados y guiados por los “dioses”...». Dice que la humanidad perdió su camino después de la «caída» tras intentar poseer los mismos conocimientos que sus creadores, un concepto comparable con la bíblica «pérdida de la gracia».

Esta «caída» del hombre, según en los escritos de Wilmshurst de 1927, no era debida a ninguna trasgresión individual sino, más bien, a «una debilidad o defecto en el colectivo o grupo anímico de la raza de Adam», de tal forma que «según consejo divino» se decidió que «la humanidad debía ser redimida y devuelta a su estado prístino», un proceso que requirió «vastos ciclos de tiempo para su consecución». Añadía que esa restauración también requería «una asistencia científica especializada» de «aquellos “dioses” y ángeles guardianes de la raza errante de la que hablan todas las antiguas tradiciones y escritos sagrados».

El autor masón Manly P. Hall afirma que Wilmshurst no sólo estaba hablando de forma metafórica y explica que «en el pasado remoto, los dioses caminaban junto a los hombres y... escogieron de entre ellos los hijos del hombre más sabios y verdaderos.

»A estos hijos especialmente dispuestos e iluminados les entregaron las claves de su gran sabiduría... Dispusieron que los designados y elegidos fueran los sacerdotes o mediadores entre ellos —los dioses— y la humanidad que aún no había desarrollado ojos que permitieran mirar fijamente la cara de la Verdad y la vida... Esos iluminados fundaron lo que hoy conocemos como los Antiguos Misterios».

Así pues, un secreto masón oculto tiene que ver con “dioses” prehistóricos que transmitieron su conocimiento a ciertos individuos, lo que les iluminó. Ese conocimiento ha ido siendo transmitido a través de las Escuelas de Misterio hasta los fundadores de las religiones judía y cristiana, cuyas tradiciones fueron aprendidas por los Caballeros Templarios y llevadas al corazón de la moderna francmasonería.

La transición desde las antiguas sociedades secretas a las organizaciones más modernas fue estimulada por esa francmaso-

nería «Iluminada» de finales del siglo XVIII, a su vez una mezcla del primer saber esotérico con las tradiciones cabalísticas. Esos secretos continúan escondidos en el interior más profundo de la francmasonería, incluso mientras sus millones de desconocedores miembros disfrutaban con su filantropía y compañerismo.

El investigador diligente sólo puede empezar a entender esos antiguos secretos después del estudio más laborioso y serio; sobre todo si no se cuentan de manera directa, como admiten los autores masones.

Otro de los antiguos secretos está relacionado con el concepto de reencarnación, que Wilmshurst disculpa diciendo «será nuevo y probablemente inaceptable para algunos lectores». Y añade: «Sólo estamos diciendo lo que enseñan las Doctrinas Secretas».

Fue esa cara oculta y esotérica de la francmasonería la que se ganó las críticas de antirreligiosa. «Las acusaciones de que los francmasones habían cultivado las ciencias ocultas —en particular la alquimia, la astrología y la magia ceremonial— ha perseguido a la orden a lo largo de la historia» escribieron los editores modernos del libro de Mackey.

En la primera francmasonería, había hombres llamados magos —no en el sentido actual de ilusionistas sino que el nombre se tomaba de la palabra *Magi* u hombre sabio—. Hasta la Ilustración del siglo XVIII, magia era otro nombre para la ciencia. Estos magos afirmaban en serio poseer el antiguo conocimiento de la transmutación de los metales, la manipulación de la materia y la eterna juventud.

Uno de los masones más mágicos fue una persona conocida como el «hombre prodigioso», de quien se decía que había vivido cientos de años.

El conde de Saint-Germain y otros magos

La gente que conoció al conde de Saint-Germain lo definían o bien como un charlatán o como un mago inmortal. La verdad, seguramente, la encontraremos en un punto intermedio, a pesar

de que hay algo decididamente extraño en lo que se refiere a este hombre.

Nadie supo jamás sus verdaderos orígenes pero los rumores eran abundantes. Algunos afirmaban que este hombre brillante, que dominaba todas las lenguas europeas y evidenciaba un conocimiento profundo en diversos campos, era en realidad el tercer hijo de Leopold-George, el tercer hijo de Francisco II de Transilvania y Charlotte Amalie de Hesse-Reinfels. El investigador Hall cuenta que una vez, Saint-Germain le dijo a William de Hesse que él era en realidad el príncipe Ragozy de Transilvania, y que había sido educado por el duque de Médicis. Como Saint-Germain afirmaba haber descubierto el secreto de la inmortalidad, tal vez el recuerdo del conde alimentó en parte la leyenda del moderno conde Drácula.

Unos sostenían que este notable violinista era hijo del rey de Portugal, mientras que otros decían que era descendiente de un judío errante portugués o, incluso, hijo de un doctor de Estrasburgo llamado Daniel Wolf. Se había llegado a decir que era el resultado de la relación entre una princesa árabe y un reptil.

Quiquiera que fuese, el conde de Saint-Germain, llamado «el hombre prodigioso» por sus vastos conocimientos y habilidades sociales, demostró ser uno de los más exitosos agentes de las sociedades secretas de su tiempo. Su primera aparición fue en Londres, hacia 1743, donde, dos años más tarde, fue arrestado acusado de ser un espía jacobita, pero más tarde puesto en libertad.

Abandonado Londres, el conde viajó por Alemania y Austria. Conoció a Marshal de Belle-Isle, el ministro francés de la Guerra quien le introdujo en la corte. En muy poco tiempo se convirtió en un personaje popular, afirmaba haber vivido siglos tras descubrir el «Elixir de la vida», una fórmula para la inmortalidad física. Como explica el autor Richard Cavendish, el conde contaba a los cortesanos que había estado entre los invitados de la boda de Caná, donde Jesús convirtió el agua en vino, y que había conocido a la reina egipcia Cleopatra. Sus conocimientos históricos eran extraordinarios, era capaz de mencionar detalles de los acontecimientos que dejaban atónito al historiador más erudito. Una de las mentes más privilegiadas, el gigante de la literatura francesa

François-Marie Arouet, más conocido como Voltaire, dijo una vez de Saint-Germain que era un «hombre que lo sabía todo».

El conde era todo un espectáculo. Una vez dijo haber sido amigo del legendario rey Ricardo Corazón de León «... se volvió hacia su ayuda de cámara pidiendo su confirmación. “Se olvida, señor”, dijo éste solemnemente, “que yo sólo he estado 500 años a su servicio”».

Saint-Germain también afirmó poseer el secreto para eliminar las imperfecciones de los diamantes y para transmutar algunos metales. El rey Luis XV le brindó un laboratorio para sus experimentos alquímicos, y también empleó al conde para secretas misiones diplomáticas y de espionaje. Saint-Germain dejó bien claro dónde había obtenido sus extraordinarios conocimientos. «Hay que haber aprendido en las pirámides, como yo lo he hecho», dijo una vez.

En 1762, el conde viajó a San Petersburgo, donde ayudó a colocar a la hija de un amigo, la princesa de Anhalt-Zerbst, en el trono ruso tras la muerte de Pedro III. La hija de su amigo llegaría a ser conocida como «Catalina la Grande». «La intervención de Saint-Germain en el derrocamiento de Pedro de Rusia no fue asunto menor» apunta el escritor Bramley, «fue un logro magnífico que alteró todo el panorama político de Europa».

La significancia de Saint-Germain radica en sus conexiones personales. Tras dejar Rusia, el conde estableció contacto con importantes francmasones, como Casanova y el futuro revolucionario francés Cagliostro. Fue en Alemania, según Cagliostro, país en el que Saint-Germain había ayudado a establecer la francmasonería, donde Cagliostro fue iniciado en la Orden de la Estricta Observancia, en una cámara subterránea cerca de Frankfurt. El duque de Brunswick y el príncipe Karl de Hesse, jefe de los francmasones alemanes y hermano de Guillermo IX, el patrón de Mayer Rothschild, compartían el liderazgo en la orden. «Uno de los mejores amigos y discípulo de Saint-Germain era el príncipe Karl von Hesse-Kassel, quien escribió *Memories de mon temps* [Memorias de mi tiempo] donde describe al conde como “uno de los filósofos más grandes que jamás haya existido”», explica Thomas.

«Saint-Germain fue “Gran Maestro de la francmasonería” y fue él quien inició a Cagliostro en los misterios de la masonería egipcia», confirma Webster, y añade que Cagliostro pronto «eclipsó ampliamente a su maestro». Cagliostro fundó su propia rama francmasona egipcia a partir de las enseñanzas de Saint-Germain y sus conocimientos de la Cábala judía. Lo que facilitó que los Illuminati se hicieran con la francmasonería alemana.

Saint-Germain permaneció durante algún tiempo con Guillermo IX de Hesse en Alemania, en 1774. Tal vez, durante su estancia, Saint-Germain intercambiara sus secretos con Guillermo y su asesor financiero, Mayer Rothschild. Considerando el interés de Rothschild por las antigüedades y la Cábala, se puede imaginar su fascinación ante los conocimientos de Saint-Germain sobre los Misterios Egipcios.

«Las actividades de Saint-Germain son importantes porque sus movimientos proporcionan una relación fascinante de las guerras europeas en curso, los niveles más profundos de la Hermandad y la camarilla de los príncipes alemanes, en especial de la Casa de Hesse», escribió Bramley.

Otra conexión entre el mentor real Rothschild y la francmasonería ocultista era Jean-Baptiste Willermoz, masón desde 1753 y acaudalado fabricante de seda, quien se movía en los mismos círculos que Mayer Rothschild. Willermoz, quien también afirmaba recibir instrucciones de «superiores desconocidos», se alojó por un tiempo con el príncipe de Hesse-Kassel. Miembro del «Rito de los Elegidos de Cohen», Willermoz fue la fuerza motriz de la Conferencia de Wilhelmsbad de 1782, y muchos lo consideran el fundador del espiritualismo moderno.

Willermoz pudo haber tenido contacto con Saint-Germain si atendemos a lo que una vieja obra titulada, *Freimaurer Bruderschaft in Frankreich* [La francmasonería en Francia], vol. II, dice: «Entre los francmasones invitados a la gran conferencia de Wilhelmsbad... encontramos a St. Germain acompañado de St. Martin y muchos otros».

Saint-Germain y Cagliostro pudieron no haber sido las únicas conexiones entre la Cábala hebrea y la francmasonería. Otro posible vínculo era una misteriosa y poco conocida persona,

Hayyim Samuel Jacob Falk. «Mientras St. Germain y Cagliostro aparecen en todos los registros de magos del siglo XVIII, sólo en los trabajos exclusivamente judaicos o masónicos no destinados al gran público, encontramos alguna referencia a Falk», apunta Webster.

El poeta alemán Gotthold Ephraim Lessing, masón de grado superiro, amigo íntimo del filósofo cabalista Moses Mendelssohn y bibliotecario del duque de Brunswick, escribió diversos tratados masones titulados *Ernst und Falk: Gespräche für Freimaurer* [Erns y Falk: Hablar en nombre de la francmasonería]. Aunque no está documentado, el título de Lessing indicaría una conexión entre Falk y los francmasones alemanes que incluiría a los Rothschild.

Falk escapó de Alemania para evitar ser quemado por brujería y llegó a Londres en 1742, según parece con lo puesto. Sin embargo, Falk pronto se compró una casa que contenía gran cantidad de plata y oro, así como una sinagoga privada.

Webster relaciona a Falk no sólo con la Cábala sino también con la Revolución Francesa. «El duque [de Orléans] estaba en contacto con Falk en Londres y Falk apoyaba sus planes de usurpación», escribió Webster preguntándose si «en el “cofre del oro” de Falk podríamos encontrar el origen de todos los créditos que mandó desde Londres el duque de Orléans para financiar la revolución...».

Webster veía en Falk a la persona con más probabilidad —junto con la conexión Rothschild— de haber introducido las enseñanzas cabalísticas en los círculos superiores de la francmasonería. «Falk era mucho más que un masón, era un iniciado superior; el oráculo supremo a quien las sociedades secretas piden su consejo». Y Webster añade que el «inaccesible» Falk pudo ser uno de los «verdaderos iniciados cuya identidad ha sido mantenida en secreto... mientras que Saint-Germain y Cagliostro... acaparaban toda la atención...».

Fuera Falk o Rothschild o ambos, quien proporcionara la conexión, es evidente que tanto la francmasonería como los Caballeros Templarios bebieron abundantemente de la Cábala tanto para las ideas como para los rituales.

La conjura masónica

A lo largo de los años ha existido mucha preocupación —incluso paranoia total, como entre los movimientos anti-masónicos— ante el papel jugado por las órdenes masónicas en los acontecimientos mundiales desde la Revolución Americana y Francesa hasta nuestros días.

Esa actitud puede entenderse mejor mirando una relación de masones importantes empezando por los presidentes estadounidenses Washington, Monroe, Jackson, Polk, Buchanan, Andrew Johnson, Garfield, Taft, Harding, Truman, Ford, Teddy y Franklin Roosevelt. Otros célebres masones estadounidenses son John Hancock, Benjamin Franklin, Paul Revere, Sam Houston, Davy Crockett, Jim Bowie, Douglas MacArthur, J. Edgar Hoover y Hubert Humphrey. Masones del resto del mundo serían Winston Churchill, Cecil Rhodes, Horatio Nelson, el duque Arthur Wellington, sir John Moore, Simón Bolívar, Giuseppe Garibaldi, Franz Joseph Haydn (quien compuso la melodía de *Deutschland über Alles*), Wolfgang Amadeus Mozart, Johann Wolfgang von Goethe, Voltaire (François-Marie Arouet), Giuseppe Mazzini, Mijail Bakunin, Aleksandr Kerensky, Aleksandr Pushkin, Benito Juárez y José de San Martín.

Los autores Baigent y Leigh argumentan que, con un grupo de personalidades tan divergentes, «es imposible atribuir cualquier orientación política o incluso una consistencia política a la francmasonería». A pesar de todo, en su detallado estudio de los primeros tiempos de la masonería y los Caballeros Templarios, Baigent y Leigh ignoraron la integración de los Illuminati en la francmasonería a finales del siglo XVIII. Esa integración aportó la filosofía de Hegel y Weishaupt que incluye las ideas de «el fin justifica los medios» y «para alcanzar la síntesis son necesarias dos fuerzas opuestas». Los investigadores de la conspiración han dejado bien sentado que los Illuminati masones han utilizado todas y cada una de las oportunidades para hacer avanzar su causa, sin reparar en el bando que debían apoyar en cada momento.

El lema masón *Ordo ab Chao* u Orden en lugar de caos, se considera en general como el intento de la Orden de llevar un conocimiento estructurado al caos de las diversas creencias y filosofías humanas del mundo; es decir, instaurar un Nuevo Orden Mundial.

El investigador de la conspiración Epperson explicó que el eslogan se refiere en realidad al "orden" de Lucifer que reemplazará el "caos" de Dios». El autor Texe Marrs sitúa su interpretación a un nivel más mundano y dice que *Ordo ab Chao* es una «Doctrina secreta de los Illuminati» basada en el concepto hegeliano de que «la crisis brinda la oportunidad». Marrs sostiene que «ellos trabajan para crear el caos, generar angustia y frustración en las personas y, de este modo, propiciar la «necesidad imperiosa de orden que los ciudadanos anhelan».

El autor Bramley ve ese mecanismo en marcha muy al principio, en Inglaterra, tras el derrocamiento del rey católico Jacobo II en 1688. Destacando que la Gran Logia Madre concedió grados masónicos a su sucesor de la casa de Hanover, Bramley dice: «La Gran Logia inglesa era decididamente pro-Hanover y su proscripción de controversia política significó el apoyo al status quo de los Hanover. A la luz de la naturaleza maquiavélica de la actividad de las Hermandades, si viéramos a la Gran Logia Madre como la facción de una Hermandad diseñada para avivar una causa política controvertida, por ejemplo que los hanoverianos gobernarán Gran Bretaña, cabría esperar que la red de la Hermandad produjera otra facción favorable a la oposición. Esto es precisamente lo que pasó. Poco después de la fundación de la Gran Logia Madre, fue creado otro sistema de francmasonería [los francmasones jacobitas] ;directamente contrario a los hanoverianos!».

Las sospechas de una conjura masónica —muy difíciles de encontrar en las publicaciones de gran difusión y más difícil de probar— no se limitan a vagos hechos históricos. Una historia ampliamente silenciada durante la administración Reagan, indicaba claramente que al menos una logia francmasónica estaba conspirando para derrocar el gobierno italiano.

En ese escándalo también estaba involucrado un grupo poco conocido relacionado a la francmasonería, llamado los Caballe-

ros de Malta, herederos de las órdenes militares de los Caballeros Templarios.

John J. Raskob, uno de los trece fundadores de la Orden de los Caballeros de Malta estadounidense, estuvo involucrado en el golpe fallido contra el presidente Roosevelt en la década de 1930. Sus planes fueron desbaratados después de que el general de división de los marines Smedley Butler, diera la voz de alarma sobre el complot.

Caballeros norteamericanos contemporáneos serían los directores de la CIA John McCone y William Casey. Casey, junto al primer secretario de Estado de Reagan, Alexander Haig, tuvo tratos con un compañero Caballero llamado Licio Gelli, quien durante la década de 1980 implicó a una logia italiana poco activa en lo que fue definido como una «conspiración fascista mundial», con la ayuda de la Mafia, la Banca Vaticana y la CIA.

La *Propaganda Masonica Due*, más conocida como la Logia P2, se fundó en Italia en 1877 para la francmasonería italiana de fuera de Roma. Gelli, masón desde 1963, se hizo con el poder de la P2 hacia 1966 e incrementó el número de miembros de catorce a casi un millar. Obviamente, Gelli tuvo ayuda. El periodista italiano Mino Pecorelli, asimismo miembro de la P2, denunció que la CIA estaba entregando fondos a la P2, una acusación confirmada por el agente a sueldo de la CIA Richard Brenneke en 1990. Pecorelli fue hallado muerto de un disparo en la boca, un mensaje habitual en el mundo del crimen organizado. Según Icke, la Logia P2 estaba conectada no sólo con la CIA sino también con «los Carbonari, una amalgama de francmasones, Mafia y el ejército italiano...».

Gelli —un «socio de negocios del criminal de guerra nazi Klaus Barbie, financiador del dictador fascista sudamericano Juan Perón, contacto a sueldo de la CIA e invitado de honor en la ceremonia de investidura de Ronald Reagan en 1980», creó lo que un dictamen de la corte italiana llamó una «estructura secreta con la increíble capacidad de controlar las instituciones estatales hasta el punto de haber llegado a convertirse prácticamente en un Estado dentro del Estado». Gelli también afirmó tener relación amistosa con el ex director de la CIA y presidente

George Bush, de quien se dice que era miembro «honorario» de la Logia P2.

En 1981, las autoridades italianas descubrieron el complot de la P2. En un registro de la casa de Gelli hallaron una lista de conspiradores masónicos que incluía a tres ministros del gabinete, cuarenta miembros del Parlamento, cuarenta y tres generales, ocho almirantes, jefes de los servicios de seguridad, los jefes de policía de cuatro grandes ciudades, industriales, financieros, gente del espectáculo, veinticuatro periodistas y cientos de diplomáticos y otros civiles.

También hallaron un documento titulado «La estrategia de la tensión», un plan cuidadosamente diseñado para fabricar un terrorismo de izquierdas tan grande, que condujera a los italianos a pedir un gobierno más autoritario, incluso fascista. Ese plan se inscribía en una operación llamada «Gladío» preparada, justo después de la segunda guerra mundial por el agente de la CIA James Jesus Angleton en un intento de prevenir un golpe de estado comunista en Italia. Las tácticas de Gladío significaba la creación de alianzas entre la Mafia y gente del Vaticano así como con la CIA y los Caballeros de Malta.

Diversos investigadores han afirmado que la mayor fuerza detrás de la Logia P2 era la altamente secreta Gran Logia Alpina francmasona de Suiza entre cuyos miembros se cuenta todo aquel que es alguien en esa nación de bancos. El ex primer ministro británico y miembro del Club Bilderberg, Harold Wilson, llamaba a los miembros de la Logia Alpina «los gnomos de Zurich», y aseguraba que tenían más poder que ningún gobierno.

La P2 estaba implicada en diversos actos de terrorismo, como el atentado con bomba de 1980 en la estación de tren de Bolonia, que mató a ochenta y cinco personas, y posiblemente también la bomba en el vuelo 103 de la Pan Am de diciembre de 1988, cuando sobrevolaba Lockerbie, Escocia. Según un informe poco conocido redactado por los especialistas de la aseguradora de la Pan Am, entre las víctimas del vuelo había un grupo de la CIA que regresaba a Washington para informar sobre el tráfico de drogas y de armas de la CIA en Oriente Medio financiado a través de miembros de la P2. Estas actividades ilegales estaban siendo

dirigidas desde Washington, de la misma manera que las actividades de Iran-Contra y, al parecer estaban involucrados oficiales de alto grado. Otros agentes de la CIA llegaron rápidamente al lugar donde se estrelló el avión y se llevaron pruebas de vital importancia sobre la catástrofe.

El investigador Jonathan Vankin escribió que, informaciones de los medios de comunicación italianos decían que la Logia P2 era financiada a través de la compañía pañameña Amitalia, y que la invasión de Panamá del presidente Bush en 1989 fue, en parte, una tapadera para destruir las pruebas que les relacionaban a él, la Logia P2 y la CIA en el ataque al Pan Am 103. Vankin menospreció esas alegaciones como «otro demonio que surge de otro infierno conspiratorio», aun habiendo hallado muchas pruebas apoyando esa tesis.

Durante los juicios de los miembros de la P2, en Italia, afloró el nombre de una personalidad norteamericana, una persona con relaciones estrechas con las sociedades secretas de los Estados Unidos. El primer ministro italiano, Giulio Andreotti, un amigo personal de Gelli que fue juzgado por prácticas mafiosas, nombró a Henry Kissinger como testigo presencial. Por su parte, un estrecho colaborador y la viuda del ex primer ministro italiano Aldo Moro —secuestrado y asesinado por las Brigadas Rojas en 1978— declararon que Kissinger le dijo a Moro que detuviera sus políticas estabilizadoras o «lo pagarás muy caro».

Un artículo del *Independent* londinense decía que el asesinato de Moro podía haber sido preparado por la CIA a través de miembros de la P2 en el gobierno italiano. Otros afirmaban que todo el escándalo del P2 había sido orquestado por el misterioso y extremadamente secreto Priorato de Sión.

La historia de la P2 fue un escándalo mayúsculo en toda Europa pero apenas se habló en los medios de comunicación estadounidenses del asunto, incluso cuando pareció implicar a altos cargos del Vaticano, al obispo norteamericano Paul Marcinkus y a Kissinger.

Michele Sindona y Roberto Calvi, dos destacados miembros de la sediciosa Logia P2, estaban involucrados en una gran cantidad de negocios dudosos con el obispo católico norteamericano

responsable de la Banca Vaticana durante esa época. Sindona fue acusado más tarde de blanqueo de dinero para las Mafias siciliana y norteamericana mientras Calvi invertía dinero del Vaticano en bancos y empresas de todo el mundo, incluido el infame complejo Watergate en Washington.

Marcinkus y la Banca Vaticana eran los accionistas mayoritarias del Banco Ambrosiano, propiedad del socio de Sindona, Calvi (llamado «el banquero de Dios» por sus conexiones vaticanas). A mediados de 1982, mientras la madeja que enredaba a la Mafia, la francmasonería, los fascistas y el Vaticano empezaba a ser desentrañada, el convicto Calvi escapó a Londres, donde se le encontró ahorcado de un andamio bajo el puente de Blackfriars con una serie de elementos que sugieren connotaciones masónicas. Sólo unas horas antes, la secretaria de Calvi, Graziella Corrocher —bibliotecaria de la Logia P2— cayó o fue empujada de la ventana de un cuarto piso del edificio del Banco Ambrosiano.

En 1986, Sindona y un cómplice fueron condenados por ordenar la muerte de Giorgio Ambrosoli. A Ambrosoli, un síndico de herencias, le dispararon mortalmente en 1979, después de que hubiera encontrado pruebas de actividades criminales en los documentos de Sindona mientras trabajaba en la casa de éste. Sólo dos días después de que Sindona fuera sentenciado a cadena perpetua, fue hallado muerto en su celda envenenado con cianuro. Mientras aún se debate si la muerte de Sindona fue suicidio u homicidio, poco antes de su muerte, se sabe que dijo lo siguiente: «Tienen miedo de que yo pudiera revelar cierta información delicada que no quieren que divulgue».

Marcinkus, después de que se le asegurara que las autoridades italianas no le procesarían, dejó el Vaticano totalmente desacreditado y voló de vuelta a los Estados Unidos, para vivir semirretirado. Bastante irónicamente, fue el homónimo del Banco Ambrosiano —San Ambrosio de Milán— quien en el siglo IV denunció cualquier interés sobre un crédito «contra natura».

«El fiscal del distrito de Nueva York, Frank Hogan, quien procesó a varios mafiosos locales por el asunto de la P2, también intentó extraditar y procesar Marcinkus, pero su petición no prosperó por la intervención de la Casa Blanca», apunta el autor Wil-

son. Gelli, con varias condenas a sus espaldas en Italia, por lo visto está libre y oculto.

Esos masones «maquinaron fraudes que causaron la quiebra bancaria más importante de la historia de los Estados Unidos e Italia», informan Vankin y Whalen, aunque en los medios de comunicación estadounidenses ese desastre de mil millones de dólares apenas se cubrió.

El autor de la conspiración británico Icke se hizo eco de los temores de bastantes escritores de la conspiración cuando escribió: «Creo firmemente que algo parecido está pasando en el Reino Unido y en otros países (¿los Estados Unidos?) con los mismos métodos y objetivos de la P2».

Francmasonería versus cristianismo

Cualquier intento de discusión exhaustiva sobre los entresijos internos y las filosofías de la francmasonería se verán obstaculizados por detalles interminables y controversias irresolubles. Son, después de todo, una fraternidad secreta y eso requiere tener ciertos secretos.

Baste con decir que la francmasonería ha brindado un puente hasta la era moderna de las enseñanzas secretas de los Antiguos Misterios, provocando de paso el enfado de la Iglesia y el Estado.

El autor masón Hall ya lo dijo claramente cuando escribió que «la francmasonería es bastante más que una organización social con algunos siglos de antigüedad, y puede ser considerada como una perpetuación de los misterios filosóficos y las iniciaciones de los antiguos».

Wilmshurst fue incluso más allá. Escribió que «cuando el cristianismo se convirtió en una religión de Estado y la Iglesia un poder mundial, la materialización de sus doctrinas avanzó de prisa y no ha hecho más que crecer con los siglos. En lugar de ser la fuerza unificadora que sus líderes pretendieron que fuera, su asociación con las «posesiones mundanas» ha acabado por convertirla en una fuerza desintegrada. Los abusos condujeron al cisma y al secretismo... mientras la comunidad protestante y las

llamadas iglesias «libres» se apartaron tristemente de la tradición original y su libertad e independencia imaginada son, de hecho, cautivas de sus propias ideas, ya que no guardan relación con la gnosis primitiva y no entienden de aquellos Misterios que siempre deben subyacer más profundamente que la religión popular exotérica de un período determinado... Desde la supresión de los Misterios en el siglo VI, su tradición y magisterio ha permanecido en secreto bajo siete llaves, y a esa continuidad se debe nuestro sistema masónico presente».

Así pues, otro secreto ha sido desvelado. La francmasonería y sus descendientes han transmitido conocimientos hostiles y peligrosos para otras religiones organizadas.

Aun habiendo adoptado los ideales cristianos del amor fraternal, la caridad y la verdad, incluso los autores masones dejan muy claro que la francmasonería no es una religión adjunta a la cristiana. Los secretos más recónditos de la orden, algunos de los cuales son la antítesis del cristianismo, han suscitado considerables preocupaciones y sospechas a lo largo de los años, y provocado la temprana prohibición por parte de la Iglesia.

El 28 de abril de 1738, sólo un año después de que el masón Ramsey relacionase públicamente la Francmasonería con los proscritos Caballeros Templarios, el papa Clemente XII publicó su famosa bula *In Eminente*. En ella condenaba la francmasonería como pagana e ilegal y amenazó a cualquier católico que se adhiriera a ella con la excomunión.

Los autores cristianos modernos han continuado condenando la orden. «Los masones sólo tienen un propósito, existen para destruir completamente el cristianismo...», concluye el autor Epperson.

Otros ven en la francmasonería un ambivalente punto de vista sobre la religión en el mejor de los casos. El periodista Still, que llevó a cabo una profusa investigación sobre el grupo, escribió en 1990 que «todos los aspectos de la francmasonería parecen tener una parte buena y una mala —una interpretación diabólica y una interpretación benigna—. Aquellos que deseen encontrar una interpretación cristiana en sus símbolos pueden remitirse a un gran número de justificaciones en la extensa

bibliografía sobre el tema. Aquellos que, por su parte, deseen ver en la masonería una forma de deísmo —construida por todas las religiones y creencias— también lo pueden hacer fácilmente».

Webster, una de las primeras investigadoras sobre la francmasonería, escribía, en 1924, que «La verdad es que la francmasonería, en un sentido genérico, es simplemente un sistema para vincular a las personas para un fin determinado, ya que es obvio que las alegorías y los símbolos, como la x y la y del Álgebra, se pueden interpretar de cien maneras diferentes».

Así, los autores masónicos revelan que la orden no existe sin un pensamiento metafísico, es más, está dedicada a la comprensión divina. «Libres de las limitaciones de credos y confesiones, los masones aparecen como los maestros de toda fe existente. La francmasonería... no es un credo o una doctrina, sino una expresión universal de la Sabiduría Divina... revelándose a sí misma a través de una secreta jerarquía de mentes iluminadas» escribió Manly P. Hall.

Hall vio la francmasonería como «una universidad a escala planetaria que enseña las ciencias y las artes liberales del alma a todos aquellos que escuchen sus palabras». El autor dice que las tradiciones de cientos de religiones y el conocimiento de miles de años engendró la filosofía masónica.

Wilmshurst afirma claramente que la masonería «es un sistema de filosofía religiosa que nos proporciona una doctrina del universo y de nuestro lugar en él».

A juzgar por sus escritos de la década de 1920, Wilmshurst parecía más un New Age consumado. Hablaba de «energía positiva», de reencarnación o regeneración del espíritu, y del «aura» de las personas, mediante la cual explicaba los diversos colores de la túnica de José. «Así como nuestra organización tiene sus asambleas superiores y concilios... en el enorme sistema de la estructura universal existen grados de vida superior, jerarquías de seres celestiales trabajando y ayudando... más allá de nuestra comprensión».

Después de establecer con todo esto, Wilmshurst afirma que los «secretos» de la francmasonería tratan de la introspección del alma humana, pero que «más allá de esta breve referencia al tema,

es imprudente decir más aquí». Obviamente, todos los secretos masónicos no están al alcance de todo el público, a pesar de la extensa bibliografía.

Se puede ver fácilmente por qué autores como Still, Epperson, Webster y otros vieron en la francmasonería un intento insidioso de subvertir el cristianismo. Los ritos iniciáticos de la masonería aún afirman que «proporcionan un sistema para realinear gradualmente y sutilmente las creencias religiosas del hombre. De este modo, a un cristiano se le va animando lentamente a que se convierta en un deísta [alguien que no cree en la intervención sobrenatural de Dios en los asuntos del hombre]; un deísta se convierte en un ateo y un ateo en un satanista».

Por su parte, el periodista Still se queda en la afirmación de que los masones son satanistas. Afirma que el dios de la masonería es en realidad Lucifer y explica que la diferencia estriba en que «los luciferianos creen hacer el bien, mientras que los satanistas saben que son malvados».

Epperson está de acuerdo con esta interpretación luciferista al escribir que «el secreto de la Orden Masónica es que Lucifer es un verdadero dios». Y cita al Maestro Masón Pike: «Debes repetirlo en los grados 32, 31 y 30, la religión masónica debería ser mantenida por todos nosotros, los iniciados de mayor grado, en la pureza de la doctrina luciferiana».

Wilmshurst, con el típico oscurantismo masónico explicó: «Para aclarar las posturas, la doctrina cristiana y masónica son idénticas en intenciones pero diferentes en método. Donde una dice "Via Crucis" [a través de la Cruz] la otra dice "Via Lucis" [a través de Lucifer]; aun así, las dos vías son la misma».

Esta creencia en dos dioses iguales pero separados proporciona un apoyo significativo para aquellos que conectan la francmasonería directamente con los cátaros de Francia y los primeros gnósticos, ambos exterminados sin piedad por la Iglesia Católica. Estas dos sectas se sabían dualistas, es decir, que creían en el poder igual del bien y del mal, la luz y la oscuridad.

Es ilustrativo señalar que, en la década de 1980, los fundamentalistas cristianos se enfadaron mucho al saber que la Lucis Trust, una organización neoyorquina, sin ánimo de lucro y «New

Age», relacionada con temas muy apreciados por las sociedades secretas, como la economía y el medio ambiente, había incorporado una editorial a la fundación con el nombre de Lucifer Publishing Company. La firma publicó los trabajos de Alice Bailey y Madame Blavatsky, ambos sobre Teosofía. Los responsables de la fundación explicaron: «Lucifer como aquí se utiliza significa "portador de la luz o lucero del alba" y no tiene conexión de ningún tipo con Satán como es creencia popular».

Contrariando la idea de que Pike y sus amigos masones eran simplemente devotos secretos de Satán, diversos escritores masones demostraron que existían relaciones mucho menos simples que la aducida. Incluso el autor anti-masónico Epperson demostró que Pike había llegado a cabo un análisis más profundo de la cuestión, citando el libro de Pike *Magnum Opus* en el que dice: «Todos hemos admitido que en la naturaleza se pueden encontrar dos dioses, uno haciendo el bien y el otro el mal. El más antiguo ha sido bautizado como "Dios" y el último como "Demonio". Los persas o Zoroastro llamaron Ormuzd al primero y Ahriman al segundo; del primero decían que era de la naturaleza de la luz y el segundo de la naturaleza de la oscuridad. Los egipcios llamaban al primero Osiris y al segundo Tifeo, su eterno enemigo».

El autor Still explicó que, para los luciferianos, Dios tiene una naturaleza dual —la cara bondadosa, Lucifer, y la cara malvada, Adonai; ambas con igual poder pero opuestas en intenciones. «Esta idea está expresada en el símbolo circular del yin y el yang de los budistas o en la cuadrícula blanca y negra que se aprecia en el suelo de las logias o edificios masónicos.»

El masón Pike escribió que Adonai, uno de los nombres bíblicos de Dios, era el rival de Osiris, el dios egipcio del sol, una figura destacada en la tradición masónica.

Algunos escritores antimasones vieron en los símbolos masónicos del antiguo Egipto una vuelta a la veneración del dios solar pagano. No obstante, Pike, en su libro *Morals and Dogma* intentó sólo para el núcleo interno de la masonería, dejar claro que la adoración del sol fue una adulteración de una creencia más antigua. «Miles de años atrás, el hombre rendía culto al sol... al

principio miraban más allá de la órbita [del sol en nuestro sistema solar], al Dios invisible... El culto al Sol [el Dios invisible] se convirtió en la base de todas las religiones de la antigüedad.»

Este secreto se aclara cuando un estudio más atento revela que este Gran Arquitecto del Universo es un supremo ser creador, mientras que, según Pike, «[Osiris] el Dios del Sol... no creó nada».

Los autores masones hacen una distinción entre el «sol» celestial y el «sol» dios, que, según dicen, es el portador de la luz. El regalo de la luz —la luz normalmente se interpreta como el conocimiento— es muy venerado en los rituales masónicos. Es interesante apuntar que los apelativos «Lucero del alba» y «el que trae la luz» fueron aplicados a Jesús en algunas ocasiones.

Por consiguiente, el secreto masónico, refleja la creencia de los antiguos gnósticos y cátaros, en concreto que sólo hay un solo Dios creador cósmico, al que la literatura masona se refiere como el Gran Arquitecto del Universo, pero en el que habría dos aspectos opuestos. Un aspecto oculto de esta creencia es la idea de que en el pasado lejano, la Tierra estaba habitada por «dioses» o los poderosos seres no humanos de la Biblia hebrea y de las aún más antiguas leyendas babilónicas y sumerias. Según varias tradiciones, eran esos «dioses» quienes llevaron la civilización y la ciencia al hombre.

El núcleo interno de la francmasonería que comprende tanto principios científicos como metafísicos, se sabe que veneraba los textos de los discípulos de Platón, llamados Hermes Trimegisto, sobre el dios griego Hermes. Los francmasones también reconocían las influencias del también filósofo griego Pitágoras, quien influyó enormemente a Platón, el ídolo de Cecil Rhodes y John Ruskin.

Tanto de Pitágoras, que aseguraba que la Tierra se movía alrededor del sol, como también de los escritos herméticos, se decía que utilizaban la «ciencia» secreta que sobrevivió al Diluvio de Noé. Hermes, deificado como Thot por los egipcios y del que se creía que tenía un conocimiento íntimo de las estrellas y los dioses, estableció el principio: «En el cielo como en la tierra». Esto indicaba un conocimiento de la unidad universal, comparada favorablemente con la teoría de los campos unificada de Albert

Einstein. «Desde la célula más pequeña hasta las galaxias de mayor envergadura, una ley geométrica reiterativa prevalece, y así fue comprendido desde el principio de los tiempos», explica el autor Laurence Gardner.

Wilmshurst dijo que la persona que busca «la cima de la fe masónica» será «consciente de ser la medida del universo; entenderá que la tierra, los cielos y todo su contenido son externalizaciones, imágenes proyectadas de las imágenes correspondientes precedentes de su interior».

La alquimia fue conocida como la «ciencia Hermética» y la francmasonería tiene asimismo una rama hermética y unos ritos herméticos. Fueron los egipcios quienes transmitieron la práctica mística y mágica de la alquimia. «Era más que una ciencia» explican Picknett y Prince. «La práctica abarcaba una fina red de actividades entrelazadas y modos de pensamiento, desde la magia a la química, de la filosofía y el hermetismo hasta la geometría sagrada y la cosmología. También tiene que ver con lo que la gente llama ingeniería genética y los métodos para atrasar los efectos del envejecimiento y los intentos de alcanzar la inmortalidad física.»

«No puede haber ninguna duda de que en algunos de los llamados Altos Grados [de la Masonería] hay una presencia palpable de elementos herméticos. Esto no se puede negar», escribió el historiador masónico Mackey. La tradición hermética fue recogida por una sociedad secreta francmasónica, los rosacruces.

Los rosacruces

Algunos investigadores creen que la francmasonería surgió de las tradiciones más antigua de la mística de los rosacruces, una hermandad secreta cuyos conocimientos se decía llegaban hasta la antigüedad.

Los documentos disponibles en Francia afirman que la Orden de la Rosacruz fue fundada en 1188 por un templario premasónico llamado Jean de Gisors, vasallo del rey Enrique II y el primer Gran Maestre independiente de la Orden de Sión.

Algunos recientes escritores creen sin embargo que los rosacruces y la francmasonería eran dos filosofías separadas que sólo se fusionaron con la influencia de los Illuminati a finales del siglo XVIII.

Sea como sea, el hecho seguía siendo, como reconocía Mackey, que «un elemento rosacruz fue difundido ampliamente en los *Hautes Grades* o Altos Grados de la francmasonería procedentes del continente europeo a mediados del siglo XVIII».

Aunque los rosacruces afirmaban que sus orígenes se remontaban al antiguo Egipto e incluso más atrás, el nombre empezó a oírse entre el 1614 y el 1615, con la publicación de dos tratados. Uno, titulado *Fama Fraternitatis Rosae Crusis* (Fama de la Fraternidad de la Orden Rosacruz), se cree que fue escrito por Christian Rosencreutz (que se traduce literalmente como Rosa Cruz) y en él narra sus viajes por Tierra Sagrada y el área mediterránea donde aprendió el conocimiento místico oriental. Después de estudiar con los Illuminati españoles, los Alumbrados, Rosencreutz regresó a Alemania, donde fundó la Orden Rosacruz.

El nombre ha sido interpretado de varias formas: como un juego con el nombre Rosencreutz; como derivado del latín *ros* (roció) y *cru* (cruz); como un símbolo químico para «luz» —de ahí conocimiento; o como una referencia al escudo en las armaduras de los Caballeros Templarios (la cruz ensangrentada de Cristo). El conde Mirabeau, el líder francmasón de la Revolución Francesa, afirmó que los rosacruces no eran más que los Caballeros Templarios proscritos bajo otro nombre.

Los tratados ficticios, llamados *Manifiestos de los Rosacruces* revelan la existencia de esta hermandad secreta y prometen una era venidera de progreso junto con la revelación de los antiguos misterios. Seguramente fueron escritos por Johann Valentin Andrea, un clérigo luterano alemán que viajó por toda Europa antes de ser consejero espiritual del duque de Brunswick, el presidente de la Convención Francmasónica de Wilhelmsbad y líder francmasón relacionado con William de Hesse y los Rothschild.

Según Mackey, Andrea inventó los tratados en un esfuerzo por relanzar una sociedad mediante la cual «la condición de sus

miembros podía ser mejorada y la teología agotada de la Iglesia convertirse en sistema humanizado más vivo y activo».

Una tercera publicación rosacruz, la fantástica *Chemische Hochzeit* o *El enlace químico*, escrita por Christian Rosencreutz estaba tan llena de referencias simbólicas a los Caballeros Templarios proscritos que la Iglesia Católica la condenó junto con los *Manifiestos Rosacruz*. Una primera sociedad rosacruz alemana llamada la Orden de la Cruz Rosa y Oro se convirtió en la base de la Loggia de la Estricta Observancia francmasóna que unos años más tarde ocultaría a los Illuminati.

La iglesia veía a los rosacruces como unos satanistas y los acusó de llegar a pactos con el demonio y sacrificar a niños. Otros los veían como progenitores de las investigaciones científicas actuales así como protectores de los antiguos secretos.

Rosacruces relevantes fueron Dante Alighieri (el autor de *La divina comedia*), el doctor John Dee (científico y agente «007» de la reina Isabel I) y sir Francis Bacon, cuyos escritos inspiraron la colonización de América. Aunque Leonardo da Vinci era anterior a la orden, los autores Picknett y Prince han hallado ideales de los rosacruces en el pensamiento y obra de este autor, que afirman que creó la famosa Sábana Santa de Turín mediante una técnica fotográfica de entonces y utilizando su propio semblante como modelo.

Muchos investigadores atribuyen al movimiento rosacruz la fuerza motriz del enfrentamiento entre el racionalismo de la ciencia y el dogma de la Iglesia que acabó en la disolución del Sacro Imperio Romano, la creación del Protestantismo y la posterior Iglesia Anglicana, así como el Renacimiento. Según Picknett y Prince, «Es casi una exageración decir que el rosacrucismo *era* el Renacimiento». (Las cursivas de énfasis en el original).

Gardner añadía: «Después de la Reforma protestante, la Orden Rosacruz fue responsable, en gran medida, del despertar de un nuevo espiritualismo. La gente descubrió que la historia apostólica de los obispos romanos había saboteado deliberadamente el mensaje de Jesús. También quedó claro, que los rosacruces —como los cátaros y los templarios antes que ellos— tenían acceso al antiguo conocimiento, lo que dio más entidad a sus ideas que a todo lo que se promulgaba desde Roma».

Pero la ascensión de las órdenes protestantes hizo poco por apaciguar la violencia enfocada hacia toda persona que se apartara de la norma establecida. Gardner dice con ironía que «los científicos, astrónomos, matemáticos, navegantes y arquitectos rosacruces fueron víctimas de la perniciosa clase dirigente protestante. El clérigo anglicano les llamaba paganos, ocultistas y hereéticos, igual que antes lo había hecho la Iglesia Romana».

Así, los racionales humanistas de la Orden Rosacruz se vieron obligados a vivir ocultos debido a la actitud de la Iglesia. En la época de la formación de la Gran Logia Madre de la Masonería, en 1717, los líderes rosacruces Christopher Wren y Elias Ashmole habían establecido firmemente las bases rosacruceanas de la Masonería Especulativa en el seno de la orden. Fue el conocido rosacruz Ashmole, según Webster, quien redactó los tres grados masónicos básicos existentes adoptados por la Gran Logia. El autor masón del siglo XIX J. M. Ragon asegura que los rosacruces y los francmasones se fusionaron durante esa época, incluso se reunían en la misma sala del Mason's Hall en Londres.

«Después de 1750... una vez quedó clara la distinción entre masones, rosacruces y las organizaciones que afirmaban tener orígenes templarios, de repente todos esos grupos se entrelazaron íntimamente hasta parecer prácticamente el mismo», dicen Picknett y Prince.

Dos órdenes competidoras de los rosacruces aún están en activo actualmente en los Estados Unidos. Las dos afirman proteger los secretos heredados del Antiguo Egipto y las dos son objeto del escarnio y la mofa de los fundamentalistas religiosos.

Las publicaciones sobre los rosacruces demuestran conocimientos que van más allá de la época de sus fundadores. El autor Gardner dijo de manera expresiva que la filosofía rosacruz podía seguirse desde Platón y Pitágoras hasta la Escuela de Misterio Egipcia del faraón Tuthmosis III, unos 1.500 años antes de Cristo. Esta conexión concuerda con los hallazgos de Webster, quien escribió que «los rosacruces eran una combinación de la antigua tradición secreta heredada de los patriarcas a través de los filósofos griegos, y de la primera Cábala de los judíos».

Comentario

Como en las guerras y en los conflictos del siglo XX, las pistas sobre las agitaciones y manipulaciones promovidas por las sociedades secretas se pueden encontrar en las primeras rebeliones y revoluciones, incluidas la guerra civil americana y las Revoluciones Francesa y Americana.

En el caso particular del conflicto estadounidense, parece claro que los agentes europeos incitaron al norte y al sur. Esa agitación halló un terreno fértil en los fanáticos del país, como John Wilkes Booth, un miembro del grupo secreto de los Caballeros del Círculo Dorado.

Los banqueros y prestamistas europeos, encabezados por los omnipresentes Rothschild, financiaron los dos bandos. La guerra civil fue, en esencia, una lucha por el control entre los banqueros europeos y Abraham Lincoln —el único hombre que parecía entender las fuerzas que estaban en juego.

Una vez estalló el conflicto, Gran Bretaña y Francia concentraron sus tropas en Canadá y México, a la espera de una oportunidad inmejorable para aprovecharse de la situación. Sólo la Proclamación de la Emancipación del presidente Lincoln aboliendo la esclavitud, como el caso célebre del conflicto y la tácita intervención de la armada rusa, evitó que este plan de disolver los Estados Unidos llegara a buen puerto.

Eso fue un revés para las sociedades secretas europeas, que habían conseguido destruir la Iglesia y la monarquía en Francia con éxito entre 1789 y 1799. Los miembros de las sociedades instigaron la Revolución en ese país, y el consiguiente Reinado del Terror, mediante la agitación de las sociedades jacobinas y utilizando luego a agentes a sueldo para que llevara las multitudes contra la Bastilla y las casas de los aristócratas.

El papel de la francmasonería, y particularmente de los nuevos «Illuminati», fue flagrante en la tragedia francesa. Algunas publicaciones masónicas admitieron con orgullo su implicación. Muchos masones, incluido el presidente Thomas Jefferson, apo-

yaban la Revolución Francesa así como las primeras rebeliones en el joven país estadounidense.

Hay asimismo documentación que involucra a la francmasonería con la Revolución Americana, con muchos colonos reclutados en el «frente de las logias» antes del cisma con Gran Bretaña. También pudo ser la naturaleza fratricida de la revuelta lo que evitara que la fuerza infinitamente superior del ejército británico llevara adelante una guerra contra la chusma rebelde de la colonia, garantizando de este modo el éxito en la rebelión.

La francmasonería, que se consumó como una poderosa fuerza después de la revolución, sufrió un serio revés a raíz del secuestro del capitán William Morgan, en 1826. Las sospechas azuzadas por el Movimiento Antimasón, causaron la pérdida de miembros y prestigio en la orden durante muchos años.

Eso también pudo deberse a que la historia documentada de los Illuminati italianos dejaba claro que había sociedades secretas empeñadas en subvertir todos los gobiernos y religiones. Pese a las leyes contra esta orden, los miembros Illuminati lograron ocultarse entre las filas de la francmasonería. Sus ideales siguieron adelante a través de las Mesas Redondas de Cecil Rhodes, respaldadas por el poder de la Logia de Frankfurt, que estaba bajo el control de la Casa Real de Hesse, los Rothschild y sus asociados.

El conde de Saint-Germain y otros «magos», llevaron el conocimiento antiguo de Oriente al corazón de la francmasonería. Este conocimiento tenía que ver con tradiciones secretas relacionadas con datos bíblicos de la vida de Jesús así como con los orígenes y los propósitos de la raza humana, buena parte de ello en total contradicción con los dogmas propagados por la Iglesia en ese tiempo. De hecho, muchos críticos de la francmasonería, antes y ahora, acusaron a la orden de ser anticristiana si no por completo satanista. Esas acusaciones han provocado por parte de la orden un secretismo extremo, ya que los disidentes de la Iglesia siempre han estado sujetos a la censura de la comunidad e, incluso, han sido objeto de violencia física.

El secretismo siguió como lugar común dentro de las sociedades hasta finales del siglo XX, cuando se descubrió que miem-

bros de la logia *Propaganda Due* italiana estaban fomentando una conspiración en la que estaban implicados el Vaticano, algunos grandes bancos, la Mafia y la CIA.

Los secretos de la francmasonería deben de ser lo bastante profundos y convincentes como para haber hecho que sus miembros perseveren en su esfuerzo por protegerlos y propagarlos contra la censura y la opresión oficial y clerical. Está suficientemente claro que este conocimiento, transmitido a través de las alegorías y símbolos rituales, preceden al Antiguo Egipto.

Es sumamente significativo que tantas creencias esotéricas se remonten hasta Egipto y, específicamente, a las antiguas culturas de Persia.

Pero cualquier discusión en lo concerniente a las filosofías, magia y religión se ve inmersa en seguida en una maraña de definiciones, interpretaciones y creencias personales. El hecho incontestable es que hay connotaciones prehistóricas significantes tanto en las doctrinas de la francmasonería como en las de los rosacruces. Deberían ser estudiadas más atentamente en conexión con los Antiguos Misterios.

Sin embargo, primero había que averiguar cómo los diferentes hilos de ese antiguo conocimiento llegaron a la francmasonería. Una fuente importante de esos antiguos secretos parece ser un grupo de caballeros medievales: los legendarios Caballeros Templarios.

CUARTA PARTE

Las sociedades secretas antiguas

El conocimiento por parte de los templarios de la temprana historia del cristianismo, fue sin lugar a dudas una de las razones principales de su persecución y de su aniquilación final.

El filósofo masón Manly P. Hall

En la Alta Edad Media, tras el colapso del Imperio Romano, una religión afianzó su absoluta supremacía en el mundo occidental: el cristianismo. Aunque en apariencia se basaba en las enseñanzas de Jesucristo, los estudiosos de hoy pueden rastrear los orígenes del cristianismo desde las ideologías de la antigua Grecia, Egipto y Babilonia hasta las culturas más antiguas de Sumer.

El descubrimiento en años recientes de escritos perdidos que datan de fechas anteriores a la época de Jesucristo, ha proporcionado una información muy necesaria para llenar las lagunas de conocimiento respecto al hombre y su historia.

Desde el tiempo del poder secular de la Iglesia Romana, Católica y «universal», que emergió durante el Medioevo, se han sostenido reñidos debates en torno a las creencias cristianas y la teología debido a la ausencia de informes de primera mano de Jesús.

Hasta la caída de Constantinopla en 1543, la Iglesia Romana se arrogó la autoridad suprema en el mundo occidental. Mediante dinero y bendiciones el Vaticano dominó a reyes y reinas, al tiempo que controlaba las vidas de los ciudadanos de a pie sirviéndose del temor a la excomunión y a la infame Inquisición.

Desde el sector eclesiástico, se exhortó a los mejores y más brillantes hombres de Europa a combatir por Dios y el país, y la Europa cristiana se lanzó a las cruzadas en contra de los musulmanes que tenían bajo su poder la Tierra Sagrada de Oriente Medio. La Iglesia se fue haciendo cada vez más centralizada y poderosa.

Algunos de esos hombres, sobre todo en el sur de Francia, donde estaban familiarizados con ciertas leyendas respecto a María Magdalena y su estirpe, estaban en posesión de tradiciones secretas que contradecían las enseñanzas de la Iglesia. Las cruzadas ofrecían una justificación inmejorable para recuperar Tierra Sagrada y buscar una verificación de dichas tradiciones.

Algunos investigadores sugieren incluso que las cruzadas podrían haber sido alentadas para ir a la búsqueda de conocimiento oculto. Según el escritor francés Gérard de Sède, Pedro el Ermitaño —que tradicionalmente se considera una influencia decisiva, junto con san Bernardo de Claraval, en la organización de la Primera Cruzada— fue tutor personal del líder de esa cruzada, Godofredo de Bouillon, un hombre más tarde relacionado con los Caballeros Templarios.

Una vez en Tierra Santa, al parecer, los cruzados verificaron debidamente algunas de las ideas heréticas sobre las que se asentaban las tradiciones más antiguas, principalmente aquellas que circulaban por el sur de Francia y contradecían las enseñanzas de la Iglesia. Fue ese conflicto lo que originó la creación de sociedades que se servían del hermetismo como protección contra la Iglesia Romana la cual, a su vez, comenzó a imponer su teología establecida con medios cada vez más violentos.

Según recientes informes, al menos un grupo de cruzados trajeron consigo algo más que rumores de herejía; regresaron repetidamente a Europa con pruebas concluyentes de errores y duplicidades en el dogma de la Iglesia. Con el tiempo, este grupo de cruzados ha sido conocido como un grupo de herejes y blasfemos, y la Iglesia intentó exterminarlos. Se trataba de los Caballeros Templarios, cuyas tradiciones han perdurado hasta hoy en día dentro de la francmasonería.

Los Caballeros Templarios

En 1118 se formó una orden medieval de carácter religioso-militar, cuya denominación oficial era Orden de los Pobres Caballeros de Cristo y del Templo de Salomón, cuando nueve cruzados franceses se presentaron ante el rey Balduino de Jerusalén con el propósito de obtener permiso para proteger a los peregrinos que visitaban Tierra Santa. Asimismo, le pidieron que les dejara establecerse en las ruinas del templo de Salomón.

Las peticiones fueron concedidas y la orden pasó a conocerse como los Caballeros del Temple, o Caballeros Templarios.

Se ha prestado escasa atención a los caballeros en los libros de historia tradicionales y, las más de las veces, su papel en el desarrollo de los acontecimientos ha sido relegado a notas a pie de página. Se sabe que la orden floreció, y se convirtió en extraordinariamente rica y poderosa, hasta que en el año 1307 fueron aplastados por un envidioso rey francés y un papa temeroso de sus secretos.

Como a menudo ocurre en la Historia, existieron más elementos que los que se dieron a conocer al público en general. Con la destrucción de los templarios, la Iglesia intentó hacer desaparecer todo resto de la orden y de sus secretos, que implicaban los misterios más íntimos del cristianismo; asuntos tan peligrosos que los templarios tenían que ser destruidos por la misma Iglesia de la que procedían.

Hasta hace poco, la mayor parte de lo que se conocía acerca de los orígenes de los templarios era gracias a las aportaciones del historiador Guillermo de Tiro, que escribió sólo cincuenta años después de que se produjeran los acontecimientos, pero sus informes son incompletos, carecen de detalles y tal vez incluso sean erróneos en algunos casos. Hoy, gracias al esfuerzo de un buen número de expertos, el registro es más completo y la contribución de los templarios está siendo reconsiderada.

En aquel entonces, todo Oriente Medio estaba alborotado. En 1099 los caballeros de la Primera Cruzada, al mando de

Godofredo de Bouillon, reconquistaron la ciudad sagrada de Jerusalén, que se encontraba bajo dominio de los musulmanes, y crearon un reino cristiano con ese nombre. Pero el país distaba mucho de ser pacífico y el viaje desde los puertos orientales del Mediterráneo hasta la Ciudad Santa acarrea infinitud de peligros.

Ése fue el motivo que empujó a los nueve caballeros a solicitar al rey de Jerusalén, Balduino, que les permitiera formar una orden militar y alojarse en el ala este de su palacio, aledaño a la mezquita recientemente requisada, Al-Aqsa, el emplazamiento original del templo del rey Salomón. Además de concederles lo que pedían, Balduino les ofreció incluso un pequeño estipendio. Otros investigadores barajan la posibilidad de que la misión fuera un encargo directo de Balduino.

Esos caballeros estaban liderados por Hugo de Payens —un noble que servía a su primo, Hugo, conde de Champaña— y André de Montbard, tío de Bernardo de Claraval, más tarde conocido como el cisterciense san Bernardo. Montbard también era vasallo del conde de Champaña. Al menos dos de los caballeros fundadores, Rosal y Gondemare, eran monjes cistercienses antes de su partida para Jerusalén. De hecho, todo el grupo estaba íntimamente relacionado por lazos de parentesco u otros vínculos con los monjes cistercienses y la monarquía flamenca.

«Hugo de Payens y sus compañeros eran de Champaña o del Languedoc, incluido el conde de Provenza, y parece bastante claro que acudieron a los Santos Lugares con una misión concreta»¹, escriben Picknett y Prince. Provenza es una región situada junto al Languedoc, y comprende la ciudad de Marsella, el lugar de Europa adonde, por lo visto, María Magdalena llegó tras la crucifixión de Jesucristo.

Se conserva una carta del obispo de Chartres al conde de Champaña datada en 1114, en la que le felicita por su propósito de unirse a la *Milice du Christ* (Soldados de Cristo), un modelo que siguieron los caballeros templarios. Por otra parte, Graham Hancock escribió que había podido verificar que Payens y Champaña habían viajado juntos a Tierra Santa en 1104 y que regre-

saron a Francia también juntos en 1113, lo que probaría que los planes de establecer una orden de ese tipo se habrían sometido a la aprobación del rey Balduino varios años antes.

Resulta irónico que, algún tiempo después, el propio conde de Champaña se uniera a los templarios, lo que le llevó a convertirse en vasallo de su vasallo. Una explicación para este extraño suceso —y un punto significativo con respecto a la orden misma— fue que su juramento de lealtad no lo hizo al rey ni a su Gran Maestre sino a su benefactor religioso, Bernardo, abad de Claraval, quien, a medida que se iba haciendo más importante, continuó apoyando al grupo. Fue canonizado en 1174.

Durante los nueve primeros años de su existencia, esta orden no oficial no reclutó a ningún miembro, una circunstancia extraña teniendo en cuenta que se trataba de un pequeño grupo que reivindicaba proteger las calzadas de Jerusalén. Además, la protección a los peregrinos ya la brindaba otra orden, los Caballeros del Hospitalarios de San Juan de Jerusalén.

Es absurdo pensar que sólo nueve caballeros pudieran patrullar de manera eficaz los caminos que llevaban a Jerusalén. Huelga decir que los templarios tuvieron otros motivos para viajar a Tierra Santa. Se esforzaron el mínimo para custodiar las vías, dejando que fueran los hospitalarios los que velaran por otorgar esa protección. En cambio, los templarios, permanecieron en las inmediaciones de su morada, llevando a cabo concienzudas excavaciones en busca de algún tesoro bajo las ruinas del que fuera el primer templo hebreo permanente.

La primera piedra del Templo de Salomón se colocó por primera vez hace tres mil años y fue, de hecho, un proyecto concebido por el padre de Salomón, el bíblico rey David. El rey Salomón construyó el templo sobre el monte Moria en Jerusalén.

Antes de que se construyera ese templo, el templo hebreo que había albergado a Yahvé, desde el éxodo de Egipto, era una simple tienda. La tradición cuenta que ese lugar de culto portátil cobijaba el Arca de la Alianza, que se decía que era el medio de comunicación con Dios. El nombre hebreo para designar al templo era *hekal*, que derivaba de un término sumerio que signifi-

caba «Gran Casa». De hecho, algunos expertos han afirmado que el Templo de Salomón era «casi idéntico al templo sumerio erigido para el dios Ninurta mil años antes».

El Templo de Salomón fue destruido durante la conquista de Babilonia, aproximadamente hacia el 586 a. C. Luego fue reconstruido por el rey Zorobabel después de que los judíos volvieran de su cautividad. Gran parte de su nuevo diseño se basó en una visión del profeta Ezequiel, que en el Antiguo Testamento describió sus experiencias con objetos voladores. En el tiempo de Jesucristo, el templo de Zorobabel fue restaurado en su casi totalidad para convertirse en el templo de Herodes el Grande. Fue destruido sólo cuatro años después que se hubiera acabado de construir, en el año 70 d. C., durante la revuelta judía contra los romanos. Hoy, restos de los templos judíos están comprendidos dentro de la Mezquita de la Roca o Cúpula de la Roca, un santuario musulmán sólo superado por La Meca o La Medina.

No cabe duda de que las excavaciones de los Templarios fueron exhaustivas. En 1894, un equipo de Ingenieros Reales Británicos al mando del teniente Charles Wilson descubrió pruebas de la presencia de los templarios mientras dibujaban mapas de las bóvedas bajo el monte Moria. Encontraron pasillos abovedados con arcos de piedra angular, típicos de las obras templarias. Asimismo encontraron objetos como espuelas, fragmentos de una espada y de una lanza así como una pequeña cruz templaria, que todavía hoy se exhiben en Escocia.

Según varios informes, durante esas excavaciones los templarios se apoderaron de ciertos manuscritos de saber oculto, con toda seguridad acerca de la vida de Jesús y su relación con los esenios y los gnósticos. Según se dice, también obtuvieron las tablas de la Ley entregadas a Moisés así como otras reliquias sagradas —tal vez incluso la legendaria Arca de la Alianza y la lanza de Longino— todo lo cual podría haber sido utilizado para validar sus reivindicaciones como autoridad religiosa alternativa a la Iglesia Romana.

Ese supuesto fue respaldado por el descubrimiento de un documento grabado en cobre entre el conjunto de los Rollos del mar

Muerto hallados en Qumrán, en la orilla noroccidental del Mar Muerto en 1947. Ese «Rollo de Cobre», traducido a mediados de la década de 1950 en la Universidad de Manchester, no sólo menciona un vasto tesoro compuesto de oro y riquezas literarias sino que, además, describe su escondite: el emplazamiento donde se realizaron las excavaciones templarias bajo el templo de Salomón. Por lo visto, ése era uno de varios ejemplares, otro de los cuales pudo haber ido a parar a manos de los templarios. El «Rollo de Cobre», con su minuciosa indicación de dónde se ocultaban valiosos objetos judíos, resultó ser literalmente un mapa del tesoro.

El investigador Hancock cree que la búsqueda de los templarios fue exitosa sólo en parte. «Si los templarios hubieran encontrado el Arca, sin duda alguna la habrían llevado triunfantes de vuelta a Europa. Puesto que eso no sucedió, parece bastante fiable concluir que no la encontraron». Hancock especuló sobre si el arca hubiera sido transportada hace mucho tiempo a Etiopía, donde permanecería oculta.

Según Laurence Gardner, además de oro, los excavadores templarios también recuperaron «un sinfín de antiguos manuscritos en hebreo y en sirio... muchos de ellos anteriores a los evangelios, que proporcionaron relatos de primera mano que no han sido editados por ninguna autoridad eclesiástica.

»Es una creencia bastante generalizada que los caballeros poseían una revelación que eclipsaba al cristianismo ortodoxo; una revelación que les dio la seguridad de que la Iglesia había adulterado tanto el tema de la virginidad de María como de la Resurrección de Cristo.

Su recién adquirida riqueza tanto como la posesión de documentos perdidos explicaría la rápida aceptación de los templarios, por parte de la atemorizada cúpula eclesiástica. Según Knight y Lomas, «los templarios estaban claramente en posesión de los «cristianos» puros —¡aún más importantes que los evangelios sinópticos!». Con ese conocimiento, los líderes templarios, bien directa o bien implícitamente, debieron de intimidar enormemente a las iglesias oficiales, y ello les proporcionó un gran auge y poder.

La orden, que no había aceptado nuevos miembros durante casi una década y se había reclamado pobre incluso pese a que la mayoría de sus miembros pertenecían a la realeza o eran personas allegadas a la misma —su escudo original representaba a dos caballeros compartiendo un caballo— vio su fortuna repentinamente incrementada.

Sus líderes empezaron a viajar, reclutando miembros y ganándose la aceptación tanto de la Iglesia como de la monarquía europea.

El 31 de enero de 1128, el Gran Maestre templario, Payens, junto con Montbard viajó a Troyes, unos 100 km al sudeste de París para solicitar el reconocimiento oficial por parte de la Iglesia ante un concilio especialmente convocado a tal efecto. El Concilio de Troyes estuvo compuesto por arzobispos católicos, obispos y abades, entre ellos cabe mencionar al sobrino de Montbard, san Bernardo, por aquel entonces máxima autoridad de la poderosa orden cisterciense. Con el apoyo del rey Balduino, el concilio aprobó otorgar a los templarios la condición oficial de orden religioso-militar. En consecuencia, el papa Honorio II aprobó una «Reglas» o Estatuto para los Caballeros Templarios que autorizaba las donaciones a la orden.

Esa Regla fue elaborada por san Bernardo, y es una réplica de la estructura de su orden cisterciense. En cuanto a la vertiente religiosa de la orden, la Regla, entre otras cosas, ordenaba a todos los nuevos templarios hacer voto de castidad y de pobreza, lo que implicaba entregar todas sus propiedades a la orden. Por lo que respecta a su vertiente militar, los templarios tenían prohibido retirarse del combate salvo que el número de sus oponentes fuera tres veces mayor y su comandante aprobara una retirada.

La estructura de la orden fue precursora de la masonería. Cada sección local se llamó «temple» y su comandante prestaba un juramento de obediencia al Gran Maestre.

Dentro de los rangos había cuatro categorías: caballeros, sargentos, capellanes y siervos. Como posteriormente en la francmasonería, se ponía un gran énfasis en preservar los secretos, tanto del público en general como entre los mismos compañeros templarios. Picknett y Prince escribieron que, con la rígida estructura

de mando piramidal, «es probable que la mayoría de los Caballeros Templarios no fueran más que los simples soldados cristianos que aparentaban ser, pero con el círculo superior era diferente».

El poder y el prestigio de la orden aumentó con rapidez y en el momento más álgido de su popularidad contaba con alrededor de veinte mil caballeros. La característica vestimenta de los caballeros templarios, un manto blanco con una cruz latina de color rojo, era fácilmente reconocible cuando entraban en batalla. Su reputación podría rivalizar con élites de combate modernas como los marines de los Estados Unidos, las Fuerzas Especiales del Aire de Inglaterra o la temprana *Waffen S.S.* alemana.

«Payens y Montbard partieron hacia el oeste sin nada y regresaron con una Regla papal, dinero, objetos preciosos, tierras y, no menos de trescientos nobles reclutados para seguir al líder, Hugo de Payens, como Gran Maestre de una orden importante», apuntaron Knight y Lomas.

«A poco menos de un año del Concilio de Troyes, poseían tierras en Francia, Inglaterra, Escocia, España y Portugal», informan Baigent y Leigh. «En una década, sus posesiones se extenderían por Italia, Austria, Alemania, Hungría y Constantinopla. En 1131 el rey de Aragón les legó un tercio de sus dominios. A mediados del siglo XII, el Temple empezó a convertirse en la institución más acaudalada y poderosa de la cristiandad, con la única excepción del papado.»

Las contribuciones de la monarquía y la nobleza no se tradujeron sólo en dinero y tierras. Los miembros de la orden recibieron señorías, tierras, baronías, y castillos. El Gran Maestre Payens tenía muchas conexiones al más alto nivel. Estaba casado con Catherine de Saint-Clair, hija de una destacada familia escocesa que donó tierras al sur de Edimburgo, donde se construiría el primer centro de estudio templario o encomienda fuera de Tierra Santa.

San Bernardo —que tanto había apoyado a los templarios en Troyes— y su orden cisterciense también prosperaron. Según Baigent, Leigh y Lincoln, los cistercienses eran prácticamente insolventes antes de la constitución de los templarios, pero des-

pués experimentaron un crecimiento rápido y repentino. «En los pocos años siguientes se fundaron una media docena de abadías», dicen esos autores. «En 1153 había más de 300, de las cuales 69 fueron fundadas personalmente por san Bernardo. Ese crecimiento extraordinario fue totalmente paralelo al de la Orden del Temple.»

En 1139, el papa Inocencio II —un protegido de san Bernardo— decretó que, en lo sucesivo, los templarios no responderían ante nadie más que el papa. Esa licencia para operar fuera de cualquier control local significaba la exención de impuestos, lo que incrementó considerablemente la riqueza de la orden. Asimismo, el papa garantizó a los templarios el inusual derecho a construir sus propias iglesias. Según Baigent y Leigh, dentro de los enclaves templarios «los caballeros eran ley para sí mismos. Como cualquier otra iglesia, ofrecían derecho de santuario. Convocaban sus propios tribunales para instruir causas por delitos locales. Organizaban sus propios mercados y ferias, y estaban exentos de pagar peaje en carreteras, puentes y ríos».

Obviamente, fuera lo que fuese lo que los templarios desenterraran de debajo del templo de Salomón, les proporcionó poder y reconocimiento por parte de los líderes eclesiásticos y políticos.

Ese poder sólo hizo que aumentar después de 1129, cuando el rey Balduino II pidió ayuda a Payens y a los templarios para que lo ayudaran a atacar la ciudad musulmana de Damasco. Esa operación un tanto apresurada y poco meditada podía haber estado instigada por el conde Fulco V de Anjou. Fulco había llegado a Jerusalén cuando los templarios estaban a punto de finalizar sus excavaciones.

Fulco, prestó juramento de lealtad a la flamante orden, y contribuyó económicamente para que pudieran acabar sus trabajos. La recompensa a su generosidad llegó en 1128, cuando el rey francés Luis VI eligió a Fulco para que se casara con la hija de Balduino, Melisenda. Tras la muerte de Balduino, tras la fracasada conquista de Damasco, su yerno Fulco, el templario, se convirtió en rey de Jerusalén.

A su regreso a Tierra Santa, después de visitar diferentes par-

tes de Europa, Payens con sus trescientos caballeros, llegó acompañado de una gran muchedumbre de peregrinos. Entonces los templarios se unieron con las fuerzas cristianas en el ataque a Damasco.

Fue aquí donde los Caballeros Templarios tuvieron todavía una nueva oportunidad de conocer los secretos de Tierra Santa. Durante esa acción, los cristianos se convirtieron en aliados de una sociedad secreta islámica que también afirmaba detentar el antiguo conocimiento: los famosos Asesinos.

Los Asesinos

Los Asesinos, una secta islámica radical que desarrolló una estructura de mando dictatorial, que sería imitada luego por todas las sociedades secretas posteriores, tenía tan mala reputación que incluso hoy su verdadero nombre es sinónimo de terror y matanza repentina.

Al parecer, su nombre derivaba del de la droga del cannabis, el hachís (*hashish*), que los miembros de esa orden fumaban para prepararse para matar. Los sicarios de la secta, a quienes les enseñaron que el asesinato era un deber religioso, fueron conocidos como los «hashshasin», la palabra árabe que designa al fumador de hachís, que con el transcurso del tiempo se convirtió sencillamente en «asesino». Ése es el origen popular del nombre. No obstante, Daraul y otros autores han sugerido que podía ser el resultado de la palabra árabe «*Assassin*», que significa «guardianes de los secretos».

El fundador de los Asesinos, Hasan bin Sabah, fue compañero de clase del laureado poeta persa Omar Khayyám y Nizan al Mulk, que más tarde se convirtió en gran visir del sultán turco de Persia. Él tenía sus propios secretos que custodiar. Había obtenido conocimientos esotéricos gracias a sus privilegios reales. Después de que se viera envuelto en un escándalo de robo de dinero, Hasan se vio obligado a huir a Persia desde Egipto, donde más tarde fue adoctrinado en los antiguos secretos y en el conocimiento de la Cábala judía.

Mientras en Egipto, Hasan preparaba su plan para la formación de la secta de los Asesinos y podría haber estudiado la organización y las prácticas de la *Dar ul Hikmat* (Casa del conocimiento) o Gran Logia de El Cairo. Esa logia era un depósito de conocimiento antiguo y de sabiduría que se remontaba a los días de Adán, Noé, Abraham y Moisés. Según Webster, los miembros de esa logia perfeccionaron las técnicas empleadas siglos más tarde por Weishaupt para organizar los Illuminati. En esa logia practicaban también el culto de Roshaniya o los Iluminados, que se convirtieron en el terror de las autoridades afganas bajo el liderazgo de Bayezid Ansari en el siglo XVI.

Los Asesinos se creían descendientes del profeta Mahoma, lo que los diferenciaba de sectas islámicas como Hakim, Fátima, Batini y shíes. Hacia el 872 d. C. Abdullah ibn Maymun creó la secta de los Batini, que trazó el camino para el desarrollo de los Asesinos. Abdullah, un declarado materialista, fue instruido en el gnosticismo y se propuso abolir toda religión estructurada, incluidos los ismailíes, a los que él mismo pertenecía. Para conseguir ese fin, Abdullah se vio forzado a aparentar ser un devoto miembro de los ismailíes. Éstos se consideraban descendientes de Ismael, el hijo del patriarca hebreo Abraham y de su concubina Agar, un nuevo ejemplo de las historias entrelazadas entre los israelitas y sus vecinos del Oriente Medio.

Webster cita a un investigador temprano, Reinhart Doz, quien describió el programa de Abdullah como orientado a formar una vasta sociedad secreta, compuesta tanto por librepensadores como por fanáticos con el propósito de desacreditar y destruir la religión. Tras elaboradas iniciaciones, «se llegaría al misterio final, que revelaría que los imanes, las religiones y la moralidad no eran más que una impostura y un absurdo». También pretendía derrocar a los regímenes reinantes y tomar el poder él mismo, primero con subterfugios, después por la fuerza. Sin el menor aprecio por la gente, convencía a los crédulos con trucos de magia que hacía pasar por milagros, a los líderes religiosos con manifestaciones de pietismo y a los místicos con largas disertaciones sobre los antiguos misterios. A través de esa duplicidad, «una multitud de hombres de diversas

creencias trabajaban juntos por un objetivo conocido sólo por unos pocos».

Después de años de cismas dentro de los ismailíes, los seguidores de Abdullah y otros se unieron en «sociedades de sabiduría», que en 1004 desembocaron en la Gran Logia de El Cairo, donde los miembros se radicalizaron hasta convertirse en fanáticos. Fue en ese momento cuando cayó en manos de la secta de los drusos.

Al parecer, los drusos prosiguieron con los métodos tramposos de Abdullah, puesto que reivindicaban ser tanto musulmanes como cristianos al mismo tiempo. También emplearon signos de reconocimiento que todavía pueden encontrarse en la francmasonería del Gran Oriente. Como en todas las sociedades secretas, mientras que la mayoría de miembros eran por lo general fervientes devotos, los más altos estamentos tenían otras prioridades. Fue en la Gran Logia del Cairo dominada por el drusismo donde Hasan aprendió las técnicas que aplicó mediante su propia sociedad.

El culto al asesinato por parte de Hasan nació alrededor del año 1094 cuando él y algunos aliados persas tomaron la fortaleza de la montaña de Alamut en el mar Caspio, en Irán. Allí creó su propia secta shíi ismailí que se llegó a conocer como los Asesinos. A la vez que se proclamaba gran líder espiritual, Hasan forjó un culto a la personalidad centrado en su persona y basado en una violencia letal. Según Webster, «el objetivo final era la dominación de unos pocos hombres consumidos por la lujuria del poder al amparo de la religión y de la piedad, y el método establecido para ello era el asesinato en masa de los que se opusieran».

Los iniciados de mayor categoría eran instruidos en las enseñanzas secretas de los Asesinos, una de las cuales era «Nada es cierto y todo está permitido». Otro secreto era que sólo existe un Dios y que toda creación, incluida la humanidad, forma parte del universo global, un concepto en la línea de la teoría del campo unificado de Einstein, que continúa siendo estudiada muy en serio por los científicos modernos. Por último, el dogma de los Asesinos, «el fin justifica los medios», bien podía haber sido precedente de esa misma filosofía transmitida a los Illuminati.

El método de reclutamiento de Hasan es tan extraordinario que bien podría considerarse un mito. Según diversas fuentes, entre ellas los escritos de Marco Polo, Hasan habría encontrado y desarrollado un valle secreto que habría llenado de refinados palacios y hermosos jardines bien provistos de animales exóticos y hermosas mujeres. Los jóvenes locales entablarían relación con los forasteros en lugares de diversión. Despertarían de su estupor inducido por las drogas, y se verían rodeados por tanta belleza y lujuria que creerían que sólo podían estar en el paraíso prometido. Después de unos días de estar viviendo algo tan increíble, los reclutas serían drogados de nuevo y despertarían en su monótona realidad.

Tras unas pocas experiencias de este tipo, Hasan les exigiría la lealtad más absoluta con la promesa de llevarlos de regreso al «paraíso» permanentemente a cambio de su trabajo mortal. Hechizados por la promesa de ese cielo eterno, esos cabreros con el cerebro lavado demostraron ser valientes soldados, incluso hasta el punto de ofrecerse en sacrificio cuando hacía falta.

Hasan, que se llamó a sí mismo Gran Maestre o Sheik-al-Jabal, dirigió esta prematura empresa de asesinatos desde su fortaleza montañosa, ganándose el apelativo de «Viejo de la Montaña», un nombre que infundía terror en el corazón de sus vecinos.

El poder de los Asesinos fue en aumento hasta que, a mediados del siglo XII, el culto podía jactarse de tener una cadena de baluartes que se extendían hasta Persia e Irak. Su influencia puede haber alcanzado incluso a la secreta sociedad de los Thug, en la India, conocidos por utilizar signos de reconocimiento parecidos a los de los Asesinos.

Como Gran Maestre, Hasan creó un sistema de aprendices, compañeros de oficio y maestros que ha sido comparado con los posteriores grados masónicos. El historiador masón Mackey admitió que los Asesinos «cuya relación con los templarios, demostrada históricamente, pudo haber influido en la estructura de la Orden o, al menos, sugiriéndole algunos de sus dogmas esotéricos y ceremonias».

Daraul recoge la cita de un orientalista llamado Syed Ameer Ali que dice así: «De los ismailíes, los cruzados tomaron prestada

la concepción que les condujo a la fundación de todas las sociedades secretas, religiosas y seculares, de Europa... En especial, los Caballeros Templarios, con su sistema de grandes maestrías, grandes prioratos y de devotos religiosos, junto a sus grados de iniciación, que muestran una ostensible analogía con los orientales ismailíes».

Varias fuentes relacionan a los templarios con los Asesinos en operaciones conjuntas durante las cruzadas, entre ellas, el ataque a Damasco en 1129 liderado por el rey Balduino de Jerusalén. Un autor del siglo XVIII se lamentaba de que los templarios «se aliaran con ese horrible y sanguinario príncipe llamado «el Viejo de la Montaña, príncipe de los Asesinos».

«Quienes crean que los Asesinos eran musulmanes fanáticos y que, por lo tanto, no se aliarían con los que ellos consideraban infieles, deberían recordar que, para los seguidores del Viejo de la Montaña sólo él estaba en posesión de la verdad, y que los sarracenos que estaban librando la guerra santa por Alá en contra de los cruzados eran tan malvados como cualquier otro que no aceptara la doctrina de los Asesinos», comenta Daraul.

Algún tiempo antes del ataque contra Damasco, Balduino firmó un acuerdo con los Asesinos, que contaba con muchos miembros dentro de los confines de la ciudad. Con la ayuda de su Quinta Columna, la ciudad sería tomada. Los Asesinos habían prometido su ayuda a cambio de la ciudad de Tiro. Sin embargo, la conjura fue descubierta y todos los Asesinos de Damasco fueron acorralados y linchados por sus habitantes.

Alentado por el regreso desde Europa del Gran Maestre Payens y sus templarios, Balduino decidió llevar a cabo un ataque frontal total sobre la ciudad, pero fue repelido, lo que se tradujo en grandes pérdidas.

Esa batalla, junto con otras operaciones posteriores conjuntas, pudo haber proporcionado la oportunidad tanto a templarios y a Asesinos de compartir conocimientos esotéricos antiguos así como inteligencia militar importante, puesto que hay constancia de que los Asesinos estaban profundamente infiltrados en la jerarquía musulmana.

«Los templarios firmaron en varias ocasiones acuerdos amis-

tosos y tratados con los Asesinos», confirma Mackey, «por tanto, podemos ver factible que en esos períodos, cuando la guerra no estaba en su apogeo, existiera un intercambio mutuo de cortesías, visitas o conferencias».

La naturaleza homicida de los Asesinos resultó ser su perdición. Hasan, el Viejo de la Montaña, fue asesinado por su hijo, Mohammed, quien a su vez fue envenenado por su hijo, que había sabido que Mohammed planeaba asesinarlo también a él. En 1250, las hordas invasoras de los mongoles capturaron el último baluarte de los Asesinos, eliminando la orden de raíz. No obstante, según varios investigadores, algunos reductos de Asesinos continúan existiendo hoy en día en Oriente Medio.

Hay que señalar que, entre los combativos templarios y Asesinos, había sólo ligeras diferencias. Ambos grupos estaban llenos de hombres brutales, ignorantes y sedientos de sangre, que acataban ciegamente lo que se les ordenaba. Sólo sus líderes conocían las verdades subyacentes de su orden.

Toda la rudeza que los caballeros rasos debían de tener, lo tenían de inteligencia los líderes templarios, quienes rápidamente edificaron una de las más poderosas organizaciones no gubernamentales jamás vista antes. Payens murió en 1136 y le sucedió como Gran Maestre lord Robert, yerno del arzobispo de Canterbury, otra prueba de la naturaleza aristocrática de la jerarquía templaria.

En el siglo XIII, los templarios poseían cerca de nueve mil castillos y fincas a lo largo y ancho de Europa, de los que, como orden religiosa, estaban exentos de pagar impuestos. Invertían sobre todo en la compra de edificios y fincas. Poseían más de cinco mil propiedades sólo en Inglaterra y Gales. Su imperio abarcaba desde Dinamarca a Palestina. «Si su objetivo final era la hegemonía mundial, no podían haberse organizado mejor o planear su aristocrática jerarquía más meticulosamente», comenta Daraul.

Utilizaron las rentas públicas de sus propiedades para construir una flota enorme de barcos y establecer un vasto sistema bancario. La idea de utilizar dinero para producir más dinero estaba a punto de ponerse en marcha.

Los banqueros y constructores templarios

Aunque la historia convencional hace derivar el desarrollo de la banca moderna de los primeros judíos y de las instituciones de préstamo italianas, fueron los caballeros templarios quienes antecedieron a los Rothschild y a los Medici.

«Fueron los pioneros del concepto de crédito, así como del préstamo específico para el desarrollo y la expansión comercial. De hecho, llevaron a cabo prácticamente todas las funciones de un banco mercantil del siglo XX», escribieron Baigent y Leigh, añadiendo: «En la cima de su poder, los templarios controlaron mucho, si no la mayor parte, del capital disponible en la Europa occidental».

Los cristianos tenían prohibida la práctica de la usura, que entonces significaba gravar cualquier préstamo con intereses, pero los templarios se las arreglaron para evitar esa restricción, probablemente enfatizando más los aspectos militares de su orden que los religiosos. En algún caso, los viejos documentos revelan que los templarios cargaron hasta el 60 % de interés anual, una tarifa mucho mayor que los prestamistas de hoy en día.

En una práctica que continúan hoy los bancos suizos, los templarios mantenían fondos fiduciarios privados a largo plazo, accesibles sólo para los propietarios de la cuenta.

Asimismo se puede asegurar que los templarios fueron los primeros introductores de la tarjeta de crédito y los cheques de viajes, al establecer la transferencia de fondos mediante documentos de pago, una técnica musulmana con toda probabilidad aprendida de los Asesinos y otros contactos en Oriente Medio.

Los peregrinos, los mercaderes, los oficiales y los miembros del clero se enfrentaban a un sinfín de peligros y obstáculos al viajar por Europa y Tierra Santa. Eran presa de barqueros, cobradores de peajes, mesoneros e incluso de autoridades eclesiásticas que les exigían limosnas, por no mencionar a los ladrones y a los salteadores de caminos.

Como protección ante esas desgracias, los templarios desa-

rollaron un sistema según el cual el viajero podía depositar fondos para cubrir los gastos del viaje en la encomienda del Temple local, y recibir a cambio un recibo especial con un código. Ese recibo o vale servía como carta de crédito, y era reembolsable en cualquier otra encomienda del Temple. Al final de su viaje, el viajero recibiría o bien su resto de saldo favorable o bien una factura sobre la deuda generada. Era un sistema muy parecido al cheque bancario y a la tarjeta de crédito moderna.

«En Inglaterra, los templarios también actuaban como recaudadores de impuestos», indican Baigent y Leigh. «No sólo recaudaban impuestos papales, diezmos y donaciones sino que recaudaban impuestos y rentas para la corona —y por lo visto eran más temidos ejerciendo esa tarea que la Hacienda inglesa (o el sistema tributario norteamericano). En 1294, organizaron la conversión de vieja en moneda nueva. Con frecuencia actuaron como fideicomisarios de fondos o de propiedades bajo su custodia, como agentes de bolsa o cobradores de deudas. Mediaron en disputas que implicaban rentas, dotes, pensiones y una multitud de otras transacciones.»

Junto con esas prácticas bancarias, los templarios trasladaron a Europa sus conocimientos adquiridos sobre arquitectura, astronomía, matemáticas y técnicas médicas. Menos de un siglo después de la formación de la orden, los caballeros templarios habían evolucionado hacia el equivalente medieval de una multinacional de hoy en día.

No se contentaban simplemente con adquirir castillos y otras estructuras existentes, eran ávidos constructores, que edificaron inmensas plazas fortificadas, en especial en el sur de Francia y en Tierra Santa. Muchas fueron construidas en penínsulas o sobre las cumbres de las montañas, lo que las hacía prácticamente inexpugnables. Los templarios, que gozaban del privilegio de construir sus propias iglesias, se convirtieron en los primeros promotores de las grandes catedrales medievales de Europa.

Una de las obras más conocidas de los templarios es la famosa catedral de Chartres, situada en el sudoeste de París, a orillas del río Eure. Chartres fue levantada en el emplazamiento de un antiguo poblado druida y, de hecho, su nombre procede de una

de las tribus celtas, los carnutos. «Ya antes de Jesucristo era un lugar de peregrinación entre los paganos, dedicado a la diosa madre». ²

Finalizada en 1134, sólo treinta años después de que se iniciara su construcción, un tiempo extraordinariamente corto, se dice que la catedral de Chartres es el primer ejemplo arquitectónico de estilo gótico. Muchos creen que ese estilo nuevo fue llevado de Oriente Medio a Europa por los templarios, especialmente porque Chartres está inspirada en gran parte por el muy relacionado con los templarios san Bernado, que conferenciaba casi a diario con los constructores. Teniendo en cuenta la historia de los templarios, Hancock dice que «es muy verosímil que hubieran encontrado debajo del Templo de Salomón algún tipo de conocimiento antiguo relacionado con la ciencia arquitectónica que perfectamente podrían haber transmitido a san Bernardo a cambio de su apoyo».

Se cree que la palabra «gótico» deriva de las tribus germánicas de godos que invadieron el Imperio romano. No obstante, Gardner y otros sostienen que, al menos en lo que concierne a la arquitectura, el nombre puede proceder de la palabra griega *goetik*, que significa «algo mágico». Y, desde luego, los godos tienen poco que ver con la arquitectura mágica de un número sorprendente de catedrales construidas durante el siglo XII; poco después de que los templarios trajeran sus secretos a Europa.

Con anterioridad a esa época, los edificios europeos eran construcciones achaparradas, con paredes gruesas, construidos así por cuestiones defensivas y de conveniencia. Aquel cambio repentino, dejó a la gente asombrada ante aquellos altos techos abovedados, que parecían imposibles de construir, y los elevados contrafuertes de las nuevas catedrales. Arcos ojivales y bóvedas junto con magníficas vidrieras de colores fruto de las nuevas técnicas inspiradas por el conocimiento de los templarios de la geometría sagrada y las técnicas metalúrgicas.

Fueron los templarios quienes instigaron los primeros gremios de canteros. Según Picknett y Prince, los templarios «estaban detrás de la formación de los gremios de constructores, incluidos los de los canteros, que se convirtieron en miembros legos

de la Orden de Temple y contaron con todas sus ventajas, como la exención de impuestos».

Los vitrales de los ventanales de Chartres han suscitado muchos comentarios. «Nunca antes se había visto nada parecido y nunca ha sido visto después», comenta Gardner.³ «No sólo era que la luminosidad de las vidrieras fuera muy superior a cualquier otra, también eran mucho más efectivas aumentando la intensidad de la luz. A diferencia de las utilizadas por otros estilos arquitectónicos, las vidrieras góticas conseguían el mismo efecto independientemente de la luz en el exterior, «Incluso durante el crepúsculo, esas vidrieras seguían brillando. Las vidrieras góticas, son también las únicas que pueden transformar los dañinos rayos de luz ultravioletas en luz benéfica. Sin embargo, el secreto de su manufactura nunca ha sido revelado. (...) Ningún proceso moderno de análisis científico o análisis químico ha podido penetrar su misterio».⁴ Gardner señala también que uno de los que perfeccionaron ese tipo de vidrieras fue Omar Khayyám; otro hecho que vincula a los constructores templarios con el conocimiento oriental de los Asesinos.

Hancock apunta que el poder y la grandeza del templo Karnak de Egipto, la pirámide del emperador Zoser, y la Gran Pirámide, no tuvieron parangón hasta el tiempo de las catedrales templarias. Y añade que llegó a estar incluso más convencido de que había alguna relación entre los Antiguos Misterios y las catedrales, cuando recordó que san Bernardo, en una ocasión, definió a Dios como «longitud, amplitud, altura y profundidad», una clara evocación del conocimiento de Pitágoras, Platón y los antiguos egipcios.

Asimismo hay una evidencia física en la catedral de Chartres que refuerza la idea de que los templarios adquirieron conocimientos ocultos respecto a la historia de Jesús. En la puerta norte de Chartres, un relieve tallado en una pequeña columna representa el transporte del Arca de la Alianza en una plataforma con ruedas. Puesto que el Arca se encuentra en paradero desconocido desde la destrucción del templo judío, en el año 70 d. C., y que antes de ese momento todas las fuentes representaban el Arca transportada a mano, muchos investigadores creen que ese gra-

bado aporta pruebas de que los templarios encontraron el Arca y la transportaron a Europa. Esa talla queda definitivamente vinculada con el Arca por la inscripción latina que, justo debajo, reza así: «En este lugar, el Arca es amada y obedecida», aunque también podría significar «En este lugar, se oculta el Arca». En otra parte de la catedral de Chartres hay una escultura de piedra que se cree que representa a la Virgen María, y tiene una inscripción que dice *arcis foederis*, el Arca de la Alianza.

Si bien es cierto que varias tradiciones cristianas representan a la Virgen María como una Arca de la Alianza «viviente», por haber llevado a Jesús en su vientre, la escultura del Arca sobre una plataforma con ruedas indica claramente que esa escultura se está refiriendo al Arca tangible del Antiguo Testamento.

Todo lo que concierne a María y al Arca refuerza mucho la idea de que muchos hombres cultos de la Edad Media conocían una tradición que reivindicaba que, durante un tiempo, ambas habían residido en Europa.

El verdadero destino de la legendaria Arca continúa siendo un misterio. Algunos investigadores creen que fue destruida, mientras que otros sostienen que todavía existe en algún lugar oculto de alguna sociedad secreta, o que tal vez se guarda en las catacumbas que hay debajo del Vaticano para salvaguardarla. Graham Hancock, ex corresponsal en el África oriental para *The Economist*, realizó un estudio en profundidad del Arca y llegó a la conclusión de que fue llevada secretamente a Etiopía, donde aún permanece hoy en día. Y al menos un investigador moderno, cree que ese objeto sagrado todavía puede estar escondido bajo el monte Moria, en Jerusalén.

Otra conexión evidente entre los templarios y sus trabajos en el templo de Salomón puede hallarse en la capilla Rosslyn; una catedral en miniatura en el pequeño pueblo escocés, al sur de Edimburgo. William Sinclair, un descendiente de la importante familia Saint-Clair, emparentada por matrimonio con el Gran Maestre Payens, mandó edificar la capilla en 1446, pero no fue acabada hasta 1486 por su hijo, Oliver. En un primer momento la intención era que formara parte de una iglesia más grande que nunca fue completada.

Aunque aparentemente no es más que un lugar de culto cristiano, se han planteado varias cuestiones relacionadas con esa capilla. «De hecho es una extraña combinación de estilos nórdico, céltico y gótico», apunta Gardner. «Si revisamos la historia oficial, descubrimos que Rosslyn fue consagrada de nuevo en 1862», escriben Knight y Lomas. «Con anterioridad a esa fecha hay incertidumbre sobre si fue consagrado... El simbolismo de Rosslyn es egipcio, céltico, judío, templario y masónico en profusión; un techo tachonado de estrellas, brotes de vegetación saliendo de las bocas de Célticos Hombres vegetales, pirámides superpuestas, imágenes de Moisés, torres de la Jerusalén celestial, cruces con el Grial así como escuadras y compases. La única imagería auténticamente cristiana procede de los añadidos victorianos...».

Knight y Lomas descubrieron que la planta de la capilla de Rosslyn era una reproducción exacta del templo de Salomón en Jerusalén, que incluía incluso dos importantes columnas en la entrada. Esas columnas son las llamadas Jaquín y Boaz, nombres vinculados con los Antiguos Misterios, y que tienen todavía significados míticos y místicos tanto para los judíos como para los francmasones.

«Rosslyn no era una simple capilla», concluyen Knight y Lomas. «Era un santuario posttemplario construido para albergar los manuscritos encontrados por Hugo de Payens y sus compañeros bajo el sagrado templo de Jerusalén... ¡La capilla Rosslyn es una réplica deliberada del lugar donde fueron hallados los manuscritos secretos!». Esos autores explican que los manuscritos escondidos bajo el templo de Jerusalén eran los textos más preciados de los judíos, en particular de las sectas más devotas, y representan el «tesoro más incalculable de la cristiandad», tal vez porque incluían el documento «Q» durante mucho tiempo extraviado, que se dice que es la base de los libros de Mateo, Marcos, Lucas y Juan. «Otro material más mundano, como las Reglas de comunidad, fue depositado en los alrededores de Judea, en lugares tan humildes como las cuevas de Qmrán», añaden.

Cabe destacar igualmente que en ninguna de las catedrales construidas por los templarios hubo una representación de la cru-

cifixión, una anomalía muy extraña para una orden cristiana, pero una evidencia aplastante de que los templarios, de hecho, negaban la interpretación ortodoxa de ese acontecimiento.

Todavía otro factor que relaciona a los templarios con las herejías de su tiempo es la obra romántica de Wolfram von Eschenbach, cuyo héroe Parzival se convirtió en el Parsifal de la famosa ópera de Wagner. *Parsifal*, una de las obras de Wagner más visionarias y esotéricas, conecta el punto de vista de Wagner con las tradiciones templarias. Muchos creen que Wolfram, un pobre caballero bávaro, fue templario puesto que, sin duda alguna, demuestra un conocimiento muy personal de los templarios así como de su equipamiento y técnicas de combate. Describió una hermandad de caballeros vestidos con mantos blancos engalanados con cruces rojas que custodiaban grandes secretos sagrados; incluso los llamaba *Templeis*, que podría traducirse como templarios.

Wolfram estuvo entre los primeros en popularizar la leyenda del Santo Grial, ese objeto escurridizo de las búsquedas medievales. La mitología del Grial —el rey Arturo, Merlín, la Mesa Redonda— de hecho se inició con un poema de Chrétien de Troyes de finales del siglo XII. Chrétien fue el primero en llamar a la residencia de Arturo con el nombre de Camelot. Puesto que Chrétien vivía en Troyes, lugar de la autorización oficial de la orden, y servía al conde de Champaña, el señor feudal del Gran Maestro templario Payens, debió de tener acceso al conocimiento templario traído desde Tierra Santa, que incorporó a su escritura.

En *Parzival* de Wolfram, el Grial es una piedra mágica que confiere juventud a aquel que la posea. Esa piedra está guardada por los Caballeros del Temple en el gran templo de *Munsalvaesche*, o monte de Salvación, que se cree que puede estar relacionado con la fortaleza de la montaña de Montségur, situada en el sur de Francia, el último bastión de los cátaros.

Wolfram demuestra sus estrechos vínculos con los templarios cuando relata que su fuente para *Parzival* procede de un viejo manuscrito árabe custodiado por la Casa de Anjou. Recordemos que el conde Fulco de Anjou, el último rey de Jerusalén, trabajó estrechamente con los primeros templarios. Curiosamente, Wol-

fram comenzó a escribir *Parzival* aproximadamente en el momento en que la obra de la catedral de Chartres finalizaba.

Comenzando por los templarios, después abriéndose camino a través de los cistercienses de san Bernardo hasta alcanzar la arquitectura simbólica de las catedrales góticas, las semillas de la herejía se extendieron por todos lados.

Los templarios prosperaron, gracias a tecnologías y filosofías descubiertas en Jerusalén, mientras la Iglesia se convertía cada vez más en su antagonista, consciente poco a poco de la amenaza que planteaba por su conocimiento. Los templarios, a su vez, se volvieron cada vez más hostiles hacia la Iglesia. El investigador David Hatcher Childress observó: «Para los templarios, la verdadera Iglesia, la que enseñaba el misticismo, la reencarnación y las buenas obras, estaba siendo suprimida por un poder oscuro que se denominaba a sí mismo la única fe verdadera».

En el transcurso de sus siglos de poder, la Iglesia —por aquel entonces una atracción irresistible para los oficiales corruptos, los réprobos y los estafadores tanto como para los devotos— a menudo instigaba sangrientas masacres de sus enemigos, que al final acabaron siendo todos aquellos que no acataban su autoridad. Por ejemplo, entre los años 1208 y 1244 decenas de millares de personas fueron asesinadas por un ejército papal enviado por el Vaticano a la provincia del Languedoc, en la región sudoeste de Francia, la antigua cuna de los caballeros templarios —así como la cuna de algunas ideas muy poco ortodoxas.

Los cátaros

El objeto de ese ataque papal fue un pueblo conocido como los cátaros, antepasados de los italianos y escoceses Carbonari, que también influyeron a los Illuminati. Eran seguidores de los primeros gnósticos, que estaban más comprometidos con los asuntos espirituales que con los bienes materiales.

Los cátaros, cuyo nombre significa «los puros» puesto que creían que su visión religiosa era mucho más «pura» que las de la Iglesia Católica, estaban situados idealmente para la adquisición

de creencias poco ortodoxas. El Languedoc, conocido antiguamente como Occitania, se halla entre la costa mediterránea del este de Marsella, la montaña Negra, los montes de Corbières y los Pirineos, que lo separan de España. Estado independiente, la región estaba más relacionada con la frontera española y con los vestigios de la antigua Septimania que con la recién formada nación francesa. El Languedoc era un cruce de caminos por el que los viajeros pasaban hacia o desde el Oriente Medio vía la Iberia musulmana y el mar.

Con la disolución del imperio de Carlomagno tras la dura conquista de la zona en el 801 d. C., ese rincón del viejo Imperio Romano cayó bajo control de varios reyes de Francia o *francos*, el nombre con que pronto se designaría a la nación entera.

El Languedoc estaba compuesto por un buen número de antiguas aldeas, muchas de las cuales remontan sus orígenes hasta el tiempo de los griegos y de los primeros romanos. Tenía sus propias tradiciones, su propia cultura y su propia lengua. El lenguaje de Occitania era la *langue d'Oc* que confirió a esa área tanto su identidad como su nombre.

Tal vez debido a esa convergencia de ideas y tradiciones, el Languedoc era más culto y próspero que sus vecinos. «Los prejuicios en contra de los judíos eran comunes, pero... no lo era la persecución», indica Michael Costen, escritor y profesor de la Universidad de Bristol. «La persecución oficial y organizada de los judíos se convirtió en un aspecto cotidiano de la vida en el sur, sólo después de las cruzadas, cuando la iglesia se hizo lo suficientemente poderosa como para insistir en... la discriminación». Los cátaros también se llevaban razonablemente bien con los monjes cistercienses, los representantes predominantes de la Iglesia en dicha región.

Tras una visita a Rennes-le-Chateau en el Languedoc, los escritores Picknett y Prince dijeron que habían hallado «pruebas de una compleja serie de conexiones que les remitían a las tradiciones gnósticas del área, un lugar que fue celeberrimo por sus "herejes", cátaros, templarios o las así llamadas "bruja"».

Según Costen, el catarismo fue «el movimiento herético más serio y de mayor alcance con el que tuvo que enfrentarse la Iglesia católica en el siglo XII». Hasta hace muy poco, no se sabía

apenas nada sobre los cátaros salvo que fueron considerados herejes. Eso era debido a que la única información disponible procedía de su implacable enemigo, la Iglesia Romana, que ordenó que toda la documentación relacionada con los cátaros fuera destruida.

Los cátaros eran conocidos por la gente como *bons hommes* o hombres buenos que llevaban una vida simple, centrada en sus creencias religiosas. Preferían reunirse en la naturaleza antes que en artificiosas iglesias. Los sacerdotes cátaros, conocidos con el nombre de *perfecti* o «perfectos», vestían túnicas largas y oscuras, y se caracterizaban por su rígido ascetismo que les llevaba a despojarse de todas sus posesiones mundanas. «Hay una semejanza considerable entre el catarismo y el budismo», escribió el doctor Arthur Guirdham, un psiquiatra que llevó a cabo un minucioso estudio de ese grupo. «Ambos creen en la reencarnación, se abstienen de comer productos cárnicos —aunque el pescado estaba permitido en el catarismo—, profesaban la no violencia y consideraban pecado arrebatarse la vida a cualquier ser viviente, incluidos los animales».

«Su modo de vida era un intento de seguir las enseñanzas de Jesús», explican Picknett y Prince. «Todos los miembros bautizados eran iguales en espíritu y eran considerados como sacerdotes. Tal vez lo más sorprendente en aquella época era su énfasis en la igualdad entre sexos... Asimismo eran predicadores itinerantes, viajaban por parejas, vivían en la más extrema pobreza y sencillez, y se detenían a prestar ayuda y a sanar allá donde se les permitiera. En muchos aspectos, podía parecer que los Buenos Hombres no representaban ninguna amenaza para nadie, excepto para la Iglesia».

Costen afirma que sería erróneo aceptar simplemente la versión oficial de que los cátaros eran peligrosos herejes. «Más bien debería considerarse como una elección positiva por parte de unas personas a quienes se les daba una oportunidad insólita de escuchar una nueva teología [las historias que circulaban acerca de Jesús y María Magdalena en el sur de Francia por aquellos tiempos] y de elegir por sí mismos al margen de los poderes de la Iglesia y de las autoridades seculares», sostiene Costen. Y añade:

«Resultaba imposible para la Iglesia medieval... ignorar el cambio experimentado dentro de sus territorios».

El doctor Guirdham explicó que el catarismo era una forma de dualismo, una creencia que «ha existido desde tiempos inmemoriales», relacionada con las antiguas sectas de Mitra y de los maniqueos. Los cátaros también consideraban a Jesús como el hijo espiritual de Dios. «Para ellos, Cristo no existió con un cuerpo humano sino espiritual. La Inquisición interpretó equivocadamente que eso significaba para los cátaros que Cristo era una especie de fantasma. La visión de los cátaros coincide con lo que expresan los modernos espiritualistas y los seguidores de Rudolf Steiner, que tanta influencia tuvo sobre el culto nazi», sostiene el doctor Guirdham.

De acuerdo con su teología dualista, los cátaros creían que el bien y el mal eran partes opuestas de la misma energía cósmica, y que un dios bueno creó y gobierna los cielos mientras que un dios malvado creó al hombre y el mundo material. «Según esta creencia, resultaba obvio que el Dios del Antiguo Testamento era Satán», dice Costen, que también afirma que los cátaros pensaban que, cuando las personas mueren, «...pueden partir hacia su verdadera casa [el Cielo] o permanecer donde estaban... donde tendrían que experimentar... siete reencarnaciones... aunque otros escritores citan nueve. Después de éstas, el alma se perdía irremediablemente».

«Vi que había un hilo conductor a través del tiempo», comenta el doctor Guirdham, «los maniqueos, el culto a Mitra, los cátaros, todos ellos completamente masacrados, absolutamente aniquilados, entre otras cosas a causa del tema de la reencarnación».

Otros investigadores consideran que el único problema de los cátaros era la ausencia de obediencia debida a la Iglesia. Picknett y Prince escribieron: «El motivo fundamental por el cual los cátaros tuvieron problemas con la Iglesia fue que refutaban el reconocimiento de la autoridad del papa».

Gardner está de acuerdo. «Los cátaros no eran herejes; eran simplemente inconformistas, predicaban sin permiso y no necesitaban sacerdotes, ni iglesias pomposamente engalanadas, como

sus vecinos católicos.» No obstante, Gardner también observó una conexión entre los cátaros y los Caballeros Templarios potencialmente peligrosa para la Iglesia. «Los cátaros eran reconocidos adeptos al simbolismo oculto de la Cábala, un saber asimismo practicado por los Caballeros Templarios, quienes se cree que transportaron el Arca y el tesoro de Jerusalén a la región».

Algo de los pacíficos, si bien poco ortodoxos, cátaros estaba desde luego disgustando al Vaticano. Curiosamente, en 1145, el papa Eugenio III envió nada más y nada menos que al patrón templario san Bernardo a predicar al Languedoc en contra del catarismo. Según Gardner, san Bernardo dijo: «Ningún sermón es más cristiano que los suyos y su moral es pura». ¿Significa esto que san Bernardo había olvidado su teología? ¿O bien esas palabras defensivas confirmaban el rumor de que tanto él como los templarios profesaban en secreto las creencias cátaras?

La respuesta es irrelevante puesto que, justificadamente o no, el Vaticano empezó a planificar cómo erradicar a los cátaros. Y lo que está muy claro es que algunas de las creencias de los cátaros se oponían frontalmente a las de la Iglesia.

El principio de la herejía cátara es difícil de concretar. Algunos de los miembros del clero del Languedoc basaban sus enseñanzas en los primeros cristianos, lo que pudo haber influido en su fe en una interpretación más pura de los orígenes de la Iglesia. Otros creen que los Caballeros Templarios les habían transmitido los conocimientos adquiridos como resultado de sus excavaciones en Jerusalén. Y además, está el hecho de que incluso hoy en día, esa zona de Francia se pueden encontrar todavía huellas de una creencia singular: María Magdalena, considerada la viuda o consorte de Jesús, emigra hasta esta región después de la crucifixión. Se dice que los cátaros creían que Jesús había sido marido y padre.

La idea de una hipotética pareja entre María Magdalena y Jesús se basa en los escritos gnósticos descubiertos en Nag Hammadi, Egipto, en 1945. En el Evangelio de Felipe, llamado así por el apóstol Felipe, que se cree que fue escrito en la segunda mitad del siglo III, se lee: «Y la compañera del Salvador es María Magdalena. Pero Cristo la amaba más que a todos y solía besarla en los

labios. El resto de sus discípulos se ofendía por ello y expresaban su desaprobación. Le decían: «¿Por qué la amas más a ella que a nosotros?». Jesús respondía con un extenso discurso sobre lo grande que es el misterio del matrimonio y como es “un gran poder” necesario para la existencia del mundo.

Hay una relación importante entre esos evangelios descubiertos en 1945 y un tratado publicado alrededor de la década de 1330, según se dice por el místico alemán Maestro Eckhart bajo el seudónimo de *Schwester Katrei* o Hermana Catalina. Según Picknett y Prince: «Ese detallado y poco corriente tratado... contiene ideas respecto a María Magdalena que *son las mismas que las expuestas en los Evangelios de Nag Hammadi*... Se la retrata como a un ser superior a Pedro por su gran conocimiento de Jesús y hay la misma tensión entre María y Pedro [referida en los Evangelios de Nag Hammadi]. Por otra parte, hechos concretos que son descritos en los textos de Nag Hammadi se mencionan en el tratado de la Hermana Catalina». (Cursivas de énfasis en el original)

Picknett y Prince ven ese tratado como una confirmación de que documentos idénticos a los recientemente descubiertos, eran conocidos por los cátaros, probablemente a través de los descubrimientos de los Caballeros Templarios.

Otra posibilidad es que los cátaros tuvieran ya una tradición oral de una relación íntima entre Jesús y María Magdalena pero sin base para ella hasta que los templarios llegaron al Languedoc desde Jerusalén con sus manuscritos recién encontrados. Los descubrimientos de los templarios pueden haber sólo reforzado e intensificado creencias existentes.

«Si nuestra hipótesis es correcta, la esposa de Jesús y su descendencia —él podría tener varios hijos de entre dieciséis y diecisiete años en el momento de su supuesta muerte—, después de huir de la Tierra Santa, encontraron refugio en el sur de Francia y preservaron su linaje en una comunidad judía. Durante el siglo V ese linaje se había mezclado con la línea monárquica de los francos, dando así origen a la dinastía merovingia. En el año 496 d. C. la Iglesia hizo un pacto con esa dinastía, según el cual, prestaría lealtad a perpetuidad a esa dinastía merovingia. Cuando la Iglesia... traicionó a esa dinastía merovingia, fue culpable de

un crimen que ni podía ser justificado ni expiado, sólo podía ser ocultado...»

A Laurence Gardner, como experto internacionalmente reconocido en genealogía caballeresca, se le permitió estudiar los documentos privados de treinta y tres familias reales europeas. Este autor confirmó que los merovingios estaban relacionados con Jesús, pero a través de su hermano Santiago que, según él, es la misma persona que José de Arimatea.

Gardner también argumentó de manera convincente que María Magdalena era la esposa de Jesús en su libro *La herencia del Santo Grial* (1996).

«No era ningún secreto para la mayoría de esas personas [la realeza europea] que Jesús estaba casado y que tuvo herederos, porque así consta en multitud de archivos familiares... Los documentos publicados de María, la reina de los escoceses, hablan de ello con profusión. Los archivos de Jacobo II de Inglaterra, que no fue depuesto hasta 1688, también hablan del tema en extenso... De hecho estaba en una posición que me facilitaba el acceso a documentación abundante y antigua, no sólo que no se había vuelto a consultar desde el siglo XVII, sino documentada y escrita cientos de años antes», explicó. Y añadió: «También tuve acceso a documentos templarios, a los verdaderos documentos que los Caballeros Templarios trasladaron a Europa en 1128, que los confrontaron con el sistema eclesiástico, y les hicieron temer por su vida, porque eran documentos que hablaban sobre linajes y genealogía... Los primeros líderes cristianos de la Iglesia adoptaron textos y enseñanzas que oscurecerían la verdad sobre la descendencia monárquica de Jesús».

La primera Iglesia tenía miedo no sólo de los descendientes de Jesús sino de las mujeres en general. Se prohibía a las mujeres el derecho a la enseñanza o a convertirse en sacerdotes —una prohibición que sólo hoy empieza a revisarse—. A los sacerdotes se les exigía ser célibes y no casarse jamás, pese a la clara admonición de Pablo en Timoteo 3,2 de que un obispo o un líder eclesiástico debía tener una mujer.

Según Gardner y otros autores recientes, las mujeres fueron denigradas por la primera Iglesia para preservar el poder y la

autoridad de su red de viejos cardenales y obispos. Hoy diversos estudiosos de la Biblia están volviendo a revisar el papel de las mujeres definido por la primera Iglesia. «La mayoría de movimientos cristianos que conocemos que se han caracterizado por la relevancia de mujeres, han sido juzgados finalmente como heréticos», observa el investigador de la Universidad de Pennsylvania, Ross S. Kraemer.

Para desviar la atención de María Magdalena, Gardner dice «que los padres de la Iglesia procuraron que en el Nuevo Testamento, se la describiera como una «pecadora», aunque la palabra original habría sido una mala traducción de la palabra *almah*, que en realidad significaría una virgen sometida a un ritual de purificación anterior al matrimonio. Los tramposos obispos decidieron, sin embargo, que una mujer pecadora podía ser una prostituta», comenta Gardner, «y María Magdalena fue tildada desde ese momento de ramera». Otros expertos, como Jane Schaberg, de la Universidad de Detroit-Mercy, llegaron a la conclusión de que la persona de María Magdalena podía ser incluso un compuesto de otras mujeres bíblicas y que esa combinación podía ser deliberada.

Según las tradiciones del sur de Francia así como la obra de William Caxton de 1483, *Legenda Aurea* o la *leyenda dorada*, una de las primeras publicaciones de Westminster en Inglaterra, María Magdalena, su hermano Lázaro y su hermana Marta, junto con su criada Marcella y los hijos de Jesús, viajaron en barco hasta Marsella, Francia después de la crucifixión. El grupo se fue entonces más hacia el oeste, donde «se convirtieron en habitantes de fe».

Gardner escribió que María Magdalena era «nueve años más joven que Jesús... María tenía treinta años cuando contrajo su segundo matrimonio [simbólico], y en ese año, 33 d. C., dio a luz a su hija Támara. Cuatro años más tarde tuvo a Jesús hijo y, en el año 44 d. C., cuando contaba con 41 años, nació su segundo hijo, José. Por aquel entonces, María Magdalena estaba en Marsella, donde la lengua oficial fue el griego hasta el siglo V». Según esa misma documentación, María Magdalena murió en lo que hoy es Saint Baume, en el sur de Francia, en el año 63 d. C., a la edad de sesenta años.

De regreso de la Séptima Cruzada al mando del rey Luis IX, un cierto Jean de Joinville escribió en 1254: «Fuimos a la ciudad de Aix-en-Provence para honrar a la bendita Magdalena... Nos dirigimos a un lugar llamado Baume, en unas rocas muy empinadas y escarpadas, donde se dice que santa Magdalena residió durante mucho tiempo viviendo como ermitaña».

«Durante siglos después de su muerte, el legado de María siguió siendo la mayor amenaza para una temerosa Iglesia que ha marginado ascendencia mesiánica en favor de la sucesión apostólica», escribió Gardner. «El culto más activo a Magdalena tuvo como centro Rennes-le-Chateau, en la región del Languedoc.»

Hay un indicio tentador de que, tal vez en la misma región, haya evidencias más tangibles que los relatos sobre Magdalena. Según Baigent, Leigh y Lincoln, el mismo Joinville escribió que su amigo Luis IX le explicó una vez de una ocasión en que los líderes cátaros abordaron al comandante del ejército papal y le pidieron de forma críptica que «fuese con ellos y mirase el cuerpo de Nuestro Señor, que se había convertido en carne y sangre en las manos de sus sacerdotes».

Además de las tradiciones respecto a María Magdalena y la reencarnación, los cátaros también seguían en gran número las creencias de un predicador itinerante que se llamaba Pedro Valdes de Lyon. Sus seguidores, a quienes se conocía como valdesianos, leían las escrituras traducidas a su propia lengua vernácula, el occitano, y creían que una vocación personal de oración era más importante que la instrucción de la Iglesia. Asimismo condenaban los derramamientos de sangre, ya fueran inspirados por la Iglesia o el Estado. Cuando los valdesianos se negaron a dejar de rezar abiertamente, fueron excomulgados y expulsados de Lyon por los oficiales de las iglesias locales.

Mucha gente considera que el catarismo tuvo su origen en un sacerdote búlgaro de nombre Bogomil, cuya secta, el bogomilismo, se extendió por todo el Imperio Bizantino. Los bogomiles rechazaban muchos aspectos de la Iglesia ortodoxa, como la misa, la eucaristía, los milagros y profecías del Antiguo Testamento, el bautismo, el matrimonio y el sacerdocio. «Creían que el mundo físico era obra del demonio e, intrínsecamente, malvado», escribe

Costen. «Desarrollaron una rica mitología de la Creación y la Caída que actuaba como sustituto de lo mucho que rechazaban de la Biblia. Esos dualistas aceptaban que lo importante era lo creado por el Dios bueno, pero creían que Satán había modelado el mundo y los cuerpos de los hombres aunque, atrapando el espíritu de un ángel dentro del cuerpo material para formar a Adán, y con la arcilla animada por la acción del Dios bueno».

No obstante, Picknett y Prince sostienen que no todas las creencias de los cátaros procedían del bogolismo. Citan la investigación de Yuri Stonayov, que escribió: «La creencia en María Magdalena como “mujer” o “concubina” de Cristo, es una tradición cátara original que no tiene homólogo en las doctrinas bogomiles».

Cualesquiera sea la verdad de sus orígenes, esas creencias de los cátaros se desarrollaron durante un largo período de tiempo, así como la decisión de combatirlos. A pesar de los acuerdos que pudieran haberse alcanzado, las autoridades pontificias debieron de decidir finalmente que algo tenían que hacer con las reliquias, tesoros o textos que se ocultaban en el Languedoc.

La Cruzada Albigense

Los cátaros, proclamados heréticos por el rey Felipe II de Francia ante la insistencia del papa Inocencio III a principios de 1209, fueron perseguidos y exterminados durante lo que se conoció como la Cruzada Albigense. A veces se llamaba albigenses a los cátaros por su gran presencia en la ciudad del centro del Languedoc, Albí. Fue una operación de la que los alabados caballeros templarios estuvieron clamorosamente ausentes.

Fue larga, amarga y sangrienta y finalizaría en 1229, aunque en realidad no concluyó del todo hasta después de la caída de la fortaleza de Montségur en 1244. Incluso entonces, la Iglesia no logró extinguir por completo la herejía cátara. En el Languedoc persiste aún hoy en día unos instintivos recelos y desconfianza tanto hacia la Iglesia como hacia el Estado, según varios autores.

Durante algún tiempo, después de convertirse en papa, Inocencio III intentó ejercer una presión eclesiástica para contener a los cátaros, con una notable ausencia de éxito. Ese papa, un hombre cuyo sueño más ferviente era encabezar una gran cruzada para conquistar Tierra Santa, tuvo que conformarse con una cruzada en el Languedoc, donde tanto los nobles como el pueblo en general sentían poca inquietud respecto a los sencillos y amables cátaros.

En un esfuerzo por someter el poder de los caballeros cruzados, la Iglesia tuvo durante mucho tiempo un cuerpo policial conocido como «la Paz de Dios». Basada en una alianza entre la Iglesia y los poderes militares, esa «Paz» pretendía colocar en manos de las autoridades eclesiásticas, el firme control de cualquier actividad militar.

«Quien se suponía que debía supervisar el establecimiento de la Paz en el Languedoc era la Orden del Temple, y para ello podían cobrar un pequeño impuesto sobre cada cabeza de buey utilizado por el campesinado», escribió Costen, «Hay pocos indicios de que los templarios hicieran algo respecto a esa Paz».

Al fracasar en sus intentos de predicación en contra de los cátaros y de suprimir a los templarios, el papa Inocencio III decidió en 1204, que había llegado el momento de actuar. En primer lugar escribió al rey Felipe Augusto de Francia urgiéndole a combatir a los herejes del sur. Asimismo rehabilitó Raimundo VI, conde de Tolouse, que había sido excomulgado por un predecesor, después de que Raimundo accediera a regañadientes a apoyar su cruzada. Pese a ello, Raimundo poco hizo en favor de esa lucha.

Raimundo fue excomulgado de nuevo por no actuar contra los cátaros y, cuando un representante del papa se encontró con él en las Navidades de 1207 en un intento de llegar a un nuevo acuerdo, fue asesinado por uno de los hombres de Raimundo. La reacción del papa Inocencio III, fue poner la cruzada en marcha.

Aunque hoy en día esa cruzada es vista como una guerra de cristianos contra cristianos, en aquel tiempo, muchas personas, en especial fuera del Languedoc, apoyaban la guerra como un combate contra un enemigo mortal para ellos. Para el papa Ino-

cencio, la cruzada era necesaria no sólo para someter la herejía sino para demostrar el poder de la Iglesia sobre líderes seculares recalcitrantes como Raimundo.

Inocencio prometió estatuto de cruzado a cualquiera que se uniera a su ejército. Eso significaba absolución de todos los pecados cometidos en el proceso así como una parte de cada botín. «Muchos la vieron como una oportunidad para saquear y obtener beneficios, y lo que no les desagradaba en absoluto», afirma Costen. «Pero, en general, los cruzados estaban motivados principalmente por el celo religioso.»

Pronto, el ejército del papa, «el mayor que se haya reunido en el mundo cristiano», estuvo congregado en Lyon, al mando de Arnald-Amalric junto con un número de nobles y obispos.

Cuando esa inmensa fuerza —cerca de treinta mil efectivos— descendía por el valle del Rhone, Raimundo tuvo tiempo de pensárselo dos veces y decidió unirse a ellos. Después del juramento de unirse a la cruzada, Raimundo fue readmitido por la Iglesia y le fue prometida inmunidad por el ataque.

El primer enfrentamiento importante tuvo lugar en la ciudad de Béziers. Allí, pese a la llamada de su obispo a la rendición, el pueblo decidió oponerse. Según Costen, seguidores del ejército, hambrientos de botines, asaltaron las puertas de la ciudad y pronto se unieron a soldados que actuaban sin órdenes. «Tanto la iglesia como el pueblo fueron saqueados y los habitantes masacrados, con clérigos, mujeres y niños asesinados dentro de los templos», escribió. «Cuando los líderes del ejército confiscaron el botín obtenido por los civiles, éstos prendieron fuego al pueblo, que quedó reducido a cenizas. Según el informe oficial, veinte mil habitantes fueron asesinados.

Fue en Béziers donde Arnald-Almaric, al preguntársele cómo distinguirían sus tropas entre católicos y herejes, respondió: «Mátdalos a todos, Dios reconocerá a los suyos.»

En vista de la masacre en Béziers, ciudad tras ciudad del Languedoc fue rindiéndose ante el ejército papal sin oponer resistencia. Algún conflicto interno había latente cuando los propios habitantes competían por entregar a herejes conocidos o sospechosos de serlo. En la ciudad de Castres, los cátaros entregados

al ejército fueron quemados en la hoguera, una práctica que prosiguió durante toda la cruzada.

En 1229, la campaña se dio por definitivamente acabada con el Tratado de París. Mediante ese tratado se acabó con la independencia de la monarquía del sur de Francia, pero no se consiguió erradicar la herejía. Los cátaros *perfecti* se batieron en retirada hacia el reducto montañoso de Montségur, en las estribaciones de los Pirineos. A principios de la primavera de 1243, el ejército papal cercó la fortaleza durante más de diez meses. Según Picknett y Prince, allí «aconteció un curioso fenómeno. Algunos de los soldados que sitiaban el lugar *desertaron para unirse a los cátaros*, a pesar de tener cierto conocimiento de cómo acabaría todo para ellos». (Énfasis en el original). Sin duda alguna, algo debían de tener los cátaros para contagiar sus creencias a esos veteranos soldados.

Finalmente, en marzo de 1244, el sitio de Montségur acabó con la rendición de los cátaros. Picknett y Prince ponen de manifiesto varios «misterios» relacionados con la caída de Montségur. Uno de ellos es que «por razones que nunca han sido desentrañadas», a los cátaros se les dio permiso para permanecer en la ciudadela durante otros quince días, después de ese lapso de tiempo, se entregarían para ser quemados. Algunas informaciones van todavía más lejos, y de hecho los describen descendiendo la ladera de la montaña y saltando a las hogueras que les aguardaban». Costen continúa ese relato de alguna manera cuando apunta: «No hay indicios de que los cátaros de Montségur se resistieran a la masacre».

«El misterio más persistente de todos se refiere al así llamado Tesoro de los Cátaros», comentan Picknett y Prince, «que cuatro de ellos habrían conseguido sacar de la ciudadela durante la vigilia previa a la masacre. Esos intrépidos herejes habían logrado escapar al descender mediante cuerdas por una ladera de la montaña especialmente escarpada en mitad de la noche».

Los cátaros, muchos de los cuales eran ricos, tenían en efecto una considerable cantidad de oro y plata. Pero, según Baigent, Leigh y Lincoln, este tesoro pecuniario había sido sacado de Montségur de contrabando y se perdió para la historia tres meses antes de la masacre de la fortaleza cántara.

Nadie sabe a ciencia cierta qué conocimientos secretos o qué «tesoro» los cátaros sintieron la necesidad de sacar fuera de Montségur en el último minuto, pero es creencia general que se trataba de textos relacionados con la perpetuación de la descendencia de Jesús después de la llegada de María Magdalena al sur de Francia, un tema estrechamente vinculado a los Caballeros Templarios.

«Los templarios estaban hambrientos de conocimientos y su búsqueda de él era su principal fuerza motriz», escribieron Picknett y Prince. «Obtenían conocimiento de dondequiera que estuvieran: de los árabes aprendieron los principios de la geometría sagrada y sus al parecer estrechos contactos con los cátaros, añadieron un brillo gnóstico a sus ya de por sí heterodoxas ideas religiosas.»

«Desde sus primeros años, los templarios han mantenido cierta cálida relación con los cátaros, especialmente en el Languedoc», apuntan Baigent, Leigh y Lincoln. «Muchos ricos terratenientes —cátaros ellos mismos o simpatizantes de éstos— donaron vastas extensiones de tierra a la orden... Está más allá de cualquier discusión que Bertrand de Blanchefort, cuarto Gran Maestro de la orden, procedía de una familia cántara... En el Languedoc, los oficiales del Temple eran con mayor frecuencia cátaros que católicos.»

Blanchefort, que estuvo al mando de los templarios desde 1153 hasta 1170, fue «el más importante de todos los Grandes Maestros templarios», según esos tres autores. «Fue Bertrand quien convirtió a los Caballeros Templarios en la magnífica y disciplinada institución jerárquica, bien organizada y extraordinariamente eficiente que llegó a ser».

Hay pruebas de que muchos otros templarios fueron cátaros, y está demostrado que los templarios ocultaron a muchos cátaros en el seno de su orden y que los enterraron en tierra sagrada. Además de por su no participación en la Cruzada Albigense, Picknett y Prince se extrañan de que las estrechas relaciones entre templarios y cátaros no repercutieran en subsiguientes acusaciones en contra de la orden; eso probaría que dichas conexiones eran vergonzosas para la jerarquía eclesiástica, que no quería nada más que olvidarse de los cátaros y sus creencias.

Tras la Cruzada Albigense, los cátaros que sobrevivieron, o bien huyeron a países vecinos —Italia fue uno de los favoritos, puesto que, irónicamente, la patria del papa no era demasiado enérgica en la caza de herejes—, o se ocultaron con ayuda de vecinos favorables a ellos. «A principios de siglo XIV, los cátaros del Languedoc fueron estando cada vez más solos y siendo más pobres», afirma Costen. «Su destrucción fue causada por la metódica persecución por parte de la Iglesia con su nueva arma, la Inquisición...».

«El Languedoc fue testigo del primer acto genocida europeo, cuando más de cien mil miembros de la herejía cátara fueron masacrados por mandato del papa durante la Cruzada Albigense...», apuntan Picknett y Prince. «La Inquisición fue creada específicamente para interrogar y exterminar a los cátaros.»

Como resultado de la cruzada, «la Iglesia retuvo su monopolio de la actividad religiosa, su control de la fe, y afianzó su control sobre las vidas privadas de los individuos. El nuevo Estado francés ganó a la Iglesia como aliada para consolidar el control sobre los pueblos y la nobleza», escribe Costen, apuntando que, aun en una fecha tan reciente como la década de 1920, de manera similar a la supresión de las lenguas de los nativos americanos durante el pasado siglo, los niños de la región del Languedoc eran castigados por hablar el antiguo idioma occitano en los patios de recreo de las escuelas públicas.

El exterminio de los pacíficos cátaros fue también un anticipo de lo que los líderes de la Iglesia tenían previsto para sus rivales en el poder: los Caballeros Templarios.

La desaparición de los templarios

Durante los sesenta y dos años que siguieron a la caída del último baluarte de los Cátaros, la fortaleza de Montségur, el imperio de los Caballeros Templarios desafiaba el creciente poder del Vaticano y las naciones-estado.

Su control sobre la industria y las finanzas era inmenso y habían llegado a tener un poder militar temible, que se completaba con su propia flota naval atracada en el puerto atlántico de

La Rochelle. El Languedoc, que conectaba La Rochelle con los puertos del Mediterráneo, permitía el comercio con Portugal y Gran Bretaña sin tener que atravesar el estrecho de Gibraltar, en manos de los musulmanes. Las embarcaciones templarias, de las primeras en utilizar brújulas magnéticas, transportaban armas y suministros a Tierra Santa y una cifra estimada de seis mil peregrinos al año.

Pero a medida que crecía su poder y su riqueza, lo hacía también su orgullo y arrogancia, como se puso de manifiesto en 1252, cuando un maestre templario amenazó al rey Enrique III con estas palabras: «Mientras ejerzas la justicia, reinarás. Pero si la infringes, dejarás de ser rey».

Que la Orden del Temple estaba estrechamente vinculada con la monarquía inglesa, está claramente demostrado por el hecho de que el rey Juan estuviera residiendo en el Temple de Londres en 1215, cuando, una alianza de nobles —muchos de ellos templarios— le obligaron a firmar la Carta Magna que creaba una monarquía constitucional en esa nación.

Pero mientras la orden templaria prosperaba en Europa, las cosas no iban tan bien en Tierra Santa. Menos de un siglo después de su captura, Jerusalén volvió a caer en manos de los musulmanes. Pronto sólo la ciudad de Acre estuvo bajo control cristiano. En 1291 ese puerto-fortaleza cayó y la orden, junto con los Hospitalarios, se vio forzada a trasladarse a la isla de Chipre, que los templarios habían comprado al rey Ricardo Corazón de León durante la anterior cruzada. Con la pérdida de Tierra Santa también se perdía la razón de ser de los templarios.

Cerca del final del siglo XII, los Templarios habían ayudado a fundar otra orden militar, los formidables Caballeros Teutones, los héroes de infancia de Adolf Hitler. Los Caballeros Teutones habían creado un principado gigantesco —llamado *Ordenstaat*— que se extendía desde Prusia a través del Báltico y hasta el golfo de Finlandia. Ese Estado teutón independiente pudo haber inspirado a los líderes templarios el sueño de un imperio autónomo similar en el Languedoc.

Pero eso no iba a poder ser. A principios del siglo XIV, los templarios correrían la misma suerte que los cátaros.

Un instigador clave en la caída de los templarios fue el rey francés Felipe IV, un gobernante envidioso de la fortuna de éstos y temeroso de su poder militar. Durante un tiempo, Felipe había permanecido refugiado en el Temple de París escapando de una rebelión popular. Conocía de primera mano la riqueza de los templarios y estaba profundamente en deuda con ellos. Su expulsión como miembro de la orden aún avivaba más su ira contra los templarios.

En 1305, Felipe viajó hasta Roma y convenció al papa Clemente V de que los templarios tramaban la destrucción de la Iglesia Romana. El papa aceptó sus palabras, ya que el rey francés había apoyado de forma clave su ascensión al pontificado. «Entre 1303 y 1305, el rey francés y sus ministros llevaron a cabo el secuestro y muerte de un papa —Bonifacio VIII— y con toda probabilidad el asesinato por envenenamiento de otro —Benedicto XI—. A continuación, en 1305, Felipe se las ingenió para asegurar la elección de su propio candidato, el arzobispo de Burdeos, para el puesto vacante al trono papal. El nuevo pontífice tomó el nombre de Clemente V», explican Baigent, Leigh y Lincoln.

Según el autor masón Albert Mackey, Felipe habría estado de acuerdo en apoyar la candidatura de Clemente al papado a cambio de un pacto secreto para destruir a los Caballeros Templarios.

Por otra parte, en un momento en que era *vox populi* que los Templarios intentaban restaurar a los reyes merovingios en Francia y en otros estados, las acusaciones de Felipe encontraron oídos receptivos. Los merovingios, que se dice que descienden de Jesús, representaban un grave desafío a la autoridad de Roma, y reforzaban la idea que los templarios habían conseguido el conocimiento secreto sobre la verdadera vida de Cristo.

Con la bendición del papa Clemente V, el rey Felipe volvió a Francia y empezó a moverse contra los templarios. Redactó una lista de cargos que iban desde la subversión hasta la herejía, envió órdenes secretas a sus oficiales a lo largo de todo país que no debían ser abiertas hasta un momento determinado.

Ese momento fue el amanecer del viernes 13 de octubre de 1307, una fecha que, a partir de entonces, posee unas siniestras

connotaciones para todos los viernes 13. Las autoridades tomaron posiciones por toda Francia y pronto detuvieron a todos los templarios a su alcance.

«Los caballeros capturados fueron encarcelados, interrogados, torturados y quemados» dijo Gardner. «Se pagó a falsos testigos para que presentasen pruebas contra la orden y declarasen en su contra. Los templarios fueron acusados de un numeroso surtido de prácticas consideradas repugnantes, que incluían la necromancia, la homosexualidad, el aborto, la blasfemia y el uso de la magia negra. Una vez prestaban sus testimonios, fueran cuales fuesen sus circunstancias de soborno o presión, los testigos desaparecían sin dejar rastro».

Aún es materia de controversia si los Templarios eran realmente culpables o no de las acusaciones. Parece claro que muchos de los cargos contra esta antigua orden cristiana eran falsos e inventados. Pero también hay pruebas de que el círculo interno de los templarios eran simpatizantes, si no seguidores, de herejías relacionadas con María Magdalena, Juan el Bautista y la crucifixión y resurrección de Jesús. Algunos investigadores han especulado sobre que el estandarte templario, con la calavera y las tibias cruzadas podría hacer referencia a los restos de María Magdalena, Juan o ambos. Reminiscencias de este símbolo templario, podrían haber inspirado las banderas pirata o, siglos más tarde, a la orden de los Skull and Bones.

«Estamos convencidos de que, mientras que los caballeros de más alto rango tenían puntos de vista radicalmente atípicos sobre la divinidad de Jesucristo, los templarios fueron, a lo largo de toda su existencia, una orden católica fiel... Los caballeros templarios fueron traicionados por el Iglesia y por un papa al que habían servido lealmente», dicen los autores Knight y Lomas en defensa de la orden.

Es evidente que, a pesar de lo repentino de los arrestos y del secretismo de las órdenes, muchos templarios habían sido avisados. «Por ejemplo poco antes de su detención, el Gran Maestro Jacques de Molay, reunió muchos de los libros de la orden y las Reglas existentes, y los quemó», apuntan Baigent, Leigh y Lincoln.

Muchos templarios franceses fueron apresados sin oponer resistencia, confiados en que la situación cambiara, pero muchos otros huyeron del país. El mayor misterio radica en la desaparición de la flota templaria y el tesoro acumulado en el Temple de París. Muchos investigadores han relacionado la desaparición de la flota con el tesoro no encontrado.

Gardner afirma que el tesoro templario permaneció en Francia durante los arrestos. «Los secuaces [de Felipe] registraron toda la Champaña y el Languedoc, pero el tesoro estaba oculto en los sótanos del Temple de París».

Después, según Gardner, el Gran Maestre Molay, envió el tesoro hasta La Rochelle, donde una flota de dieciocho galeras lo transportó hasta un lugar más seguro en Escocia.

Los autores Baigent y Leigh están de acuerdo con esto en líneas generales, apuntando que transcurrieron «cinco años de pleitos legales, negociaciones, intrigas, de toma y daca y vacilaciones antes de que la orden fuera oficialmente disuelta», un tiempo más que suficiente para dispersar el tesoro.

Knight y Lomas aportan un fascinante añadido a la historia de la huida de los templarios: que una parte de la flota templaria pudiera haber llegado a América 185 años antes que Cristóbal Colón.

Esta afirmación comienza con la secta mandeísta, aquellos que creían que Juan el Bautista era el verdadero mesías y que Jesús pervirtió sus enseñanzas. Los mandeos han sido relacionados con los nazarenos, que se creía que formaban parte de la comunidad de Qumrán, cuyos manuscritos fueron hallados en 1945. Los musulmanes desplazaron a los mandeos de las orillas del río Jordán hacia Persia, donde aún viven remanentes de la secta.

Los mandeos, como los esenios, creían que las almas de la gente buena iban a una tierra maravillosa y pacífica a través del mar cuando morían, una tierra que reconocerían gracias a la estrella «Merica». Puesto que es probable que los textos que descubrieron los templarios en Jerusalén fuesen duplicados de los hallados en la comunidad de Qumrán, los templarios podrían haber encontrado una referencia a tierras nuevas, así como al nombre «Merica».

Knight y Lomas conjeturaron que al menos una parte de la flota templaria debió de abastecerse en Portugal y luego zarparon rumbo oeste hacia «Merica». Dicen que esos intrépidos marineros, enarbolando su conocido estandarte de la calavera y las tibias cruzadas, llegaron a Nueva Inglaterra en el año 1308.

Lo que podrían ser pruebas de ese desembarco, estarían en Westford, Massachussets, donde, una serie de agujeros perforados en una roca representan a un caballero. Esta figura, vestida a la usanza de un caballero del siglo XIV, lleva un escudo con la imagen de un barco que navega siguiendo a una estrella. En Newport, Rhode Island, hay asimismo una torre de vigilancia cuya planta se ajusta al tipo de construcción de planta circular de los templarios, y está datada en el siglo XIV. «No hay duda de que el edificio es muy antiguo», apuntaron Knight y Lomas «porque en un mapa de 1524 que registra los descubrimientos europeos en esta costa, Giovanni da Verrazano incluye la Torre de Newport como una «Villa Normanda» existente.

Ruinas recientemente descubiertas en la Patagonia se cree que pueden ser la Ciudad perdida de los Césares. Entre esas ruinas, hay un antiguo atracadero y un muelle junto a una losa que tiene una cruz templaria grabada. El investigador Flugberto Ramos cree que los templarios pudieran haber viajado hasta allí en tiempos precolombinos.

Una prueba aún más convincente de desconocidas expediciones de los templarios se puede encontrar en la capilla Rosslyn, en Escocia, donde hay claras representaciones de maíz y aloe en los arcos y el techo. «Según la historia oficial, las semillas de maíz fueron traídas por primera vez a Europa y África por los exploradores del siglo XVI...», apuntan Knight y Lomas. Puesto que la capilla de Rosslyn se acabó de construir en 1486, seis años antes de que Colón se aventurara por el Atlántico, y las tallas forman parte integral de la construcción, «tenemos pruebas evidentes de que los hombres que instruyeron a los constructores de la capilla Rosslyn debían de haber visitado América al menos un cuarto de siglo antes que Colón», sostienen Knight y Lomas.

Mientras que estos autores admiten que los indicios de la presencia templaria en el Nuevo Mundo antes de Colón no son

concluyentes, añaden a la sospecha que los francmasones de inspiración templaria que aparecieron más tarde, Bacon y Raleigh, sabían más sobre la «Nueva Atlántida» de lo que se suponía.

También dicen que es monje alemán del siglo XVI llamado Waldseemueller, que fue el primero en decir que el nombre de América provenía del explorador Amerigo Vespucci, no sabía nada sobre la leyenda de los templarios-mandeos y «Merica». El monje había oído hablar de la nueva tierra de «América» y también del explorador Vespucci y simplemente los juntó. (...) «Waldseemueller tenía el nombre correcto pero una explicación equivocada. (...) Poco después de escribir esas palabras, se dio cuenta de su error y se retractó públicamente de la afirmación de que Amerigo Vespucci había sido descubridor del Nuevo Mundo, pero entonces era demasiado tarde...», dicen Knight y Lomas.

«La explicación estándar de la Historia, a la que se recurre rutinariamente para explicar el origen del nombre del Nuevo Mundo, procede de un malentendido absurdo de un oscuro clérigo que nunca se alejó más de unos cuantos kilómetros de su monasterio... en la frontera francoalemana», comentan.

Hubiese o no un desembarco templario en «la Merica» a principios del siglo XIV, bien podría haber habido una conexión con el descubrimiento. Según Baigent y Leigh, los templarios en el favorable Portugal, se cambiaron el nombre por el de Caballeros de Cristo y se dedicaron sobre todo a explorar el mar. «Vasco de Gama fue un Caballero de Cristo y el rey Enrique el Navegante un Gran Maestre de la Orden», explican. «Los barcos de los Caballeros de Cristo navegaron bajo la conocida cruz templaria de color rojo. Y fue bajo esa misma cruz bajo las que las tres calaveras de Cristóbal Colón cruzaron el Atlántico hacia el Nuevo Mundo. Colón, a su vez, estaba casado con la hija de un ex Caballero de Cristo y tenía acceso a los mapas y diarios de su suegro.»

Mientras las conexiones templarias con América seguirán siendo debatidas, parece no haber dudas de que algunos miembros de la orden —al igual que su tesoro de oro y documentos— se encaminaron con su flota hacia Escocia.

Escocia, entonces disputada por Gran Bretaña y Robert I Bruce, era un lugar perfecto como refugio contra los persegui-

dores de la orden, que pronto se dispersaron fuera de Francia. Con el impulso del papa Clemente V, otras naciones empezaron a perseguir a los templarios y a confiscar sus propiedades. El rey Eduardo II de Inglaterra al principio no hizo nada contra ellos, pero como yerno del rey Felipe, fue finalmente empujado a acometer algunas tímidas acciones. Unos pocos templarios fueron arrestados pero eran condenados a penas leves, como la penitencia en monasterios o abadías. Las propiedades templarias fueron transferidas a manos de la Orden de los Hospitalarios.

Fue dos años después del principio del ataque contra los templarios cuando Eduardo finalmente ordenó el arresto de todos los miembros de la orden que aún quedaban bajo su control en la Escocia ocupada por los ingleses. Sus soldados lograron apresar exactamente a dos hombres, uno de ellos Walter de Clifton, Maestro templario. Tras los interrogatorios, Clifton reveló que sus compañeros templarios habían escapado «a través del mar», una prueba más de que los templarios partieron hacia América.

La Escocia de Robert I Bruce, fue otra cosa con su largo historial de implicaciones con los templarios. Según Gardner, el Gran Maestre Payens se reunió con el rey escocés justo después del Concilio de Troyes y de que san Bernardo hubiera fusionado la iglesia celta con la propia Orden del Císter. Los Caballeros Templarios habían sido alentados y apoyados por una sucesión de reyes escoceses, empezando por el rey David, y consiguieron una considerable cantidad de propiedades en el país.

Durante la época de la persecución templaria, el rey Roberto tenía todas las razones para no perseguir a los templarios —él mismo era templario y lo habían sido sus antepasados—, estaba en guerra con Eduardo II y había sido excomulgado por la Iglesia Romana por enfrentarse a Eduardo, yerno de Felipe de Francia. Aislado de la Iglesia y de sus vecinos, Roberto daba la bienvenida a toda ayuda que se presentase.

El bloqueo de los ingleses había cerrado muchas de las rutas que se utilizaban normalmente y que iban del continente hasta la isla. «Pero había una ruta importante abierta», explican Baigent y Leigh, «desde la costa norte de Irlanda, incluida la desembocadura del Foyle en Londonderry a los dominios de Bruce en Argyll,

Kintyre... De este modo los barcos templarios, sus armas y equipamiento los miembros de la orden y, probablemente, el tesoro templario, habrían llegado a Escocia, suministrando los refuerzos y recursos vitales para la causa de Bruce».

Mientras que la historia oficial no da crédito la ayuda prestada por los templarios a la victoria de Bruce sobre los ingleses, los investigadores han encontrado razones considerables para creer que ésta existió. Diversos autores masones afirman rotundamente que los templarios formaban parte del ejército de Bruce.

La batalla de Bannockburn, que logró la independencia de Escocia, se libró el 24 de junio de 1314. Curiosamente, en el día de San Juan, uno de los días más significativos del año para los templarios, quienes veneraban al santo.

Aparentemente para socorrer a una guarnición asediada en el castillo de Stirling, la puerta de acceso a los Highlands, el rey Eduardo movilizó un ejército de más de veinte mil hombres, a los que había que sumar los diez mil de la guarnición de Stirling. Estaba claro que pretendía destruir a Bruce en lugar de simplemente reforzar Stirling. El rey Roberto sólo pudo reunir una fuerza de menos de diez mil, así que con una proporción de tres a uno, sus posibilidades de victoria parecían escasas.

Las dos fuerzas chocaron en las cercanías del castillo de Stirling y lucharon con saña durante todo el día. A pesar de que los datos acerca de la batalla son vagos, parece que una «fuerza fresca» llegó justo cuando la batalla estaba pendiente de un hilo.

La nueva fuerza logró que el rey Eduardo y quinientos de sus mejores caballeros abandonaran el campo, lo que hizo cundir el pánico entre las fuerzas inglesas que aún quedaban. «La retirada derivó pronto en una derrota aplastante, el total del ejército inglés abandonó sus suministros, su equipo, su dinero, sus platos de oro y plata y sus armas», explican Baigent y Leigh.

Estos autores creen que un contingente de templarios, con sus peculiares largas barbas y sus estandartes luciendo una cruz roja, fueron la «fuerza fresca» que infundió terror en los corazones de Eduardo y sus hombres. Otros autores también lo confirman. Gardner escribió que un miembro de la familia Saint-Clair estuvo al mando de los Caballeros Templarios en la batalla de Ban-

nockburn. Mackey escribió que historiadores masones mencionaban condecoraciones concedidas en el campo de Bannockburn, como recompensa por el valor demostrado por el cuerpo de templarios que ayudaron a Bruce en esta victoria memorable».

En la fecha de esa batalla, los templarios supuestamente ya no existían. En 1312 la orden fue oficialmente disuelta por el papa ante la insistencia del rey Felipe, y en 1314 el último Gran Maestro oficial de la orden, Jacques de Molay, fue quemado en la hoguera en París.

Molay, según el autor del siglo XIX Eliphas Levi, organizó la «Masonería Oculta», concretamente añadiendo la herejía sanjuanista al conocimiento secreto de los templarios acerca del viaje de María Magdalena a Europa con los hijos de Jesús.

Los sanjuanistas se llamaban así por Juan el Bautista, a quien consideraban el verdadero mesías bíblico y con Jesús meramente como figura secundaria en el período anterior a la revuelta judía de Palestina. Los sanjuanistas, que afirmaban haber heredado sus conocimientos secretos, creían que Jesús o «Yeshu el ungido» era un simple mortal iniciado en el culto a Osiris. Creían también que la historia de la Virgen María era una invención de escritores posteriores para justificar su nacimiento ilegítimo.

«La secta sanjuanista creía que el título de “Cristo” no era exclusivo de Jesús», explicaron Picknett y Prince, «el *Christos* original griego simplemente significa “ungido” —un término que se podía aplicar a muchos, incluidos muchos reyes y oficiales romanos—. Por consiguiente, los líderes sanjuanistas siempre se llamaban a sí mismos “Cristo”. De forma significativa, Evangelio de Felipe de Nag Hammadi aplica el término “Cristo” a todos los gnósticos iniciados.»

Levi afirma incluso que el Gran Maestro Payens fue iniciado en las ideas de la secta de los sanjuanistas antes de llegar a ser cabeza de los Caballeros Templarios. Esa idea estaría respaldada por la afirmación de líder masón barón von Hund, quien afirmaba representar la «verdadera» francmasonería. Recordemos que von Hund creó la Logia de la Estricta Observancia en Alemania, a la que se conoció primero como la Hermandad de Juan el Bautista. También se ha sugerido que los rituales masónicos que re-

presentan la muerte de Hiram Abif, en realidad simbolizan el martirio del maestre templario Molay.

Si en efecto la elite templaria adoptó las enseñanzas de los sanjuanistas a través del Gran Maestre Molay, es comprensible por qué las autoridades eclesiásticas persistieron en su condena a muerte. Otra razón pudo ser que Molay se retractara de una confesión anterior en la que aceptaba que los cargos impuestos contra los templarios eran verdad.

Molay, que entró en la orden en 1265, había vivido en Siria y, al perder Damasco, se habría trasladado a la encomienda templaria de Chipre. Fue elegido Gran Maestre alrededor de 1298. A finales de 1306 o principios de 1307, Molay fue convocado por el papa Clemente V, supuestamente para discutir la recuperación de Tierra Santa. En lugar de eso, fue interrogado sobre los cargos contra su orden presentados por el rey Felipe. El fatídico viernes 13, Molay fue arrestado e hizo su confesión inicial, probablemente bajo tortura.

Molay también fue obligado a escribir a sus hermanos templarios alentándoles a que se entregaran y confesaran. Las peticiones de Molay de ser juzgado personalmente por el papa fueron infructuosas. En marzo de 1314, después de que tres cardenales le condenaran a cadena perpetua, Molay se retractó de su confesión. Como hereje confeso fue entregado a los oficiales de Felipe, quienes lo quemaron en una hoguera cerca de la catedral de inspiración templaria de Notre-Dame.

La leyenda dice que, envuelto por las llamas, Molay gritó que el papa Clemente y al rey Felipe se reunirían con él ante Dios antes de un año. Ambos hombres murieron, en efecto, antes de un año. Algunos creyeron que los templarios los habían envenenado, mientras que otros creyeron que sus muertes eran consecuencia de la maldición de Molay.

Los autores Knight y Lomas han relacionado la muerte de Molay con una controversia moderna. «El sudario del estilo quimriano-masónico que fue sacado del Temple de París y utilizado para envolver el maltrecho cuerpo del Gran Maestre, viajó con él hasta el hogar de Geoffrey de Charney, donde fue lavado, doblado y guardado en un cajón. Exactamente cincuenta años más

tarde, en 1357, aquellos tres metros y medio de lino fueron sacados de donde habían estado guardados y mostrados públicamente en Livey... Esta pieza de tela es hoy en día conocida como la Sábana Santa de Turín».

En otras partes de Europa, muchos templarios se afeitaron sus llamativas barbas y se mezclaron con la población. Algunos fueron juzgados y al no ser hallados culpables, fueron puestos en libertad. En Alemania, intimidados jueces soltaron a los templarios, que pronto se introdujeron en otras órdenes como la de los Caballeros de Cristo, la de los Caballeros Teutones o la de los hospitalarios.

Los hospitalarios iniciaron su andadura en 1070 —antes de la Primera Cruzada—, cuando un grupo de mercaderes italianos fundaron un hospital dedicado a san Juan en Jerusalén. Después de que los cruzados tomaran la ciudad, en 1099, los hospitalarios se organizaron como orden y escogieron un Gran Maestre. Aunque en principio no eran una orden militar, los Caballeros de San Juan, conocidos simplemente como hospitalarios, se hicieron más combativos cuando los templarios empezaron a destacar.

Al perder Tierra Santa, los hospitalarios se dirigieron a Chipre, junto con los templarios. Después de la destrucción de la Orden del Temple, los hospitalarios recibieron muchas de sus propiedades, lo que sólo incrementaba la riqueza de su ya próspera y poderosa orden. Más tarde se vieron obligados a retirarse a Rodas. Cuando el tercer asedio de los turcos finalmente tomó la isla, en 1522, la orden se asentaría en la isla de Malta, donde se convertirían en la Soberana Orden Militar de Malta o, simplemente, los Caballeros de Malta.

Actualmente, los Caballeros de Malta tienen su sede en Roma, bajo supervisión directa del papa, y son reconocidos como nación soberana por más de cuarenta naciones. Una ramificación inglesa, conocida como los Caballeros de San Juan de Jerusalén, es una orden protestante con sede en Londres y encabezada por el rey o la reina. Según el autor David Icke: «El ala católica y protestante son, en suma, la misma organización al más alto nivel... Las dos formaron parte de la misma fuerza, como la formaron, y la forman los Caballeros Teutones. Todos estaban in-

volucrados en las mismas cosas, incluidas las finanzas y todos utilizaron los mismos métodos deshonestos y sin escrúpulos para alcanzar lo que se proponían».

Norteamericanos de hoy en día que estén conectados con la Orden de Malta serían, los últimos directores de la CIA William Casey y John McCone, el director de la Chrysler Lee Iacocca, el columnista William F. Buckley, Joseph P. Kennedy, el embajador de los Estados Unidos en el Vaticano William Wilson, Clare Boothe Luce y el ex secretario de Estado de los EE.UU. Alexander Haig. El doctor Luigi Gedda, el jefe de la Acción Católica americana, fue condecorado por los Caballeros de Malta por su trabajo de coordinación entre el Vaticano, la CIA y el Movimiento Europeo de Joseph Retinger, el «padre del Club Bilderberg». Actualmente, se cree que la Orden de Malta es el principal canal de comunicación entre el Vaticano y la CIA», han escrito Baigent, Leigh y Lincoln.

«Hoy en día, hay al menos cinco organizaciones que se consideran de alguna u otra manera herederas directas de los templarios», apuntan Baigent y Leigh. Los hospitalarios, los Caballeros de Malta, los Caballeros de San Juan, la francmasonería y los rosacruces, y probablemente algunos otros, remontan su linaje hasta los Caballeros Templarios, con su esotérico conocimiento desenterrado del Templo de Salomón.

Todos estos grupos se fueron mezclando más y más hasta que las trayectorias de sus miembros se volvieron borrosas. Baigent y Leigh dicen que las disposiciones de las propiedades de los templarios en Escocia incluía «algo absolutamente extraordinario, algo que los historiadores han pasado casi totalmente por alto... durante más de dos siglos, en Escocia —desde principios del siglo XIV hasta mediados del siglo XVI— los templarios, según parece, se *fusionaron* con los hospitalarios, de modo que, durante ese período en cuestión, hay numerosas referencias a una única orden conjunta: la Orden de los Caballeros de San Juan y del Templo. (Cursivas de énfasis en el original).

Los Caballeros de Malta sobrevivieron a la persecución medieval mediante la alianza con el Vaticano e incluso participando en la persecución de sus enemigos. Igualmente, muchas de las

familias reales europeas, las usurpadoras de los tronos de los merovingios y otras, actuaban en asociación con el Vaticano para mantener el status quo. A esta realeza se les denomina en determinadas ocasiones como la «Nobleza Negra».

Otra orden que fue creada específicamente para combatir a los enemigos del Vaticano y proteger los secretos de la Iglesia eran los Jesuitas. Esta orden, cuyo nombre oficial es la Compañía de Jesús, fue fundada en 1540 por Ignacio de Loyola, un soldado que se hizo sacerdote y que rápidamente convirtió la organización en una agresiva fuerza militante contra los herejes y los protestantes. Adam Wishaupt utilizó la estructura de los jesuitas como modelo para sus Illuminati.

Pero incluso los belicosos jesuitas eran sensibles al atractivo de los conocimientos secretos de los templarios. Con el tiempo, muchos jesuitas se acercaron demasiado a las herejías de ese período. Empezaron a resistirse a la autoridad de la Iglesia Romana y al poder de los gobiernos, lo que acabó con un edicto contra la orden del papa Clemente XIV, en 1773. Pero el imperativo de proteger la Iglesia, forzó al papa Pío VII, en 1814, a rehabilitar a los jesuitas, y a devolverles todos sus antiguos privilegios.

Después de que los planes del rey Felipe contra los templarios no consiguieran exterminar completamente a todos sus miembros y que se viera que ni siquiera los agresivos jesuitas eran de toda confianza, del esfuerzo por acabar con todos los enemigos de la Iglesia se hizo cargo la Inquisición católica obrando en nombre de una sucesión de papas, los frailes grises franciscanos y los frailes negros dominicos llevaron a cabo innumerables torturas durante la Santa Inquisición católica. En 1480, la Inquisición recuperó su ímpetu de los primeros tiempos, cuando el Gran Inquisidor, el dominico Tomás de Torquemada, puso en marcha la Inquisición española, dirigida sobre todo contra musulmanes y judíos. En 1486 la lista de delitos eclesiásticos creció hasta incluir a los adoradores de Satán, herbolarios, parteras y todo aquel que estuviera en desacuerdo con los dogmas de la Iglesia o los valores sociales locales.

La terrorífica Inquisición, creada para juzgar a los cátaros durante la Cruzada Albigense, no se disolvió por completo hasta

1820. «Mientras tanto, las personas de las clases privilegiadas que poseyeran verdaderas habilidades esotéricas y conocimientos herméticos, se veían obligadas a llevar a cabo sus asuntos en el secretismo de sus logias y clubes clandestinos», apunta Gardner.

«El conocimiento otrora venerado de los templarios fue la causa de su persecución por los salvajes dominicos durante la Inquisición del siglo XIV. En este punto de la historia del cristianismo, el último vestigio de pensamiento libre desapareció», añade.

Mientras que la muerte de Molay acabó con el poder abierto de los Caballeros Templarios, parece no haber sombra de duda de que la orden sobrevivió y se fusionó con otras órdenes secretas. «Los libros de historia y las enciclopedias son casi unánimes en declarar que los Caballeros Templarios se extinguieron en el siglo XIV. Están bastante equivocados», dice Gardner. «La Orden Militar Caballeresca del Templo de Jesús» [un nombre actualizado para los Caballeros Templarios] —que no tienen nada que ver con los posteriores y artificiales Templarios Masones— aún prospera en la Europa continental y Escocia.»

«Después de los siniestros acontecimientos que rodearon la supresión oficial de los templarios, la orden se hizo clandestina y continuó ejerciendo su influencia en muchas otras organizaciones», afirman Picknett y Prince. «Paulatinamente ha ido consolidándose la opinión de que los templarios han continuado existiendo como rosacruces o francmasones, y que el conocimiento que adquirieron se traspasó a estas sociedades.»

Detrás de los Caballeros Templarios se esconde una de las más misteriosas sociedades secretas de entre todas: el casi desconocido Priorato de Sión, otro grupo obsesionado no sólo con la política sino también con las lecturas heterodoxas de la religión.

El Priorato de Sión

Si las afirmaciones de diversos recientes autores son correctas, el *Prieure de Sion* o Priorato de Sión puede ser una de la más antiguas y poderosas sociedades secretas de la historia.

Se dice que fue la fuerza impulsora que había detrás de la creación de los poderosos Caballeros Templarios y hay documentos que muestran que entre los antiguos líderes del Priorato hay nombres como los de Leonardo da Vinci, Robert Fludd, sir Isaac Newton, Victor Hugo y el artista Jean Cocteau. En setecientos años de historia, hay registrados un total de veintiséis antiguos Grandes Maestros. El público ha tenido conocimiento de este grupo hasta mediados del siglo XX, lo que ha despertado la sospecha de que todo el tema es un engaño.

Fue a mediados de la década de 1950 cuando se oyó hablar —sobre todo en Francia— por primera vez del Priorato.

Artículos de periódicos y revistas dispersos aquí y allá empezaron a hablar, en 1956, sobre el «misterio» que rodeaba el pequeño pueblo de Rennes-le-Château, en el Languedoc. Al principio, el rumor parecía calcado de otros rumores que se pueden encontrar en todo el mundo sobre tesoros locales ocultos. Pero con el transcurso de los años y cuanta más información se iba haciendo pública, la historia del Priorato fue asumiendo una mayor importancia.

El «misterio» de Rennes-le-Château involucraba a un sacerdote católico llamado François Berenger Saunière que fue destinado a la parroquia del pueblo en 1885. Joven y bien educado, a Saunière se le asignó esta parroquia en un lugar perdido porque, según parece, provocó la ira de uno de sus superiores. Con todo, el sacerdote, de 33 años, decidió sacar el mayor partido al asunto.

Saunière trabajaba estrechamente con su ama de llaves de ochenta años llamada Marie Denarnaud, cuidando de su parroquia y aún encontraba tiempo para la caza y la pesca. «Leía con voracidad, perfeccionó su latín, aprendió griego y se embarcó en el estudio del hebreo», apuntan Baigent, Leigh y Lincoln. También decidió restaurar la iglesia del pueblo, que había sido consagrada a María Magdalena en 1059, y que se alzaba sobre unas ruinas visigodas del siglo VI.

En 1891, mientras trabajaba en la iglesia, Saunière fue a levantar la piedra del altar y descubrió que uno de sus soportes estaba hueco y que, en su interior, había escondidos cuatro pergaminos: dos genealogías que databan del 1244 y 1644, junto con

dos misivas escritas en la década de 1780 por un antiguo sacerdote de la parroquia, el abad Antoine Bigou.

Los textos de Bigou eran poco corrientes y parecían estar escritos en diferentes códigos. «Algunos de ellos eran fantásticamente complejos, desafiaban incluso a una computadora, e irresolubles sin la clave apropiada», comentan Baigent, Leigh y Lincoln.

Saunière llevó el descubrimiento a su superior, el obispo de la cercana Carcassone quien envió a Saunière a París para reunirse con el director general del Seminario de Saint Sulpice. Más tarde se descubrió que en sus inicios, ese seminario había sido centro de una sociedad heterodoxa llamada *Compagnie du Saint-Sacrement*, que se cree que era una tapadera del Priorato de Sión. Si éste era el caso, explicaría cómo los miembros del Priorato supieron del descubrimiento de Saunière.

Fuera cual fuese el contenido de los documentos, la vida de Saunière tomo un nuevo rumbo. «Durante su corta estancia en París, Saunière se mezcló con la élite cultural de la ciudad, muchos de cuyos miembros se interesaban por las artes ocultas» comentan los autores Vankin y Whalen. «Los rumores de la época decían que tuvo un asunto amoroso con Emma Calve, la famosa diva de la ópera, quien era también la suma sacerdotisa del esoterismo clandestino parisiense. Más tarde ella le visitaría asiduamente en Rennes-le-Château».

Ese viaje de Saunière a París no sólo le reportó nuevos amigos en las altas esferas sino que también acrecentó su fortuna. Antes de su repentina muerte, en 1917, los investigadores estimaron que se había gastado unos cuantos millones de dólares en construcciones y remodelaciones en el pueblo. Durante su trabajo después de su regreso de París, Saunière aún hizo otro descubrimiento, una pequeña cripta debajo de la iglesia que albergaba un grupo de esqueletos.

Su comportamiento se volvió extraño. Saunière borró una inscripción en latín de una lápida mortuoria de un destacado miembro de la familia local de los Blanchefort: sin darse cuenta de que ya había sido hecha una copia de la misma. La traducción del texto dice: «Al rey Dagoberto II y a Sión pertenece este tesoro y

él está enterrado». Empezó a coleccionar sellos y piedras sin ningún valor junto con costosas porcelanas y tapices.

Pero también remodeló la carretera y mejoró el abastecimiento de agua del pueblo, reunió una gigantesca biblioteca y construyó un parque zoológico, una suntuosa casa de campo que llamó Villa Bethania y una torre circular llamada *Tour Magdala* o Torre Magdalena; todo ello indicaba un repentino enriquecimiento.

Dentro de la iglesia reformada, Saunière erigió una estatua extraña del demonio Asmodeo «custodio de los secretos, guardián de los tesoros ocultos y, según la antigua leyenda judaica, constructor del templo de Salomón». También llenó la iglesia con extraños paneles pintados, uno de ellos representaba el cuerpo de Jesús llevado a su tumba. Pero la luna llena que aparecía en el panel hizo que los autores Baigent, Leigh y Lincoln sospecharan que en realidad el cuerpo estaba siendo sacado de la tumba a altas horas de la noche. Sobre la entrada a la iglesia hizo inscribir en latín *Terribilis est locus iste* o «Este lugar es terrible». Tal vez Saunière estaba citando las palabras que dice Jacob en el Génesis 28, 17: «¡Este es un lugar terrible!» cuando se da cuenta que ha encontrado la «Puerta del Cielo».

Al pueblo llegaron visitantes poco comunes, como el archiduque Johann von Habsburg, primo del emperador austríaco Francisco José. «Los registros de sus cuentas bancarias revelaron que Saunière y el archiduque habían abierto cuentas consecutivas en el mismo día», señala el trío de autores, «y que este último había transferido una suma sustancial al sacerdote».

Saunière empezó a mostrar una desafiante independencia ante sus superiores, se negó a revelar el origen de su recién descubierta fortuna y no accedió a ser trasladado de Rennes-le-Château, donde él y su ama de llaves habían sido vistos cavando incesantemente en el cementerio, junto a la iglesia. A la hora de la verdad, el Vaticano apoyó a Saunière, un buen indicador de la importancia de sus descubrimientos.

El 17 de enero de 1917, día de la fiesta oficial del Seminario de Saint Sulpice donde primero consultó a los expertos sobre los documentos descubiertos, así como el día en que había borrado la inscripción de la lápida de los Blanchefort y cinco días después

de que su ama de llaves encargara inexplicablemente un ataúd, Saunière sufrió un repentino derrame cerebral. Se llamó a un sacerdote de una parroquia cercana que le administrara la extremaunción pero, «visiblemente alterado», rechazó hacerlo después de escuchar la confesión de Saunière, que nunca se ha hecho pública.

Marie Denarnaud guardó silencio sobre las actividades de Saunière y residió tranquilamente en Villa Bethania. Hacia el final de su vida vendió la villa a un hombre a quien prometió revelar un secreto que le haría rico y poderoso. Desgraciadamente, murió también de una apoplejía antes de transmitir este secreto.

Entonces empezó el misterio de Rennes-le-Château. «Las especulaciones sobre la verdadera naturaleza de los descubrimientos de Saunière han ido cambiando según los años», escribieron Pickett y Prince. Lo más prosaicos han sugerido que encontró un cuantioso tesoro, mientras que otros creen que era algo considerablemente más extraordinario, como el Arca de la Alianza, el tesoro del Templo de Jerusalén, el Santo Grial, e incluso la tumba de Cristo... El Priorato asegura que lo descubierto por Saunière eran unos pergaminos que contenían la información genealógica que demostraría la supervivencia de la dinastía merovingia.»

Dos son las cosas que parecen verdaderas en esta historia: que Saunière encontró algo por lo que alguna persona o grupo de personas estarían dispuestos a pagar grandes sumas de dinero y que continuó buscando más el resto de su vida. Parece igualmente claro que sus superiores en la Iglesia consintieron todo lo que a Saunière le vino en gana. Un miembro del Priorato sugirió incluso que altos cargos de la Iglesia pagaron a Saunière por sus esfuerzos y su silencio.

Según un informe, otro clérigo llamado Antoine Gelis, amigo de Saunière, también heredó una cantidad considerable de dinero. Lo que Gelis pudiera saber sobre este asunto, murió con él en noviembre de 1897, cuando el anciano clérigo fue encontrado muerto a golpes en su casa. Los detalles de su muerte desaparecieron de los archivos de la Iglesia y sólo se pueden reconstruir a partir de los informes de la policía y el juzgado.

En 1969, el productor de documentales de la BBC, Henry Lincoln, leyó sobre el misterio mientras estaba de vacaciones en

Francia. Al poco formó equipo con el novelista Richard Leigh y fotoperiodista Michael Baigent para investigar acerca de esta historia, investigaciones que acabaron sirviéndole para varios programas de televisión, así como para escribir el *bestseller*, *El enigma sagrado* (1982). Ese libro sacó a la luz la historia del Priorato para los lectores de todo el mundo.

Esa investigación les condujo desde Rennes-le-Château y la familia Blanchefort, a los Caballeros Templarios, los cátaros y la orden del Priorato de Sión. Bertrand de Blanchefort fue el cuarto Gran Maestre de los Caballeros Templarios, y operaba desde una encomienda en las inmediaciones de Rennes-le-Château. Ya se ha dicho antes que los Blanchefort lucharon junto a los cátaros y que Bertrand era un protegido del fundador del Temple André de Montbard.

Baigent, Leigh y Lincoln descubrieron que durante el tiempo que Blanchefort guió a la orden, fueron enviados templarios a las proximidades de Rennes-le-Château, donde trabajaron en excavaciones extensivas. Primero pensaron que podía haber sido una misión para enterrar y salvaguardar el tesoro que habían recuperado en Jerusalén, pero sus sospechas fueron en aumento al descubrir que, cuando el rey Felipe puso en marcha en 1307 la persecución de todos los miembros de la Orden del Temple en todo el país, sólo los templarios que estaban en los alrededores de Rennes-le-Château no fueron molestados. No hay que olvidar que, durante la segunda guerra mundial, las tropas alemanas, por lo visto, también excavaron exhaustivamente en las cercanías de Rennes-le-Château al parecer buscando reliquias sagradas, tal como se llevó a la pantalla en dos películas de Indiana Jones del director Steven Spielberg.

Los tres investigadores británicos acumularon copiosa información sobre el Priorato, entre ellas un buen número de libros del escritor francés Gérard de Sède, que descubrieron que estaba relacionado con Pierre Plantard de Saint-Clair, un miembro del moderno Priorato de Sión. Su investigación los condujo a la Biblioteca Nacional de Francia, donde estudiaron unos microfilms de unos documentos catalogados Archivos Secretos, que remontaban la historia del Priorato al tiempo de las cruzadas, y la vincu-

laban estrechamente con los Caballeros Templarios. Esos archivos mencionaban a Grandes Maestres del pasado del Priorato, explicaban la historia detallada e incluso afirmaban que Saunière estuvo trabajando para la orden en Rennes-le-Château. Puesto que esos documentos fueron datados en la década de 1950, aunque no se colocaron en los archivos hasta mediados de la década de 1960, sigue la encarnizada controversia en torno a la legitimidad de esos documentos sin que exista una prueba definitiva por parte de ninguno de los dos lados; algo parecido a lo que sucedió con los documentos MJ-12 en Estados Unidos.

«Un curioso dato de los informes es que se ve constantemente y entre líneas que los autores tuvieron acceso a archivos oficiales del gobierno y de la policía», apuntan Picknett y Prince, que, por lo general, se muestran más cínicos respecto a la información del Priorato que otros escritores. Dicen que los críticos de la historia del Priorato aseguran que el grupo no existió hasta que el nombre apareció por primera vez públicamente en la década de 1950, y que toda la idea es un invento de «unos monárquicos con ilimitados delirios de grandeza».

Baigent, Leigh y Lincoln responden a esto al afirmar que hay al menos una carta del rey Luis VII, datada del 1178 para la *Ordre de Sion*, en Orléans junto con una bula papal confirmando las posesiones de la orden. Explican que muchos documentos pertenecientes a la orden fueron destruidos cuando Orléans fue bombardeada por los alemanes en 1940.

Nombres relacionados con los templarios y la francmasonería afloraron en su investigación: Marie de Saint-Clair, una descendiente de Henry Saint-Clair, relacionado con la capilla Rosslyn, que por lo visto se casó con Jean de Gisors quien a su vez se dice que fue el primer Gran Maestre independiente del Priorato de Sión; René d'Anjou que, entre otros, ostentaba el título de «rey de Jerusalén», lo que demostraba la descendencia templaria del condado de Anjou, era citado como Gran Maestre de Sión desde 1418 a 1480; el gran Leonardo da Vinci también constaba en la lista de grandes maestros del Priorato desde 1510 a 1519; Robert Fludd, amigo de sir Francis Bacon y de varios reyes ingleses, aparece como Gran Maestre del Priorato desde 1595 a 1637;

Johann Valentin Andrea, el clérigo relacionado con la francmasonería de Hesse y autor de los *Manifestos Rosacruceanos*, consta como Gran Maestre de Sión desde 1637 a 1654; Robert Boyle, miembro del «Colegio Invisible» de Bacon que, según se dice, enseñó alquimia a sir Isaac Newton, también sirvió a la orden entre 1654 y 1691; mientras el famoso francmasón Newton, por lo visto, reemplazó a Boyle como Gran Maestre de Sión desde 1691 a 1727.

Otros Grandes Maestres de Sión que aparecen en los Archivos Secretos, dan idea de la profundidad y el alcance del Priorato. Entre ellos figuran Charles Radclyffe, un primo del «príncipe Bonnie Charlie»; Carlos de Lorena, que también fue Gran Maestre de la orden teutónica de inspiración templaria; Maximiliano de Lorena, sobrino de Carlos y mentor de los músicos Franz Joseph Haydn, Wolfgang Amadeus Mozart y Ludwig van Beethoven, Victor Hugo, un aristócrata de Lorena y autor de *El jorobado de Notre-Dame* y *Los miserables*; del compositor Claude Debussy, amigo del escritor Oscar Wilde, del poeta W. B. Yeats, el novelista Marcel Proust, la diva de la ópera Emma Calve y el joven sacerdote de Rennes-le-Château, Berenger Saunière.

Basándose en su investigación, Baigent, Leigh y Lincoln reconocieron como un «hecho histórico indiscutible» que el Priorato de Sión, con nombres diferentes en distintas épocas, fue la sociedad secreta que había detrás de los Caballeros Templarios y que sobrevivió a la aniquilación de éstos en el siglo XIV. Los Archivos Secretos dicen también que algunos miembros del Priorato —pertenecientes a las familias Gisor, Anjou y Saint-Clair incluido Hugo de Payens y Godofredo de Bouillon— figuran entre los fundadores del Temple.

Estos tres autores creen que el Priorato todavía existe hoy en día y que «sus acciones en la sombra, entre bambalinas, han orquestado algunos de los acontecimientos más importantes de la historia occidental». No queda demostrada la implicación de los miembros del Priorato en los núcleos de la francmasonería, los Illuminati y las Mesas Redondas.

Según esta tríada de investigadores, «el objetivo declarado y abierto del *Prieure de Sion* es la restauración de la dinastía y la des-

endencia merovingia, no sólo al trono de Francia sino también a los tronos de otras naciones europeas».

Asimismo aseguran que miembros del Priorato trabajaron a través de la francmasonería en el siglo XIX para hacer renacer el Sacro Imperio Romano, que debía ser gobernado conjuntamente por la familia de los Habsburgo y una Iglesia Romana reformada. En la práctica, ese plan se vio frustrado por la primera guerra mundial y la decadencia de las dinastías reales europeas.

A lo largo de los años, el Priorato —que según parece heredó los descubrimientos de Jerusalén, si es que no los inició— no sólo se ha preocupado de linajes monárquicos, sino del conocimiento herético de los cátaros y de las primeras sectas.

«De repente, la serpenteante historia de Europa desarrolla una línea argumental dramática y coherente», apuntan Vankin y Whalen. «La persecución de los cátaros por parte de la Iglesia, la implicación de Roma en el asesinato del rey merovingio Dagoberto, la exitosa conspiración del papa Clemente V y de Felipe IV de Francia para suprimir a los poderosos templarios; todos ellos fueron esfuerzos para erradicar... el linaje de Jesús... Para lo cual constituyeron nada menos que una Iglesia rival, con el vínculo más directo al legado de Jesucristo que el Vaticano pudiera nunca reivindicar».

En un trabajo anterior, Vankin había argumentado su creencia de que la Iglesia había suprimido documentos que pertenecían a Jesús, se basaba en la información contenida en textos templarios y del Priorato. «Hay dos posibles explicaciones para la ausencia de textos sagrados. La primera, Jesús nunca existió: es puramente un personaje de ficción. Segunda, y más probable según mi punto de vista, que los escritos históricos sobre Jesús hayan sido censurados para asegurarse de que ninguna información contradecía la biografía "oficial", la cual daba a la Iglesia la justificación de su poder. En cualquiera de los escenarios, la historia de Jesús contiene muchos secretos peligrosos».

Como se ha mencionado con anterioridad, Baigent, Leigh y Lincoln llegaron a la conclusión de que, en realidad, los famosos *Protocolos de los sabios de Sión* eran obra del Priorato. Tras muchas investigaciones, el trío concluyó que los Protocolos proce-

dían de un documento real que nada tenía que ver con ninguna conspiración judía internacional, sino que había sido sacada a la luz por «alguna organización masónica o sociedad secreta de corte masónico que incorporó la palabra "Sión"... y que muy bien podía haber elaborado un programa para adquirir poder, para infiltrarse en la francmasonería, para controlar instituciones sociales, políticas y económicas».

Sea lo que sea hoy en día, según los Archivos Secretos, el Priorato fue fundado en 1090 por Godofredo de Bouillon, duque de Baja Lorena y apuesto descendiente de Carlomagno, que lideró la Primera Cruzada para tomar Jerusalén. No obstante, otros documentos del Priorato afirman que la orden no se fundó hasta 1099, año en que Jerusalén fue tomada y sus habitantes masacrados. En esos textos también se lee que el hermano menor de Bouillon le debe el trono al Priorato y, en efecto, su hermano Balduino I se convirtió en rey de Jerusalén. Balduino II, que autorizó la Orden del Temple, le sucedió.

Al margen del año en que constituyera el Priorato, una vez se consumó la toma de Jerusalén, algunos caballeros se establecieron en una abadía construida por Bouillon sobre las ruinas de una iglesia bizantina, sobre el monte Sión, al sur de la ciudad. Ésta se convirtió en la abadía de Notre-Dame del monte Sión, a partir de la cual la orden tomó el nombre de Caballeros de la Orden de Notre-Dame de Sión. La palabra Sión se cree que es una transliteración de Zión, que a su vez era una transliteración del nombre hebreo antiguo para designar Jerusalén.

Baigent, Leigh y Lincoln dicen haber encontrado una carta original del Priorato, datada en 1125, en la que aparece el nombre del Gran Maestre templario Hugo de Payens, lo que vincularía definitivamente ambas órdenes.

Picknett y Prince sostienen que el Priorato y los templarios eran «prácticamente la misma organización presidida por el mismo Gran Maestre, hasta que se escindieron y tomaron caminos separados en 1188».

En líneas generales, Gardner se muestra de acuerdo, pero añade que la Orden de Sión fue fundada por los Caballeros Templarios que admitían a judíos y musulmanes dentro de su orden

cristiana, y que ambas compartían un mismo Gran Maestre. «Aunque los primeros templarios tenían afiliación cristiana, éstos eran notables exponentes de tolerancia religiosa, lo cual les permitió ser diplomáticos influyentes en ambas comunidades, la judía y la islámica. Sin embargo, su asociación liberal con judíos y musulmanes fue denunciada como “herejía” por los obispos católicos y contribuyó decisivamente a la excomunión de los caballeros por la Iglesia de Roma en 1306».

Según parece, la Orden de Sión fue reestructurada en 1188, un año después de que Jerusalén fuera reconquistada por los musulmanes y todos los involucrados hubieran regresado a Francia. En la localidad de Gisors se produjo algún tipo de ruptura entre la orden y los templarios. Más tarde, la orden se implicó más con el linaje francés de los merovingios, mientras que los templarios, como ya hemos apuntado antes, se replegaron a las islas de Chipre y Rodas y se vincularon más con los linajes monárquicos de Inglaterra y Escocia.

Según documentos del Priorato, Jean de Gisors fue el primer Gran Maestre de la orden tras su separación de los templarios, que ellos llamaban «la tala del olmo». La orden estaba ya relacionada con los rosacruces mediante Johann Andrea. Según el escrito de un sacerdote de 1629, Gisors fue de hecho el fundador de la Orden Rosacruz en 1188. Esta misma referencia se encuentra en los Archivos Secretos, según Baignen, Leigh y Lincoln. La idea de que ambos, Gisors y Andrea, fueran servidores de Sión, añadió mucha credibilidad a la afirmación de que estaban implicados en la creación del rosacrucismo.

No cabe la menor duda de que, poco después de la Primera Cruzada, había una mezcla de ideas, teología y antiguos secretos procedentes de los rosacruces, los Caballeros Templarios y el Priorato de Sión.

Tras la ruptura con los templarios, un gran priorato de la *Ordre de Sion* se estableció a mediados del siglo XII en Orléans según una carta del rey Luis VII, cuyo original se halla todavía en archivos municipales.

Desde ese preciso momento hasta el día de hoy, la historia del Priorato está envuelta de misterio. La primera noticia concreta so-

bre la existencia del Priorato procede de julio de 1956, cuando un *Prieure de Sion*, con el objetivo explícito de «llevar a cabo estudios y prestarse ayuda mutua entre los miembros», fue registrado por las autoridades francesas. Incluso entonces, la dirección que constaba era ilocalizable y poco se sabía sobre el grupo. Más o menos durante esa época, el Priorato aseguraba contar con casi diez mil miembros divididos en «grados» y a la cabeza, un Gran Maestre, aunque esa información es altamente cuestionable. Asimismo afirmaban que no eran una sociedad secreta, aunque los esfuerzos para obtener información fiable acerca de la orden todavía se encuentran con negativas, elusiones y disimulos.

Uno de los miembros del Priorato que constaba en la lista, era Pierre Plantard, el mismo hombre relacionado con *De Sède*, el periodista francés que escribió sobre la orden en los últimos años. Se dijo que Plantard era el secretario general del Departamento de Documentación, lo cual implicaba la existencia de otros departamentos dentro de la orden.

Entretanto, más documentos del Priorato se hicieron públicos, pero sólo en pequeña cantidad y ediciones privadas. «Cualesquiera que fuera la motivación que había detrás [de ellos], no cabe la menor duda de que ésta no eran los beneficios económicos», apuntan Baignen, Leigh y Lincoln, que estaban convencidos que la dosificación de información acerca del Priorato «estaba perfectamente calculada para “preparar el terreno” para alguna revelación sorprendente».

Los tres autores dicen que, en 1981, en una noticia de la prensa francesa se informaba que Pierre Plantard había sido elegido como Gran Maestre del Priorato de Sión y que su elección era «un paso decisivo en la evolución de la concepción y su espíritu en relación con el mundo; los 121 dignatarios del *Prieure de Sion* son todos *eminences grises* [eminencias grises] de las altas finanzas y de las sociedades políticas y filosóficas internacionales; y Pierre Plantard es el descendiente directo, a través de Dagoberto II, de los reyes merovingios».

El difunto Plantard estuvo relacionado con el Priorato a lo largo de su vida. No sólo era la aparente fuente de información del Priorato para investigadores selectos sino que tenía una pro-

piedad en las cercanías de Rennes-le-Château, y su padre, por lo visto, conocía al sacerdote Saunière. Al parecer, Plantard colaboró con la Resistencia francesa durante la segunda guerra mundial y fue retenido por la Gestapo alemana durante más de un año hacia el final de la guerra. Curiosamente, el nombre en clave de uno de los conspiradores en contra de Hitler era «Eminencia gris». En 1958, junto con el ministro francés André Malraux, ayudó a organizar el movimiento que devolvió el poder en Francia a Charles de Gaulle. Es evidente que Plantard no era un don nadie.

Tras arduos esfuerzos los autores Baigent, Leigh y Lincoln lograron mantener una serie de entrevistas con Plantard a principios de 1979. Les pareció aristocrático y cortés, elocuente y con un mordaz sentido del humor. Aunque en general se mostró vago y evasivo respecto a la orden, Plantard afirmó que el Priorato estaba en posesión del «tesoro» perdido del Templo de Salomón, y que tenía previsto devolverlo a Israel «en el momento oportuno». También indicó que en un futuro cercano, una monarquía sería restaurada en Francia y, tal vez, en otras naciones.

«De nuevo debemos decir que consideramos el *Prieure de Sion* como una secta menor compuesta por “lunáticos”, por no decir un engaño absoluto», afirman los autores. «Incluso aunque nuestra propia investigación indica que la Orden había ostentado en el pasado un poder real, y había estado involucrada en asuntos de elevada trascendencia internacional».

Otros autores han cuestionado asimismo las declaraciones de Plantard así como de los Archivos Secretos «A partir de las pruebas que aportan los Archivos Secretos, la supervivencia de la dinastía merovingia más allá del rey Dagoberto II, por no mencionar la continuación de una línea de descendencia clara y directa hasta finales del siglo XX, es, en el mejor de los casos, frágil, y en el peor una ficción demostrable», comentan Picknett y Prince.

Robert Richardson, en un escrito aparecido en *Gnosis Magazine*, en la primavera de 1999, fue más directamente al grano al afirmar inequívocamente que toda la historia del Priorato era un «fraude». De manera imprecisa conectó a Plantard con las organizaciones esotéricas de la preguerra y concluyó: «La fraudulenta historia del Priorato de Sión y su falso linaje fue fabricada utili-

zando una ingente cantidad de documentos esotéricos al alcance de todo el mundo en las bibliotecas francesas y depositando sus documentos propios entre ellos».

Aunque confirmó que una verdadera orden monástica católica llamada Priorato de Sión existió en Jerusalén en la época de las cruzadas, Richardson dijo que ésta había sido absorbida por los jesuitas y acabó desapareciendo en 1617. Afirmó que Plantard y otros miembros de extrema derecha, integrantes de un grupo conocido como Alpha Galates fraguaron la historia del Priorato «colocando historias inventadas en bibliotecas, estableciendo asociaciones falsas entre ellos y grupos esotéricos antiguos, y usurpando la herencia de los grupos esotéricos de la preguerra».

«El grupo del Priorato ha plagiado sobre todo a la Orden de los Rosacruces del Temple y del Grial, cuya fundación se debe a Joséphin Péladan, en 1891», escribió Richardson. «Ese grupo estaba estrechamente relacionado con los asuntos de Rennes-le-Château». Asimismo afirmó que la Gran Logia Masónica francesa había denunciado a George Monti, secretario de Péladan y seguidor del Rito Masónico Escocés, por sus falsas pretensiones de formar parte de la nobleza. Salpicó de paso a Plantard al afirmar: «Es altamente probable que Alpha Galates [y por consiguiente Plantard] fuera una tapadera para el grupo de Monti, y que el grupo de Monti estuviera elaborando un plan que se llevaría a cabo bajo la máscara del Priorato de Sión».

Aunque, sin duda alguna, Richardson acertó en algunas de sus opiniones, también formuló afirmaciones cuestionables. Por ejemplo, puso en duda alguna de las conclusiones de Baigent, Leigh y Lincoln con respecto a Bertrand de Blanchefort. «Blanchefort era el hogar de un noble cátaro con ese nombre. No un Gran Maestre templario. Pocos investigadores se han molestado en investigar esta u otras innumerables rotundas ficciones».

Con todo, en un escrito de 1842, un siglo antes de la época de Plantard y Alpha Galates y citando fuentes más antiguas, el autor masón Charles G. Addison hablaba extensamente sobre Bertrand de Blanchefort y decía que había sido Gran Maestre templario entre 1156 y 1169. Obviamente esta historia es algo más que un simple engaño, aunque la verdad parezca eludirnos.

Mientras también se ponía en duda el intento por parte del Priorato, de preservación del linaje merovingio, Picknett y Prince concluyeron que, detrás de esta «cortina de humo, de sinsentido a gran escala, prevaricación y ofuscación, subyace un firme y serio propósito».

Un intento por discernir ese propósito requiere un estudio de la dinastía merovingia.

Los merovingios

La dinastía merovingia de los francos ha sido tradicionalmente considerada la primera estirpe de reyes en el territorio que actualmente es Francia. Francia debe su nombre a los francos y a su primer dirigente, Francio, que según se dice era descendiente de Noé.

La estirpe de Francio emigró desde la legendaria ciudad de Troya, al noroeste de Turquía, trasladando su linaje real a los galos. Ellos bautizaron sus asentamientos como Troyes, a partir del nombre de su tierra natal. La ciudad de París fue llamada así por el héroe griego Paris cuya fuga con Elena hacia Troya precipitó la guerra troyana.

La palabra «merovingio» procede de Meroveo, el padre de Childerico I, gobernante de los francos salios. Según el genealogista Gardner, el linaje de Meroveo se remonta, a través de su padre, Clodio, a José de Arimatea hasta llegar a Jesús. «Pese a las genealogías minuciosamente elaboradas de ese tiempo, la herencia de Meroveo se ha oscurecido de manera extraña en los anales monásticos», apunta Gardner. Aunque Meroveo era el hijo legítimo de Clodio, el historiador Prisco afirma no obstante que «fue engendrado por una misteriosa bestia marina (*Bistea Neptunis*). Algo muy especial rodea al rey Meroveo y a los sacerdotes que le sucedieron, puesto que fueron objeto de una veneración muy especial y conocidos por su erudición esotérica y sus atributos sobrenaturales».

Baigent, Leigh y Lincoln interpretaron la leyenda según la cual una criatura del mar era el padre de Meroveo como una alusión, o un encubrimiento, de la idea de una especie de alianza

dinástica o matrimonio mixto. Algunos autores han sugerido que la historia de la «bestia del mar» era una interpretación errónea de la idea de que Meroveo era medio pez, ya que el pez había sido durante mucho tiempo símbolo de Cristo.

El autor francés Gérard de Sède causó estupor al declarar que los merovingios eran, de hecho, descendientes de extraterrestres que se cruzaron con israelitas antiguos escogidos. David Word se hizo eco de esa alegación, y escribió que esa dinastía monárquica, así como la de todos los humanos, descendía de una «superraza» extraterrestre.

El nieto de Meroveo, Clodoveo I, tomó el control alrededor del 482 d. C. (aproximadamente diez años después de la caída del Imperio Romano) y llegó a extender su gobierno hasta incluir a la mayoría de los galos. París era su capital, estatus que la ciudad mantuvo cuando Hugo Capeto se convirtió en rey de Francia en 987 d. C.

Según los Archivos Secretos del Priorato de Sión, los merovingios eran de origen judío. «Eran la tribu perdida de Benjamín, que emigró a Grecia y de allí a Alemania, donde se convertirían en los francos», sostienen Picknett y Prince. Otros apuntan que hubo tantos matrimonios mixtos en la región que los términos «godo» y «judío» se convirtieron en intercambiables.

Los Archivos Secretos sostienen que los descendientes de Jesús y María Magdalena vivieron en el sur de Francia, se casaron con francos y fundaron la dinastía monárquica de los merovingios. Los miembros del Priorato afirmaban que los pergaminos descubiertos por el sacerdote Saunière en Rennes-le-Château eran listas genealógicas de los merovingios que llegaban hasta los descendientes que viven en Europa actualmente, incluido el evasivo Pierre Plantard.

Algún apoyo a esta idea se puede encontrar en la principalidad judía de Septimania, creada a mediados del siglo VIII después de que los habitantes judíos de Narbona ayudaran al príncipe Pipino a arrebatársela a los musulmanes. El primer rey de Septimania fue un noble franco llamado Teodorico (los romances del Grial se refieren a él como Aymery), un judío «reconocido tanto por Pipino como por el califa de Bagdad como «la

semilla de la casa real de David». Muchos piensan que Teodorico también fue merovingio. De su hijo, Guillem de Gellone, fue asimismo proclamado rey, tanto por su sangre real judía como por merovingio.

«Jesús era de la tribu de Judá y la casa real de David. Se dice que Magdalena transportó el Grial —el *Sangraal* o «sangre real»— a Francia», apuntan Baigent, Leigh y Lincoln. «Y en el siglo VIII hubo, en el sur de Francia, un potentado [Guillem] de la tribu de Judá, de la dinastía de David, que fue reconocido como rey de los judíos. No obstante, él no fue sólo un judío practicante; fue también un merovingio.»

Clodoveo se convirtió al cristianismo después de evocar el nombre de Jesús ante el apremio de su mujer católica Clotilde durante una batalla crucial y finalmente exitosa en el año 496. Todo esto sobrevino durante el declive de la Iglesia Romana, entonces enzarzada en una guerra continua contra los arrianos.

El arrianismo, denominación que proviene del sacerdote alejandrino Arrio, enseñaba que Dios lo creó todo incluido al propio Jesús y, por lo tanto, Jesús no era Dios en sí mismo sino más bien un maestro celestial, un Mesías. Ese concepto, reforzado tal vez por el fervor que se sentía hacia Magdalena en el sur de Francia, cosechó una enorme popularidad en la época.

Para hacer frente al arrianismo, el emperador Constantino convocó el Concilio de Nicea en 325 d. C. Cuando Arrio se levantó para expresar su punto de vista, recibió un puñetazo en la cara. El concilio, bajo firme control de la Iglesia Romana, declaró que Dios era una Trinidad —el Padre, el hijo y el espíritu santo—. Arrio y sus seguidores fueron expulsados. «Sólo hubo, a partir de ese momento, dos objetos oficiales de adoración», comenta Gardner. «La Santa Trinidad de Dios y el propio emperador —el recién designado Salvador del Mundo—. Cualquiera que pusiera esto en tela de juicio de la manera que fuera, era inmediatamente declarado hereje. A los cristianos que pretendieron seguir manteniendo la idea de Jesús como el Cristo mesiánico, la Iglesia imperial los expulsó por paganos».

A pesar de los edictos de Roma, el arrianismo mantuvo su fuerza en el oeste de Europa. «Si los primeros merovingios, ante-

riores a Clodoveo, hubieran sido del todo receptivos al cristianismo, habrían seguido el cristianismo arriano de sus inmediatos vecinos, los visigodos y los burgundios», comentaron Baigent, Leigh y Lincoln.

Cuando Clodoveo recibió las aguas bautismales y se hizo católico, casi la mitad de sus tropas siguieron el ejemplo. «Una gran ola de conversiones se sucedieron, y la Iglesia Romana se pudo salvar así de un derrumbe casi inminente», afirma Gardner. «De hecho, de no haber sido por el bautismo del rey Clodoveo, la religión cristiana de la Europa occidental ahora sería la arriana en lugar de la católica.» Las autoridades romanas, por su parte, proclamaron a Clodoveo como el «nuevo Constantino» y le prometieron lealtad, tanto a él como a sus descendientes, una promesa que no tardaron en romper.

Tras la muerte de Clodoveo en 511, el reino fue repartido entre sus cuatro hijos: Teodorico, Childeberto, Clodomiro y Clotario. Los emblemas de los reyes merovingios eran el pez (aún símbolo de Jesús), el león de Judá (un indicio más de la herencia hebrea) y la flor de lis (que luego se convirtió en el símbolo de la realeza francesa). A pesar de los conflictos entre los hermanos, el reino de los merovingios se extendió hasta incluir Septimania, junto con la costa mediterránea entre la Provenza y España hasta la Sajonia en el norte y hacia el este de Baviera.

En 561, el reinado fue dividido entre los nietos de Clodoveo —Cariberto I, Gontrán, Sigeberto y Chilperico I. Estos hermanos también se dedicaron a intrigar los unos contra los otros, causando el debilitamiento del reino, de lo que pronto se aprovecharían sus vecinos. En 613, Clotario II —hijo de Chilperico I— consiguió cierta unidad en el reino.

Su hijo, Dagoberto, fue secuestrado a la edad de cinco años y llevado a un monasterio de Dublín, Irlanda, donde fue educado y más tarde se casó con la princesa celta Matilde. Después de su retorno sorpresa a Francia, Dagoberto se mostró más eficaz que su padre para consolidar la soberanía merovingia, pero en 679, mientras se encontraba de cacería, fue asesinado por un criado de Pipino el Gordo, uno de sus propios oficiales, que tenía estrechos lazos con la Iglesia Romana.

Según Gardner, las autoridades papales ocultaron deliberadamente la historia de los merovingios para afianzar su propio poder y preeminencia. «La consecuencia inevitable fue que los registros de la vida de Dagoberto fueron eliminados, hasta el punto de que dejó de existir en las crónicas», escribió. «Hubieron de pasar otros mil años hasta que se hicieran públicos de nuevo los datos de su existencia. Y sólo entonces se supo que Dagoberto tuvo un hijo llamado Sigeberto que fue rescatado de las garras de Pipino el Gordo en 679. Después de la muerte de su padre, fue obligado a abandonar la casa de su madre, en Rennes-le-Château, en el Languedoc... Con el tiempo, la dinastía merovingia, depuesta desde Sigeberto, incluiría al famoso cruzado Godofredo de Bouillon, defensor del Santo Sepulcro.»

Aquí también se pueden encontrar relaciones entre el Priorato de Sión, los Caballeros Templarios y algunas tradiciones más antiguas relacionadas con el linaje de Jesús. Aunque, como señalan Baigent, Leigh y Lincoln, «mientras a la sangre real merovingia se le atribuía una naturaleza sagrada, milagrosa y divina, en ninguna parte aparece explícitamente que esa sangre fuera la de Jesús».

Con todo, la conexión seguía allí, como ponía de relieve el vínculo entre los judíos francos y los merovingios Dagoberto y Guillem de Gellone a través de Hugo de Plantard y hasta Eustaquio, primer conde de Bolonia y abuelo del líder de la cruzada Godofredo de Bouillon. «Y a partir de Godofredo, derivó una dinastía y una "tradición monárquica" que, en virtud de haber sido edificada sobre la "roca de Sión", se equiparaba a las que reinaban en Francia, Inglaterra y Alemania», añaden.

«A fuerza de forjar alianzas dinásticas y convenir matrimonios entre parientes, esta línea llegó a incluir a Godofredo de Bouillon... y a otras familias nobles y reales, de ayer y de hoy: Blanchefort, Gisors, Saint-Clair, Sinclair en Inglaterra... Plantard, y Habsburgo-Lorena.»

Tras la muerte de Dagoberto, se produjo otra división en el reino. Los merovingios supervivientes fueron obligados a ceder el poder a oficiales de la corte conocidos como los «Intendentes del Palacio», de quienes se sabía que estaban bajo control de la Iglesia Católica.

En 750, el último rey merovingio, Childerico III, fue depuesto por uno de esos intendentes —Pipino III el Breve— quien estableció la dinastía carolingia, cuyo nombre debía a su padre, Carolus o Carlos Martel. «La monarquía merovingia ha sido estrictamente dinástica», explicó Gardner, «pero esa tradición estaba destinada a desaparecer cuando Roma aprovechó la oportunidad de crear reyes en virtud de su autoridad papal... El ideal anhelado de la Iglesia durante tanto tiempo se materializó, y a partir desde ese momento, los reyes fueron legitimados y coronados sólo mediante la autoconcedida prerrogativa romana» (Cursiva de énfasis en el original).

«Los reyes merovingios no gobernaron ni fueron políticamente activos», escribe Gardner. «Eran estudiosos fervientes de las prácticas monárquicas de la antigua tradición y su modelo era el rey Salomón, el hijo de David. Su disciplina se basaba en las escrituras del Antiguo Testamento. No obstante todo eso, la Iglesia Romana les declaró impíos.»

Herejías aparte, no cabe duda de por qué la primera Iglesia temía a los merovingios. Si en verdad su linaje estaba relacionado con la «casa real de David» y más en concreto con Jesús, entonces representaban una clara amenaza para la teología formulada por la Iglesia y que, más tarde, las dinastías europeas secundaron.

«La primera misión de la Sociedad Thule fue sentar a un miembro de la familia de Jesús —un merovingio— en el trono de Europa», escribió Henry. «Cuando Hitler entró en escena desmanteló la operación.»

Según diversos escritores modernos, el cuadro que aparece más claro a la luz de las investigaciones y la bibliografía más reciente es éste: María Magdalena, como mujer de Jesús, llegó al sur de Francia después de la crucifixión con los hijos de ambos. Preservaron su linaje viviendo en la gran comunidad judía de la región y, en el siglo V, mezclaron su sangre con la de los francos, mediante matrimonios mixtos para crear la dinastía merovingia. La Iglesia Romana juró lealtad a esta dinastía plenamente consciente de su linaje mesiánico.

Pero las autoridades eclesiásticas, temerosas y recelosas de

esa dinastía nacida de linajes políticos y sacerdotales, promovieron el asesinato de Dagoberto y la usurpación del trono de Childerico III para asumir el control absoluto sobre lo que se convertiría en la nación francesa. Y en medio de esas intrigas serpentean los hilos de los Plantard, los Bouillon, los Caballeros Templarios y el Priorato de Sión.

En el siglo XII, esas familias, que eran plenamente conscientes de su linaje, organizaron una expedición a Jerusalén —si no toda la Primera Cruzada— para recuperar el árbol genealógico de la familia de debajo del templo de Salomón. Asimismo crearon el Priorato de Sión y la Orden del Temple como tapadera para conseguir su propósito. En ese momento, la restauración de la monarquía merovingia puede incluso haber sido un objetivo principal.

Como se ha apuntado anteriormente, los Caballeros Templarios por lo visto tuvieron éxito en su intento de hacerse con el tesoro del Templo; no sabemos si lo que encontraron fue meramente textos históricos o algo más sustancial, como el Arca de la Alianza, o incluso el cuerpo momificado de Jesús. Sea como fuere, pudo haber sido transportado a Rennes-le-Château y reforzado así las creencias de los cátaros hasta el punto de que éstos estaban dispuestos a morir por ellas. Los templarios, menos dispuestos a sacrificarse a sí mismos, simplemente escondieron sus creencias mezclándolas con las de otras sociedades secretas.

A lo largo de los años hubo repetidos intentos de tomar el trono de Francia para la dinastía merovingia, pero sólo una vez, en el siglo XVIII, se estuvo cerca de conseguirlo. Según Baigent, Leigh y Lincoln, «En virtud de sus matrimonios mixtos con los Habsburgo, la casa de Lorena [una familia descendiente de los merovingios] obtuvo el trono del Sacro Imperio Romano (que finalmente dejó de existir en 1806). Cuando María Antonieta, hija de Francisco I de Lorena, se convirtió en reina de Francia, el trono de Francia ya sólo se mantuvo durante una generación. Si la Revolución Francesa no se hubiera producido, la casa Habsburgo-Lorena bien podría, a principios del siglo XIX, haber seguido su camino para establecer su dominio sobre toda Europa».

Se cree que la dinastía de los Habsburgo ha formado parte integral del Priorato de Sión e incluso que están relacionados con

los Rothschild a través de Albrecht, o Archibaldo II, el segundo hijo del emperador del Sacro Imperio Romano Federico I Barbarroja. Los orígenes de la familia se remontan a un cantón suizo llamado *Habichtsburg* (El castillo del halcón), o Habsburgo, construido en 1020 por el obispo de Estrasburgo. Mediante estrategias matrimoniales, los Habsburgo crecieron hasta llegar a ser la más poderosa de las casas monárquicas de Europa. El emperador Maximiliano I, cuyas tropas francesas fueron acuarteladas en México durante la guerra civil norteamericana, era un Habsburgo, al igual que Carlos V, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico.

Pudo haber habido otro intento de hacer revivir el Sacro Imperio Romano a finales del siglo XIX. Según el autor francés Jean-Luc Chaumeil, varios de los personajes implicados en el misterio de Rennes-le-Château —entre ellos el sacerdote Saunière— eran miembros de un grupo ultrasecreto de francmasones de Rito Escocés que, al igual que los Illuminati antes que ellos, perseguían la creación de una unión europea basada en la teosofía y en el gnosticismo. Los objetivos de esta sociedad, que se llamaba *Hieron du Val d'Or*, eran idénticos a los del CFR o la Comisión Trilateral: crear un sistema planetario teocrático «en el que las naciones no serían nada más que provincias, sus líderes meros procónsules al servicio de un gobierno mundial oculto constituido por una élite». Para la mayoría de investigadores, esto suena como un prolegómeno del Nuevo Orden Mundial.

Según Baigent, Leigh y Lincoln, «durante el siglo XIX el *Prieure de Sion*, trabajando en conjunción con la francmasonería y el *Hieron du Val d'Or*, intentaron establecer un nuevo y «actualizado» Sacro Imperio Romano, algo así como unos Estados Unidos teocráticos de Europa, gobernados simultáneamente por los Habsburgo y una Iglesia radicalmente reformada». Por lo visto, este esfuerzo se vio frustrado por los acontecimientos acaecidos a principios del siglo XX.

Gradualmente, el poder de los Habsburgo se fue reduciendo al Imperio austro-húngaro, que se fue a pique tras el asesinato del archiduque Francisco Fernando de Habsburgo y con el fin de la primera guerra mundial. Ahora los Habsburgo parecen estar volviendo al escenario actual con la presencia de Karl Habsburgo-

Lothringen en el Parlamento europeo en representación de Austria, de sus hermanas, políticamente activas tanto en Suecia como en España, y de Gyorgy von Habsburg como un influyente ejecutivo con la mayor productora y distribuidora de cine en Europa central.

La prueba de que miembros del Priorato deben de tener relaciones directas con los francmasones con el objetivo de lograr un cambio político, ha sido aportada por las investigaciones de Baigent, Leigh y Lincoln de los tratados sobre el Priorato depositados en la Biblioteca Nacional de Francia. Uno de estos tratados fue supuestamente escrito por Madeleine Blancassal, un fonético nombre falso, inventado a partir de las propiedades del Priorato la Magdalena y el Languedoc. Tiene particular interés es que esta obra, según el título que reza en la primera página, fue publicado por la Gran Logia Alpina de Suiza —una logia masónica comparable a la Gran Logia de Inglaterra o la Logia del Gran Oriente francesa, y relacionada al escándalo de la Logia P2.

Aunque los miembros de la Logia Alpina negaron saber nada respecto al tratado, al menos otras dos obras llevaban el sello alpino, y el periodista francés Mathieu Paolio dijo haber visto esas publicaciones en la Biblioteca de la Logia Alpina. Poco después de que Paolio publicara un libro en Francia hablando del interés del Priorato respecto a la dinastía merovingia, aceptó un puesto en Israel, donde fue ejecutado acusado de espionaje.

Una red de amplio alcance

Icke afirma que Henry Kissinger es miembro de la Gran Logia Alpina y que «está involucrado al más alto nivel en la manipulación global».

Recordemos que el nombre de Kissinger salió a relucir en la investigación oficial sobre el escándalo de la Logia P2 en Italia en la década de 1980. Icke relaciona indirectamente a Kissinger con el Priorato, que Baigent, Leigh y Lincoln descubrieron que contaba con «un contingente norteamericano».

Este trío de autores intentó rastrear los manuscritos perdidos que se dice fueron encontrados por el sacerdote Saunière en Rennes-le-Château a finales del siglo XIX. Compilando informa-

ción confusa, a veces fraudulenta, llegaron a la conclusión de que al menos tres de los documentos de Saunière fueron adquiridos por la sobrina del sacerdote y trasladados a Inglaterra a mediados de la década de 1950 por tres hombres, de los cuales como mínimo uno de ellos era miembro de la Inteligencia británica. Según los documentos oficiales que autorizaban la transferencia, «esas genealogías contienen pruebas de la descendencia directa, a través de la línea masculina merovingia de Sigeberto IV, hijo de Dagoberto II... a través de la Casa de Plantard, los condes de Rhedae [el antiguo nombre de Rennes-le-Château]...».

Los documentos estuvieron en poder de Lloyds International de Londres hasta 1979, cuando, al parecer, fueron enviados a un banco de París después de que Lloyds dejara de tener cajas de seguridad.

Comprobando las conexiones inglesas con los documentos del Priorato, Baigent, Leigh y Lincoln encontraron que todos los nombres apuntaban a una gran compañía aseguradora llamada Guardian Assurance, que hoy en día se llama Guardian Royal Exchange Assurance. También encontraron que todos los hombres nombrados eran figuras destacadas que ostentaban títulos aristocráticos o que pertenecían a la comunidad bancaria o empresarial. Algunos tenían relación con Winston Churchill y los servicios de Inteligencia.

En enero de 1984, la trama se hizo más densa cuando los autores recibieron una carta de dos páginas firmada por Plantard con el logotipo del *Prieure de Sion* y un blasón que contenía las letras R y C, ellos dedujeron que se refería a la Orden Rosacruz. Esa *Mise en Garde* o Carta de Advertencia les avisaba de las acciones legales que se emprenderían contra cualquiera de quien se sospechara que se hubiera incautado o hubiera falsificado documentos del Priorato.

Significativamente, todos los nombres que aparecían en la *Mise*, salvo Plantard, estaban relacionados con el First National Bank de Chicago. Freeman ocupó la presidencia del banco en 1960, convirtiéndose finalmente en el presidente del consejo de dirección. Pertenecía asimismo al consejo de administración de la compañía petrolera Atlantic Richfield y fue socio de la MacArthur Foundation y el Instituto Aspen. Abboud sucedió a

Freeman como presidente del consejo de dirección del banco y también fue presidente de la Occidental Petroleum Corporation. A principios de 1969, Drick se convirtió en presidente y miembro del consejo de dirección del banco, asimismo fue miembro de las juntas directivas de otras grandes empresas norteamericanas.

Según el profesor Donald Gibson, «el First National Bank de Chicago estaba relacionado con los intereses financieros de los Rockefeller». Además, hasta 1983, la división londinense del First National Bank de Chicago había compartido oficinas con, nada más y nada menos, que la Guardian Royal Exchange Assurance.

Alentados por esta evidente e importante conexión entre el Priorato y un «contingente norteamericano», Baigent, Leigh y Lincoln descubrieron, para su desconcierto que Drick había muerto en 1982, dos años antes de que los documentos del Priorato fueran redactados. Para agravar este misterio, se determinó que las tres firmas norteamericanas que aparecían en la Carta de Advertencia eran copias exactas —incluso en el orden de presentación— de sus firmas aparecidas en el informe anual de 1974 del First National Bank de Chicago. Por otra parte, Freeman negó tener ningún conocimiento del Priorato. Viendo que los fraudulentos y falsificados documentos procedían de Inglaterra, el trío afirmó: «Una cosa parece evidente: alguien con intereses en el Priorato de Sión estaba actuando en Londres».

En una entrevista mantenida con el trío, Plantard les explicó todo: les dijo que el nombre de Drick se había seguido poniendo en los documentos del Priorato incluso después de la muerte de aquél mediante un sello, igual que las otras dos firmas. Preguntado acerca de por qué hombres como Freeman, Abboud y Drick se involucrarían con una sociedad cuya finalidad era la restauración de la monarquía merovingia, Plantard respondió que el objetivo primordial de esos hombres era conseguir una Europa unida.

Otro hecho fascinante relacionado con la obra de estos autores, da un indicio de las intrincadas interconexiones de las sociedades secretas de hoy. En su libro *El enigma sagrado*, en varias ocasiones citan a sir Steven Runciman como un historiador especializado en los cruzados, los caballeros templarios e, incluso, el Priorato de Sión. El nombre de Runciman era uno de los que

aparecía en la agenda personal de Clay Shaw, el director del *New Orleans Trade Mart*, que fue juzgado por su complicidad en el asesinato de Kennedy. Junto al de sir Steven, en la agenda figuraban otros destacados nombres europeos, como el marqués Giuseppe Rey de Italia; el barón Rafaelo de Banfield, de Italia; la princesa Jacqueline Chimay de Francia; lady Margaret D'Arcy, lady Hulce y sir Michael Duff, de Inglaterra.

Plantard también envió al trío de autores una copia de una carta suya dirigida al Priorato renunciando a su cargo de Gran Maestre, renuncia que se hizo efectiva a mediados de 1984. Ese mensaje también anunciaba la restauración de un estatuto del Priorato según el cual se prohibía a los miembros revelar ningún dato acerca de la orden, incluido quienes la componían. Plantard dijo que había dimitido por razones de salud, «para conseguir mayor independencia personal y familiar» y debido a su desaprobación de «ciertas maniobras de nuestros hermanos ingleses y norteamericanos». «Después de la dimisión de Monsieur Plantard, el *Prieure de Sion*, en efecto, se convirtió en invisible», comentan los autores.

Poco tiempo después, Baigent, Leigh y Lincoln recibieron una misiva anónima acusando al Priorato de estar implicado con Lucio Gelli, la logia italiana P2 y las actividades del Vaticano relativas al Banco Ambrosiano. Vankin también contempla la posibilidad de que el Priorato fuera el poder misterioso que estaba detrás de la logia fascista P2. En su intento de confirmar esta afirmación, los autores descubrieron tenues conexiones entre el Priorato y otras sociedades secretas europeas totalmente desconocidas.

Una de estas era Alpha Galates, cuyos miembros estaban interesados en las leyes de caballería de los caballeros medievales. Miembros de ese grupo, por lo visto, estaban relacionados con una publicación francesa de tiempos de guerra llamada *Vaincre*, que había sido acusada tanto de apoyar como de trabajar en contra del gobierno colaboracionista de Vichy. El editor de esa publicación era Plantard y otros contribuyentes eran hombres relacionados tanto con el Priorato como con la Logia Masónica Alpina de Suiza.

Otra sociedad secreta conocida con el nombre de Círculo de Kreisau, fue fundada en 1933 por un pequeño grupo de militares

y profesionales que se oponían a Hitler. Dicho círculo se reunía en la localidad de Kreisau de donde era su líder Helmut James Graft von Moltke y conspiraba para derrocar el régimen nazi. Muchos miembros del círculo —entre ellos el conde Claus von Stauffenberg, que colocó una bomba cerca de Hitler en julio de 1944— fueron arrestados y ejecutados por su papel en el golpe frustrado.

Hans Adolf von Moltke, se deshizo en elogios hacia Plantard tras el nombramiento de éste como Gran Maestro de Alpha Galates. Hacia el final de la guerra, los miembros del Círculo de Kreisau enviaron propuestas de paz tanto a miembros de la Inteligencia británica como norteamericana, entre ellos a Allen Dulles, que por aquel entonces estaba trabajando para la Oficina de Servicios Estratégicos, la OSS, en Suiza. Los Von Moltke también estaban plenamente involucrados en el Movimiento Europeo, una institución del Comité norteamericano de Retinger que tenía como objetivo la implantación de un gobierno europeo supranacional. Recordemos que Retinger, «padre del Club Bilderberg», estaba relacionado con Dulles y otros miembros de la CIA y del CFR, con Averell Harriman y David y Nelson Rockefeller. Una estrecha relación de trabajo se desarrolló entre la CIA y el Vaticano, principalmente a través de los Caballeros de Malta y del cardenal Francis Spellman de Nueva York, consejero espiritual de los Caballeros y el hombre que primero llamó al atención del Vaticano sobre Paul Marcinkus, el obispo banquero más tarde implicado en el escándalo de la P2.

Tal como hemos mencionado previamente, en la década de 1950 Plantard ayudó a crear los *Comités de Salut Public* o Comités de Salvación Nacional, que contribuyeron decisivamente en el regreso al poder de De Gaulle en Francia.

Obviamente, esa turbia mezcla de conspiraciones se producía a un nivel de realidad no controlado por los medios de comunicación. Baigent, Leigh y Lincoln afirmaron: «Encontramos una prueba irrefutable que demuestra la implicación de un conjunto organizado y coherente trabajando de común acuerdo tras las bambalinas, a veces utilizando otras instituciones como fachada. Ese conjunto no es nombrado específicamente, pero todo indica que podría tratarse del *Prieure de Sion*».

Ponderaron las actividades del Priorato en el «tenebroso infierno de los asuntos europeos, donde la mafia se solapa con las sociedades secretas y las agencias de Inteligencia, donde los grandes negocios son impulsados desde el Vaticano, donde inmensas sumas de dinero son utilizadas para propósitos clandestinos, donde las líneas de demarcación entre la política, la religión, el espionaje, las altas finanzas y el crimen organizado comienzan a disolverse... en una especie de esfera turbia... donde los partidos cristiano-demócratas de Europa, varios movimientos en pro de la unidad europea, camarillas monárquicas, órdenes neocaballerescas, sectas francmasonas, la CIA, los Caballeros de Malta y el Vaticano se arremolinan juntos, establecen acuerdos temporales para alcanzar un propósito u otro...».

Pero nadie —ni siquiera investigadores que, como Baigent, Leigh y Lincoln han trabajado duro— ha sido capaz de dar con una empresa dirigida por el Priorato y los grupos secretos que lo circundan con sus documentos falsos, afirmaciones contradictorias y oscuros pasados.

«El *Prieure de Sion* ha comenzado a parecernos una holografía, que cambia la imagen proyectada según la luz y el ángulo desde donde se mire», escribieron Baigent, Leigh y Lincoln en 1986. «Desde una perspectiva, parece una sociedad secreta internacional influyente, poderosa y rica, entre cuyos miembros figuran eminentes figuras del campo de las artes, la política y de las altas finanzas. Desde otra perspectiva, semeja un engaño deslumbrante e ingenioso concebido por un pequeño grupo para oscuros propósitos individuales. Tal vez, de algún modo, sea ambas cosas».

Finalmente, Lincoln renunció a intentar poner orden en todo ese enmarañado barullo. A mediados de la década de 1990 cuando le pidieron una puesta al día respecto al Priorato, respondió desalentadoramente: «A mi avanzada edad, he decidido atenerme a lo que pueda ser verificado». La ausencia de pruebas concluyentes y documentación es, por supuesto, el sello distintivo de cualquier sociedad secreta que se precie.

Algunos investigadores creen que el Priorato de Sión representa el vértice superior de la pirámide del poder hoy en día, que el Priorato recluta a francmasones receptivos a través del rosa-

crucismo. Ya sea planeado o no, la nueva Unión Europea da la impresión de ser una réplica exacta de la Europa unida imaginada por los líderes del Nuevo Orden Mundial y el Priorato de Sión.

Comentario

Parecería que los vínculos entre las sociedades secretas conspirativas hubiesen vuelto al punto de partida; desde la CIA, el CFR y los Bilderberger, hasta las Mesas Redondas y la francmasonería, a través de los Illuminati, los Caballeros Templarios, los Caballeros de Malta y el Priorato de Sión y de nuevo, mediante recientes conexiones la CIA, el CFR y los Bilderberger.

Siempre han tenido el objetivo tanto de desacreditar a las autoridades, lo mismo eclesiásticas que nacionales, como la de intentar unificar primero Europa y después el resto del mundo.

Ese asalto se ha perpetrado particularmente contra la Iglesia Católica Romana, que es como la religión predominante del mundo occidental desde el tiempo del Imperio Romano. Todas las confesiones protestantes —bien sean baptistas, metodistas, presbiterianos, episcopalistas, fundamentalistas, unitarios, etc.— tienen tradiciones que proceden de la Iglesia Católica.

Hoy en día, mucha gente —declarados herejes formalmente por la Iglesia en el pasado— cree que todos los relatos de los dirigentes de la primera Iglesia sobre la Inmaculada Concepción, el liderazgo espiritual y la resurrección son erróneas. Actualmente hay incluso tradiciones alternativas respecto a las figuras de Jesús, María Magdalena y Juan el Bautista que entran en conflicto con los dogmas oficiales de la Iglesia.

En lugar de participar en encuentros ecuménicos para determinar qué tradiciones tienen más fundamento y están basadas en hechos objetivos, la Iglesia intentó erradicar cualquier desafío a su autoridad por los medios más violentos y sanguinarios.

Una de las más importantes y poderosas amenazas al dogma de la Iglesia vino de los Caballeros Templarios. En un principio era un pequeño y hermético grupo formado para proteger a los peregrinos que acudían a Jerusalén después de que ésta fuera con-

quistada por la Primera Cruzada, aunque en realidad la orden dedicó poco tiempo a patrullar los caminos.

En lugar de eso, ese grupo de caballeros —bien conectado con las más poderosas familias monárquicas— excavaron profundamente bajo el lugar donde había estado el Templo de Salomón en Jerusalén. Lo que encontraron, fuera lo que fuese, se transportó de vuelta a Europa y fue al parecer escondido en el sur de Francia, cerca de un pequeño pueblo llamado Rennes-le-Château.

Mientras que nadie parece tener ninguna prueba definitiva de los aspectos más específicos de ese «tesoro» templario, la mayoría de investigadores han concluido que en lugar de un tesoro literalmente de oro y plata, lo que encontraron fueron antiguos textos y artefactos que habrían podido ser utilizados para destruir las tradiciones de la Iglesia en el mismo momento en que éstas se estaban consolidando.

Un grupo que habría podido reforzar sus creencias religiosas a partir de los descubrimientos de los templarios fueron los cátaros, que habitaban en la región del Languedoc, en el sur de Francia. Este grupo de gente de elevada espiritualidad ya mantenía una tradición relacionada con la llegada de María Magdalena a Marsella con los hijos de Jesús y el posterior matrimonio mixto de esa descendencia con los judíos francos que resultó en una dinastía de sacerdotes-reyes llamada merovingia.

La Iglesia planeó el asesinato del rey Dagoberto al sentirse amenazada por el poder de la dinastía merovingia y lo llevó a cabo mediante los, así llamados, «intendentes» merovingios u oficiales de la corte; con posterioridad al asesinato, instauraron en el poder su propia dinastía monárquica. Cuando los cátaros, amantes de la paz, predicaron contra esos abusos cometidos por la Iglesia, el papa Inocencio III los persiguió militarmente en 1209.

En una campaña conocida como la Cruzada Albigense, un gran ejército papal arrasó el sudoeste de Francia y exterminó a todo aquel que se creía que estaba contaminado por la herejía cátara. Los cátaros fueron prácticamente aniquilados, sólo unos pocos consiguieron escapar a otros países o esconderse entre las filas protectoras de los Caballeros Templarios.

En la Cruzada Albigense, fue llamativa la ausencia de los tem-

plarios, circunstancia que otorgó mayor crédito a la afirmación de que el «tesoro» recuperado en Jerusalén confirmaba las creencias cátaras. De hecho, los templarios —algunos de ellos procedían incluso de familias cátaras— como se ha dicho escondieron a bastantes cátaros del ejército del papa.

Por otra parte, los Caballeros Templarios eran capaces por lo visto de intimidar a la Iglesia y conseguir derechos y favores excepcionales para la orden, lo que la convirtió rápidamente en la organización multinacional más poderosa del mundo.

Mientras luchaban en las cruzadas, los templarios se dedicaron a adquirir conocimientos esotéricos referentes a la arquitectura, la construcción, la metalurgia, la astronomía y la geografía. Gran parte de esos conocimientos proceden de su asociación con una secta ismaelita llamada los Asesinos, encabezada por un tirano despiadado al que denominaban el «Viejo de la Montaña». Los Asesinos y su líder decían poseer conocimientos antiguos que databan del tiempo de Noé e incluso más allá.

En 1307, se produjo la caída en desgracia de los templarios, instigada por el Vaticano y el rey Felipe IV de Francia, quien había sido rechazado como miembro de la orden y estaba profundamente encolerizado, además de en deuda con ellos. Ese año, Felipe hizo arrestar y torturar a todos los templarios de Francia. La mayoría huyó del país con la gran flota templaria de barcos atracadas en La Rochelle, en la costa atlántica. Se cree que se llevaron un «tesoro» que consistía no sólo en objetos de valor sino también en los documentos con los «secretos» descubiertos en Jerusalén.

Se especula con que algunos templarios pudieran cruzar el Atlántico y llegaron a lo que más tarde se conocería con el nombre de Nueva Inglaterra, 185 años antes de que Cristóbal Colón se hiciera a la mar.

Otros templarios huyeron a Escocia, donde fueron bien recibidos por el rey Roberto I Bruce que estaba entonces luchando contra la vecina Inglaterra y el Vaticano al mismo tiempo. Ese contingente templario pudo haber contribuido a ganar la independencia de Escocia, ya que al parecer participaron en la derrota de los ingleses en la batalla de Bannockburn, en 1314. Fue en Es-

cocia donde las tradiciones templarias pervivieron y llegaron a imbricarse con el Rito Escocés de la francmasonería.

En otras naciones, los templarios fueron simplemente absorbidos por otras sociedades secretas y órdenes, como los Caballeros de Cristo, los Caballeros Hospitalarios y los Caballeros Teutones. De esa manera, sus ideas poco ortodoxas se extendieron a lo largo y ancho de Europa y se centralizaron en las logias de la Estricta Observancia de la francmasonería, que alumbraron la francmasonería «Iluminada».

En los últimos años, varios autores han descubierto que una sociedad secreta desconocida pudo haber sido el cerebro existente detrás de los Caballeros Templarios. Ese grupo, conocido como el Priorato de Sión, es hoy visto por muchos como la cumbre de una estructura de poder piramidal que ejerce un control desproporcionado incluso sobre las sociedades modernas más poderosas.

Aunque sólo se ha dado a conocer al público en general en los últimos treinta años, existen textos que revelan que el Priorato inició su andadura hacia 1178 y, según cuestionables documentos del propio Priorato, la orden se formó aproximadamente en la época en que los de la Primera Cruzada conquistaban Jerusalén. Allí se creó la Orden de los Caballeros de Notre-Dame de Sión. También afirman que el Priorato y los templarios eran la misma organización, y que incluso compartían el mismo Gran Maestro.

Un cisma se produjo alrededor del año 1188, tras el cual los templarios tomaron su propio camino, mientras que el Priorato se consagraba a la restauración de la dinastía monárquica de los merovingios y desaparecía durante mucho tiempo.

La reciente fama del Priorato es resultado de la publicidad dada a un «misterio» vinculado al pueblo de Rennes-le-Château, en el Languedoc, donde un sacerdote llamado François Berenger Saunière a finales del siglo XIX, descubrió unos documentos ocultos. Después de llevar su hallazgo ante las autoridades eclesiásticas, Saunière se hizo repentinamente rico y recibió a varios visitantes de alto nivel.

Se cree que su descubrimiento estaba relacionado con un tesoro y/o documentos enterrados que trazaba minuciosamente el árbol genealógico de los descendientes de Jesús, desde éste a tra-

vés de la realeza merovingia y hasta hoy día. Puede que esos miembros de la realeza desplazados sean quienes hayan estado detrás de un movimiento para promover una Europa unificada y restaurar el viejo Sacro Imperio Romano. Se cree que con ese grupo estarían implicados miembros de la dinastía de los Habsburgo, así como individuos relacionados con los servicios de Inteligencia, tanto de Inglaterra como de Estados Unidos.

Investigaciones acerca del movimiento de la unificación europea, y del Priorato de Sión ponen de relieve las conexiones clandestinas entre muchas de las sociedades secretas modernas, la francmasonería, las agencias de Inteligencia y el Vaticano. Este mundo subterráneo de intrigas se hizo brevemente público al estallar el escándalo de la Logia P2, en Italia, durante la década de 1980. Incluso entonces, las noticias de los medios de comunicación de los Estados Unidos no prestaron mucha atención a este complot alarmante y complejo para subvertir una nación moderna.

Mientras la controversia continúa en torno a la legitimidad del moderno Priorato, se incrementan las pruebas que señalan con toda certeza a una realidad conspirativa detrás de las poco claras declaraciones y documentos del grupo.

No cabe duda que las sociedades secretas —tanto las de antes como las de ahora— están interesadas no sólo en asuntos políticos sino en temas relacionados con dinastías monárquicas, religión y espiritualidad.

Con todo, individuos de esas sociedades han apoyado y financiado el comunismo «ateo». Mientras que ese apoyo puede ser meramente otra aplicación del proceso dialéctico hegeliano de apostar por ambos bandos en un conflicto, también indica el conocimiento y profundo interés de los miembros por las antiguas sociedades secretas tan a fondo estudiadas por Marx, Trotsky y Lenin.

Ese conocimiento oculto tenía que ver con secretos del pasado lejano que han suministrado las bases de las teologías de las sociedades secretas. Estos secretos continúan atrayendo la atención de los miembros de la sociedad al más alto nivel e incluso de las agencias de Inteligencia.

Todos esos secretos relacionan a las sociedades conspirativas modernas con los Antiguos Misterios.

QUINTA PARTE

Los antiguos misterios

Lo que fue, eso será, y lo que se hizo se hará, pues no hay nada nuevo bajo el sol. Si hay algo de lo que se diga: «Mira, eso sí que es nuevo», aun eso ya sucedía en los siglos que nos precedieron. No hay recuerdo de los antiguos, como tampoco de los venideros que dará memoria en los que después vendrán.

Eclesiastés 1, 9-11

Sin ningún género de dudas, la Biblia es el libro más influyente en la historia de la humanidad. Fue escrito por hombres que albergaban secretos que debían ser escondidos tanto de las autoridades romanas como de las judías y de otras sectas rivales.

Hasta que la arqueología no experimentó un fuerte avance en el siglo XIX, prácticamente todo lo que la humanidad sabía acerca de sus orígenes procedía de la Biblia, cuyo contenido había filtrado el clero eclesiástico. Basándose en este único libro, las personas eran canonizadas o ejecutadas, las culturas construidas o destruidas y las guerras declaradas.

Hoy parece claro que la Biblia —aun inspirada, como posiblemente fue— es una amalgama de mitos, leyendas y parábolas de varias culturas parcheada con retazos de historia y filosofía.

Muchos de sus pasajes fueron escritos originariamente utilizando palabras en clave, cuyo significado se ha perdido con el tiempo, lo que ha supuesto malas interpretaciones. En otros casos, se incurrió en falsificaciones evidentes para fomentar dogmas o pautas políticas deseables en la época.

Pat Eddy, un estudioso de la Biblia y ex analista de Inteligencia, escribió: «Uno de los principales objetivos [de esta falsi-

ficación] era sustentar los propósitos de los que buscaban hacer el cristianismo más atractivo para los potenciales judíos conversos, demostrando que en los hechos de la vida de Jesús se cumplían las profecías del Antiguo Testamento (...) a todos los cristianos se les ha dicho, desde sus tempranas visitas a la escuela dominical, que el nacimiento, la muerte y los hechos relevantes de la vida de Jesús estaban anunciados ya en el Antiguo Testamento. Pocos son los que han discutido esta afirmación».

Lo que los estudiosos de la Biblia eufemísticamente llaman las «redacciones» no son más que adecuaciones del texto, lo que hoy en día se conoce como «editing». El proceso continuado de adecuación de la Biblia, junto con malas comprensiones de los textos y traducciones erróneas, ha contribuido a dejar muchos de sus mensajes en secreto para los no iniciados. A menudo estos secretos eran suprimidos por la Iglesia Romana porque contradecían sus dogmas.

En el Nuevo Testamento, existen pistas que inducen a creer que incluso Jesús guardó algunos secretos. En Mateo 13, 10 se dice: «Y acercándose sus discípulos a Jesús le dijeron: “¿Por qué les hablas en parábolas?”. Y él, contestándoles, les dijo: “A vosotros os es dado conocer los misterios del reino de los cielos, a ellos no les es dado. A aquel que tiene el conocimiento se le dará, y le sobraré; y al que no tiene, hasta lo que tiene se le quitará. Por eso les hablo en parábolas porque viendo no ven, y oyendo ni oyen ni entienden”».

En Marcos 4, 33 se añade: «Y con muchas parábolas semejantes a ésta les declaraba la doctrina según podían oírla. Y sin parábolas nunca les hablaba, pero en privado lo explicaba todo a sus propios discípulos». ¿Lo explicaba todo? ¿Qué explicaba Jesús? Ya que en el Nuevo Testamento sólo aparecen parábolas, está claro que no compartió todos sus secretos con la gente que le rodeaba.

En los tiempos bíblicos ya existía un buen número de sociedades secretas y sectas que afirmaban poseer el antiguo conocimiento. Como sucede con las religiones de hoy, competían unas con las otras por el control de esos secretos. De manera similar al posterior «Colegio Invisible», esas sociedades eran conocidas co-

lectivamente como las «Escuelas del Misterio», reservas del conocimiento esotérico inaprensible por parte del común de la gente y, por consiguiente, en general inspiraban temor. Su literatura estaba cuidadosamente elaborada para ocultar y revelar a un mismo tiempo parte de sus conocimientos.

«En el mundo antiguo, casi todas las sociedades secretas eran filosóficas y religiosas. Durante la Edad Media, eran sobre todo religiosas y políticas aunque aún quedaban algunas escuelas filosóficas. En los tiempos modernos, no obstante, las sociedades secretas de los países occidentales son en gran medida políticas y fraternales salvo algunas pocas, como la francmasonería, en la que aún perviven los antiguos principios religiosos y filosóficos», explica Hall.

Eddy añade: «Para poder comprender cabalmente la dinámica de la falsificación de las sentencias de Jesús, el lector debe entender cómo funcionaban las mentes de los protagonistas religiosos del primer siglo de nuestra era. La manipulación no era un hecho caprichoso, como una forma de *graffiti* intelectual. Había un modelo, y ahí es donde está el quid de la cuestión».

El camino a Roma

El camino que transcurre desde los tiempos de Jesús hasta la bien aposentada Iglesia Romana, del segundo milenio, es más bien inestable, lleno de controversias, cismas y conflictos.

Incluso antes de la crucifixión existía una intensa rivalidad entre los seguidores de Jesús y los de Juan el Bautista. El resultado final fue la herejía juanista: la creencia de que Juan era el verdadero Mesías en lugar de Jesús. Aunque los juanistas fueron en gran medida exterminados por la primera Iglesia, esa creencia ha llegado hasta nuestros días en ciertos elementos de la francmasonería así como del mandeísmo iraquí.

Después de la crucifixión, las rivalidades entre la comunidad judía y los primeros cristianos —e incluso entre los propios seguidores de Jesús— se intensificaron.

Hubo una creciente división entre los cristianos judíos fundamentalistas que pertenecían a la secta de los esenios y los cristianos griegos o helénicos, en el Jerusalén del primer siglo. Con una actitud que nos recuerda bastante los fundamentalismos de los Estados Unidos de hoy, los judíos piadosos atacaron a esos extranjeros que abandonaban el servicio religioso por acudir a las competiciones deportivas de influencia griega, en estadios repletos de luchadores y lanzadores de disco.

Por otra parte, Santiago y María Magdalena, como líderes de la Iglesia de Jerusalén, estaban en desacuerdo con Pablo, que portaba el mensaje cristiano a los gentiles del norte. Tuvieron discusiones importantes hasta por el detalle más nimio. En Gálatas 5, 12, Pedro se siente tan exasperado por la discusión irresoluta sobre la circuncisión, que llega a expresar su esperanza de que los iniciadores de dicha controversia se castren a sí mismos.

«Los primeros judíos cristianos creían que obedecer las rigurosas leyes de la religión judía, incluida la circuncisión y la ingesta sólo de comida *kosher*, era necesario para la salvación», señala Eddy. «Pablo predicaba que a la salvación se llegaba por la vía de la fe y que las leyes de la religión judía no deberían impedir que la gente se convirtiera al cristianismo. La opinión de Pablo prevaleció finalmente a medida que más y más gentiles se fueron convirtiendo al cristianismo. En el siglo III excedían en número a los cristianos judíos por un amplio margen, lo que definió el cristianismo según la teología de Pablo y se empezó a reprobar a los judíos cristianos originales como heréticos».

Ireneo, el obispo de Lyon, a mediados del siglo II condenó por herejía a los seguidores de Jesús y Santiago, conocidos como nazarenos o los «pobres». «Ellos, como Jesús, los esenios o los saduceos* de hace dos siglos, predicaban ignorando los libros proféticos del Antiguo Testamento.» Ireneo se quejó diciendo que «rechazan las epístolas de Pablo y lo llaman el apóstata de la Ley». Gardner añade que «los nazarenos (...) declararon a Pablo

“renegado” y un “falso apóstol”, afirmando que todas sus “escrituras idólatras” deberían ser rechazadas».¹

El doctor Elaine Pagels, responsable del departamento de religión de la Universidad Barnard de Columbia, dijo: «En los primeros años del movimiento cristiano florecieron diversas formas de cristianismo. Cientos de maestros rivales afirmaban enseñar la “verdadera doctrina de Cristo” y se acusaban unos a otros de farsantes. Los cristianos de las Iglesias esparcidas desde Asia Menor a Grecia, Jerusalén y Roma, se escindieron en facciones, disputándose la dirección de la Iglesia. Todos ellos pretendían representar la “tradición auténtica”».²

«Por encima de las riñas entre las Iglesias locales se encontraba la Iglesia Romana, despreocupada, tranquila, y probablemente, sin enterarse de nada», escribió Eddy y añadió que la Iglesia, por aquel entonces, se concentraba principalmente en el trabajo misionero en Europa, una actividad que le ocasionó beneficios inesperados. «Sin darse cuenta, la cristianización de esos paganos salvó en última instancia a la Iglesia Romana, porque los bárbaros y sus sacerdotes consideraron esta Iglesia como la autoridad de sus creencias religiosas. Cuando los bárbaros invadieron Roma, la Iglesia Romana fue respetada».

Aunque salvada por los bárbaros, la Iglesia tuvo sin embargo que convivir con una gran variedad de sectas, cada una con su propia versión del cristianismo.

Uno de esos grupos eran los gnósticos que afirmaban tener una comprensión intuitiva de los misterios de Dios en la Tierra. Era un conocimiento que procedía de un entrenamiento riguroso, iniciación y experiencia intuitiva, no sólo mediante el trabajo o estudio teórico. La Iglesia tenía a los gnósticos por un grupo especialmente peligroso porque despreciaban cualquier forma de jerarquía eclesiástica para interpretar la palabra de Dios.

Lejos de ser unos herejes peligrosos, estos cristianos pasivos afirmaban ser los guardianes del conocimiento secreto como indican los papiros gnósticos encontrados en Nag Hammadi en 1945. Ese descubrimiento proporcionó una visión del gnosticismo que no fuera la perniciosa retórica de la Iglesia.

El gnosticismo, que deriva de la palabra griega *gnosis* o co-

* Los saduceos eran una secta opuesta a los fariseos, que tenía sus seguidores sobre todo entre la clase rica, y representaban la facción más conservadora del judaísmo. (N. de la t.)

nocimiento, según se dice, fue fundado en el siglo primero por Simón el Mago, un contemporáneo de Jesús que luego fue conocido como el «Padre de todas las herejías». ³ Fue él quien avanzó las ideas de los filósofos griegos, como Sócrates, y enseñaba que el alma humana vive fuera del cuerpo y de esta manera tiene acceso al conocimiento universal, y esa sabiduría (*gnosis*), fue portata a la Tierra desde el cielo.

Otro gnóstico importante fue Basilides, uno de los primeros cristianos egipcios que, mediante el culto alejandrino, buscaba incorporar al cristianismo los antiguos misterios de Mesopotamia. Estos alejandrinos, creían que unos extraños seres extraterrestres llamados «eones» oficiaban como mensajeros entre los cielos y la Tierra. Zoroastro inició su propia forma de gnosticismo en Persia unos quinientos años antes de Cristo. Conocido como zoroastrismo, este movimiento gozó de amplia difusión hasta que fue expulsado por la invasión musulmana del siglo VII.

El investigador de lo oculto Andre Nataf sostiene que el gnosticismo se originó en Mesopotamia, primero en la zona de Irán y luego fue creciendo hasta el Asia Menor, Siria y Babilonia donde fue recogido por los israelitas cautivos y llevado de vuelta a Palestina y a Egipto. «Algunos detalles prueban que los libros sagrados gnósticos [desde Qumrán y Nag Hammadi] se deben fechar en una época muy temprana y que el propio cristianismo puede parecer una «rama del gnosticismo», escribe Nataf. «Pero el gnosticismo también puede ser equiparado con cualquier otra religión. Todos los conocimientos religiosos derivan, a fin de cuentas, de un antiguo origen primitivo, perdido en “la noche de los tiempos”.»

Según la Cábala hebrea, los gnósticos pretendían conocer los «secretos» de Dios, buscando las respuestas en los textos sagrados o en cualquier religión que ellos aceptasen. Intentaban entender la existencia a través de la interpretación de lo que ellos percibían como un significado profundo dentro de la simbología de la literatura religiosa. «El gnosticismo es existencialismo religioso», dice Nataf. El gnosticismo prosperó hasta que fue declarado una herejía por el concilio de obispos de la Iglesia Romana del año 325 d. C.

El gnosticismo formaba una parte integral de los Antiguos Misterios ya que ambos creían que sólo la iluminación personal interior permitía el conocimiento. Según el filósofo masón Manly P. Hall, «este conocimiento de cómo los múltiples aspectos del ser humano podían ser regenerados más rápido y de forma más completa hasta llegar a la iluminación espiritual, constituyó la secreta, o esotérica, doctrina de la antigüedad».

Hall dice que ese tipo de iluminación y conocimiento debía ser celosamente mantenido fuera del alcance de los «profanos», que podrían abusar de él y utilizarlo de forma incorrecta. Por ello se establecieron largos períodos de iniciación y los antiguos conocimientos más sensibles se ocultaron con símbolos y alegorías. «El propio cristianismo podría ser citado como ejemplo de ello. La totalidad del Nuevo Testamento es de hecho una exposición ingeniosamente encubierta del proceso secreto de la regeneración humana».

Gardner afirma que esta regeneración, en particular la del espíritu o la energía humana, suponía una elevación de la conciencia que tenía lugar por grados a través de las treinta y tres vértebras de la espina dorsal. «La ciencia de esta regeneración es una de las “Claves perdidas” de la francmasonería y es la razón por la que la antigua francmasonería estaba basada en 33 grados».

Del proceso del conocimiento, el gnóstico obtenía una sensación de superioridad y autosatisfacción. «Esto significaba que podían suscribir las doctrinas de cualquier religión y que podían continuar operando bajo muchos sistemas político-religiosos diferentes», sostiene Daraul. «El gnosticismo influenció profundamente las mentes de los hombres incluso en Europa durante y después de la Edad Media, y su forma básica de pensamiento sea, probablemente, un factor subyacente en otras sociedades secretas cuyos miembros se sorprenderían si lo supieran.»

El gnosticismo desempeñó también un papel importante en la primera secta ascética judía, los esenios. Los esenios provocaron un conflicto de tales proporciones con los líderes de las otras sectas judías más importantes, los fariseos y los saduceos —habían dicho que el año lunar hebreo establecido no era exacto— que la secta tuvo que irse de Jerusalén y establecer un monaste-

rio en Qumrán, en el extremo norte del mar Muerto, lo que ellos llamaban «el Desierto». La comunidad esenia estaba dividida en dos partes: los miembros casados y los solteros. Toda propiedad era comunal. De hecho, la animosidad de ciertos cristianos hacia los esenios era una reacción contra su estilo de vida abiertamente comunitario. Esos críticos por lo visto olvidaban que, al principio, los cristianos vivían de una forma parecida.

Los miembros pasaban el día trabajando y la noche en oración. Predicaban la inmortalidad del alma y también se inclinaban hacia un punto de vista dualista: creían en un espíritu bondadoso o luminoso y en otro malvado u oscuro.

Los esenios puede que estuvieran influidos por la tradición hermética griega. A principios del siglo XX, un ingeniero de trenes ruso, Georgi Ivánovich Gurdjieff, afirmó haber encontrado el manuscrito intacto de un maestro esenio en un monasterio de la India que al parecer explicaba la relación de los ritmos musicales con el cuerpo humano, como había enseñado el filósofo griego Pitágoras en el siglo VI a. C. Éste, una gran influencia el Platón de la última época —el filósofo que a su vez fue un faro para la francmasonería, los Illuminati, John Ruskin y Cecil Rhodes—, formuló la presciente idea de que la tierra viajaba alrededor del sol, y famoso por su concepto relativo a las vibraciones dentro de la mecánica celeste que él llamaba la «armonía de las esferas».

Bastante curiosamente fue Pitágoras, muy conocido por sus acertadas profecías, quien probablemente predijo por primera vez el «Nuevo Orden Mundial». Algunos investigadores interpretan que se refería a la llegada del Mesías.

La palabra esenio proviene del griego *essaïos* que significa «secreto» o «místico», y *essenoi* que denota «curativo» o «medicinal». Según Gardner, los esenios estaban conectados con las tradiciones de sanación esotéricas como una rama tardía de la escuela mística egipcia llamada la Gran Hermandad blanca del Terapeuta. «Fue en esta Hermandad Blanca de sabios terapeutas y sanadores —los rosacruces originales— en la que Jesús se inició más tarde para ir progresando en los grados, y fue el alto nivel conseguido, lo que hizo que tan a menudo se le aplicara el apelativo de «Maestro», añade Gardner. Otros autores también afirman que

Jesús era esenio y Hall alega que también lo eran sus padres, María y José, así como su hermano Santiago. Muchos fundamentalistas modernos tienden a rechazar esta conexión porque relacionar a Jesús entre los gnósticos y los esenios, sacudiría sus rígidos dogmas.

Tampoco les gustaría escuchar la afirmación de Gardner según la cual, a pesar de las interpretaciones de los traductores de la Biblia, Jesús no provenía de Nazaret. Comenta que la palabra *nazarene* y sus variantes provienen de la palabra hebrea *nozrim*, «un plural resultado del término *Nazrie ha-Brit* o «guardianes del pacto», una de las denominaciones que recibía la comunidad esenia de Qumrán, a orillas del mar Muerto. Es discutible la existencia del pueblo de Nazaret en tiempos de Jesús, puesto que no aparece en los mapas de la época, ni en libro, documento, crónica o registro militar alguno de aquel período, ya sea romano o judío.»⁴

«Es una idea muy extendida que los esenios eran los guardianes del conocimiento [esotérico] y también los iniciadores y educadores de Jesús», escribe Hall. «De ser así, Jesús fue iniciado indudablemente en el mismo templo de Melquisedec, donde Pitágoras había estudiado seis siglos atrás.» La Biblia tiende a confirmar esto en la Epístola a los Hebreos 6, 20: «(...) adonde entró por nosotros como precursor Jesús, hecho, a semejanza de Melquisedec, Sumo Sacerdote para siempre».

Gardner afirma que el nombre Melquisedec —el personaje más misterioso de la Biblia— es un compuesto esenio del arcángel Miguel y de sumo sacerdote hebreo o Zadoc, de donde Miguel Zadoc. Hay al menos un autor que cree que Melquisedec era en verdad la deidad sumeria Enki.

«Los esenios eran considerados la clase judía mejor educada», sostiene Hall. «El hecho de que muchos artífices [artesanos] se contaran en sus filas, explicaría que la orden fuera considerada como la progenitora de la moderna francmasonería.»

Un símbolo importante para los esenios, así como para los francmasones y los seguidores de Pitágoras, era la paleta* masó-

* El símbolo de la paleta es uno de los atributos del francmasón, que recibe una paleta en el quinto viaje de la iniciación al grado de compañero.

nica. Y como los francmasones, los esenios produjeron una literatura que contenía códigos y alegorías intrincadas para proteger sus conocimientos, tanto de los no iniciados así como de las autoridades romanas.

Por ejemplo, cuando escribían acerca de los romanos, los llamaban *kittim*, un nombre que era utilizado para referirse a los caldeos de Mesopotamia, «Los esenios retomaron la antigua palabra para utilizarla en su propia época, e hicieron saber a los maravillados lectores que *kittim* siempre significaba “Romanos”», explica Gardner. Y añade: «El estudio de los Rollos del mar Muerto... revelan buen número de definiciones codificadas y de seudónimos que previamente habían sido interpretadas de manera errónea o a las que no se les había concedido particular importancia». Otro ejemplo es el uso del término «los pobres» que la mayoría entendieron que era la gente de pocos recursos. Los Manuscritos dejaban claro que la primera Iglesia cristiana de Jerusalén se refería a sus miembros como «los pobres» significando así su vida humilde.

Según Gardner y otros autores, el término «leproso» y «ciego» servía para designar a los que no habían sido iniciados en la tradición esenia o «camino». «Los textos que mencionan “la curación del ciego” o “la curación del leproso” se refieren al proceso de conversión hacia el Camino», explica Gardner. «Evitar la excomunión [ser expulsado de la comunidad] era descrito como *vencer la muerte*. (...) El adjetivo “sucio” estaba destinado, en la mayoría de las ocasiones, a los gentiles incircuncisos y «enfermo» a los caídos en desgracia, ya fuera social o religiosa»⁵ (cursivas de énfasis en el original).

Diversos investigadores modernos, tras estudiar a esenios y cabalistas, están de acuerdo en que la Biblia es un mensaje codi-

Toma entonces la significación siguiente: «Este instrumento sirve para argamasar el mortero, el cual, cimentando las piedras del edificio realiza su unidad; la paleta reúne, fusiona y unifica. Es pues esencialmente el emblema de los sentimientos de benevolencia iluminada, de fraternidad universal y de muy amplia tolerancia que distingue al verdadero masón». Jean CHEVALIER y Alain GHEERBRANT, *Diccionario de los símbolos*, Herder, Barcelona, 1995, pág. 796. (N. de la t.)

ficado. Michael Drosnin, ex reportero del *Washington Post* y el *Wall Street Journal*, provocó un gran revuelo en 1997 con la publicación de su libro *El código secreto de la Biblia*. Drosnin escribió que el matemático israelí Doctor Eliyahu Rips creía haber encontrado un código parecido a un crucigrama dentro de la Biblia, que predecía con exactitud los asesinatos de los Kennedy, la segunda guerra mundial, el alunizaje, las bombas de Hiroshima y de Oklahoma, en el edificio federal, y la elección del presidente Bill Clinton. También escribió que un escéptico y veterano decodificador en la Agencia de la Seguridad Nacional de los Estados Unidos, Harold Gans, se había quedado impresionado al verificar este código bíblico utilizando su propio programa de ordenador.

C. L. Turnage, un concienzudo estudioso de este aspecto, escribió que «sea cual sea la interpretación, la más obvia literal y prosaica, una simbólica o bien una escondida en un oculto código informático, la Biblia es un libro distinto a cualquier otro. La gente, en todas las épocas, ha interpretado sus páginas de acuerdo con su grado de avance tecnológico y su comprensión limitada de los orígenes mesopotámicos de la religión hebrea». Según Turnage, el código bíblico contiene toda una serie de referencias simbólicas a múltiples deidades. «Estas referencias codificadas fueron llevando a la comprensión de que aquellos seres eran los dioses, o Elohim, de la Biblia, cuya adoración empezó en Sumer y que posteriormente se extendió a otros lugares.»

Es fácil comprobar cómo la profusión de traductores e intérpretes de la Biblia se fueron por un camino equivocado. A través de los años, las interpretaciones de la Biblia fueron hechas por hombres y mujeres poco familiarizados con tecnologías modernas como el vuelo o con las alegorías y códigos empleados por los autores originales.

Los esenios fueron una de las más eficaces sociedades secretas antiguas. Aunque eran sin duda conocidos por sus vecinos, no se habla de ellos ni en el Nuevo Testamento ni con posterioridad a éste. Algunos investigadores se han referido a los esenios como protectores del «cristianismo místico», la primera forma de cristianismo, que se basaba en los Antiguos Misterios.

Poco o nada se sabía acerca de los esenios hasta el descubrimiento de los Rollos del mar Muerto en 1947, justo dos años después de que se encontrara una biblioteca gnóstica en unas cuevas montañosas cerca del pueblo del alto Egipto de Nag Hammadi. Entre 1947 y 1960, en once cuevas diferentes fueron hallados aproximadamente 800 manuscritos, 170 de ellos fragmentos de textos del Antiguo Testamento.

Por lo visto, cuando los ejércitos romanos avanzaron durante la revuelta judía del año 70 d. C., los esenios huyeron de Qumrán después de esconder sus textos sagrados en tinajas de barro que enterraron en cuevas próximas entre sí. Ese tesoro literario fue descubierto por dos pastores beduinos que vendieron unos cuantos pergaminos a un comerciante de antigüedades.

Al parecer, la noticia del descubrimiento llegó a los oídos del arqueólogo de la Universidad hebrea Yigael Yadin, quien hipotecó su casa y viajó hasta los peligrosos territorios árabes en busca de los manuscritos. Consiguió siete de ellos para su universidad, que no tardó mucho en publicarlos.

«No en cambió el resto», cuenta Eddy. «El Museo Arqueológico Rockefeller de Palestina, pronto se interesó y consiguió adquirir el resto de los manuscritos del gobierno de Jordania... que estipuló que ningún estudioso judío podría tener acceso a esos antiguos textos judíos. Actualmente Israel tiene bajo control los Rollos, al haber ocupado el lugar donde estaban almacenados durante la Guerra de los Seis Días de 1967... Esos manuscritos no han sido publicados hasta la fecha y nadie sabe si se rescataron en su totalidad. Cabe la posibilidad de que estén en manos de otras personas o de que hayan sido destruidos por los beduinos.»

Los autores esenios de los Rollos del Mar Muerto ejercieron una profunda influencia sobre los primeros cristianos en Jerusalén, que pronto empezaron a mostrarse disconformes teológicamente con Pablo y sus seguidores fuera de Palestina. Esto queda de manifiesto por el hecho de que las interpretaciones del Antiguo Testamento encontradas en los Rollos son similares a las de Santiago y los cristianos de Jerusalén.

Los conflictos, tanto dentro como fuera del cristianismo, fueron instigados por el emperador romano Constantino en lo que

Gardner describe como «una estratégica compra de la parte del enemigo» (...) Además de otros cultos, los romanos veneraban a sus emperadores como a dioses descendientes de Neptuno y Júpiter entre otros. (...) En el Concilio de Arles en 314, Constantino mantuvo su condición divina al presentar a Dios omnipotente como su garante. Para superar las contradicciones doctrinales que ello representaba, reemplazó aspectos del cristianismo con tradiciones paganas vinculadas a la adoración del sol, junto con otros ritos de origen sirio y persa. En resumen, la nueva religión fue un «híbrido» pensado para apaciguar a todas las facciones influyentes. Con ello, Constantino construyó una religión «mundial» unificada («católica» significa *universal*) con él a la cabeza.⁶

Ese intento de apropiación del cristianismo fue aceptado en el Concilio de Nicea en el año 325 d. C., el mismo concilio donde a Arrio le propinaron una paliza y le expulsaron, el arrianismo fue prohibido y se estableció el credo apostólico de Nicea, que formalmente definía a Dios como una divinidad de tres partes iguales coexistentes: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Un año más tarde, Constantino ordenó la confiscación y destrucción de todas las obras que cuestionaban la recién construida ortodoxia, y entregó el palacio de Letrán, al obispo de Roma, en lo que vino a ser la creación de una especie de primer Vaticano. En el año 331 d. C., el emperador ordenó que se hicieran nuevas copias de los textos cristianos, la mayoría de los cuales se habían perdido o destruido durante las persecuciones anteriores. «Probablemente fuera entonces cuando se llevaron a cabo la mayoría de las alteraciones cruciales del Nuevo Testamento, y Jesús asumiera la categoría singular de que ha gozado desde entonces»,⁷ apuntan Baigent, Leigh y Lincoln.

A partir de recientes descubrimientos de textos antiguos como el Evangelio gnóstico de la Verdad, el Evangelio de Tomás, el Testimonio de la Verdad, el Evangelio de María Magdalena y la Interpretación del Conocimiento, los investigadores, tienen hoy en día un conocimiento más amplio y más completo de los tiempos bíblicos que nunca antes en la historia, a pesar de que mucha de esa nueva información todavía no haya llegado a todo el mundo.

Nesta Webster, una ferviente cristiana, escribió en 1924, mucho antes de los recientes hallazgos, lamentando la relación entre Jesús y los esenios así como su fuente de conocimiento. «Los esenios, por otra parte, no eran meros cristianos, sino una sociedad secreta... obligados por terribles juramentos a no divulgar los misterios sagrados confiados a ellos. (...) Y, ¿cuáles eran esos misterios sino los de la secreta tradición judía, conocidos con el nombre de Cábala?... Es bastante evidente que los esenios eran cabalistas, sin duda de un nivel superior... Los esenios tienen la importancia... de ser la primera sociedad secreta de la que se puede seguir una línea directa de tradición hasta el día de hoy».

Algunos de los conocimientos que hemos adquirido recientemente en el campo de la astronomía y de la filosofía puede que fueran saber común para los esenios gnósticos del tiempo de Jesús. Por otra parte, Gardner hace esta observación: «La fe de los gnósticos, totalmente divorciada del cristianismo fabricado por el Imperio Romano, era más próxima a las enseñanzas originales de Jesús que ninguna otra...».

De todas las facciones cristianas, los esenios han tenido incluso la más pura de las tradiciones antiguas de esa época, gracias a los antiguos textos hebreos conocidos como la Cábala.

La Cábala

Predominantemente de origen judío, la Cábala, que también se puede escribir Kabbalah o Qabbalah, significa «tradición» y, como acabamos de decir sobre la Biblia, también esconde significados ocultos. Esos conocimientos ingeniosamente codificados, también se cree que pueden encontrarse en la Torá y en otros viejos textos hebraicos como el *Sefer Yezirah* (el Libro de la Creación) y el *Sefer HaZohar* (el Libro del Esplendor).

Esos libros, que preceden al Talmut, son una compilación de las antiguas leyes y tradiciones judías escritas por primera vez en el siglo V d. C., proceden de siglos antes de la época de Jesús. Según el Libro de Esplendor, Dios entregó los «misterios de la sabiduría» a Adán cuando aún moraba en el fabuloso Jardín del

Edén. Esos antiguos secretos fueron traspasados a través de los hijos de Adán a Noé y luego a Abraham, mucho antes de que los hebreos existieran como una comunidad diferenciada.

Según ha escrito Nataf, «la misteriosa Cábala es una forma de gnosticismo mediante el cual los hombres buscaban encontrar la divinidad en su interior».

El autor del *HaZohar* escribió que «la dimensión humana contiene todas las cosas y todo existe de acuerdo con ello... El hombre contiene lo que está en el reino de los cielos y lo que está en el reino de las tinieblas...». Aquí la Cábala exhibe una obvia conexión con la famosa proclama de Hermes Trimegisto, también conocido como el dios egipcio Thot, que dice así: «Tanto arriba como abajo.»

Esa conexión entre la tradición hebrea y el misticismo egipcio tal vez sea más fuerte de lo que se ha supuesto con anterioridad, en la medida en que bastantes autores, incluidos investigadores judíos, creen ahora que la Cábala tiene su origen en la tradición oral de los antiguos «misterios» egipcios transmitidos desde Moisés a través de líderes de los israelitas.

La idea de que los antiguos secretos fueran transmitidos por Moisés en los primeros tiempos estuvo respaldada firmemente por Eliphaz Levi, el seudónimo del erudito estudioso francés de la Biblia Alphonse Louis Constant. «Existe un gran secreto que ya ha puesto el mundo del revés, como han mostrado las tradiciones religiosas de Egipto que Moisés resumió simbólicamente en los primeros capítulos del Génesis», escribe Levi, quien afirma que la Cábala contiene conocimientos que Abraham llevó consigo desde Sumer, «el heredero de los secretos de Enoch, el padre de los hebreos y el padre de la iniciación en Israel».

Algunas tradiciones dicen que Abraham, patriarca bíblico nacido en Sumer y primero conocido con el nombre de Abram, poseía una tabla de signos que representaban todo el conocimiento de la humanidad transferidos desde los tiempos de Noé. Fue esa tabla de conocimiento, que los sumerios conocían como «La Tabla del Destino» y por los primeros judíos como el Libro de Raziel, la que, según se dice, dio al rey Salomón su vasta sabiduría. «El código filosófico de la Tabla llegaría a ser conocido como la *Ha*

Qabala [luz y conocimiento]» explica Gardner, «y se decía que aquél que poseía *Qabala* también poseía *Ram*, la expresión más elevada del conocimiento cósmico. El verdadero nombre de Abram —o Av-ram— significa “Aquel que posee *Ram*” y la expresión fue utilizada en la India, el Tíbet, Egipto y en el mundo celta de los druidas para indicar un alto grado de aptitud universal».

La «Tabla del Destino» sumeria se cree que puede ser la misma que se menciona en Éxodo 31, 18 como «Tabla del Testimonio». Otros versículos bíblicos —Éxodo 24, 12 y 25, 16— dejan claro que estas tablas no son las de los diez mandamientos. «Este antiguo archivo está directamente relacionado con la Tabla Esmeralda de Thot-Hermes», explica Gardner, y como se detalla en documentos alquímicos egipcios, el autor de los textos ocultos fue el personaje bíblico Ham... Él fue el fundador principal de la esotérica y arcana «corriente clandestina» que ha ido fluyendo a través de los años y su nombre griego Hermes, estaba directamente relacionado a la ciencia de la construcción de las pirámides, que deriva de la palabra *herma*, que significa «montón de piedras»... Fuera de Egipto y Mesopotamia, la Tabla era conocida por maestros griegos y romanos como Homero, Virgilio, Pitágoras, Platón y Ovidio, mientras que muchos años más tarde, en el siglo XVII, la Stuart Royal Society de Gran Bretaña estaba muy interesada en el análisis y la aplicación del conocimiento sagrado en conjunción con los Caballeros Templarios y el movimiento rosacruz.»

Como mucha de la historia y la religión, que conocemos hoy, la información de la Cábala se fue haciendo confusa con el paso de los siglos debido a las malas interpretaciones o las influencias ajenas. «La parte especulativa de la Cábala judía la tomaron prestada de la filosofía de los Magos Persas [magos en el sentido ocultista]; del neoplatonismo y del neopitagorismo», señala Webster. «Existe, pues, alguna justificación para la postura de los anticabalistas respecto a que, lo que conocemos hoy como la Cábala, no es de origen puramente judío.»

Puro o contaminado, el conocimiento místico de la Cábala se transmitió desde Mesopotamia pasando por Palestina hasta la Europa medieval, donde aparece citada en un texto por primera vez a finales del siglo XIII. Éste fue escrito por un judío español

cuyo nombre era Moisés de León y que habría inventado el título *HaZohar*, una creación literaria que le valió numerosas acusaciones de haber inventado el texto de arriba abajo. Actualmente, la mayoría de investigadores —judíos o gentiles— están de acuerdo en que el contenido de la Cábala es anterior a la era cristiana.

«Estamos considerando un punto en la historia que iba a definir el mundo y el control sobre él desde ese preciso momento hasta ahora», escribió Icke. «El conocimiento que los levitas hebreos robaron de Egipto y expandieron de resultas de su estancia en Babilonia, fue conocido como la Cábala... La Cábala es el conocimiento secreto oculto mediante códigos en el Antiguo Testamento y en otros textos. El judaísmo es su interpretación literal.»

Se ha demostrado que los caballeros templarios trajeron de vuelta a Europa el conocimiento cabalístico desde Tierra Santa en la época de las cruzadas, y que este conocimiento se fue transmitiendo a través de la alianza de las órdenes y los gremios de canteros. Los historiadores de la masonería reconocen que el primer indicio de «misterios judeo-cristianos» se introduce en la orden en esa época. También ha sido documentado que el conocimiento oculto dentro de la Cábala fue utilizado durante siglos por casi todas las sociedades secretas, incluida la francmasonería, los rosacruces y, a través de los Illuminati, los grupos actuales.

Wilmshurst, historiador de la masonería, lo confirmó al decir que: «Desde la supresión de los Misterios... su tradición y sus enseñanzas han continuado en secreto y a escondidas y, debido a esa continuidad, existe nuestro actual sistema masón».

Según Picknett y Prince, el pensamiento cabalista también fue introducido en Europa, en la corte de banqueros/gobernantes de los Medici de Florencia, Italia, en los siglos XIV y XV, en particular gracias al cabalista Pico della Mirandola.

Webster cita la literatura del siglo XIX y afirma que Moses Mendelssohn —el renombrado filósofo judío y traductor de la Biblia, que hizo todo lo posible por liberar a los judíos de las leyes represivas alemanas— no sólo fue un judío cabalista sino también uno de los hombres que inspiró y guió al líder de los Illuminati, Adam Weisphaupt. Mendelssohn, a quien se conocía como el «Sócrates alemán» después de que su amigo masón Gotthold

Lessing le representara muy favorablemente en una obra de teatro, pudo haber sido el enlace entre Weishaupt y el banquero Mayer Rothschild. Otro pudo haber sido Michael Hess, el tutor de los hijos de los Rothschild y «un seguidor de Moses Mendelssohn», quien más adelante dirigió la Escuela Filantrópica para niños necesitados fundada por los Rothschild.

Esta mezcla de enseñanzas cabalísticas con las posteriores sociedades secretas, se confirmó además en 1984, cuando más de quinientos documentos de John Byrom fueron descubiertos en Inglaterra. Byrom, que vivió entre 1691 y 1763, era un francmasón, socio de la Royal Society y líder del movimiento jacobita por la restauración de la monarquía de los Estuardo. Era miembro de un grupo llamado «Club del Sol», también conocido como el «Cábala Club». Sus documentos, según Picknett y Prince, «versan principalmente sobre geometría sacra y arquitectura, y simbología cabalística, masónica, hermética y alquímica».⁸

Todas las primeras sociedades, incluida la Escuela del Misterio de Grecia y Egipto, ambicionaron penetrar en los secretos del pasado.

La revolución industrial así como las teorías de la evolución de Charles Darwin han llevado a mucha gente a creer en el «progreso del hombre» —esa humanidad que ha evolucionado desde los primates que trepaban los árboles hasta los tiempos modernos y su alta tecnología. Hoy, descubrimientos recientes y nuevas interpretaciones de la literatura antigua, y de los objetos hallados, hacen que muchos creen lo contrario: la humanidad «cayó» desde una edad dorada a la barbarie y sólo ahora intenta recuperar ese conocimiento perdido.

Las estadísticas de la población mundial sugieren incluso una temprana disminución en lugar de un crecimiento en la especie humana. «Los cálculos sobre la población mundial entre el año 6000 a. C. hasta principios de nuestra era, son extremadamente significativos» escribió Tomas. «En la Tierra moraban alrededor de 250 millones de personas hace 2000 años. La población del planeta en 4800 a. C. era de 20 millones. En el año

5000 a. C. era de 10 millones en todos los continentes. Mil años antes —en el 6000 a. C.— sólo cinco millones de personas habitaban la tierra. Basándose en estos datos, la población del planeta no debía de alcanzar el millón hacia el 10 000 a. C., una cifra sorprendentemente baja. ¿Por qué ha sido el hombre, una especie rara, el que ha tenido una existencia continuada como primate y después como animal racional durante al menos dos millones de años?»

Según registros de los antiguos sumerios y egipcios, las civilizaciones han habitado la tierra desde hace más de 500 000 años. Los hallazgos arqueológicos indican que el hombre puede haber retrocedido en conocimiento y habilidad hasta iniciar un lento avance hace unos 13 000 años. Obviamente se precisa otro modelo de la historia.

El filósofo masón Hall escribió que las Escuelas del Misterio se crearon como sociedades secretas para prevenir las interferencias externas cuando los iniciados intentan superar el vacío existente entre el mundo material y el espiritual.

Explicó que «cuando nuestro sistema solar empezó su andadura, los espíritus de sabios de otros sistemas solares vinieron y nos enseñaron los modos de conocimiento por Dios concedidos a todas sus creaciones. Son estas mentes las que se dice que crearon las Escuelas de Misterio de la Antigua Sabiduría... Gradualmente fue produciéndose una separación entre las diferentes escuelas místicas. El celo de los sacerdotes al divulgar sus doctrinas, en muchos casos parece que excedió su inteligencia... El resultado fue que estas mentes aún no formadas, que poco a poco fueron accediendo a los puestos de autoridad, se vieron incapaces al final de mantener la institución... De este modo las Escuelas de Misterio desaparecieron... mientras las colosales organizaciones materiales, al no tener en adelante ningún contacto con su fuente divina, empezaron a vagar en círculos, viéndose rodeados de rituales y símbolos que cada vez eran más incapaces de interpretar».

Si las instituciones religiosas no podían interpretar correctamente su propia teología, lo mismo podía decirse de sus homólogos científicos, que incluso en la actualidad no pueden explicarse determinados fenómenos. Recientemente, miembros de

mente más abierta tanto de la sociedad en general como del ámbito científico están volviendo a considerar algunas de las anomalías y misterios más intrigantes de nuestro planeta.

Los Secretos y Misterios Antiguos

Los primeros secretos del mundo tienen que ver con los verdaderos orígenes del ser humano. Ninguna de las dos teorías dominantes en la actualidad —el darwinismo y el creacionismo— puede explicar completamente los orígenes del hombre y su desarrollo.

La teoría de Darwin, basada en la supervivencia del más fuerte, falla al explicar cómo los hombres superaron las miles de deficiencias de la estructura del ADN humano, mientras que los creacionistas pasan por alto la impresionante cantidad de restos fósiles. Ésta claro que se necesita un nuevo modelo.

Recientemente, las teorías sobre los orígenes del hombre moderno se han hecho aún más confusas a partir del descubrimiento de fósiles que indican que el primitivo Neandertal convivía con el Cromagnon, un hombre que se creía posterior, en lo que hoy es Israel. Pero, misteriosamente, al parecer estas dos razas no se cruzaron. «Sólo hay una explicación a este misterio», dice James Shreeve, autor de *El enigma del Neandertal: resolviendo el misterio de los orígenes del hombre moderno*. «Los neandertales y los modernos cromagnones no se cruzaron porque no podían. Eran reproductivamente incompatibles, eran especies separadas...» (Cursivas de énfasis en el original).

Por otra parte, pruebas científicas mostraron que los restos del hombre de Cromagnon en el Israel prehistórico eran anteriores a los restos del neandertal en unos 40 000 años, lo que representa una severa bofetada a la teoría de una evolución continua.

Estos hallazgos podrían también haber resuelto la pregunta sobre el famoso «eslabón perdido» entre los primitivos y el hombre moderno —a saber, que no habría tal eslabón. Parecen haber sido dos especies separadas. Otra vez, esto requiere un nuevo modelo para los orígenes del hombre.

Los nuevos modelos están ya perfilándose con el creciente número de revisionismo arqueológico, teológico e histórico que están rebatiendo a las acomodaticias respuestas de la ciencia convencional durante las últimas décadas.

No obstante, siendo la naturaleza humana como es, los principales científicos y teólogos se empeñan en dar infinidad de rodeos para seguir defendiendo las teorías que durante tanto tiempo han defendido. Con la misma intransigencia de aquellos que afirmaban que la tierra era plana, están decididos a mantener sus posturas hasta el final, a pesar de que un número creciente de pruebas los contradigan.

Tales pruebas no son un fenómeno reciente. Muchos de estos profundos misterios del planeta están relacionados con una serie de artefactos que datan de miles de años atrás. Éstos serían:

- Un número inusual de pequeños «sellos» de porcelana de la antigua China, descubiertos en Irlanda en los siglos XVIII y XIX, en una época en la que no había comercio entre las Islas Esmeralda [la verde Irlanda] y China.
- Los misteriosos cráneos de cristal hallados en Sudamérica, de tamaño natural, que se remontan al menos hace 3600 años. Según el equipo del Laboratorio del Museo Británico, los cráneos parecen haber sido tallados con algún tipo de potente cúter.
- Numerosas bolas gigantes de piedra encontradas en Costa Rica en la década de 1930 de un granito no procedente de la zona y cuya simetría era tan perfecta que escapaba a toda explicación de quién lo había hecho o cómo.
- Por toda Gran Bretaña, Francia y Alemania aún se aguantan en pie muchas fortalezas de piedra —sólo en Escocia hay por lo menos sesenta— construidas con rocas enormes que alguna vez fueron «vitrificadas», fundidas a tal temperatura que quedaron fusionadas entre sí y vítreas. El calor necesario para producir un efecto semejante es de 1 100 grados centígrados, lo que descarta que las piedras se fundieran con la ayuda de un fuego convencional.

- Lo que a todos los efectos parece ser una computadora, dada en el año 100 a. C. y descubierta en 1900, frente a la isla de Antikythera, cerca de Creta. Conocido como el «mecanismo de Antikythera», el dispositivo contenía un sistema de engranajes de los que no se supo la utilidad hasta el siglo XVI.
- Una pequeña vasija que contenía un cilindro de cobre con una varilla de hierro dentro, descubierto en un pueblo iraquí y que data, al menos, de 220 a. C., resultó ser ni más ni menos que una pila. Al añadirse zumo de uva alcalino al extraño objeto, produjo medio voltio de electricidad.
- Conjuntos arquitectónicos construidos de forma inexplicable, como Stonehenge y Silbury Hill en Gran Bretaña, las enormes cabezas de la Isla de Pascua, las líneas de Nazca en el Perú, el gran Montículo de la Serpiente en Ohio, y la controvertida «Muralla de piedra» prehistórica al este de Dallas, Texas, parecen indicar una tecnología perdida en la prehistoria.
- El ex oficial de la NASA, Maurice Chatelain escribió acerca de trece enclaves místicos dentro de un radio de 700 kilómetros de la venerada isla de Delfos los cuales, unidos con una línea recta, forman una cruz de Malta perfecta, emblema de los caballeros cruzados. Chatelain afirma que un patrón de estas dimensiones sólo puede ser creado desde un punto estratégico en el espacio.
- Según Chatelain, monedas con el mismo peso exacto han sido halladas en lugares geográficos distantes por miles de kilómetros y en culturas diferentes separadas por miles de años.
- En 1996, Hang Ping Chen, una autoridad en la antigua dinastía china Shang, confirmó que las marcas encontradas en las figuras olmecas de Centroamérica, que tienen más de tres mil años de antigüedad, eran claramente caracteres arcaicos chinos. Los arqueólogos, perplejos, admitieron que dos sistemas de escritura idénticos no pueden ser independientemente inventados.
- Las tallas encontradas a 750 metros de profundidad en el antiguo Templo de Seti I en Abydos, Egipto, parecen nada

- menos que aviones a reacción y helicópteros de ataque Apache. Su presencia fue detectada por viajeros y, al parecer fueron mencionados en un informe de 1842, aunque aún no se sepa qué representan realmente.
- En el British Museum hay unas tablillas cuneiformes babilónicas que describen las fases de Venus, las cuatro lunas de Júpiter y los siete satélites de Saturno, ninguno de los cuales puede haber sido observado en la antigua Babilonia sin ayuda de modernos telescopios.
- Los mapas del almirante turco Piri Reis, que datan de principios del siglo XVI, y que se dice que están basados en los tempranos mapas anteriores a Alejandro Magno, describen minuciosamente la cuenca del Amazonas y las líneas de costa septentrional de la Antártida, ninguna de las cuales fue medida hasta después del invento de los aviones, en el siglo XX. La precisión de esos mapas respecto a, por ejemplo, la Antártida, son especialmente desconcertantes, ya que ésta ha estado bajo una capa de hielo, al menos, durante cuatro mil años.
- Un zigurat rectangular construido antes de 8000 a. C., recientemente descubierto cerca de Okinawa, señala a una comunidad poseedora de una avanzada tecnología que vivieron mucho antes de la era, generalmente aceptada, de las primeras civilizaciones.

¿Por qué no sabemos más acerca de nuestro pasado y de artefactos como los citados anteriormente? La respuesta reside en la naturaleza destructiva del hombre. Sólo unos pocos poemas de Homero sobrevivieron a la destrucción de su obra ordenada por el tirano griego Peisístrato en Atenas. Nada se salvó de la destrucción de la biblioteca egipcia del Templo de Ptah, en Menfis. Asimismo, se estima que desaparecieron 200.000 obras de inestimable valor tras la destrucción de la biblioteca de Pérgamo, en el Asia Menor. Cuando los romanos arrasaron la ciudad de Cartago, destruyeron una biblioteca que se dice albergaba más de medio millón de obras. A continuación llegó Julio César, cuya guerra con Egipto se llevó por delante la gran biblioteca de Alejandría, considerada la mayor colección de libros de la anti-

güedad. Junto con el *Serapeum* y el *Bruchion*, partes de esa biblioteca, un total de 700 000 volúmenes de saber acumulado fueron pasto de las llamas. Lo poco que quedaba fue destruido por los cristianos en el 391 d. C. Las bibliotecas europeas también sufrieron lo suyo con la llegada de los romanos y de los entusiastas cristianos. Entre el saqueo de Constantinopla y la Inquisición Católica, un número inestimable de obras antiguas se perdieron irremisiblemente. A las colecciones asiáticas no les fue mucho mejor, el emperador chino Qin Shi Huangdi decretó una quema masiva de libros en 213 a. C.

«Debido a esas tragedias, tenemos que depender de fragmentos inconexos, pasajes casuales y unas míseras versiones», lamenta el autor australiano Andrew Tomas. «Nuestro pasado remoto es un vacío llenado al azar con tablillas, pergaminos, estatuas, pinturas y diversos artefactos. La historia de la ciencia sería totalmente diferente si los libros de la biblioteca de Alejandría hubieran llegado a nosotros intactos».

Los misterios del pasado del hombre pueden ser simbolizados por dos de las más antiguas construcciones del planeta.

La sabiduría convencional nos dice que las Grandes Pirámides de Egipto y la Esfinge fueron construidas por los egipcios hace unos 4500 años. Sin embargo, el reciente descubrimiento de la acción erosiva de fuertes lluvias en las dos —un hecho que sólo pudo ocurrir hace más de 10 000 años, antes de que la meseta de Giza se convirtiera en un desierto— es una prueba de que estas dos famosas edificaciones fueron levantadas miles de años antes de que apareciera la civilización del antiguo Egipto. El inconformista egiptólogo John Anthony West, quien hace dos décadas decidió proclamar los orígenes prehistóricos de la Esfinge, ha sido apoyado en los últimos años por el trabajo del geólogo de la Universidad de Boston doctor Robert Schoch. Tras unos estudios científicos llevados a cabo a principios de la década de 1990, West, Schoch y otros expertos concluyeron que la Esfinge no fue construida antes de aproximadamente 7000 y 5000 años, cifra aun considerada por algunos como conservadora. «Estoy convencido de que la Esfinge tiene que ser anterior al deshielo de la última era glacial... Si una tecnología de

este nivel estaba disponible en Egipto, creo que hubiéramos encontrado más indicios de ella en otras partes del mundo», escribió West.

A pesar de los recientes trabajos científicos sobre la Esfinge que apoyan las teorías de West, y la buena audiencia de un especial de la NBC sobre el tema en 1993, las autoridades egipcias —al parecer a petición de los egiptólogos tradicionales si no de algunos grupos secretos— continuaron negando a investigadores como West, el acceso a las antigüedades que éstos estaban estudiando.

En 1934, el famoso psicólogo Edgar Cayce dijo que los antiguos egipcios eran los descendientes de una civilización antigua que construyó la Gran Pirámide y la Esfinge como «Conjunto de registros» —su versión de la cápsula del tiempo— con el propósito de transmitir un conocimiento científico a las generaciones futuras. Cayce dijo incluso que esta biblioteca del conocimiento podía ser encontrada bajo las garras de la Esfinge. A principios de la década de 1990, potentes radares penetraron el suelo y confirmaron lo que Cayce y algunos modernos visores a distancia habían indicado: que hay una sala debajo de las garras de la Esfinge. Bastante extrañamente, no se ha autorizado a nadie a excavar en ese lugar.

Si la Esfinge fue construida antes del final de la última era glacial, la fecha de finalización de la estructura se situarían en hace más de 15 000 años; eso excluiría que los egipcios fueran sus constructores. Otros admiten ahora que una civilización mucho más antigua e incluso más compleja antecedió a los egipcios.

«El nivel de factura de la joyería así como de la arquitectura en el antiguo Egipto era mayor en el primer período», apunta Tomas. Por otra parte, está claro que la civilización egipcia no apareció espontáneamente. Era el legado de un predecesor.

El famoso Libro de los muertos, egipcio, en un pasaje que contiene una confesión al «Señor de la Rectitud», revela una correlación remarcable con los Diez Mandamientos del Antiguo Testamento.

LA BIBLIA

No tendrás otros dioses más que a mí
 No levantarás otros ídolos
 No tomarás el nombre de Dios en vano
 Mantén el Sabbath sagrado
 Honra a tu padre y a tu madre
 No matarás
 No cometerás adulterio
 No robarás
 No dirás falsos testimonios ni mentirás
 No codiciarás los bienes ajenos

EL LIBRO DE LOS MUERTOS

No manipularé el equilibrio divino
 No he faltado jamás el respeto a los dioses
 No ofenderé al dios que está al timón
 (los egipcios no tienen Sabbath)
 No perjudicaré a mis familiares
 No mataré
 No seré un adúltero
 No robaré
 No diré mentiras en lugar de la verdad
 No seré injusto o dañaré a los demás

Esta comparación proporciona suficiente base a aquellos que afirman que los israelitas bíblicos se inspiraron notablemente en antiguos textos egipcios. Los egipcios, por su parte, adquirieron su conocimiento y sus creencias de las más antiguas culturas de Babilonia y Sumer.

Diversos autores han detallado en los últimos años un amplio número de anomalías arqueológicas que van desde el Tíbet y la India hasta Sudamérica, Centroamérica o en el Oriente Medio. «El hombre Kennewick», un cuerpo reconstruido a partir de unos restos encontrados en el estado de Washington en 1996, se parece más al capitán Picard de «Star Trek» que a un indio. Unas excavaciones arqueológicas de 1977 descubrieron que Monte Verde, Chile, estuvo habitado hace al menos 12 500 años —mil años antes de cuando se supone que los norteamericanos primitivos cruzaron el puente de hielo del estrecho de Bering.

«La respuesta, a la luz de esos descubrimientos, sugiere que los norteamericanos prehistóricos no eran asiáticos ni mongoles que cruzaron un puente de tierra hacia Alaska hace 11 500 años, como dicen los libros de texto», informaba el *Newsweek*, «sino diferentes grupos étnicos, de lugares muy distintos a los que creían los científicos hace apenas unos pocos años.» Hasta el momento presente, la ciencia convencional se pierde cuando trata de explicar de dónde venía esa gente o cómo llegó a América en los tiempos prehistóricos.

Los signos de civilizaciones prehistóricas avanzadas están por todo el mundo y son inconfundibles, aunque no se ajusten a la visión tradicional de la historia. Descubrimientos recientes y nuevas interpretaciones de los datos disponibles se añaden a un buen conjunto de pruebas que indican que civilizaciones con tecnología avanzada existían mucho antes de la historia escrita.

El autor británico Alan F. Alford escribió en un libro poco conocido en Estados Unidos *Los dioses del nuevo milenio*: «Parece existir una prehistoria misteriosa que nos dejó un legado consistente en piedras, mapas y mitología que la tecnología del siglo XX no nos ha permitido reconocer hasta hace poco».⁹

¿Quién era esa gente y de dónde sacó su tecnología? ¿Pudo una civilización prehistórica avanzada ser la base de las leyendas de la Atlántida y de Mu?

Muchos atribuyen la razón de este desconocimiento a que estos temas han permanecido mucho tiempo fuera de los campos de estudio especializados. Ni la ciencia ni la religión se toman seriamente en consideración la una a la otra. Los arqueólogos raramente se mezclan con los lingüistas o los geólogos con los historiadores. De ahí que buena parte de la historia del hombre se haya dejado en manos de aquellos que la presentan según su limitada perspectiva. Los más desconfiados ven eso como una conspiración orquestada por la elite acaudalada para seguir teniendo el poder y el control manteniendo a la opinión pública ignorante acerca de sus orígenes y sus potenciales.

Resulta bastante inquietante pensar que los orígenes del hombre permanecen en gran parte escondidos para nosotros por el tiempo y los designios de aquellos que han destinado toda su carrera a presentar la historia del hombre como una larga evolución desde el salvajismo a la civilización. Y aún se ve más claro, a partir de los indicios de que el hombre moderno puede estar recuperando justo ahora el conocimiento perdido un milenio atrás.

Al parecer, fragmentos y pedazos de conocimiento prehistórico han sobrevivido a través de las sociedades secretas, como por ejemplo la Escuela del Misterio de Egipto o las escuelas de Pitágoras, bajo diversas formas esotéricas. Estos grupos escasamente comprendidos transmitieron no sólo conceptos religiosos como

la reencarnación o la trasmigración de las almas, sino también conocimientos prácticos sobre el diseño arquitectónico, la construcción, la astronomía, la agronomía y la historia. Uno de los conceptos subyacentes y unificadores de estos grupos tempranos era el monoteísmo, la creencia de que sólo existe un único dios creador universal.

Los hebreos se encuentran entre los mejor documentados acerca del mundo antiguo, sin embargo no hay mención alguna de que trabajaran en las Grandes Pirámides cuando está de sobra documentada su época como esclavos en Egipto. Para todas las tradiciones, el conocimiento hebraico proviene de sus patriarcas, Abraham y Moisés. Estos dos personajes no sólo los sacaron de Egipto sino que también los pertrecharon con una larga lista de leyes y costumbres sociales.

¿Algo más para Moisés?

Considerado el material disponible hasta la fecha, está claro que el conocimiento oculto en las sociedades secretas, tanto antiguas como modernas, se remonta al antiguo Egipto.

Según la Biblia, el éxodo de Egipto de los hebreos encabezado por Moisés fue el hecho histórico que inauguró la historia del mundo tal como todos conocemos. En opinión de Webster, Moisés adquirió la tradición oral del conocimiento de las Escuelas del Misterio Egipcias, que luego transmitió a los líderes hebreos que le siguieron. Muchos investigadores creen que parte de este conocimiento llegó al mundo occidental mediante ciertos pasajes crípticos del Talmud, la Cábala judía y el Antiguo Testamento así como con la tradición oral transmitida a través de las sociedades secretas.

Muchas personas sensatas han cuestionado los orígenes y los hechos que se narran de Moisés. Sigmund Freud, en su libro de 1939 *Moisés y el monoteísmo*, afirmaba que Moisés no era un judío sino, seguramente, un egipcio de alto rango relacionado con el reino del faraón Akhenaton. Uno de los argumentos de Freud es que muchas de las leyes que Moisés presentó a sus seguidores

judíos eran de origen egipcio. La similitud entre los Diez Mandamientos y el Libro de los muertos egipcio ya ha sido expuesta más arriba. Freud también cuestiona por qué ningún judío habría querido preservar ninguna costumbre egipcia una vez libres de la esclavitud.

Freud no fue el único que cuestionó el linaje judío de Moisés. El autor del libro del Éxodo del Antiguo Testamento (2, 19) describe a Moisés como un egipcio. Manetho, un sacerdote y consejero del faraón Tolomeo I, escribió 300 años antes del nacimiento de Jesús, en la *Aegyptiaca* o *Historia de Egipto*, que Moisés era un sumo sacerdote egipcio educado en los Antiguos Misterios en la ciudad de Heliópolis, situada en el bajo Egipto.

Gardner brinda una suposición aún más inesperada. Se quedó perplejo al ver que, pese a la elevada posición de Moisés en Egipto, según consta en el Antiguo Testamento, no hay mención alguna de él entre la vasta cantidad de literatura egipcia que nos ha llegado. Tras cuidadosos estudios, Gardner ofreció argumentos convincentes en los que decía que Moisés y Akhenatón o Amenhotep IV, como era conocido oficialmente, eran la misma persona. No se trataba de una conclusión completamente nueva, ya que había sido anticipada por los rosacruces en el siglo XVIII.

Akhenatón, el más misterioso y desconocido de los faraones, incurrió en la cólera de las autoridades religiosas egipcias cuando cerró varios templos egipcios y construyó otros nuevos dedicados al incorpóreo dios Atón. El omnisciente Atón es muy próximo a la visión del dios único universal de las Escuelas de Misterio. Por otra parte, según Gardner, Atón es el equivalente hebreo de Adón. Atón puede haberse transcrito al hebreo como Amén, que significa «que así sea», un término que aún se usa en las iglesias de hoy en día, y que podía provenir del nombre del dios supremo sumerio Anu.

La infancia de Akhenatón es paralela a la de Moisés. Cuando Tiye, segunda esposa del faraón Amenhotep III, se quedó embarazada, un edicto dictaminó que, si el recién nacido era un varón y, por lo tanto, pretendiente al trono, se le debía dar muerte. Su primer hijo resultó ser un niño, Tutmosis, que murió prematuramente. Gardner dice que un segundo hijo fue salvado cuando

Tiye confabuló con las comadronas reales para dejar el bebé a la deriva, río abajo, en un cesto de junco, en dirección a la casa de Leví, hermanastro de su padre.¹⁰ Allí, el niño fue atendido por Tey de la casa de Leví; este niño, llamado Aminadab, fue pues criado por hebreos. Recibió una educación religiosa en Heliópolis y luego se casó con su hermanastra Nefertiti, lo cual le llevaba directamente al trono.

La historia del chico salvado por una cesta de mimbre tiene una tradición que llega a Sargón el Grande de Sumer, quien dijo «mi madre vestal... me dejó en una cesta de mimbre y con breas selló los orificios. Me depositó en el río que... me llevó hasta Akki, el que seca el agua».

Cuando el viejo faraón Amenhotep III murió, su hijo Aminadab le sucedió con el nombre de Amenhotep IV. Amenhotep significa «Amen está complacido» y Aminadab, al que se había instruido sobre el dios único hebreo, pronto cambió su nombre por el de Akhenatón, que significa «glorificado sea el espíritu de Atón».

Entre su pueblo, estaba mal visto que Akhenatón adorara a Atón, sobre para el poderoso clero, y fue obligado a abdicar del trono el cual pasó a su primo Smenkhkare. Desterrado de Egipto aproximadamente en 1361 a. C., el faraón Akhenatón se reunió con sus amigos y familiares —sobre todo los familiares hebreos de Tey— y huyeron. El culto a Atón fue suprimido definitivamente y cualquier mención de Akhenatón fue prohibida, añadiendo más misterio a su vida. Según Gardner, el hijo de Akhenatón, y una de sus esposas, llamada Kiya, se convirtió luego en el joven y famoso faraón Tutankatón al que se le obligó a cambiar su nombre por Tutankamón, para reflejar el retorno al culto de Amón y no de Atón.

Según el relato bíblico, Akhenatón, junto con un «hermano», Aaron el levita, regresaron a Egipto a las órdenes del «Dios de Abraham» para salvar a los hebreos. Después de un duelo de magia con los hechiceros egipcios, partieron con los hebreos que aún quedaban.

«En Egipto han aparecido pruebas que indican que Moisés/Akhenatón guió a su pueblo desde Pi-Rameses —cerca del

moderno Kantra— en dirección sur a través del Sinaí, hacia el lago Timash. Ése era un territorio muy pantanoso y, aunque transitable a pie, cualquier intento de persecución a caballo o en carro de combate habría sido vano»,¹¹ apunta Gardner. También comenta que los seguidores de Akhenatón aún lo consideraban el heredero legítimo al trono y por ello lo llamaban Mose, Meses o Mosis, que significa «heredero o hijo de». Es decir, que Moisés denota más un título que un nombre.

Incluso en la Edad Media, los estudiosos consideraron las similitudes encontradas entre Moisés, Hermes y Thot, todos ellos grandes líderes que habían obtenido su conocimiento directamente de Dios. Un trabajo en teja en la catedral de Siena, Italia, tiene una inscripción que reza: «Hermes Mercury Trimegistus, contemporáneo de Moisés».

Por otra parte, se puede encontrar más pruebas a favor de la teoría de Moisés/Akhenatón a partir de Miriam, la mujer a la que más estrechamente se vinculaba con el profeta, y que contribuyó decisivamente al éxodo de Egipto y los acontecimientos siguientes. En ella podemos encontrar más base a la teoría de que Moisés es el faraón. «Todos los datos de los que disponemos indican que hacia el final del reino de Akhenatón, Merykya —amada de Khiba— se había convertido en la reina dominante bajo el nombre de Mery-amon —amada de Amón— reuniendo en ella el legado dual de los reinos de Egipto y Mesopotamia», explica Gardner. «Fue ella quien partió al exilio con Akhenaton/Moisés y, conocida por los israelitas con el nombre de Miriam... Fue su sangre real la que, a través de su hija —la hermana de Tutankamón— cimentó la sucesión de la Casa Real de Judá.»

Si Moisés era Akhenatón, la conexión entre el antiguo Egipto y los hebreos sería mucho más fuerte de lo que se sospechaba previamente, y explicaría la obvia influencia de creencias egipcias en la teología hebrea. Incluso si Moisés y Akhenatón no eran la misma persona, está documentado que Moisés era docto en los antiguos conocimientos y gozó de un alto estatus mientras vivió en Egipto. En Hechos de los Apóstoles 7, 22, se dice: «...y fue instruido Moisés en todas las ciencias de los egipcios, y era poderoso en sus palabras y en sus obras».

Moisés, según la Biblia, se convirtió en el patriarca de los hebreos después de recibir los mensajes y los mandamientos de Dios en el monte Sinaí. Mientras él estaba con Jehová, sus seguidores miraban desde una distancia segura. Lo que vieron está descrito en el Éxodo 19, 18: «Todo el monte Sinaí humeaba, porque Yahvé había descendido sobre él en el fuego. Subió el humo como de un horno, y todo el monte retemblaba con violencia».

Esta descripción es parecida a la que hace el profeta Elías de su encuentro con Yahvé en el Libro primero de los Reyes 19, 9-13. Elías relata que, mientras estaba en la montaña sagrada, el Señor pasó junto a él con un fuerte viento, levantando el polvo y las piedras y haciendo temblar la tierra. «Hubo un fuego, pero el Señor no estaba en el fuego» dice Elías. «Después del fuego, el susurro de una suave brisa». El profeta procedió a mantener una conversación con su dios.

Cuando Moisés regresó de su experiencia en la cima de la montaña, llevaba consigo unas tablas de piedra. Otra vez se formula una pregunta acerca de la traducción. Debido a que todo esto sucedió antes de la aparición de la lengua hebrea, los autores Knight y Lomas dicen: «Estas tablas sólo pudieron estar escritas en jeroglíficos egipcios y Moisés no podía haber entendido ninguna otra escritura [ya que el hebreo no devino una lengua hasta mil años más tarde]. La idea de mensajes grabados sobre la piedra asombraba a la gente corriente, y quienes consideraban a los escribas, que podían hacer hablar a las piedras, poseedores de una gran magia. Esto se aprecia fácilmente cuando vemos que los egipcios llamaban jeroglíficos a las «palabras de Dios», un término que se repite a lo largo de la Biblia».

El nombre de Jehovah es una trascripción moderna del hebreo «Yahvé» o Señor, una palabra que pronto se expresó sólo con las consonantes YHWH para prevenir el mal uso de su nombre. YHWH es un acrónimo de las famosas palabras en hebreo en respuesta a la pregunta de Moisés sobre cuál era supuestamente el nombre de su Señor: «Yo soy el que soy» (Éxodo, 3, 14). El término cananita para Yahvé era Elohim, el plural derivado de *El* o *Eloh*, que significa «el que está en lo alto». Aun así; la Biblia continúa utilizando el plural Elohim para el Dios único. Otra pala-

bra hebrea para «Señor», que significa el único Dios verdadero, es Adon o Adonai. En los textos más antiguos, el término «El» o «El-Shaddai» (el Señor de la montaña) se utiliza 238 veces. El, utilizado bíblicamente como sinónimo de Elohim, deriva del antiguo sumerio Enlil o el Gran Señor de la Montaña. Está claro que los autores bíblicos originales se referían a un solo personaje masculino definido y no a un vago e hipotético dios.

«Desde los albores de la cultura hebrea, sin embargo, todo cambió a medida que Jehová fue racionalizado como un individuo "absoluto", un amo supremo unilateral de todas las cosas», comenta Gardner. «La percepción hebrea de Jehová también se tornó totalmente abstracta y de esa manera se perdieron todas las conexiones físicas con el hombre.»

«En la religión hebrea —y sólo en la religión hebrea— el antiguo vínculo entre el hombre y la naturaleza fue destruido», explica el experto en Oriente Medio Henri Frankfort. «Aquellos que servían a Jehová debían renunciar a la riqueza, la satisfacción y el consuelo de una vida en sintonía con los grandes ritmos de la tierra y del cielo.»

Moisés mostró a su gente las tablas de piedra que contenían las leyes que Jehová le había entregado, muchas de las cuales fueron rápidamente quebrantadas por órdenes de ese mismo Jehová. Después de advertir a Moisés y a su gente que no se debía matar, robar o codiciar la propiedad del prójimo, Jehová los envió a las tierras de los amorritas, hititas, cananeos y otros para matar a hombres, mujeres y niños y apoderarse de sus tierras y posesiones. Esas duras órdenes parecen indignas de un dios bondadoso y misericordioso, y podrían ser explicados por el sacerdote egipcio Manetho cuando dice: «Las maravillas narradas por Moisés y que tuvieron lugar en el monte Sinaí son, en parte, un relato encubierto de iniciación egipcio que Moisés transmitió a sus gentes cuando estableció una rama de las Hermandades Egipcias...» En otras palabras, esas órdenes provenían de una persona física y no de un espíritu.

El doctor Joe Lewels, ex director de la Facultad de Periodismo de la Universidad de Texas, en El Paso, propuso una interpretación aún más controvertida al decir en su libro de 1997, *La hi-*

pótesis de Dios, que Jehová fue en verdad un hombre de carne y hueso que viajaba en una nave que producía fuego, viento y ruido. Ese vehículo transportó a Moisés a la cima del monte Sinaí, como se relata en el Éxodo 19, 4, «Vosotros habéis visto lo que he hecho con los egipcios y cómo os he transportado sobre las alas de las águilas y os he traído a mí».

Lewels dice también que a Moisés y los israelitas nunca se les permitió ver el rostro de Jehová, y se pregunta si su semblante era tan poco humano como para provocar miedo o aversión. «Debe señalarse que ésta no es una idea original, escribió Lewels, quien menciona a los mandeos, una antigua secta judía que creía en un universo dualista, dividido por igual entre la luz y la oscuridad. «Para ellos, el mundo físico, incluida la tierra, había sido creada y era gobernada por el Señor de las tinieblas, un ser reptil... al que se llama con diversos nombres: serpiente, dragón, monstruo y gigante... que creían que había sido el verdadero creador de la humanidad», señala Lewels.

Esta misma idea también fue anticipada por el investigador y autor R. A. Boulay, quien apuntó que en todas las culturas del mundo se encuentran historias de dragones o reptiles que coexisten con los humanos —son incluso sus creadores—, están asociados con poderosas gemas y cristales, caminan sobre piernas, vuelan por el aire, luchan entre sí por el territorio, y los humanos los reverencian como «dioses». «La descripción de un mundo poblado por reptiles voladores deja bastante claro que nuestros creadores y ancestros no eran de origen mamífero sino más bien de raza sauria alienígena» concluye Boulay en su libro de 1997, *Flying Serpents and Dragons: The Store of Mankind's Reptilian Past*.

Escritores actuales como Lewels y Boulay sostienen que el Jehová bíblico era, de hecho, uno de los antiguos «dioses» sumerios, que mostró un especial interés por los descendientes del patriarca mesopotámico Abraham.

«Desde el principio de su relación con el pueblo hebreo, Jehová utilizó todos los medios a su alcance para ejercer autoridad y control sobre su rebaño», explica Lewels. Refiriéndose al pacto que se narra en el Génesis 17 entre Jehová y Abraham, Lewels interpreta la orden de que los varones fueran circuncidados como

una marca distintiva, algo parecido a lo que hacen los ganaderos de hoy en día cuando hacen una muesca en la oreja a su ganado.

Ni que decir tiene que es extremadamente difícil intentar siquiera interpretar conceptos que se remontan a hace miles de años. Uno de los mayores problemas al intentar separar la verdad que hay detrás de los viejos relatos y leyendas, es el hecho de que muchos nombres diferentes eran utilizados por personas diferentes en tiempos diferentes para referirse a la misma persona, lugar o concepto en las narraciones simbólicas llamadas alegorías o parábolas.

Esas alegorías, que normalmente se transformaban en mitos, son la espina dorsal de las primeras religiones y creencias filosóficas del mundo occidental. Lo que popularmente se creía que eran panteones de personajes míticos separados, mediante un estudio más atento de los antiguos «dioses celestiales» de las culturas más importantes se observa que todos provienen de una misma fuente. De hecho, cuando el texto más antiguo de la cultura minoica fue traducido, se vio que contenía un dialecto semítico procedente de Mesopotamia. Se ha comprobado que la cultura griega, la base de la civilización occidental, proviene de los primeros minoicos de Creta.

Nadie estará de acuerdo con estas conexiones específicas entre los «dioses» a causa de la gran cantidad de material secundario que los envuelve. Pero una comparación general de las mitologías indica características comunes que van más allá de la simple coincidencia y revela las sorprendentes similitudes entre los antiguos «dioses»:

	SUMERIOS	EGIPCIOS	GRIEGOS	ROMANOS
El Padre celestial	Anu	Amón-Ra	Cronos	Saturno
La Madre celestial	Antu	Mut	Hera	Juno
El Señor de la tierra	Enlil	Set	Zeus	Júpiter
La Madre tierra	Ninhursag	Isis	Atenea	Minerva
Hermano tierra/constructor	Enki	Osiris	Apolo	Vulcano
El guerrero rival	Marduk	Horus	Ares	Marte
El Señor del infierno	Nergal	Anubis	Hades	Plutón
La proveedora del amor	Asherah	Hator	Afrodita	Venus
El mensajero de los dioses	Ninurta	Thot	Hermes	Mercurio

La verdadera cuestión es: ¿cómo hizo Moisés, y por lo tanto los egipcios, para obtener el conocimiento de los Antiguos Misterios? Al parecer, los patriarcas bíblicos Isaac y Abraham transmitieron buena parte de ellos.

En una intriga familiar digna de un culebrón, el primogénito de Abraham, Ismael, nació de una sirvienta egipcia de nombre Agar porque la mujer de Abraham, Sarai, era estéril. A pesar de que la idea había surgido de Sarai, maltrató a Agar hasta que ésta acabó por huir.

En el Génesis 17 se explica que fue por esa época cuando Jehová cambió el nombre de su seguidor de Abram (El padre excelso) a Abraham (Padre de naciones) y mandó circuncidar a todos los niños varones. Abraham recibió la promesa de un linaje que gobernaría sobre muchas naciones, incluido Egipto y Mesopotamia. El nombre de Sarai fue cambiada por el de Sara (Princesa), quien pronto dio a luz a Isaac, el segundo hijo de Abraham, que por entonces tenía cien años, según el Génesis 17, 17. En el Génesis 17, 19 se le dice a Abraham que el pacto con Yahvé se establecerá a través de Isaac. Al parecer, Isaac portaba rasgos genéticos adquiridos de Sara que debían de ser superiores a los de Ismael.

Los antepasados de Abraham están todos citados en la Biblia. Desde su padre Terah, se remonta dos mil años atrás, hasta el hijo de Noé, Sem, y hasta alcanzar a Adán.

Es significativo que Abraham procediera de Ur, en la región de Caldea, una importante ciudad sumeria en el extremo norte del golfo Pérsico. Al principio del Génesis, Abraham sólo se describe como un hebreo al mando de una tropa entrenada de 318 hombres y bendecido por el misterioso Melquisedec. Más tarde, en el Génesis 24, Abraham se ha convertido en «el grande», con muchos rebaños y manadas, plata y oro, camellos y una casa repleta de sirvientes. Ya no es un nómada de poca categoría sino más bien un ciudadano de Sumer rico y poderoso.

Después de la destrucción de Ur, durante una guerra hacia el 2000 a. C., la familia de Abraham se trasladó hacia el norte, a la ciudad de Aram, bautizada por el hermano de Abraham que era padre de Lot, el de la famosa Sodoma y Gomorra. A princi-

pios del siglo XX, los arqueólogos descubrieron varias ciudades del norte de Mesopotamia nombradas según los parientes de Abraham, que incluyen Aram, Terah, Nahor, Serug y Peleg. «Claramente, los patriarcas no representan una familia convencional sino que constituyeron una poderosa dinastía», comenta Gardner. Fue esta dinastía la que transmitió las antiguas tradiciones de los sumerios de Abraham a Moisés.

Todos los caminos conducen a Sumer

Los más ocultos nos conducen siempre hasta Sumer y Mesopotamia, las primeras grandes civilizaciones que se conoce, y que estaban situadas en el territorio comprendido entre los ríos Tigris y el Éufrates, en la cabecera del golfo Pérsico. En los tiempos bíblicos, era llamada Caldea o Shinar, y hoy es el actual Irak.

La cultura sumeria surgió al parecer de la nada, hace más de seis mil años y, antes de que desapareciera en extrañas circunstancias tuvo una gran influencia en zonas tan remotas como, al oriente, el río Indo —que fluye desde el Himalaya hasta el mar Arábigo pasando por Pakistán— y, a occidente, el río Nilo de los reinos egipcios que surgieron posteriormente.

Hacia 2400 a. C., las tribus semíticas invadieron Sumer por el oeste y por el norte y hacia 2350 a. C. fue capturada por el líder guerrero Sargón el Grande, quien fundó la dinastía acadia, que se extendió desde el golfo Pérsico hasta el Mediterráneo. Después de años de guerras y migraciones, los territorios de Sumer fueron unificados por Hammurabi, de Babilonia, cuyo famoso «código» de leyes puede que fuera instituido para disciplinar las masas de emigrantes tras las catástrofes de esa época.

Alan Alford señaló que la devastadora erupción en la isla griega de Santorin y la misteriosa destrucción de Creta, al igual que Mohenjo-Daro —capital de la cultura del valle del Indo— tuvo lugar durante la época del gobierno de Hammurabi. Alford vio una conexión entre estos hechos y la desaparición de la población en la isla de Pascua, la emergencia de la civilización andina y la llegada de los mayas a Centroamérica —todo ello ocurrido en el

mismo período—. También está claro que el Código Hammurabi fue redactado a partir de leyes establecidas por los sumerios siglos atrás, en particular, el primer código judicial descubierto, promulgado por el rey Ur-Nammu.

Prácticamente nada se sabía nada acerca de los sumerios hasta hace 150 años, cuando unos arqueólogos, espoleados por los relatos del viajero italiano Pietro della Valle, de principios del siglo XVII, empezaron a excavar en los extraños montículos esparcidos por el sur de Irak. Empezando por el descubrimiento del palacio de Sargón II, cerca de la actual Khorsabad por el francés Paul Émile Botta, en 1843, los arqueólogos descubrieron ciudades enterradas, palacios destruidos, artefactos y miles de tablillas de barro que detallaban cada detalle de la vida sumeria. A finales del siglo XIX, el sumerio fue reconocido como una lengua original y fue traducida. A pesar de lo que ya se conoce de ellos actualmente, el público en general apenas sabe nada acerca de la primera gran civilización humana que repentinamente se materializó en Mesopotamia.

Es fascinante darse cuenta de que es posible saber más de una civilización de hace seis mil años de lo que sabremos jamás acerca de los egipcios, griegos y romanos, mucho más cercanos en el tiempo. La explicación se halla en los escritos cuneiformes sumerios. Mientras que los papiros de otros antiguos imperios se desintegraron con el tiempo o fueron destruidos por los incendios de la guerra, los textos cuneiformes habían sido grabados sobre tablillas de arcilla húmeda con un punzón, trazando una letra con forma de cuña. Estas tablillas se secaban después, se cocían y se guardaban en grandes bibliotecas. Los modernos investigadores pueden obtener un conocimiento inestimable de los sumerios gracias a las cerca de quinientas mil tablillas que han sido encontradas.

Las tablillas sumerias han sido traducidas casi en su totalidad gracias a la contribución del profesor alemán Georg Grotefend, que empezó la traducción sistemática de la lengua cuneiforme en 1802. En la actualidad, muchas de las tablillas aún están sin traducir, porque el gran número de las mismas ha abrumado a los pocos traductores de esa lengua que hay en el mundo.

El alfabeto sumerio es de base taquigráfica, en comparación con otras antiguas lenguas primitivas compuestas de logogramas (símbolos que representan conceptos en lugar de palabras), y se parece nada menos que a los antiguos caracteres chinos. Dado que no era una lengua muy detallada, las traducciones de las que se dispone son muy libres. Cuando se empezaron a traducir, en el siglo XIX, el símbolo para los creadores sumerios se interpretó que simplemente se refería a los míticos «dioses», y todo lo que siguió después partió de esa premisa.

Los estudios arqueológicos han mostrado que, poco después del 4000 a. C., en el valle del Tigris y el Éufrates, los pantanos se desecaron, se excavaron canales, se construyeron presas y diques, se inició un sistema de irrigación a gran escala y se fundaron ciudades grandes y esplendorosas.

Las primeras doce ciudad-estado más grandes —con nombres exóticos como Ur, Nippur, Uruk, Lagash, Akkad y Kish— estaban construidas alrededor de un imponente templo o zigurat (Montaña Sagrada) y cada uno estaba consagrado a un dios diferente, llamado *ensi*. En espiral alrededor del zigurat se situaban los edificios públicos, mercados y viviendas. Cada una de esas ciudades lindaba con grandes extensiones de tierra también controladas por los *ensi* locales. A medida que esas ciudades-estado se fueron desarrollando cayeron bajo el dominio de un rey, llamado *lugal*, que respondía ante el «dios» local.

A pesar de nuestro conocimiento superficial de los sumerios, ya hemos sido capaces de considerarlos los «primeros» de muchas cosas. El profesor Samuel Noah Kramer, autor de *La historia empieza en Sumer y Los sumerios* dice que este pueblo desarrolló el primer sistema de escritura (cuneiforme), la rueda, las escuelas, la ciencia médica, los primeros proverbios escritos, la historia, el primer congreso bicameral, los primeros impuestos, las leyes, las reformas sociales, las primeras cosmogonía y cosmología y la primera moneda acuñada (el ciclo de plata).

Muchos de los documentos que hemos conservado tratan sobre su vida cotidiana: los registros de impuestos, audiencias de la corte y presupuestos mercantiles entre otros. De hecho, este antiguo pueblo se diferenciaba poco de las sociedades actuales.

También reían, amaban y odiaban, se peleaban y conspiraban, se perjudicaban unos a otros y, en algunas ocasiones, luchaban entre sí.

El autor Tomas describió el busto de la reina sumeria Shubad, expuesta en el Museo Británico: «La adorable muchacha lleva una sorprendente peluca moderna, pendientes largos y un collar. Esta joven sofisticada, que utilizaba cosméticos, una peluca y joyas caras, murió en un ritual suicida hacia 2900 a. C., 2150 años antes de la fundación de Roma y 2000 años antes que Moisés iniciara sus escritos».

Los sumerios viajaron con frecuencia y lejos y se cree que llevaron su avanzada tecnología sobre construcción de barcos y cartografía a los primeros fenicios, quienes se asentaron a lo largo de la costa oriental del Mediterráneo, en lo que ahora es el Líbano.

Su conocimiento sobre el firmamento era asimismo asombroso y desconcertante. «Todo el concepto de astronomía esférica, incluido el círculo de 360 grados, el cenit, el horizonte, el eje celeste, los polos, la eclíptica, los equinoccios, etc. surgió de repente en Sumer»,¹² comenta Alford. El conocimiento sumerio sobre los movimientos del sol y la luna se plasmaron en el primer calendario del mundo, que sería utilizado siglos después por semitas, egipcios y los griegos.

Como señala Alford, poca gente se da cuenta de que al sistema matemático sexagesimal sumerio no sólo le debemos la geometría sino también nuestra manera de medir el tiempo. «El origen de las horas de sesenta minutos y los minutos de 60 segundos no es arbitrario, sino que se ideó en torno a un sistema sexagesimal [basado en el número 60]»,¹³ explica Alford, y añade que el zodíaco moderno era una creación sumeria fundamentada en sus doce dioses. Lo utilizaban para trazar un gran ciclo precesional, dividiendo la esfera de 360 grados vista desde el Polo Norte de la Tierra durante su órbita de doce meses alrededor del sol en doce partes iguales —o casas— de 30 grados cada una. Teniendo en cuenta la ligera oscilación de la órbita de la tierra, el movimiento de un ciclo completo dura 25 920 años, lo que se conoce como año platónico, en honor al filósofo griego Platón, que ins-

piró a los Caballeros Templarios, los Illuminati y las Mesas Redondas de Rhodes.

«La pregunta incómoda que los científicos han eludido es la siguiente: ¿Cómo fue posible para los sumerios, una civilización que sólo duró 2000 años, poder observar y registrar un ciclo celeste que necesita 25 920 años para completarse? ¿Y por qué su civilización surgió en mitad de un período zodiacal? ¿Es una pista de que su astronomía era un legado de los dioses?»¹⁴, se pregunta Alford.

Su pregunta puede ser ampliada e incluir cómo pudieron los primeros hombres primitivos de hace seis mil años, transformarse de repente unos pequeños grupos de cazadores-recolectores en una civilización a gran escala —avanzada incluso según los estándar actuales—. Los propios redactores de *The New Encyclopaedia Britannica* sabían que muchas serias cuestiones sobre la historia sumeria quedaban en el aire, y explicaron cautelosamente que esos interrogantes «están planteados desde el punto de vista de la civilización del siglo XX y, en parte, influidos por connotaciones éticas. Por consiguiente las respuestas sólo pueden ser relativas».

Ahora que disponemos de miles de tablillas sumerias traducidas, junto con sus sellos cilíndricos grabados, tal vez deberíamos permitir a los sumerios explicarse por sí mismos.

Su respuesta es que ellos afirmaron que todos sus logros provenían de los dioses.

«Todos los antiguos pueblos creían en dioses que descendieron a la tierra desde el cielo y que podían, a voluntad, remontar el vuelo hacia el firmamento», explica el experto sobre el Oriente Medio Zecharia Sitchin en el prólogo a su primer libro de una serie donde detalla sus traducciones e interpretaciones de los hallazgos sumerios sobre sus orígenes e historia. «Pero a estos relatos nunca se les ha dado credibilidad y, han sido tachados de mitos por los expertos desde un principio».

Reconociendo que incluso los investigadores más eruditos de antes de finales del siglo XX, no podían, posiblemente, cavilar sobre el asunto con los conceptos hoy comúnmente aceptados, Sitchin razonó que «ahora que los astronautas han pisado la luna y misiones no tripuladas exploran otros planetas, ya no es impo-

sible creer que una civilización de otro planeta, mucho más avanzada que la nuestra fuera capaz de hacer aterrizar a sus astronautas en la Tierra en algún momento del pasado».

Es significativo que los sumerios nunca consideraron, o se refirieron, a los seres que les llevaron el conocimiento como a «dioses». Ésta fue una interpretación posterior de romanos y griegos, quienes fabricaron sus propios «dioses» a partir de las primeras tradiciones orales.

Los sumerios se autodenominaban los *anunnaki* o «Aquellos del cielo que a la tierra vinieron».

Los anunnaki

Entender la versión sumeria sobre el origen de la humanidad requiere sólo un ligero cambio de actitud.

Sitchin, un autor que ha hecho mucho por sintetizar la vasta cantidad de conocimiento de los sumerios en una hipótesis tan consistente como extraordinaria, ha explicado a menudo cómo le sobrevino este cambio de actitud. Cuando era un escolar y estudiaba hebreo en Palestina, Sitchin tuvo la audacia de cuestionarse por qué el término del Antiguo Testamento *Nefilim* se traducía como «gigantes» ya que la palabra original significaba «aquellos que bajaron». Como era de esperar, en vez de ser elogiado por su iniciativa y su atención a la fidelidad del texto, el joven Sitchin fue castigado por cuestionar la Biblia. Pero el incidente le planteó una cuestión vital sobre la verdad que hay detrás de las inconsistencias y los enigmas de los textos antiguos.

La pregunta de Sitchin estaba bien fundamentada. En lugar de «gigantes», el *Holman Bible Dictionary* define los nefilim del Antiguo Testamento como «unos antiguos héroes que, según muchos intérpretes, son el producto de la unión sexual de seres celestiales y mujeres humanas» como dice en el Génesis 6, 4. «Los nefilim, en la tierra existían por aquellos días y también después, cuando los hijos de Dios se unían a las hijas de los hombres y ellas les daban hijos; éstos fueron los héroes de la antigüedad, hombres famosos.»

Originario de Rusia, Sitchin fue educado entre Palestina y Londres donde se graduó en historia económica por la Universidad de Londres, prosiguiendo sus estudios en la London School of Economics and Political Science. Tras un período como escritor y editor de publicaciones sobre economía e historia, Sitchin se trasladó a Nueva York en 1948 y pronto obtuvo la nacionalidad estadounidense. Durante sus años de estudio, Sitchin empezó a dominar un buen número de lenguas, como el egipcio, el hebreo y el acadio, una forma posterior del sumerio.

Sitchin y otras personas sencillamente adoptaron la actitud de que tal vez los antiguos sumerios inscribieron en sus tablillas de barro la historia como ellos la entendían y no como meros mitos. Después de todo, las descripciones sumerias de diversas ciudades antiguas se creían historias fantásticas hasta que las excavaciones mostraron sus ruinas. ¿Por qué no considerar sus textos históricos como reales?

Después de años dedicados a la traducción y el estudio, Sitchin se dio cuenta que los nefilim bíblicos y los anunnaki sumerios representaban el mismo concepto: que en el pasado remoto de la Tierra, unos seres vinieron de las estrellas y fundaron las primeras civilizaciones, un tema presente durante años en todas las sociedades secretas, desde la francmasonería hasta la Sociedad Thule, como se ha explicado anteriormente.

Usando las traducciones de Sitchin como punto de partida, muchos autores han contribuido en los años recientes a una comprensión más detallada de la historia de los anunnaki. Basándonos en el libro de Sitchin, así como de otros que incluyen a Alan F. Alford, R. A. Boulay, Neil Freer, el doctor Arthur David Horn, el doctor Joe Lewels, C. L. Turnage, Lloyd Pye, Laurence Gardner y William Bramley, el relato sobre los anunnaki diría algo así:

Hace aproximadamente 450 000 años, un grupo de extraterrestres humanoides llegó al planeta Tierra. Procedían de un planeta cuyo tamaño casi triplicaba el de la Tierra, que los sumerios llamaban Nibiru. Nibiru era descrito en la literatura antigua sumeria como el duodécimo planeta de nuestro sistema solar.

Tan pronto como en 1981, los científicos norteamericanos estaban ya teorizando sobre la existencia de un décimo planeta en

nuestro sistema basándose en las observaciones de un telescopio orbital y los estudios de las irregularidades de la órbita de Plutón, que indicaban la existencia de un cuerpo solar adicional. «Si nuevas pruebas aportadas por el Observatorio Naval de los Estados Unidos sobre un décimo planeta en el sistema solar fueran correctas, se demostraría que los sumerios... estaban por delante del hombre moderno en astronomía», comentó un periodista del *Detroit News*. No hay ninguna inconsistencia puesto que los sumerios contaban la luna y el sol como cuerpos planetarios, y así llegaban al número doce, el mismo número que el panteón de sus señores anunnaki.

Verdaderamente asombroso es el hecho de que esos antiguos sumerios, de los que se nos han dicho que estaban desarrollando una escritura en ese momento, describieran y dibujaran los planetas Venus, Neptuno y Plutón, aunque su observación sea imposible sin la ayuda de un telescopio. El hombre moderno no supo de la existencia de Urano hasta su descubrimiento, en 1781, Neptuno en 1846 y Plutón en 1930.

Lo que durante largo tiempo fue considerado sólo un mito, en las recientes interpretaciones de los textos sumerios, en particular un poema titulado *Enuma Elish* conocido como «La epopeya la Creación», nos ofrece la más plausible explicación para la composición actual de nuestro sistema solar. «¿Por qué no tomar este poema en sentido literal, como nada más y nada menos que una exposición de hechos cosmológicos como les fueron explicados a los sumerios, por los nefilim?»,¹⁵ concluye Sitchin.

Los textos describen cómo, hace más de cuatro mil millones de años, Nibiru, un planeta solitario, entró en nuestro sistema, que evitó por poco margen a un planeta de grandes dimensiones llamado Tiamat, que se resquebrajó debido a las fuerzas gravitacionales. En un posterior paso de Nibiru —en los primeros trabajos de Sitchin se refiere a su órbita por su nombre babilónico Marduk— Tiamat fue golpeado y luego bombardeado por las lunas de Nibiru. Diversos fragmentos de Tiamat permanecieron en su órbita original, convirtiéndose en un cinturón de asteroides, mientras que la otra mitad del planeta era despedida hacia una nueva órbita más cercana al sol. Estos fragmentos, con el tiempo

se unieron a la Tierra. Estaban acompañados por una de las lunas de Nibiru (Kingu), que se convertiría en nuestro propio satélite.

Curiosamente, esa teoría podría explicar por qué a la Tierra le falta una parte considerable de su corteza, en especial en la mitad que rodea el océano Pacífico, así como el origen del cinturón de asteroides. Asimismo, esa teoría ofrece una explicación plausible de algunos cometas que han desatado las especulaciones entre los científicos. La idea es que, cuando Nibiru y Tiamat colisionaron, toneladas de agua del mar de los dos mundos fueron lanzados al espacio —«mezcla de las aguas» en la terminología sumeria— junto con tierra y escombros, que circularon erráticas como bolas voladoras de hielo «sucio».

Esta teoría ha cobrado fuerza tras los recientes descubrimientos de meteoritos en la Antártida que contenían los mismos gases que se sabe que componen la atmósfera de Marte, y también cuando, en 1996, científicos de la NASA descubrieron lo que parecían ser restos de microorganismos en un meteorito de Marte de cuatro mil millones de años de antigüedad.

Nibiru, llamado el «Planeta del cruce» porque su órbita cruza el sistema solar entre Marte y Júpiter, proseguía su órbita elíptica, que lo llevaba lejos del sistema solar, antes de ser atraído nuevamente por las fuerzas gravitacionales. En muchas sociedades —en particular la egipcia— se ha representado Nibiru como un «disco alado», un círculo con alas que se extienden por los dos lados.

La vida en la Tierra se desarrolló según su propia órbita de un año alrededor del sol, el año solar. La vida en Nibiru se desarrolló basándose en su órbita de un año alrededor del sol —3600 años terrestres—. Esto permite suponer que la vida en Nibiru podría haber evolucionado un tanto antes que en la Tierra. Esta disparidad de tiempo puede entenderse mejor si pensamos que insecto cuya vida dura tan sólo una semana, percibiría a un humano como a un inmortal.

Hace alrededor de 450 000 años, durante la segunda era glacial, los habitantes de Nibiru, mucho más desarrollados —los anunnaki de los textos sumerios— viajaron a la Tierra cuando los dos planetas se aproximaron. Según los sumerios, sus aterrizajes iniciales se produjeron en el agua, al igual que, en un prin-

cipio, nuestros astronautas amerizaban en el océano, una vez volvían a la Tierra.

Lógicamente, esos antiguos astronautas habrían buscado un campamento base que les proporcionara un clima moderado y una buena fuente de agua y combustible. Sólo un lugar reunía todas esas condiciones: Mesopotamia. Los valles del Indo y del Nilo eran otras dos buenas elecciones, pero no ofrecían un acceso fácil al combustible fósil del que sí es rico el sur de Irak.

Algunos investigadores vieron con recelo el hecho que los sitios elegidos como asentamientos por esos primeros anunnaki en la parte sur de lo que hoy es Irak, siga siendo uno de los pocos lugares del planeta que los visitantes del Primer Mundo no pueden visitar con facilidad, debido a la situación de ese país.

Con el supremo gobernante de Nibiru, Anu —o An o El, según las fuentes— supervisando sus esfuerzos desde su planeta natal, los anunnaki emprendieron una sistemática colonización de la Tierra bajo el liderazgo de los dos hijos de Anu, Enlil y Enki. Todos los líderes anunnaki asumieron luego el rol de «dioses», o nefilim, ante los humanos. Por increíble que parezca, uno de esos nefilim se llamaba Nazi. Cabe preguntarse si los ocultistas alemanes del siglo XX conocían esta conexión.

Enlil era el comandante de la misión, mientras que Enki servía como oficial ejecutivo y científico. Había un cotidiano y antiguo antagonismo entre los dos hermanastros debido al protocolo de Nibiru. Como en posteriores dinastías de la Tierra, el primogénito Enki fue relegado a un estatus secundario porque su madre no era la esposa oficial de Anu. Esto lo dejó fuera de la línea real de sucesión. Aun así fue Enki quien dirigió la primera expedición a la Tierra.

En un texto bien conservado, Enki describe su amerizaje en el Golfo Pérsico: «Cuando llegué a la Tierra había muchos lugares inundados. Entonces, sus verdes praderas, elevaciones y montículos se amontonaron por mandato mío. Construí mi casa en un lugar puro...».¹⁶

Enki era científico e ingeniero. Las marismas de las tierras del norte del golfo Pérsico se drenaron bajo su dirección, fueron construidos diques, junto con sistemas de irrigación, así como los

canales que conectaban el Tigris con el Éufrates. Los refuerzos llegaron liderados por el hijo primogénito de Enki, Marduk. Durante miles de años terrestres —pero sólo unos pocos años para los anunnaki— una floreciente colonia de esos visitantes moró la Tierra y su atención se dirigió hacia su objetivo primario: el oro.

Diversos investigadores han formulado elaboradas explicaciones metafísicas para las actividades de los anunnaki en la Tierra, muchas de las cuales tienen que ver con campos de energía y planes espirituales interrumpidos por el paso de Nibiru y la creación de la Tierra. Una teoría expone que los anunnaki, altamente evolucionados, intentaban rescatar las «almas perdidas», dejadas atrás después de la colisión planetaria.

Pero más documentada y aceptable es la idea que sugieren Sitchin y otros de que esas colonias iban detrás de las riquezas minerales de la Tierra —en especial el oro— para utilizarlo en su planeta de origen. «Los anunnaki buscaban oro para salvar su atmósfera, que tenía pérdidas similares a las que hemos creado en la nuestra al dañar la capa de ozono con hidrofluorocarburos», explicó el autor Lloyd Pye. «La solución de los anunnaki consistía en dispersar laminas extremadamente finas de oro en las capas altas de su atmósfera para tapar los agujeros... Irónicamente, hay modernos científicos que dicen que, si tuviéramos que reparar los daños en nuestra capa de ozono, la mejor manera de hacerlo sería arrojar diminutas partículas de oro a las capas altas de la atmósfera.»

Al parecer, un esfuerzo inicial para extraer el oro del golfo Pérsico mediante un sistema de depuración del agua se demostró inadecuado para sus necesidades. Anu, junto con su heredero Enlil, visitó las colonias y encargó a Enki la búsqueda de más oro. Enlil fue colocado al mando de la colonia terrestre mientras que Enki dirigía una incursión a África y, con el tiempo, a Sudamérica, donde se iniciaron excavaciones mineras. Pruebas de esas excavaciones en busca del oro las aportan unos estudios científicos de la década de 1970, dirigidos por la Anglo-American Corporation, una compañía minera líder sudafricana. Los científicos de la compañía descubrieron pruebas de antiguas excavaciones mineras que datarían aproximadamente 100 000 a. C. Antiguas

minas similares se encontraron en Sudamérica y Centroamérica. Esto indica que los esfuerzos mineros de los anunnaki se realizaron por todo el mundo y pueden explicarse mejor la temprana difusión de los humanos.

Se pueden encontrar más indicios de estas expediciones si comparamos los nombres de las antiguas ciudades mesopotámicas, como fueron recogidos en el siglo II d. C., por el geógrafo Tolomeo, con sus equivalentes en Centroamérica.

NOMBRE MESOPOTÁMICO	LOCALIDADES CENTROAMERICANAS
Chol	Chol-ula
Colua	Colua-can
Zuivana	Zuivan
Cholima	Colima
Zalissa	Jalisco

El mineral bruto extraído era transportado de vuelta a Mesopotamia desde las minas mediante embarcaciones de carga, para su posterior fundición y procesamiento en lingotes con forma de reloj de arena llamados ZAG o «precioso purificado». Son numerosos los grabados de esos lingotes y algunos de ellos han sido encontrados en excavaciones arqueológicas.

En un intento por paliar la creciente rivalidad entre los dos hermanastros, Enlil y Enki, su padre Anu colocó a Enlil al cargo de la colonia mesopotámica E.DIN —tal vez la base del Edén bíblico— mientras que asignó a Enki el AB.ZU o África, la «tierra de las minas».

Surgieron más problemas posteriores para esos colonos extraterrestres a partir de los cambios climáticos, que causaron privaciones entre los anunnaki e intensificaron la dureza del trabajo minero. Un texto sumerio decía así: «Cuando los dioses [anunnaki], al igual que los hombres, se esforzaron y trabajaron, el trabajo de los dioses fue duro, el esfuerzo colosal, el agotamiento enorme».

Era evidente que ese tipo de revisionismos de la historia antigua ha causado, y seguirá causando, un profundo impacto en la ciencia convencional. El doctor Arthur David Horn, en 1990,

dimitió como profesor de antropología biológica en la Universidad de Colorado, después de que llegara a la conclusión de que las explicaciones convencionales sobre el origen del hombre que estaba enseñando no tenían «ningún sentido». Después de mucho estudio, él también acabó creyendo que los extraterrestres estaban intrínsecamente relacionados con el origen y el desarrollo de los humanos.

«Los anunnaki llevaban extrayendo oro de la Tierra más de 100 000 años, cuando las tropas anunnaki que llevaban a cabo el trabajo duro en las minas, se amotinaron, hace 300 000 años», explicó Horn, abundando en el trabajo de Sitchin. «Enlil, su comandante en jefe, quería castigarlos severamente y recurrió a la Asamblea de los Gran anunnaki, de la que formaba parte su padre Anu. Anu fue más compasivo con la grave situación de los mineros anunnaki. Vio que el trabajo de los amotinados era muy duro y que su esfuerzo era considerable. Se preguntó en voz alta... si había otra manera de obtener oro. En este punto, Enki sugirió que un Trabajador Primitivo, un *Adamu*, podría ser creado para hacerse cargo del trabajo difícil. Enki señaló que los humanos primitivos —lo que llamamos *Homo erectus* o un tipo de humanoide próximo— eran numerosos en *Abzu* [África] donde él trabajaba».

El plan de Enki de crear una raza de trabajadores fue aprobado por la Asamblea y fue el punto de partida del origen de la humanidad, según los relatos sumerios. Esta explicación también clarifica uno de los más desconcertantes versículos de la Biblia. Después de decir que sólo existe un único Dios verdadero, Génesis 1, 26 cita a ese solo Dios diciendo: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza...».

Este versículo permite dos explicaciones: primero, que el plural de Elohim del Antiguo Testamento, interpretado como «Dios» por los monoteístas que escribieron el Génesis, se estarían refiriendo en realidad a la Asamblea Anunnaki que aprobó la creación del hombre y, segundo, la idea de la creación del hombre «a nuestra imagen» significa simplemente la manipulación genética de una especie ya existente y no la creación de una nueva raza. Como explicó Sitchin, «tanto los orientalistas como los estudiosos de la Biblia saben ahora... por los compiladores del libro del

Génesis, que la edición y la síntesis del mismo se hizo a partir de textos muchísimo más detallados anteriores y redactados en sumerio».

El oficial médico en la misión anunnaki en la Tierra, era una mujer llamada Ninharsag, también conocida como Ninti, que ya había trabajado con Enki en experimentaciones genéticas. En al menos uno de los cilindros grabados sumerios aparece una ilustración de Enki y Ninharsag en la que están rodeados de frasquitos y vasijas, una mesa, estantes, una planta y un ayudante: la escena se parece mucho a un laboratorio. Según las creencias sumerias, en ese laboratorio produjeron criaturas mutantes, incluidos animales como los toros o los leones con cabeza humana, animales alados y monos y humanoídes con cabeza y pies de cabra. De ser cierto, es obvio que semejantes experimentos podrían haber sido la fuente de muchas leyendas de criaturas «mitológicas» y superhombres como Atlas, Goliat, Gargantúa, Polifemo y Tifeo.

En el siglo XIX fueron halladas enormes estatuas con forma de esfinge en lo que una vez fue el palacio del rey asirio Sargón II, que gobernó en Mesopotamia del 721 al 705 a. C. Estas estatuas incluían un toro alado y un león con cabeza humana. Buena parte de estas muestras artísticas fueron compradas por John D. Rockefeller y transportadas a Nueva York.

El relato sumerio de la creación del primer hombre —llamado como LU.LU en sumerio o *Adama*, en hebreo, traducido literalmente como «hombre en la Tierra» o simplemente terrícola— queda más claro en nuestros días gracias a lo que hoy sabemos acerca de la clonación. Hace veinticinco años o más, este concepto hubiera sido incomprensible incluso para el investigador más docto. Enki y Ninharsag tomaron la célula fértil u óvulo de una mujer primitiva africana y lo fecundaron con el esperma de un joven anunnaki. El óvulo así fecundado se introdujo dentro de una mujer anunnaki —se cuenta que fue la propia mujer de Enki, Ninki o Ninharsag— quien gestó al niño.

El primer varón híbrido, *Adama*, nació sano y saludable, aunque hiciera falta una cesárea para darle a luz. De esta manera se evitó un proceso evolutivo que hubiera necesitado millones de años. Según antiguos documentos sumerios, «Cuando el hom-

bre fue creado, nada sabía sobre comer pan o engalanarse, comía las plantas con la boca, como hacían las ovejas, bebía agua de las acequias...».

Después, Enki y Ninharsag continuaron produciendo un grupo de *Adamas*, tanto machos como hembras, aunque en ese tiempo aún eran incapaces de reproducirse y vivían muy poco en comparación con los anunnaki. Por lo visto, eso había sido así en un esfuerzo consciente por prevenir cualquier competición de la nueva raza humana. Es interesante añadir que, según el Génesis 3, 5, la primera orden de los Elohim fue que ese hombre —como una alegoría de Adán y Eva— debía permanecer ignorante para que «no quisiera ser como los dioses».

Diversas conexiones entre la versión sumeria de la creación del hombre y la Biblia son claras. La Biblia habla de la mujer como un ser creado a partir de la costilla de Adán. «El gran estudioso de la cultura sumeria, Samuel N. Kramer, señaló a mediados de este siglo que la historia del origen de Eva a partir de una costilla de Adán probablemente parta del doble significado de la palabra sumeria TI, que significa «costilla» y «vida» explica Horn. Así pues, Eva habría recibido la «vida», de Adán sin que ningún hueso estuviera implicado o bien que material genético se hubiera extraído del tuétano de un hueso.

El laboratorio que produjo el primer *Adama* era llamada por los sumerios SHI.IM.TI o «la casa donde se insufla el hálito de vida». Comparemos esta frase con el Génesis 2, 7 en donde Dios, después de crear al hombre del «polvo de la tierra» o *Adamu*, que significa tierra, «insufló en él el aliento de vida».

«Adán fue el primer niño probeta», afirmó Sitchin después del nacimiento del primer niño probeta, en 1978. Vio en ese nacimiento moderno una confirmación de sus traducciones sumerias, especialmente a la luz de los acontecimientos que la ciencia moderna empezaba a conceptualizar manipulando el código genético en el siglo XX.

El caduceo, el logotipo de los médicos aún hoy, sugiere que los antiguos sumerios transmitieron símbolos que representaban la olvidada ciencia de la clonación. Este antiguo símbolo sobre la vida devuelta por el tratamiento médico es representado simbó-

licamente con una vara coronada por dos alas en las que hay dos serpientes entrelazadas que recuerdan mucho las dobles espirales de las moléculas de ADN. El ADN (ácido desoxirribonucleico), descubierto en 1946, se compone de los aminoácidos que hay dentro de las células y que almacenan la huella genética individual de cada persona. Es la manipulación del ADN lo que puede producir un clon (duplicado) o un híbrido.

Los indicios de que el primer hombre primitivo se originó en África han crecido desde que en la década de 1970 alguno de los restos prehumanos más antiguos se encontraran allí. Los huesos de «Lucy» y otro *australopithecus* indican claramente que tempranos primates vivieron en esa parte de la Tierra hace más de tres millones años aunque no estaban tan evolucionados como los neandertal. En contra de la creencia popular, los expertos C. P. Groves, Charles E. Oxnard y Louis Leakey están de acuerdo en que el *australopithecus* tenía una morfología totalmente diferente a la de los hombres. Groves comenta que se necesitarían principios «no-darwinianos» para explicar cualquier conexión entre «Lucy» y el hombre moderno.

Pero pobre de quien ose discutir las opiniones convencionales. Según muchos investigadores independientes, parece existir una conspiración contra cualquier descubrimiento que ponga en tela de juicio ese saber convencional. Tal es el ejemplo de Thomas E. Lee, del National Museum of Canada, quien, a principios de la década de 1950 descubrió, dentro del hielo, herramientas de piedra bastante avanzadas en la isla de Manitoulin, en el lago Hurón. Esas herramientas parecían tener, al menos, unos 65 000 años y tal vez incluso 125 000 años, una prueba que contradecía totalmente las teorías convencionales. Lee denunció sentirse perseguido en su tarea, que su trabajo era tergiversado y que nadie quería publicar sus hallazgos. Muchos de los artefactos encontrados «desaparecieron» en algún almacén y el director del museo fue despedido por negarse a expulsar a Lee.

«La manera en que se trató a Lee no era un caso aislado», comentan los autores de *La arqueología prohibida*. «En la comunidad científica existe un filtro sobre el conocimiento que elimina las pruebas que no son bienvenidas. Este proceso de filtración

del conocimiento ha persistido durante todo el siglo y continúa patente en nuestros días». Un investigador particularmente exasperado escribió recientemente: «Seamos conscientes de que instituciones científicas como el Smithsonian o la National Geographic Society están instituidas por facciones de las élites del mundo, en primer lugar para desacreditar, distorsionar o simplemente ignorar cualquier dato científico que intente iluminar a la gente acerca de sus verdaderos orígenes».

Como se dice claramente en la Biblia, Adán y su progenie no estaban destinados a una vida fácil sino al trabajo duro y su supervivencia estaba en manos de su «Señor». «El término que comúnmente se traduce como “adoración” era de hecho *avod*, “trabajo”, afirma Sitchin. «El antiguo hombre bíblico no “adoraba” a su dios sino que trabajaba para él.»

Horn afirma que el estudio de los textos sumerios deja claro que «los anunnaki trataron a los esclavos que habían creado con mano dura, más parecido a cómo se trata a los animales domésticos que nosotros simplemente explotamos, como el ganado vacuno. La esclavitud en las sociedades humanas ha sido algo común desde las primeras civilizaciones conocidas hasta hace bien poco. Tal vez no nos debería sorprender enterarnos de que los anunnaki eran vanidosos, mezquinos, crueles, incestuosos, odiosos; casi cualquier adjetivo negativo en que se puede pensar. Las pruebas indican que sometieron a los esclavos a un sinfín de penurias y que las penurias que éstos soportaban los hombres apenas despertaron compasión de sus señores. Finalmente, los anunnaki decidieron conceder a la raza humana su primera civilización, la civilización sumeria.

Pero una civilización como la sumeria no pudo llegar hasta que no se hicieron unos ligeros retoques al código genético humano y finalmente se intentó exterminar toda la vida humana, tal como era conocida.

Debido a que los primeros humanos eran como animales de carga y no podían procrear, los anunnaki tenían que estar produciendo nuevas remesas continuamente, un proceso que requería demasiado tiempo, el del lapso de tiempo entre la fertilización in vitro y el nacimiento. Así que Enki y Ninharsag

empezaron a crear una raza de *Adama* que pudieran procrear por ellos mismos.

El Génesis 2, 8-15 deja claro que el *Adama* fue creado en alguna parte de la Tierra sin especificar y luego desplazado al Jardín del Edén o esa zona de la colonia original anunnaki llamada E.DIN, descrita detalladamente como el valle entre el Tigris y el Éufrates. Los textos sumerios relatan cómo un Enlil lleno de envidia cogió humanos por la fuerza del laboratorio africano de Enki y volvió con ellos a E.DIN, donde los puso a trabajar cocinando y sirviendo a los anunnaki. Pero Enlil necesitó aún más trabajadores y le pidió ayuda a su hermano Enki.

Alford aventura que, en represalia por el asalto de Enlil a su laboratorio en África, Enki viajó hasta Edén, donde creó un laboratorio de reproducción humana para Enlil, pero manipuló de forma secreta el código genético de cara a permitir la reproducción sexual.

Si bien los textos sumerios que describen los detalles de dicho proceso se han perdido o aún no han sido descubiertos, los investigadores suponen que dicho procedimiento implicaba de nuevo la obtención de un productor de vida de ADN de *Adama*, posiblemente mediante la extracción de una costilla mientras el sujeto se encontraba bajo los efectos de la anestesia. Esta vez, sin embargo, el ADN del varón *Adama* se combinó con el de una *Adama* hembra, en lugar de con la de un anunnaki, posiblemente junto con una secuencia de ADN que se había cortado para después unirla, un procedimiento de la tecnología actual.

El resultado fue un *Adama* varón con la habilidad de reproducirse sexualmente con un *Adama* mujer, o capaz de «conocer» a una mujer, como eufemísticamente dice la Biblia. El Adán hombre había obtenido el «conocimiento» sobre la reproducción, una proeza que muchos Elohim/anunnaki, incluido Enlil, lamentaron. Se quejaron de que los siguientes humanos querrían vivir tanto como ellos. «¡He aquí que el hombre ha venido a ser como uno de nosotros, en cuanto a conocer el bien y el mal! ¡No vaya ahora a alargar su mano y tome también del árbol de la vida, coma de él y viva eternamente», dice el Génesis 3, 22. Por otra parte, la manipulación del ADN había reducido drásticamente el tiempo

vida del hombre y el poder de utilizar en su totalidad la capacidad de su cerebro.

A medida que la población humana crecía, tanto en las extensas extracciones mineras anunnaki como en Mesopotamia, muchos *Adama* fueron llevados a trabajar en otras ciudades que florecían a lo largo del Tigris y el Éufrates. Algunos volvieron a los trabajos mineros y otros pudieron escapar o fueron mandados lejos para controlar mejor la población. En cualquier caso, los *Adama* fueron expulsados de Edén.

Las consecuencias de este crecimiento de la población y el cada vez mayor contacto con los anunnaki eran predecibles. El Génesis 6, 1-4 dice: «Cuando la humanidad comenzó a multiplicarse sobre la haz de la tierra y les nacieron hijas, vieron los hijos de Dios [los nefelim/anunnaki] que las hijas del hombre eran hermosas, y tomaron por esposas a las que de entre todas ellas habían elegido. (...) Los nefilim habitaban la tierra por aquel entonces (y también después), cuando los hijos de Dios se unían a las hijas de los hombres y ellas les engendraron hijos...».

Con los siglos, la raza *Adama*, además de este cruce, fue objeto de continuas experimentaciones que finalmente desembocaron en la transformación del neandertal en el cromagnon.

Pero algunas deficiencias específicas permanecieron, incluida la progresiva disminución del tiempo de vida del hombre. Los descendientes de los primeros *Adamas* vivían durante miles de años terrestres gracias a los genes procedentes de los anunnaki. Este margen de tiempo fue disminuyendo progresivamente a medida que continuaban mezclándose las especies y la civilización sobre la Tierra se cobraba su peaje. Pero la extrema longevidad de los anunnaki puros les hacían parecer inmortales. El poema épico sobre Gilgamesh dice: «Sólo los dioses viven eternamente bajo el sol, mientras que los hombres tienen los días contados y todo lo que hacen se lo lleva el viento».

Autores como Gardner, Alford y otros creen que la longevidad de los anunnaki estaba potenciada por productos químicos y/o las enzimas que retardaban el proceso de envejecimiento. Gardner afirmó que la repetidas veces mencionada «estrella de fuego» de los antiguos dioses, bien pudiera ser un compuesto antienv-

jecimiento compuesto por las enzimas de melatonina y serotonina que se podía encontrar en la sangre menstrual.

La longevidad está bien recogida en la Biblia, donde se mencionan personajes que llegan hasta los cientos de años, como los humanos que precedieron a Noé, como Adán, Set, Enosh, Kenan, Enoc y Matusalén. Teniendo en cuenta que toda civilización primitiva buscó la «fuente de la juventud» u otra forma de inmortalidad, Alford comprende la preocupación lógica de los autores de la Biblia acerca de las edades, pero sostiene que su sistema de datación era deficiente.

Puesto que los restos fósiles y los textos sumerios sitúan el advenimiento de los humanos en hace más de 450 000 años, debe procederse a realizar algunos ajustes en los números bíblicos, razonó Alford. Descubrió que, multiplicando las edades bíblicas por cien, llegaba a los 165 000 años entre el nacimiento del hijo de Adán, Set y Noé, cuando se produjo el gran diluvio. Este número es más consistente con los datos sumerios.

«Los judíos vivieron un exilio extremadamente largo en Egipto, durante 400 años, antes del Éxodo. Después estuvieron alrededor de sesenta años más en Babilonia», explicó Alford. «Los judíos habían recorrido pues un largo camino desde los orígenes sumerios de su patriarca Abraham, y perdieron los conocimientos sobre el sistema sexagesimal que Abraham heredó de sus antepasados».

Según la línea temporal diseñada por Sitchin, el primer humano —el *Adama*— fue producido hace aproximadamente 300 000 años. Después de las manipulaciones genéticas, los anunnaki varones empezaron a mezclarse con las mujeres humanas haría unos 100 000 años. No mucho tiempo después, empezó una nueva era glacial que diezmo la población humana sin que mediara el control de los anunnaki. Los neanderthal desaparecieron mientras que los cromagnon sobrevivieron sólo en Oriente Medio. Hace 50 000 años, a los humanos engendrados por los anunnaki se les permitió gobernar en algunas ciudades seleccionadas, lo que enfadó aún más a Enlil, ya encolerizado porque algunos anunnaki intimaran con mujeres humanas. También se quejó de que el ruido del apareamiento con las mujeres humanas no le

dejaba dormir durante la noche. Enlil se convenció de que debía hacer alguna cosa contra los irritantes humanos.

Inundaciones y guerras

Por consiguiente, hace alrededor de 12 000 años, Enlil mostró sus cartas cuando el líder de los anunnaki se dio cuenta de que nuevos severos cambios climáticos se producirían con el retorno inminente del planeta Nibiru. En su Gran Asamblea, Enlil convenció a la mayoría de dejar que la naturaleza siguiera su curso y así exterminar a los humanos mientras los anunnaki esperarían a que pasaran los acontecimientos orbitando con sus naves alrededor de la Tierra.

Aunque la propuesta de Enlil fue aceptada, su hermano Enki tenía sus propios planes. Ya fuera por el afecto hacia los humanos o simplemente para frustrar los planes de Enlil, reveló el asesino «secreto de los dioses» a uno de sus más apreciados asistentes humanos, identificado como el sumerio Ziusudra o Utnapishtim.

«La versión acadia del Diluvio se refiere a Noé como Utnapishtim, el hijo de Ubar-Tutu y los sitúa a los dos en Shuruppak [la séptima ciudad construida por los anunnaki]», explica Alford. «Shuruppak ha sido identificada, sin ningún género de dudas, como el centro médico de los dioses. Hay también referencias a la ciudad de Sud, que ha sido identificada con Ninharsag —la diosa que ayudó a Enki en la creación genética del LU.LU». La misma historia sobre el Diluvio se repite en la leyenda babilónica protagonizada por Atra-Hasis en lugar de Noé.

Utnapishtim también recibe el nombre de «Noé sumerio» y los paralelismos entre el relato del Gran Diluvio de Noé y de Gilgamesh son obvios y llamativos. Refiriéndose a la historia de Noé, Sitchin explica: «Lo que cuenta la Biblia no es más que una versión corregida del relato original sumerio. Dicho de otra manera, la Biblia monoteísta había comprimido en una sola Deidad los papeles desempeñados por diversos dioses que no siempre estaban de acuerdo entre sí».

Según los textos sumerios, fue Enki —el hermano rival de En-

lil— quien enseñó a Utnapishtim/Noé cómo construir una arca, incluida la utilización de la brea para impermeabilizar la embarcación. La versión de Gilgamesh aporta interesantes detalles borrados de la versión bíblica. Enki le proporcionó a Noé una excusa para explicar a sus vecinos por qué estaba construyendo una embarcación: les explicó que, como seguidor de Enki, se veía forzado a dejar el área controlada por Enlil, y necesitaba un barco para viajar al territorio de Enki en África.

Enki dio instrucciones a Utnapishtim/Noé de que «a bordo, en el barco, lleva la semilla de todo ser viviente...». Esta instrucción es la más fascinante porque, dado que Enki había sido el oficial científico involucrado en la ingeniería genética de los humanos, parecería plausible que Utnapishtim/Noé, su ayudante, tomara muestras de ADN de todos los seres vivientes en lugar de cargar todo un barco con animales, insectos y plantas. Una cabina del barco llena de viales con muestras sería mucho más razonable que un parque zoológico flotante.

Alford formula la teoría de que Enki, trabajando genéticamente a través de Utnapishtim/Noé y con tres esposas simultáneas de razas diferentes, engendró tres hijos que representaban las tres razas del mundo. Así fue como, después del Gran Diluvio, pudieron ser representadas las razas del hombre. Otros escritores afirman que las diferentes razas humanas representan los experimentos genéticos llevados a cabo por razas extraterrestres diferentes a los anunnaki.

Los relatos acadios también dejan claro que el Gran Diluvio no fue resultado de fuertes lluvias. Describen una oscuridad acompañada de vientos colosales que crecieron en intensidad hasta provocar la destrucción de edificios y la ruptura de diques. Dichas circunstancias podrían explicarse por el paso cercano de un cuerpo planetario de grandes dimensiones. Durante muchos años diversas excavaciones arqueológicas han sostenido que lo que se conoció como el Gran Diluvio fue una catástrofe de dimensiones planetarias, aunque no todas las partes del mundo quedaron bajo el agua. Una teoría sobre el Diluvio se centra en las fuerzas gravitacionales causadas por el paso del planeta Nibiru y que también se vinculan con la caída de la capa de hielo del Antártico,

ya inestable, debido al final de la última glaciación. Aún hoy, muchas de las ciudades originales anunnaki en Mesopotamia permanecen bajo las aguas a gran profundidad, cerca de las desembocaduras de los ríos Tigris y Éufrates.

Después de seis días y seis noches, según la versión acadia, los elementos se calmaron pero no se podía vislumbrar rastro de tierra firme. Como en el relato bíblico, el arca reposó finalmente sobre la cima de una montaña, identificada con el monte Ararat. Después de enviar una paloma, una golondrina y un cuervo del arca, sólo el cuervo ya no volvió, indicando que había encontrado tierra seca cerca. Utnapishtim/Noé y su familia abandonó el arca y ofreció un sacrificio con fuego, lo que llamó la atención de los retornados anunnaki. Un antiguo texto dice que «los dioses se apiñaron como moscas» alrededor de la carne cocinada. Según parece, tenían el apetito de la comida fresca después de su largo confinamiento en las naves orbitales.

Enfrentado al hecho de la supervivencia humana, y tal vez debido a algún remordimiento por sus acciones, Enlil tenía pocas opciones más que ablandarse y permitir una mayor cohabitación con los humanos.

El Diluvio podría explicar seguramente la repentina ausencia de una porción considerable de la población mundial hace aproximadamente diez mil años; que muchos perecieran en la catástrofe.

Con las inundaciones remitiendo y Nibiru retirándose fuera de nuestro sistema solar, los anunnaki y el puñado de humanos supervivientes empezaron a reconstruir el mundo. Pero este mundo posterior al Diluvio demostró ser menos pacífico que el anterior.

En la época anterior al diluvio, cualquier humano que no trabajara directamente para los anunnaki era cazador-recolector. Prácticamente de la noche a la mañana se convirtieron en agricultores. «La agricultura daba mucho más trabajo que la caza a tenor de los datos etnográficos de los que disponemos, y produce un ecosistema inestable modificado por el hombre, con unos resultados de un menor índice de diversidad», comenta el arqueólogo Kent Flannery. «Puesto que la agricultura representa la decisión de trabajar más duro y comer más “comida de tercera”, sospecho

que la gente lo hizo porque sentían que debían hacerlo, no porque quisieran ser granjeros. Por qué sintieron que debían hacerlo, quizá nunca lo sabremos, a pesar de que su decisión remodeló el resto de la historia de la humanidad».

Las tablillas sumerias explicaban por qué los humanos comenzaron a cultivar la tierra y a domesticar los animales: porque los dioses les ordenaron hacerlo así. Y la agricultura trajo una mayor concentración de gente en las ciudades, mucho más grandes que antes del Diluvio. Cada una estaba gobernada por uno de los dirigentes anunnaki a los que los humanos empezaban a considerar «dioses». Debido a las consecuencias del Diluvio, los primeros esfuerzos de la agricultura no se concentraron en las tierras fértiles de los valles fluviales sino en las altas montañas de Mesopotamia y Palestina.

De nuevo esto es explicado en el fragmento de un texto sumerio que dice: «Enlil subió a la cima y alzó los ojos; miró primero hacia abajo; allí las aguas cubrían la tierra como lo hace el mar. Miró hacia arriba: ante sí la montaña de aromáticos cedros. Transportó la cebada y la plantó en terrazas por toda la ladera de la montaña».

Los cultivos de algunos alimentos parecían no tener antecedente en la cadena evolutiva de la tierra, no muy distinto a lo sucedido con los humanos. Simplemente aparecieron de repente —totalmente cultivados— hace unos 13 000 años, según confirman los hallazgos arqueológicos. «No existe ninguna explicación para este milagro genético de la botánica, a no ser que el proceso no fuera la selección natural sino la manipulación artificial», comenta Sitchin, señalando que tres de las fases críticas del desarrollo humano —la agricultura (hacia 11 000 a. C.), la cultura prehistórica (hacia 7500 a. C.) y la civilización (hacia 3800 a. C.)— ocurrieron en intervalos de 3600 años, el tiempo necesario para que Nibiru completara su órbita.

Además del «reinado» sobre los cultivos y los animales, los anunnaki empezaron a nombrar líderes a una serie de humanos seleccionados. A medida que los humanos se hacían más numerosos, los anunnaki/nefilim advirtieron que tenían que tomar ciertas medidas para mantener el control de su creación. También

quisieron unos intermediarios entre ellos y los humanos, a los que consideraban poco mejores que animales.

Durante una asamblea de los anunnaki/nefilim posterior al Diluvio, se decidió dividir la Tierra en cuatro regiones, repartiendo la población humana en tres de esas áreas —la baja Mesopotamia, el valle del Nilo y el valle del Indo. Los anunnaki reservaron la península del Sinaí —su nuevo centro aeroespacial después del Diluvio— como su santuario privado o «sagrado».

Obviamente, esa estrategia de «divide y vencerás» para esas comunidades humanas dispersas requería líderes independientes. De esa manera nació el concepto de «reinado»: dirigentes humanos elegidos especialmente por los anunnaki o «dioses» para que los representaran. La existencia de dinastías basadas en un linaje real que se remontaba a los dioses ha supuesto enfrentamientos entre países y gobiernos hasta el día de hoy.

Esta práctica empezó en la ciudad sumeria de Kish; Sitchin la identifica con la Kush de la Biblia. Garner estuvo de acuerdo, localizando el Cush bíblico al este de Babilonia, no en Egipto. En Génesis 10, 8-12, relata que Kush era nieto de Noé y padre del legendario Nimrod, que construyó y dirigió ciudades grandes como Babilonia, Erech y Akkad desde su base en Sumer, antes de construir otras ciudades en Asiria, incluida Nínive.

Fue, tal vez, el intento de Nimrod de frustrar el plan de dispersión de Enlil el que diera lugar a la historia de la Torre de Babel en el Antiguo Testamento. Esta narración empezó en Baalbek, la que se cree la lanzadera espacial de los anunnaki después del Diluvio, situado en el actual Líbano. La existencia ahí de grandes bloques de granito, llamados «el Trilithon» de más de 300 toneladas de peso cada uno, refuerzan la idea de que se tratara de una plataforma de aterrizaje y despegue. «Las pruebas textuales, geográficas y físicas, todas ellas, confirman que Baalbek fue diseñado para ser una plataforma de aterrizaje de las naves de los dioses», afirma Alford.

Un texto arábigo encontrado en Baalbek cuenta que fue allí donde Nimrod y sus seguidores intentaron construir un *shem*, traducido en el Génesis 11, 4 como: «... de ese modo nos haremos famosos, no sea que nos dispersemos por el haz de toda la tierra».

«*Shem*, malinterpretado sin alevosía, fue traducido por la palabra “fama”. Sin embargo, significa originariamente “aquello que se eleva», explica el autor Turnage. Y prosigue: «Sitchin designa *shem* como de origen mesopotámico, evolución de la palabra *mu* o un derivado del semítico *shu-mu* o *sham*... “aquello por lo que uno es recordado”, que desembocará en “fama”. El significado original de las palabras, sin embargo, estaba relacionado desde un principio con el concepto de algo que vuela».

«La traducción de los términos *mu* o *shem* en muchos textos mesopotámicos como “vehículo volador” y no “fama” facilita el camino a la comprensión correcta de muchos relatos antiguos, incluida la narración bíblica de la Torre de Babel», escribió Sitchin.

En Babel, según el autor, los humanos intentaron construir su propia torre lanzadera; por lo visto esperaban producir su propio *shem* o vehículo volador en vistas al exterminio de la humanidad que planeaba el gobernante extraterrestre An. «Vamos a edificarnos una ciudad y una torre que alcance los cielos», se cita en Génesis 11, 4, «para que podamos hacer un *shem*, por si nos dispersamos por la faz de la tierra».

Esa actividad sólo provocó más temor a Enlil ante la competencia que suponían los humanos y lo convenció aún más de deshacerse de ellos. Su reacción podría haber sido reflejada en el Génesis 11, 5-8, «Yahvé bajó a ver la ciudad y la torre que habían comenzado a construir los hijos del hombre y dijo Yahvé: “He aquí que forman un solo pueblo y poseen todos ellos una misma lengua. Si éste es el comienzo de su obra, ahora ya nada de lo que se propongan les será imposible. Así pues, bajemos y, una vez allí, confundamos su lenguaje, de modo que no entienda cada cual es de su prójimo”. De esta manera el Señor los dispersó desde allí por toda la tierra, y por lo tanto dejaron de construir la ciudad.

Pronto las tres ramas de la humanidad —todos los descendientes de Sem, Cam y Jafet, los tres hijos de Utnapishtim/Noé— fueron trasladados a los lugares preestablecidos, donde las diferentes lenguas evolucionaron con el tiempo.

Alford dijo que Utnapishtim/Noé pudo haber tenido esposas que representarían los diferentes grupos raciales. La descendencia

de esas mujeres pertenecería a razas distintas, lo que explicaría la presencia de la raza negra en África, la mongólica en Asia y la caucásica en el Cercano Oriente.

Tanto los textos sumerios como la Biblia, están de acuerdo en que Sem y sus descendientes se quedaron en la zona cercana a Mesopotamia, Cam y sus parientes fueron conducidos a África —que incluye partes de Arabia— mientras que la gente de Jafet fueron trasladados al valle del Indo, convirtiéndose en los misteriosos «Indoarios» que aparecieron de repente en ese lugar en los tiempos prehistóricos.

Una paz agradable pudo sobrevenir a esta dispersión, acompañada por el nacimiento de nuevas ciudades con sus nuevos reyes al frente y el incremento de la producción de alimentos. Pero, desgraciadamente, al parecer los antiguos «dioses» no eran capaces de respetar una paz duradera entre los humanos.

Los problemas empezaron cuando los *anunnaki* empezaron a trasladar sus instalaciones aeroespaciales desde Sumer —ahora casi por completo bajo el agua— hasta la península del Sinaí, a un lugar que se llamaba El Paran (Lugar glorioso de los Dioses). Como antes del Diluvio, el monte Ararat —actualmente la zona oriental de Turquía y según se dice donde el Arca encalló cuando bajaron el nivel de las aguas— proporcionó el punto de referencia más septentrional como pista de despegue hacia las instalaciones de aterrizaje del monte Sinaí. Esa base estaba localizada sobre el paralelo treinta en el centro geográfico del Sinaí, mientras el punto de referencia del sur eran los dos picos más altos del monte Sinaí, conocidos respectivamente como el monte de Santa Catalina (2637 m sobre el mar) y el no tan alto monte de Moisés (2250 metros). Lo que le faltaba a esta plataforma de aterrizaje era un punto de referencia hacia el oeste.

«Allí el terreno era demasiado llano para ofrecer puntos de referencia naturales», explica Sitchin, «y fue entonces, estamos seguros, cuando los *anunnaki* procedieron a construir los dos picos artificiales de las pirámides de Gizeh.»

«La Gran Pirámide de Keops también era una baliza» coincide el científico de la NASA Maurice Chatelain, que desarrolló los sistemas de comunicación y de proceso de datos de las misiones Apolo.

«Desde allí arriba, la pirámide es visible a una gran distancia a simple vista y, desde el espacio, en la pantalla del radar parece mucho más lejana debido a sus caras sesgadas, que reflejan los rayos del radar perpendicularmente si el ángulo de aproximación es de 38 grados sobre la horizontal. Es fácil calcular que la superficie pulida de piedra... es un reflector para el radar... Un reflector tan potente pudo ser utilizado como un aerofaro para la aproximación de naves voladoras y tal vez se utilizó para estos fines durante mucho tiempo. Sabemos que las pirámides han sido pintadas de varios colores, lo que permite suponer que pudieron haber sido metalizadas para incrementar la reflexión de los rayos láser o los radares.»

Los editores del *Holman Bible Dictionary* dicen que «Sinaí» procede probablemente de la palabra «brillante» y es posible que derivara del dios babilónico Sin. Sin era el nombre semítico de Nannar, el hijo primogénito del líder anunnaki Enlil, y soberano de Ur, la ciudad natal de Abraham. Algunos investigadores piensan que, tal vez, en algún tiempo remoto, los picos del monte Sinaí podrían haber albergado reflectores gigantes para ayudar a la triangulación de los pilotos al aterrizar.

Sin era también el nombre en caldeo para la luna, donde los sumerios afirman que Enki obtuvo primero los organismos vivos o «semillas» para sus experimentos con los humanos híbridos y que provienen del impacto entre Nibiru y el planeta Tiamat. «La importancia de ese simple cambio de nombre para la historia de la humanidad está más allá de nuestra comprensión», declara Henry. «Cuando aparecieron los intérpretes cristianos, repitieron la historia de que habíamos nacido del pecado.* Fueron muy precisos en esa afirmación. Sin embargo, omitieron que Sin se refería a la Luna, ¡la fuente de nuestro material genético!»

Debido a la destrucción del centro de control de la misión de los anunnaki en la ciudad sumeria de Nippur durante el Diluvio y la necesidad de una ubicación equidistante de las líneas de la pista de despegue, un nuevo centro de control fue construido en el monte Moria, que se tradujo como «monte de la Dirección».

* Juego de palabras del autor. Sin, nombre caldeo para designar a la luna, es homónimo de *sin*, que en inglés significa «pecado». (N. de la t.)

Era el emplazamiento de la futura ciudad santa de Jerusalén, considerada el lugar más sagrado por todas las religiones occidentales.

Para cuando se completaron todos los trabajos relacionados con las misiones espaciales, nuevas generaciones de anunnaki habían nacido y se habían criado en la Tierra. Remedando el guión de un antiguo culebrón, se implicaron en intrigas, conspiraciones y guerras abiertas que enfrentaron a hermano contra hermano y hermana contra hermana. Esos conflictos, rebeliones y guerras involucrarían finalmente a los hombres que, de esta forma, tuvieron su primera experiencia en el combate armado, práctica que ha continuado hasta nuestros días.

Según los textos sumerios, el primogénito de Enki, Marduk, ganó la soberanía sobre las tierras de Egipto y llegó a ser conocido como Ra. Fueron sus hijos, Shu y Tefnut, quienes establecieron el precedente para los futuros faraones al casarse el uno con el otro. Sus descendientes, Geb y Nut, también se casaron y fueron la siguiente pareja real así como los padres de algunos de los más famosos dioses/gobernantes egipcios —Osiris, su hermana/mujer Isis, Set y Neftis, hermana de Isis—. Todos esos matrimonios entre familia crearon un problema de sucesión, que se solucionó con la división del país. Osiris reinó el bajo Egipto y Set el montañoso alto Egipto. Poco satisfecho con este reparto, Set empezó a conspirar en contra de Osiris y entonces empezaron las legendarias guerras del antiguo Egipto.

Después de la muerte de Osiris, su hijo Horus buscó la venganza contra Set que se trasladó hacia el este, capturando el puerto aeroespacial del Sinaí. Enfurecido porque los descendientes de Enki tenían el control de las instalaciones espaciales, los seguidores de Enlil atacaron las fuerzas de Set. Esa rivalidad familiar ha proseguido desde los primeros tiempos.

Las instalaciones del Sinaí se recuperaron bajo el mando de Ninurta, un hijo de Enlil. Los anteriores mandatarios cayeron ante los nuevos reyes de Babilonia, Asiria y Canaán que a su vez estaban enfrascados en guerras sin fin. Muchos de esos conflictos están fielmente descritos en el Antiguo Testamento, lleno de nombres poco conocidos y lugares impronunciados, lo que ha supuesto muchas dificultades para los historiadores para su com-

presión total, debido a que los nombres cambiaban de forma de una lengua a la otra.

El conflicto armado que había comenzado con rivalidades e intrigas entre los señores anunnaki, ahora era continuado por sus seguidores humanos, y se había convertido en un mecanismo consciente de control de los anunnaki, junto con la veneración religiosa que ya había demostrado tener éxito para mantener a raya a los poco complejos humanos.

Pero como suele ser el caso en la mayoría de las guerras, las cosas se les fueron de las manos a los anunnaki.

En una historia que recuerda a Romeo y Julieta, una nieta de Enlil llamada Inanna se casó con el hijo más joven de Enki, Dumuzi, con la cautelosa bendición de las dos familias enemistadas. Pero cuando Dumuzi fue asesinado tras haber sido arrestado por Marduk/Ra por violar el código moral anunnaki, Inanna atacó a Marduk/Ra.

Para frenar ese conflicto, Marduk/Ra fue llevado ante la justicia por la muerte de Dumuzi. Como no pudo probarse si la muerte fue deliberada u ocasional, se decidió sentenciar a Marduk/Ra a vivir encarcelado en un lugar impenetrable, cuyas paredes alcanzaban el cielo. Sitchin identifica la prisión donde estuvo Marduk con la Gran Pirámide.

Éste escribió que sus traducciones de los textos sumerios explican que el curioso hueco dentro de la Gran Pirámide —un desconcertante túnel cavado con las manos que conecta el corredor descendente con el corredor ascendente— fue excavado para sortear la gran piedra de granito que tapa el pasadizo ascendente para rescatar a Marduk/Ra, que había sido indultado, pero exiliado. Esa captura, encarcelación y supuesta muerte de un dios egipcio, está ampliamente explicada en los antiguos jeroglíficos egipcios.

Inanna, lejos de quedar satisfecha con el desarrollo de los acontecimientos y deseosa de poder, sólo podía ser contentada concediéndole control sobre otra zona, posiblemente la población del valle de Indo. El grupo de ruinas de Mohenjo-Daro, la ciudad más grande de una civilización datada en 2500 a. C., fueron descubiertas en el río Indo, al sur de Pakistán, en 1922. Aunque

había sido arrasada totalmente de forma misteriosa en un tiempo prehistórico, la construcción de ladrillo cocido y el diseño urbanístico de la ciudad indican a algunos investigadores una clara conexión con Sumer. Alford sostiene que la ciudad estaba habitada por la civilización Harappa, que «adoraban a una única deidad femenina, cuya representación tiene un enorme parecido con la diosa Inanna».

Tanto si la diosa del Indo era Inanna o no, ella continuó con su búsqueda de poder, según los textos sumerios, reemplazando finalmente a Ninharsag entre los líderes anunnaki más importantes. También creó un híbrido humano que utilizó para construir un nuevo imperio. Ese hombre era Sharru-Kin, más conocido como Sargón el Grande. Sargón, que se cree que es descendiente de madre humana y padre anunnaki, fundó la dinastía semita-acadia alrededor de 2200 a. C., que finalmente se apoderó de toda Mesopotamia. Recordemos que Sargón afirmaba que a él, como a Moisés, su madre lo había depositado en un cesto de juncos, cerrado herméticamente con brea, y navegó gracias a la corriente del río hasta un lugar seguro.

«En las crónicas de sus conquistas, Sargón, describe a Inanna como activa en los campos de batalla, pero atribuye a Enlil las decisiones generales respecto al alcance de las victorias y la extensión de sus territorios»,¹⁷ explica Sitchin.

Con la caída de Sargon y del imperio acadio, Marduk/Ra volvió de su exilio e intentó recuperar su soberanía sobre Babilonia. Eso provocó un cambio de alianzas a medida que las fuerzas de Enlil e Inanna se alineaban contra las de Marduk y su padre Enki. Incluso un hijo de Marduk llamado Nergal o Erra, se unió a las fuerzas de Enlil formadas contra su padre, convirtiendo el conflicto en una verdadera guerra civil.

Temerosos de las ambiciones de Marduk, los anunnaki persuadieron a Anu para que les permitiera el uso de siete poderosas armas, que ahora muchos creen que debieron de ser misiles nucleares tácticos, contra Marduk/Ra. Todo esto ocurrió en algún momento antes del año 2000 a. C.

Es en este punto cuando el patriarca bíblico Abraham se incorpora a la narración. Según Sitchin, Abraham estaba lejos de

ser sólo hebreo nómada como es creencia popular. Afirma que, tras el estudio metódico de una gran diversidad de textos, se puede concluir que Abraham de Ur era un importante sumerio. «Al llegar a Egipto, Abraham y Sara son llevados a la corte del faraón; en Canaán, Abraham hace tratos con los gobernantes locales. Ésa no es la imagen de un nómada que saquea las poblaciones de otros; sino la imagen de un personaje de elevada reputación, hábil en la negociación y en la diplomacia».¹⁸

Abraham mandó también tropas armadas como dice el Génesis 14, 14-16, donde se lee cómo tomó a 318 «hombres entrenados» para rescatar a su sobrino Lot y su familia de las garras de una coalición invasora de ejércitos a las órdenes de Marduk.

Moviéndose con la aparente intención de recuperar el puerto aeroespacial del Sinaí, esos ejércitos retrocedieron desde el norte antes de alcanzar su supuesto objetivo y se dedicaron a saquear las ciudades de Sodoma y Gomorra en el valle de Siddim, en el extremo sur del mar Muerto, después de derrotar a los reyes de esas ciudades. Fue entonces cuando tomaron a Lot como prisionero antes de volver al norte y también entonces cuando Abraham lo rescató.

Y fue asimismo en ese momento cuando la Tierra bien pudo haber sufrido la primera sacudida de una explosión nuclear.

Sitchin asegura que, de hecho, fueron Abraham y sus guerreros quienes impidieron a los merodeadores de Marduk alcanzar las instalaciones aeroespaciales del Sinaí en El Paran. Esa proeza le ganó al patriarca elogios y bendiciones de Melquisedec así como la consecución de un pacto con Yahvé, identificado como Enlil. Alford argumenta que el dios de Abraham, Yahvé, originalmente *El Shaddai* o Dios de las Montañas, pudo haber sido el hijo de Enlil, llamado Ishku o Adad. Según Alford, fue este *anunaki* el que después se mantendría en contacto con su pueblo elegido a través de un radio transmisor-receptor que en la Biblia recibe el nombre de Arca de la Alianza.

Boulay también considera el arca como un dispositivo de radio y encuentra significativo que debiera ser completada siguiendo unos pasos muy precisos antes de que las tablas de los Diez Mandamientos se colocaran en su interior. «Las tablas, presumible-

mente contenían la fuente de potencia necesaria para activar el emisor-transmisor» escribe.

Un versículo del Antiguo Testamento (Números 7:89) podría incluso haber descrito el emplazamiento del dispositivo del orador: «Cuando Moisés entraba a la Tienda del Encuentro para hablar con Él, oía la voz que le hablaba de lo alto del propiciatorio que está sobre el arca del Testimonio, de entre los dos querubines. Entonces hablaba con Él.»

Ya que sus «dioses» Enlilitas no habían logrado defenderles del ejército armado de la coalición, los dioses de Sodoma y Gomorra podrían haber cambiado sus alianzas en favor de Marduk. Fuera cual fuera la razón, Enlil y sus hijos, Nunurta y Adad, años más tarde se preparó para lanzar los misiles nucleares como acto de venganza.

Pero en agradecimiento a los servicios prestados por Abraham, decidieron advertirle. Como también se describe en el Génesis 18, Yahvé se presentó ante Abraham y le advirtió que esas ciudades serían destruidas porque se habían vuelto contra él. La prueba de que la destrucción de Sodoma y Gomorra fue un acto planeado se puede hallar en este aviso y en la negociación de Abraham con Yahvé, que consiguió reducir el número de personas honradas que debía encontrar en ambas ciudades para ser perdonadas; número que descendió de cincuenta a diez.

Ese conocimiento previo también se evidencia en el aviso a Lot en Sodoma por parte de dos «ángeles», aunque el original hebreo utilice la palabra *Mal'akhim*, que en realidad significa «emisarios». Después de algunos problemas de los visitantes con los vecinos del lugar, como se cuenta en el Génesis 19, 12-13, la pareja le dice a Lot: «¿A quién más tienes aquí? Yernos, hijos, hijas y todo cuanto poseas en la ciudad, sácalo del lugar, porque vamos a arrasarlo, pues es grande el clamor contra la ciudad ante Yahvé, y Yahvé nos ha enviado para destruirla.»

Lot y sus parientes se dirigieron hacia las montañas, siguiendo el consejo, aunque el fiero cataclismo alcanzó a su propia familia. Según el Génesis 19, 26, la mujer de Lot, que se quedó rezagada, se convirtió en una «estatua de sal». Sitchin comenta que la palabra original sumeria interpretada por los escribas hebreos como

«sal» también significa «vapor». Es decir, que la mujer de Lot fue entonces vaporizada por la explosión que consumió a Sodoma y Gomorra. Lot y el resto de su familia se pudieron proteger, gracias a la cresta de una montaña o algo parecido. El texto sumerio *Erra Epos* cita algo parecido antes de la destrucción, cuando promete que «Las almas de las personas a las que haré desaparecer, se desharán en vapor». En el bombardeo con armas atómicas en Hiroshima y Nagasaki, las víctimas que lograron protegerse del estallido inicial se salvaron; en cambio, aquellas que no lo hicieron, se vaporaron cerca de ellas.

Mientras tanto en las montañas, Abraham, a kilómetros de allí, miró abajo y vio la densa columna de humo elevándose como de un horno.

Otro resultado del ataque podría haber sido una brecha en el extremo sur del mar Muerto, que no sólo cubrió las ciudades bombardeadas con agua salada sino que además originó la sección sur menos profunda del mar, por debajo de la península de Lisan.

Irónicamente, pudo ser el propio hijo de Marduk quien hicieron estallar el artefacto nuclear, como dice un texto babilonio: «Pero cuando el hijo de Marduk a la tierra de la costa fue, “El maléfico viento” [Nergal] toda la tierra quemó ante él».

Las pruebas de que esa explosión fue nuclear provienen de los informes arqueológicos, que indican que los asentamientos circundantes fueron abandonados de repente y durante varios siglos, alrededor del 2040 a. C., y que en el agua de los manantiales cerca del mar Muerto se ha encontrado cantidades peligrosas de radioactividad.

Junto con Sodoma y Gomorra, el puerto aeroespacial del Sinaí también se consideró como objetivo de una destrucción nuclear, al parecer, para prevenir que cayera en manos de Marduk. Otros objetivos, no registrados y aún no descubiertos, quizá también sufrieron las detonaciones nucleares.

Según Sitchin, Alford y otros, la explosión del Sinaí produjo una gran huella poco natural en la península, que aún puede apreciarse desde el espacio, así como la existencia de una multitud de rocas abrasadas en la zona.

«Además, al este del Sinaí, se encuentran millones de piedras ennegrecidas esparcidas a lo largo de decenas de kilómetros. No cabe duda de que esas piedras no son así. [...] Las fotografías demuestran con toda claridad que las rocas sólo están ennegrecidas en la superficie».¹⁹

La explosión nuclear produjo también otras secuelas trágicas e inesperadas. A partir de la explosión, se originó un ciclón radiactivo que se movió hacia el nordeste a través de Mesopotamia, arrasando toda forma de vida y acabando con la civilización sumeria.

La historia convencional afirma que la poderosa Sumer, que había aparecido de repente hacía unos seis mil años, también desapareció igual de repente, absorbida por los nuevos imperios de Babilonia y Asiria. Los textos sumerios nos cuentan una historia mucho más terrible.

Varias «lamentaciones», traducidas por el experto en la civilización sumeria Kramer, cuentan que «Sobre la tierra sumeria cayó una calamidad, una desconocida por el hombre; una que nunca había sido vista antes, una que no podía ser evitada. Una gran tempestad del cielo... Una tempestad aniquiladora de la tierra... Un viento maléfico, como un torrente desbordado... Una tormenta devastadora junto con un calor abrasador... De día privó a la tierra del resplandor del sol, y las estrellas no brillaron al atardecer... Las gentes, aterrorizadas, apenas podían respirar; el viento maléfico las oprimió, no les concedió otro día más... Las bocas se llenaron de sangre, las cabezas se revolcaron en sangre... El Viento maléfico volvió blancas las caras. Vacío las ciudades, las casas conocieron la desolación, los apriscos quedaron sin animales... Colmó los ríos de Sumer con agua amarga; sus campos cultivados se llenaron de malas hierbas, en sus pastizales crecieron plantas marchitas... Y todos los dioses se fueron de Uruk; se mantuvieron alejados de ella; se escondieron en las montañas, huyeron a las lejanas llanuras».²⁰ Esa gran tormenta radioactiva aniquiló la primera gran civilización en la tierra, dejando los cuerpos de la población «apilados a montones».

En esos años, las narraciones detalladas sumerias y sus dioses dejan de existir. Pasarían siglos antes de que la civilización y la

escritura florecieran de nuevo en Mesopotamia, y la memoria del gran cataclismo se desvaneciera en confusas historias de pesadilla.

«Lo que sucedió», explica Gardner, «fue que los textos originales mesopotámicos fueron recogidos como historia. Esta historia fue más tarde reescrita para utilizarse como base de diversos cultos religiosos extranjeros —primero el judaísmo y luego el cristianismo—. El dogma corrompido —la nueva historia oficial— era tan diferente de los textos originales, que éstos primeros, escritos de primera mano, acabaron siendo tildados de “mitológicos”».

Así aconteció el Armagedón nuclear de los anunnaki, así se aniquiló la colonia del Edén, que tenía un milenio de antigüedad. Una teoría dice que los anunnaki, impresionados por lo que habían provocado, se replegaron hacia un enclave en el Sinaí donde la mayoría de ellos tomó la decisión de volver a casa tal vez dejando tras de sí sólo un contingente de transición.

Para los humanos, todo eso ocurrió en la antigüedad, hace más de cuatro mil años. Para los anunnaki, sólo representaría poco más de un año, según su tiempo. Algunos investigadores creen que una misión de rescate anunnaki viene de camino a la Tierra. Sólo el tiempo lo dirá.

Los supervivientes de este primer holocausto se enfrentaron a un período de regresión y barbarismo. Los humanos que quedaron lo hicieron lo mejor que pudieron y empezaron a reconstruir sus civilizaciones, un proceso lento sin la ayuda de sus «dioses».

Abraham y su gente se alejaron de la devastación hacia el sur, donde fue padre de Isaac a la edad de cien años, gracias a sus genes híbridos. El hijo de Isaac, Jacob, sería conocido como Israel, un nombre pronto aplicado a todo su pueblo. Algunos creen que el nombre Israel no es más que una combinación de los dioses egipcios Osiris y RA y el dios mesopotámico EL.

Aproximadamente después de que treinta y cinco generaciones de israelitas fueran transmitiéndose oralmente estos hechos, al final se redactaron en hebreo. Lo que pasó luego, como suele decirse, es historia.

Comentario

Se debe subrayar que lo precedente es sólo un intento de arañar la superficie de la maraña de información de que se dispone hoy en día —tanto a partir de la arqueología como de las tablillas cuneiformes— que sustentan este increíble relato de trascendentales implicaciones. Y ninguno de los autores e investigadores que estudian el tema consideran que no tengan todos los datos.

Probablemente, el doctor Horn ha hablado en nombre de muchos al escribir: «Permitidnos que aclaremos, de nuevo, que no creemos que las antiguas historias sumerias y otras mesopotámicas sean historias “absolutamente verdaderas”. Esas teorías que nos han llegado a través de miles de años de tradición oral y textos es muy difícil que no estén algo distorsionadas, probablemente, en algunos casos, es posible que deliberadamente tergiversadas por los propios anunnaki. Pero creo que no tardaremos mucho en conocer la verdad...».

Asimismo, es importante destacar que todo lo que se ha narrado hasta aquí se relata, de una forma u otra, en los textos sumerios descubiertos en los últimos 150 años, todos anteriores a la Biblia en al menos dos mil años.

Consideremos simplemente cómo sonarán los acontecimientos actuales dentro de dos mil años: la mayor nación de la Tierra bombardeando por razones confusas a otros países del mundo más pequeños y debilitados; gente hambrienta en algunas partes del mundo mientras en otras se paga a los granjeros por no plantar cosechas; tecnófilos que juegan en casa partidas de golf electrónicas en lugar de desplazarse a los verdaderos campos; y fuerzas policiales arrestando a gente que simplemente desea fumar marihuana. La gente de esa era futura probablemente también se reirá de todos estos mitos fantásticos.

Pero los investigadores en pos de la verdad no pueden permitirse reírse de los textos que nos han llegado de los cronistas sumerios y que han demostrado tanta precisión en muchos de sus datos. Así como no puede ignorarse la desbordante evidencia de

la existencia de un control conspirativo en el gobierno, en el mundo empresarial y en los medios de comunicación.

Es sorprendente que dispongamos de una cantidad tan copiosa de información como hoy tenemos. Sitchin ha expresado su admiración por las incontables personas anónimas que, escribiéndolo u oralmente, han preservado el conocimiento antiguo. «Teniendo en cuenta que esos textos antiguos han llegado a nosotros a través de un puente de tiempo que cruza los milenios, debemos admirar a los antiguos escribas que han registrado, copiado y traducido los primeros textos; la mitad de las veces, con toda probabilidad, sin saber a ciencia cierta lo que en realidad esa o aquella expresión o término técnico significaba originariamente pero siempre adhiriéndose con tenacidad a las tradiciones que requerían una interpretación más meticulosa y precisa de los textos copiados», dice.

También apunta a la cohesión interna de sus explicaciones. «La afirmación de que los primeros en establecer asentamientos en la Tierra eran astronautas de otros planetas no la hicieron los sumerios a la ligera. En un texto tras otro, siempre que se hace mención del punto de partida, dicen: 432 000 años antes del Gran Diluvio, el DIN.GIR —los Justos de las naves voladoras— descendieron a la Tierra desde su planeta de origen».

Aunque estos conceptos puedan parecer estrafalarios, muchas personas hoy en día creen fervientemente que, en un futuro cercano, esa versión de la historia será popular y se generalizará y se impartirá en seminarios, universidades y centros científicos. Adelantos muy significativos en el campo de la astronomía, la antropología, la arqueología y la egiptología sólo han tendido a apoyar las tesis de Sitchin y otros.

Nada de eso significa que se niegue la existencia de una fuerza creadora universal, Dios, el Todo absoluto o la Unidad de toda energía y materia. Los que han tenido contacto o han sido abducidos por OVNIS modernos explican que incluso los «extraterrestres» tienen conciencia de un Ser Superior.

El conocimiento de ese único Dios, que puede haber creado a los a su vez creadores anunnaki, y la conciencia de que hay vida más allá del plano material de la existencia, ha sido alimen-

tado en secreto en el seno de todas las sociedades secretas. Por encima de todas las cuestiones, hay aspectos metafísicos y espirituales en este asunto, pero no entran dentro del ámbito de este trabajo.

La explicación sumeria de la creación y del origen del hombre es plausible. No es sólo internamente coherente sino que está sustentada por las pruebas halladas en todo el mundo. Asimismo, suministra explicaciones factibles para algunas de las anomalías y misterios más desconcertantes de la Tierra. Tiene más sentido que muchos de los logros racionalistas de la pasada ciencia.

Así hemos llegado al Secreto de los Secretos, el conocimiento oculto transmitido a través de los años por las Escuelas de Misterio y las sociedades secretas: la humanidad no está sola en el universo, sino que inteligencias no humanas pueden haber tenido algo que ver en nuestra creación. Les remito a mi libro *Alien agenda* (Harper Collins, 1997) para una visión de conjunto del fenómeno de los OVNI y su conexión tanto con los gobiernos como con las sociedades modernas.

La idea de la existencia de antiguas civilizaciones avanzadas no es nueva en realidad. En 1882, durante un tiempo de total descreimiento e ignorancia sobre todo lo que tuviera que ver con lo extraterrestre, el experto Ignatius Donnelly en *Atlantis: The Antediluvian World*, escribió que los dioses y las diosas de las mitologías antiguas eran de hecho los reyes y las reinas de la Atlántida, una civilización prediluviana que contaba con alta tecnología, y de la cual derivaron todas las sociedades humanas posteriores.

Frederick Soddy, químico británico premiado con el Nobel por sus investigaciones sobre el origen y la naturaleza de los isótopos, que le permitieron determinar las eras geológicas, escribió en 1909: «Creo que ha habido civilizaciones en el pasado que estaban familiarizadas con la energía atómica y que, por el mal uso que de ella hicieron, acabaron por exterminarse».

El suizo Erich von Daniken, aunque duramente criticado por los científicos y los teólogos del establishment, escribió unos libros inmensamente populares sobre los primeros visitantes extraterrestres, o Antiguos Astronautas, a principios de 1970. Los descubrimientos posteriores en el campo de la arqueología y la

antropología sólo han hecho que reforzar las teorías de Von Darniken. Ya en 1998 escribió: «Cuando las gigantescas naves espaciales de los extraterrestres llegaron a nuestro sistema solar, con extraterrestres a bordo... descubrieron una gran variedad de formas de vida, entre los que estaban nuestros ancestros primitivos... Los extraterrestres cogieron a una de esas criaturas y la alteraron genéticamente; en estos días, ésa ya no es una idea inconcebible».

Algunos autores, como Charles Fortes, William Bramley, David Icke y R. A. Boulay vieron la humanidad como poco más que una manada de animales bajo el control de amos extraterrestres.

«Los seres humanos no eran más que una raza esclava, que languidecía en un planeta aislado de una pequeña galaxia», concluía Bramley en 1989. «Como tal, la raza humana era antes que nada una fuente de mano de obra para una civilización extraterrestre y todavía sigue siendo una de sus posesiones. Para mantener el control sobre éstas y mantener la Tierra como algo parecido a una prisión, esta civilización («los Custodios») alimentaron conflictos interminables entre los seres humanos, fomentaron la decadencia espiritual humana e impusieron sobre la Tierra condiciones de una dureza física extrema. Esa situación duró miles de años y todavía continúa en la actualidad.»

Icke escribió en 1999: «En resumen, una raza, que era resultado de la mezcla de varios linajes [un híbrido de sangre «real», reptil y humana]..., se instaló en Oriente Medio y en el Lejano Oriente durante la antigüedad y, en el transcurso de miles de años, ha ido expandiendo su poder a lo largo del planeta... creando instituciones como las religiones para encarcelar mental y emocionalmente a las masas y enfrentarlas en conflictos bélicos entre sí».

Boulay opina que «el hombre ha estado condicionado durante milenios para negar la verdad de sus antepasados y como paliativo han desarrollado una forma conveniente de amnesia. Hemos aceptado la interpretación de la historia propagada por un clero que se ha autopropetado, y por el mundo académico».

El periodista Charles Fort llegó a esta conclusión en 1941: «Creo que somos una propiedad. Debería decir que pertenece-

mos a algo: que una vez la Tierra fue tierra de nadie, que antes de otros mundos vinieron a explorar y colonizar nuestro planeta y lucharon entre ellos por conquistarlo, y que ahora pertenece a alguien...».

Alan F. Alford reflexionó acerca de cómo los antiguos dioses podrían arreglárselas para ejercer el control en la actualidad. «Hoy nadie podría aparecer afirmando ser Jesús o Yahvé. Por el contrario, sería poco ventajoso para los dioses anunciarse como tales de inmediato a las masas. La noticia de su retorno se extendería y todo el mundo querría verlos; pero sólo a unos pocos líderes del mundo se les permitiría acercarse a ellos. A partir de entonces, la vida podría parecer que transcurría con normalidad pero lo haría según un nuevo programa político. Podríamos detectar su presencia a través de fenómenos misteriosos, cambios en las políticas gubernamentales o actos de guerra por causas inexplicables y tal vez un incremento en el secretismo del gobierno».

Otros autores como Masos Hall y Mackey, junto con la autora cristiana Webster, también remontaron el conocimiento secreto hasta Mesopotamia, pero vieron la división entre humanos y no humanos como una lucha metafísica entre la luz y la oscuridad.

En la década de 1920, Webster lanzó este interrogante: «¿Cómo es posible ignorar la existencia de un Poder Oculto en funcionamiento en el mundo? Individuos, sectas o razas, inflamados con el deseo del dominio mundial, han fomentado fuerzas destructivas; detrás de ellos están los verdaderos poderes de la oscuridad en eterno conflicto con los poderes de la luz».

Mackey afirmó que el conocimiento antiguo estaba compuesto de «dos grandes verdades religiosas»: la unidad de Dios y la inmortalidad del alma. Apuntó a que las constituciones de los antiguos masones tenían su origen en ese conocimiento oculto o «ciencia, como se ha llamado siempre, desde Lamech [el padre prediluviano de Noé] hasta Nimrod [el legendario líder sumerio], que fundó o inventó el oficio de cantero durante la construcción de la Torre de Babel, y de ahí hasta Euclides [geómetra griego], que la estableció en Egipto, de donde los israelitas la llevaron hasta Judea, donde David y Salomón la utilizaron para la construc-

ción del Templo... de ahí a Francia... de Francia fue trasladada a Inglaterra...».

Hall afirmó que ese conocimiento podía ser utilizado para «cruzar la línea que divide la verdad de la mentira, lo espiritual de lo material, lo eterno de lo temporal». Sostiene que el antiguo conocimiento les fue dado a los primeros hombres por «sus progenitores, los Reyes Serpiente, que fundaron las Escuelas de Misterio... y otras formas de ocultismo antiguo».

Es el inmenso y antiguo poder de la elite culta —que podemos encontrar a través de la sangre y la filosofía— el que ha buscado usurpar y controlar prácticamente todos y cada uno de los movimientos más importantes en busca del desarrollo total del potencial humano, desde mucho antes del primer cristianismo y hasta el New Age. Puesto que se ha demostrado claramente que este conocimiento —o interpretación del mundo— todavía se sostiene firmemente dentro de los sanctasanctorum de las sociedades secretas, parecen haber tan sólo tres posibilidades: la pequeña elite interna continúa acumulando riqueza y poder con la esperanza de entrar en contacto con nuestros antiguos creadores (inteligencias no humanas); o ya han conseguido ese contacto y están siendo guiados o controlados; o ellos *son* los antiguos creadores, los anunnaki, los Reyes Serpiente.

Si la versión sumeria de nuestra historia es correcta, entonces los anunnaki deben de estar todavía aquí, bajo una variedad de disfraces basados en tecnología avanzada. Después de todo, mientras que para nosotros la destrucción de Sodoma y Gomorra sucedió hace más de cuatro mil años, para los anunnaki habría pasado sólo poco más de un año.

Sea cual sea la verdad, debemos desconfiar de los líderes que intentan —ya sea por la fuerza, la manipulación o el engaño— movilizar a toda la población en direcciones hacia las que ellos no desearían ir, y podrían no ser beneficiosas en absoluto.

Debemos reconocer que aunque muchos «líderes» no estén en el gobierno, pueden controlar nuestras vidas mucho más que cualquier insignificante burócrata, debido al poder desmedido que tienen sobre lo que vemos y escuchamos.

En el pasado, las guerras y la religión se utilizaban con éxito

como mecanismos de control. En la actualidad, con armas nucleares que hacen impensables guerras a largo plazo, y con las religiones institucionalizadas en declive, la economía —el poder del dinero— se ha convertido en el método elegido para controlar las masas, por parte del círculo de personas más poderosas de las sociedades secretas.

Lo malo es que la mayor parte de lo que se ha expuesto en este libro es cierto. Lo bueno es que lo está leyendo, lo que significa que el complot que ha existido durante siglos para controlar el destino humano no ha conseguido un éxito total, aunque los signos de advertencia estén por todos lados. Desde el punto de vista de 1948, George Orwell pintó un retrato del futuro como «una bota estampada en la cara del hombre, para siempre». ¿Será ese nuestro futuro?

A medida que hemos penetrado en el tercer milenio, nuevos pensamientos, nuevas ideas y nuevos conocimientos parecen estar emergiendo a un ritmo imparable. Nuestra visión de mundo y nuestra actitud están evolucionando constantemente hacia nuevos patrones de comprensión en estos tiempos obviamente extraordinarios.

Sólo en los primeros meses de 1999, la televisión nacional presentó una serie de programas dedicados a las conspiraciones del gobierno, los OVNIS, los contactos con extraterrestres, las nuevas salas y túneles descubiertos en la Gran Pirámide, y la posibilidad de una civilización prehistórica altamente avanzada sobre la Tierra, con la promesa de más revelaciones podrían producirse.

Muchos de nosotros miramos hacia otro lado, esperando no tener que ocuparnos de esas cuestiones visionarias que el nuevo conocimiento nos brinda. Evitamos los programas de televisión y libros que puedan dar al traste con nuestras convicciones de siempre.

Pero no nos sirve de nada. Oímos las conversaciones en el trabajo, tertulias radiofónicas e, incluso, de vez en cuando, breves informaciones en nuestros medios de comunicación de discurso único. Las discusiones sobre temas que una vez estuvieron prohibidos son ahora corrientes.

Así pues, ¿qué podemos hacer en esta era de pobreza espiritual en plena abundancia material?

El conocimiento, es en efecto poder. Es el momento para aquellos que deseen una verdadera libertad de emplearse a fondo, de luchar en contra de las fuerzas que anhelan la dominación a través del miedo y la desunión.

Eso no implica el uso de la violencia. Se puede empezar desde abajo, de modo sencillo, como por ejemplo no comprándose ese nuevo vehículo utilitario deportivo, haciendo pedazos todas sus tarjetas de crédito excepto una, no pidiendo una segunda hipoteca, cambiando la TV por leer un buen libro, etc. En general, siendo responsables de nuestros actos. La entrega del poder individual con la esperanza de confort y seguridad, ha demostrado que sólo conduce a la tiranía.

Es el momento de la verdad —sobre nuestro pasado y nuestro presente, sobre quién gobierna en realidad y sobre lo que se está haciendo en este planeta en nombre del progreso y el beneficio.

El tiempo del secretismo se está agotando.

No espere que los medios de comunicación controlados por las corporaciones le informen y expliquen. Lea y escuche todo lo que esté a su alcance y busque fuentes de información alternativas —en Internet, en documentales, en libros de viejas bibliotecas y librerías poco convencionales. Lea y observe las cosas a las que normalmente no presta atención. Entonces, contemple con calma. Utilice ese gran ordenador que Dios le ha dado llamado «cerebro». Y tal vez lo más importante, averigüe qué es lo más correcto en su corazón, su alma y su interior.

Y recuerde que ahí reside el último gran secreto. Y que está en manos de todo el mundo. Es decir, que haya más de nosotros que de ellos. Y sigamos adquiriendo conocimiento día a día.

El conocimiento que procede de una iniciativa individual, no de los compromisos del gobierno o de los así llamados «expertos». Si uno desea de verdad ser libre, debe llevar primero a cabo una búsqueda de la verdad, sin la ayuda de expertos de pago, académicos esnobs, expertos de los medios de comunicación, clérigos, gurús o líderes políticos; cada uno de ellos con sus propios objetivos que llevar adelante.

Auténticos innovadores como Thomas Edison, Alexander Graham Bell y Bill Gates no conformaron su pensamiento con la sabiduría convencional. Al igual que esos hombres, y muchos más como ellos, cada individuo hace su propio destino. Somos seres creativos y nos gustaría crear el mejor mundo posible para nosotros mismos. Pero eso es imposible cuando el proceso creativo se basa en información incompleta o errónea destinada a instilar miedo y disensión.

Hay más gente hoy en día que desea sinceramente la paz y el amor fraternal que nunca antes. Desgraciadamente, aquellos que luchan por el poder y el control, normalmente lo consiguen. Y quieren mantenerlo. Pero el tiempo de la fuerza bruta ha llegado a su fin. Actualmente, los seis mil millones de miembros de la comunidad humana sólo pueden ser controlados a través del engaño y del secreto.

Una vez encuentre su propia verdad, esa verdad debe ser compartida, para así disipar el secretismo que contribuye a la ignorancia, el miedo y la confusión de nuestro tiempo, y crear un nuevo espíritu de tolerancia humana y compañerismo.

Como se lee en Juan 8, 32: «Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres».

Notas

Introducción

1. David WALLECHINSKY y Irving WALLACE, *El almanaque popular*, Grijalbo, Barcelona, 1983.

Primera parte

1. Victor MARCHETTI y John D. MARKS, *La CIA y el culto al espionaje*, Editorial Euros, Barcelona, 1975, pág 295.
2. Allen, 160.
3. Allen, 170.
4. Derek WILSON, Muchnik, 1988, pág 23.
5. *Op. Cit.*, p. 54.
6. Derek WILSON, *op. cit.*, cap 4, pág 51.
7. Wilson, p. 71.

Segunda parte

1. Michael BAIGENT, Richard LEIGH y Henry LINCOLN, *El legado mesiánico*, Ed. Martínez Roca, Madrid, 2005, pág. 163.
2. Mathieu GOLOVINSKI, *Los protocolos de los sabios de Sión*, Ed. EAPA, Barcelona, 2002, p. 61.
3. Mathieu GOLOVINSKI, *op. cit.* p. 34.
4. Mathieu GOLOVINSKI, *op. cit.* p. 31.

5. Goyim o goim es la palabra hebrea que designa a los *gentiles*, es decir, a los no judíos.

6. Mathieu GOLOVINSKI, *op. cit.* p. 18.
7. Mathieu GOLOVINSKI, *op. cit.* p. 26.
8. Mathieu GOLOVINSKI, *op. cit.* p. 27.
9. Mathieu GOLOVINSKI, *op. cit.* p. 32.
10. Mathieu GOLOVINSKI, *op. cit.* p. 31.
11. Mathieu GOLOVINSKI, *op. cit.* p. 36.
12. Mathieu GOLOVINSKI, *op. cit.* p. 39.
13. Mathieu GOLOVINSKI, *op. cit.* p. 41.
14. Mathieu GOLOVINSKI, *op. cit.* p. 47.
15. Mathieu GOLOVINSKI, *op. cit.* p. 48.
16. Mathieu GOLOVINSKI, *op. cit.* p. 52.
17. Mathieu GOLOVINSKI, *op. cit.* p. 55.
18. Mathieu GOLOVINSKI, *op. cit.* p. 68.
19. Mathieu GOLOVINSKI, *op. cit.* p. 57.
20. Mathieu GOLOVINSKI, *op. cit.* p. 69.
21. Mathieu GOLOVINSKI, *op. cit.* p. 72.
22. Mathieu GOLOVINSKI, *op. cit.* p. 70.
23. Mathieu GOLOVINSKI, *op. cit.* pp. 74-75.
24. Mathieu GOLOVINSKI, *op. cit.* p. 76.
25. Mathieu GOLOVINSKI, *op. cit.* p. 78.
26. Mathieu GOLOVINSKI, *op. cit.* p. 78.
27. Michael BAIGENT, Richard LEIGH y Henry LINCOLN, *El enigma sagrado*, Martínez Roca, Madrid, 2001, p. 186.
28. Peter LEVENDA, *op. cit.*, pp. 69-70.
29. William L., SHIRER, *Auge y caída del Tercer Reich: una historia de la Alemania nazi*, Luis de Caralt, Barcelona, 1962, pág. 51-52.
30. Walter C. LANGER, *La mente de Hitler, un informe secreto de la guerra*, Grijalbo, Barcelona, 1974, pág. 33.
31. John TOLAND, *Adolf Hitler*, Cosmos, Madrid, 1977.
32. William L., SHIRER, *op. cit.*, p. 59.
33. James POOL, *¿Quién financió a Hitler?: subvenciones secretas de la subida de Hitler 1919-1933*, Plaza & Janés, Esplugues de Llobregat, 1981, pág. 96.
34. Walter C. LANGER, *La mente de Hitler, un informe secreto de la guerra*, Grijalbo, Barcelona, 1974, pág. 102.

35. Gary ALLEN, y Larry ABRAHAM, *Nadie se atreve a llamarlo conspiración*, Ed. Ojeda, Barcelona, 1998, pág. 86-87.

36. Gary, ALLEN, *op. cit.*, p. 95.

37. Gary, ALLEN, *op. cit.*, p. 98.

38. Gary ALLEN, *op. cit.*, p. 99.

Tercera parte

1. Derek WILSON, *op. cit.* Muchnik, Barcelona, 1988, pág. 218.
2. Whoever dares our cause reveal/ Shall test the strength of Knightly steel/ And when the torture proves too dull/ we'll scrape the brains from out his skull/ And place a lamp within the shell/ to light his soul from here to hell.
3. Ver anterior nota.
4. *La clave masónica*, Ch. KUIHNT y R. LOMAS, Ed. Martínez Roca, Barcelona, 2002.

Cuarta parte

1. Lynn PICKNETT y Clive PRINCE, *La revelación de los templarios*, Ediciones Martínez Roca, Barcelona 1998, p. 110.
2. L. GARDNER, *op. cit.* p. 322.
3. L. GADNER, *op. cit.*, 323.
4. L. GADNER, *op. cit.*, 324.

Quinta parte

1. Laurence GARDNER, *La herencia del Santo Grial*, Grijalbo, Barcelona, 2000, pág. 205.
2. Elaine PAGELS, *Los evangelios gnósticos*, Grijalbo-Mondadori, Barcelona, 1982, pág. 44.
3. Elaine PAGELS, *op. cit.*, pág. 88.
4. Laurence GARDNER, *op. cit.*, pág. 54-55.
5. Laurence GARDNER, *op. cit.*, pág. 44.

6. Laurence GARDNER, *op. cit.*, pág. 209-210.
7. Michael BAIGENT, Richard LEIGH y Henry LINCOLN, *El enigma sagrado*, Ed. Martínez Roca Madrid, 205, pág. 357.
8. Lynn PICKNETT y Clive PRINCE, *La revelación de los Templarios*, Ed. Martínez Roca, Madrid, 2004, pág. 154.
9. Alan F. ALFORD, *Los dioses del nuevo milenio*, Ed. Martínez Roca, Barcelona, 1997, pág. 15.
10. Laurence GARDNER, *op. cit.*, pág. 26.
11. Laurence GARDNER, *op. cit.*, pág. 28.
12. Alan F. ALFORD, *op. cit.*, pág. 167.
13. Alan F. ALFORD, *op. cit.*, pág. 168.
14. Alan F. ALFORD, *op. cit.*, pág. 169.
15. Zecharia SITCHIN, *The 12th Planet*, Avon Books, Nueva York, 1976, pp. 42-43.
16. Zecharia SITCHIN, *La guerra de los dioses y los hombres*, Ed. Obelisco, Buenos Aires, 2002, pp. 88-89.
17. Zecharia SITCHIN, *op. cit.*, pág. 268.
18. Zecharia SITCHIN, *op. cit.*, pág. 313.
19. Alan F. ALFORD, *op. cit.*, pág. 288.
20. Alan F. ALFORD, *op. cit.*, pág. 281.